LUIS GARCÍA-REY

CHANTAJE

Todo el mundo tiene un precio



ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Cita

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18

SEGUNDA PARTE

19

20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

TERCERA PARTE

31
32
33
34
35
36
37
38
39

Créditos

CHANTAJE

LUIS GARCÍA-REY



«No pienses, Axel, que me acojonas».

INSPECTOR TODD

PRÓLOGO

Edimburgo, miércoles 27 de mayo de 2026

Todo el mundo tiene un precio.

Tenía que procesarlo.

¿Era cierto?

Él, que siempre se había creído lo que tantas veces le habían dicho: que era incorruptible.

¿O era incontrovertible? Lo que fuese, qué más da. ¿Él también tenía un precio?

Y si era así, ¿podrían pagarlo?

Porque ¿cuál era su precio?

Ni él mismo lo sabía.

Lo que sí sabía era lo que acababa de escuchar.

No se lo estaban preguntando.

Se lo acababa de asegurar el hombre escuálido que tenía a su izquierda, el traductor.

De frente tenía a un animal de 110 kilos, rojo como el cable que se le había pelado. Un monstruo que gritaba como un asno, sudaba como un pollo y gruñía como un oso. Y a ese, para su desgracia, no le entendía un carajo.

Solo sudaba y gruñía con un acento escocés tan marcado que en cada *r* escupía saliva mezclada con veneno.

A su derecha estaba el que más le preocupaba.

Los gritos retumbaban entre las paredes sin ventilación de un cuarto sin decoración del tamaño de un secuestro.

El aire. Le faltaba el aire.

Y cada vez que respiraba le llegaba el inconfundible olor a mierda.

No le fue complicado imaginar que más de uno se había cagado encima, allí mismo, en los pantalones. Y sin ventanas que abrir, el aroma pestilente del miedo se incrustó entre las paredes, el suelo y el techo.

Y en la silla, también en la silla en la que estaba sentado.

Dura, rígida, pequeña.

Asquerosa.

No sabría decir qué hora era ni cuánto tiempo llevaba allí sentado, pero sí sabía con seguridad que el cansancio aún no había vencido a la adrenalina. Y por eso aún no era consciente de que sus riñones necesitaban que se pusiera de pie.

Otro grito.

El esqueleto de la izquierda preguntó:

—¿Cuál es el tuyo?

—¿Qué?

—Tu precio. ¡Quieren saber cuál es!

Se expresaba con un tono robótico, automatizado; un profesional. Iba traduciendo sobre la marcha, sin incorporarse a las emociones de los otros dos. El que todavía no había dicho ni mu seguía sin mover un dedo.

Era rubio. Menudo y pensativo.

Y todo le llevaba a creer que no estaba pensando en nada bueno.

—Dejadme en paz. Yo no he hecho nada.

Su voz todavía sonaba convincente.

Se preguntaba cuánto tiempo más podría aguantar. Se había visto muchas veces en una situación como esa.

Una sala angosta y con poca luz.

Tres hombres presionando, cada uno a su estilo.

El bueno, el feo y el malo.

Con los papeles repartidos desde la cuna.

Sabía que en cualquier momento perderían la paciencia. Tenía que darles algo. Si bien no iba a poder comprar sus voluntades, podría comprar tiempo.

El animal, el feo, volvió a gritar.

—*This fockin' man*...

—Dice que de qué conocía a ese hombre —tradujo el bueno.

Sobre la mesa de metal que los separaba no había ninguna foto, pero todos allí sabían de qué hombre estaban hablando.

—Ya se lo he dicho. De nada. No lo había visto en mi vida.

El rubio, el malo, se movió por primera vez y se acercó a él. Sacó unos guantes de látex del bolsillo del pantalón gris marengo, que le quedaba grande, y se los colocó despacio.

Como técnica intimidatoria le pareció verdaderamente efectiva.

Y en ese momento comprendió que no iba a salir de allí con vida.

A no ser que...

—Yo que usted empezaría a largar ya —dijo el traductor sin traducir nada.

Una gota gruesa de sudor se posó sobre el metal. La mesa reflejaba la impaciencia, como un reloj de arena al que le queda tan poco tiempo que los granos se podrían contar de un vistazo.

—Está bien. Está bien. —Levantó las manos como quien va a empezar una historia—. Se lo repetiré todo desde el principio.

El feo y el malo miraron al bueno. Que les pidió calma para empezar a traducir.

—Todo lo que sé y lo que puedo contarles se remonta a unos días atrás, cuando llegué a Escocia. El motivo ya lo conocen porque se lo he dicho: he venido a visitar a un amigo. El caso es que estaba anoche en la zona esa de bares oscuros. Me metí en uno no muy grande con nombre celta o gaélico o sabe dios qué, solo recuerdo que era muy difícil de recordar. Era una palabra sola, eso seguro, pero con apóstrofes y cosas. Una vez dentro, un tipo se me acercó y me dijo...

—Perdona, ¿tienes fuego?

Era un hombre alto y guapo.

—¡Coño, tú también eres español!

—Sí. De Asturias.

Y también era educado.

—Patria querida. Eso es lo que decís allí, ¿no?

—Sí, supongo.

Y también era sonriente.

—Bueno, me llamo Daniel. Vivo aquí desde hace unos años. Es bonito esto. Se parece a mi tierra.

Y nostálgico.

—Es el norte, y al final el norte siempre es el norte. Yo soy Jorge.

Sacó una caja de cerillas de la cazadora de cuero y se la ofreció a Daniel antes de extender la mano.

—Encantado. —El apretón de manos fue suave, casi dulce—. ¿Y qué te trae por aquí, Jorge? —Daniel tenía el rostro alegre, como una mañana sin despertador. Su ropa era negra, toda. Y su mirada también. El contraste era premonitorio.

Jorge decidió pisar el freno. Para poder seguir avanzando.

—Oye, no sé si te estás llevando una impresión equivocada, pero tengo que advertirte de que lo mío son las tías.

Daniel sonrió otra vez.

—Permíteme que lo dude.

—¿Perdona? —El rostro de Jorge se ensombreció.

—Nada. Tranquilo. No te vuelvas loco. Estoy bromeando. Se nota a la legua que eres todo un macho.

Jorge elevó instintivamente el mentón y la tensión que estiraba sus hombros desapareció.

—He venido a ver a un amigo que vive aquí. —Dudó sobre cuánta información quería compartir—. Digamos que me necesita.

Daniel volvió a sonreír. Se estaba divirtiendo.

—Luego no quieres que haga bromas, tío, pero me las dejas botando. ¿Y dónde está tu amigo? Si se puede saber.

—No se puede saber. No es asunto tuyo.

—Joder, sí que sabes ser borde. —Daniel apuró el cigarro de una calada—. Oye, me piro. Eres un coñazo. Pero vamos, hazte cargo. Que eres español, estas fuerte, eres atractivo y estás solo en un bar gay de Edimburgo. No pienso ser yo el que se sienta culpable.

Jorge lo agarró del brazo para impedir que se fuese.

—Hey, espera. Tienes razón. —Hizo una pausa fingiendo buscar las palabras adecuadas—. No sé cómo decirte esto, no soy muy bueno con estas cosas: ¿serías capaz de tener claro que no vas a tocar este culo, y aun así, me dejarías invitarte a una copa?

Daniel le soltó el brazo de un manotazo delicado.

—Buf. Hacía mucho tiempo que no trataba con un heterobásico de este calibre. Y si te digo la verdad, nunca dejará de sorprenderme.

Está bien. Bebo vodka, *double shot, please*. —Daniel le guiñó un ojo sin saber muy bien para qué.

Juntos se acercaron a la barra más larga y mejor situada del local. Un chaval en edad universitaria con el torso cubierto únicamente por unos tirantes de cuero negro les sirvió dos copas de Smirnoff con agua y mucho hielo.

—Qué mal beben estos cabrones. —Daniel levantó su vaso—. ¿Por qué brindamos?

Jorge lo miró sin sonreír.

—Por la ayuda que me vas a prestar.

—Vaya, ¿ya has cambiado de opinión? ¿Tan rápido? Si ni siquiera me has dejado mojarme los labios.

—Calla y escucha. —Jorge aceleró—. Está claro que tú sí vienes mucho por aquí. — Levantó con suavidad la copa y señaló la zona de los sofás que estaban al lado del DJ, que en ese momento se movía al ritmo de una versión desmejorada de Freed From Desire—. ¿Qué sabes de ese tipo?

El tipo en cuestión era mayor. Sesenta años. Quizá más. Quizá menos. Estaba sentado en los sofás granates de terciopelo, que definían de algún modo el local. Un brazo de raza negra lleno de tatuajes asomaba bajo una camiseta blanca llena de agujeros que dejaba ver un cuerpo trabajado con barras y mancuernas con demasiado peso. La tinta tapaba las venas y no había un solo músculo definido. Solo una masa amenazante capaz de matar si te alcanzaba. De momento, la masa se entretenía alcanzando tres mujeres que prometían bailar a deshora. Las únicas mujeres que había en el bar. No parecían clientes.

—No tengo ni la menor idea de quién es.

Mentira.

—Oye, no me jodas. No vamos a jugar al juego de sacar un billete y preguntarte si te refresca la memoria. Es importante. Si no vas a ayudarme, que te den.

—No sé por qué te crees con el derecho a hablarme de ese modo solo por haber aceptado que me invites a esta mierda. —Daniel dejó la copa sobre la barra—. Paso de ti, esto no me está molando nada, me piro.

Jorge lo agarró esta vez de la mano.

—Pues no me mientas.

—Haré lo que me parezca. No sé quién eres. No te debo nada. Y me la sudas. Pero te diré una cosa: mira, te voy a ayudar. Vete. Lárgate de aquí. Hazme caso. Sobras aquí dentro.

Daniel miró sin discreción al tipo del sofá, que llevaba un rato observando la escena mientras dos de las tres mujeres que lo acompañaban le acariciaban el cuello. Movió los labios mucho y muy despacio. Y Jorge puedo leer perfectamente lo que decía.

Y lo repitió en su cabeza: «*John. My name is John*».

John les ofreció su copa de Scotch *whisky* como saludo. Daniel le devolvió el gesto con la cabeza y se volvió de nuevo hacia Jorge.

—Será mejor que te vayas.

Jorge le dio un trago al vodka y se acercó al oído de Daniel.

—Voy a mear. Ni se te ocurra moverte. No pienso irme hasta conseguir lo que he venido a buscar.

Dejó la copa junto a la barra y se encaminó fingiendo firmeza hacia un cartel luminoso verde que decía RESTROOM. Su inglés no era el mejor, pero una vez cruzó la puerta del baño comprendió que descansar no iba a volver a descansar nunca...

—Y eso es todo. Lo demás ya lo saben. Cuando salí del servicio, el tipo que estaba hablando conmigo había desaparecido y en el sofá no había nadie. Ahora me están diciendo que uno está muerto y que el otro me quiere matar. Pero era la primera vez que los veía en mi vida. A uno y a otro.

Otro grito.

—*This fockin' man*.

La saliva del oso le llegó a la cara como un grifo estropeado. Le estaban empezando a tocar los cojones. Recordaba el nombre: John Black.

—Ya te lo he dicho, imbécil. No tengo ni puta idea de quién es *this fucking man*.

Su acento de Vallecas sonó ridículo allí dentro. Como la Coca-Cola, no mezclaba bien con el escocés. El traductor se revolvió como una culebra.

—Cuidado, amigo.

El rubio, el malo, se le acercó despacio y le agarró la cabeza con los guantes de látex. Jorge se alegró de no tener pelo.

—*Don't move*.

Jorge obedeció. No de manera voluntaria. Fue su instinto el que actuó por él.

El malo siguió hablando.

—*Listen carefully, stupid*...

Estas palabras reverberaron tan cerca de su oído que sintió cómo el aire le rozaba el tímpano sin cariño alguno.

Se quedó quieto. Yerto.

Y siguió escuchando.

—*We know everything about you*, comisario Ortiz...

Jorge abrió los ojos. Fue un destello, un instante, tan fugaz como una estrella a la que no estás mirando, pero suficiente para que todos allí lo percibiesen.

Ortiz supo que estaba jodido. Más todavía.

Y siguió escuchando.

No fue mucho más. Pero fue más que suficiente.

Para todo lo que le dijeron a continuación no necesitó traducción.

Estaba todo clarísimo.

El idioma universal no conoce fronteras.

Y las malas noticias tampoco.

Y cuando Jorge Ortiz logró procesar la información, todo lo que le estaban diciendo; cuando la gravedad alcanzó su cerebro, su memoria, su pasado, entonces supo que no había futuro.

Supo, por fin, cuál era su precio.

Y supo que, además, acababan de pagarlo.

PRIMERA PARTE

1

Madrid, jueves 28 de mayo de 2026

—Hola, mi nombre es Nash, Axel Nash.

Nah, demasiado engolado.

—Hola, mi nombre es Nash, Axel Nash.

Mejor.

—Hola, mi nombre es Nash, Axel Nash.

Axel estaba en casa, delante del espejo, y no es que se hubiese vuelto gilipollas. Solo es que llevaba toda la tarde metiéndose en vena un maratón de pelis de James Bond. Las buenas. Las de Sean Connery. Y como llevaba unos días ocioso sin ningún crimen a la vista que lo sacase del letargo, pues, efectivamente, estaba haciendo el gilipollas en casa.

Pero no porque se hubiese vuelto gilipollas, insisto. Si acaso siempre lo había sido.

Un último intento.

—Hola, mi nombre es Nash, Axel Nash.

Cojonudo. ¿Y ahora qué?

Se tumbó en el sofá y abrió su Instagram. Allí tampoco había nada que rascar. Un par de tías a las que no quería volver a ver, un par de excompañeros de universidad a los que no volvería a ver, y algún que otro poli que no le quería volver a ver.

¡Dios, qué aburrimiento!

Se incorporó y le pidió a Alexa que pusiese algo de música: algo actual, moderno, LCD Soundsystem.

Algo de tralla para levantar esta mañana primaveral de mierda.

Agarró una revista de decoración que se había dejado olvidada su hermana Gemma cuando lo visitó la semana anterior, y le reprochó que pasara de ella y que no todo en esta vida era pedir favores y que también había que devolverlos... Abrió la revista por una página al azar.

Y fue consciente al momento de que la voz de James Murphy y las estanterías caoba no mezclaban bien. Dejó la revista.

Mierda.

Axel se estaba empezando a desesperar. No por el aburrimiento en sí, sino porque al final iba a tener razón ella y no estaba preparado para dársela. «Tienes que aprender a aburrirte, Axel».

Eso le había dicho. No. Peor aún: «Tienes que aprender a gestionar el aburrimiento».

¿Qué pensaba que tenía? ¿Cinco años? ¿Que era un crío? ¿Un inmaduro?

Fue a la nevera y se preparó un tazón de ColaCao con Choco Krispies. Dejó que el cereal empapase bien la leche hasta chocolatearla por completo y *pa´* dentro.

Le duró dos minutos.

Al dejar el tazón en el fregadero vio por el rabillo del ojo en el espejo del pasillo que llevaba perfilado un bigote de leche marrón.

—Hola, mi nombre es Nash, Axel Nash.

Se tumbó en la cama. Y la voz calma y aterciopelada de la mujer que lo invadía a todas horas empezó a resonar en su cabeza: «No hay nada malo en aburrirse». Tenía la próxima cita con Rocío Galán fijada para el día siguiente. Llevaba ya más de un año yendo a terapia, y aunque todo el mundo le había dicho que los resultados tardaban en verse, él ya los veía.

Y no siempre le gustaban.

«Paciencia. Tienes que tener paciencia». Esto le dijo Rocío en la última sesión.

Y no entendía por qué.

Porque vaya si tenía paciencia. Una paciencia infinita para soportar que ahora todo dios le dijese lo que tenía que hacer.

«Y cuando te aburras y no sepas qué hacer, antes de hacer una estupidez, medita». Medita. Sí, claro. Medita.

Como si no tuviese otra cosa que hacer que tumbarse en la cama, cerrar los ojos y dejarse llevar; alejar los pensamientos más superfluos y dejar paso a sus emociones más profundas.

Respirar. Inspirar.

Los cojones.

Axel se puso de pie, que la tentación es muy mala. Fue al salón y encendió la tele. Un tipo pelirrojo con pocas luces hablaba a unos animales que intentaban sin éxito hacer reír a gente sin cerebro. El público aplaudía de repente cuando un fulano levantaba un cartel que decía: APLAUSO.

Le estaban dando ganas de meditar.

Se volvió a la cama. Se tumbó y cerró los ojos.

—Alexa, apaga la música.

Y Alexa apagó la música.

—Alexa, apaga la luz.

Y Alexa apagó la luz.

La habitación se quedó a oscuras. Un impulso desde el fondo de su coraza arreció con fuerza y se impuso a su resistencia.

Joder, voy a probar.

Axel cerró los ojos y dejó caer los brazos sobre el colchón. Notaba cómo el diafragma se relajaba y la respiración se tornaba espaciosa, amplia, relajada. Inspira. Expira. Metiendo el aire por la nariz y soltándolo por la boca.

De lo primero que se acordó es de que llevaba varios días sin llamar a su madre. Y lo anotó mentalmente. Lo siguiente fue que llevaba varios días sin llamar a su hija. Y lo anotó mentalmente. Lo siguiente fue que llevaba varios días sin llamar a... *¡Basta, joder!*

Apartó el calendario de faltas de su mente y comenzó a recordar casos antiguos, casos resueltos con éxito, como el del asesinato de Marcos Goya, su primer gran caso. O el de Regina Almeida y Borja Madrid, que lo consolidó entre sus superiores como el inspector emergente con el futuro más prometedor.

Se le escapó una sonrisa y se sintió imbécil. Se estaba relajando.

Ya ves. Esta mierda funciona.

Después buceó entre casos resueltos con menos éxito. Como el del niño ahogado en el pantano de San Juan que ha copado todas

las portadas de las últimas semanas. Un grupo de chavales de un equipo de triatlón que estaban entrenando a media tarde encontraron el cuerpo flotando sobre el agua cuando ya llevaba varias horas muerto. La autopsia determinó que el cadáver no presentaba signos de violencia. Los padres, que habían denunciado la desaparición del pequeño minutos antes, estaban muy afectados y colaboraron en todo momento con la investigación.

Finalmente, se concluyó que había sido un accidente y se cerró el caso. Pero algo seguía molestando a Axel. Estaba convencido de que el azar y el infortunio no habían tenido nada que ver en esa muerte. Alguien escondía algo. El padre y la madre. Y lo que escondían era culpa. Axel se entrevistó con ellos y lo había podido percibir. El alivio escondido tras el dolor. Como cuando no calculas el impacto de tus actos y te llevan por delante, pero sabes en el fondo de tu ser y en lo más recóndito de tu corazón que cuando pase el *shock* estarás mejor.

El problema es que no encontró lo suficiente para probarlo, los jefes se impacientaron, otros casos se montaron encima, se repartieron los recursos y adiós muy buenas. Anotó mentalmente que en cuanto tuviese la oportunidad volvería a leer el expediente.

Por último, se sumergió en casos directamente no resueltos. Asesinatos sin culpable manifiesto que se archivan sin que nadie pague por ello. Como el de la chica alemana que apareció semidesnuda en una playa de Sitges. Axel lo siguió desde la distancia, pero muy de cerca, y en esa investigación se sucedieron las negligencias.

No, señor. No se hicieron las cosas bien. Y cuando no se hacen las cosas bien suele ser porque alguien tiene algo que tapar. No porque no sepa hacer las cosas bien.

Pero este lío le pillaba lejos, y aunque la curiosidad siempre le picaba, y la posibilidad de dejar a algún jefazo con el culo al aire era superatractiva para él, bastante tenía ya con patear de vez en cuando el culo de su superior, el comisario Ortiz, sin que el suyo saliese trasquilado.

Le estaba entrando el sueño.

Sospechaba que esa meditación suya no iba a satisfacer del todo a su psicóloga. Le había pedido que se imbuyese en su pasado y no huyese cuando encontrase la herida, la grieta. Que se metiese de lleno y se quedase allí. Y él se estaba refugiando en el trabajo. Que ahí no hay más grietas que las que provoca él.

El dolor tenía nombre y apellidos.

Y cara. Una cara preciosa: Noa Novoa, la madre de su...

Bzzzz...

Axel abrió los ojos.

Bzzzz...

El teléfono estaba vibrando en algún lugar del salón. Lo encontró encima de la mesa de centro, junto a unas velas aromáticas que tampoco eran suyas. Se preguntó cuánto de todo lo que había en esa casa le pertenecía y por qué todo dios le regalaba cosas que no quería y que no necesitaba.

—Loor, qué pasa.

—Nada, qué va a pasar.

—Que me estás llamando.

—¿Qué haces?

—¿Qué quieres hacer?

Loor tardó en contestar.

—No seas gallego. A mí no me contestes con otra pregunta.

—Está bien: estaba meditando. —Axel escuchó una risa ahogada al otro lado de la línea—. ¿Por qué te descojonas?

—Porque eres tontísimo. ¿Me vas a decir qué hacías?

—Otra vez: estaba meditando.

—Bueno, lo que quieras. Han llamado.

Axel se rascó la cabeza. El pelo ya casi no pinchaba. Anotó mentalmente que debía pedir cita en la peluquería de la tele en la que colaboraba semanalmente.

—¿Es *heavy*?

—No lo sé. Bueno, no se sabe. Pero diría que vamos a estar unos días entretenidos.

—¿B?

Axel y Loor tenían divididos los casos en:

A. Desaparición.

B. Secuestro.

C. Asesinato.

Loor no lo sacó de dudas.

—De momento es A.

—¿Y sabemos quién? Dime por favor que no es alguien a quien conoce todo dios. Estoy hasta las pelotas del «inspector de los famosos». Ya no puedo más...

... siempre se repite la misma histoooriaaa...

Loor puso su mejor voz de subinspectora. Carraspeó y dijo:

—Es imposible saber el alcance de esto, Axel. Nos vemos en comisaría en una hora.

2

Unos minutos después de pulsar en el teléfono el círculo rojo que cortaba la llamada, la subinspectora Lorena Galván entró en comisaría sin saludar a nadie.

No porque su nuevo cargo, que ostentaba desde hacía tan solo unos meses, se le hubiera subido a la cabeza, sino porque en esa cabeza, entre la ansiedad, los mareos, el pasado y el presente, no cabía ni un saludo. Del futuro no decimos nada, porque el futuro a Loor siempre se la había sudado. Y no tenía pinta de que eso fuese a cambiar a corto plazo.

Su nuevo cargo también se la sudaba.

Y la titulitis.

Y todas esas mierdas.

Pero en el fondo, si escarbaba bien en su interior, algo de ilusión sí que le hacía. Porque además le venía bien para saber dónde colocarse con respecto al resto. Que bastante facilidad tenía ella para desubicarse y perderse.

Y ganar más pasta. Eso también le venía bien. Que los cuarenta y su crisis estaban a la vuelta de la esquina.

Luego estaba el tema de los alquileres en Madrid, que se habían puesto por las nubes. Se temía que en cualquier momento la casera y propietaria del pequeño y céntrico apartamento de la calle Atocha, en el que vivía desde que llegó a la capital escapando de sus fantasmas hace más de cinco años, se pusiera en contacto con ella para decirle que el mercado está muy mal, que todo ha subido mucho y que ya no puede mantenerle la renta de 800 pavos que le sopla el día 5 de cada mes.

Y todo a pesar de los esfuerzos de Loor por no meter un ruido.

Mentira.

No dar un problema.

Mentira.

Y recalcar que el piso «está mejor que cuando me lo entregó, doña Manuela».

Mentir. Mentir. Mentir.

O como mínimo ocultar.

Por eso esa vieja huraña no sabía de la misa la mitad, por mucho que se arrodillase y rezase cada domingo en la parroquia de María Auxiliadora. Y la mitad que no sabía era que cuando Loor le decía que los 40 metros cuadrados eran más que suficientes y que así no tenía casi que limpiar, se estaba riendo en su cara.

Porque de «casi», nada.

Limpiar limpiaba poco y ordenar no ordenaba jamás. Lo tenía todo lleno de mierda. Desordenado, que no sucio. Que parece lo mismo, pero no tiene nada que ver.

Y a ese vejestorio, la fianza le iba a parecer monedas cuando descubriese la pocilga en que se habían convertido sus posesiones.

Porque si Loor no era capaz de hacerse cargo de sí misma, como para ocuparse de un piso que no era suyo y que trataba de pisar solamente para follar y dormir. Por ese orden. Tampoco era capaz de hacerse cargo del tiempo. Ni del sueño. Por eso unos días llegaba pronto al trabajo; otros, llegaba tarde, y otros, directamente, no llegaba.

Aquel día había llegado, pero su cabeza no estaba para saludar a nadie cuando las Doc Martens negras que se enfundaba todas las mañanas (y todas las noches) hicieron su entrada en la oficina de la cuarta planta de la Comisaría General de Policía Judicial.

Lo primero que vio fue que la mesa y la silla de Axel estaban vacías. Contaba con ello. Era temprano.

Lo primero que escuchó fue: «¡Buenos días! ¡Qué madrugadora!». La voz cantarina del norte de España era de Hugo. El chaval nuevo. Bueno, chaval: treinta y un años, vasco de Donosti, dilatadores en las orejas, *piercing* en la nariz, tatuajes en el cuello, tatuajes en más sitios, mullet, bigote. Y lo peor de todo: muchas ganas de aprender.

—Pero bueno... ¿qué ha pasado hoy? ¿Nos han echado de alguna cama?

La voz pija del centro de España era de Marina. Arrastrando las eses como si necesitase hacer pis. La hijísima de la alcaldesa, veintiséis años, de Salamanca. Del barrio. No la ciudad. Superviviente y más dura y lista de lo que sus rizos, su sonrisa y sus bolsos hacían presagiar. Alegre y risueña. Y lo peor de todo: muchas ganas de encajar.

—Oíd, los dos... No me toquéis el coño tan temprano. ¿Dónde está Axel?

—Pues no ha llegado —respondió Hugo.

—Eso ya lo veo.

—¿Y qué te hace pensar que nos ha llamado para informarnos de algo? —añadió Marina.

—Ya, es verdad. Tienes razón.

Loor dejó su cajetilla de Marlboro encima de la mesa y apoyó el culo mientras jugaba con un Zippo gris metálico.

Hugo y Marina, que llevaban solo dos meses trabajando juntos, intercambiaron una mirada rápida y ninguno dijo nada más. Habían desarrollado cierta habilidad para saber cuándo debían callar.

Y con Loor por las mañanas (y por las noches), debían callar. Eso lo tenían claro aun sin saber el segundo apellido del otro. El instinto de supervivencia había desarrollado entre ellos una complicidad de la que ni siquiera eran conscientes.

¡Qué son dos meses en la vida de una persona normal!

Dos meses... Axel y Loor... Persona normal. *No Way!*

O te unías o te hundías. Y ellos se unieron sin darse cuenta.

La puerta se abrió en ese momento.

—¡Qué pasa chavales! ¡Ya estoy aquí!

El inspector de la policía judicial Axel Nash clavó sus ojos verdes en Loor. Siempre lo hacía. Como un escáner matutino para determinar qué Loor había ido a trabajar ese día. Y esa mañana se la encontró seria, taciturna y errática, no sabría decir si por ese orden.

Entre sus dedos, los de ella, el mechero se movía a una velocidad de vértigo. Como un cubo de Rubik monocromático imposible de resolver. Se notaba que no había empezado a fumar antes de ayer. Y que la vida ya le estaba pidiendo un cigarro.

Loor levantó la vista. El flequillo rubio oxigenado le aleteó sobre la frente.

—Qué, ¿subimos?

—Sí, ahora vamos —respondió Axel—. Oye, Huguito..., tráeme un café, anda; que tengo que espabilar antes de ver al jefe supremo.

—Joder, tío, ¿por qué siempre me lo pides a mí? —Hugo miró a Marina. Axel sonrió.

—Venga, coño, no seas machista y mueve el culo de una vez. —Axel levantó la mano y lo señaló—. Cortado, ¿vale?

—Sí, sí, cortado. ¿Quieres alguna leche especial? ¿De avena? ¿De soja...?

—Mejor déjale el sarcasmo a él. No te termina de salir bien —dijo Marina. Hugo resopló y se puso de pie.

—Voy a ir a la máquina de ahí fuera, eh. No sueñes con que baje al Starbucks, que no soy tu esclavo.

—¿Te he dicho algo yo?

—Por si acaso.

—Huguito —dijo Loor—, deja de marear y ve a por el puto café. Y no toques mucho los huevos, que el último que ocupó esa silla nos salió rana y estamos todos muy sensibles.

Marina se rio en alto. Sin querer.

—Perdón. No sé por qué me hace tanta gracia que te digan eso. Es de mal gusto. Perdón. Debe de ser que todavía me pongo nerviosa al recordarlo.

La broma funcionó. Hugo salió y, cinco minutos después, le tendió a Axel un vaso de plástico marrón con una pajita de plástico blanco que la gente normal utiliza para remover bien la leche. Axel lo agarró y se deshizo de la pajita. Que acabó dentro de la papelera. Tenía buena mano.

Dio un sorbo y las gracias.

—Ahora sí. Vamos —le dijo a Loor—. Vosotros dos esperadnos aquí. Tenemos un asunto que resolver.

—¿Nuestra subida de sueldo? —preguntó Marina.

—Exacto. ¿Cómo lo has sabido? —Loor fingió cara de sorpresa. Se estaba despertando.

—No temáis. Ahora volvemos y os ponemos al día.

Axel ya estaba saliendo por la puerta. Estaba impaciente.

El ascensor que los llevó a la sexta planta se abrió, y en lugar de seguir recto para entrar en el despacho del comisario Jorge Ortiz, que estaba cerrado a cal y canto, giraron a la izquierda. Al despacho más grande de todo el edificio, el «despacho oval».

El gran jefe los estaba esperando.

Y eso no podían ser buenas noticias.

3

Abelardo Zamora nació en la parte de atrás de un establo situado en la parte de atrás de una mansión situada en la parte de atrás de un pueblo de Zamora.

Y, además, nació de culo.

Desde ese domingo de octubre de 1965 en que su madre dio a luz, su culo empezó a crecer y a crecer y a crecer. Pero no en tamaño, sino como síntoma de buena suerte. «Qué culo tienes», le solían decir.

Pero no siempre fue así. No todo fue tan fácil.

Su suerte cambió el día que su madre, que casi no lo cuenta en el parto, lo agarró de los hombros para controlar una rabieta, lo miró fijamente a los ojos y le dijo: «Hijo mío, cuando te pase esto, respira, espera y no hagas nada».

«Rabietas». Así lo llamaba su madre.

Y con rabietas a lo que se refería era a jodidísimos ataques de ira en los que la cabeza del pequeño Abelardito acababa voluntariamente a hostias contra la pared.

Hasta hacerse sangre.

Hasta que uno de los dos se rindiese: Abelardo o la pared.

Generalmente había empate.

El estrés. La culpa fue del estrés durante el embarazo. Y ese estrés tenía forma de cinturón. Del cinturón del señor de la casa. Del señor feudal que castigaba a su criada por haberse quedado preñada. Preñada con su propio semen. Semen que también dejó preñada a su esposa, a la señora de la casa. Y alguien tenía que pagar por todo este lío.

Lo pagó Abelardito antes siquiera de ser Abelardito.

Latigazos a su madre en el culo, en la cara... y en el vientre. Y después de parir..., a la calle. A buscarse la vida en un tugurio entre gritos de dolor y jadeos de desencanto. Gritos y más gritos que profanaban los sueños de un hostal de mala muerte, en el que borrachos y prostitutas intercambiaban favores. Allí acabaron Abelardo y su madre. Y ninguno de los dos bebía alcohol.

Los primeros años de una vida fijan los traumas que nos determinan para siempre, las heridas, las cicatrices. A no ser que un día, cuando empiezas a autolesionarte, alguien te proporcione el antídoto: «Hijo mío, cuando te pase esto, respira, espera y no hagas nada».

Desde ese momento todo cambió para Abelardo. Como un bálsamo de aloe vera recién salido de la nevera en una tarde de agosto después de tomar el sol, esas palabras se extendieron por el torrente sanguíneo de un niño de ocho años que había nacido de culo. Y ante sí se abrió un mundo nuevo. Un mundo lleno de puertas.

De puertas que se abren.

Como la puerta del autobús, que se abrió una mañana de enero y que lo condujo a Madrid; donde se abrió la puerta de una casa de acogida para niños huérfanos. Una trampa mortal para cualquiera, a no ser que tuvieses el antídoto.

Abelardito respiró y esperó. Respiró y esperó. Hasta que un día se abrió la puerta de su cuarto y entró un matrimonio de la alta burguesía madrileña que no podía tener hijos, y él acabó donde había empezado: en un establo, cuidando a los caballos.

Allí se abrió un día la puerta de la biblioteca familiar, donde conoció al rey Arturo. No el de Lancelot y Ginebra, sino el otro, el bueno: sir Arthur Conan Doyle. Y con él, a Sherlock, Watson, Moriarty, Baker Street, los Baskerville, sus perros..., y todo lo demás. Entre sus páginas buceó durante meses hasta desarrollar una habilidad extraordinaria para la observación y la deducción.

Completándose como persona.

Despertando como investigador.

Rellenando la frase de su madre: «... respira, espera, observa, deduce y no hagas nada».

Abelardo siguió esperando y la puerta del Cuerpo Nacional de Policía se abrió unos años más tarde, en plena ola de heroína y sida: la combinación que acabaría con la vida de su madre biológica, como descubrió revisando informes de casos antiguos.

Un día, en una redada en un piso franco de Carabanchel, Abelardo Zamora alertó a su compañero del peligro que podían entrañar las puertas cerradas. «Aquí no hay nadie. No seas cagón», fue la respuesta que recibió. Y esa no era la respuesta que le habría dado Sherlock Holmes.

Ni siquiera Watson.

Sherlock habría visto que la tierra de las botas tiradas en el salón era fresca, que los restos de tomate en el plato de la cocina no estaban resecos, y que ese silencio era más impostado que el de un niño castigado haciéndose el dormido.

El funeral fue dos días después. El de su compañero. Y el del yonqui que lo mató. Dos balas. Pum. Pum. La primera muerte en el currículum de Abelardo Zamora. Y la puerta del primer ascenso se abrió de par en par con medalla y condecoración incluida por la valentía mostrada en acto de servicio. Todo lo demás llegó solo.

Un jefe corrupto. Respirar.

Su caída. Esperar.

Una vacante. Observar.

Un despacho. Deducir.

Y la puerta al trono de la comisaría de la Policía Judicial de Madrid abierta de par en par.

Y partir de ahí..., no hacer nada.

—Adelante, adelante. Podéis pasar.

Por la última puerta que Abelardo Zamora vio abrirse, entraron dos tipos, su mala fama, su buen hacer y el inconfundible aroma del exceso de confianza.

Axel dejó pasar a Loor y cerró la puerta tras de sí. Caminaron juntos, pero Axel enseguida percibió que Loor lo hacía un paso por detrás, bien para respetar la jerarquía, bien porque no le estaba molando nada estar allí. No lo tenía claro.

El despacho era enorme. Limpio y ordenado, con pocos elementos decorativos: una mesa de roble caro llena de periódicos

simétricamente colocados, un Chester de estilo *art decó* sin *chaise longue*, dos sillones de piel marrón envejecida, un televisor de plasma de 70 pulgadas apagado, y un reproductor de alta fidelidad Technics plateado sobre el que giraba un vinilo negro a 33 revoluciones por minuto.

—No os quedéis ahí. Tomad asiento, por favor.

El jefe máximo estaba sentado en el sofá, con el cuerpo echado hacia delante, construyendo un castillo de naipes sobre la mesa. Axel había escuchado que era un lince al que no se le escapa un detalle.

Debe de ser un lince a la pocha, porque ni nos ha mirado el capullo este.

No estaban cómodos. Axel se sentó y Loor hizo lo mismo. Sobre la mesa, Abelardo colocó un naipe horizontal. El 4 de corazones. La última base.

Axel observó la construcción: seis cartas formando tres triángulos, dos cartas horizontales encima; cuatro cartas más, dos triángulos, y la última base horizontal. Todos los naipes rojos, diamantes y corazones.

Abelardo dejó sobre la mesa las dos últimas cartas sin colocar, el último triángulo.

—¿Sabéis por qué no coloco estas y así termino el castillo?

¿Porque acabamos de entrar y te hemos jodido?

Axel se dio cuenta de que Loor no iba a contestar.

—Estoy seguro de que nos lo va a decir. Aunque no creo que nos haya hecho venir para eso.

Abelardo se dejó caer sobre el respaldo y se pasó la mano por un persistente cabello grisáceo, lacio y fuerte. Como un paquete de algodón mojado esperando el Betadine. Vestía un jersey XXL de cachemir camel que se ceñía a la perfección a su prominente barriga. Los zapatos eran la joya de la corona: italianos, burdeos, de hebilla, caros. Carísimos.

Axel detectó enseguida en su superior una mirada inquisitiva, curiosa, acostumbrada a los detalles, que en ningún caso se veía eclipsada por el majestuoso bigote ceniza, poblado y recio, sin

ornamentos, que acompañaba a sus labios al hablar, arriba y abajo. Más Einstein que Cantinflas.

Axel arrugó los ojos. Algo había en ese rostro que no encajaba del todo, que no terminaba de funcionar. Una lucha.

Por un lado, la piel relajada, lisa, le decía que su jefe estaba acostumbrado a no tener que lidiar con demasiados inconvenientes y, sin embargo..., había algo escondido. Axel no sabía qué decir.

—En efecto, no os he hecho venir por eso. Estáis aquí porque me han dicho que no estáis bien de la cabeza y que resolvéis crímenes. Y eso me interesa.

Ojo. Cuidado. Problemas.

—¿Usted está bien de la cabeza? —le preguntó Loor. Que le dijesen esas cosas le sudaba el coño. Estaba acostumbrada. Pero no le terminaba de gustar que hablasen así de Axel.

¡Qué hace esta ahora!

—Supongo que no. Hoy en día nadie lo está —respondió Abelardo —. Pero no pretendo tener un debate sobre salud mental. Tenemos un caso muy delicado encima de la mesa. —Señaló el castillo de naipes, que seguía en pie—. Hemos recibido una llamada, como creo que ya sabéis. Ha desaparecido una mujer, una chica joven. Y es muy importante que la encontremos.

¡Buah, qué mal huele aquí!

—¿Puedo preguntar por qué es tan importante este caso? —Axel no se reconocía siendo tan prudente.

—Puedes preguntar lo que quieras. Y puedes también interpretar mis respuestas. Me han dicho que eres un tipo listo.

—También le han dicho que no estoy bien de la cabeza. Se dicen muchas cosas.

—Una amiga de la desaparecida se ha puesto en contacto con nosotros esta mañana para alertarnos de que su compañera de piso no se ha presentado en casa. Dice que no es normal y que cree que le ha pasado algo. Y yo mismo he recibido hace unos minutos una llamada a título personal solicitándome que le diésemos cierta prioridad al caso.

Cierta prioridad... Al menos no ha hecho las comillas con los dedos.

Axel vio por el rabillo del ojo cómo la cabeza de Loor se giraba hacia él. Se estaba impacientando y no entendía bien por qué él no había activado ya el modo «a ver tú, dejas de hacernos perder el tiempo y nos cuentas todo lo que sabes o tenemos que ponernos chungos». Axel estaba paralizado. Bloqueado. Este jefe no era Ortiz.

—Y no nos va a decir quién le ha llamado, ¿me equivoco?

—Eso es.

Loor suspiró hondo. Se estaba calentando.

—¿Hay algo que quiera decir, subinspectora?

—Buf, ni se lo imagina.

—Pues no se corte.

—Como quiera.

Adiós.

—Pues mire, ya que insiste... Vaya cristo tiene en la cabeza, amigo mío. Quiere que resolvamos un crimen, nos pide ayuda y nos oculta información que nos puede resultar útil. No tengo ni idea de a quién está protegiendo ni de qué, pero ahora mismo le daba una patada a esas cartas y...

—Empezaríamos de cero a investigar juntos —intervino Axel. El manguerazo de agua fría llegó justo a tiempo. Abelardo sonrió.

—Veo que no me han mentido. No estáis bien de la cabeza. Tú tampoco —dijo mirando a Axel—, por mucho que cruces los brazos y pongas carita de bueno. Cuando os pedí que interpretaseis mis respuestas, habría preferido que lo hicieseis para vuestros adentros, pero está bien. Me ha llamado el hombre de confianza de un político muy influyente. Digamos que tenía algún tipo de relación clandestina con la desaparecida. Y necesita que aparezca.

Necesita que aparezca. Flipa.

—Está bien —dijo Axel—. ¿Algo más?

—Nada más. Este es el nombre y la dirección de la mujer que nos ha llamado. —Abelardo colocó una nota justo en el punto medio entre los dos policías. Loor no movió un músculo. Axel cogió el papel —. Id con cuidado, por favor.

—Descuide, no nos pasará nada —dijo Axel con toda su mala hostia. Loor soltó una carcajada.

—Ya era hora —le dijo. Axel miró al jefe.

—Por cierto, ¿qué es esto que suena? —Axel levantó un dedo hacia arriba, como señalando la música procedente de los altavoces que inundaba el despacho. Era una pieza de jazz. Y a Axel no le decía nada.

—Es *Sonrisas y lágrimas* —respondió Loor. Axel se rio.

—Tiene razón —convino Abelardo—. Más o menos. Esto que escuchan es *My Favorite Things*, John Coltrane reinterpretando con el saxofón soprano el clásico que cantaba Julie Andrews en el cine. Una joya de los años sesenta.

Jamás pensé que hablaríamos aquí de Mary Poppins. No sé quién está peor de estos dos.

—Está bien. Nos vamos.

—Ya puede terminar su castillo —añadió Loor.

Abelardo cruzó las piernas. Su pantalón de pinzas negro se portó bien y resistió el envite.

—Eso no va a pasar. No se me ocurriría tal cosa. —Axel esperó sin retirar la mirada—. Terminar el castillo es precisamente lo que les acabo de encargar.

—Y usted no va a hacer nada, ¿no? —preguntó Loor.

—Es importante reconocer cuándo llega ese momento y no es fácil. Saber esperar es mi especialidad. Mucha suerte con la investigación. Mantenedme puntualmente informado de todo aquello que vayáis descubriendo.

Sí, claro, no te jode.

—Desde luego. Informar puntualmente es también nuestra especialidad. —Axel se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Loor levantó los hombros mirando a Abelardo e hizo lo mismo.

—¡Ah, inspector Nash!... Una cosa más: sigue yendo a terapia. Te está haciendo mucho bien ese segundito de espera que te han recomendado antes de decir lo primero que piensas. Recomiéndale a la subinspectora que visite a algún psicoanalista, la ayudará y la matará menos que el tabaco que usa como herramienta para calmarse. Es una pena, además, ensuciar unas manos tan bonita con el amarillo de la nicotina.

Axel y Loor se miraron y no dijeron nada más. Salieron del despacho y caminaron hacia el ascensor. Estaban exhaustos, como si

acabasen de recibir una paliza.

—Joder, vaya puto loco. —Fue lo primero que dijo Loor mientras pulsaba el botón con la flechita hacia abajo.

—Echo de menos a Ortiz, no te digo más.

—Ya te he visto. Estabas muy rayado ahí dentro.

—Bueno..., no voy a estar a hostias con todos, Loor. También hay que saber qué batallas librar.

—No sé si me convences. O la terapia esa te está cambiando mucho o algo has visto que yo no. —Loor sacó la cajetilla de Marlboro del bolsillo—. Oye, hablando de Ortiz, ¿dónde coño se ha metido?

Loor dirigió una mirada al despacho apagado del comisario. Las persianas bajadas. La puerta cerrada.

—Buena pregunta —respondió Axel. La puerta del ascensor de abrió—. Vámonos de aquí, anda. Esta planta no es para nosotros.

Edimburgo, jueves 28 de mayo de 2026

El comisario Jorge Ortiz caminaba por Old Town, la ciudad vieja y centro de Edimburgo, como un maniaco por el desierto, con la urgencia e incomodidad de quien pisa descalzo arena hirviendo en agosto, en Marruecos, a las tres de la tarde. Y eso que era noche cerrada en Escocia y la niebla le impedía distinguir las letras luminosas del pequeño pub en el que se habían citado. La madrugada escocesa siempre ha sido oscura y eso tampoco ayudaba a la cada vez más maltrecha vista del comisario, que no llevaba las gafas de ver para no tener que limpiar cada cien metros las gotas de lluvia que, como cada día, ensombrecían con intermitencia la ropa de aquellos valientes que se atrevían a pasear las calles de piedra oscura.

Valentía. Imprudencia. Coraje.

Ortiz ascendió con presteza por la Royal Mile, «la milla real», una de las arterias principales de la zona vieja, casi dos kilómetros de pendiente que desembocaban hacia el sur en el palacio de Holyroodhouse, donde históricamente residieron los monarcas de la ciudad, y hacia el norte en el majestuoso castillo de Edimburgo, que preside la ciudad. Hacia el castillo se dirigía Ortiz, pero antes de alcanzarlo giró a la derecha y descendió por un callejón estrecho.

Estrecho de verdad. Tan estrecho que dos personas sin dieta habrían sufrido para cruzarse.

Pero el comisario no se cruzó a nadie.

Estiró el cuerpo, estiró el torso y se agrandó: no podía permitirse hacerse pequeño.

Descendió unas escaleras y ahí lo vio: Devil's Advocate, el «abogado del diablo».

El suyo.

No sabía bien qué demonios iba a encontrar allí dentro. Seguía dándole vueltas al interrogatorio.

Al chantaje.

La sumisión. La venganza.

No le quedaba más remedio. No tenía otra opción. Tendría que escuchar con atención y volver a decir que sí. Aceptar las condiciones fuesen cuales fuesen.

Elegir: muerte o muerte.

El comisario Jorge Ortiz entró en el famoso local y entre los grifos de cerveza y las botellas de *whisky* estratégicamente iluminadas al fondo de la barra, un reloj de pared redondo latía al ritmo de la voz melodiosa de la Travis Band, unos escoceses que llevaban tres décadas invitando a la gente a cantar: *Sing, sing, sing*...

Cinco taburetes en la barra. Los dos más alejados, cada uno a un extremo, estaban libres. Dos taburetes ocupados por dos espaldas de complexión desigual le dieron la bienvenida. Ninguno de los dos hombres con los que había quedado se giró. Y Ortiz ocupó el tercer asiento vacío. El del medio.

—¿En qué idioma vamos a hablar? —preguntó.

A su izquierda, reconoció al negro de los tatuajes de la noche que cambiaría su vida para siempre, un gánster de mucha monta, veterano en cien guerras, curtido en mil batallas, un peligro de pies a cabeza. Una roca con el corazón lleno de sangre ajena. Un martillo en la cabeza. Y pocas dudas.

John Black lo miró. Sonrió. Pero fue el otro hombre el que empezó a hablar.

—Me llamo Elliot. Seré quien le informe. Desgraciadamente, John no habla su idioma, yo sí. Y sé perfectamente lo que le quiere decir y cómo decírselo. Y enseguida lo va a saber también usted. ¿Quiere tomar algo?

Ortiz le ignoró y levantó la mano para pedir una pinta de Tennent's, la cerveza local, rubia, poca graduación. Le dio un trago largo y se limpió la boca con el antebrazo. Los años de infancia perdida en Vallecas siempre regresaban cuando más se les necesitaba.

Ortiz seguía mirando a John Black. No le quitaba ojo. Ni a él ni a sus brazos, que descansaban sobre la barra de madera y rodeaban un vaso de *Scotch whisky.* El comisario se arrepintió de haber pedido una cerveza.

—Desembucha. —Ortiz se dio cuenta que se había metido demasiado en el papel y que el tipo trajeado y delgado hablaba español de academia, no era un traductor de jerga pasada de moda —. Quiero decir que hables de una vez.

John Black dio un trago a su vaso y dijo:

—*The legend first*.

—¿Qué *legend*? —preguntó Ortiz.

—La leyenda del gaitero solitario —dijo Elliot.

—*The Lone Piper* —tradujo John.

Ortiz se giró por primera vez y miró al esbirro del gángster a los ojos. No le gustó lo que vio: un rostro frío, férreo, pétreo, y todos aquellos adjetivos que le llevan a uno a despreciar a alguien que intenta ser amable.

—Es una leyenda muy conocida en Edimburgo, lleva circulando siglos. Al parecer, hace muchos años los dirigentes de la ciudad descubrieron unos túneles que conectaban diferentes puntos de la capital. Para investigarlos, enviaron a un famoso gaitero a que se internase por ellos y fuese abriéndose camino mientras tocaba la gaita. Así, desde la superficie, podrían seguir la melodía, y de esta forma desentrañar la ruta. Con lo que nadie contaba era con que de pronto la música dejase de sonar. En la superficie esperaron y esperaron, pero el gaitero nunca salió. Y nadie lo volvió a ver, vivo o muerto. —Ortiz no parpadeaba. Por respeto, más que por interés—. La leyenda cuenta que su gaita todavía suena por los pasillos de la fortaleza cada vez que un crimen asola a la ciudad.

—Preciosa historia. Muy conmovedora —dijo Ortiz—. Pero ¿qué coño tiene que ver conmigo? ¿Para qué me contáis esta gilipollez? — El respeto se había esfumado.

—Por un lado, para que conozca la ciudad. Le vendrá bien. Lone Piper es el ciudadano más famoso de Edimburgo junto a Sean Connery.

—*You are the Lone Piper*. —La voz de John Black se estaba oscureciendo con el *whisky*.

—¿Yo? Yo no toco ni las palmas, amigo.

Elliot agarró el brazo de Ortiz, que se tensó desde la muñeca hasta el hombro.

—Si quiere que las cosas vayan bien entre nosotros, necesitamos que haga algo a cambio.

—¿A cambio de qué?

—Ya sabe a cambio de qué. No nos haga perder el tiempo.

—¿Cuáles son mis garantías de que decís la verdad?

—Ninguna. Tendrá que fiarse: tres muertos. Le aseguro que la misión no va a ser sencilla, pero la vida no es fácil y merecerá la pena.

La misma frase volvió a resonar en el cráneo de Ortiz: «Muerte o muerte».

—Le iremos dando los datos conforme vaya cumpliendo con las expectativas que tenemos puestas en usted. Apáñeselas como quiera, pero recuerde que siempre que hay un crimen en la ciudad suenan las gaitas y a la gente le encanta creerse estas cosas. Tenga. —Elliot extendió un sobre—. Aquí tiene toda la información que necesita. Y un arma.

Ortiz abrió el sobre y distinguió el revólver de un vistazo.

—Es la que llevaba Sean Connery en *Los intocables*... *Los intocables de Elliot Ness*.

—Nosotros somos más del lago Ness. Aunque me llame Elliot. —La sonrisa que se dibujó en el rostro del esbirro habría incomodado a un ciego.

—La puta que me parió. Todo son leyendas aquí.

—*One week. That's all*. —John Black no estaba para sonrisas. Se levantó, apuró el vaso de *whisky* y miró a Ortiz a los ojos.

Y sin añadir nada más se fue.

4

Madrid, jueves 28 de mayo de 2026

El barrio de Lavapiés había crecido mucho en todos los sentidos desde la última vez que Axel puso un pie allí. Y eso que llevaba ya muchos años viviendo en la Cava Baja, a pocos minutos andando desde su casa hasta el corazón del barrio más innovador y prejuzgado de Madrid. Personajes de toda índole y condición se refugiaban en una zona de la capital donde el precio de la vivienda se había disparado en los últimos años por la acción desmesurada de los fondos de inversión, que especulaban con un suelo cada vez más céntrico y anhelado, y una zona en que la policía nunca hacía la vista gorda. Poco a poco la delincuencia había ido cediendo ante el empuje de negocios, bares, cafés de especialidad, tiendas de moda o el bullicioso del mercado de San Fernando los fines de semana.

El *moderneo*. La convivencia pacífica y no tan pacifica, siempre ruidosa, de un ambiente multicultural y multirracial a cualquier hora del día, cualquier día de la semana. Como ese jueves.

Ese jueves por la mañana, en el que Axel dejó el Peugeot aparcado a la entrada de la calle Argumosa, junto a la plaza de Lavapiés. Mal aparcado, por supuesto, subido a una acera de un aspecto deplorable, un adoquinado en el que ningún político había invertido un euro desde mucho antes de que los Borbones se instalasen en el palacio de la Zarzuela

Axel y Loor se apearon del vehículo a la vez y, nada más bajarse, ella echó una ojeada a su alrededor. A un lado, un grupo de senegaleses sentados en sendos bancos del parque fumaban

marihuana y bailaban algún tipo de danza tribal que, desde luego, no se bailaba con Doc Martens.

Loor no movió ni un músculo. Tampoco sabía bailar. Ni perrear.

Al otro lado, media docena de magrebíes observaban con cara de pocos amigos a los nuevos visitantes del barrio.

La sombra de la duda.

La sospecha.

Las buenas intenciones.

Las malas.

La seriedad.

La culpa.

Culpables.

Loor ahuyentó estos pensamientos y se giró hacia a Axel, que miraba el móvil con cierta distancia, con el brazo estirado. Loor pensó que la edad nos golpea sin avisar y que la presbicia no ayuda al noble arte de la intimidación.

—¿Cuál es la dirección exacta? —preguntó.

—Eso estoy mirando. —Axel giró su cuerpo 180 grados con el móvil en alto, como si fuese una brújula, como un astronauta orientándose en el desierto—. Ya está. Es por aquí. Vamos.

—Joder, macho. Pareces Indiana Jones. Cómprate unas gafas o algo. Así nadie nos va a tomar en serio cuando nos pongamos chulos.

—Para que te tomen en serio ya estás tú. Yo estoy cambiando mucho. Ya no amenazo. Ahora dialogo.

Loor ahogó un bostezo.

—Te estás convirtiendo en un coñazo. —Un cigarro de Marlboro pasó a toda velocidad del bolsillo delantero del vaquero negro de la subinspectora Galván a la boca, un movimiento trabajado con los años—. ¿Crees que sacaremos algo de esta tía?

—Bueno, como mínimo, un contacto en el barrio.

Loor se encendió el piti.

—¿No decías que ya no chantajeabas?

—Amenazo —corrigió Axel sonriendo—. Ya no amenazo.

Cuando se abrió la puerta de madera del primer piso de una corrala del siglo XIX en el número 3 de la calle Mesón de Paredes,

Axel se tapó la nariz con la manga de la sudadera color salmón. Un olor abrumador le roció el rostro y le tiñó las cejas de verde: un aroma espeluznante a cebolla olvidada.

Olvidada durante años.

Axel se preguntó cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que alguien cocinó allí.

Loor se preguntó si las ventanas estarían selladas y si sería posible sobrevivir a ese infierno nasal.

—¿Es usted Claudia Pina? —preguntó Axel con su mejor tono de «venimos a ayudar».

Una mujer nacida treinta y seis años antes se sujetaba al marco de la puerta intentando parecer sexi. Un acto reflejo, gajes del oficio. Su cuerpo, sin embargo, le llevaba la contraria. Parecía sobrepasar los cincuenta, escuálido y arrugado, castigado por la noche, el alcohol, las drogas, el miedo y algún que otro susto en forma de golpe.

Gajes del oficio.

—¿Quién lo pregunta? —La voz de la chica no parecía capaz de disimular sus intenciones, que no eran malas.

—Somos polis —dijo Axel.

—Entonces sí, soy yo. Pueden pasar.

¡Qué suerte! La verdad es que apetece.

Antes de cruzar el umbral, Axel y Loor tomaron una bocanada de aire para ver si de esta forma podían aguantar el máximo tiempo posible sin utilizar la pituitaria allí dentro. Ya en el interior, y una vez que las pupilas se adaptaron a la falta de luz, ambos se asombraron al comprobar que el olor era lo mejor de la casa.

Las persianas bajadas ayudaban a que la imaginación volase.

La suciedad era irremediable: un ejército de limpiadores profesionales habría necesitado por los menos tres días para adecentar semejante cuadra de 65 metros cuadrados.

—¿Queréis tomar algo?

¿El aire?

—Ni aunque me maten —respondió Loor. Axel la miró como diciendo «vamos a esperar un poco, anda».

Claudia se sentó sobre un brazo de lo que seguramente algún día fue un sofá. Ahora solo quedaba un trozo de tela cubriendo un tejido gris oscuro.

—Antes de que lo preguntes, tampoco queremos sentarnos —añadió Loor.

Axel tomó la iniciativa.

—Ya sabes por qué estamos aquí, Claudia. Te lo preguntaré directamente... ¿Qué crees que ha podido pasar con tu amiga?

—Algo malo. Algo muy jodido.

Axel levantó las cejas. No esperaba tanta claridad.

—¿Y eso por qué? —preguntó.

Claudia tenía el pelo largo y negro, enmarañado en una coleta sujetada por un boli sin tinta. No la necesitaba. Su boca escribía sin faltas de ortografía.

—Tenemos una norma. —Claudia agarró un paquete de tabaco de liar y sacó unos filtros y un librillo de papel—. Voy a hacerme un piti. Si queréis, ahí os lo dejo.

—No, gracias. No fumamos —mintió Axel, esperando que el olor a tabaco recién consumido que desprendía Loor no los delatase, aunque allí dentro habría sido un milagro.

—¿Cuál es esa norma?

—Si han pasado cuarenta y ocho horas —Claudia hablaba sin levantar la vista—, una de las dos tiene que llamar. Es un mundo complicado el nuestro. Y siempre algo puede salir mal. Sabemos que, antes, la policía no mueve un dedo. Y la verdad es que no nos gusta perder el tiempo.

—¿Qué mundo es ese? —preguntó Loor.

Claudia le dedicó una mirada inquisitiva, como si aún no hubiese decidido si le gustaba la policía del flequillo oxigenado. No terminaba de percibir hostilidad, pero tampoco encontraba una aliada.

—¿No lo adivinas?

Coño, contesta con otra pregunta. Debe de ser gallega.

—No me gusta sacar conclusiones precipitadas —respondió Loor, que gallega no era.

—Somos putas —dijo Claudia sin pestañear.

Joder.

Axel dijo un respingo.

—¿Qué tipo de putas? —preguntó Loor sin anestesia.

Conocía bien ese mundo, su propia madre había sido puta, pero hacía muchos años que no estaba para contemplaciones empáticas. Antes de contestar, Claudia se encendió el piti recién liado y se levantó. Caminó hasta el fregadero de la cocina, que estaba al lado del sofá, y abrió el grifo.

—Solo hay un tipo —respondió—. En este oficio puedes mentirte todo lo que sea necesario y disfrazar las cosas como si la vida fuese Halloween, pero, o eres puta, o no eres puta. Y nosotras cobramos por acompañar o follarnos a tíos. Somos putas.

—Está entendido —medió Axel—. Tu amiga...

—Coll. Su nombre profesional es Coll.

Coño, como Coll Trickle, que siempre adelanta por el exterior. Tengo que volver a ver «Días de trueno». Puta obra maestra.

—Tu amiga Coll... ¿había desaparecido alguna vez?

—Sí.

Claudia no titubeaba en sus respuestas y eso le gustaba más a Loor que a Axel, que no veía ranuras por las que colarse.

—¿Entonces? —preguntó, pasándose la mano por el pelo cortado a cepillo.

—Esta vez es distinto. —Claudia echó el morro al grifo y bebió un trago. A Loor le pareció prudente que, al convivir con tanta mierda, al menos dejase correr el agua un buen rato.

–¿Por qué? ¿Por qué esta vez es distinto? —Axel seguía a lo suyo sin permitir que las náuseas le hiciesen perder el hilo de la conversación.

—Siempre terminaba llamando antes del plazo. Para pedir dinero. Y resulta que esta vez no ha llamado. He sido yo la que ha tenido que hacerlo. A la policía. Os podréis imaginar, dadas las circunstancias, lo muchísimo que me apetece que me vean en esta situación, que os vean entrar aquí.

—¿Que nos vea quién?

—El barrio. Este barrio tiene muchos ojos. Y mucho bocas.

Loor se acercó a la chica.

—¿Tenéis chulo? Nos gustaría hablar con él.

Claudia abrió mucho los ojos. Por primera vez, había perdido la iniciativa.

—No vayas por ahí. Encontrad a mi amiga, a poder ser con vida, y no metáis las narices en nada más. A vosotros os la sudará, pero si lo hacéis, si os metéis donde nadie os llama, es más que probable que la que tenga problemas sea yo.

—Tranquila, lo averiguaremos por nuestra cuenta. No será muy difícil. No creo que tengáis un sistema muy sofisticado para encriptar este negocio vuestro. Estarás a salvo en cualquier caso, tienes nuestra palabra.

A Axel no le gustó que Loor prometiese algo que posiblemente no iban a poder cumplir. Pero su palabra valía bastante menos que la de Loor y no reaccionó.

—Está bien. Nos vamos. —Axel le hizo un gesto a su compañera con la cabeza. Y esta se dirigió hacia la puerta—. Pero antes, si quieres que encontremos a tu amiga, danos algo para empezar a husmear. —Axel se arrepintió de utilizar ese verbo en aquel piso infecto—. ¿Con quién estaba ayer?

—¿Te refieres a quién se estaba follando? —Axel asintió—. No lo sé. No nos lo contamos todo. Tenemos otra norma y es no compartir clientes. Los suyos son suyos y los míos, míos. Así no hay problemas entre nosotras. Y la respetamos. Pero con tanto volumen de trabajo, no nos da casi tiempo a ponernos al día.

—Venga, coño —intervino Loor—. ¿Me quieres decir que no tienes ni idea de con quién podía estar?

—Eso te estoy queriendo decir. Pero si fuese vosotros, preguntaría en el parque. A mí no me van a decir nada. Hemos tenido ya mil movidas con los marroquíes y paso de ellos. Pero esos lo saben todo y alguno la ha tenido que ver. Me juego el cuello.

5

No habían pasado más de veinte minutos, cuando la pareja de polis bajó al parque de la plaza de Lavapiés. Los senegaleses ya no bailaban, y los marroquíes seguían mirando.

Observando.

Registrando cualquier movimiento inusual, cerciorándose de que la rutina no los abandonaba. La rutina es control y saltaba a la vista que les gustaba controlarlo todo.

—¿Les apretamos un poco? —preguntó Loor, que ya se estaba encendiendo otro cigarro.

—Estás volviendo a fumar mucho, ¿no?

—¿Eso es un sí? —Axel sonrió.

—No. Creo que por hoy ya está bien. Demasiadas novedades en el barrio en una mañana. Vámonos de aquí.

Se subieron al viejo Peugeot Azul y Axel bajó dos dedos las dos ventanillas. Una costumbre que Loor agradecía no tener que pedir, porque la costumbre era suya. Fue ella la, que de tanto decirlo, le inoculó el bienestar de una leve brisa primaveral azotando la sien.

En el navegador, Axel escribió la dirección de la comisaría, aunque eso no era ninguna garantía de que se dirigiese allí. Estaba pensando. Y para pensar necesitaba escuchar algo que lo acompañase, que no lo invadiese. Algo conocido.

Abrió Spotify.

—¿Puedo elegir yo esta vez? —preguntó Loor.

—¿Te has vuelto loca? —Loor se rio.

—Eres inaguantable. Así no vas a encontrar nunca a nadie.

Manda cojones, habló.

—A ti, sin embargo, te sobran pretendientes, no te jode. —Axel conducía con una mano y con la otra sujetaba el teléfono—. A ver,

¿qué es eso tan importante que quieres escuchar? ¿Alguna de esas mierdas tuyas de *indie* español? —Axel le dio un codazo a Loor, como siempre que se sentía mal.

—Ya nada. Paso.

Anda, la digna.

—Venga, coño. No te hagas ahora la digna conmigo, eh, que no te pega nada.

—Nada, nada. Escuchemos otra vez uno de esos discos de los noventa que ya no le interesan a nadie.

—Oye, no te pases o te tiro por la ventana. Ya te lo aviso.

Axel había decidido escuchar el álbum *Urban Hymns* de The Verve, el de la mítica sinfonía agridulce, el del inolvidable videoclip en el que el enemigo de los hermanos Gallagher, el enigmático, escuálido y larguirucho Richard Ashcroft camina por la londinense Hoxton Street con cara de chungo, chocando hombro con hombro con todo el que se cruza a su paso: «Bitter Sweet Symphony».

Pero algo lo estaba frenando. Le estaba dando vergüenza. Loor se le había metido dentro. En la cabeza.

Cómo no le va a interesar a alguien un clásico.

Le dio al «play» y los violines empezaron a sonar. Miró de reojo a su compañera, que apoyó la cabeza en la ventanilla.

—Esta mola —dijo.

Mierda, ahora me hace sentir aún peor.

—Pues claro que mola. Es una de las mejores canciones de la historia, amiga.

Axel apretó el acelerador. Se incorporó con lentitud al tráfico, que no era especialmente fluido a esa hora en las estrechas calles del barrio. Un repartidor de Glovo lo adelantó por la derecha y le acarició el espejo retrovisor. Loor se giró y vio a Axel con los ojos cerrados, conteniendo la respiración. Richard Ashcroft cantaba. *No change, I can change, I can change, I can change*...

Casi como una súplica.

Loor le devolvió el codazo, como diciendo «vamos, que esto no puede quedar así, monta un pollo». Pero nada.

—Lo dicho, te estás convirtiendo en un coñazo.

Axel le subió la ventanilla, solo la del copiloto. Para encabronar.

—Bueno..., ¿tú qué crees?

Loor ya lo conocía. Ya eran muchos años juntos. Sabía a qué se refería sin tener que pedirle que lo aclarase. Y sabía que su capacidad para leerle las intenciones era lo que más le gustaba de su compañía.

—Muerta.

Joder.

—¿Cero dudas?

—No, tengo dudas. Pero si me preguntas qué creo, no me extrañaría que esa chica tenga razón y le haya pasado algo muy jodido.

—Y no hay nada más jodido que la muerte.

—Bah, sí que hay cosas más jodidas que la muerte, pero la muerte puede ser algo muy chungo, sí. También creo que es bastante probable que los marroquíes sepan algo.

—¿Y en qué te basas? Y como digas intuición femenina, te bajo del coche. —Loor suspiró.

—¿Tú por quién coño me tomas? Deja Instagram. Te lo he dicho mil veces. Estás agilipollado.

—¿Te vas a explicar?

—Sí, claro. Estas dos son putas de baja estofa, y si tenemos en cuenta la reunión con Castillitos...

—Loor, no me metas apodos en la cabeza, que ya sabes que no se me dan bien los jefes. —Ella sonreía.

—Perdona, tienes razón. Pues te decía que Castillitos nos pidió que fuésemos con cuidado en este caso. Es evidente que no ha estado en casa de esta tipa. Sus remilgos proceden del otro lado.

—Los clientes —dijo Axel.

—Exacto. Estas dos se relacionan con tipos poderosos. Tienen chulo, pero seguramente el tipo no llega a determinados estratos sociales, y con frecuencia las transacciones corporales le pasan por encima. Igual deberíamos hacerle una visita.

—Creo que es mejor esperar. No lo espantemos todavía. Esa gente, si nota que los investigan, hacen cosas raras.

—¿Qué tipo de cosas?

—Lo sabes mejor que nadie.

—Siempre tan agudo. ¿Y tú qué crees, Axel?

Loor formuló esa pregunta con una mezcla de respeto y miedo. No quería que le llevase la contraria, y sin embargo era lo mejor que le podía pasar a la investigación. Abrir todas las vías, explorar todas las opciones, aunque acabasen de empezar.

—Viva.

Loor sintió la punzada en su orgullo.

—Me lo temía.

—Y algo me hace pensar que en el fondo tú también lo crees.

Segunda punzada. Loor levantó las Doc Martens negras y las apoyó en el salpicadero.

—Me voy a poner cómoda, si no te importa. De otro modo no sé si voy a poder soportar tanto paternalismo. —La carcajada de Axel retumbó en el parabrisas.

—Eres tontísima. Te lo juro. Pues a ver —carraspeó—, creo que está viva porque Claudia en todo momento ha hablado de su amiga en presente, y no sé si es la esperanza lo que habla por ella o que realmente sospecha o sabe que ha huido.

Loor bajó las Doc Martens. Axel hizo el gesto de las comillas con los dedos mientras recordaba diferentes frases de la conversación.

—«No nos lo contamos todo». «Tenemos otra norma». «No nos da tiempo a ponernos al día».

—Es cierto, tienes razón. Lo recuerdo —dijo Loor—. Y aunque también me chirrió algo en el momento, no fui capaz de concluir de ese modo.

—Y resulta que tú también has hablado en todo momento en presente. No sé si por contagio o porque, como te decía sin paternalismo alguno, en el fondo también crees que está viva. —Axel levantó y suspendió en el aire los dedos índice y corazón de ambas manos—. ¿Pongo las comillas?

—Por favor. Hazte el listo todo lo que quieras. Ya vas sin frenos.

—«Estas dos se relacionan con tipos poderosos». —Más comillas con los dedos—. «Tienen chulo».

—No sé por qué me gusta trabajar contigo. —Loor miró a Axel—. Y como digas que es porque aprendo mucho a tu lado, te juro que no hace falta que me tires por la ventana, ya me tiro yo solita. —

Axel se encogió de hombros—. Entonces..., ¿qué hacemos? —preguntó.

—Ahora, cuando lleguemos a comisaría, le encargamos al chaval que le siga la pista al chulo de estas dos.

—¿A Hugo?

—Sí. Tiene pinta de saber manejarse en los bajos fondos de la noche.

—Eres lo peor. —Loor soltó una carcajada que se fundió con la guitarra de arranque de la siguiente canción del disco: «Sonnet». Axel le ofreció el teléfono.

—Venga. ¿Pinchas algo?

Loor apoyó la cabeza en la ventanilla.

—¡Qué va! Esta también mola.

6

Lo primero que Huguito recuerda haberse metido en la boca sin intención de masticarlo fue una polla. Una polla bastante más grande que la suya. Algo que podemos considerar natural teniendo en cuenta que corría el año 2003, que en ese momento Huguito tenía ocho años y que la polla de su tío Javier medía lo que le suele medir a un adulto incapaz de controlar su pedofilia. Lo segundo que Huguito recuerda de esos años es ver a su tío Javier con los pantalones subidos, las manos esposadas a la espalda, una capucha en la cara y tres hombres vestidos de verde metiéndolo de malos modos en un furgón rumbo a la prisión de Alcalá Meco. Y sintió que por su culpa su familia se había roto para siempre.

Por hablar.

Por decir en una cena que los juegos del tío no le gustaban y que no quería jugar más. Que olía muy fuerte, que tenía pelos y que después le dolía la boca al masticar. Al principio nadie supo qué decir, si reír o callar. Era una broma. Cosas de niños. ¡Cómo va a pasar eso en esta casa! En esta familia. ¿El tío Javier? ¿El marido de mi hermana? Imposible.

Pero una vez que asoma el hilo, no hay marcha atrás. Si empiezas a tirar, te descoses. ¿Y quién es capaz de ver un hilo y no tirar? Y más ante uno como ese.

Eso fue lo que le pasó a la familia: que se descosió.

Primero cayó la madre: depresión. A continuación, el padre: suicidio. Y cuando el destino desplegó sus garras para descuartizar la vida del pequeño Huguito, él fue capaz de ir evitando acabar en un centro de acogida para menores desfavorecidos gracias a unas notas para enmarcar.

Para enmarcar en el despacho del director del colegio al que Huguito acudía cada quince días puntualmente a pasar revista.

Lo cierto es que iba creciendo en todos los sentidos. Y no menos cierto es que cada martes que pasaba por allí le dolía menos la mandíbula y le subían más las notas.

Se estaba habituando a náuseas, arcadas, vómitos, desprecios, miradas de asco... El cóctel de unos años muy jodidos, en los que varios hijos de puta decidieron, sin consultarlo con él, maltratar su voluntad, cortar de cuajo su desarrollo emocional y obligarlo a convivir con el lado más oscuro de la psique humana.

Unos años en los que no conoció nada parecido al deseo.

Hasta que fue al instituto.

Hasta que apareció Esther.

Guapa, alta, rubia, sonriente y muy curiosa. Juntos fumaban porros en los baños. Juntos exploraban sus cuerpos entre clase y clase. Y el descubrimiento de una piel suave, perfumada, amable, turgente y permeable a Huguito le ponía a cien. Le ponía a mil. Ahí fue cuando el deseo se abrió paso al fin.

El suyo, no el de los demás, ese cabrón que llevaba años destrozándole la campanilla.

El suyo, escondido y aniquilado antes siquiera de poder expresarse.

Juntos, Huguito y Esther, empezaron a follar durante las clases, a comerse en el recreo, a correrse por turnos y a la vez mientras la campana de regreso a las aulas sonaba como una bocina que indica el final del partido, la canasta ganadora, la victoria. Y lo que ganaron fueron orgasmos.

La victoria fue el placer, y una amistad para toda la vida.

Hasta que empezaron bachillerato.

Hasta que apareció Ander.

Guapo, alto, rubio, sonriente y muy curioso. No se lo estaban poniendo fácil a Huguito. Al entrar en contacto con la mirada sugerente del chaval nuevo del pupitre del fondo, por su cabeza desfilaron miles de recuerdos que se mezclaron en el tiempo y el despertar de un cuerpo adulto incapaz de olvidar, de tapar, de esconder.

El trauma.

Enseguida, en los mismos baños en los que Esther le entregó su vagina empapada de hormonas, donde el olor a orina se imponía al sabor de la saliva vasca de Ander, Huguito dejó de huir y se aferró a su pasado. No huyendo de él, sino enfrentándolo.

La polla de Ander sabía bien, olía bien, estaba más dura de lo que podía imaginar, y cada vez que regresaba al fondo de su garganta borraba una huella en su memoria. En su cuerpo. En su espíritu.

Lo de Ander no duro mucho, ni un trimestre. Y, sin embargo, su legado acompañaría a Huguito para siempre, con la fuerza de la limpieza mental y una pregunta.

¿Y ahora qué?

Y una respuesta.

Ahora todo.

Desde entonces y hasta ahora, Huguito explora su sexualidad sin límites y sin limitaciones. Sin prejuicios. Sin temores. Sin complicaciones. Sin ataduras. De su incapacidad para amar, enamorarse y comprometerse, hablaremos en otro momento, porque ahora ha llegado el momento de saludar a los dos polis que acababan de entrar en la sala de la cuarta planta de la Comisaría General de la Policía Judicial, en la que ha terminado instalado tras unas oposiciones llenas de obstáculos; una oficina en la que le han designado un sitio desde el que hacer el bien, evitar que se destruyan vidas, que se corrompan infancias y que los malnacidos salgan bien parados; que los milagros no abundan y que lo suyo, salir tan bien parado después de una vida llena de baches, no es lo habitual.

Pero Huguito sabe que aquí todo el mundo acarrea su movida. Y esos dos polis que ya se acercaban, el del pelo a cepillo y ojos verdes y la de las Doc Martens, tienen lo suyo. De eso no había ninguna duda. Qué era lo suyo era algo que pretendía averiguar, pero ya tendría tiempo de investigar cuánto pesaban esas dos mochilas.

Antes, saludar.

—¿Qué pasa? ¿Alguna novedad?

—Huguito, traemos buenas noticias —apuntó Axel.

—¿Ha aparecido la chica?

—No tan buenas: tienes una misión.

—Vale, me parece bien. ¿Qué tengo que hacer?

—Escuchar. —Axel se sentó en su silla. La mejor silla—. Hay un tipo que se dedica a extorsionar prostitutas.

—Un proxeneta.

—Un chulo —puntualizó Loor—. No le pongas glamur a esa gentuza.

—Vale, gordi. Perdona. ¿Tenéis un nombre o algo que pueda servir de ayuda?

¿Gordi? Este no sabe lo que hace.

—¿Tú estás seguro de que quieres tratar así a tu jefa, que tiene fama de perder la cabeza con facilidad? —preguntó Axel.

Huguito levantó las cejas y las manos como para parecer inocente. Llevaba una camiseta blanca escotada, de la que asomaban cuatro pelos largos del pecho y una camisa de rayas gordas blancas y moradas, a juego con sus ojos. La camisa era cuatro tallas más grande y, sin embargo, le quedaba bien. Igual que el *piercing* en la ceja depilada El mullet, el bigote. A Axel le parecía que tenía pinta de haber sido descartado en un *casting* de *Operación Triunfo*; a pesar de todo, tenía la corazonada de que podía ser buen policía, o al menos servirle de ayuda, lo que para él eran sinónimos. Su voz era dulce cuando quería.

—No te molestes, jefa, llamo gordi a todo el mundo.

—No me molesta. Y no me llames jefa, eso si me toca un poco el coño.

—Pero eres mi jefa, gordi. Hazte a la idea.

Tú sigue jugando.

—Lo sé. Pero no me lo llames.

Hugo Ramírez, así se apellidaba, asintió conforme.

—Me caes bien —dijo dirigiéndose a Loor—. Axel también me cae bien para ser tan *fife*.

¿Qué dice este?

—¿Qué dices tú?

Hugo volvió la vista hacia Axel con una media sonrisa asomando en su labio inferior, cortado por un aro.

—Nada, gordi. No te rayes.

Buf. Al final me va a encontrar.

—Oye, si a Loor se la pela, a mí me la pela. Pero yo prefiero que me llames jefe a que me llames gordi. A ver cómo te apañas, pero aquí cada uno tenemos nuestras manías.

—Vale, jefe. ¡Ves como eres un *fife*!

La madre que me parió.

—¿Me vas a explicar qué coño es eso de *fife*?

—¿Tampoco te puede llamar fife? Sí que tienes masculinidad frágil.

Loor sonreía mientras hablaba. Le gustaba verlo tan poco dueño de la situación, tan fuera de sitio, tan pasado de moda como su música.

Huguito hizo un gesto con la mano, como espantando una explicación. Ya había tocado suficiente las narices.

—En otro momento te lo explico, jefe. Contadme de qué va este caso y me pongo a trabajar, que ya va siendo hora. Me gusta mucho hablar y acabo metiéndome donde no me llaman.

—Es lo más inteligente que has dicho en toda la mañana.

—No te creas. —Hugo se detuvo. Pestañeó varias veces y añadió —: Me cuesta no tener la última palabra. Disculpa. —Loor sonrió.

—Joder, vais a encajar como un guante vosotros dos. Ya veréis.

7

La llegada e instalación masiva de ciudadanos procedentes de diferentes zonas del Magreb en el barrio de Lavapiés es un fenómeno imposible de fechar. Ni de cuantificar.

No hay un momento exacto.

No hay un número concreto.

Toda la información que atañe a ese conjunto de la población inmigrante es una masa voluble, informe, que se expande o se encoge en función de quien pregunte. La distancia que separa la verdad de la mentira es circunstancial, anecdótica, carente de valor e importancia. Se cuenta lo que conviene. Poco, en cualquier caso. Se confía aún menos. Que la experiencia es un grado y las intenciones son siempre las mismas.

Malas.

Lo que sí sabía todo el mundo es que Abdul era amigo de Abdel, quien a su vez era primo de Shariff, el hermano de Munir, el más pequeño del grupo. Entre ellos se protegían, entraban, salían y y te confundían: «Yo soy Abdel, Abdul es ese»; esto los jueves. «Perdona, pero yo soy Abdul, tú estás buscando a Shariff», los martes. «Te equivocas, yo soy Munir, quien te puede ayudar es Abdel», los lunes.

En este ejemplo práctico, siempre hablaba el mismo: la tez morena, el pelo negro, la delgadez, la misma ropa. Un juego de espejos indescifrable en el que, si entrabas, lo más probable es que salieras aturdido.

Y después estaba Hakim, cuidándolos a todos, supervisándolos a todos, manejándolos a todos. El mayor, el más alto y el más sabio. Y, por tanto, el más callado.

Todos los días se reunían en el parque. En los bancos. Se mostraban serios y contrariados para imponer respeto. Y lo controlaban todo. Conocían a todos los vecinos, los grupos, las etnias, quién mandaba y quién se dejaba mandar.

Quién era peligroso para ellos y quien era peligroso para sí mismo.

Su única norma para mantener los problemas fuera del radio de acción que podía terminar con alguno de ellos contestando preguntas incómodas en comisaría era no mezclarse con el resto de la gente. Solo ellos cinco y el resto de los suyos. Con los demás, un movimiento leve de cabeza para saludar y ya. Nada más. Una norma no escrita, porque escribir era una pista, una prueba y siempre había alguien buscando. Una norma que acataban todos, pero estaba dirigida especialmente para Abdel.

Abdel el charlatán.

Porque Abdel no se callaba ni debajo del agua. Y su castellano con acento de Tánger les hacía mucha gracia a las chicas. Su acento y su sonrisa. Mira que le habían explicado que se guardase la sonrisa dentro de los pantalones, pero con Abdel, que se hacía pasar por Abdul, no había forma.

En esto pensaba Hakim cuando vio llegar a los dos policías otra vez. En que quizá Abdel ya se había ido de la lengua, en que debía poner orden. En que si esos dos habían vuelto cuando habían estado allí esa misma mañana era porque algo gordo había pasado.

Hakim miró a los otros cuatro con severidad y todos entendieron que no debían decir ni una palabra. Incluso Abdel lo entendió.

«Esperemos que no demasiado tarde», pensó Hakim.

—¿Estás seguro de que es buena idea? —preguntó Loor—. Últimamente estás muy contradictorio. Hace un rato me dijiste que era mejor estar quietiños.

—¿Como que últimamente? —Axel caminaba con la vista puesta ya en el parque—. Te dije eso hace dos horas. ¿Tú sabes todo lo que pasa por mi cabeza en dos horas?

—Gracias a Dios, no.

—Vamos a hacer un par de preguntas a ver por dónde corre el aire y ya está. ¡¿Qué tiene de malo?! Es una toma de contacto. Ya que empezamos a ser conocidos en el barrio, me parece procedente saludar a los que mandan.

Loor sacó un cigarro del bolsillo.

—Pues voy a encenderme un piti, que siempre da empaque.

Desde un punto de vista puramente estético, Axel y Loor parecían pareja, no solo profesional. Más fuerte él. Más seria ella. Axel caminaba erguido con sus Nike del aspa roja, las de Marty McFly en *Regreso al futuro*, sus *nudie* jeans Skinny Lin índigo blue, y su sudadera salmón de La Paz, con un ancla bordada en el pecho, significase eso lo que significase. Loor caminaba echada hacia delante, como cargando un peso invisible en los hombros, que se solían alzar como toda respuesta, con sus Doc Martens negras con la punta de acero, sus vaqueros pitillo negros y su camiseta negra básica con dos rotos, uno en la manga y otro en un costado.

Pero era cuando los escuchabas hablar y los veías en acción, cuando sobre todo parecían una pareja... profesional: poli bueno, poli malo.

A saber:

—¡Qué pasa, chavales! ¡Qué onda!

¿Qué onda? ¿Qué me creo, chileno de repente?

Hakim, metro ochenta y cinco de hielo, fue el único que respondió.

—Bueno. —Levantó la vista y ladeó ligeramente la cabeza. Axel afiló su entrada.

—Eres el portavoz por lo que veo. ¿Podemos hablar un par de minutos?

—Eso depende. —La voz de Hakim era grave. Sin llegar a ser desagradable, no era ni mucho menos agradable.

—¿Me vas a hacer preguntarte de qué depende? —Nadie respondió. Axel suspiró—. Ponédnoslo fácil, ¿queréis? A ver, ¿de qué depende?

—De si podemos elegir. —Axel y Loor se miraron—. Si podemos elegir —continuó Hakim —, preferimos no hablar un par de minutos.

—Loor perdió la paciencia rápido, como era habitual en ella.

—A ver tú, que pareces el listo, ¿cómo te llamas?

—Abdul —respondió Hakim.

—Muy bien, Abdul, va a ser fácil —dijo Axel—: no cabrees a mi compañera, que tiene muy mal carácter, y respóndeme a lo que te pregunte, intenta no mentirme y nos iremos enseguida por donde hemos venido.

—A ver si es verdad y no volvéis una tercera vez. —Fue Abdel el charlatán quien dijo eso. Y recibió la mirada fulminante de Hakim, al que Axel y Loor llamaban Abdul.

—Abdul, escúchame, preferimos hablar contigo. Cuéntanos tú. ¿Habéis oído lo de la chica desaparecida?

—En este barrio se escuchan muchas cosas y no todas son ciertas. No hacemos caso de todo lo que se dice.

—Bueno, pues de esto tienes que hacer caso y también vas a tener que hacer memoria. La llaman Coll. ¿Te dice algo ese nombre? —Hakim asintió.

—¿Y qué es lo que te dice, Abdul? Que no tengo todo el día. —Las intervenciones de Loor, que hablaba mientras fumaba, eran como un puñetazo en el aire.

—Es una de las chicas del barrio. Ya sabéis a qué dedica su tiempo, no hace falta que os lo diga yo. Hace mucho que no la veo.

—¿Cuánto es mucho?

—Días.

—Entiendo. Y supongo —Axel paseó la vista por los otros cuatro chavales; entre todos no sumaban cien años— que ninguno la ha visto, ¿no es así? —Hakim asintió—. Está bien, Abdul. Como comprenderás, con esta mierda que me has dicho voy a tener que volver muchas veces por aquí. Y créeme que a mí tampoco me apetece. A no ser —Axel se llevó el dedo a la sien, como quien tiene una idea brillante— que me deis ahora mismo vuestros documentos de identificación, todo el barrio vea que somos amigos, y mientras tanto se os refresque la memoria y se os ocurra algún detalle que nos pueda ser de utilidad.

Loor apagó el cigarro contra el asfalto con la suela de su Doc Martens y dio un paso adelante.

—Venga, documentación, echando hostias.

En ese momento, Hakim se puso en pie y se encaró con Loor. Shariff se metió dos dedos en la boca y profirió un silbido que se incrustó en los tímpanos de todo el que pasaba por allí.

Fiuuu...

Y dio la casualidad de que por allí pasaba un ejército de lo que Axel y Loor reconocieron como compatriotas malhumorados de los cinco chavales con los que estaban teniendo una conversación.

Norte, sur, este y oeste. De todos lados surgieron sombras idénticas, que se acercaron a la escena con la única misión de intimidar.

Y lo consiguieron.

Joder.

Axel agarró a Loor del brazo, que estaba tenso a la altura del bíceps.

—Vamos a calmarnos, que estamos todos muy nerviosos.

El cielo estaba plomizo, hacía calor y amenazaba tormenta, pero ninguno de estos fue el verdadero motivo por el que las espaldas de los dos policías empezaron a empaparse de sudor. Al verse rodeados, iniciaron la retirada sin perder de vista a los cinco chavales, a los que desde ese momento empezaron a considerar sospechosos.

—Está bien, está bien. Ya nos vamos. Hay que ver cómo os ponéis, joder. Qué rápido os calentáis por aquí para lo poquito que os gusta hablar. —Axel caminaba hacia atrás. Loor fue la primera en darse la vuelta, tenía menos miedo, en general—. Espero que volvamos a vernos pronto. Será buena señal.

Al sentarse en el coche, Axel se deshizo de la sudadera y la lanzó sin ningún cuidado al asiento de atrás. Apoyó la espalda y notó la humedad de la camiseta contra el asiento. Le temblaban ligeramente las manos.

—Estos no se andan con hostias, eh —dijo forzando una sonrisa.

—Eso parece. Tiene pinta de que nos vamos a divertir. ¿Cuándo volvemos?

La sonrisa de Loor era más sincera, más abierta. Enseñaba los dientes, que eran pequeños y todavía tenían las huellas de una ortodoncia tradicional. Estaba disfrutando.

—Tenemos que pensarlo bien —dijo Axel—. Lo que está claro es que hemos venido en hora punta. Hay que volver y hablar con el pequeñajo. Ese es el que nos interesa.

—¿Cuál de todos es el pequeñajo, Axel? Si son todos iguales.

—No seas racista, animal. Me refiero al pequeñajo, al que dijo que no quería que volviésemos por tercera vez. Ese suelta información sin darse cuenta. ¿Te has fijado en cómo lo miraron? Es el bocazas del grupo. Y está claro que todos los saben. Le tienen pánico. Y nosotros, sin embargo, le vamos a coger cariño.

—Me parece bien. Tú mandas. —Loor apoyó la cabeza contra ventanilla, por la que ya entraban dos dedos de aire.

—Voy a llamar a Ortiz. Siempre que tengo un mal día, pienso en tocarle los cojones. Es lo único que me da fuerzas para seguir.

Axel tecleó en el teléfono hasta encontrar en la agenda el número del comisario, al que tenía guardado como: «El puto Bruce Willis». Enseguida dio señal, pero no la habitual. Era la señal internacional. Al quinto tono saltó el contestador.

—¡Qué raro! Esto empieza a oler mal. ¿Dónde coño se ha metido este pavo? —Loor no respondió. Tenía los ojos cerrados—. Eh, antes de que te duermas —Axel le lanzó su teléfono al regazo—. Pincha algo. No me apetece pensar y tengo que conducir. Salgamos de aquí cuanto antes.

Ella reaccionó sin mostrar demasiado entusiasmo. No parecía contar con suficiente energía para batallar en esa guerra. Se incorporó y entró en Spotify.

Escribió un nombre y un apellido.

Y una de las melodías más famosas de la historia de la música empezó a sonar.

Susurro. Chiquibam. Tin... Tin... Tin... Tin.

—¡¡Venga, coño!! ¿Estás en serio?

Axel no se lo podía creer. Ahora el que enseñaba los dientes era él, y no eran tan simétricos como los de Loor.

Michael Jackson empezó a cantar.

She told me her name was Billie Jean as she caused a scene...

—Ahí lo llevas, por listo. Te gusta la mierda de los noventa. Pues toma los ochenta.

—Me dejas de piedra, tía. Te lo juro.

Axel se movía al ritmo de la música y de los aullidos de un Michael Jackson inmerso de lleno en su mundialmente conocido proceso de blanqueamiento facial.

Billie Jean is not my lover (Whoohoo), she's just a girl who claims that I am the one, but the kid is not my son. (Whoooo)

—Loor, nunca dejarás de sorprenderme.

Ella subió las Doc Martens al salpicadero. Y sonrió antes de decir:

—Para que veas que no soy racista.

Edimburgo, jueves 28 de mayo de 2026

Igual que la vida llega sin que la reclamemos, la muerte llega sin avisar... casi siempre. Porque a veces sí avisa o al menos da alguna pista. Depende de lo bien o mal que hagas las cosas. Y lo único seguro es que cuanto peor las hagas, más pistas.

El comisario Jorge Ortiz estaba atrapado en una ciudad que no era suya. Que no le pertenecía. No hablaba el idioma. No le gustaba el clima y todo era demasiado verde.

Sobre todo, su plan.

Estaba verde de cojones.

Le daba vueltas a todo: su carrera, su prestigio en el Cuerpo de Policía, su perenne lucha por combatir el mal, por hacer el bien. Por desoír el eco de su ambición para comportarse acorde a su cargo.

Él, que era el orgullo de su familia, de su gente, de su comunidad. ¿Seguirían orgullosos después de esto? ¿Entenderían que no había otra salida? ¿Que de alguna forma también lo hacía por ellos?

En ocasiones, el mal se combate con el mal.

Frustrado. Angustiado. Vacío. Así se sentía mientras caminaba por los jardines de Princess Street, la principal calle comercial de Edimburgo, que atraviesa el centro hasta el magnífico hotel Balmoral, donde se decía que *sir* Sean Connery tenía reservada una *suite* todos los días del año, independientemente de que se esperase su visita o no. Eso era lo de menos. Un *sir* obtiene esta clase de privilegios. No se espera que solicite las cosas con antelación, simplemente dispone de ellas a su antojo.

Ante su fachada, el comisario levantó la vista hacia la última planta y se preguntó qué habría ocurrido con esa habitación una vez que el actor había fallecido. ¿Seguiría disponible? ¿Hasta cuándo? Y en caso contrario, ¿quién la estaría ocupando? Alguien con mucha

pasta, eso seguro. Una *suite* con vistas al castillo no bajaba de 1000 libras la noche. Unos 1200 euros.

Jorge Ortiz se metió una mano en el bolsillo y encontró un par de monedas, cuatro libras, y dos billetes de cincuenta. Suficiente para lo que tenía en mente.

Dejó atrás el hotel y se dirigió hacía el cruce con Waverley Station, la estación de tren, desde donde miles de turistas fotografían a diario una de las postales más icónicas de la ciudad.

Y allí estaba él. Su hombre, como todas las mañanas desde que había aterrizado. Con sus medias blancas hasta las rodillas, los zapatos negros con cordones rodeando el gemelo, su *kilt*, la falda escocesa de cuadros verdes y rojos, su camisa blanca de manga corta, su chaleco negro abotonado, su corbata y su gorro.

Y lo más importante, el sonido del viento: la gaita escocesa, con forma de bolsa, que se sostiene debajo del codo, y con tubos que vibran y liberan el sonido.

A sus pies, una boina sobre la que descansaban unos cuantos peniques que una excursión de japoneses había donado a regañadientes. Ortiz contaba con esa baza: la generosidad, insolidaria pero generosidad, al fin y al cabo.

Se acercó y espero a que el chaval pelirrojo de mofletes rubicundos, como un *hooligan* sin equipo en la Premier, terminase de tocar uno de los himnos de la nación: *Flowers of Scotland*. «William Wallace habría estado orgulloso», pensó Ortiz. Ahora era su turno de pelear por la libertad.

—*Excuse me. Need a favour*.

Y con estas cinco palabras para arrancar, un poco de mímica y cien libras, el comisario Jorge Ortiz se había granjeado un cómplice, un tipo inocente que trataba de sobrevivir en un mundo hostil y que sin saberlo iba a participar en una conspiración para ocultar el asesinato de tres personas. Y asustar a toda la población del sur de Escocia.

Johnny Mathews era un mierda. Siempre había sido un mierda. Y ya nunca dejaría de serlo. Pura escoria hasta su último aliento. Pero lo

que Johnny no sabía era que su último aliento estaba esperando a que anocheciese en los Meadows.

Tampoco sabía que desde el divorcio de aquella zorra, a la que le había prometido amor eterno, a la que le había prometido que nunca más le iba a poner la mano encima, que nunca más la iba a forzar si no quería abrir las piernas; aquella zorra que le había sacado hasta el último *penny* que había ganado, engañando y secuestrando furcias del Este para que las violasen en grupo caprichosos multimillonarios venidos de toda Europa, todo el mundo le conocía como «Johnny Divorce».

Y cuando lo supo ya, era demasiado tarde: ya se reía de él toda la ciudad. Se había convertido en un *loser*, en un perdedor. Y eso no podía quedar así. Ni mucho menos.

De la noche a la mañana, quedó señalado por todos aquellos que un día lo respetaron, y de pronto un juez de Glasgow, el cabrón del mazo que tanto había disfrutado gracias a la carne fresca que le había proporcionado el bueno de Johnny Divorce, le puso una orden de alejamiento de aquella zorra; Johnny la quebrantó y la policía apareció de sopetón en su casa.

Gracias a Dios, le dio tiempo a esconderlo todo: el material audiovisual, los secuestros, las extorsiones que almacenaba en un disco duro sin etiquetar. De puto milagro no se vino todo abajo y por culpa de aquella maldita zorra casi acaba entre rejas para el resto de su vida.

Llegados a este punto, lo que Johnny tampoco sabía era que, ahora que empezaba a oscurecer, que las sombras vertían su disfraz sobre la hierba, y que las gaitas afinaban sus bordones, él estaba a punto de desear que ese fatídico día del disco duro lo hubiesen encerrado, metido en una celda, y que entre varios presos de máxima seguridad le hicieran picadillo el culo mientras se agachaba en la ducha a recoger una pastilla de jabón que no servía para nada.

La hierba de los Meadows estaba fría. No hacía falta agacharse a tocarla para saberlo. No había un alma.

Johnny caminaba con la soltura de un desgraciado. Pantalones *baggy*, camisa abierta, gorra bajo la que caía un flequillo sin champú y un palillo entre los dientes. Silbaba la melodía de *El tercer hombre*,

la que suena cuando aparece Harry Lime. No había leído la novela de Graham Greene, faltaría más. Pero sí había visto la peli. Aunque en su disco duro no había nada de Orson Welles, le gustaba ese actor.

El tercer hombre...

Pero Johnny estaba solo. O eso creía.

De entre los árboles surgió una figura, una penumbra, una sombra. Pensó en Orson Welles.

Pero este era más calvo, más fuerte, más...

El primer golpe dejó al bueno de Johnny Divorce aturdido. Y fue ahí cuando apareció la epinefrina. A las once y cincuenta y nueve minutos de la noche su organismo empezó a segregar epinefrina en cantidades industriales. Y le invadió el miedo. El pánico.

El segundo golpe dejó al bueno de Johnny conmocionado. Y de su cabeza desapareció Orson Welles: allí no había un tercer hombre, eran solo dos. De acuerdo: dos hombres y un destino. Uno era él. Y el otro se parecía al calvo de *Pulp Fiction*, el que sodomiza a Marsellus Wallace, el boxeador. ¿Cómo se llamaba ese cabrón?

El tercer golpe dejó al bueno de Johnny sin conocimiento. Y sin futuro. A las doce en punto de la noche. Un nuevo día. El último. El primero.

En ese preciso instante las gaitas empezaron a sonar a lo lejos, sin aproximarse. Como una leyenda que se enciende y se apaga hasta el último estertor.

La vida se le escurrió entre los dedos en un santiamén al bueno de Johnny Divorce, por eso no fue capaz de atar cabos. No le dio tiempo a llegar a la conclusión de que a quien se parecía el tipo surgido de entre las sombras era al puto Bruce Willis.

8

Axel entró en la comisaría bailando, tocando una guitarra imaginaria mientras en los AirPods que sobresalían de sus diminutas orejas sonaba algo que solamente él escuchaba.

Weezer, joder. Ep, Ep.

Se los quitó, los guardó en la cajita blanca y sonrió ante la atónita mirada de sus dos lugartenientes.

—¿Qué pasa? ¿No puede uno estar contento?

Marina observaba desde su mesa mientras apuraba un *smoothie* de fresa con pajita de cartón, que una es pija, pero cuida el planeta. Se debatía entre intervenir y decir la verdad o callar lo que estaba pensando. Miró a Hugo, que tecleaba a toda velocidad en la pantalla del móvil, impasible.

A Marina se le hizo evidente que era su turno, y se lanzó.

—El problema es que no sabemos cuándo vas a estar contento, Axel. Eres medio bipolar.

Hugo dejó de teclear. Dejó todo lo que estaba haciendo y prestó la máxima atención: se avecinaban tiempos difíciles.

—Marina, por Dios, que esa es una enfermedad muy seria —dijo Axel—, no frivolices.

No frivolices: el as en la manga, el antídoto. Dile a un pijo que no sea pijo y se acabó la partida. *Game over*.

—Te acaba de matar, gordi. Dile algo.

Hugo miraba a través de unas gafas de sol ligeramente tintadas, ideales para el invierno y los días de cielo gris. Aunque teniendo en cuenta que hacía un día estupendo fuera, parecía claro que debían de ser sus gafas favoritas.

—Tú, calla, que acabas de llegar.

—Acabo de llegar y ya tengo lo que me has pedido, Axel.

—Empollón.

Axel se quitó la sudadera. Tanta guitarra lo había acalorado.

—Soy todo tuyo. —Hugo guiñó un ojo.

—No te pases tampoco, gordi.

En ese momento entró Loor. Estaba sudando.

—Joder, no sé a qué viene este puto calor si aún estamos en mayo.

—Pues ya verás en agosto. Ya no se puede estar en esta ciudad —dijo Marina buscando la sororidad de la subinspectora.

—Por favor, antes de que alguno de vosotros me suelte una turra sobre el cambio climático, el planeta y que no coma carne —Axel puso cara de «que ya nos vamos conociendo»—, Huguito, ¿quieres decirme qué has conseguido, por el amor de Dios? Y a ser posible sin guiñar ojos, sin llamarme gordi y sin tocarme las pelotas.

—Tengo al chulo.

—Y ahora también tienes mi atención. —Axel se echó hacia delante.

—Se llama Julio Torrego. En la calle todos le llaman el Turco. Tiene antecedentes por posesión y tráfico de droga, alteración del orden público y agresión con arma blanca. Ha estado más veces en el calabozo que en la ducha. Típico trapi al que la suerte le ha dado la espalda y la vida le ha tratado mal.

—No, si al final será un buenazo, no te fastidia. —Marina había mejorado mucho en la pronunciación de las eses, un defecto de fábrica que trabajaba todas las semanas con su logopeda, pero esas dos eses casi seguidas se la habían atragantado.

A Hugo se le atragantaba más la lucha de clases.

—Hay gente que nace de culo, gordi. Y cuando se ponen de pie, lo que los rodea es tanta mierda que se convencen de que estaban mejor de culo. No todo el mundo pasa sus primeras noches en una cuna perfumada.

—Oye, en serio —intervino Axel—: ahora os encerráis en el baño y continuáis con este debate dialéctico sobre los privilegios y la conciencia de clase, pero resulta que Loor y yo somos apolíticos y que tenemos prisa. Y una... —rebuscó en su cerebro para no utilizar

la palabra *puta*, ni mucho menos *prostituta*— chavala está esperando a que la encontremos.

—¿Dónde lo podemos encontrar? —Los mítines de Loor nunca sobrepasaban las cuatro palabras seguidas—. Al chulo, digo. —A veces, con tres bastaba.

Hugo se rascó la nuca y se levantó el mullet.

—Suele dejarse ver por este bar. —Una foto fue a parar al lado de Loor, que tenía el culo apoyado en la mesa de Marina. La levantó, registró el nombre del garito en su memoria, y se la guardó en el bolsillo trasero del vaquero negro.

El teléfono de Axel empezó a serpentear encima de la mesa.

Bzzzz... Bzzzz...

Su mirada se oscureció.

—Es el jefe —le dijo a Loor.

—¿Ortiz? —preguntó Marina.

—Calla, coño. ¡Qué va a ser Ortiz! Déjame pensar.

—Pues date vida que van tres tonos —señaló Hugo.

Axel pulsó la tecla verde.

—¿Sí? —Quince segundos después añadió—: De acuerdo. Ahora mismo vamos. —Y colgó.

—Joder, ¿quién coño era? Sí que te cuadras con este. Parece que ha aparecido tu kriptonita, Superman. —Hugo sonreía divertido. Axel lo fulminó con la mirada—. Vale, vale, ni Superman ni gordi. Me queda claro.

—Vamos, Loor. Tenemos visita.

Abelardo Zamora los estaba esperando sentado en su sofá. En el reproductor de vinilos John Coltrane continuaba tocando el saxofón, y cuando Axel y Loor abrieron la puerta del despacho, todo estaba tal cual lo habían dejado la última vez que estuvieron allí.

Incluso el castillo de naipes.

Sobre todo, el castillo de naipes.

Todo menos una cosa: tenía compañía.

—Buenas tardes, tomad asiento —dijo Abelardo atusándose el bigote—. Os presento a mi viejo amigo Manuel. —El invitado que

ocupaba un rincón del sofá los saludó inclinando la cabeza hacia delante—. Crecimos juntos en el mismo barrio y se podría decir que somos amigos de toda la vida.

Cómo tendrá la mano este de sudada que ni la ofrece para presentarse.

—Encantado —dijo Axel.

—Encantada —añadió Loor.

Y los dos se miraron porque no estaban acostumbrados a ese tipo de coreografía tan fina.

—Sentaos, por favor. Insisto. ¿Queréis tomar algo?

—No, gracias —dijo Axel.

Loor no dijo nada y se limitó a negar con la cabeza para que al menos no siguiesen pareciendo Zipi y Zape.

Axel se fijó en el invitado y amigo del jefe. Un hombre más triste que preocupado. Pelo cano y fuerte. Y escaso.

Alguien debería decirle que se rape.

Piel morena y trabajada por el sol.

Un hombre de barrio. Un obrero.

Orejas grandes y manos fuertes, que se desplazaban con energía arriba y abajo, muslo arriba, muslo abajo, desafiando el tejido de poliéster del pantalón gris marengo.

Inquietud.

Mirada huidiza.

Timidez.

—Mi querido Manuel es el padre de Bárbara.

¡Hostias, Coll se llama Bárbara! ¡Manda carallo!

—La chica desaparecida —explicó Abelardo, acostumbrado a no dejar cabos sueltos.

Axel y Loor asintieron para no parecer descorteses. Pero ambos se preguntaron si el jefe era imbécil o pensaba que lo eran ellos.

—Sentimos mucho lo ocurrido, Manuel. Y esperamos poder encontrar a su hija pronto. No debe ser un trago fácil para la familia.

—Su familia soy yo. —La voz de Manuel era limpia como una figura sagrada. Transmitía una serenidad impropia de la situación que estaba viviendo. Impropia de cualquier persona que hubiese

superado la niñez—. Su madre falleció hace unos años y ahora siento que he perdido también a la pequeña Bárbara.

Un sollozo puso punto final a esta breve exposición del árbol genealógico. Axel se dio cuenta de que, si querían sacar algo en claro, iban a tener que dar muchas vueltas. Pero Loor no daba vueltas.

—¿Se llevaba bien con su hija?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —dijo Manuel.

Abelardo se revolvió en su asiento. Axel salió al cruce.

—Eso dependerá de la respuesta. De momento, es la clase de pregunta que necesitamos hacerle para poder seguir avanzando.

Manuel frunció el ceño.

—Teníamos buena relación. En los últimos tiempos nos veíamos menos. Bárbara tenía novio y pasaba mucho tiempo con él.

¿Cómo novio?

Axel y Loor se miraron sin comprender. La típica mirada que delataba la posesión de cierta información que no era el momento de compartir.

—¿Julio? ¿Puede ser que se llamase así? —preguntó Axel.

—Oigan, no soy gilipollas, ¿está claro? Pueden estar seguros de eso. Sé perfectamente en el mundo en el que se movía mi hija. Pero si les digo que tenía novio es porque tenía novio.

Esto se pone interesante.

—Entonces, no se llamaba Julio, ¿cierto?

Manuel negó con la cabeza.

—Se llama Fernando. Fernando Torrado. Mi hija le llamaba Nando y tengo entendido que así le llama todo el mundo.

—Y la relación de este tipo con su hija ¿cuál era? —Loor seguía sin tomar desvíos.

—No lo tengo muy claro. La verdad es que nunca me he querido meter ahí.

—Ya. —Loor forzó una mueca. Una sonrisa sin sonrisa.

—Déjenos ver una foto de su hija, por favor. ¿Tiene alguna a mano?

Manuel, tras apartar varios billetes de cinco euros, sacó una del fondo de su cartera.

Más de barrio que los toldos verdes.

—Les pido máxima discreción, por favor.

Abelardo, que llevaba mucho tiempo observando, al fin intervino.

—No queremos que salga nada en la prensa.

Axel tomó la foto. En ella pudo ver a una joven que superaba los treinta años pero no llegaba a los cuarenta. Pelo corto o recogido, cubierto por una peluca rubia. Bajo los ojos, dos carreteras de maquillaje le ensombrecían la mirada, ya de por sí apagada. Le pareció que tenía los párpados caídos y teñidos de granate, y le pareció que, si la encontraban pronto, igual no sería mala idea sugerirle que pidiese consulta en un neurólogo. Un vestido escotado hasta el ombligo sostenía un pecho firme, no muy grande, operado, sin mucha proyección. Y en la mano, un espresso martini.

En frente, más de espaldas que de perfil, un hombre mayor, elegante, traje gris oscuro, nuca arrugada, hombros caídos y poco pelo. A penas se le veía la cara.

¡Mala pinta!

—¿Me la puedo quedar? —Axel trataba de parecer amable, no sabía si por empatía con el dolor de un padre cuya hija había desaparecido, o si seguía a merced de la impronta que en él dejaba su jefe.

—Si le puede servir de utilidad, sí.

Axel se guardó la foto en el bolsillo.

—De acuerdo. Y ahora estaría bien que nos dijesen ya qué hacemos aquí. Lo del novio ha surgido en mitad de la conversación y la foto se la hemos pedido nosotros. Así que es razonable deducir que aún no se ha revelado el verdadero motivo de esta improvisada reunión.

Abelardo Zamora se recostó en su asiento. Y antes de hablar observó primero a Loor y luego a Axel. Debió de gustarle lo que vio, o quizá se estaba quedando sin opciones, y dijo:

—El amor y la amistad que me unen a mi antiguo camarada, sin duda, me impacientan en este caso. Pero debéis saber que no es el único motivo por el que tengo un interés especial en alcanzar una pronta resolución.

Ya viene.

Loor cambió el peso de pie y echó la mano al bolsillo. Siempre era buen momento para encender un cigarro, pero más si a lo lejos se avecinaba una tormenta. Y quien dice a lo lejos, dice a menos de tres metros. Axel no movía un músculo. Estaba preparándose para registrar información más allá de las palabras.

—En la cúpula de determinado partido político próximo al poder, es decir, vecino de los intereses de esta Administración, digamos que hay cierta... —Abelardo se detuvo y miró al techo, buscando la palabra exacta que dejase entrever la esencia de lo que quería transmitir sin herir la sensibilidad de su amigo— desazón ante esta desaparición y ante la falta de información al respecto. Mi amigo Manuel, aquí presente, está al corriente de esta preocupación y por eso hablo sin tapujos. Tenemos que adelantarnos a todo lo que pueda salir. Hay que encontrar a esa chica cuanto antes...

Antes de que la encuentren otros, está claro.

Loor miró a Axel. Y este asintió.

—Entendido —dijeron a la vez.

Solo dos plantas separaban a los jefes del pequeño cuartucho en el que Hugo y Marina debían estar trabajando en ese instante, pero Axel y Loor decidieron utilizar el ascensor, como era su costumbre, porque qué clase de animales comparten sus impresiones sobre el dolor de un padre desamparado, los intereses ocultos de un alto cargo de la policía, las coacciones del Gobierno de coalición y el paradero cada vez más incierto de una prostituta demasiado ambiciosa, mientras descienden desacompasados por unas escaleras sin fregar.

—Esto huele cada vez peor, Loor

—Eso lo sabemos desde que fuimos a casa de la puta número dos.

Joder, Loor.

—Tía, te juro que jamás pensé que diría esto, pero echo de menos al puto Ortiz.

—Lo sé. —Loor le puso la mano en el hombro.

—Me voy a llevar al chaval de visita. Creo saber dónde estuvo Coll antes de morir. Quédate con Marina, por lo que sea le caes bien y te cuenta cosas.

—Me estás pidiendo que le pregunte si sabe dónde está...

—No lo digas, no quiero oírtelo decir.

Loor sonrió y retiró la mano del hombro de Axel. Sintió que se estaba acercando demasiado al rincón de la condescendencia con su amigo. Y no estaba cómoda ahí.

—Oye, Loor, ¿por qué has sabido que lo echo de menos?

—Pues porque nunca te he visto tan incómodo con nadie como con Castillitos.

Axel hizo una mueca descorazonadora.

—No me gusta «Castillitos». Me da mal rollo que lo llames así.

—¿Y cómo quieres que le llame? ¿Por su nombre? ¿Me vas a pedir también que le respetemos? ¿Que respetemos a un jefe?

—No, joder. Pero yo qué sé. ¿Has visto ese bigote? Le podemos llamar Groucho.

—Pues, tío, me parece bien. Tú llámale Groucho o como te salga de las bolas. Yo le seguiré llamando Castillitos. Me parece entrañable.

Hugo fue el primero en percibir su llegada y por tanto el primero en hablar.

—¿Qué os ha pasado? Parece que acabáis de recibir una paliza a manos de tres gorilas sin medicación.

—No preguntes, gordi. Y levanta el culo, que nos vamos.

Hugo levantó las cejas y bajó los pies de la mesa. Las malas costumbres entran sin lubricante.

—¿Y adónde me llevas? Si se puede saber.

—Aquí.

Axel lanzó la foto, que resbaló hasta más allá del borde de la mesa. Hugo se agachó para recogerla del suelo. Su cara no decía mucho. Seguramente porque no tenía mucho que decir.

—La verdad es que no me entero, gordi. Pero a ti te gusta ser el listo de los dos, bueno, de los cuatro, así que no importa, me lo explicas en el coche.

Hugo se puso de pie, recogió sus cosas, es decir, su vaper sabor mandarina, y se dirigió hacia la puerta.

9

Viéndolos juntos, caminando el uno al lado del otro, era difícil imaginar que el inspector Axel Nash y el agente Hugo Ramírez se conociesen de algo; más difícil aún era suponer que perteneciesen a la misma sección de la Policía Judicial, y que además estuviesen asignados al mismo caso. Ni siquiera parecían del mismo planeta.

Sin embargo, aunque con roles diferentes, se necesitaban.

Y necesitaban entenderse.

—¿Me dejas conducir a mí?

JA, JA, JA...

Axel casi pierde pie por la ocurrencia.

—¿Me lo preguntas en serio?

La sorpresa y la incredulidad se abrieron paso en el tono del inspector Nash, como estaba a punto de pedirle al chaval que le llamase, a no ser que dejase de decir en voz alta lo primero que se le pasase por la mente.

—Tu fama te precede —insistió—, y me gusta mi vida tal y como es, sin sillas de ruedas ni rehabilitaciones en Toledo.

Axel decidió ignorar ese ataque gratuito a su forma de circular con su viejo coche por una ciudad colapsada por el exceso de licencias VTP, taxis, motos, bicis, patinetes... *Ya se estaba poniendo de mala hostia, hombre.*

¡Qué fácil! ¡Qué barato se había puesto juzgarlo! ¿Es que acaso no se había reformado gracias a un enorme esfuerzo, tesón y constancia en la gestión de sus emociones, el autocontrol y otras mierdas en las que le insistía su terapeuta?

Eso no se tenía en cuenta. Eso no lo precedía, no. Lo precedía su fama al volante.

¡Tócate los huev...!

Sin vacilar, accionó el mando del Peugeot 207 azul y no sucedió nada. Siempre se olvidaba que se había quedado sin pilas y que tenía que abrir el coche metiendo la llave en la cerradura, como en el siglo pasado. Y eso hizo.

—Venga, gordi. Sube al coche y no des guerra, anda.

Durante el trayecto la conversación dio vueltas por diferentes asuntos en los que ninguno de los dos policías lograba conectar con el otro. Ni siquiera encontrarse. Y eso que los dos estaban poniendo de su parte. Aunque para ser honestos, sin demasiado empeño.

Los dos tenían otros asuntos en que pensar.

Axel en salvar el pellejo, primero, en un caso que le daba mala espina y después, en un barrio, Lavapiés, en el que cada vez pasaba más tiempo y en el que sospechaba que cada vez iba a ser peor recibido. No es un lugar donde los forasteros sean bienvenidos si repiten y repiten, y preguntan y preguntan.

Hugo, a su vez, gestionaba otro tipo de emociones, más privadas y menos profesionales. Como qué debería ponerse esa misma noche para seducir al empresario dubaití con el que había quedado para «tomar algo y lo que surja». La expresión era de Huguito, intentando hacerse pasar por casi *boomer* ante un extranjero que le doblaba la edad.

Cuando aparcaron cerca de la Casa Encendida, Axel se bajó del coche y no estaba para muchas bromas. La conversación había alcanzado, al fin, un asunto crucial.

—¿Cómo va a estar más bueno Pedro Pascal que Jacob Elordi? ¿Tú estás bien de la cabeza?

Huguito cerró la puerta del Peugeot con cuidado. Sabía que estaba a punto de herir a Axel y no quería abusar haciéndole daño también a su coche.

—Un *fife* nunca será capaz de entenderlo. Pedro Pascal en *Juego de Tronos*, en *Narcos*, joder, en *The Last of Us*... Es imposible tener más aura.

—¿Tú has visto *Euphoria*, animal? ¿Has visto *Saltburn?* ¿Lo has visto en Venecia presentando *Frankenstein?*

—Elordi es supernormativo, el típico, alto, guapo. Un guapo de toda la vida. Lleva siendo guapo desde el día que nació y lo ha sido

siempre y bajo cualquier mirada, en cualquier lugar o circunstancia. Pero no tiene nada. Hazme caso. Además, a mí me gustan mayores.

—Coño, y a mí me gustan las tías. Ese no es el debate, chaval.

Huguito sonrió. Sintió que por fin estaba congeniando con su compañero. Axel se detuvo.

—Es aquí —dijo.

Ante ellos se abría un local diminuto, con una puerta de madera clásica que separaba las dos vías de entrada al local. Y un grafiti con el nombre del garito: Savas.

Dentro, el color blanco de las paredes y de la barra podían incitarte a pedir una revisión en el oftalmólogo. Al otro lado de la barra de roble, te daban la bienvenida, a su manera, dos lituanos, un hombre y una mujer, una pareja, *maître* ella, barman él. Tan parecidos que podrían ser hermanos.

Dos expatriados con aspecto de haber encontrado su lugar en el mundo.

Ella era menuda y sonriente, media melena castaña clara y ojos verdes. Axel pensó que su mirada transmitía la bondad del que se siente agradecido por gozar de una segunda oportunidad. Él era corpulento y velludo, barba larguísima y grisácea, las canas le subían hasta la sien. Y los tatuajes le bajaban por el brazo. Axel pensó que su aspecto transmitía seguridad, sabiduría y resiliencia, con un alma capaz de perdonar o habituada a hacerlo. Aunque también pensó que su historia quizá sería bien diferente. Y desde luego no era eso lo que había ido a averiguar.

—¿En qué puedo ayudaros? —La voz de ella era clara y limpia, como su rostro.

—Veníamos a tomar un cóctel. Me han hablado maravillas de este sitio y por lo que veo —Axel desvió la mirada hacia el barman que estaba preparando un cóctel especial fuera de carta con una pieza de pomelo incrustada en el lateral de un vaso largo— no me han dicho ninguna mentira.

—Se llama brandelicious, aunque la gente lo está empezando a llamar pomelote. —El barman tenía una voz profunda, acorde a su estatura. Axel asintió.

—Yo quiero uno de esos —dijo Hugo.

—Que sean dos —añadió Axel.

—¿No preferís pedir dos diferentes y así probáis otra cosa? —preguntó ella.

—No quiero arrepentirme de dejar pasar esa maravilla. Tiene una pinta de locos —insistió Axel.

Los dos policías tomaron asiento a un lado de la barra. Permanecían atentos al buen hacer y la habilidad para mezclar y crear del coctelero lituano, que hablaba sin levantar la vista. Una pieza de *jazz* relajante, con mucho piano y poca voz, que se filtraba a través de unos altavoces que mantenían un volumen agradable, te podía llevar a pensar que, al fondo del local, donde estaban los baños, te esperaba un masaje tailandés de cuerpo entero.

Axel esperó a que el bar se vaciase un poco para abrir la partida. Y sacó la foto que llevaba en la cartera, en el bolsillo trasero del vaquero. Sin decir nada la dejó sobre la barra, entre dos posavasos con la firma y el eslogan del local en letras finas e inclinadas.

Los ojos del barman se pasearon fugazmente sobre la fotografía y sus dedos, que en ese instante removían un negroni nórdico, se detuvieron en seco. Pero hablar, no hablaron. Estaban entrenados para no responder preguntas antes de que fuesen formuladas. Axel le acercó la foto sin sutilezas. Y pensó, no sin agrado, que Huguito estaba muy callado. Tenía que reconocer que el chaval sabía esperar.

—Estamos buscando a esta chica.

—Eso ya lo veo —dijo el barman.

—¿La conoces?

—Sí.

Joder, qué fácil todo. Así da gusto. Mucho tienen que aprender los mamarrachos españolitos que ponen copas en según qué garitos llenos de pijos.

—¿Y nos puedes decir quién es?

—Una clienta.

—Eso ya lo veo —respondió Axel para encabronar. Por el rabillo del ojo vio cómo una sonrisa se abría paso en la cara de Huguito—. ¿Venía mucho por aquí?

—¿Sois polis? —Axel asintió.

—Ha desaparecido —dijo, y le dio un sorbo al pomelote; Hugo lo imitó—. Por favor, no me digas que aquí no está porque eso ya me lo imagino. No sois sospechosos de nada, solo queremos encontrarla sana y salva.

—Era una clienta habitual. Venía todas las semanas y siempre pedía lo mismo.

Huguito levantó su vaso.

—¿Esto? —preguntó.

La verdad es que no es una gran aportación, chaval, pero mejor que falte a que sobre, di que sí.

El barman negó con la cabeza.

—Le gustaba el *bourbon*, pedía siempre un *smoky sour*. Otro día os lo preparo.

—¿Sabes si venía sola? —recondujo Axel. El barman levantó las cejas—. Es decir, ¿solía venir siempre acompañada por la misma persona? ¿Esta persona? —Señaló al hombre trajeado que aparecía de espaldas en la foto.

—Venía con gente muy dispar. Esa foto diría que es de la última vez que estuvo aquí.

—¿Y eso cuándo fue?

—Hará un par de noches o tres. Estuvieron en esa mesa alta de ahí hasta que cerramos sobre las dos y media de la mañana.

—¿Y el tipo? —insistió Axel.

—No suele venir por aquí, pero no era la primera vez que lo veía. Un tipo raro.

—Extraño. Muy extraño. —Los coros los hizo la *maître*, que hasta ese momento estaba aún más callada que Hugo. Y eso a Axel le complacía menos.

—¿No tenéis más datos? ¿Alguna información que pueda ser de ayuda?

El barman dejó de remover el negroni y lo apartó. Apoyó los brazos en la barra y se acercó a Axel. Bajó la voz para dejar claro que no quería seguir hablando.

—Ahora que lo pienso —dijo—, hay algo en ese tipo que hace que se parezca bastante a ti.

—Sí —añadió ella—. Se parecía mucho a ti.

Huguito dio un respingo. Axel sonrió.
Una sonrisa que habría despertado a un muerto.

10

Si la subinspectora Lorena Galván tuviese que hacer memoria, algo que no era ni mucho menos su fuerte, y recordar la última vez que le dio conversación a alguien sin más objetivo que matar el tiempo y evitar un silencio incomodo, su atrofiada base de datos le habría enviado muy pocas respuestas satisfactorias.

Recordaba una vez con Axel, hace un par de meses. Habían discutido por la forma de proceder en una investigación. Nada importante, y nada habitual. Ella quería emplear la fuerza y atosigar a un sospechoso y él, tan pragmático y remilgado últimamente, quería esperar. Ese comportamiento había desconcertado a Loor, que no fue capaz de reaccionar del todo bien, si entendemos del todo bien por sacar su arma y disparar dos veces al aire cuando Axel le había echado en cara que siempre quería apretar, que siempre quería más, y que no era la primera vez que luego tenía que salvarle el pellejo ante los jefes.

La verdad es que había reaccionado de puto culo. Por eso después le había dado conversación. Le había preguntado si seguía nadando y qué tal iba su espalda. Y cuántos largos hacía, y si prefería braza o prefería crol. Cómo si le importase lo más mínimo.

Era su manera de pedir perdón. Una manera de mierda, pero era la suya, al fin y al cabo.

Axel como ya la conocía, se lo tomó bien, ¡y aquí no ha pasado nada!

La otra vez que recordaba haberse visto inmersa en algo parecido se remontaba a muchos años atrás con su padre, en una habitación pequeña y mal sonorizada. Pero esa historia aún sangraba y Loor prefirió apartarla de su mente a manotazos.

Y de repente ahí estaba, en mitad de la oficina, entre papeles y casos y llamadas y recursos y jefes.

Y un encargo.

Un encargo del de siempre, Axel Nash, para el que, como ya hemos contado, no es que estuviese demasiado entrenada. Por eso mismo, en ese preciso instante, no tenía la menor idea de por dónde empezar.

Primer intento.

—Marina.

—Cuéntame.

—¿Me pasas el agua?

Y Marina le pasó el agua. Loor bebió. Y después no pasó nada más.

Mierda.

Silencio.

Y más silencio.

El sonido de la respiración, el tictac del reloj de la pared del fondo y nada más.

Todo comodísimo.

Está bien, allá vamos otra vez.

Segundo intento.

—Oye.

Marina, que en ese momento revisaba en su teléfono las tareas que tenía asignadas para el resto de la semana, levantó la vista.

—¿Qué?

—¿Qué haces?

—Tía, tú estás muy rara. ¿Te pasa algo?

—¿A mí? No, nada. ¿Qué coño dices? ¡A mí qué me va a pasar!

—Y yo qué sé, tía. Nunca te había visto tan aburrida. Y mira que a mí me pasa mogollón, eh, pero tú siempre parece que tienes cosas en las que pensar.

Loor no contestó. Dejó la mirada perdida en algún punto de la pared y sacó un cigarro del bolsillo. Se estaba mareando y estaba empezando a sudar.

¡Maldito Axel! ¿A quién se le ocurre encargarle a ella semejante tarea? Pues a él.

Pero, coño, si quería saber dónde estaba el tonto de Ortiz y qué hacía y en qué lugar se enamoró de ti, pues que se lo pregunte él. Ella, desde luego, no sirve para chismorrear. Ella siempre que ha querido saber algo ha utilizado la punta de acero de las Doc Martens.

Y sin quejas, eh. Hasta ahora le había ido bien.

Un cuello pisado por aquí, un puntapié en la espinilla por allá. Pan comido.

—Tú ¿qué haces?

—¿Qué dices?

—¿Que si vas a hacer algo? ¿Tienes planes esta noche? ¿Has quedado con alguien?

Marina dejó el móvil encima de la mesa y echó el cuerpo hacia atrás. Loor se frotaba las manos, no se lo podía creer: había caído en la trampa sin que nadie le hubiese tendido ninguna.

¡Gracias a Dios!

—Algo haré, sí.

—Caray, hija, cuando te quieres hacer la interesante, no hay quien te tosa.

Loor se dio cuenta de que iba a tener que darle algo más si quería seguir avanzando.

—Pues, a ver, llevo unos meses quedando con una tía. Y hace un rato me ha preguntado lo mismo que tú: que si tengo planes esta noche.

—¡Oooh! ¿Y cómo se llama?

—Y a ti qué te importa... —Marina parpadeó varias veces—. Perdona, es un acto reflejo. Se llama Natalia —dijo Loor.

—Ay, me encanta ese nombre. ¿Y es guapa? ¿De dónde es? ¿Tienes alguna foto? ¿Por qué no la traes un día a la comisaría y así la conocemos? Seguro que le caemos superbien y fijo que nos hacemos superamigas.

A Loor le dio un ataque de tos ante semejante ocurrencia. Casi se atraganta de solo imaginarlo. Estaba empezando a perder la paciencia y no sabía cuánto tiempo más iba a poder soportar aquello.

En realidad, sí lo sabía: ni un segundo más.

—Oye, ¿y tú qué? Sigues viéndote con... —Loor dejó suspendida en el aire una insinuación que se perdió como lágrimas en la lluvia.

—¿Con...?

—¡Coño, con quién va a ser! —Loor levantó un dedo y señaló al techo esperando que Marina pusiese de su parte y entendiese que se refería a dos plantas más arriba.

—¿Al techo? Tía, no te pillo. —Marina estaba jugueteando con sus rizos como quien enreda un cable telefónico. Se estaba divirtiendo.

—Joder, con Ortiz. Con el comisario. ¡Con quién va a ser! ¿Acaso te has follado a más jefes o a alguien que tenga su despacho por encima de esta planta?

—Uy, querida, es mejor que no me hagas ciertas preguntas si no estás preparada para escuchar las respuestas.

—Venga, no te flipes tampoco. Que eres mona, pero... —Loor se detuvo.

—¿Qué?

—Nada.

—No, tía. ¿Qué ibas a decir?

—Nada, coño. ¿Sigues viéndote con Ortiz o no?

—Te lo digo si me lo dices.

Loor sonrió. Jamás pensó que el truco le fuese a funcionar pasados los doce años, pero por segunda vez en pocos minutos ahí estaban otra vez. La subinspectora se rascó la sien como si estuviese manteniendo un debate infernal consigo misma.

—Vale, está bien. Pero empiezas tú.

—Lo de Ortiz murió hace mucho tiempo. Él hace su vida y yo la mía. Que todo bien, ¿eh? Si nos vemos, nos saludamos con normalidad y ya está. ¿Sabes? Somos adultos, tía. Yo qué sé. Sin más.

—Así que no tienes ni la menor idea de qué hace con su vida o dónde está.

—Pues no. Sé que está con otras tías. Este tipo de tío pasa página rápido, ¿sabes? Un clavo saca otro clavo, eso dicen los de su edad, ¿no? Pues eso. Ahora está de vacaciones, ¿no?

—Eso parece, sí.

—Pues estará por ahí aprovechando el tiempo. No tengas ninguna duda. Y que le vaya bien y sea feliz. Yo paso.

—Ya veo. Lo tienes superado.

—Pues sí. —Marina arqueó las cejas—. Bueno, te toca. ¿Qué ibas a decir?

—¿Sabes qué? Es mejor que lo dejemos aquí. —Loor se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

—No puedes hacerme esto. No irás a irte ahora y dejarme así. Hicimos un trato. Quiero saberlo. ¿Qué ibas a decir?

Loor se giró y con el cigarro aún sin encender bailando entre sus labios dijo:

—Querida, es mejor que no me hagas ciertas preguntas si no estás preparada para escuchar las respuestas.

Edimburgo, viernes 29 de mayo de 2026

La historia de cómo John Black pasó de ver la hora en un Casio negro F 91W clásico, de goma, que le robó a un mocoso de los muelles de Edimburgo, del Newhaven —pronunciado *nuheifen* en escocés, para que tus clases de inglés en el instituto no sirvan de nada—, a observar con todo detalle girar el segundero en su muñeca de su Richard Mile RM 035 negro valorado en 150 000 libras, se cuenta en kilos y en años.

En kilos de cocaína bien cortada y en años entre rejas en la prisión de Saughton, «la cárcel de su majestad», como la llamaban los presos comunes. Aunque John Black, desde su llegada, quiso dejar claro que su estancia, de común, iba a tener bien poquito.

Lo metieron dentro por error, una equivocación, fueron a por él, él no había hecho nada, él era inocente, se trataba de un malentendido.

Como todos.

Ya se sabe: «Me dijo que era mayor de edad, joder, si es que aparenta mínimo veinticinco años, ¿cómo iba a saber yo que tenía catorce? ¿Qué hago, le pido la documentación? Si es que al final va a hacer falta un contrato para follar. Y además fue consentido, le gustó, de verdad que disfrutó, si hasta me dijo que nunca había estado con un hombre como yo, les estoy diciendo la verdad, quítenme las manos de encima, no me toquen, que me quiten las esposas, joder, déjenme salir de aquí, yo no he hecho nada».

Esta era la historia de su compañero de celda. La suya fue otro error, pero bien distinto.

Una trampa.

Esos desgraciados le tendieron una trampa. Tres niñatos españoles. Y ahora iban a pagar justos por pecadores... Pero no nos

adelantemos.

A John, que además estaba limpio, que no tenía antecedentes, le cayó la perpetua. Y a mediados de los noventa, cuando ya llevaba dos décadas encerrado, cambiaron las leyes y consiguió la condicional. Y eso que el buen comportamiento se lo había pasado por el forro de las pelotas.

El caso es que allí, tras los quince barrotes que separaban su celda del aire puro y fresco de la libertad, conoció a Stu, diminutivo de Stuart, un paisano de Glasgow, bien relacionado, que le iba a cambiar la vida para bien... Al menos al principio.

Primero Stu le ofreció protección:

—Créeme la vas a necesitar, los negros no son muy queridos por estos lares. ¿Ves a esos de ahí? ¿Esos tres pelirrojos irlandeses que te están mirando como si te hubieses follado a sus hijas? Pues te miran así porque precisamente eso es lo que piensan, que cuando salgas de aquí vas a violar a sus pequeñas. A la pequeña Mimmy, a la pequeña Erin y a la pequeña Emily. Pero tranqui. No tienes de qué preocuparte. Tú déjamelos a mí, viví un tiempo en Belfast y conozco bien sus costumbres.

Ese fue el primer favor que John Black le iba a deber al bueno de Stu. Un favor preventivo.

A partir de ese día, el primer día, Stu y John se hicieron inseparables. Y con la lengua de uno y los bíceps del otro se convirtieron en los dueños del cotarro. Controlaban el patio, controlaban las celdas y, lo más importante, controlaban las duchas.

Pasaron los meses y Stu le fue enseñando a John:

—Las cosas importantes de la vida... Nos dicen que lo verdaderamente importante son la amistad, el honor, los valores, los principios... *Bullshit*. El tío Stu te va a enderezar y te va a mostrar todo lo que debes saber para no ir por ahí con esa pinta de triste que no tiene donde caerse muerto. Así no vas a llegar a ningún sitio. Tienes educación, tienes potencial. El tío Stu se da cuenta de esas cosas. Prepárate, porque vas a ganar mucha pasta conmigo. Te voy a presentar a gente importante y vas a responder. ¿A que vas a responder, John?

Y que se puede responder cuando un tipo escuálido, con gafas redondas, ojos saltones y porciones de barba naciendo a trompicones por un rostro pálido como la cal viva te pregunta, induciéndote a decirle lo que quiere oír.

Pues le dices lo que quiere oír.

Que sí.

John solo podía responder que sí y eso mismo fue lo que respondió: *s, i*. Sí.

—Buen chico, John. Buen chico.

Ese fue el segundo favor que John Black le iba a deber al bueno de Stu.

—Pero no nos adelantemos, Little Johnny, ¿te puedo llamar Johnny? antes necesitamos que hagas un poco de dinero aquí dentro. ¿Sabes qué? A la gente le gusta colocarse. Le gusta colocarse antes de entrar aquí, le gusta colocarse aquí dentro y también le gusta colocarse al salir. Pero, escúchame bien, nada de coca. No nos interesa que esos gorilas de ahí, esos trastornados polacos ahogados en vodka se pongan más violentos, así que nada de coca. Les daremos caballo, jaco, polvo marrón. *You know what I mean*.

Y John supo *what Stu means* y se convirtió en el *brown dealer* de la prisión.

John Black se convirtió en «John Brown», una broma privada que hacía que Stu se muriese de risa.

Así fue como John empezó a ganar pasta. Pasta gansa de verdad, tanta pasta que le daba para vivir como un rey, sobornar a los guardias y ahorrar para el día en que lo pusiesen en libertad.

Ese día llegó varios años después. John estaba tan hecho a las comodidades de la cárcel que una parte de él sintió pena al abrazarse a su amigo Stu y despedirse de él.

—¿A ti cuanto te queda, Stu? —A John le dio cierta vergüenza preguntárselo. Tantos años allí dentro compartiéndolo todo y nunca se le había ocurrido preocuparse por el futuro de su colega.

—Tú no te preocupes por eso. Preocúpate de hacer bien lo que tienes que hacer bien.

John nunca supo qué había llevado a Stu a vivir entre rejas. Solo que estaba allí cuando él llegó y que seguiría allí cuando se iba. Y por la manera en que lo miró cuando se deshizo el abrazo, no tenía pinta de que fuese a salir pronto. De lo contrario, habría sido él quien acudiera a la dirección que John llevaba apuntada en un papel que se había guardado escrupulosamente en la bragueta, y se habría hecho los favores a sí mismo.

En esa dirección fue donde John conoció a los jefes de Stu, que no se parecían en nada a Stu, ni a John, ni a ningún preso de Saughton. Los jefes de Stu eran una pareja bien vestida, con sendos trajes de tres piezas hechos a medida por un sastre que sabía bien lo que hacía.

Eso fue lo que, al verlos, le dijo a John su instinto. Eso y que lo mejor era salir por patas de allí antes de que lo de aquellas chicas americanas en el Fettes College, la puta trampa, quedase en un juego de niños. Pero John rara vez le hacía caso a su instinto.

Salvo cuando no debía.

Rooney y Sally, así se llamaban los jefes de Stu. Una pareja de contables que parecían no haber roto un plato en su vida, y que a duras penas pudieron disimular su desencanto al ver los bíceps, los tatuajes y las cicatrices que la vida y la cárcel habían sellado sobre el bueno de John Black.

«*Sorry*, me he equivocado» fue lo primero que dijo John. «Ok, trato hecho» lo último. Como si lo que acababan de cerrar fuese un trato. Como si hubiese tenido alguna alternativa.

Y así fue como los jefes de Stu, Sally y Rooney le pusieron un pub al bueno de John Black. Como si fuesen sus progenitores y viniesen de buena familia y le hubiesen puesto un pisito al niño en el centro para que fuese feliz y no tuviese que preocuparse de nada más que de los estudios. Pero ni padres ni estudios. Ni buena voluntad. En el pub, situado en el Cowgate, la zona de marcha de la ciudad, fue donde John empezó a crecer, a hacerse un hombre, a hacerse un nombre. O lo que es lo mismo: donde empezó a mancharse las manos de sangre. Y los dientes de coca.

Opium. Así se conocía el local entre la gente que lo frecuentaba. Y si bien en los primeros años lo frecuentaban hombres de negocios y

mujeres de compañía de alto *standing*, en los últimos tiempos, la decadencia y la capacidad de John para convertirlo todo en un espejo roto de su peor versión, lo frecuentaban sobre todo *dealers*, yonquis y exconvictos. Y tres hombres que trabajan para John.

Uno bueno, uno feo y otro malo.

Jorge Ortiz había pasado por un Tesco, por la sección de cosméticos. Necesitaba más material. La cajera lo miró socarrona cuando depositó los productos en la cinta transportadora. Pero Ortiz se caló la gorra y no se quitó las gafas de sol. Quería pasar desapercibido, de lo contrario Maggie, eso rezaba la plaquita que llevaba colgada sobre el pecho izquierdo, habría sabido lo que es bueno. Al menos en ese supermercado, el Mercadona británico, no sonaba ninguna cancioncita de las que se te meten en la cabeza durante horas.

Mercadooona, Mercadoona...

Por lo tanto, el comisario paseaba por la ciudad tarareando un tema de Loquillo, uno que decía algo de buscarte a un marido con miedo a volar... ¿O era sin miedo?

Ortiz no describiría el nudo que tenía en el estómago como miedo, pero no tenía la más mínima duda de que tranquilidad no era. Se preguntaba si algún día podría recuperar su vida y volver a hacer que los criminales respetasen la ley. Aunque, visto lo visto, igual tenía que conformarse, más que con recuperar su vida, con conservarla.

Vaya días llevaba en Escocia, ni en sus peores sueños.

Primero alternando en un bar gay sin ser él nada de eso, y después convirtiéndose en lo que siempre había odiado y repudiado. Si el Ortiz que tenía quince años pudiese ver por una mirilla al Ortiz actual, sentiría verdaderas náuseas.

Dándole vueltas a ese asco que sentía hacia sí mismo, llegó a su destino con veinticinco minutos de antelación. Y a pesar del exceso de puntualidad, no se sorprendió cuando vio que los tres hombres que lo habían citado estaban ya terminando una pinta y mirando hacia la puerta.

Lo estaban esperando.

Ortiz no los veía desde su llegada a Escocia, desde la noche en que lo interrogaron, y habría deseado no volver a encontrárselos jamás.

A la izquierda, el oso de cien kilos, sudando como un pollo, como solo él sabía hacerlo. Feo como pegarle a un padre. A uno biológico y que no se lo merece.

A la derecha, el rubio, frío e inquietante, sus ojos saltones seguían disimulando su belleza.

Y en el centro, el escuálido, el que hablaba idiomas. El único que le tendió la mano.

—¿Dónde está John? —Este fue el saludo de Ortiz.

—John le pide mil excusas, pero tenía otro compromiso y no ha podido librarse y acercarse a saludar. Pero siéntese, haga el favor. Pongámonos cómodos.

Ortiz declinó la invitación a sentarse en un sofá de terciopelo por el que daba la impresión que hacía mucho tiempo que no pasaba una inspección de Sanidad.

—No será necesario. No voy a quedarme. Yo solo respondo ante él. Dile a tu jefe que volveré cuando esté disponible.

El oso agarró a Ortiz del brazo con un movimiento casi felino, un zarpazo que sorprendió al comisario y le hizo cambiar de opinión.

—Siéntese, haga el favor —insistió Elliot—. No nos haga ese feo.

—Y no alteres a Boston —dijo el rubio—, es como un animalito inofensivo, solo quiere jugar, pero si le enfadas, es posible que muerda.

—*Fuck off*, Stu.

Stu, Boston, Elliot.

Ortiz registró los nombres, no sabía bien para qué. Quizá fuese su instinto policial trabajando a toda velocidad, pero algo le decía que no le iban a servir de mucho. Habría resultado mucho más útil saber, por ejemplo, si tenían familia, algún bebé, algo con lo que poder contrarrestar las amenazas.

—¿Tiene lo que le pedimos? —El traductor seguía siendo el más amable de todos, pero eso no significaba que a Ortiz le cayese bien.

—Sí, Elliot. Lo tengo. Pero vamos a hacer una cosa: dile a Boston que vaya a pedir otras tres cervezas para vosotros. Yo tomaré agua.

Y dile a Stu que quiero hablar con John.

—Ya le hemos dicho...

—Que lo llames por FaceTime. Será solo un minuto; si me gusta lo que veo, os haré la entrega. No pretendo que se hagan las cosas a mí manera, pero tengo ese capricho. Seguro que me lo puedes conceder.

Elliot explicó en un escocés muy cerrado la solicitud de Ortiz, y mientras Boston se levantaba a la barra sin rechistar, quizá animado por una ronda de alcohol gratis, Stu resopló, resopló mucho, profundamente, y después de hacerlo sacó un teléfono del bolsillo y obedeció.

Cuando Ortiz dijo que sería solo un minuto, lo había dicho en sentido figurado, pero al parecer en aquella organización se tomaban las cosas al pie de la letra. Iba a necesitar ser más cuidadoso con las palabras la próxima vez.

Cincuenta y cinco segundos en realidad.

Un visto y no visto, pero lo que vio fue suficiente.

Lo primero que detectó fue la confianza con la que Stu y John se trataban. Si alguien podía importunar al jefe y molestarlo en cualquier momento, bueno o malo, ese hombre era Stu. Y ese tipo de confianza se labra con los años. Quizá fuese su subordinado, pero el respeto que existía entre ambos no entendía de jerarquías.

Lo segundo que le llamó la atención es que John Black era un hombre tosco y poco refinado, pero muy capaz de manejar varios asuntos de vital importancia al mismo tiempo, porque atendió la llamada en mitad de un polígono, con varias furgonetas blancas y varios palés de madera a punto de ser descargados.

Armas.

O droga.

Y lo último que observó Ortiz fue la luz y el brillo en los ojos de John Black. Ese tío no se andaba con chiquitas, de eso podía estar seguro. Se lo decía su instinto de barrio y se lo gritaba su experiencia policial. ¿Debía confiar? ¿Qué otra cosa podía hacer? Desde luego, a través de una videollamada su poder de negociación, el de Ortiz, se reducía a más de la mitad.

—¿Y bien? —Elliot jamás perdía las formas. Tampoco la paciencia.

En ese momento llegó Boston, el feo, con las pintas. La suya ya la había consumido casi hasta la mitad. En esa boca cabían litros de cualquier líquido, incluida la sangre.

Ortiz sacó su móvil con una movimiento lento y calculado. No quería que ninguno de ellos se pusiese más nervioso de la cuenta. Y les mostró el cadáver de Johnny Divorce deslizando el dedo hacia la izquierda varias veces, varias fotografías. De cuerpo entero, el rostro, las heridas.

—*He's fockin´ dead*. —Stu parecía impresionado. Y soltó una carcajada—. *He's fockin´ dead!*

No, no estaba impresionado. Era alegría. Lo estaba celebrando.

—*He's fockin´dead, haha, the rapist is dead!*

—Sí —respondió Ortiz—, el violador está muerto.

—*Shh, shut up*.

Elliot los mandó callar moviendo la mano como un aspa. Estaba atento a la televisión. Estaban en el descanso de un partido de la Premier League entre el Arsenal y el Manchester City que los *Gunners* dominaban por 2 goles a 1. Un rótulo gigante en rojo dominaba el faldón horizontal inferior*: Breaking News*.

Una reportera informaba desde lo alto del castillo de una desaparición misteriosa. En la pantalla una foto en blanco y negro, el retrato para la ficha policial que te hacen en comisaría de frente, de espaldas y de ambos perfiles. La joven reportera, rubia y compungida continuaba su intervención en un pulcro inglés de Oxford:

—Nadie sabe nada sobre el paradero de este hombre y su familia está muy preocupada. Se rumorea, además, que las notas prohibidas han regresado a este enigmático castillo: *Maybe the Lone Piper is back*. Katherine McDougall para *BBC Scotland News*.

Ortiz levantó las manos.

—Vaya, parece que ya ha corrido la voz.

Elliot no sonrió. Nadie lo hizo. Tampoco Ortiz.

Un sobre, otro sobre, se deslizó por la mesa de centro entre las pintas sin mancharse ni mojarse. Ortiz lo recogió.

—*Mission Number Two* —dijo Stu.

—Y esta no va a ser tan fácil —añadió Elliot.

—¡BUURRRP! —concluyó Boston.
El eructo hizo retumbar el olfato del comisario Jorge Ortiz.

11

La música relajante se mezclaba con el aroma de las velas, el incienso y el calor. Todo sonaba a postizo, olía a camomila y a Axel le costaba horrores mantener la concentración. La sala de madera del tamaño del aseo de invitados de un millonario estaba llena de esterillas, de mujeres y una monitora. Una chica negra, de Zaragoza, atlética y muy elocuente.

Y exigente también.

Su principal preocupación era que el poli de ojos verdes y pelo rapado doblase la maldita espalda, liberase las malditas vértebras y respirase.

—Respira, Axel, respira, no te quedes en apnea. Así muy bien, respira.

Él no desviaba la vista del reloj digital con números rojos que rompía la oscuridad del local para señalar que aún no eran ni las 7:45 de la mañana. Las 7:42, para ser exactos.

La Virgen.

Axel no podía dejar de pensar que aquello era peor que madrugar de resaca una mañana de sábado para ir a correr por el parque del Retiro a cero grados. Pero mucho peor.

¡Asco de vida!

El pilates te va a cambiar la vida, le dijeron. Y vaya si tenían razón. Se la había cambiado por completo.

A peor, eso sí. A mucho peor.

Primero probó con el de máquinas: «Es muy duro, eh, vas a flipar, mucho más que hacer pesas. Es otra forma de entrenar fuerza y mucho menos agresivo y lesivo para tu maltrecha espalda». Esto también se lo dijeron, y también era verdad: «Bueno, y ya verás las

agujetas. Los primeros días no te vas a poder mover. Levantarte del sofá te va a suponer un suplicio».

Un *suplicio*, esta es la palabra que utilizaron. Y era justo eso, un puto suplicio levantarse a las 6:45, completamente dormido, para entrar en una sala donde todo estaba enfocado a alcanzar un grado de relajación que ya habías alcanzado durmiendo y que habrías podido mantener al menos dos horas más si te hubiesen dejado tranquilo sobando.

¡Te va a cambiar la vida! ¡Te va a cambiar la vida! Que solo quiero dormir, coño, que no hago daño a nadie. ¡No es tan difícil de entender!

Axel echaba de menos nadar, pero últimamente había notado que le dolía más la espalda. Axel echaba de menos correr, pero las rodillas no estaban muy por la labor. Axel echaba de menos dormir. Y Axel levantaba y alargaba el brazo izquierdo hacia delante y la pierna izquierda hacia atrás con la mirada al frente.

Respira. Respira.

¡Qué coñazo, Dios!

¿Y esto por qué no se lo dijeron, eh? ¿Por qué? La musiquita, los violines, el piano o lo que coño fuese que sonaba, el ambiente, el silencio, las expiraciones... ¡El coñazo, hombre, el coñazo!

El maldito aburrimiento ni mencionarlo. Del aburrimiento, ni mú. De eso no le dijeron ni una jodida palabra. Chis. Chitón. Todos callados como perros.

¿Y por qué coño nadie ató cabos? Suplicio igual a aburrimiento. Si es que estaba a huevo, joder.

Lo cierto es que con las máquinas duró poco. Y no falto de optimismo decidió probar la otra modalidad: pilates en suelo.

Y ahí estaba ahora. Respirando y respirando sobre una esterilla, con los pies arrugados de una señora, que por sus juanetes se podía deducir que había abusado de los tacones en sus años mozos, a dos palmos de su nariz.

Axel aguantaba la respiración, pero desde el otro lado, venga a insistirle: respira, respira, respira.

Respira tú aquí, coño, con estos mejillones delante si eres tan valiente.

Los aplausos. Por fin.

—Muchas gracias a todos. Hasta el viernes que viene.

Axel se acercó a la monitora.

—Muchísimas gracias, Vanessa. Excelente clase. No creo que pueda volver nunca más, ha surgido un caso, es confidencial, no puedo contarte mucho, pero de verdad que ha sido un placer.

Vanessa sonrió mostrando una ortodoncia perfecta.

—Muy bien, Axel. Ha sido un placer, como te dije la última vez que me dijiste lo mismo. Y la anterior. Y la anterior. Que pases buen fin de semana. Nos vemos la semana que viene.

El claxon sonó tres veces antes de que Loor apareciese en el portal del piso de la calle Atocha. Ni se había peinado, ni se había maquillado, ni se había perfumado, vamos, como siempre, y aun así llegaba tarde. Axel resoplaba y gesticulaba desde el asiento de su Peugeot azul lleno de golpes. Parecía impaciente.

—¿Tú no vienes de pilates, coño? —dijo Loor al meterse en el coche—. Se supone que debe relajarte. Si va a ser así siempre, deja eso, eh. No nos hace ningún bien.

—Siempre sabes cómo mejorarme el día. Ponte el cinturón, haz el favor, yo te bajo la ventanilla.

—¿A dónde vamos?

—A Lavapiés. ¿A dónde si no?

—¿A ver a los moros?

Axel dio un respingo y levantó las cejas y parpadeó y miró a Loor.

—Pero que no seas racista...

—Coño, pero son moros, ¿no?

—Son marroquíes.

—Es lo mismo. Tú me entiendes.

—No, no. No es lo mismo.

—¿Y tú cómo sabes que son de Marruecos? ¿Eh, listo? Igual son de Túnez. Es más, igual son españoles. O no has visto los mundiales de atletismo. Muchos de esos chavales ya son españoles. —Axel sonrió.

—Estás intentando arreglarlo y me parece bien. Pero intenta no ser racista.

—No lo soy, solo llamo a las cosas por su nombre.

—Pues si llamas a las cosas por su nombre, vamos a ver a Abdul.

—¿No se llamaba Abdel?

—Y yo qué sé. Soy muy malo para los nombres, ya lo sabes.

Abdel El-Abdellaoui era el más joven de la pandilla de chavales que pasaban sus días en el parque. Había nacido en Essaouira, junto al mar; había crecido en Algeciras, junto al mar, y quizá por eso desde que llegó a Madrid no se callaba ni debajo del agua. Llegó a España con ocho años, ahora tenía diecinueve y su objetivo era llegar a cumplir al menos treinta y cinco para superar a su padre. De su madre ni hablamos, porque el bocazas de Abdel no la mencionaba jamás, como a un fantasma del que prefiere no oír hablar. Porque siempre ha pensado que todo lo que le han contado de ella da bastante miedo. Y sea cierto o no, ahora da bastante igual. Abdel se crio con su hermano mayor, al menos hasta unos meses atrás, cuando lo pillaron y entró en la cárcel. Todo el mundo piensa que entró por trapichear con drogas a gran escala, todos dicen que se quiso meter en la liga de los mayores y que no estaba preparado. Pero la gente no tiene ni puñetera idea. Su hermano está en la trena por amor.

Por el amor de esa mujer: Salma.

Ojos verdes, tez morena, pelo negro y raza blanca.

¿Le pegaba? Ya no, pero eso les dio igual. Salma había llamado al tonto de su hermano pidiéndole ayuda, y él, que de bueno era tonto, acudió a la llamada saltándose la orden de alejamiento, saltándose la ley, y ahora lo que necesitaba era saltar también la valla de la prisión de Soto del Real.

La poli apareció en menos de cinco minutos. Con ellos nunca se sabe. En ocasiones no aparecen, otras hay que esperarlos toda la noche, pero cuando quieren, en cinco minutos, zas, los tienes a tu espalda. Un leve toquecito en el hombro y pum, ya tenemos lío.

El hermano de Abdel es un hombre entre casi 4000 compatriotas instalados en España. Todos ellos con un mismo destino: la cárcel.

Por eso él no se fiaba ni de la poli ni de las tías. Y mira que le decía todo el mundo que era demasiado confiado. Quizá por eso no

los vio aparecer al doblar la esquina de la calle Mesón de Paredes con Sombrerete. A ninguno de los dos. Y mira que Hakim le había advertido de que volverían y que no dijese ni una palabra.

Eso lo había molestado, a decir verdad, ni que él fuese un bocazas.

El contacto físico lo estableció ella, la de las Doc Martens, con dos dedos y un leve toquecito en el hombro.

—¿Qué pasa, Abdul?

—¿Cómo habéis averiguado mi nombre? —respondió Abdel, que en ocasiones, cuando esbozaba una media sonrisa como aquella, se creía muy listo.

—Porque somos muy listos —dijo Axel—. Acompáñanos, haz el favor. Solo queremos hacerte un par de preguntas.

—Lo siento, no quiero líos. Y tengo cosas que hacer.

—Ah, sí. Eso me interesa. ¿Qué tienes que hacer, Abdul?

Abdel se metió las manos en los bolsillos con la sensación de que había vuelto a cagarla.

—No sé..., cosas.

—Yo te diré qué cosas tienes que hacer. —Axel extendió un brazo y apoyó la mano en la pared impidiendo el paso al marroquí—. Vas a venir con nosotros a dar un paseo por el barrio y nos vas a sacar de dudas sobre un par de asuntos que se están poniendo feos y que no me apetece nada que te salpiquen. Es eso o... —Axel se llevó una mano a la frente, pensativo—, o también podemos dejar que te vayas a hacer tus cosas. Pero, si no me equivoco, la última vez que te fuiste a hacer tus cosas te pillaron en la plaza vendiéndole chocolate a unos críos. Sí, hombre, ¿no te acuerdas? Aquella vez, cuando te presionaron y cantaste la Traviata y te trincaron varias tabletas de polen recién llegado de Tánger, y pasaste un par de noches en el calabozo, y tuviste que firmar aquella hojita en la que quedaba muy claro que desde ese día pasabas a estar fichado y tenías antecedentes, y que más valía que no la cagases y que no hicieras nada ilegal porque la próxima vez no iban a ser dos noches durmiendo en el suelo, sino una condena firme. Así que, como te decía, Abdel, tú eliges.

—Abdul —dijo Abdel, preocupado.

—Eso, perdona. Soy muy malo con los nombres.

—¿No dices nada? —intervino Loor, que ya empezaba a impacientarse.

—Mira, vamos a hacer una cosa —dijo Axel—. Te vamos a dejar que te lo pienses. Nos vemos aquí mañana a la misma hora. Si no apareces, te encontraremos, y ya nos inventaremos algo por lo que meterte un puro. Y ten por seguro que nos van a creer.

Abdel se pasó la mano por la frente. Estaba empezando a sudar y no hacía calor.

—Oye, bro, eso es racismo.

—¿Eso es racismo, Loor? ¿Tú qué dices?

—Pues yo digo que sí. Seguramente sea racismo, pero... —Loor se encogió de hombros— ¡Bienvenido a España, bro!

—Está bien, está bien. Os diré lo que sé. —Axel frunció el ceño.

—¿Sobre qué?, si aún no te he dicho qué queremos saber.

Abdel se mordió el labio, y deseó tener una cinta de celofán con la que taparse esa bocaza que Alá le dio.

—Bueno, pensé que veníais por lo de la chica.

—Joder, Loor, este chaval es una mina. ¿Sabes qué? Me caes bien, ya podían ser así todos los sospechosos de asesinato.

—¿Perdona? ¿Qué acabas de decir? —Abdel abrió tanto los ojos que sus globos oculares descarrilaron. Ahora fue Axel quien se mordió el labio.

—Nada, nada. Olvídalo.

—A ver chaval, ¿qué es lo que sabes? —dijo Loor sonriendo mientras se encendía un cigarro y le ofrecía otro a Abdel, que lo aceptó con gusto. Le dio la cajetilla de Marlboro para que se sirviese él mismo. Y le prestó el mechero.

—La chica a la que andáis buscando está viva. Yo la he visto.

Axel y Loor intercambiaron una mirada.

—Continúa.

—¿Qué día se supone que desapareció? El martes, ¿no? —preguntó Abdel.

—No lo sé, dínoslo tú.

—Pues teniendo en cuenta que vinisteis por aquí el jueves y que no movéis un dedo hasta que pasan cuarenta y ocho horas, debió de

ser el martes.

Joder, vaya manía tiene todo cristo con que no movemos un dedo.

—Pongamos que tienes razón y fue el martes. ¿Qué pasa?

—La vi irse el martes por la mañana, muy temprano. Pero temprano temprano.

—Joder, ¿qué hora era?

—No me gusta madrugar, pero ese día no podía dormir y bajé a estirar las piernas, estaba amaneciendo, no sé qué hora era. La hora a la que amanece, supongo.

—Muy agudo, Abdul. Podrías ser poli si quisieras.

—La vi desde esa esquina, ella iba cruzando el parque y se metió en un taxi. Llevaba una bolsa, como una maleta, no muy grande. No creo que fuese muy lejos.

—¿Estabas tú solo? —preguntó Loor mientras se apartaba hacia un lado para no echarle el humo en la cara al chaval.

—Sí, estaba solo.

—Y ese taxi... ¿cómo dices que era?

—Buah. Espectacular —respondió Abdel cargado de entusiasmo—. A decir verdad, no era un taxi taxi. Porque era superguapo, tío.

—Te refieres a un VTC?

—¿Un qué?

—Un VTC. Un Uber, un Cabify...

—Eso, sí, algo de eso, porque era un Tesla blanco alucinante de esos supermodernos. ¿Sabéis cuáles digo? Joder, bro, más que un coche, parecía una nave espacial.

—Y por casualidad no verías la matricula, ¿verdad?

—No, no lo hice. —Abdel negó con la cabeza—. Procuro no ser tan cotilla, no me gusta meterme donde no me llaman.

—Se te nota —dijo Loor.

—Está bien, chaval, buen trabajo. Puedes irte. —Axel levantó el brazo, como una barrera de un peaje.

Abdel lanzó la colilla al suelo y sin despedirse ni decir nada más se marchó en dirección contraria a su casa. Tenía una sensación extraña, agridulce. No sabía si sentirse orgulloso por haberlo hecho bien o preocupado porque la poli le dijese que lo había hecho bien. De lo que sí estaba seguro es de que esta vez había sido discreto.

Hakim no iba a poder reprocharle nada. Apenas había hablado y se había limitado a contestar lo que le habían preguntado.

Entonces, ¿por qué?, se preguntaba. ¿Por qué, maldita sea, caminaba cabizbajo? ¿Por qué su olfato le estaba gritando que de nuevo había hablado más de la cuenta?

—¿Te crees todo lo que nos ha contado? —Loor caminaba muy despacio, parecía tener algo en la cabeza.

—No lo sé, pero algo me dice que tú no.

—A este mocoso le encanta hablar, como tú bien decías. Eso está clarísimo. Y le encanta el protagonismo, por lo que no me extrañaría que se haya inventado esa magnífica historia para impresionarnos. O lo que es peor, para impresionarse a sí mismo.

—Bueno, en el peor de los casos, nos hará perder el tiempo.

—Pues no es que vayamos sobrados de tiempo, Axel.

—Tampoco de pistas. Así que casi prefiero pensar que lo que nos ha contado es cierto. Y si es cierto, ¿a dónde ha ido Coll? ¿De quién huía? Ese es el hilo del que debemos tirar.

—Existe otra posibilidad.

—¿Cuál?

—Que se lo haya inventado para encubrir a alguno de los suyos. Y lamento repetirme, para encubrirse a sí mismo.

—Nah, qué va, tía. No veo capaz a ese mocoso de urdir un plan tan maquiavélico. ¿Has visto cómo se le iluminaron los ojos al hablar del Tesla? Este chaval es muy infantil, te lo digo yo.

—Ojalá tengas razón. No me apetece mucho tener que enfrentarme a esa gente.

—¿Esa gente? —Axel sonreía. Loor suspiró.

—No empieces.

—Pues no seas racista. Oye, ¿qué te pasa? ¿Por qué andas tan despacio?

Loor giró sobre sus pasos y empezó a caminar por dónde habían venido. Bastante más deprisa.

—Ven conmigo y cierra el pico.

Axel la siguió sin hacer preguntas. Había desarrollado un sexto sentido cuando su compañera tomaba la iniciativa. Fuera lo que

fuera lo que tenía en la cabeza era mejor dejar que sucediese. Ya asumirían las consecuencias.

Cuando llegaron a la esquina donde habían asaltado a Abdel, Loor se agachó y estiró la manga de la camiseta para recoger algo de suelo.

—¿Qué estás haciendo?

Ella se levantó y le mostró a su compañero una colilla sin pisotear.

—Vamos a pedir que analicen esto, que tomen las huellas y que registren el ADN. Quizá nos sea de utilidad en algún momento. Y, antes de que digas nada, esto no es racismo, Axel. Es ser buen policía.

—Muy bien, subinspectora. Veo que mis trucos van calando en ti —dijo él sonriendo.

—Prefiero cuando te creces a cuando te pones paternalista. Es increíble la que te ha dado ahora con el racismo. Y, de todos modos, algo me dice que, en este caso, va a ser mejor que dejemos el racismo a un lado.

Axel miró a Loor a los ojos.

—No sé yo si eso es posible.

12

Manuel se consideraba a sí mismo un hombre desesperado, y todos sabemos que la desesperación mal entendida puede llevar a la muerte. Una vía para encauzarla, quizá la más habitual, es el suicidio. Pero no era eso lo que tenía en mente mientras le daba vueltas a la pajita de cartón que removía el sobre de azúcar moreno que había vertido sobre un café de especialidad de un pequeño negocio famoso por su servicio *take away* del barrio en el que vivía su hija: Lavapiés.

Ni mucho menos era eso lo que tenía en mente. ¡De qué narices le iba a servir quitarse de en medio! ¿Para dejar de sufrir? De eso nada. Sufrir había que sufrir, y no estaba en sus planes ser el único que lo hiciese.

Porque, aunque no pensaba en el suicidio, Manuel sí pensaba en la muerte.

En matar, para ser más precisos. Tantas muertes como fuese necesarias hasta dar con una respuesta satisfactoria. Y aunque lo sospechaba, quería averiguar, estar seguro de qué había pasado, quién tenía a su hija y por qué.

O, mejor dicho, para qué.

Pero, eso sí, sin pasarse, como en *El precio justo*.

Manuel aún recordaba las noches junto a su difunta esposa y el niño mayor, todos reunidos en torno al televisor viendo aquel concurso de finales de los años ochenta, con el mítico Joaquín Prat animando al público a concursar, o mejor dicho..., *¡a juuugaaaar!* El caso es que los participantes tenían que intuir el precio de determinados productos, un coche, una casa, una pluma estilográfica, daba igual. Lo importante era no pasarse, o mejor dicho: había que aproximarse, sin pasarse, al precio justo.

Pues él pensaba hacer lo mismo. Pero con las muertes.

Acabaría con la vida de quién hiciese falta, tantas veces como fuera necesario hasta que le dijesen lo que quería oír. Porque Manuel tonto no era. Quizá nunca había sido el más listo entre todos los amigos con los que jugaba la partida los viernes por la noche, pero tonto no era. Y sabía perfectamente que nadie le ha sacado nunca información a los muertos. Que los que hablan son los vivos.

Y eso había que tenerlo en cuenta.

Sin pasarse.

Manuel echó la vista atrás quince minutos, en dirección a la esquina donde acababa de ver a esos dos polis conversar con uno de los moros del barrio. Mañana llamaría a su amigo Abelardo para ver qué es lo que habían averiguado.

Pero eso sería mañana. Antes tenía que hacer algo.

Como la mafia, donde no llegase la pasma, llegaría él.

Y no tenía miedo. Ya no. Estaba solo en el mundo. Su mujer había fallecido por culpa de aquel maldito cáncer mal diagnosticado. Su hijo mayor, aunque sabía perfectamente qué hacía con su vida, no le dirigía la palabra, ni siquiera sabía dónde estaba ese desgraciado: ahora que la familia tanto lo necesitaba se había esfumado sin dejar rastro.

Y para rematarlo lo de Bárbara.

Manuel apuró el café de un trago, se le había quedado frío, amargo, y se encaminó hacia el parque; hacia esos cinco chavales que vigilaban cualquier movimiento.

¿Y quién vigila al vigilante? ¿Eh? ¿Quién? Pues Manuel.

Porque esos tenían que saber algo. Esos lo sabían todo y a él no le daban ningún miedo. Él no se tragaba todo lo que decían de ellos: que si habían venido a España a robar, a violar, a delinquir. Más les valía que no fuese así, porque, como fueran ellos los que tenían a Bárbara, iban a desear no haber cruzado jamás el Estrecho.

Pero ¿miedo?

¿Miedo?

¿Miedo a qué?, Si ya no tenía nada que perder, si estaba desesperado, si estaba dispuesto a todo, lo que fuese, con tal de traer a la pequeña Bárbara de vuelta a casa, sana y salva.

Lo que fuese.

Sin pasarse.

Axel entró en el habitáculo de la cuarta planta de la Comisaría General de Policía Judicial silbando un tema de The Police.

Roxanneeeeeeeeeee.

Y Loor entró detrás de él con la boca cerrada. No regalaba ni palabras ni silbidos.

—Hey, chicos, ¿qué tal ha ido? —Marina parecía realmente contenta de verlos.

—Bien —respondió Loor. Marina hizo un gesto como animándola a continuar, sin éxito alguno.

—¡Caray, chica, tú siempre tan elocuente!

—Oye, chi-ca, no estamos para muchas gilipolleces. Ha ido bien. Bien es mejor que mal. Alégrate y punto.

Marina se pasó dos dedos por los labios, como cerrando una cremallera. Hugo se levantó de su asiento.

—Voy al baño antes de que a nadie se le ocurra pedirme un café.

—Joder, cómo están los ánimos —dijo Axel, aposentando el culo en su mesa—. Tengo que hacer un par de gestiones con el móvil, ahora os ponemos al día. No me gusta el ambiente que se está generando.

Cruzó las piernas encima de la mesa y se sentó como le dicen a los niños de cinco años que se sentaban los indios, con la espalda recta. Una postura que le recomendó Vanessa, la monitora de pilates, y que le dijo que se llamaba *sukhasana*. Tenía sentido, esa chica siempre lo trataba como si tuviese cinco años. En esa posición, desbloqueó el smartphone y escribió un whatsapp, rezando para que Loor tuviese el móvil sin sonido.

Oye, Ortiz nada, ¿no?

Loor vio que se le iluminaba el teléfono y frunció el ceño.

Loor
¿Qué te hace pensar que me ha llamado?

Y yo qué sé. ¿Le has sacado algo a la niña?

Loor
Nada. Dice que pasa de él. Que lo suyo terminó.

Ya.

—Ya estoy aquí. Ya podéis dejar de escribiros entre vosotros —dijo Hugo.

¡Cómo coño nos ha visto!

Axel lo miró fingiendo sorpresa e incredulidad. Marina dejó lo que estaba haciendo.

—¿Os estáis mandando wasaps delante de mí para que no me entere de qué habláis? ¿En serio? Yo flipo. ¿En serio estáis cotilleando sobre mí? ¿Qué tenéis, nueve años? Si tenéis algo que decirme, podéis decírmelo a la cara, eh, que no muerdo.

—¿Qué dices, joder? ¿Cómo vamos a hacer eso con todo el jaleo que tenemos encima? —respondió Axel.

Loor miraba a Marina sin decir nada. Su culpabilidad se medía en silencios.

—Oye, que era una broma —dijo Hugo—. Lo decía por romper el hielo.

Pues vaya puntería, anormal.

—Eres supergracioso cuando quieres. Di que sí. —Axel se puso en pie de un salto—. Venga, vamos a poner un poco en común lo que sabemos. Nos vendrá bien decirlo en voz alta.

Hugo ocupó su asiento dispuesto a no perder detalle; si no podía ayudar, al menos aprendería algo. Marina se recogió el pelo con una pinza. Loor no hizo nada.

—A ver, ya tenemos el cerco. La chica que estamos buscando desapareció en algún momento de la mañana del martes. Sabemos que esa noche se acostó tarde.

—Si es que se acostó —puntualizó Loor, que sabía de lo que hablaba.

—Eso es. Lo que es seguro es que a las dos de la mañana estaba en Savas, la coctelería de Lavapiés donde estuvimos Huguito y yo. Y

que no estaba sola. Estaba tomando algo con un conocido, un tipo mayor, mucho mayor que ella, del que sabemos muy poco.

—Solo sabemos que se parece a ti —dijo Hugo. Loor arrugó la nariz y miró a Axel.

—Eso no lo sabemos, Huguito. Eso es lo que nos dijo un tipo malhumorado porque no le hacía ninguna gracia que dos policías irrumpieran en su negocio y se pusiesen a hacer preguntas sobre una chica que ha podido ser víctima de un delito bastante grave y que fue vista por última vez en el lugar que les da de comer. Y seguro que tienen la intención de seguir comiendo. Por lo que podemos intuir, que lo dijo para molestarme y para que nos fuésemos de allí.

—Penúltima vez.

—¿Qué dices?

—Penúltima vez —insistió Loor—. Fue vista allí, que sepamos, por penúltima vez.

—Es cierto, tienes razón.

—¿Y cuándo fue la última vez? —preguntó Marina—. Si se puede saber —añadió, dejando claro que estar dolida no era lo que mejor se la daba.

—En el parque, al amanecer. Y si no me corregís, diría que está amaneciendo sobre las siete de la mañana, ¿no? —Nadie le llevó la contraria—. Un «chaval» —Axel remarcó la palabra mirando a Loor— asegura que vio a la desaparecida sobre esa hora cruzando el parque de Lavapiés y subiéndose a un VTC.

Todos asintieron.

—¿Y llevaba maleta o algo? —preguntó Marina, que iba apuntando los detalles en su móvil.

—Según nos dijeron, solo una bolsa no muy grande. Así que seguramente no iría muy lejos.

—Perdona, Axel, pero con una bolsa no muy grande puedes huir a cualquier parte del mundo —lo interrumpió Hugo echando el cuerpo hacia delante y apoyando los codos en la mesa—. De hecho, si tuviese que marcharme de improviso, bien porque me han amenazado, bien porque he metido la pata hasta el fondo, lo haría con una mochila o con una bolsa no muy grande.

—Tiene razón —dijo Loor.

—Sí, tiene razón —asumió Axel—. La verdad es que tiene razón.

—Ahora hemos de averiguar por qué se marchó —dijo Hugo.

—Y a dónde —añadió Marina.

—Son muchos cabos sueltos —dijo Axel—. Vamos a poner el foco entre las dos y media de la mañana, que sabemos que Bárbara estaba en Savas, y las siete que sabemos que se sube a un coche con un conductor desconocido. Y si no era desconocido, lo voy a descubrir pronto. —Axel golpeó con el dedo índice la mesa—. Así que en eso nos tenemos que centrar por el momento: lo primero que hay que conseguir es rellenar esas horas.

—Y las siguientes —dijo Loor.

—Y las siguientes. —Axel recogió las llaves del coche y se las metió en el bolsillo—. Voy a hacer un recado. A ver si consigo averiguar el número de placa del conductor «desconocido». —Miró a Loor y con cara de asco hizo el gesto de las comillas con los dedos.

—Eh, espera, ¿por qué no me dejas eso a mí? —Todos miraron a Hugo—. ¿Es necesario que me explique? —dijo levantando las manos.

—Sí —respondieron todos a la vez.

—Está bien, está bien. Pues digamos que también sé hacer recados.

Axel miró a Loor, Loor miró a Marina y esta miró de vuelta a Axel.

—Nah, buen intento. Quizá cuando seas jefe eso te valga. Suéltalo, chaval.

La explicación de Hugo se prolongó exactamente treinta y cinco segundos y, como intuía, los dejó a todos con la boca abierta.

13

El cerebro de Axel se movía a gran velocidad, reptando centelleante por universos tan dispares como el crimen y el hambre.

Tan dispares que, mientras caminaba a paso ligero bordeando la iglesia de San Francisco el Grande, barriendo todas las posibilidades en las que Coll seguía con vida y cepillando todas aquellas en las que el corazón de Bárbara había dejado de latir, su estómago comenzó a emitir sonidos de dudosa procedencia, poco elegantes y muy sintomáticos.

Quería comida.

Para mitigar este rugido fantasmagórico impropio de un alma refinada, sus pulmones, además de seguir respirando, iniciaron un soplido, una corriente de aire que subía por la tráquea hasta los labios, unos labios que, formando un círculo estrecho con un pequeño orificio en el centro, comprimían el aire y producían turbulencias en la cavidad bucal hasta alcanzar un tono puro.

Vamos, que seguía silbando. Un arte que en un cerebro normal siempre ha sido asociado a la alegría, la ligereza y la relajación.

Pero, por lo que sea, el cerebro de Axel decidió asociarlo a la investigación de una desaparición con posible ramificación de homicidio en primer grado.

¿Y qué melodía estaba silbando Axel?

¿Seguía con The Police, que, aunque lejana, al menos en cuanto al nombre guardaba cierta coherencia?

Pues no.

Axel estaba silbando *La cosa más bella*.

Como comenzamos, yo no lo sé.
La historia que no tiene fin

...
Cosa más bella que túúú,
cosa más linda que túúú,
única como eres,
inmensa cuando quieres.
Gracias por existir.

Eros Luciano Walter Ramazzotti. Nada más y nada menos.

Misterio, emoción, intriga, racismo, violencia, amenazas..., y en la cabeza del inspector Axel Nash resonaban ecos de una balada romántica italiana de hacía casi treinta años. Sería la llamada del verano, que ya se colaba en los tobillos al aire de la multitud de jóvenes que atestaban el barrio de La Latina.

La tarde se metía entre los edificios de la plaza de la Cebada y la gente celebraba la vida con alcohol en las terrazas de finales de mayo, las más codiciadas de todo el año. En manga corta, gafas de sol, cerveza fría y alegría. Que estamos aquí dos días y la mitad del tiempo lo pasamos durmiendo.

Pero Axel no estaba para celebraciones, necesitaba comer.

Comer y descansar.

Descanso físico y mental.

Cualquier inspector que se precie sabe que en este tipo de casos la desgracia, la mala noticia, está siempre al otro lado del cristal. Y como Axel ya casi había descartado que la chica apareciese con vida, regresando por su propio pie, en su fuero interno se imponía con desagrado la sensación de que tendrían que encontrarla y estaban todavía muy lejos de saber dónde buscar.

Por eso, Axel se enfundó sus Oliver Peoples N01 negras con el cristal verde tintado...

Las de Andrew Garfield en los Golden Globes, joder.

... y se fue directo a su apartamento en la Cava Baja. Que en esa época la tentación no es que viva arriba, es que está por todas partes. Pero antes compraría algo de cenar en el Carrefour Express de la esquina.

¿Qué hora es?

Axel bajó la vista a su Hamilton Khaki Field Murph de 38 mm.

El de Matthew McConaughey en «Interstellar», joder.

Y cuando vio las agujas formando una uve, marcando las diez y diez, se dio cuenta de que ya era demasiado tarde.

Mierda, otra vez al chino.

Lo bueno de vivir en el corazón del epicentro de la capital es que siempre hay alguien pendiente de que la gente sin horarios y sin organización también pueda llevarse un bocado a la boca cuando llegue a casa.

Axel saludó a Rubén. Su verdadero nombre era algo así como Wei Li, pero ya sabemos que el inspector Nash no es bueno con los nombres. Es malo hasta el punto de que se pasó varias semanas dirigiéndose al propietario del badulaque por el sobrenombre de «Lubén». Durante ese periodo de tiempo, su oído y su cerebro apagaron la capacidad de deducción. Ahora sonríe al recordarlo: tan listo como se cree y tan tonto como cualquiera.

—Rubén, amigo, me llevo esto.

Axel depositó sobre la mesa de la entrada un paquete de pan de molde y un envase de pavo de cien gramos.

—*Sinco Sincuenta*, amigo, *Asel*.

Axel arrugó la nariz.

¡Qué es ese olor! ¡De dónde sale esa maravilla!

—Vaya colonia buena que llevas, Rubén. ¿Tienes una cita hoy o qué?

Rubén negó con la cabeza en movimientos cortos y bruscos acompañados de la mano derecha, como un molinillo.

—No, no, no, no, no. Yo no *sita*.

—Pues ya sois dos, Rubén.

La voz alcanzó a Axel desde su espalda, un sonido suave y embriagador, como un borgoña decantado con energía, abriendo su carácter al mundo pero escondiendo matices solo al alcance de unos pocos, solo al alcance del tiempo, solo al alcance de los que se quedan.

Una mano bronceada, con un anillo de TwoJeys de plata chapada en forma de luna y sin manicura rodeó el hombro izquierdo de Axel y dejó sobre la mesa un Maxibon Sandwich Cookie completamente helado.

—Si sumamos esto a tu desolador pedido, ya tenemos el postre.

Joder, ¡¿qué está pasando aquí?!

Axel seguía sin reaccionar, como un boxeador noqueado que ve desde la lona cómo el árbitro le va dando la cuenta con los dedos.

Tres, cuatro... Y ese árbitro, al que ve doble, acaba de sacar la segunda mano.

Siete, ocho...

Y Axel sabe que tiene que ponerse en pie, sabe que tiene que contestar, pero...

—O lo podemos dejar en el frigorífico de ahí atrás, darle un disgusto a Rubén, e ir a tomar algo por ahí, que hace una noche perfecta.

Axel no sabía si era el perfume, la voz o su manera de moverse, pero lo cierto es que seguía impávido. Una estatua habría tenido más éxito.

—Eeeh, pues no sé qué decirte. ¿Siempre eres tan directa?

—Buf, vaya aburrimiento de respuesta. Será mejor que pagues tus cinco cincuenta y me invites al helado. Mi atrevimiento no merecía este desenlace.

¡Toma, por tonto!

Axel sonrió. Nada mejor que un zarandeo a su orgullo para espabilarlo. Estaba volviendo en sí.

—Perdona, tienes razón. Cóbrame todo junto, Rubén.

—¿Todo? *¡Geneloso, Asel!* ¡Son ocho *eulo!*

Una gota de sudor atravesó la nuca del inspector. Una gota fría. Una gota helada. Recogió sus cosas y le tendió el helado a la mujer que tenía detrás, y que por algún extraño motivo no dejaba de sonreír.

—Hagamos una cosa —dijo Axel.

—¿Vas a proponerme algo? Tenías razón, Rubén. ¡Generoso, Axel!

La sonrisa se destapó aún más. Una pequeña imperfección en la paleta izquierda se abrió paso. Un pequeño estallido de esmalte rompía la armonía de una dentadura por lo demás perfecta.

A esta le han dicho mil veces que no se lo arregle, que le da personalidad, me juego el cuello.

—Qué te parece si vamos a tomar algo por la zona? Conozco un sitio aquí detrás, en la Carrera de San Francisco, un sitio pequeño que está muy guay, se come rico, son simpáticos y se bebe bien. —Ella cogió helado y Axel la retuvo—. Cierran pronto, así que quizá cuando acabemos..., el helado no se habrá derretido.

¡Buah, chaval, cómo acabo de remontar!

—¿Y qué pasa si... —hizo una pausa— se ha derretido?

Axel notó que su corazón empezaba a palpitar a más velocidad de lo que recomienda un cardiólogo.

¡Solo hay una forma de saberlo, querida!

—En ese caso... —ahora fue él quien hizo una pausa, y fue incapaz de contener la risa—. Tía, no quiero decirlo, me niego, de verdad. Lo tengo a huevo, eh, pero paso de decirlo.

—¿Decir qué? —A ella se le había contagiado la risa—. Qué no quieres decir, a ver.

—Nada es igual. Es que es bastante asqueroso. Olvídalo.

—Jajajá, ni se te ocurra dejarme así. Venga, ¿qué es? Dímelo.

—Lo has hecho a posta, ¿no? ¿Tú eres guionista o algo por el estilo?

—Jajajá, pero ¿qué dices?

—Tía, lo has preparado todo para que acabase diciendo: «Solo hay una forma de averiguarlo», y te guiñase un ojo al decirlo. Y me puedo morir de la pereza conmigo mismo.

—Jajajá. En serio, estás muy mal.

—No te irá ese rollo, ¿no? Rubén, ¿tú qué dices? Le va ese rollo asquerosito, ¿verdad?

Rubén volvió a negar con la cabeza a toda velocidad y con la mano.

—No, no, no, no, no. *Lubén* no sabe. *Lubén* no *asquelosito*.

Axel se moría de risa. Le encantaba incomodarlo con sus tonterías. Dejó ocho euros sobre la mesa y se giró:

—Venga, salgamos, es justo ahí detrás. El único problema es que es un poco tarde, no sé si habrán cerrado. —Ella puso cara de no querer entender—. Pero ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Que solo hay una forma de averiguarlo. —Y, por supuesto, le guiñó el ojo.

El local era pequeño y la barra, indiscreta. El cartel, con letras rojas, decía: FARAH, «alegría» en árabe.

Una premonición.

Tres mesas llenas, un par de taburetes en la ventana, tres servicios en la terraza y un ambiente familiar envolviéndolo todo. El clima, el trato, la comida.

Y la bebida: Axel pidió una copa de Aperol Spritz. Y ella un Campari. Que es lo mismo, pero no es igual.

La distancia entre los comensales y la barra no invitaba a revelar ningún secreto, pero ¿qué secreto pueden revelar dos desconocidos con ganas de gustarse? Pues únicamente el que yace a la vista de cualquiera. El que se oculta a plena luz del día. Secretos sin cerradura. Porque si Alcalá Norte se pregunta «¿dónde está la abundancia, en el ahorro o en el derroche?», el inspector Axel Nash se preguntaba «¿dónde se esconde la intimidad, en la distancia o en el ambiente?».

—Todavía no me has dicho tu nombre. —Axel cruzó las piernas.

—Ya lo sé, *Asel*. —Él se rio.

—Veo que has cogido muy rápido cierto gusto a eso de vacilarme, ¿o estás riéndote del pobre Rubén?

—A ti, a ti. Te vacilo a ti. Y eso es buena señal, créeme.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué diríamos que es señal?

¡Hala! ¡A ver cómo sales de esta!

Ella también cruzó las piernas. Llevaba una falda corta azul marino, sin medias, que estamos en mayo. Las rodillas de ambos se rozaron casi imperceptiblemente.

Casi...

—Vas muy deprisa, ¿no te parece? No quieras saberlo todo en la primera copa.

—Mmm, ¿cuántas piensas tomar?

—¿La verdad?

—Obvio.

—Pues no lo he pensado, pero las que hagan falta... hasta que se derrita el helado.

—Me parece fenomenal. Brindo por ello.

El sonido de las dos copas al chocar presagiaba un entendimiento ulterior, una sinfonía cristalina, un vals de agua salada.

—¿Tienes hambre?

—No especialmente, pero podemos picar algo. ¿Qué se pide aquí?

—Pues, tía, sé que no suena muy glamuroso, pero esos chicos de ahí atrás —Axel señaló la cocina con la cabeza— hacen un kebab que te mueres.

—Es cierto, no suena muy glamuroso.

—Qué tal así —Axel sostuvo la carta del restaurante y comenzó a leer—: kebab de pierna de cordero lechal con pistachos y piñones tostados.

—Hombre, nada que ver. —Le guiñó el ojo—. Ahora en serio, pide lo que quieras, me apetece todo.

Joder.

—A mí también.

Dios, no me reconozco, mi terapeuta va a flipar cuando le cuente todo esto.

—Raquel. Me llamo Raquel.

Axel, que estaba bebiendo en ese momento, casi se atraganta. Raquel lo observaba con ojos de juez de línea al que se le ha estropeado el fuera de juego semiautomático. Ojos marrones clarito, entre cacao y avellana. Sus iris estaban a tan solo dos ingredientes de convertirse en Nocilla. El pelo negro y corto por encima del hombro, al estilo Natalie Portman cuando Natalie Portman más se parece a Natalie Portman. De un vistazo, había algo en el rostro de las dos mujeres que las emparentaba. Como una adopción latina de los rasgos más fríos de la actriz.

—Te pega.

—¿Qué me pega? ¿El nombre?

—Claro.

—¿Y eso qué significa?

—Nada, que te pega llamarte Raquel.

—Sabes que asociamos los nombres con la gente que hemos conocido anteriormente que se llamaba así, ¿verdad? —Axel puso cara de póker. La de un jugador primerizo que no recuerda sus cartas—. No sé si me estoy explicando —añadió.

—Te estás explicando.

—¿Y qué pasa entonces? ¿Has conocido a muchas chicas guapas, inteligentes, simpáticas, jóvenes pero experimentadas, cualificadas, profesionales, generosas, honradas que se llaman Raquel?

—Por un momento pensé que ibas a continuar piropeándote. ¿Cuántos adjetivos positivos conoces?

—Soy una persona optimista, pero eso no responde a mi pregunta.

—¿Y cuál es tu pregunta?

—¿No soy la primera Raquel en tu vida?

—Bueno... —Axel alzó vaso—, no quieras saberlo todo en la primera copa.

Y levantó la mano para pedir otra ronda cuando la camarera colocaba una suculenta bandeja con un aromático y especiado kebab de cordero en la barra, delante de ellos.

—¡Que aproveche!

La dueña del local atendía las mesas con una sonrisa. Era menuda y enérgica, borde y simpática, alegre y expeditiva. Y bastante discreta.

Axel miró de reojo el envoltorio rojo con el Maxibon, y también a Raquel. Su boca. Sus labios densos sin carmín dando pequeños mordiscos a la cena, a la noche, al futuro.

Se está derritiendo. Se está derritiendo, joder.

Varias gotas indicaban que la solidez de la galleta iba perdiendo fuelle, alcanzando el punto de fusión. El helado se estaba derritiendo... y no era el único.

La llave entró en la cerradura a la tercera. Axel y Raquel se reían tratando de recuperar el aliento.

—Ya sé que no es lo más divertido del mundo subir cuatro pisos por estas escaleras tan estrechas a las... —Axel miró la hora—. ¡Joder, ya son las tres! Sí que ha pasado rápido el tiempo.

—¿Por eso estás tan en forma? ¿Ese es el secreto? ¿No tener ascensor?

Axel no respondió y abrió la puerta.

—Bienvenida a mi humilde apartamento.

Se echó a un lado y dejó que Raquel pasease con total libertad por los 60 metros cuadrados de vivienda con cocina y dormitorio independientes.

—Me flipan estas vigas, ¿sabes si son originales?

—Vamos a pensar que lo son. Originales suena mejor que falsificadas. ¿Eres arquitecta? *¿Decoradora?*

—¿Y a ti qué te pasa con las preguntas? ¿Eres policía? ¿Investigador privado?

Axel esquivó otra bala. Dos preguntas sin responder en menos de quince segundos.

Joder, paso demasiado tiempo con Loor.

—Ponte cómoda. ¿Qué quieres beber? Solo tengo cerveza fría, así que espero que solo quieras cerveza fría.

—Una cerveza fría es perfecto.

—Genial.

Raquel cruzó el arco que daba entrada al salón y se tiró en el sofá. Lo recorrió con la mirada, deteniéndose en el mueble de la tele primero, y en la mesa alta sobre la que descansaba el giradiscos después. Varios palés de madera ordenaban la colección personal de vinilos de Axel, que justo entró en ese instante sujetando dos humeantes botellines de Mahou.

—Ten.

—Gracias. ¿Puedo?

Sin esperar respuesta, Raquel se agachó, y con un movimiento ágil de los dedos, comenzó a inspeccionar un surtido ecléctico de diferentes géneros musicales desde el *jazz bebop* de los años 40 al *britpop* de Manchester de los años 90, pasando por algún recopilatorio de la movida madrileña y varios éxitos de *indie* español actual. Se detuvo ante una portada negra con una llama blanca.

—¡Qué curioso! Una llama blanca es como enfriar el fuego, ¿no te parece? —Axel dio un trago al tercio de Mahou.

—La verdad es que no lo había pensado.

—¿Molan? Me gusta el nombre, Sexy Zebras.

—Siempre di por hecho que eligieron el blanco y negro para la portada para darle sentido al nombre de la banda. Pero me gusta ese nuevo enfoque.

—¿Sabes que van tres preguntas sin responder desde que hemos llegado?

—Ya, perdona, tienes razón. —Axel se disculpó ocultando su rostro en un largo trago de cerveza—. Sí, molan. Molan mucho. ¿Sabes cómo se ponen para que suenen?

—Prefiero que lo hagas tú. No quiero hacerme responsable si algo sale mal.

Joder, ¿sigue hablando de música?

Axel agarró el vinilo, destapó el protector de la aguja y giró la rueda a 33 rpm. La música empezó a sonar a través de los altavoces que se distribuían convenientemente por la estancia.

Sé... que hago todo lo que puedo y...
que en el fondo te quiero... Sí.

—Me gusta su voz.

—¿La de Gabi, el cantante? Es un fenómeno. He coincidido con él en algún concierto. Canta que flipas y domina la escena. Se traga al público y el público se entrega a él. Y la verdad es que está muy bueno, el cabrón. —Raquel frunció el ceño.

—A veces me desconciertas.

—¿Y eso?

—No sé, no sé por qué, pero lo haces.

—Pues está muy bueno, típico pavo con rollazo, ¿sabes? Así con pelazo, y un bigote que te pega todo.

¡Toma desconcierto!

—¿Y tú qué sabes lo que me pega a mí?

—Tienes razón, no lo sé. Pero lo intuyo.

Sentada en el parqué, Raquel se golpeaba la rodilla derecha con la mano al ritmo de la segunda pista del LP.

Ninguno de los dos somos buenos enemigos

porque cada duelo sea solo contigo.

—Tienes razón, me pega. —Golpeó el suelo con la palma de la mano invitando a Axel a sentarse a su lado. Y él obedeció.

—¿Sabes qué otra cosa me pega?

Axel la miró a los ojos y negó con la cabeza. Intentaba averiguar sus intenciones, ocultando las suyas.

—¿Qué?

—Esperar a que me besen. Te garantizo que puedo ser la persona más paciente del mundo. Y te lo voy a poner fácil, pero no pienso dar el primer paso.

Las guitarras de Sexy Zebras rasgaban las paredes.

Deja que pase lo que tenga que pasar, nena.
Deja que pase porque va a pasar igual.

Raquel miró a Axel, sonrió y cerró los ojos. Y él la besó pensando que siempre le habían gustado las personas pacientes.

14

Madrid, sábado 30 de mayo de 2026

Axel estiró un brazo. Y una pierna. Y el otro brazo. No encontró nada.

Mierda. ¿Se ha pirado?

Sonó la cisterna en el baño y el inspector dejó escapar un suspiro. No era alivio, pero se le parecía mucho.

No era alivio, ¿vale?

Pues se le parecía mucho.

Nunca un desagüe de residuos corporales ajenos había proporcionado tanta alegría a un ser humano recién despertado, con resaca de todo tipo y algo de sueño.

—¿Te he despertado?

La voz de Raquel, al alcanzarlo en un susurro, le pareció todavía más dulce que sus ojos.

—A mí no me pongas esa voz, eh. Ya te lo digo.

Raquel sonreía. Tenía el pelo revuelto, despeinado, alborotado, víctima de varios agarrones menos dulces que sus ojos.

—Me tengo que ir.

—¿Qué hora es? —preguntó él, confundido.

Ella se tiró a su lado. Las sábanas estaban encogidas a los pies de la cama y colocó la cabeza sobre la almohada de Axel.

—La hora de irme.

—No voy a insistir en que te quedes, pero, si tienes hambre, preparo unos desayunos que son la envidia del barrio.

—Otro día.

—Otro día suena mejor que sí.

Raquel recogió la falda y terminó de vestirse al contraluz. La persiana filtraba una claridad omnisciente. Axel seguía desnudo y se sentía vacío. El vacío agradable de las cosas que empiezan bien. Porque terminar bien, nada termina bien, como siempre le decía a Loor; si algo termina bien es que no ha terminado todavía.

—No tienes mi teléfono, no sabes dónde vivo, no sabes a qué me dedico. Me encanta esta sensación —dijo Raquel.

—Pero sé tu primer apellido y no es un apellido tan común. No me será demasiado difícil encontrarte en alguna red social, como hacemos los jóvenes cuando conocemos a alguien que nos gusta.

—Jajajá, Dios mío, hay muchísima información en esa frase. No sé por dónde empezar. Bueno, sí lo sé: ¿cómo has sabido mi apellido?

—Soy bastante observador, es un pequeño defecto que tengo.

—Y humilde también.

—Oye, no te pases. —La agarró por la cintura y la devolvió a la cama. Se situó sobre ella y le besó el cuello—. Dime, ¿quieres que te encuentre o prefieres que lo dejemos aquí?

—Mmm... —Ella se dio la vuelta con agilidad y se colocó encima de Axel, a horcajadas—. Quiero que me busques.

—Vale. —Axel empezó a desabrocharle la blusa—. Entonces, te encontraré.

Raquel salió del piso después de despedirse con un beso, luego con un abrazo, luego con un achuchón, y finalmente con una sonrisa. Axel se quedó acostado mirando el techo, remoloneando, escuchando música lenta; escuchando su corazón, que le decía que estaba en paz; escuchando sus pensamientos, que se habían frenado, ralentizado, calmado; escuchando a los pájaros cantar, a los vecinos reír...

¡Oye, ya está!

Se metió en la ducha para espabilarse y volver un poco en sí. Le daba coraje eliminar los restos de noche de su piel, pero nada le hacía pensar que no se fuesen a volver a ver y si se volvían a ver iría bien y se volvería a duchar.

Eso le decía su instinto.

Aunque era consciente de que su instinto para las relaciones personales con mujeres no funcionaba tan bien como su instinto policial. Pero era su instinto al fin y al cabo, y tenía que hacerle caso.

Axel se frotaba el cuerpo con una esponja embadurnada de gel Dove mientras canturreaba. Iba a tener que frotar a conciencia para deshacerse del exceso de azúcar que estaba inundando su alma. No recordaba la última vez que se había sentido así.

Sin miedo.

No había ni rastro de ese capullo.

Quizá todo eso era resultado de las semanas de terapia; igual es que por fin había madurado o tal vez había logrado dejar atrás, de una vez por todas, la huella de Noa, el anclaje al pasado, a una historia que pudo ser y no fue. Y que no fue porque no pudo ser.

La mujer de su vida.

No fue Noa la última chica con la que Axel estuvo a gusto, pero podía asegurar que fue la última vez que se enamoró.

Y la única.

Ahora sí era capaz de reconocerlo.

No quería decir que ahora se hubiese enamorado en una noche, pues si la tragedia con el tiempo es comedia, la pasión con el tiempo es amor. Y no habían pasado juntos ni diez horas.

Pero entonces, ¿por qué no dejaba de pensar en Noa? En Raquel y en Noa.

Por el miedo. Eso era.

La falta de miedo.

Axel no creía en los flechazos, ni en Cupido, ni en el amor a primera vista, ni en ninguna de esas gilipolleces para sacarle la pasta a la gente cada 14 de febrero. Pero también era cierto que no creyó que Donald Trump fuese a salir presidente de los Estados Unidos, ni que aquel virus fuera a ser mucho más que una gripe y, sin embargo, todo eso ocurrió.

Una pandemia detrás de otra.

¿Sería que Eros, el dios griego del amor y el deseo, el hijo de Afrodita, le había alcanzado con su flecha de oro?

Tío, ¿qué me pasa?

Axel se refrescó la cara con agua helada, se lavó los dientes, se vistió y se roció el cuello y las muñecas con tres pulverizaciones de Solo Loewe.

Y seguía ahí.

El hechizo de Eros seguía ahí.

Al menos no había ni rastro de Ramazzotti.

Se disponía a coger las llaves y a salir del apartamento cuando su teléfono empezó a vibrar.

El antídoto. La kriptonita.

Axel descolgó la llamada pulsando el botón verde.

Fuck Eros!

—¡Tú qué! ¿No tienes madre?

—Pero bueno, dichosos los oídos. Si es mi madre. Adela te llamabas, ¿no?

—¡Hombre, qué bien!, tenemos al niño de buen humor.

—Pues claro, mamaíña. Nada me alegra el día tanto como escuchar tu aterciopelada voz.

—Pero vamos a ver, anormal, ¿a ti qué te pasa, que estás parvo perdido? Si además es muy temprano para ti. Vamos, no daba un duro por que me cogieses el teléfono. Ya te estaba escuchando con la excusa esa que te inventas de que siempre te llamo en mal momento. Vamos, como si te hubiese parido te conozco, filliño, así que, a ver, ¿por qué carallo estás tú tan contento?

Ya empezamos.

—Nada, joder, mamá, ¡¿qué dices?!, ¡¿qué me va a pasar?!

—Hombre, tú sabrás. Por eso te lo estoy preguntando. Pero antes de mentirme, no te olvides de una cosa, eh.

Dios, es que es más lista que el demonio.

—¿De qué? A ver.

—De que soy tu madre.

—¿Te vas a poner sentimental conmigo o qué?

—No, anormal. Me refiero a que eres igualito a mí y yo no soy uno de esos pámpanos de la comisaría con los que andas. A mí no te va a ser tan fácil engañarme.

—Pero, vamos a ver una cosa, que al final me voy a molestar: ¿cuándo te he mentido yo a ti, eh? ¿Cuándo?

Adela inició la retirada, demostrando que, como dice el refrán, sabe más el diablo por viejo que por diablo. Y ella tenía mucho de las dos cosas.

—¡Ay, yo qué sé, fillo! Solo soy una vieja chocha.

Axel no pudo evitar soltarle una carcajada al auricular.

—¿Chocha tú? Jajajá. Chochísima estás, vamos. ¡Tú de chocha no tienes nada!

Adela no contestó. Se quedó pensando que hay otro refrán que dice que una retirada a tiempo es una victoria, pero que no hay ninguno que diga que a veces una retirada solo es un repliegue, para reorganizarse y contraatacar. Y tratándose de ella, quizá debieran inventarlo.

—¿Tú no habrás conocido una titi, ¿no?

—¿Una titi? —Axel hizo una pequeña pausa, no sabía bien por dónde esquivar el golpe—. Y tú ya has estado viendo a los de las hormigas en la tele, ¿no?

—¡Uy, ves como estás parvo! ¿Qué dices de hormigas? ¿Esos quiénes son?

Axel suspiró. Y de nuevo, si no era alivio, se le parecía mucho.

—Nada, es igual, bonita.

—Ven pronto a verme, anda. Que te echamos de menos.

¿Perdona? ¿Echamos?

Axel se quedó pensando en ese plural.

Ese plural no se podía referir a su padre, el señor Nash, al que todos echaban de menos porque había fallecido hacía ya demasiado tiempo. Tampoco se podía referir a su hermana Gemma, porque no era esa la naturaleza de su relación y los tres lo sabían. Tal vez se refería a su hija Marta, su nieta Marta, la pequeña Marta, que tenía ya quince años y empezaba a ser toda una personita.

Axel se moría de ganas de verla, de pasar más tiempo con ella. Con ellas. Pero algo le decía que ese plural tampoco se refería a Marta.

Mientras Axel continuaba con sus cavilaciones en Madrid, Adela seguía con las suyas en Vigo.

Como dos espejos.

Madre e hijo.

Unidos por un hilo invisible que ni Paul Thomas Anderson lograría enhebrar.

Junto a Adela, en el salón de la casa familiar de los Nash, Noa Novoa se balanceaba, encogida, en la mecedora de la madre de Axel. Todas las semanas le llevaba a su hija Marta para que Adela pudiese disfrutar de su nieta. Y su relación se había afianzado desde la necesidad.

El hilo invisible.

Habían pasado más de tres años desde la última vez que Noa vio a Axel en persona. La última vez que lo olió. La última vez que lo abrazó. Lo evitaban, era evidente. No les hacía bien y los dos lo sabían.

Los tres lo sabían.

Pero Marta ya no era una niña, no paraba de hacer preguntas y quería saber más. Quería saberlo todo. Le habían contado parte de la historia, la parte bonita. No sabía quién era su padre biológico, pero sí que no era Axel. Al principio se extrañó, después se alejó y finalmente lo asimiló.

Ahora su madre había llegado a la conclusión de que quizá era el momento de contarle la verdad, *toda* la verdad. Para ello, necesitaba a Axel.

Y para más cosas.

—¿Qué le pasaba? —preguntó Noa—. ¿Va a venir?

Adela se giró para mirarla a los ojos.

—Sí, filliña. Vendrá, no te preocupes.

«Pero está parvo perdido», pensó.

Edimburgo, sábado 30 de mayo de 2026

El comisario Jorge Ortiz seguía a lo suyo, y lo suyo había cambiado mucho desde que se había subido a aquel vuelo directo de Ryanair desde el aeropuerto Adolfo Suárez-Madrid Barajas con destino a Edimburgo.

Seguía tratando con criminales, pero de otra forma.

Nada de lo que estaba haciendo olía bien.

Ni su sobaco: el comisario ahuecaba la camiseta, husmeaba con cautela y lo único que encontraba era un olor nauseabundo y despreciable.

Claro, con todo el estrés que estaba teniendo que manejar, ni siquiera le había dado tiempo a hacerse con una muda. Eso le llevaba a sentir un profundo resentimiento por la azafata aquella de la maldita compañía *low cost*, que le insistió que no podía viajar con una mochila tan grande, que no cumplía las dimensiones, que no cabía en la cajita que marcaba quién sí y quién no. Y ahora que el comisario se dirigía a cumplir el encargo de asesinar a su segunda víctima en cuarenta y ocho horas, no le habría importado nada tenerla delante.

Para explicarle un par de cosas.

En castellano. En castellano de barrio, de Vallecas, de donde había partido hacía tantos años que casi no recordaba todo lo que había dejado atrás. A sus colegas de toda la vida, por ejemplo, algunos de ellos, muertos, aniquilados por el consumo de droga, devorados por el sida, atropellados por la vida. O a una madre infeliz, otro ejemplo, víctima de cáncer cuando todavía era muy joven y cuando todavía le quedaban por delante años de amargura al lado de un marido sin escrúpulos, al que Ortiz nunca quiso y del que no recibió más que

palizas nocturnas cuando llegaba a casa borracho tres veces por semana.

Por eso se fue y lo dejó todo, ahora lo sabía. Porque viendo, como veía ahora, de lo que era capaz, de haberse quedado en esa casa, en ese hogar, lo habría matado.

Y eso que tuvo el detalle de sacarlos del barrio. Con sus primeros ahorros, Ortiz les había comprado una casa vecina al estadio Santiago Bernabéu, donde se habían instalado en mitad de la enfermedad de su madre, para que, entre paliza y paliza, aquel desgraciado pudiese llevar a su esposa en menos tiempo al hospital donde le daban las venenosas sesiones de quimio.

Lo último que supo de él fue que, mucho tiempo después, ya viudo, se volvió a enamorar. De una mujer más joven, una dependienta de una tienda de ropa multimarca, y que tuvo otra hija: una hermanastra, una niña ya no tan niña a la que el comisario Jorge Ortiz prometió proteger para que no le ocurriese lo mismo que a él; para evitarle palizas o quien sabe si algo peor.

Con escaso éxito.

Por eso se maldecía en voz alta, por eso estaba ahora en esa situación.

Porque había fallado. Y ahora lo que se prometía era que no volvería a fallar.

No, señor.

No podría soportar fallarle por segunda vez. Tenía que encontrarla y encontrarla con vida. ¿Cuántos días habían pasado desde aquel fatídico mensaje? ¿Desde que recibió aquel dichoso audio?

No era capaz de recordarlo. Solo sabía que estaba durmiendo, que estaba sufriendo una pesadilla, un mal sueño, en el que el sudor le inundaba la frente y la calva y los brazos. El móvil vibró y cuatro letras se infiltraron en su vida: Boli, eso decía la pantalla.

Boli, así la llamó siempre. Boli, de bolita. Porque la niña había pesado cuatro kilos al nacer, sin rastro de pelo y con la tez tan pálida y la piel tan limpia que se asemejaba mucho a una bola de billar.

A la bola blanca. La buena. La que inicia la partida.

Y si bien el comisario Jorge Ortiz llevaba al pie de la letra la buena costumbre de no mirar el teléfono cuando estaba durmiendo, en ese

momento una vocecita interna le gritó bien fuerte: «Ni se te ocurra dejarlo pasar». Tal vez fue la conciencia, la mala conciencia.

El mensaje era confuso: «Fettes College. Edinburgh, 1975. John Black». Cuatro datos aparentemente inconexos que debía conectar.

El audio era más claro:

—Hermanito, ha pasado algo muy gordo. Tiene que ver con papá. Me están persiguiendo y amenazando. Es gente muy chunga. Si no me voy, no van a dudar en matarme. —La voz de su hermanastra se escuchaba a tirones. A empujones. A puñetazos—. Me voy a Edimburgo en el primer vuelo. Necesito que tú también vengas. Es muy importante. De vida o muerte.

«Tiene que ver con papá». Esa frase fagocitaba a todo lo demás.

Ese miserable otra vez, a saber qué habría hecho. Se iba a enterar y, si era necesario, le arrancaría hasta el último hueso del cuerpo. Si esa era la tarifa para salvar a su hermana, la pagaría con mucho gusto.

Pero la tarifa no fue esa.

Una vez llegó a Edimburgo, y siguiendo sus anotaciones después de una búsqueda rápida en Google, se presentó en Opium, el garito que regentaba el tal John Black.

La bola negra. La mala. La que termina la partida.

Se lo explicaron todo bien clarito en aquel cuartucho infame después de dejarlo inconsciente. Sabían perfectamente quien era él porque las búsquedas en Google pueden ser de ida y vuelta. Y en la cartera llevaba el DNI y la placa: Comisario Jorge Ortiz, para qué queremos más.

«Tenemos a la chica y de momento sigue viva, si quiere volver a verla, ya sabe lo que tiene que hacer».

Tres muertes: eufemismo.

Tres cadáveres: eufemismo.

Tres asesinatos: ahora sí, la puta realidad.

El precio era muy alto. Y más para un poli. ¿Qué otra cosa podía hacer cuando ese era el precio que había que pagar?

Su precio: la familia.

La familia es la familia, y no podía quedarse de brazos cruzados.

El comisario Jorge Ortiz caminaba por la rehabilitada zona de Leith Walk, subiendo hacia Old Town en busca de su segunda víctima.

Y de nuevo le vibró el móvil en el bolsillo del pantalón.

Mierda. Otra vez.

Pero esta vez no respondió. Este número lo único que ocultaba eran las ganas de ese cabronazo de Axel Nash de romperle las pelotas. ¿No podían vivir sin él? ¿No podían dejarlo en paz? Era cierto que se fue sin darle ningún tipo de explicación a su equipo, pero se lo había dejado negro sobre blanco a todo el mundo en la sexta planta, en la jefatura: «Me piro unos días por ahí, necesito resolver un par de asuntos, regreso en una semana, no más. No me busquéis, no me llaméis, seré yo quien se ponga en contacto con vosotros en caso de que me retrase o de que os necesite».

Pensándolo bien, aún no se había cumplido el plazo, pero quizá su alocución fue demasiado misteriosa y por eso querían saber. Nada peor que un «no me llames, que ya te llamo yo» para conseguir el efecto contrario a lo que pretendes.

Ortiz dejó que se consumiesen los cinco tonos de la llamada hasta que saltó el buzón de voz. Axel no le dejó ningún mensaje; como se temía, solo quería incordiar, molestar; su especialidad. De Abelardo Zamora, el gran jefe, no había vuelto a tener noticias, y no sabía si se lo había tragado: «Necesito ausentarme unos días, jefe. Estoy desbordado y no consigo rendir como mi puesto y sus obligaciones demandan».

Punto final.

Ahora consultaba la prensa española dos o tres veces al día para ver si ya se habían hecho eco de la noticia. De momento no. Eso le daba margen. Le daba tiempo. Aunque la llamada de Axel había conseguido preocuparlo.

Demasiadas implicaciones, demasiadas conexiones para que lo dejasen trabajar tranquilo en ese caso, su hermanastra, su padre... No pensaba dar señales de vida. Así que nada... ¡Axel, esta te la comes tú! Normal que luego no lo pueda ni ver. Y como se llegue a enterar de que lo estaba utilizando otra vez.

Pero no hay mal que por bien no venga.

De este modo, en lugar de estar tocando los cojones continuamente, Axel, la otra y la de más allá estarán entretenidos en un caso que no podrán resolver.

Y no podrán porque nunca recabarán toda la información.

Porque parte de esa información, la más importante, la sabe solo él.

A no ser, claro, que alguien lo traicionase.

Madrid, cuatro días antes

—Marina, no empieces. Te digo que es importante, me tengo que ir ya. No, no me da tiempo a una visita rápida. Por favor, confía en mí.

El comisario Jorge Ortiz salía del Go Fit de Montecarmelo con la bolsa negra Nike al hombro y se dirigía a toda velocidad a recoger su moto, aparcada casi a la entrada de la Ciudad de la Raqueta. Todavía estaba sudando. El calor del gimnasio, la ducha y la mala hostia hervían en su piel.

Y el día no había hecho nada más que comenzar. Pero vaya comienzo.

Un cerco de sudor le oscurecía la manga de la camisa italiana azul celeste a la altura del antebrazo, donde se dobla el codo para sujetar el teléfono y colocarlo junto a la oreja.

—Me habías dicho que nos veríamos, he cancelado varios planes con amigas para verte ¿y ahora me dejas tirada? Flipo contigo, te lo juro.

—Es algo importante, sabes que si no iría.

—No es la primera vez que me dices eso, de hecho, cada vez me lo dices más.

—No es verdad.

—¿Y por qué no me lo cuentas? Así al menos podré entenderlo y, como me pides, podré confiar en ti.

Ortiz suspiró. Se le estaba agotando la paciencia. Y su paciencia ya venía en reserva de fábrica. Además, no tenía tiempo para esas

gilipolleces.

—Marina, tengo que subirme ya a la moto. Te tengo que dejar.

—Si te subes a esa moto, no volverás a verme. Te lo digo en serio.

Un ultimátum. De la becaria. Los pájaros disparando a las escopetas.

Tenía que pensarlo bien. Y rápido, muy rápido.

Ortiz dejó el casco encajado en la maneta izquierda del manillar y se subió a su nueva Harley Davidson Fat Bob 114. Metió la llave y esperó para calibrar.

Los pros. Los contras.

Qué tenía que perder. Qué tenía que ganar.

Las presiones políticas habían desaparecido, la madre de Marina había perdido en las últimas elecciones su asiento en la Alcaldía de Madrid. Y, además, su carrera, según preveía, iba a sufrir algún que otro percance de mayor envergadura en cuanto pusiese un pie en Escocia. Una cosa menos.

Qué ganaba diciéndoselo, compartiendo la verdad: que lo dejase en paz de una maldita vez, que le dejase colgar, arrancar la moto e irse a coger ese avión, cuyo asiento había reservado desde el vestuario, y que salía en menos de dos horas.

No era poca ganancia.

Y si se callaba y colgaba sin mirar atrás, desde luego ganaba en seguridad, porque lo que nadie sabe, nadie lo puede contar, y siempre se ha dicho que los secretos, una vez se comparten, dejan de pertenecerte, y ese peaje lo ponía todo en riesgo.

Así que estaba claro, iba a colgar ya.

Pero si colgaba nunca volvería a probar esos pechos de porcelana, esos muslos de cerámica, esa turgencia, esa lozanía, la vigencia de la juventud, a la que sabe Dios cuánto tiempo le queda.

El comisario Jorge Ortiz notó que la tela del pantalón vaquero se empezaba a tensar hacia el lado izquierdo de la moto; una protuberancia inoportuna a la altura de la entrepierna que, lo sabía por experiencia, le impediría pensar con claridad. Intentó apartar el pensamiento, el recuerdo, la última vez que se escapó a escondidas en mitad de la noche a su piso recién alquilado en el centro, en el Barrio de las Letras, en una calle estrecha y oscura. Y el aroma de la

última vez que la empotró contra el armario en cuanto le abrió la puerta. Las embestidas, los jadeos...

—Está bien, está bien, te lo contaré. Pero como le digas una sola palabra a alguien, te prometo que te vas a arrepentir el resto de tu vida.

—Venga, amor. Cuanto antes me lo cuentes, antes te puedes ir, y antes volverás. Que estoy deseando volver a tenerte entre mis piernas. —Marina dejó en el aire un montón de eses en la última frase para provocar a Ortiz. Sabía que su forma de hablar, tan poco ortodoxa, lo ponía cachondo.

—Tres titulares: Me voy a Edimburgo, Escocia. Mi hermanastra está en peligro, necesita ayuda y me tengo que presentar allí de inmediato. Pase lo que pase y escuches lo que escuches, tú y yo no hemos tenido esta conversación, no sabes dónde estoy ni cuándo volveré. Es más, no sabes nada de mí.

Así fue como el comisario Jorge Ortiz le contó la historia resumida a Marina Presa, y al contarlo, se había puesto sin querer a merced de un tal inspector Axel Nash y una tal subinspectora Lorena Galván. A no ser que la niña, como le juró y perjuró, fuese una tumba.

El día que cavasen su tumba, Terry Maddox se iba a llevar muchos secretos con él. Y muchas palizas. Y muchos delitos.

Toc, toc, toc, toc.

Así se imaginaba el sonido de su muerte: los clavos ardiendo en su ataúd.

Toc, toc, toc, toc.

Sonarían así, lo sabía perfectamente.

Lo que no sabía cuando se despertó esa mañana sobre un colchón cochambroso tirado en el suelo de un sótano destartalado, entre ceniceros rebosantes de colillas infectas y latas de cerveza vacías, era que su tumba la estaban cavando en ese preciso instante.

Toc, toc, toc, toc.

Alguien había decidido, tomando una pinta en un pub del centro, que su presencia en este mundo ya no era necesaria. «*There's no longer needed*» fueron las palabras exactas.

Terry tampoco sabía esa mañana que no iba a volver a dormir, y eso que dormía poco, permanecía en un constante estado de vigilia. Por las mañanas y alguna noche, echaba una cabezada cuando el alcohol lo tumbaba y poco más. No formaba parte de sus grandes placeres eso de dormir.

Y entre los grandes placeres de su vida tampoco estaban una larga ducha caliente después de un día agotador de trabajo, un café humeante recién molido y servido en una taza de diseño, un paseo descalzo por el parque en compañía del gran amor de su vida, o escuchar el sonido de la lluvia envuelto en una manta que aún conservase el olor a suavizante.

No. Nada de eso.

Entre los grandes placeres de la vida de Terry Maddox estaba irse de putas.

Así, sin más.

Follárselas con desgana y pegarles una buena mano de hostias antes, durante y después de follárselas bien duro. Le divertía. Más allá de eso, no lo hacía para correrse antes ni para dárselas de nada, sino para demostrarles quién mandaba allí.

«Aquí manda mi polla», solía decir, para demostrarles quién era el *boss* y a quién deberían rendir cuentas a partir de ese momento. Porque a partir de ese momento: Terry pasaría a ser su chulo y a cobrarles un porcentaje de todo lo que follasen por ahí fuera. ¡Qué coño un porcentaje! Se quedaría con todo y les daría a ellas un porcentaje, una propina. No, mejor aún, una limosna.

Desde que pegó el estirón, a Terry todos le llamaban *The Bear*, «el Oso». No porque le gustase la alta cocina ni porque se diese un aire con Jeremy Allen White, sino por su parecido físico con el plantígrado. Gracias a su físico, se labró una reputación en los bajos fondos de Plockton, un encantador pueblo costero situado en las Highlands, las tierras altas escocesas, donde no estaban habituados a convivir con osos, y donde hasta su aparición lo más peligroso que habían visto nunca era un semáforo mal situado en un cruce.

Con ese apodo llegó a Edimburgo poco antes de la pandemia y con ese apodo moriría en unas horas en una emboscada de un tipo al que no había visto jamás en su vida, pero que, según le

confesaría antes de matarlo, llevaba bastante mal el tema de las prostitutas. ¿Se habría enterado de que se le había ido la mano con un par de ellas? ¿Y quien dice un par dice diez o doce? Desde luego, si lo sabía era porque se lo habían contado. Y esa forma de matar, en segunda instancia, esa forma de limpiar el mercado, esa firma viperina la conocía bien.

Tenía nombre y apellido: John Black.

Su muerte tenía que ser obra de él. Ese cabrón se quería quedar con todo el negocio y sabía mejor que nadie que las garras y el área de influencia de Terry Maddox en el hampa de la capital escocesa no hacían más que expandirse. Eso fue lo último que pensó cuando subía por Grassmarket hacia el castillo y vio al loco de la mirada perdida con un espray en la mano, gaseándole los ojos.

«¡Maldito cobarde, no tienes huevos para enfrentarte a un oso! Gaseado por la espalda con un espray, ¡vaya mierda de muerte!».

Esto pensó Terry antes de morir.

Eso y que debía de haber un gaitero cerca porque comenzaron a sonar unos acordes bastante molestos que no lograban camuflar el sonido real en su cabeza.

Toc, toc, toc, toc.

Los clavos cayendo. Poco a poco. Uno a uno.

Toc, toc, toc, toc.

Apuntalando su ataúd.

15

A Hugo Ramírez, cuando se le metía algo entre ceja y ceja, no «cejaba» en su empeño hasta conseguirlo, y desde bien pequeño había tenido que desarrollar todo tipo de habilidades para:

Sobrevivir primero.

Vivir después.

Y vivir bien en última instancia.

Por ese motivo, desarrolló tantas habilidades que ahora era capaz de conseguir cualquier cosa. Por eso, y porque conocía todos los atajos y se atrevía a tomarlos todos.

¿Y cuál era el principal atajo para conseguir algo?

Cuando era pequeño, Hugo solía pensar que el empleo de la fuerza y el uso del poder eran el camino más rápido para lograr lo que uno deseaba. Se lo había escuchado decir a Al Capone en una película que le encantaba a sus padres: «Con una palabra amable y una pistola llegas más lejos que con una palabra amable».

Y no le faltaba razón. Era sabio ese cabrón.

Siendo adolescente, Hugo se dio cuenta, sin embargo, de que lo más importante no era la fuerza y el poder, sino el dinero: el dinero era el camino más corto para alcanzar tus metas. Lo había leído en una novela de Eddie Bunker, Mr. Blue en *Reservoir Dogs*: «Hay cosas que no haría nunca, pero esas cosas se van reduciendo si la cantidad de dinero aumenta».

Y no le faltaba razón. Era sabio ese cabrón.

Cuando cumplió la mayoría de edad y se convirtió en un adulto funcional, Hugo llegó a una nueva conclusión: el sexo es el camino más directo para conseguir lo que buscas. Y para hablar de sexo no necesitaba ni películas ni novelas, ni a ningún cabrón que le abriese los ojos y al que citar.

Ahí las frases las creaba él.

Por eso le solía decir a todo el mundo: «Dadme un coño mojado o una polla dura y moveré el mundo. Y si me das las dos cosas, mejor».

El Arquímedes sexual. Filosofía del siglo XXI. Mujeres, hombres y viceversa.

Ahí es donde Hugo se manejaba como pez en el agua y podía conseguir cualquier cosa.

Y cualquier cosa incluía el número de placa TA-00278.

—¿Cómo crees que lo ha conseguido? —preguntó Axel. Loor se encogió de hombros.

Iban hacia el aeropuerto. Paradójicamente, tomaron a la derecha la salida de «Llegadas» de la Terminal 1, donde una cola kilométrica de taxis recibía instrucciones de un tipo bajito, ataviado con un chaleco amarillo fluorescente, para que fueran avanzando y, ordenadamente, ir recogiendo pasajeros con maletas medianas recién aterrizados de una escapadita de tres días.

—¿Cuál es el número de placa?

—Dos siete ocho —respondió Loor.

Axel comprimía los labios y los movía en círculos. Estaba rumiando algo.

—¿Cómo lo habrá conseguido? —Loor suspiró.

—Te voy a decir una cosa Axel, y que no te parezca mal, pero pareces jodido porque de repente haya aparecido alguien con «recursos» —Loor hizo el gesto de las comillas con los dedos, para encabronar— parecidos a los tuyos. Y a lo mejor este chaval hasta sabe más trucos que tú. Hazte a la idea.

—¿Pretendes picarme? Es eso, ¿no? Porque no lo vas a conseguir. —Loor sonrió—. No sé bien de qué te ríes. ¿De qué te ríes, a ver? Y así nos reímos todos. Dime.

—De nada, de nada.

—No vayas por ahí, eh. Ya te lo digo. Yo soy el número uno consiguiendo información, ¿vale?

—Vale, vale, no te pongas así. Pero tienes que reconocer que Huguito ha conseguido la placa en una noche. Quizá podamos empezar a decir que es el número dos.

—Eso puede ser.

—Y que es el más rápido. —Loor tosió al mismo tiempo que habló. Axel se revolvió en su asiento.

—Ja. Te he oído, eh. ¡Hay que joderse! El más rápido, dice. El más rápido. Yo soy el más rápido. ¿Está claro? Ponme a prueba. A ver.

—¿Qué? ¿Cómo coño quieres que te ponga a prueba?

—No lo sé. Dile a Huguito que te consiga esa respuesta también si es tan rápido y tan listo...

—Vale. Vale. No te pongas celoso. Déjame pensar.

—Sí, será mejor que pienses, porque hablando no estás acertando hoy.

El más rápido, el niñato este. Llevo años consiguiendo todo tipo de información, cobrándome todo tipo de favores y haciéndole la vida más fácil a todo dios en ese departamento para que me lo paguen así. Manda cojones. Pero ahora en serio, ¿cómo lo habrá conseguido?

—Seguro que se ha cobrado algún favor.

—Nah, no te atormentes, Axel. Esa es tu técnica. Lo de cobrarse favores es tu especialidad, eso te lo concedo. Y, además, ya está, tío, ¡qué más da!

—Sí, es verdad. ¡Qué más da!

—Pues ya está. Le pediste que consiguiese el número de placa y lo ha hecho en «tiempo récord». —Loor puso mucho énfasis en las palabras *tiempo* y *récord*. Observaba a Axel por el rabillo del ojo, no sabía bien por qué, pero estaba disfrutando provocándolo un poco, no contaba con ese talón de Aquiles en su ego—. Lo importante es que tenemos lo que necesitamos, que el chaval ha demostrado ser buen policía y que hace bien su trabajo. Ahora sabemos que podemos confiarle más cosas y que va a responder. Por ejemplo, yo le pediría que localizase al chulo. No tardó nada en descubrir su identidad, quizá hasta no sea mala idea que le haga una visita.

Axel se mordía el labio inferior.

—No es mala idea, no. Así nosotros podríamos adelantar la visita al novio.

—Al tal Torrado ese.

—A ese. —Axel aminoró la marcha—. Mira, ahí está. El 278. Vamos.

Axel pisó el acelerador y adelantó a la hilera de taxis blancos por la izquierda y VTC blancos y negros por la derecha. En cuanto los rebasó a todos, se subió al bordillo y allí dejó tirado el coche; tras bajar los dos como Bonnie and Clyde, pero sin ir a cometer ningún robo, se dirigieron como dos exhalaciones hacia un conductor somnoliento, con cara de haber perdido horas de sueño apostando a partidos de críquet disputados en la India.

Axel y Loor no iban a cometer ningún robo, pero nadie dijo nada de cometer un atraco.

—Perdona el atraco, amigo, ¿tienes un minuto? —Axel asomó la cabeza por la ventanilla del conductor.

—Depende de para qué.

—Eso es un sí —dijo Loor desde el lado del copiloto, mientras introducía la mano derecha por el hueco que había en el cristal y accionaba el tirador de la puerta, para de esta forma sentarse a su lado.

—Eh, oiga, ¿qué está haciendo? Bájese inmediatamente de mi coche.

—Se bajará en un minuto —intervino Axel—. No se asuste, somos polis. Necesitamos su colaboración.

—¿Y por qué no lo ha dicho antes? Me habría bajado yo para ayudarlos. No tengo nada que ocultar, no he hecho nada malo, se lo aseguro. No puedo decir lo mismo de todos esos —señaló alrededor, a la fila de taxis y VTC que lo desbordaba por ambos lados—, yo respeto las normas de tráfico, los semáforos, los límites de velocidad, voy directo a los trayectos sin dar rodeos para engordar la cuenta. Les garantizo que tengo la conciencia tranquila y que duermo bien por las noches. No entiendo por qué no se han presentado enseñando la placa. Casi me da un infarto.

Axel, que seguía asomado a la ventanilla, miró a Loor.

—Visto así tiene razón, Loor.

—La costumbre —dijo encogiéndose de hombros.

El conductor, un tipo gordito vestido con una camisa blanca de manga corta y un pantalón corto de cuadros, no dejaba de mirar de reojo la foto con la cara de sus niños que colgaba de una cuerda sujeta al espejo retrovisor central del coche.

—Ahora relájese, haga el favor. —Loor le puso una mano en el hombro; hablaba bajito y despacio, mirando al frente—. El estrés no es bueno para la memoria y vamos a necesitar bucear en su disco duro.

El conductor arrugó la nariz.

—Limítese a contestar las preguntas que le vayamos haciendo y ya está —añadió Axel—. ¿Es usted el único conductor de este vehículo?

—Sí, así es. La licencia era de mi padre. Se jubiló hace un par de años y la he heredado. No tengo subcontratado a nadie, si es lo que quiere saber.

Como se justifique una vez más, te juro que le doy un susto.

—Oiga, de verdad, ya sabemos que es usted un ciudadano ejemplar, no pretendemos empurarlo. Conteste a lo que le preguntemos y ya está. Es importante para nosotros.

Axel observó en el salpicadero que el reloj digital del cuadro de mandos del Toyota Corolla marcaba las 11:59 de la mañana. Más a la derecha, la placa identificativa con el número TA-00278 desvelaba que papá gordito respondía al nombre de Adrián Rodelgo Cuevas.

—Suele trabajar en turno de mañana, ¿verdad, Adri?

Adrián abrió los ojos y se le congeló una mueca en los labios.

—¿Cómo sabe mi...? ¿Me han investiga...?

Loor golpeó con los nudillos la placa identificativa.

—No tengas tanto miedo por todo y responde, Adri —dijo.

—Verdad. Verdad. Suelo trabajar por las mañanas, sí.

Mucho mejor.

—¿Y de lunes a viernes o también los fines de semana?

—Los findes descanso. Tengo que cuidar de mis niñas. Y de mi padre, que el pobrecito tiene alzhéimer.

¡Joder, pues como sea hereditario, vamos listos!

—¡Vaya, cuánto lo siento! Recuerda, por tanto, haber cogido el coche el pasado miércoles más o menos sobre esta hora. —Axel no estaba haciendo ya preguntas, sino suposiciones, para acabar antes. A Loor le encantaba observar cómo manipulaba a la gente sin que lo viesen venir. Tan brusco, tan sutil.

—Supongo, sí.

—¿Loor?

La subinspectora Lorena Galván sacó del bolsillo de su vaquero negro la foto de Bárbara tomando algo en Savas. La que les había proporcionado su padre. La única que tenían.

—¿Y recuerda haber llevado a esta chica?

El conductor agarró la foto y la observó con detenimiento.

—Podría ser, sí. Procuro no mirar demasiado por el espejo, que hoy en día enseguida te acusan de cualquier cosa.

Espera, que tenemos aquí a un conspiranoico.

—No te pongas estupendo, Adri. Nos importa bastante poco lo miserable que puedas llegar a ser. Vamos a hacer una cosa: yo te digo dónde la recogiste y tú me dices a dónde la llevaste, ¿de acuerdo? —Adrián asintió—. La recogiste en la plaza de Lavapiés y llevaba una bolsa no muy grande. Y la dejaste en...

Adrián abrió los brazos.

—Aquí mismo, en la T1.

—¡No me digas, qué casualidad! —dijo Loor.

No nos pasemos con el sarcasmo ahora, Loor, que ya lo tenemos.

—Y siguiendo con las casualidades, no sabrás adónde se dirigía.

—Sí, a Escocia. Me dijo que volaba a Edimburgo.

—Vaya, no eres muy de mirar por el espejo, pero eres cotilla, eh, Adri.

¡Loor, por Dios!

—Y por lo poco que se fijó —Axel trataba de enderezar la conversación— ¿le pareció que la chica podía estar nerviosa durante el trayecto? ¿Hizo alguna llamada? No sé..., ¿algo que le llamase la atención?

—No, no recuerdo nada más. Nerviosa no parecía. Tampoco hablamos mucho, solo del tiempo, de si haría mucho frío allí, de si iba bien abrigada; parecía preocupada por eso, pero yo qué sé.

—Ya, tiene ganas de acabar con esto. Lo entiendo. Está bien, buen trabajo, Adri. Ha sido de gran ayuda. Si algún día nos necesita, ya sabe dónde encontrarnos, aunque dudo que llegue ese día, dado que es usted un modelo a seguir para el resto de la ciudadanía.

Loor se bajó del coche y Axel dio un par de golpecitos en la puerta para dar por finalizada la conversación.

Adrián vio cómo los dos policías se alejaban acompasados, caminando el uno al lado del otro; él, más alto; ella, más esbelta. Y no pudo evitar bajar la vista hacia su barriga. Se alisó el jersey y decidió que pasaba demasiadas horas sentado, que debía cambiar su estilo de vida, que quería ver crecer a sus niños, que, además de un conductor ejemplar, había llegado el momento de ser buen padre.

Axel encendió el Peugeot, puso el intermitente y bajó el volumen de la radio. El sonido Morse de la Cadena Voz advertía de que alguien había marcado un gol. Y el locutor que lo cantaba a voz en grito estaba entrometiéndose en sus pensamientos.

Joder, ya hay fútbol a cualquier hora. ¿Dónde están jugando, en Australia?

—¿Qué dices, Loor? ¿Crees lo que nos ha contado?

—Creo que este tipo llevó esos días a alguna tía y que esa tía se iba a Escocia, pero que sea nuestra tía me cuesta mucho creerlo.

—¿Y eso por qué?

—Porque tú me dirás qué coño hace alguien huyendo a Escocia. Eso punto número uno. Segundo, ¿qué te lleva a decirle tu destino a la persona que te lleva al aeropuerto? Aunque te pregunten, que suelen hacerlo por charlar. No tiene sentido huir dejando semejante rastro. Y tercero, a no ser que seas una profesional, es imposible que huyas aparentando tranquilidad. Aunque también es cierto, Axel, que a ese flan cualquiera le va a parecer más tranquilo que él.

—Pues si es así, no hemos conseguido gran cosa. Quizá deberíamos cambiar de estrategia, como habíamos hablado.

—¿A qué te refieres?

Axel miraba a su compañera. Al fondo de la ventanilla del copiloto veía cómo iba dejando atrás vehículos en doble fila que esperaban a que el vuelo en el que venía algún familiar tomase tierra. Rostros

desconocidos que pasaban como diapositivas en un proyector antiguo.

Eh, eh, eh. Un momento. Un momento. ¿Desconocidos?

Axel levantó las cejas *¡Qué coño ha sido eso!*

—Joder, ¿has visto eso?

—No, ¿qué? —Loor giró la cabeza a su derecha.

—Ahí atrás. —Ella volvió la cabeza hacia atrás—. El Mercedes gris que está aparcado.

Intenta asomarte con disimulo a tu retrovisor a ver si notas algo raro.

Loor obedeció, pero no llegó a tiempo.

—No he visto nada. ¿Qué pasa?

Axel negaba con la cabeza, como un demente que cree ver un fantasma.

—Nada, Es igual. Seguro que no era nada.

—¿Quieres decirme qué es ese nada que has visto? Para intentar que no me asuste sin motivo. Nadie tiene más fantasmas que yo en el pasado y no me apetece que se aparezcan en el presente.

—Acabo de ver a un tío en ese coche que era la viva imagen de alguien que conocemos con veinte años más. Pero, joder, se parecía mucho.

—Axel me estoy empezando a poner nerviosa.

—Joder, y yo.

—¿Era la viva imagen de quién? —Axel miró a Loor a los ojos.

—De mí. —Loor estalló en una carcajada.

—Venga, hombre, me habías asustado, idiota. ¿Igual te estás pasando un poquito de egocéntrico? Solo un poquito, eh. —Loor junto los dedos índice y pulgar de la mano derecha hasta que casi se tocaron—. Un poquito.

—No te rías, coño. Esto no te lo conté porque no le di importancia o qué sé yo, pero en la coctelería donde estuve con Hugo, donde vieron a Bárbara por última vez, el barman me dijo que el tipo que estaba con ella se parecía mucho a mí.

—No jodas. —A Loor se le encendió la mirada.

—Te lo juro. En un primer momento me lo tomé a coña. Supuse que el tipo me tomaba el pelo para librarse de mí, pero ahora,

después de esto, ya no sé qué pensar.

—No hay nada que pensar. Da la vuelta y vamos a charlar con tu doble.

Axel dio un volantazo y regresó por la zona de «Llegadas», adelantó a la fila de taxis y redujo la marcha. Pero del Mercedes ya no había ni rastro.

—Mierda. Se ha pirado.

—Bueno, vamos a estar tranquilos. Igual no es nada. Tal vez solo un abuelo atractivo que viene a recoger a su nieta recién aterrizada de unos meses viviendo un Erasmus en Perugia.

—Me gusta lo de atractivo, pero no necesitas hacerme la pelota, anormal. —Axel volvió a acelerar, suspiró y se dirigió hacia la salida del *parking* sin quitar ojo a todos los coches estacionados en el lateral—. Ojalá tengas razón. Tengo el cuerpo un poco cortado. Bueno, ¿por dónde íbamos?

—Me decías que igual había llegado el momento de cambiar de táctica. Y cómo sabes que no soy tan lista como tú, estabas a punto de explicarte.

—¡Uf, vaya diíta tenemos, eh! —Axel sonrió—. A ver, lista: lo que te quería decir es que de momento estamos reconstruyendo las últimas horas de Bárbara Coll y parece que hasta aquí llega su rastro. Creo que ha llegado el momento de meter las narices en el vertedero.

—El chulo —dijo Loor.

—Y el novio —dijo Axel. Loor asintió. Axel arrugó la mirada y levanto una mano—. Pero hay una cosa más que podemos hacer.

—No va a ser nada bueno.

—¿Por qué no le preguntamos al chaval si conoce a algún piloto? Es la manera más rápida de descartar que pasemos una temporadita en las Highlands.

—¿Sabes qué? —Loor subió las Doc Martens al salpicadero y apoyó la cabeza en la ventanilla—. Nunca dejarás de sorprenderme, Axel Nash.

16

Desde la azotea del edificio que explota la cadena hotelera Riu en lo alto de Torre España, varias decenas de personas gozaban de una vista espectacular. Podían contemplar la vasta y arbolada explanada de la Casa de Campo, el majestuoso Palacio Real, la impresionante catedral de la Almudena, y también la silueta de un desapacible Peugeot 207 azul que circulaba en ese instante por la calle Princesa en dirección a la Gran Vía.

Allá arriba, los visitantes abrumados comentaban que las vistas no tenían nada que envidiarle al Empire State de Nueva York. Seguramente, lo decían porque jamás habían estado en Nueva York y querían formar parte de algo especial, si es que tomarse un gin-tonic por quince pavos a más de cien metros de altura puede considerarse algo especial, más allá del hecho de que te estás dejando robar a mano desarmada.

Pero el inspector de policía Axel Nash no encontraba ninguna ventaja en despojar a su bolsillo de un billete rojo y otro azul por una ginebra industrial mal preparada por un incompetente vestido de uniforme. Por eso le sugirió a Loor que, dada la hora, fuesen a tomar un vermut a un sitio especial de verdad, a uno de los clásicos de la capital: la Bodega de la Ardosa.

—Joder, cómo ha cambiado este lugar...

La sorpresa de Axel al cruzar la puerta no se debía a la decoración ni a la luz del local, que seguían intactas, sino al ambiente.

—Se ha petado de guiris.

—Eh —dijo Loor—, quieto. Por ahí sí que no paso.

—¿Qué pasa ahora?

—Que no seas racista, hombre.

—Bah —Axel le dio un manotazo al aire—, tú eres tonta perdida.

—Ah, claro, ahora soy tonta perdida porque es racismo solo lo que tú consideres, no te jode.

—Pero mira a tu alrededor, anormal: son todos blancos.

Loor paseó la vista por las paredes de la bodega. Un cartel advertía que habían comenzado a tirar cañas y servir aperitivos antes de que terminase el siglo XIX. Desde el año 1892, concretamente, cuando los hombres saludaban retirándose el sombrero y mostrando una cabellera escasa y pobre mientras sus mujeres esperaban en casa cuidando de sus vidas.

En las mesas altas, de pie, turistas de diversa procedencia daban buena cuenta de varios pinchos de tortilla con cebolla bastante suelta y de buena apariencia: tortilla de verdad, nada que ver con esa sopa de huevo que tanto premian ahora los jueces de los certámenes de tortilla de patata, amparándose en la manoseada etiqueta «de tortilla de Betanzos». Jueces que, como los de Nueva York, tampoco habían estado en Betanzos.

Al un lado de Loor, dos chavales rubios se dirigían en inglés a la camarera para solicitar otra ronda. Al otro, dos chicas lo hacían en italiano. Más allá, una pareja en francés. Y al fondo, una familia de latinoamericanos con acento de Jalisco y tez morena miraban la hora en relojes de oro mientras dejaban sobre la barra una propina que se acercaba mucho al sueldo diario de la compatriota que les acababa de entregar la cuenta.

—Aquellos de allí —dijo Loor. Axel suspiró y se volvió a mirar.

—¿Qué les pasa?

—Son panchitos.

¡¿De dónde coño ha salido esta?!

—Quieres bajar la voz, que te van a oír, animal. Son latinos. Por usar el diminutivo no eres menos racista.

—Ah, claro. Como son ricos, son latinos. La camarera entonces qué es... ¿panchita?

—Latina, coño. ¿Quieres hablar más bajo?

—No es racismo, Axel. Es clasismo.

—Son ambas cosas. Bueno, déjame en paz. ¿Qué quieres beber? Voy a pedir un pincho de tortilla para mí y... —Axel se llevó el dedo a

la sien para fingir que se lo estaba pensando— otro pincho de tortilla para ti.

—Muy bien, pues yo quiero una birra.

—Tía, no. Aquí se viene a tomar vermut.

—Entonces para qué preguntas si ya lo tienes todo decidido.

La camarera se asomó a su mesa con una libreta, un boli y una sonrisa poco sincera.

—Tomaremos dos pinchos de tortilla y...

Dos verm...

—Dos birras —dijo Loor.

—No, perdona. Yo quiero un...

—Y yo no quiero tortilla, así que te jodes. —Loor le devolvió a la camarera la misma sonrisa—. Es todo, gracias.

Axel iba a protestar, pero entendió que no merecía la pena. En lugar de eso sacó su teléfono y desbloqueó la pantalla. Se iluminaron varias notificaciones de WhatsApp llenas de emoticonos.

Axel sonreía como un niño al que le acababan de conceder un capricho. Loor no dijo nada. Se limitó a esperar. Si algo había aprendido después de todos estos años era cuándo debía callar. Y como pasaba callada la mayor parte del tiempo, se le daba de maravilla.

Unos segundos después, Axel volvió en sí. Seguía toqueteando el móvil.

—¿Qué iba a hacer yo?

Silencio. Esperar.

—Ah, sí. Voy a llamar al chaval.

La llamada fue atendida al tercer tono.

—Huguito, ¿qué pasa? ¿Te pillo bien? Me alegro. Oye, necesitamos otra movida... Tú no conocerás por casualidad a algún piloto, ¿verdad?

Hugo Ramírez se habían levantado tarde y con resaca, pero al menos se había despertado en su cama. Había cruzado la puerta de la comisaría pasada la una del mediodía pensando que llegaba tarde, pero para su sorpresa llegaba pronto. O eso había querido pensar,

porque en la cuarta planta no había ni rastro de sus jefes. Solo Marina, ocupando su silla, jugando con sus rizos y escribiendo en el móvil a toda velocidad.

—¿Y estos dos?

—¿Qué te hace pensar que yo lo sé?

—No sé. Estabas aquí, gordi. Igual se acaban de ir.

—No han venido. Esos dos van a su bola, ya lo sabes, y si no lo sabes acostúmbrate. No dan explicaciones. Solo se dirigirán a ti cuando les interese. Y no me parece mal. Para algo son los jefes.

—Caray, gordi. No tenemos buen día, eh.

Marina lo había mirado con cara de asco. Efectivamente, no tenía un buen día. No tenía una buena semana. Y si Hugo hubiese asomado la vista a la pantalla de su teléfono, habría descubierto por qué, y se habría preguntado por qué seguía insistiendo, por qué seguía escribiendo a ese tal «Sr. O» que llevaba varios días y treinta y cinco mensajes sin dar señales de vida.

Lo que había hecho Hugo en cambio fue fijar la mirada en otro teléfono, en el suyo. Estaba vibrando. Lo sostuvo y lo giró en el aire para que Marina pudiese leer el nombre de cuatro letras que saltaba en la pantalla.

—Que dios reparta suerte. —Pulsó la tecla verde—. ¡Axel, buenos días!

Marina dejó de escribir y se concentró en la conversación que tenía lugar a su lado. Y no pudo evitar la sensación de que sucedía muy lejos, a miles de kilómetros; a la inabarcable distancia que sientes cuando sientes que están dejando de contar contigo.

—¿Un piloto? A ver, gordi. Y tú ¿para qué necesitas un piloto?

Cuando Axel colgó, Loor ya se había ventilado media birra y media tortilla.

—¿Qué te ha dicho?

—Que sí.

—Eso es mejor que un no.

—¿Está buena la tortilla? —Loor asintió con la boca llena.

—¿Está buena la birra?

—En tu casa se tenían que morir de risa contigo.

—A que me hago la ofendida por hablar de mi infancia cuando sabes que fue un infierno.

—Vete a cagar. Era una frase hecha. Si también he de tener cuidado con lo que digo cuando esté contigo, estamos jodidos.

—Tú no tienes cuidado con lo que dices cuando estás con nadie.

—No como tú, que eres Isabel Gemio, ¿verdad?

—¿Cuánto crees que tardará en conseguirlo? Porque el chaval es rápido.

—¿Cuánto tardó la otra vez?

—Un día.

—Una noche tardará esta vez. Empiezo a sospechar cómo lo hace.

Pues claro que conocía a un piloto, ¡qué se creían!, ¿que la única perversión de los pilotos es ocupar las *suites* que la compañía aérea tiene reservadas para ellos en las grandes cadenas hoteleras en exóticos destinos, con la nueva y jovencísima azafata recién contratada mientras en la habitación contigua se lamenta entre lágrimas la última en ocupar ese puesto de privilegio? Sí, claro. Y los médicos no se drogan y solo se follan a las enfermeras.

Pues de eso nada, monada.

Eso a Hugo le quedó claro muy pronto. Si estás disponible para participar en las perversiones de la gente, se van a abrir ante ti en canal, sin filtros, y te vas a adentrar en un mundo mucho más complejo.

Y divertido.

Y oscuro.

Pero Álvaro Gallego, el piloto de Iberia más guapo y educado de toda la flota, era el camino largo. Levantar ese teléfono, implicaba levantar muchas más cosas, entre ellas la barrera de la farmacia de guardia, la cajita de citrato de sildenafilo lleno de pastillas azules, y el maletín de los juguetes prohibidos para, muchas horas, azotes y asfixias después, conseguir lo que Axel le acaba de pedir.

No, esta vez no sería necesario el camino largo. Además, aún le dolían los muslos de su última sesión con Telmo, el taxista más

cerdo y más casado del sur de Madrid.

Dos días antes

—Venga, gordi, date prisa, que no tengo todo el día.

—No me gusta cuando te pones así. Como tú ya te has corrido, ahora quieres que me dé prisa, pero hace un rato bien que querías ser mi putita.

La luz llegaba a cuentagotas por la rendija que dejaba la persiana en el bajo con ínfulas que ocupaba Telmo desde que había llegado a Madrid. Se había instalado allí con su primer curro, haciendo sustituciones y apañando bajas en una empresa de codificación de sistemas de seguridad de poca monta. Y aunque en los últimos meses había recibido una oferta de la empresa californiana Uber para desarrollar programas aplicables a la implantación del vehículo autónomo que aún estaba en vías de desarrollo, una oferta que había aceptado gustosamente y que le había permitido ascender considerablemente en la escala salarial; a pesar de eso, había decidido quedarse en aquel bajo. Le había cogido cariño al barrio y a sus gentes.

Prosperidad, allí vivía.

Como un vaticinio, le daba buena vibra, decía.

La casa, anodina y sin apenas decoración, era la viva imagen de su inquilino: anodino y sin apenas decoración salvo cuando se desnudaba, sacaba el látigo, las esposas, el látex y se volvía disfrutón.

—Dame, gordi. Dame más fuerte. ¿Eso es todo lo que sabes hacer, maricón?

Las palabras mágicas. Hugo las conocía bien. Esa combinación abría la caja de Pandora y desataba la furia de Telmo, que, a latigazo limpio, explotaba sin poder controlar la eyaculación por más tiempo.

—Joder, ya era hora. Cada día aguantas más.

—No me hagas la pelota.

—No era un cumplido, gordi.

—¡Qué tonto! —Telmo le dio un beso en la espalda y se encaminó al baño. Se limpió los restos de semen y acercó el rollo de papel higiénico a la cama.

—¿No lo vas a rebañar?

—¿Me dejas?

—Es tuyo. —Hugo se colocó a cuatro patas, y cuando Telmo se inclinó a su lado, lo detuvo —. Pero ya sabes lo que tienes que darme a cambio.

—Me vas a meter en un lío.

—Gordi, llevas follándome muchos meses y en un ratito tienes que recoger a los peques en el cole. Ya estás en un lío.

Telmo le pasó la lengua por toda la espalda emitiendo jadeos que habrían desagradado al mismísimo Jeffrey Dahmer.

—Así, gordi, muy bien. No te dejes nada, ni una gotita, cerda. ¡Qué cerda eres!

Al acabar de repasar la espalda, los hombros y las nalgas, Telmo se puso en pie y se puso los calzoncillos.

—Espera aquí, no me llevará mucho tiempo.

Hugo aprovechó para ducharse mientras Telmo hacía los deberes. Sentado ante el ordenador, sus dedos comenzaron a bailar en un lenguaje cifrado que abría puertas digitales y quebrantaban la ley en varios países de la Unión Europea, entre ellos España. A tomar por saco la protección de datos, la confidencialidad, el acceso restringido, la ciberseguridad y todos sus familiares. Un par de teclas más, unos codex, pim, pam, pum... y vehículo trayecto Lavapiés, aeropuerto, martes, horario mañana... Agitamos bien y *voilá*...

Hugo llevaba la toalla enrollada en la cintura cuando le entregó el papel.

—Aquí lo tienes. Pero no me conoces, nunca me has visto y yo no te he dado nada.

—Amor, como me dé por hablar, esto es lo que menos debe preocuparte... —Hugo le dio un beso en la mejilla; olía a sudor—. Cerda...

Dos días antes, un par de horas después

—Ten, gordi.

Axel, que no se había inmutado al ver a Hugo cruzando la puerta de la oficina de la cuarta planta, levantó la vista, arrugó la cara... y extendió la mano.

—¿Es lo que creo que es? —Desplegó la notita, escrupulosamente doblada en cuatro y leyó para sí.

—Joder, ¡qué rápido! ¿Cómo lo has conseguido?

—Eso es lo de menos. Lo importante es que lo he conseguido.

—Venga, coño. ¿Te vas a hacer el misterioso conmigo?

—Que precisamente tú me digas esto.

—Ahí tiene razón, Axel —dijo Loor.

Ihí tiini rizin, Ixil.

—Sí, es verdad. Ahí tienes razón. Solo espero que no hayas cometido ningún delito. Bastante tenemos con lo que tenemos.

—No te preocupes por mí, gordi. No he dejado rastro.

Loor sonrió. En la comisaría empezaba a notarse el calor sofocante de la primavera madrileña. El entretiempo había desaparecido de la ciudad y tan pronto pasabas del invierno al infierno. El bochorno se hacía sentir por todas partes, la ropa se pegaba a la piel, y la tormenta que aplacase la sensación de agobio estaba doblando la manzana.

—¿Cuándo van a arreglar el aire acondicionado? —preguntó Marina.

Los tres la miraron sin comprender. Se estaba quedando atrás.

—¿Por qué no te encargas tú de eso? Ahora mismo estás bastante libre —dijo Axel.

—Porque no me encargáis nada. Como yo no soy gordi.

Uy que esta está celosa. Cuidado, cuidado, que vienen curvas.

—Te estoy encargando que te encargues de arreglar el aire acondicionado. No es poca cosa. Va a ser importante en las próximas semanas.

Marina no contestó. Recogió su teléfono y se levantó camino del baño. Se encerró en un reservado, por si a Loor se le ocurría ir

detrás —no se le ocurrió—. Desbloqueó la pantalla y entró en WhatsApp: no había nada. Una lágrima resbaló por su rostro y cayó al suelo. Su labor policial se había visto arrinconada. Se sentía inútil. Y para colmo, el capullo ese de Ortiz seguía leyendo sus mensajes, pero era incapaz de responder.

Seguía sin dar señales de vida.

—¿Me traes la cuenta, por favor?

—¿Me vas a invitar? —preguntó Loor.

—Pues claro, ¡por quién me tomas!

La camarera mexicana les dejó la cuenta encima de la mesa en un recipiente de metal. Axel la cogió con una mano y con la otra levantó el móvil.

—Con tarjeta, por favor. —Axel pestañeó con fuerza—. Carallo, quince pavos dos pinchos de tortilla y dos birras.

—¿Qué pasa? ¿Quieres que te haga un Bizum?

—Hay que ver cómo eres. Uno ya no puede ni comentar las cosas en alto.

La pantalla del teléfono se iluminó justo cuando la camarera apareció sosteniendo el datáfono. Tres whatsapps, uno detrás de otro. Axel sonreía mientras leía. La camarera esperaba.

Loor decidió que había llegado el momento de dejar de esperar.

—Eh, tú.

Axel volvió en sí.

—Ah, perdón, perdón. —Pulsó dos veces el botón lateral y colocó el móvil sobre el datáfono hasta que sonó pi.

—¿Quiere copia el señor?

Axel no contestó, seguía sonriéndole al teléfono.

—No, no, el señor no quiere la copia —respondió Loor, que pellizcó a Axel en el brazo—. Oye, tío, ¿a ti qué coño te pasa?, estás gilipollas, todo el día sonriéndole al móvil.

Joder.

—Nada, coño, ¡qué dices!

—Así no vamos a encontrar a la chavala, eso digo.

—Pues no digas bobadas. —Axel se levantó y se abrió paso entre la gente. Loor se dio cuenta de que estaba pensando en algo—. Es mi amiga Eva Vilda —mintió.

—Eva... Vilda..., ya... Tu... amiga. —Loor separó bien las cinco palabras. Sabía dar énfasis a la mala hostia que le entraba cuando le mentían.

—De verdad. Resulta que ahora se ha ido a vivir a Hawái. Dice que se ha enamorado de un actor y ha convertido su vida en la cuarta temporada de *The White Lotus*.

—Pues como sigas así, tú vas a convertir la tuya en *Normal People*.

—Me estás asustando. Sé que hace poco has visto *Mi reno de peluche*. No estarás celosa, ¿verdad?

Loor sonrió, le dio un empujón con el hombro a Axel y se encendió un pitillo.

—Si algún día me ves celosa, no va a ser por ti, creído. Anda, tira y acércame a casa en ese cacharro azul que has dejado ahí tirado.

17

Axel envió un audio de Whatsapp al grupo asignado al caso de la desaparición de la joven Bárbara Coll. El grupo que formaban los cuatro integrantes del equipo de la cuarta planta, que, en teoría, respondía ante el comisario Jorge Ortiz. Aunque estuviese desaparecido.

El grupo se llamaba: «Los Cuatro de la Cuarta».

La idea había sido de Marina, que era la administradora.

El audio, escuchado por todos los miembros del chat a 1,5 de velocidad, como habría hecho cualquier persona civilizada, duraba exactamente 43 segundos. Y decía lo siguiente:

—¡Chavales, qué pasa! A ver..., un par de cosas... Que sepáis que la subinspectora Lorena Galván y yo le hemos hecho una visita muy productiva al conductor que llevó a Bárbara Coll al aeropuerto. Estamos ahora pendientes de ver si Hugo es capaz de proporcionarnos cierta información sobre el destino concreto del vuelo que llevó a Bárbara a Escocia, pero vamos, yo ya estoy haciéndome a la idea de que voy a tener que rescatar un par de abrigos. El rollo es que va a ser Glasgow o Edimburgo, no hay muchas más opciones. Así que nada..., si todo sigue su curso y no hay sorpresas de última hora, tiene pinta de que Loor y yo nos vamos a ir unos días para allá. Y nada, evidentemente, la intención es encontrar a la chica sana y salva y traerla de vuelta a España, pero sabe Dios qué nos encontraremos una vez allí. Así que nos vamos contando, ¿vale? Nada más. Que lo sepáis. Vosotros, Marina y Hugo, seguiréis currando desde aquí y nos vamos poniendo al día con cualquier avance, ¿vale? ¡¡Hala!! Venga, hasta mañana, chavales.

Axel le dio a enviar y guardó el teléfono en el bolsillo del vaquero. Su intención era no volver a sacarlo en lo que quedaba de día.

Y de noche.

Loor escuchó el audio 45 minutos después de recibirlo. No estaba demasiado atenta al teléfono y tenía otros asuntos que atender.

Estaba leyendo.

Se había pasado tantos años sin poder encontrar la paz mental necesaria para concentrarse en algo que no fuese su vida que ahora se tomaba muy en serio eso de desconectar.

Su desorden vital la mantuvo mucho tiempo alejada de poder disfrutar de cualquier narración, le impidió interesarse por la vida de nadie que no fuese ella misma, y quizá la de Axel. Estaba tan ocupada en sobrevivir y se le daba tan mal que apenas lo conseguía. No estaba como para involucrarse en los quehaceres de personajes de ficción que ni le iban ni le venían.

Pero una vez concluyó el tormentoso episodio de unos meses atrás que casi acaba con sus huesos en la cárcel y que acabó con la vida de Regina Almeida, tumbada a su lado en la cama de un piso del barrio de Salamanca y toda la tormenta que se desencadenó después, al fin había podido recuperar un hábito que le inculcó su abuelo cuando era niña, que la llevaba a viajar, aprender, sentir y dejarse llevar por paisajes, mundos y vidas mucho más interesantes que la suya.

Al menos ahora.

Porque cuando su vida era más interesante que la de cualquier personaje de novela, y eso era lo más habitual, era cuando Loor se veía incapaz de leer.

Sostenía entre sus manos un ejemplar de una novela de espías infiltrados en el Tercer Reich, durante la Alemania nazi de la Segunda Guerra Mundial. Lo había escrito un chaval catalán bien parecido que a Loor le llamó la atención por lo impecablemente planchada que llevaba la camisa en la foto de la contraportada que acompañaba a su biografía.

Loor echó un vistazo a su alrededor. Había ordenado la casa, fregado la loza, hecho la cama y encendido unas velas aromáticas de

camomila que invitaban a dejar pasar el tiempo. Se estaba relajando.

El audio de Axel la sacó de esa especie de trance y la devolvió a su estado natural de agitación. Se le había acelerado el pulso.

Escocia.

Ella en Escocia.

Ella, que odiaba volar con todas sus fuerzas. El despegue, el aterrizaje, las turbulencias. Dios. Se le cortaba el cuerpo solo de pensarlo. Le daba verdadero pánico. La última vez que se subió a un avión fue cuando tuvo que acompañar a Axel a Vigo durante la investigación del asesinato de la estrella de la radio, Marcos Goya, y había tenido que chutarse varias pastillas tranquilizantes para poder soportarlo.

¿Y si le decía a Hugo que lo acompañase él? No, no podía hacer eso. Como le dijeron a Peter Parker antes de convertirse en Spiderman: «Un gran poder conlleva una gran responsabilidad». Y la subinspectora era ella, y la que tenía que vigilar que Axel no dejase el Reino Unido ardiendo era ella, y la que tenía que subirse a ese avión era ella.

Si rebuscaba en el fondo de su alma aparecía lo más importante: que no se quería separar de él. Axel era su ángel de la guarda, a su lado estaba a salvo, a su lado se sentía por fin segura, capaz, escuchada y vista. Tanto como para ser capaz de volver a volar.

O de volver a leer.

Loor cerró el libro y lo dejó sobre la mesa de centro del salón, junto a una vela. Sopló para apagarla.

El audio la había inquietado de veras, porque conocía al inspector Axel Nash mejor que nadie. Era su compañero, su colega, su amigo, y si de algo podía estar segura después de todos estos años codo con codo con él, era de que jamás daba explicaciones.

A nadie.

¿Cuarenta y cinco segundos de audio poniendo a su equipo al día de los avances y los próximos pasos de la investigación?

Y un cuerno.

Eso no era fruto de la terapia, ni idea de la psicóloga, ni pollas en vinagre:

Eso era que el cabrón se estaba enamorando. O peor aún, se había enamorado. Y con ese audio lleno de explicaciones que nadie esperaba, estaba expiando la culpa de apagar el teléfono hasta sabía Dios cuándo, mientras una chica estaba desaparecida y, en el mejor de los casos, esperando a que la encontrasen.

Y a que la encontrasen los buenos.

Loor cogió el móvil y llamó Axel. Dio tono.

Alivio.

Pero no respondió.

Mierda.

Loor volvió a abrir el libro por la página que tenía marcada, la 335, y continuó leyendo con la amarga sensación de que las palabras resbalaban en su cerebro y de que ese capullo no le iba a devolver la llamada hasta la mañana siguiente.

Hugo Ramírez estaba ocupado cuando escuchó en el fondo de su *tote bag* el sonido del móvil al vibrar. Subía caminando por la calle Santa Engracia, y justo cuando giraba a la derecha por una calle que cortaba, metió la mano y revolvió entre sus cosas para atender a quien quiera que fuese que le había escrito.

El audio de Axel actuó como un detonador. Activó la chispa y prendió la mecha de su instinto policial. Tantos años de sufrimiento, de abusos, de no encajar en ninguna parte habían terminado. Lo había conseguido.

Se sentía útil. ¡Qué coño! Era útil.

En el pecho notaba mariposas bailando una sardana como una droga, una emoción parecida al éxtasis. Le oprimían con alegría y le impedían llenarse de aire. No era ansiedad, era una sensación nueva: Era la responsabilidad de tener que hacerlo bien.

Ser útil.

Por eso iba a conseguir lo que le habían pedido, costase lo que costase.

Al primer intento había fallado. Bueno, le habían fallado. Quiso tomar un par de atajos para lograr la información del vuelo a Escocia lo antes posible, pero no funcionó. Se había precipitado.

Su afán por impresionar a Axel, por impresionarlos a todos, le había jugado una mala pasada.

Y ahora era doble o nada.

Si era necesario tomar el camino largo, pues el camino largo sería. Tenía toda la noche por delante, y no iba a ser una noche de bajón, ni mucho menos.

Se metió en un garito pijo. De Ponzano y se preguntó: «¿Qué cojones pinto yo aquí?». Pidió una copa de balón y esperó.

Sí, señor: la noche iba a ser larga.

Marina Presa deambulaba descalza por el parqué de su habitación. El suelo radiante que venía incorporado de serie en todos los chalets del lujoso complejo de La Finca estaba caliente. Y, sin embargo, ella tenía los pies fríos.

«Siempre tienes los pies fríos».

Eso le decía siempre Ortiz como un reproche dulce. Y cuando dormían juntos se los abrazaba con las piernas hasta que entraban en calor.

Lo echaba de menos. Lo echaba mucho de menos.

Mientras sonaba de fondo una lista de reproducción de grandes éxitos del pop español de los ochenta que su madre tenía puesta en el salón, en la planta de abajo, Marina seguía dando vueltas en círculos por los cuarenta metros cuadrados de su *suite* con vestidor, como un preso en una celda de lujo.

Se estaba ahogando.

¿Era culpa? ¿Remordimientos? ¿Indecisión?

Miraba por la ventana y no veía nada. Miraba al techo y tampoco. Miraba a la pared y cero. Miraba al suelo y ahí sí, ahí vio que las uñas de sus pies estaban abandonadas. Como una metáfora. Le habían crecido demasiado. El esmalte negro semipermanente apenas cubría la mitad de la uña. Y en un par de dedos directamente había desaparecido. Eso las uñas. Pero no era lo peor.

En el talón y en los laterales del pie, la piel había estallado como una bomba sin relojería, se había abierto como un cráter sin erupción. Tenía que empezar por ahí, por reblandecer y raspar las

durezas. Como en la vida, lo primero es atacar y eliminar la piel muerta. Ya habría tiempo de embellecer después.

Marina acababa de salir de la ducha, la peor ducha de su vida. Se había machacado durante cuarenta y cinco minutos en la bici de *spinning* del lujoso gimnasio David Lloyd's que estaba dentro de la urbanización a escasos metros de su casa.

Menuda sudada se había metido.

Como cuando estaba con él, pero sin él.

Pretendía dejar atrás sus dudas. Con cada gota, adiós a un problema; con cada pedalada, adiós a un miedo. ¿Y entonces por qué seguían allí con ella? ¿Por qué la acompañaban a todas partes?

Había salido del vestuario sin cambiarse, sin arreglarse, directa a la cafetería, donde pidió un batido de proteína de vainilla con leche de avena y hielo que se apretó sentada en la terraza, escuchando de fondo el relajante sonido de las pistas de tenis. El golpeo de la bola, los gemidos de esfuerzo, las zapatillas deslizándose por la tierra batida.

No se había relajado ni un poco.

Decidió ducharse de nuevo en su casa, en su baño, con sus sales, su esponja, su gel..., y tampoco había servido de nada. Hasta la toalla que llevaba anudada sobre pecho le resultaba más áspera de lo habitual.

Áspera.

La palabra que lo inundaba todo: sus pies, la toalla, los mensajes sin respuesta, sus llamadas al limbo.

¿Y qué debía hacer? ¿Seguir huyendo? ¿Decir la verdad?

Sí, decir la verdad.

¿A quién? ¿A Axel? ¿A Loor? ¿A Ortiz?

La balanza se movía de un lado a otro. Como el péndulo del relato de Edgar Allan Poe que le habían obligado a leer en el instituto. Ella estaba en el pozo. En el fondo del pozo. No podía culpar a sus jefes de haber dejado de contar con ella. Les había mentido a la cara. No les había ocultado la verdad, no: son cosas distintas. Ella lo sabía bien.

Siempre había llevado muy mal que le ocultasen cosas, pero que le mintiesen, eso sí que no.

A no ser, claro, que estuvieses en un callejón sin salida.

Justo donde se encontraba ella.

Le habían preguntado directamente por Ortiz y había mentido. La respuesta era sí y dijo no. Más mentira que eso no hay nada.

Se lo había preguntado Loor, pero a Marina le daba en la nariz que era Axel el que estaba detrás de todo. Como siempre. Esos dos no hacen nada sin que el otro lo sepa.

Y mira que se lo pusieron fácil.

¿Sabes algo de Ortiz? Sí.

Caso cerrado.

Marina se desembarazó de la toalla y se tumbó desnuda en la cama. Bajó la vista y la detuvo en la sombra que le oscurecía el pubis. La sombra del crecimiento incipiente del vello. ¿Cuánto había crecido? ¿Un centímetro, dos? El caso es que se había olvidado de pedir cita en la esteticien de su madre y tampoco le apeteció repasarse la zona con la cuchilla durante la ducha. Antes, cuando Jorge Ortiz estaba en su vida, siempre lo llevaba impecable: como un bebé, como a él le gustaba.

Porque nunca sabía cuándo sería la próxima vez.

Se había abandonado. Eso era.

O la había abandonado. Eso también.

Marina soltó todo el aire que le cabía en los pulmones, que no era mucho.

Decir la verdad.

En vaya lío se había metido ella solita por preguntar, por querer saber. Por matar la curiosidad, ahora la curiosidad la estaba matando a ella. ¿Por qué ese maldito Axel tenía que ser tan listo? Siempre tan buen policía, siempre con sus tejemanejes aquí y allá, descubriéndolo todo.

Si es que parece tonta. Cómo no se dio cuenta de que también iba a descubrir que Escocia era el centro de todo. Y ahora tenía que cantar.

Decir la verdad.

No podía esperar más. No podía seguir así. La estaba consumiendo.

Marina volvió a la ducha, se humedeció el cuerpo, se repasó los genitales con la maquinilla, se aplicó crema, metió los pies en un barreño hirviendo, se frotó con piedra pómez las zonas más afectadas y rascó y rascó y rascó. Trozos de piel saltaron por los aires.

Eso iba a pasar. Todo iba a saltar por los aires.

Decir la verdad.

Regresó a la habitación y cogió el móvil. Escribió el mensaje, lo releyó, lo editó y lo envió.

Se lavó los dientes y se metió en la cama. Se arropó con la sábana de 1200 hilos de algodón y sopesó las consecuencias que iba a provocar su mensaje. Y se agarró a la parte buena.

El clavo ardiendo.

Al menos a ese mensaje sí lo iba a contestar.

De eso podía estar segura.

El inspector Axel Nash se había puesto sus mejores galas: vaqueros nudie Lean Dean —que ya no era un crío para llevar pitillos—, una camiseta blanca básica, una camisa de Portuguese Flannel de cuadros ladrillo y teja abierta, y unas botas BlundStone Chelsea marrones y negras; unas gotas de Solo Loewe Earth Elixir en el cuello y las muñecas, y bien de crema hidratante de Skinceuticals en el rostro.

Lo que él denominaba «sacar todos los tanques».

Había recibido un whatsapp de Raquel citándole en una *wine boutique* que no conocía en el barrio de Chueca. Y quien dice un whatsapp dice 250 whatsapps a lo largo del día. Uno y otro. Un toma y daca inagotable. Hablaban a todas horas desde el día en que se vieron, desde el día en que se conocieron.

Axel decidió ir dando un paseo. Se colocó los AirPods y seleccionó en Spotify algo que le inspirase confianza, algo de su zona de seguridad, algo animado y al mismo tiempo nostálgico, y al mismo tiempo elegante, y al mismo tiempo eficaz. Buceó en su cerebro, en su memoria musical, y lo encontró rápido: The Postal Service

¡Bingo!

El proyecto que iniciaron por correo postal, de ahí el nombre, Ben Gibbard, la voz *indie* estadounidense por excelencia y líder de la banda Death Cab For Cutie, y el productor de música electrónica Jimmy Tamborello. Un intercambio epistolar, una correspondencia en la que fueron puliendo, letras, ritmos, arreglos y *samplers* hasta dar con uno de los mejores discos del siglo XXI: *Give Up*, el fruto de dos genios en estado de gracia.

Axel seleccionó la pista número 2, «Such Great Heights», y empezó a caminar por la Cava Baja rumbo al centro, con los ojos entornados y tarareando sin molestar.

I am thinking it's a sign
that the freckles in our eyes
are mirror images,
and when we kiss, they're perfect aligned.

El cielo de Madrid a esa hora, las 20.47, estaría empezando a oscurecerse si no fuese por la capa de nubes negras cargadas de agua que teñía el ambiente y las esperanzas de Axel de un color cenizo desde mucho antes. Levantó la vista y las observó con desagrado.

Venga, eh, no irás a joderme ahora, justo hoy.

No está claro a quien dirigía Axel sus pensamientos, teniendo en cuenta que no era creyente. Por no ser, no era ni ateo, de lo poco que creía en algo. El único dios ante el que respondía era su propia conveniencia.

A sus demonios, en los que, sin embargo, sí creía, los desataba la lluvia. Y su amenaza. Le cambiaba el carácter. Se ponía nostálgico y le entraba el miedo. Era algo que ya había hablado con Rocío, su terapeuta, y estaban trabajando en ello, en convivir con el miedo y eliminar la nostalgia. Eso también le daba miedo: soltar definitivamente, dejar atrás.

El pasado cada vez más presente.

Y sabía bien por qué. Para eso no necesitaba a su psicóloga.

La lluvia no ayudaba a mirar hacia delante, pero lo que lo estaba llevando a viajar hacia atrás en el tiempo era su corazón. Le jodía admitirlo, pero no se sentía así desde hacía muchos años, bajo el agua torrencial de Galicia, entre los brazos de Noa.

Noa Novoa. La madre de Marta. El gran amor de su vida.

El único amor.

La persona a la que le entregó todos los escudos, por la que levantó todas las barreras y tras la que construyó ese muro acorazado de adamantium que nadie podía perforar, ni tan siquiera arañar.

Desde que todo acabó, Noa y Axel hablaban poco y se veían menos. El contacto se limitaba a cosas de la niña, en su mayoría.

Marta, su otro gran amor.

Pero este amor era otra cosa.

Los dos, Axel y Noa, tenían reservas sobre reactivar una relación que había costado muchísimo apagar. Axel sabía de manera indirecta, por terceras personas, que Noa estaba bien.

Estar bien.

Eso que para casi cualquier adulto es un estado transitorio difícil de alcanzar, para Noa Novoa era una quimera, un sueño inasible desde que con diecisiete años se cerró la puerta de un viejo hostal de las Rías Baixas donde no quería pasar la noche.

Días después, Axel y Noa se conocieron bajo la lluvia al borde de un acantilado, la hora y el sitio en el que ella estaba dispuesta a acabar con todo, a despertar de una pesadilla que no compartió con nadie, a poner punto final a un sufrimiento que no era capaz de poner en palabras. Axel se presentó y recogió sus pedazos antes del salto, y, harto de su vida en Galicia, se llevó consigo esos pedazos a Barcelona.

Y los recompuso.

Por un tiempo.

Noa se quedó embarazada y todo estalló por los aires.

Ella regresó a casa, a Galicia y desapareció. Y Axel, ya policía, fue destinado a Madrid. Años después Iria, la hermana de Noa, con la ayuda de Axel, volvería a abrir la puerta de aquel hostal para acabar con el fantasma de Noa para siempre y liberarla por fin.

Y una vez liberada, Noa se preparó para recuperar la calma, la felicidad y el tiempo perdido.

Cada cosa a su tiempo.

Recuperar todo. Menos a Axel. Su gran amor.

El único amor.

La persona que le devolvió la vida cuando a su alrededor solo había oscuridad, lluvia, rocas y la corriente del océano Atlántico esperando para arrastrarla hacia el fondo.

Para eso, para Axel, aún no estaba preparada.

Ni el tampoco.

Y habían convenido que era mejor no pensarlo demasiado, que era mejor dejar las cosas así, tal como estaban, que a los dos les había costado mucho llegar hasta ahí.

Eso Axel lo sabía ahora que su terapeuta había desbloqueado sus miedos a través de sus recuerdos, de una vivencia congestionada por la culpa. Y cuando por fin se ha dejado llevar con otra persona, con Raquel, sentir lo mismo lo estaba matando.

Axel llegó puntual. Siete minutos más tarde de la hora acordada.

Muy puntual, joder.

Raquel lo estaba esperando al fondo del local. El inspector dejó atrás la barra y la mesa de vinilos y recorrió el pasillo que daba a una segunda sala con un ambiente más íntimo. A su alrededor fue dejando atrás extranjeros de mediana edad procedentes de diversas partes del mundo.

Este sitio está recomendado en la Lonely Planet fijo.

Raquel lo vio llegar y sonrió. Una sonrisa tranquila, que se desplegaba con naturalidad ante todo el que quisiese mirar, pero destinada a embarazar el ego de Axel. Él se sintió superficialmente afortunado, como un millonario al que le toca un tercer premio en la lotería de Navidad. Esperaba que, con el devenir de la noche, los niños de San Ildefonso afilasen sus voces para cantar el gordo. Axel le devolvió la sonrisa. Semiabierta. Un saludo discreto y cálido para abrazar el poco nerviosismo que Raquel no fue capaz de disimular.

—Estás muy guapa.

—Y tú hueles muy bien.

Axel se alegró de haber escuchado a su instinto y al olfato y buen gusto de Loor. Llevaba unos días utilizando una muestra de ese perfume nuevo y no estaba seguro de invertir 220 euros en el frasco grande. Sus dudas se acababan de disipar.

Perdóname, oh, Loor, por necesitar una segunda opinión.

Si la subinspectora hubiese estado presente, le había respondido que lo que él estaba llamando una segunda opinión era en realidad una primera.

—Está guay el sitio. No lo conocía —dijo Axel.

—Pues está súper de moda.

—¿Quieres decir que yo no lo estoy?

—Ahora ya lo estás.

—Dime la verdad, sale en la Lonely Planet, ¿verdad?

Raquel se rio con ganas. Un hoyuelo se le abrió en la mejilla izquierda, era pequeño y singular y tenía un efecto devastador en las defensas de Axel.

—No me acordaba de lo tonto que eres.

—No sé cómo tomarme eso.

—Por mi sonrisa es mejor que te lo tomes bien. —Raquel le dio un sorbito pequeño al vaso de agua que servían por defecto—. Aquí, sobre todo, se viene a tomar vinos naturales, que también están muy de moda, como tú. ¿Te apetece? ¿Te fías?

—Me apetece más de lo que me fío.

Uf, arranca por la derecha el genio del fútbol mundial.

Raquel llamó al barman y pidió una botella del vino natural más difícil de encontrar. Le trajeron una botella de un productor muy pequeño que elabora poco más de doscientas botellas al año en un valle de la costa de Girona.

Mientras bebían y esperaban a que les sirviesen la comida —un par de ostras, un tartar de vaca vieja y un poco de queso Comté—, Raquel le contó la historia que había colocado a Gota Wine Bar en lo más alto de la lista de lugares más solicitados por la gente que aspiraba a crecer en el escalafón de lo *cool*.

—Resulta que Dua Lipa estuvo aquí una noche hace unos meses y subió una *story* a su cuenta de Instagram. Así de fácil.

—¡Qué previsibles podemos llegar a ser! ¡Es increíble! Aun así, creo que prefiero tu leyenda a mi teoría de la Lonely Planet.

—Ahora mismo esa chica es el rey Midas, Axel, todo lo que toca lo convierte en dinero. A pesar de ser una de las artistas más escuchadas y que más entradas y discos venden del mundo, es la *influencer* por excelencia. ¿A ti te gusta?

—¿En qué sentido?

Mierda.

—Si te parece guapa.

Me rindo.

—Si te digo la verdad, no le pongo cara. Sé que he escuchado cosas de ella y no me entusiasma. ¿A ti te gusta?

Siempre Maradona, genio, genio...

—A mí me parece un escándalo, es una tía superinteresante. Tiene un *podcast* de libros y ahora mismo que recomiende uno es como si te dan el Pulitzer o el Nobel. Te coloca directamente en el *best seller* del año.

Joder.

—Pues luego la buscamos y te doy mi opinión sincera. No quiero sacar el teléfono ahora.

—Me gusta. No soporto a la gente que se pasa el día mirando el teléfono. Esos que pasan las horas como autómatas, sin prestar atención a nada, sin aprender nada. Es la teoría de la dopamina, la recompensa inmediata del *like* y el *scroll* infinito. Sabes de qué te hablo, ¿verdad?

—Es asqueroso. No hay nada más deprimente que ver a una pareja cenando frente a frente sin dirigirse la palabra porque están hablando con el móvil. Algunos estarán cruzando mensajes con sus amantes, pero los hay peores: los hay que están hablando con desconocidos.

Raquel soltó una carcajada elegante, de las que llenan una mesa pero se quedan en esa mesa. Sin interrumpir al resto de los clientes del bar.

—¿Tú crees que es peor hablar con un desconocido que con un amante?

—La traición es mayor con un amante, está claro, pero al menos hay una historia detrás. Hacerle perder el tiempo a tu pareja porque estás respondiendo en redes sociales a @trapito89 es del género bobo. A mí me parece imperdonable. —Axel se metió en la boca un trocito de queso y miró a Raquel, divertido.

—Por suerte nosotros somos nuestros propios amantes y no cogemos el móvil. No se me ocurre nada más erótico que eso.

—Ah. ¡Así que somos amantes! —Ahora fue Raquel quien cogió un trozo de Comté—. ¿Estás seguro de querer tener esta conversación tan pronto?

Me mató.

Ahora fue Axel fue quien se carcajeó con menos elegancia y bastante más nervioso.

—Has sacado tú el tema, pero me parece bien, no vayamos tan rápido. —Axel sostuvo su copa de vino natural—. Y brindemos por la desconexión digital mientras cenamos.

—Y porque continúe después de cenar. —Raquel le dio un sorbito corto a la copa y se excusó—. Voy un momento al baño, no tardo.

—No tardes.

¡Qué coño me está pasando! Me estoy dando asco del empalague que llevo encima. Menos mal que no me está viendo nadie.

Axel observó a Raquel mientras caminaba hacia el servicio que estaba detrás de una cortina frente a la cocina. Llevaba un vaquero ajustado negro con campana, unas botas negras con tachuelas y una camiseta burdeos de raso que le cubría solo un hombro. Movía su metro sesenta y nueve con garbo y soltura, como una patinadora en la entrega de medallas.

Joder, la recordaba más baja. ¿Serán los tacones?

Automáticamente se estiró sobre la banqueta sin respaldo en la que estaba sentado. Estiró las vértebras y ganó un par de centímetros.

Cogió el móvil. La inercia, la mala costumbre, lo llevó a desoírse, a contradecirse, a deserotizarse a la primera ausencia de su acompañante.

Es solo un momento, joder. Lo suelto antes de que vuelva del baño.

Y de este modo cometió el primer gran error de la noche.
La pantalla se iluminó.
Llamada entrante.
La cortina del baño se abrió.
Un nombre.
Raquel caminaba hacia la mesa, a su banqueta.
Cinco letras.
Se sentó frente a Axel.
Un fantasma.
—¿Pasa algo?
Ortiz.
Mierda.
—Lo siento mucho, Raquel. Pero tengo que atender esta llamada.

Edimburgo, domingo 31 de mayo de 2026

El sol se asomó entre una constelación de nubes llenas, como un cuco en un reloj adelantado, cayendo sobre los jardines de Princes Street a tanta velocidad que no se escuchó el sonido de ni una sola cremallera descendiendo, desabrochando la cazadora de algún incauto.

Fue un visto y no visto.

Entró y salió, como una banda armada, sin que nadie lograse calentar su espíritu.

Tampoco Ortiz.

Que no tenía el día. Ni la semana.

El comisario nunca se había caracterizado por sus buenos modales o por su buen humor, pero ahora su carácter estaba traspasando fronteras y adquiriendo tintes internacionales; ahora el mundo estaba conociendo una versión de sí mismo que rozaba lo repugnante.

Deambulaba por Rose Street, una calle estrecha y peatonal, llena de bares y restaurantes, paralela a Princes. Sus dientes chirriaban por el frío y porque masticaban una especie de tostada con tomate recalentado que se había pillado en el Gregg's, un local mítico de la ciudad donde los obreros de la construcción, ataviados con sus chalecos amarillos y sus cascos naranjas, hacían el *break*, el «descanso», media hora para desconectar y coger fuerzas; fuerzas que malgastaban entre silbidos a las transeúntes que, bajo su punto de vista, lo merecían, y vítores a las que no lo merecían.

Ortiz había pedido extra de kétchup, y había sido tan vehemente al hacerlo, levantando las dos manos con sus respectivos dedos, que los dos polacos que atendían la cola le habían dado diez sobres. Se había guardado unos cuantos, los iba a necesitar, y el resto los

extendió sobre el *panini* escocés: una cochinada para tensionar las arterias y matar el hambre, pero estaba bueno, ¡qué coño!, y de algo hay que morir, pensó.

No era esto lo único que ocupaba su mente. Seguía dándole vueltas al percance que acababa de tener sobre la moqueta del *bed and breakfast* en el que se había instalado, un pequeño edificio de piedra regentado por un anciano pelirrojo, situado junto al estadio de Murrayfield, el lugar donde la selección escocesa de rugby solía disputar el Seis Naciones cuando vestía de local, o donde Oasis había reventado la pista y las gradas en su gira de regreso el verano anterior.

En la habitación número siete, unos minutos antes, se había obrado el milagro.

La resurrección de los muertos.

¡Lázaro, levántate y anda! y toda la parafernalia religiosa que uno se pueda imaginar.

La consecuencia médica es que a Ortiz casi le había dado un infarto; la consecuencia personal es que casi había tirado por tierra el trabajo de los últimos días y la esperanza de supervivencia de su hermanastra.

Los hechos habían transcurrido así: eran las 12:30 del mediodía y ya se estaba subiendo los cuellos del anorak y había cogido la llave dispuesto a salir de la habitación tras comprobar que todo estaba en orden: véase a un lado el cuerpo de Johnny Divorce, la primera víctima, junto a quien depositó el cuerpo, bastante más pesado, de Terry Maddox, el Oso, *The Bear*, la segunda víctima. Ortiz revisó en su teléfono las fotos que acababa de hacer: eran buenas. Lo había colocado todo de tal forma que la sangre seca caía de la comisura del labio de Terry.

Clic.

Primer plano.

La luz, el ángulo, todo estaba perfecto.

Los somníferos seguían haciendo efecto, los ojos cerrados, el kétchup parecía sangre y Ortiz, además, le había metido los dedos en la boca para sacarle la lengua, una posición más teatral, más profesional.

Muerto.

Nadie se daría cuenta de nada.

Y al menos podría seguir viviendo sin cargar con varios asesinatos sobre su conciencia, que él podía tener muchos defectos, lo sabía, era un cascarrabias, macarra, maleducado, desagradable, mal compañero y mal jefe. Y a pesar de todo se consideraba a sí mismo buena persona, un tipo de buen corazón y buen fondo, la excusa que normalmente utilizan los cretinos para justificar su comportamiento. ¿Pero un criminal?

El plan se le ocurrió en cuanto entabló contacto con la mafia escocesa y le propusieron limpiar el mercado de la prostitución y la droga de seres indeseables para que otros indeseables se llenasen los bolsillos y pudiesen dormir más tranquilos. ¿Acaso era él un Robin Hood del hampa británica, le habían visto cara de vivir en el bosque de Sherwood?

Ahí fue cuando se pasó por un Sainsbury y se hizo con maquillaje, kétchup, celofán, somníferos y el bote de espray, que rellenó con el cloroformo que le había conseguido un farmacéutico, amigo de la infancia, que le debía un favor, y que se había ocultado en los huevos al pasar el control en el aeropuerto. Sabía que no podría vivir con un asesinato a cuestas, con la conciencia martilleándole cada día, cada noche... Ni loco.

Pero también sabía que si salía mal, tampoco podría soportar perder a Bárbara, fallarle otra vez. Eso le perseguiría cada puto segundo de su miserable existencia. Ya se estaba poniendo pesimista otra vez. El miedo, que tiene estas cosas.

¿Por qué? Ortiz miró a los dos hombres tendidos sobre el suelo de la habitación. ¿Por qué tenía que torcerse si de momento todo iba viento en popa? Nada tenía por qué salir mal. Estaba todo atado y bien atado.

Muertos.

Nadie se daría cuenta de nada.

A no ser que...

Un sonido del fondo de las cavernas, un gruñido sideral casi deja al comisario en el sitio:

Johnny Divorce se había despertado.

Mierda.

Ortiz se acercó a él a toda velocidad y le propinó un puñetazo en toda la cara.

Crack.

Casi se parte la mano, el cabrón tenía un cabezón a prueba de bombas, y seguía gritando.

Suerte que el sonido salía amortiguado por el celofán que le envolvía desde la boca hasta la nuca.

—Calla, coño, que vas a despertar al otro.

Johnny Divorce, que no entendía una palabra, solo abría los ojos y gritaba. Se desgañitaba. Aprovechando que estaba maniatado a la estufa del fondo de la habitación, Ortiz corrió al baño y regresó con una toalla de mano con la que le tapó la cara.

Y optó por el plan B: sacó el espray y pulsó el detonado, pssss. Le roció la cara con cloroformo hasta que Johnny se volvió a dormir.

—¡Dulces sueños, hijo de puta!

Un desmayo. Otro desmayo. Ortiz le abofeteó varias veces la piel blanda de la cara para asegurase. Nada.

Muerto otra vez.

—¡Joder, menudo susto, capullo! Más te vale dormir unas horitas más, porque como te fugues, la hemos jodido. Bueno, la he jodido yo. A ti te va a dar igual: si no te mato yo, te van a matar ellos. Así que pórtate bien.

La escena se repetía paso a paso en su cabeza mientras Ortiz le daba un mordisco al *panini* desbordante de kétchup. Tenía la vista fija en el suelo. No sabía si se habría pasado cuando repasó también con el espray la cara de Terry.

Lo que se dice pagar justos por pecadores, pero tenía que asegurarse. Y de alguna forma se sentía orgulloso de haber trasladado a esas dos ratas al lado de los justos.

Ortiz miró el Apple Watch que rodeaba su muñeca izquierda, el que usaba para entrenar: las 16:57. Tenía que ponerse en marcha.

Dos horas más tarde, el comisario Jorge Ortiz regresaba a paso ligero por las mismas calles atestadas de gente uniformada recién

salida del trabajo, que se dirigía al pub de la esquina a pimplarse, según las cuentas oficiales, la primera pinta de cerveza del día. La verdad ya era otra historia.

Ortiz hizo lo mismo.

Era su forma de aclimatarse.

Como había escuchado en una película que se tragó la noche anterior en la BBC: *When in Rome*... ¡Qué finos y viajados estos ingleses o escoceses o lo que fuesen! Le vino a la mente la versión castiza de ese refrán que tantas veces le había escuchado decir al malnacido de su padre: «Allá donde fueres, haz lo que vieres». Al cabrón le gustaban los refranes. Sí, eh, pues toma otro: «Donde tengas la olla, no metas la poll...».

No quería volver a verlo en la vida. No quería porque lo mataría, sabía que lo mataría. No por las palizas que le dio cuando era solo un niño, no por la forma de tratar a su madre, su mujer, no, no era por eso.

Lo mataría por lo que no sabía, por lo que sospechaba, por lo que no dejaba de imaginar que le había podido hacer a su hermanastra.

«Tiene que ver con papá», eso decía el audio.

Con ese cerdo.

«Como le haya puesto una mano encima, te juro que...».

Al comisario Jorge Ortiz le sobrevino una arcada desde el fondo del estómago que atravesó el esófago y alcanzó la garganta. Afortunadamente para dos tipos que estaban sentados en la barra del pub, ajenos a cualquier asesinato, abuso o secuestro, logró detenerla y mantenerla dentro del cuerpo.

La acidez corrosiva del vómito le calentó la tráquea. Levantó la mano y pidió una Tennent's, el maldito pis de gato que bebía esa gente lo ayudó a pasar el mal trago. Ortiz se acarició la calva, como un exconvicto que quiere arañar y eliminar de su cabeza los malos pensamientos, los malos recuerdos, y se dirigió a un banco de madera vacío que localizó nada más entrar en una esquina del garito. Llevaba su nombre grabado en letras de espuma de cerveza. Y se sentó a pensar en lo mucho que llevaba ya a cuestas.

Y en lo más difícil: la tercera misión y el rescate.

Restos de adrenalina aún rondaban por su sistema nervioso. El recuerdo del encuentro que acaba de tener lugar y que, como los anteriores, le había dejado el cuerpo roto. En este caso también de manera literal.

El intercambio con el capo, el *boss*, John Black, había sido muy rápido. Con el sistema de traducción diseñado por la mafia, en el que el tipo llamado Elliot intermediaba ahorrándose los insultos, improperios y palabras malsonantes, el comisario le hizo entrega de varias fotos que le envió a su teléfono por AirDrop. Y John Black pareció satisfecho con las explicaciones, disfrutaba con los detalles. Ortiz le había pormenorizado cómo había enterrado los dos cuerpos en algún lugar poco transitado del bosque de The Hermitage of Braid, situado a poca distancia del centro, entre las colinas Braid Hills y Blackford Hill. Y cuando le explicó que había trasladado los cuerpos uno a uno, en una furgoneta blanca de alquiler, amparado por la oscuridad de la noche triste, gris y nublada de la capital, John Black le regaló una mueca casi cómica. Podía llegar a dar la sensación de que hasta le empezaba a caer bien. A cambio, además de la mueca, le había entregado un sobre con la información de su última víctima, la definitiva, la que completaba la misión y liberaría a su hermanastra.

—Quiero hablar con ella —solicitó.

—*He wants to talk to her* —tradujo Elliot.

—*Impossible!* —dijo Black.

Cuando Elliot iba a traducir, Ortiz le había hecho un gesto con la mano para indicarle que podía ser un paleto, pero gilipollas no era.

El rostro se le endureció, rojo de ira.

—Como la hayáis matado, os juro que...

John Black se había puesto de pie y con una seña aparecieron dos gorilas que trincaron a Ortiz, uno por cada sobaco, y lo escupieron fuera del local. Elliot lo acompañó a la puerta.

—Tenga mucho cuidado con este encargo. El tipo es muy peligroso. Si nos trae su cadáver, tendrá a su hermana. Tiene mi palabra.

Ortiz escupió en el suelo y se puso de pie. Tenía ganas de matar a alguien y se dio cuenta de que le vendría bien almacenar esas ganas

para lo que se le venía encima.

Su palabra, pensó. Tenía su palabra. La palabra de un asesino. ¿Cuánto vale la palabra de un mierda? La respuesta surgía sola: una mierda. O tal vez ni eso. Tenía que confiar, no le quedaba más remedio que hacerlo. Ese era el problema. El punto ciego.

Validar las órdenes, los designios, las instrucciones de un gánster sin poder ver el truco.

¿Qué se esconde detrás de la cortina? ¿Quién mezcla la baraja?

Bajo la manga no hay un as, ni conejos en la chistera porque aquello no era un juego.

Era a vida o muerte.

Y por primera vez se preguntó si quizá no era el listo que con cuatro capas de maquillaje y dos sobres de tomate estaba timando a toda una red de delincuentes armados criados al amparo de una organización mayor: la del crimen organizado.

Truco o trato. ¿Quién engaña a quién?

Ortiz se puso de pie y salió a la calle. La noche se le había echado encima. La niebla, más espesa de lo habitual, cayó sobre sus hombros mezclada con alcohol. La luz amarillenta de las farolas, las gotas de lluvia que iban y venían, las calles coloreadas de negro, con líneas difusas, donde los límites no estaban claros y el presente se teñía de dolor.

Encendió su teléfono. Solo se lo permitía cuando ya había terminado de hacer todo lo que tuviese que hacer. No quería distracciones.

Un aluvión de alertas, notificaciones, llamadas, mensajes... El puto Axel, el otro... Pero ¡espera, espera, espera! Un mensaje captó su atención, uno por encima de todos: un whatsapp de la niña. Marina.

Qué pesada se estaba poniendo. Y mira que se lo había dejado clarísimo, que necesitaba que lo dejase en paz.

NECESITO
QUE
ME
DEJES
EN
PAZ

¿Qué no entendía de ese mensaje? Y le había dado aún más explicaciones: que eso no quería decir que no pensase en ella, que no la echase de menos, o que no fuesen a volverse a ver nunca más. Pero tenía que dejarle en paz.

Entonces, ¿por qué motivo se le acababa de poner el corazón a mil revoluciones por minuto?

Lo sabía perfectamente. Lo había visto.

Eran esos dos nombres.

Esos dos nombres que no casaban del todo.

¿Qué hacían ahí?

Tenía que ser un error.

Ortiz se sacó las gafas del anorak y se las colocó en su sitio: en el puente de la nariz, la montura, y detrás de las orejas, las patillas. Dos gotas de lluvia se posaron en los cristales de aumento del comisario para dificultar las cosas, como si no estuviesen ya lo bastante jodidas.

Esos dos nombres.

¿Por qué seguían ahí?: «Axel y Loor van para allá, a Escocia. Pensé que querrías saberlo».

Ortiz entró en la agenda. Le hervía la sangre, sus manos temblaban, llenas de ira. Lo encontró rápido: Axel Nash.

Pum.

Botón verde.

Pum.

Llamada saliente.

Primer tono.

Tenía que impedirlo como fuese.

18

Hay momentos en la vida de cualquier persona en los que parece que los días transcurren serenos, barnizados con una pátina de durabilidad que no es más que el espejismo al que se agarran los mortales para poder sobrellevar los problemas que van apareciendo.

Porque aparecen.

Siempre aparecen.

El inspector de policía Axel Nash llegó a la comisaría ligero, liviano como una pluma de oca que acaba de desprenderse del ala del animal después del acto de apareamiento. Tenía las mejillas encendidas, los ojos verdes césped, la piel brillante y la actitud de un hombre que acaba de pagar todas sus deudas, sean cuales sean, y que por fin puede dedicarse a lo que más le gusta; en este caso, comunicar a su equipo que hasta nuevo aviso podrían tocarse las pelotas y, sobre todo, no tocárselas a él.

Esto último era una orden.

—Buenos días, amigos. —Axel dejó una bandeja de cartón en la mesa—. Os traigo cuatro cafés bien calentitos. —Leyó los nombres de cada uno y, con cuidado, les fue dando los cafés. El primero tenía cuatro letras—. Huguito este es para ti, gordi, que no siempre vas a estar tú yendo a por ellos, ¿vale? Apúntalo para la próxima, cuando te den ganas de quejarte. —Seis letras leyó en el siguiente—. Marina, el tuyo, con leche de soja, como te gusta. El tercero es para...

—Trae aquí, me cago en la madre que me parió —lo interrumpió Loor—. ¿Se puede saber a ti qué coño te pasa? Esa felicidad, no, eh. Una cosa es llevarnos bien y otra convertir esto en una secta. Si es así, avísame, porque pido el traslado. —Loor cogió todos los sobres de azúcar y se los guardó—. Mejor así. Créeme, no te hacen falta.

Axel se mantuvo en silencio, alimentando el interés y la incredulidad de sus compañeros. Se despojó de la sudadera salmón de La Paz, dejó las llaves del coche y el móvil encima de la mesa y se sentó, subiendo los pies al escritorio. Las Nike del aspa roja , las de Marty Mcfly en *Regreso al Futuro*, estuvieron más presentes que nunca.

—He hablado con Ortiz —anunció.

Hugo ni se inmutó. Loor tampoco. Y Marina...

—¿Perdona?

En su cara estaban colapsando varios pensamientos, varias ideas chocaban entre sí, como vehículos en un cruce con los semáforos mal programados. Estaba aturdida, bocinazos de rencor le taponaban los oídos, se le estaba nublando la vista.

—¿Te ha llamado «a ti»?

Loor posó sobre ella una mirada que podría haber fulminado a un ejemplar único de lince ibérico. En ese momento, si Marina hubiera sido una especie en extinción, tampoco estaba del todo claro que no lo fuera, a Lorena Galván le habría fascinado la idea de pasar a los libros de historia.

—¿A qué te refieres con ese «a ti»? —Loor hizo el gesto de las comillas con los dedos.

Dios, es que es la reina de encabronar. Juega en otra liga, no hay nada que hacer.

—Bueno, yo qué se, tía. Es una forma de hablar.

—Entre todos vais a conseguir que me abran expediente. A ver, niña... ¿Hay algo que quieras contarnos?

Dos piruletas rojas se adhirieron a las mejillas de Marina, que retorció un rizo con los dedos en tirabuzones infinitos. Después de esta improvisada reunión, ese mechón iba a necesitar un podador.

—No, no, para nada —dijo—. Es Axel el que parece que tiene mucho que contarnos.

El inspector entrelazó las manos y las situó detrás de la nuca. Estaba disfrutando.

—Me llamó anoche. —Axel miró a Marina—. Me dijo que estaba bien. —Después miró a Hugo—. Está en Edimburgo, así que,

Huguito, ya no es necesario que extorsiones a ningún piloto, esa información es ya irrelevante.

—¡Joder, gordi, qué pena! Ya tenía el contacto hecho y estaba comiendo en mi mano —le guiñó un ojo—. Cancelo entonces lo de esta noche. —Hugo hizo una pausa y se atusó el bigote, que se abría entre su sonrisa—. Bueno, ya veré.

—¿Qué más te contó? —Loor trataba de redirigir la conversación hacia el caso, hacia la investigación; sentía que era la única con ganas de poner en el centro el trabajo policial.

—Pues lo más importante es que Bárbara está allí, la tiene controlada. Al parecer son hermanastros o algo así, me dijo. Resulta que Bárbara Coll es su «nombre artístico». —Al poner las comillas con los dedos, buscó la complicidad de Loor: no la encontró—. En realidad, se llama Bárbara Ortiz.

—Ja. Podía ser peor —dijo Hugo—. Podía haberse llamado Leticia.

Solo Axel sonrió. Era el único que estaba para bromas.

—Muy ocurrente, chaval. El caso es que la desaparecida ha aparecido. —Axel cogió el móvil como para dar por terminada la conversación—. Así que podemos centrarnos en asuntos más urgentes.

Una sonrisa se le dibujó en el rostro al leer el último whatsapp que había recibido. Loor dio un trago al vaso de cartón, y tras vaciar su contendido en el fondo de su estómago, lo arrugó y lo lanzó con fuerza a la papelera.

—Tú y tú —señaló a Hugo y a Marina—, ¿nos podéis dejar solos un par de minutos? —Los dos se la quedaron mirando, pero no hicieron movimiento alguno—. ¿Qué pasa, necesitáis que os dé un par de monedas para chuches? Largo de aquí. Necesito hablar con Axel a solas. No pienso repetirlo.

—Vale, vale, gordi, si a mí me la suda. Hay que ver qué carácter...

—Yo quiero quedarme. Sea lo que sea lo que tienes que decirle, me quiero enterar. Quiero saber qué está pasando.

Loor sacó un cigarrillo del paquete de Marlboro y se lo colocó apagado entre los labios.

—Mira, bonita, ahora mismo estoy de una mala hostia que trino y cuando esto pasa, y pasa cada vez menos, que quede claro, es

mucho mejor que no te pille cerca, y más teniendo en cuenta que tú —y le clavó el índice en el esternón— eres una de los principales culpables de que ahora mismo tenga ganas de reventar un par de bocas. Así que imita al otro y sal de aquí, no quiero tener que repetírtelo.

Antes de que Loor terminara su alocución, Hugo y Marina ya se habían ido.

—Pero vamos a ver, ¿se puede saber qué coño te pasa?

—Eh, eh, eh, frena, tía. —Axel levantó las manos—. Ya lo has oído, joder. El caso está en manos de Ortiz, que, además, te recuerdo que es nuestro jefe. Así que ahora lo que tenemos que hacer es subir a hablar con Castillitos, contarle un poco toda esta movida y pasamos a otra cosa.

Loor parpadeaba como si tuviese un motor de inyección en los ojos. Los pensamientos se le amontonaban, se conocía, se iba a atropellar. Estaba a punto de escupir una serie consecutiva de puñetazos inconexos carentes de toda lógica pero empapados de verdad. Se apoyó con los puños en la mesa de Axel y empezó a susurrar entre dientes. Y esos susurros eran mucho más dañinos que cualquier grito. El inspector los conocía bien, solo que jamás habían ido dirigidos a él.

—Axel, deja el puto móvil ahí ahora mismo y escúchame con atención.

Joder.

Él obedeció refunfuñando.

—¡¿Qué pasa ahora?!

—Sabes que te respeto más que a nadie en esta comisaría, te admiro como creo que nunca he admirado a nadie, creo que incluso he conseguido llegar a quererte.

¿Como que creo? Por supuesto que me quieres.

—Pero tío, no te reconozco, no queda ni un resquicio de la persona con la que he compartido los últimos años de mi vida. Que, por cierto, ya lo sabes, han sido los mejores. Nunca te lo he dicho, pero te lo agradezco muchísimo. Sé que tengo que darte las gracias por muchísimas cosas, tengo que darte las gracias por todo, vaya. Y

créeme, que lo haga ahora de esta forma de mierda es una pésima noticia. No te haces una idea de lo triste y decepcionada que estoy.

La Virgen, ¿cuándo ha pasado todo eso?

—Oye, tía, a ver, a ver... Vamos a calmarnos, que estamos todos muy nerviosos. Lo primero, no tienes que darme las gracias por nada, y lo segundo, ¿no crees que estás exagerando un poquito?

—Axel, tú no eres así, coño. Eres el mejor policía que he visto en mi vida, ¿y sabes por qué?

No, pero quiero saberlo.

—Pues porque a tu manera eres inquebrantable, tu compromiso con las víctimas es innegociable. No es nada vocacional, no creo que el trabajo dignifique, ni mierdas de esas, no voy por ahí: creo que tienes un ego tan salvaje que necesitas ponerte a prueba permanentemente y demostrarte lo listo que eres. Demostrárnoslo a todos, pero sobre todo a ti mismo. Eso te hace especial, único y más listo que nadie. A veces te pasas y a veces eres un poco inaguantable, pero como además tienes buen corazón y eres simpático, la poca gente a la que dejas que pase algo de tiempo contigo te acaba cogiendo cariño.

Dios, vaya chocho. ¿Eso es un halago o una hostia?

—Sigue, por favor.

—¿Me vas a mirar a los ojos y me vas a decir que te has creído una sola palabra de esa patraña de la hermanastra, lo tengo todo controlado, no hace falta que vengáis? ¿Tú, que cuando alguien te dice que no hagas algo, pierdes el culo por desobedecer y hacerlo de inmediato; que si un jefe te dice «tranquilo, ya me encargo yo», automáticamente lo dejas todo, cualquier cosa que tengas entre manos, para encargarte tú? Y lo más grave: ¿Ortiz? ¿En serio? El puto Bruce Willis, la persona que más te gusta molestar de este planeta te dice que lo dejes estar y tú traes cuatro cafés y te sientas a juguetear con el teléfono como un anormal de quince años. ¿Qué cojones me estás contando?

¿Yo por qué coño me tengo que estar comiendo este rapapolvo?

—¿Has terminado?

—No, no he terminado. ¿Por qué, quieres decir algo?

—No, no. Termina, termina.

—Lo de Ortiz no hay quien se lo crea, Axel, lo sabes tan bien como yo. Y si no lo sabes es que estás peor de lo que pensaba. Tenemos a una chica desaparecida, una prostituta, seguimos la pista, nos encargan que llevemos cuidado porque puede haber gente importante, y por tanto muy peligrosa, detrás de ella, tenemos que darnos prisa y no solo encontrarla, sino encontrarla con vida y encontrarla antes de que la encuentren otros. Nuestro jefe, un tío adicto a esta mierda de trabajo, que no se ha pedido un puto día libre en su puñetera vida, de repente desaparece sin dejar rastro y sin dar señales de vida durante varios días. ¿Sigo? ¿Es necesario que siga? —Axel asintió—. Pues sigo. El rastro de la investigación nos dice que Bárbara salió pitando en un vuelo a Escocia, seguramente porque temía por su vida, quizá porque sabía algo que no tenía que saber o porque había visto algo que no tenía que haber visto, para el caso es lo mismo. Y ahora que por fin tenemos una pista fiable y estamos algo más cerca de resolver este asunto y quizá de salvar una vida, a ti te llama Ortiz, te dice que está viviendo unas minivacaciones con una hermanastra que no sabemos de dónde coño se ha sacado y tú, como estás agilipollados perdido con la tía esa que has conocido, cancelas el viaje, cancelas la investigación y que se encargue otro. Tócate los huevos, Mariloli, Axel. Tócate los huevos.

—¿Has terminado? —Axel estaba gritando.

—Sí, he terminado. —Loor también gritaba.

El inspector recogió sus cosas y se levantó.

—Me piro de aquí. Estoy hasta los huevos de escucharte. —Se detuvo y miró a su compañera—. Te voy a decir una cosa, Loor —la estaba señalando con el dedo—. Pensaré en esto que me has dicho, pero ni se te ocurra volver a hablarme así en tu puta vida.

Loor apretó los dientes con fuerza y su mandíbula se tensó. Como un *pitbull* que entra en una carnicería por error.

Una herida.

Una herida enorme y difícil de restañar se acababa de abrir entre ellos. Intentó respirar, intentó calmarse, pero hacía rato que había cruzado el punto de no retorno.

—¿Eso es lo que tienes que decir? ¿Esa gilipollez de machito dañado? Anda, vete con tu terapeuta y que te folle un pez. Si es una persona honrada, te devolverá la pasta porque no te ha servido para nada. Y te digo más: esa pasta debería dármela a mí, porque soy la única a la que le importas lo suficiente como para decirte la verdad.

Axel se fue cabizbajo, caminando como un condenado en el corredor de la muerte. Sobre sus hombros cargaba con el peso de una revelación. Un enfoque cualificado disparando a dar.

Sangraba, iba a necesitar mucho tiempo para taponar tanto agujero.

En un acto instintivo, casi de protección, consultó el teléfono.

—Eso, claro que sí, coge el móvil y sonríe, envíale unos corazoncitos, di que sí, que lo estás haciendo todo de puta madre.

Axel se detuvo y Loor se acojonó de verdad. Se volvió y la miró a los ojos levantando el teléfono.

—Es Abelardo. —Axel le enseñó la pantalla—. Voy a cogerlo y a acabar con esto de una vez por todas. Le diré lo de Ortiz y me iré a casa. No tengo ganas de estar aquí—. ¡Hola, jefe!

Axel se dio la vuelta y enfiló la puerta que daba al ascensor. Loor se quedó paralizada. Exhausta. Vacía. Había descargado tanta tensión, tanta ira, tanta rabia que dentro solo le quedaba una cosa: el llanto. Hacía mucho tiempo que no le pasaba. Tantos años de mierda, tantos recuerdos, tantas injusticias, tanto rencor en su infancia, en su adolescencia, en su pasado..., que periódicamente tenía que salir: su lado oscuro.

Una lágrima brotó de cada uno de sus ojos, ambos inyectados en sangre. La del lado izquierdo se derramó primero.

—Lo siento —susurró—. Lo siento mucho.

Pero nadie podía oírla.

Axel ya no estaba.

Loor se sentó y hundió la cabeza entre las manos. Empezó a temblar: el abdomen, los hombros, los brazos, todo el cuerpo. El temblor de la culpa.

Fueron varios minutos. La subinspectora Lorena Galván no sabría decir cuántos. Cuando terminó y levantó la vista, no se podía creer

lo que tenía delante: un espectro, un fantasma sacudido por un tsunami demoledor.

—¡Axel!

Él no reaccionaba. La miraba sin verla, estaba en otro sitio, uno mucho más oscuro, más siniestro, donde habitaban las malas noticias, las que no tienen remedio, las que no tienen vuelta atrás.

—Axel, ¿qué ocurre?

El inspector volvió en sí.

—Ha aparecido un cuerpo en un bosque de la Sierra. Creen que es ella, Bárbara Coll.

Sin esperar respuesta se dio media vuelta y se fue.

Golpeado.

Abatido.

Sin rastro de la alegría con la que había amanecido. Ante sus ojos, un horizonte gris oscuro, casi negro.

El color de los remordimientos.

De los problemas.

Que aparecen. Siempre aparecen.

SEGUNDA PARTE

19

El agua en forma de lluvia había empapado el asfalto. Al borde de la carretera, ríos de lodo cargaban con fuerza contra el arcén, llevando consigo un olor pestilente a tierra mojada y excremento de ganado. Eran los vestigios visibles de una tormenta de verano al final de la primavera que cortaba de cuajo el bochorno asfixiante del preámbulo estival. Un panorama meteorológico que presagiaba unos meses muy calurosos en el centro de la península. Como todos los veranos desde hacía unos años.

Un infierno de ciudad.

El aire era denso, pastoso, casi se podía masticar en cada inhalación y penetraba en los pulmones comprimiendo el hueco que hay entre el esternón y la calma. El aguacero se colaba con fuerza en las alcantarillas, llevando consigo ramas y hojas sueltas. El suelo estaba resbaladizo, una masa pastosa y blanda en la que se hundía a cada paso el calzado del dispositivo policial desplegado en la zona.

El barro había llegado de nuevo a sus vidas.

Axel fue el primero en apearse del Peugeot azul, que dejó tirado en el arcén de una curva pronunciada a la derecha, en la carretera comarcal que une Colmenar Viejo con Miraflores, justo antes de tomar el desvío hacia los puertos de Morcuera y Canencia, en cuyas cimas cientos de ciclistas se daban cita diariamente, justo antes de un restaurante en lo alto de un mirador que anunciaba las mejores carnes de la zona, carnes a la brasa, carnes a la parrilla. Un lugar de peregrinación de motoristas, senderistas y domingueros.

Y ahora también la escena de un crimen.

Loor fue la segunda en bajarse y echó el asiento hacia delante para que pudiesen hacer lo propio Hugo y Marina.

—Es por aquí. Vamos —anunció Axel.

El inspector Nash tomó la delantera. Estaba muy serio, no había hecho ni una sola broma durante el viaje, ningún comentario jocoso o no jocoso, no había elegido ningún tipo de música.

Nada.

Se habían pasado más de media hora en silencio, escuchando la emisora de radio que sonaba la última vez que Axel había cogido su coche.

En las noticias, nada.

Aún no se habían hecho eco de la aparición de ningún cadáver en la Sierra de Madrid, y, dentro de la gravedad, quizá podría considerarse una buena noticia: les permitiría trabajar con algo margen, con menos presión de la prensa, de la opinión pública y de la jefatura, que es todo un poco la misma cosa. Pero que eso cambiase era cuestión de horas, de pocas horas.

Los cuatro se adentraron en fila india por un sendero encharcado y frondoso hacia el interior de un terreno arbolado, algo parecido a un bosque. Las Nike blancas de Axel estaban envueltas en mierda.

Mierda.

Miró hacia atrás y sintió cierta envidia de las Doc Martens de Loor. Esas botas que tantas bocas habían pateado, que tantas colillas habían pisado y que ahora sentía tan lejos.

Iban siguiendo el haz de luz azul intermitente que los guiaba hacia el área restringida. Un 4×4 de la policía había logrado abrirse paso entre la maleza y acceder casi hasta el lugar de los hechos. Por su aspecto, ese coche especial de la patrulla forestal iba a necesitar un tren de lavado. Y seguramente un taller.

Axel se agachó y traspasó la cinta amarilla que delimitaba el cordón policial. La levantó como lo haría con las cuerdas del ring el entrenador de un boxeador para facilitar la entrada de su equipo, que, salvo Loor, no había propinado un puñetazo en su vida.

Nadie del dispositivo ya desplazado les impidió el acceso. Daba la impresión de que les estaban esperando.

—¿Ha llegado Cristóbal?

El inspector Nash interpeló a un grupo de cuatro agentes —uno muy alto, uno muy rubio, uno muy calvo y uno completamente anodino— que comentaban en corrillo algo que parecía tener poco

que ver con la aparición del cuerpo. Axel escuchó alguna palabra suelta: penalti, robo, Var... Se imaginó que hablaban de la última victoria del Real Madrid.

—Buenos días, por decir algo —saludó el más alto de los cuatro, un tipo corpulento, con la barba recortada a la altura del mentón, al que Axel había visto en alguna ocasión hablando malhumorado por teléfono en la zona de fumadores de la comisaría.

Buf, esto va a acabar mal y aún no ha empezado.

—No estoy para muchas frases de mierda. ¿Me puedes responder, por favor?

—Está por ahí —dijo el anodino—, junto al cadáver. Lleva un rato. Nos ha pedido que te lo dijéramos cuando llegases.

—¿Que me dijérais qué?

—Que tenía prisa y no te iba a esperar.

—Está bien, gracias. —Axel asintió y se giró—. Vamos —le dijo a sus tres colaboradores.

Juntos se dirigieron hacia la zona donde los astronautas de la Científica, embutidos en sus trajes espaciales, ya trabajaban diseccionando el perímetro, el suelo, los árboles y el cuerpo sin vida de lo que parecía una mujer blanca, joven y guapa. Varios hombres desplegaban un arsenal de herramientas con el objetivo de trazar las coordenadas de un rastro, rescatar alguna fibra, alguna huella, algún pelo que les permitiese obtener una muestra de ADN del culpable.

Ojalá fuese así de fácil. Pero ese trabajo había que hacerlo, todos los allí presentes lo sabían. Y había que hacerlo bien. Era, en realidad, una labor de descarte más que otra cosa. Tenían que asegurarse de que la escena del crimen era el trabajo de un profesional que sabía perfectamente lo que hacía y no la de un chapuzas.

Algo que para Axel era bastante evidente a simple vista.

Agachado, con sus gafas de aumento que todo lo ven y sus herramientas de precisión quirúrgica, Cristóbal Rivas, el forense asignado al caso y viejo amigo de Axel, examinaba el cuerpo sin vida de la víctima.

—Hola, Cris.

Rivas no contestó, levantó la vista y por encima de las gafas escudriñó uno por uno a los cuatro policías que tenía delante. Hizo un gesto de saludo, moviendo ligeramente la cabeza al establecer contacto visual con Loor, y siguió trabajando.

—Hola Axel... y compañía.

—¿Es ella?

— ...

—Cris, ¿es la chica que estábamos buscando?

El forense trabajaba en ese instante en la zona genital de la víctima, que estaba desnuda y semicubierta con una manta de cuadros escoceses. Enfocaba con una linterna el interior de los muslos y con unas pinzas iba manipulando los pliegues de piel.

—Eso me han dicho.

Los hombros de Axel se hundieron casi imperceptiblemente, como si acarrease una mochila pesada y alguien acabara de meter una piedra.

Un menhir, para ser precisos.

Se dio la vuelta y se dirigió a Marina y a Hugo.

—Vosotros dos, id a hablar con la persona que ha dado el aviso. Preguntadles a aquellos cuatro quién ha sido —Axel señaló a los futboleros— y enteraos de quiénes entre todos los agentes fueron los primeros en llegar y quién llegó antes al cuerpo. Tratad de recabar información, cuanta más, mejor. No os ahorréis detalles, ninguna pregunta, por estúpida que parezca. No creo que ninguno de esos cuatro futuros premios nobel se vaya a asustar.

Loor miraba al suelo, golpeaba una y otra vez con la bota derecha una piedra llena de musgo. Estaba incómoda, no sabía cómo comportarse, quizá Axel prefería quedarse solo y ella podría resultar más útil en otro lugar, o quizá...

—Tú quédate aquí conmigo, por favor. Cuatro ojos y cuatro oídos siempre ven y oyen más que dos.

—No hables como si no estuviese aquí, eh. Me ofendes. —Cristóbal hablaba sin detenerse en su cometido—. Tenemos seis ojos si descontamos mis gafas.

—Perdona, no pretendía...

—Uy, uy, uy. ¡Qué pasa aquí! —Axel levantó las cejas—. Quita esa cara, chaval. ¿Se puede saber quién eres y qué has hecho con el impertinente de mi amigo? Negaré haber dicho esto, pero me cae bastante mejor que tú.

Axel no contestó. No estaba acostumbrado a sentirse ofendido y mucho menos a reconocerlo, pero eso había conseguido Loor. Y ahora desconocía el comportamiento adecuado una vez había amainado la tormenta. Husmeaba en su interior y no encontraba enfado ni rabia. Era algo más profundo, una mezcla de...

—No quiero meterme donde no me llaman, pero vosotros dos deberíais tener una conversación. Durante mi dilatada experiencia como policía he visto casos que han sido resueltos gracias al cabreo, a la ira, a la curiosidad o a las ganas de venganza del equipo encargado. En tu caso, inspector Nash, normalmente es la competitividad, el reto, las ganas de ganar. A ti, Galván, te conozco menos, pero esa manera tuya de estar en el mundo y tu actitud de no tener nada que perder anula el miedo y es lo que te lleva a cazar culpables —Cristóbal dejó lo que estaba haciendo y levantó la vista —, pero lo que no han visto jamás mis ojos es un caso resuelto gracias a la tristeza. Y vosotros dos ahora mismo sois unos tristes.

—Tienes razón, Cris. —El forense torció la boca—. No es asunto tuyo —sentenció Axel.

—Bien, veo que has despertado. Triste pero despierto. Menos da una piedra.

—¿Me vas a contar qué tenemos o vas a seguir tratando de incomodarnos?

—Voy a seguir haciendo mi trabajo y, cuando haya terminado, en unos días, os citaré en mi laboratorio para entregaros mis conclusiones. Como siempre. Hasta entonces se me ocurren ciento cincuenta cosas que podéis ir adelantando antes de interrumpirme e incordiarme. Además, estoy de buen humor, no me queda mucho para jubilarme, no quiero que me contagiéis y me salpique esa nube negra que sobrevuela vuestro espíritu.

Cristóbal Rivas volvió a centrar toda su atención en el cadáver. Axel sabía lo que estaba buscando en ese preciso momento. Los pasos en una autopsia varían según la metodología de cada forense.

De su pericia y meticulosidad dependen la precisión en los resultados presentados en el informe final.

Una vez fotografiado el cuerpo y tomado nota de su posición, estatura, peso, estado de descomposición general, color de pelo y de ojos, comienza lo importante de verdad, lo que distingue a los buenos forenses de los mejores. Y Cristóbal Rivas era el mejor, el más meticuloso, el más paciente y el más exacto.

La primera exploración tenía lugar de abajo arriba, por lo que Axel estimó que su amigo aún no había completado ni la mitad del trabajo, teniendo en cuenta que la cabeza, lo más importante, se deja para el final. Hay dos hitos fundamentales en la recepción del cadáver: la cabeza y los genitales, las dos grandes bocas de un muerto.

—¿Hay indicios?

Cristóbal no respondió. Axel lo conocía bien, sabía cómo tratarlo. Habían colaborado en varias decenas de casos y juntos podían presumir y presumían de haber alcanzado una resolución positiva por encima del ochenta por ciento. Palabras mayores.

Axel necesitaba esa respuesta para empezar y para seguir avanzando. Sentía que llevaba días perdiendo el tiempo siguiendo la estela de los últimos pasos de unas piernas sin vida.

—Cris, ya sé que necesitas examinar en profundidad la zona bajo los focos ascéticos de la clínica, bajo la luz microscópica de tus múltiples lentes de aumento y todas esas movidas que tanto te gustan, pero también sé que hay sustancias o lesiones que se aprecian a simple vista. Solo dime eso, es importante para nosotros. Te prometo que te dejaremos en paz hasta que seas tú quien se ponga en contacto con nosotros.

Cristóbal miró a Loor, que no perdía detalle del intercambio de pareceres que tenía lugar ante sus ojos, y después miró a Axel. Con un leve movimiento de cabeza en señal de asentimiento, dio por finalizada la conversación.

Mierda. Hay indicios.

Axel se giró y le puso una mano en el hombro a Loor.

—Vamos a buscar a estos, a ver si han sacado algo.

Los cuatro se reunieron junto al Peugeot. Hugo fue el primero en hablar. Les contó que el cuerpo lo había descubierto un ciclista que había parado a «hacer sus cosas». Loor intervino para explicarle la manera de proceder de ahora en adelante.

—Si fue a cagar, fue a cagar. Todos cagamos. No pasa nada. «Hacer sus cosas» es una frase que lo único que consigue es confundirnos: ¿qué son «sus cosas»? ¿Una paja, mear, cagar?

—Entendido, jefa: fue a cagar. Según me han dicho el ciclista fue a cagar.

—¿Has hablado con él? —preguntó Axel.

—Se lo han llevado a comisaría para interrogarlo, algo rutinario.

Mierda.

—¿Y te han dicho quién se lo llevó y a qué comisaría? —Hugo negó con la cabeza—. Está bien, intenta averiguarlo, quiero hablar con ese Pantani.

A continuación, todos miraron a Marina, que comprendió que había llegado su turno, su momento de aportar la información que había logrado recabar.

—Conan fue el primero en llegar. Estaba patrullando por la zona cuando dieron el aviso desde la jefatura de Colmenar.

—¿Has oído, Hugo? Eso te puede ayudar, seguramente quiere decir que el ciclista, mientras apretaba el culo, llamó a la comisaría de Colmenar. Lo lógico es que lo hayan llevado allí. —Axel se rascó la cabeza—. Marina, ¿quién has dicho que llegó primero?

—Conan.

Axel levantó las cejas e inclinó la cabeza hacia la derecha.

—No sabes quién es.

—Por ese nombre no me viene nada, no.

—Joder, tío, hay que ver cómo eres: es el guapo de la comisaría, a más de una se le caen las bragas con él.

—¿Por qué tengo la sensación de que cuando dices a más de una estás hablando concretamente de ti? —preguntó Loor.

—Para nada —respondió Marina—, ese tío no es mi tipo. O sea, está bueno y tal, pero ya está.

—Tranquila, Marina —dijo Axel—, nos ha quedado claro, no es tu tipo; pero ¿sabes qué? Vamos a intentar que tú seas el suyo. Habla

con él, que te cuente su primera impresión del ciclista y lo que sintió al ver el cuerpo. Muchas veces se resuelven crímenes complejos por pura intuición y el momento de ser intuitivos es ahora, mañana ya será tarde.

—Es ella, ¿no? —preguntó Marina.

Axel se acordó de la respuesta que le había dado Cristóbal y no encontró una mejor.

—Eso dicen.

El inspector rodeó el coche y abrió la puerta del conductor. Loor se acercó a la del copiloto.

—¿Me llevas hasta casa y repasamos todo lo que sabemos? —Loor se encendió un cigarro y le dio una calada profunda—. Esto cambia por completo la investigación —dijo echando el humo en dirección al suelo.

No me apetece, no me apetece una mierda, Loor.

—Esto lo cambia todo, sí. Lo siento, Loor, pero ahora mismo no puedo. Preguntad por ahí, seguro que alguien os puede bajar a Madrid. Yo tengo que estar en otro sito, necesito ver a una persona.

Axel subió al coche y arrancó sin mirar atrás. Cogió el móvil y entró en WhatsApp. Tenía varios chats abiertos esperando una respuesta. Desplegó la lupa, y cuando encontró lo que buscaba, comenzó a escribir:

¿Estás trabajando? Necesito verte, es urgente.
Ha pasado algo que lo cambia todo.

20

La habitación olía a incienso y a colonia de bebé, una mezcla saludable si visitas un centro de adopción, de fecundación asistida o un retiro espiritual.

No era el caso. Bebés: esos seres angelicales sin contaminar, sin vicios, tampoco en la voz, lo que los convierte en un arma de destrucción masiva capaz de gritar con un sonido tan puro y limpio que puede destrozar los tímpanos de un sordo.

No eran gritos.

Eran voces.

Lo que Axel necesitaba acallar eran las voces que le decían que lo estaba haciendo todo como el culo.

La distancia entre las dos butacas enfrentadas estaba estudiada, ni muy lejos ni muy cerca, lo suficiente para impedir que una persona de estatura ibérica se tumbase. La decoración era austera, exacta, lo necesario para dotar de cierta calidez a la estancia y lo justo para no encontrar distracciones, atajos, salidas.

—Tengo muchas cosas que contarte.

—Como todas las semanas, Axel.

—Esta vez más.

—No te preocupes. Me lo imaginé cuando vi que me habías escrito pidiendo ayuda. Jamás lo habías hecho.

—No lo había necesitado hasta ahora.

—Ya.

Axel estaba sentado en una butaca verde. Había dejado su chaqueta en un sofá a su espalda. En el regazo sujetaba un cojín de terciopelo beis, suave, mullido. Lo colocaba para taparse, para evitar exponerse al cien por cien. Un escudo para una desnudez que todavía no había alcanzado con ella.

Hasta ahora.

—No sé bien por dónde empezar.

—Qué tal si empiezas por el principio.

A que me levanto y me voy...

—Te digo que no sé bien cómo hacerlo. No sé cuál es el principio de esta historia ni cómo he llegado hasta aquí.

—Entiendo. ¿Qué tal si pruebas a decirme cómo te sientes ahora mismo?

—Estoy jodido. Ahora mismo estoy jodido.

Rocío, además de llevar quince años trabajando como terapeuta en consulta privada, colaboraba con un centro de reinserción de menores. Estaba habituada a que estos chavales tuviesen no solo problemas graves de conducta, sino cierta incapacidad para estructurar un discurso coherente. Y todos esos años de experiencia la habían llevado a una conclusión: no hay mayor destornillador de palabras que el silencio.

Así que no dijo nada. Simplemente, esperó.

—Creo que me he enamorado.

Rocío asintió y fingió que consultaba la libreta donde tenía apuntados detalles de la vida de sus pacientes. En su caso, detalles que Axel le había ido contando en sesiones anteriores.

La página estaba en blanco.

Silencio.

—Bueno, no sé si la palabra *enamorado* es demasiado fuerte. Pero he conocido a alguien que me gusta mucho, que me hace feliz, estar tranquilo y relajado. Y eso hacía mucho mucho tiempo que no me pasaba.

—¿Cuándo fue exactamente la última vez que experimentaste una sensación parecida?

—Hace muchos años. En otra vida. Con... —No terminó la frase, bajó la mirada y se aferró al cojín.

Rocío levantó la suya y dejó la libreta sobre una mesita auxiliar a su izquierda. Si el silencio era su destornillador, la memoria y la atención eran el martillo.

La confianza.

—¿Fue con Noa? Se llamaba así, ¿verdad?

Axel asintió y la miró a los ojos. Los tenía empañados. Axel, no Rocío.

—Es increíble que te acuerdes de todo —dijo—. Si no recuerdo mal, solo te he hablado de Noa en una ocasión.

—Me lo contaste hace un tiempo, pero sé que es importante para ti. —Rocío hablaba despacio y bajito, sin levantar el tono, con una cadencia relajante—. ¿Y qué es lo que te tiene... jodido?

Axel percibió una inflexión extraña en su terapeuta al incorporar un taco a la sesión, como si hubiese necesitado empujarlo, dejarlo salir. Y agradeció el gesto.

—No lo sé, pero he tenido una bronca tremenda con alguien que es superimportante para mí. Y ahora no sé bien cómo comportarme ni qué debo hacer.

—Entiendo. ¿La bronca ha sido con Noa o con...?

Ahora fue Rocío quien dejó suspendido en el aire el nombre que Axel aún no le había proporcionado. Se le daba muy bien utilizar la vieja técnica del efecto espejo: «Yo te ayudé antes con el nombre que no te salía, ahora te toca a ti».

—Loor, mi compañera. —Axel descruzó las piernas y echó el cuerpo hacia delante—. Te he hablado mil veces de ella.

— ...

Otra vez el jodido silencio. Vale, vale, ya lo hago todo yo.

—Hemos tenido mil discusiones, mil desencuentros, hemos pasado por mil movidas juntos, pero nunca me había sentido así.

—Así ¿cómo?

Jodido, jodido, cómo tengo que decírtelo.

—Jodido.

Rocío dejó caer las manos sobre su falda gris de tiro largo. Llevaba una manicura discreta. En el dedo anular, donde se espera una alianza, destacaba un anillo de plata sin brillante. Una rebeca granate le cubría los hombros hasta donde no llegaba una media melena de corte clásico que pocos días antes había recibido la visita de unas tijeras.

—¿Y qué es exactamente lo que te ha jodido, Axel?

—Ya te digo que no lo sé. Supongo que me he sentido atacado.

—Mmm... ¿Puede ser que te hayan herido?

No me gusta ese mmm, ya te lo digo.

—Sí, puede ser. —Rocío cogió de nuevo el bolígrafo y apuntó algo en su libreta—. ¿Estás apuntando que me han herido porque es la primera vez que reconozco que me han podido herir?

Ella dejó de escribir y miró a Axel. Se tomó unos segundos antes de contestar, por si podía ahorrarse la respuesta. No pudo.

—A ver... Por lo que me has ido contando, no parece fácil herirte. Te cuidas y sabes protegerte muy bien para que no suceda. Cuentas con esa baza. Tú juegas, bromeas, quizá hieres, pero a cambio das pie a que lo hagan contigo, a que jueguen, bromeen y te hieran. Es tu manera de protegerte si ocurre: te ríes, te lo tomas a broma y evitas mostrar tus verdaderos sentimientos. Tu herida. Unas risas y me lo llevo a casa. Es habitual, no eres un caso único; es un recurso más común de lo que crees. Muchos niños desarrollan esa habilidad en el colegio; para evitar que se metan con ellos, hacen ver que se lo toman todo a broma y que no les afecta, así es posible que los abusones se busquen una víctima más propicia, más sensible, con la que obtener una mayor recompensa.

—No soy una víctima, eso creo que podemos tenerlo claro.

—No he dicho que lo seas, pero estás herido. Y creo que es importante que, aunque duela, entremos en esa herida. Ya veremos de dónde te viene y quién la provocó, porque seguro que viene de la infancia. De momento, vayamos a lo que ha pasado con Loor.

Ya empezamos con la infancia. Qué tendrá que ver ahora la infancia con que esta subnormal me haya tocado los cojones.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que me quieras contar.

¿Yo por qué coño pago por esto, en serio, por qué?

—Pues yo qué sé... Hemos tenido una bronca muy fuerte por desavenencias en el caso en el que estamos trabajando.

—Desavenencias. —Rocío levantó las cejas. Sabía, porque varios estudios así lo confirmaban, que cuando un paciente utiliza términos rebuscados es porque está dando un rodeo. Funciona como un detector de la incapacidad para ser claro y directo. Y es el momento de prestar ayuda—. ¿Qué tipo de desavenencias?

—El tipo de desavenencias en el que yo soy su jefe y ella me habla como si fuese una mierda.

Rocío apuntó algo. A Axel le pareció que era una palabra que empezaba por or- y terminaba por -gullo.

No es eso, lista.

—No es eso.

—¿No es qué? ¿A qué te refieres?

—No es un tema de orgullo. Mil veces hemos estado en desacuerdo a la hora de enfocar una investigación. Esto ha sido otra cosa.

— ...

No pienso hablar hasta que me pregunte qué cosa. Ya está bien.

— ...

— ...

Joder.

—A ver, creo que puede estar celosa. Es cierto que desde que he conocido a Raquel tengo la cabeza en otro sitio y no le estoy prestando la misma atención, no sé si me explico.

—Perfectamente.

—Puede ser que no esté tan centrado en el trabajo y quizá me haya descuidado un poco o me haya relajado, no lo sé.

—¿Es eso lo que ella te ha recriminado?

—Más o menos. Pero ya te he dicho que no ha sido el qué, sino el cómo.

—Las formas.

—Eso es.

—Pero Axel, por lo que te conozco, y por lo que me vas contando semana a semana, ni tú ni tu compañera soléis ser demasiado cuidadosos con las formas.

Ya lo sé. ¿Crees que no lo sé? Pues claro lo sé. Por eso no tengo ni puta idea de por qué me ha jodido tanto.

—Ya lo sé.

—¿Quizá estás dolido porque en algún lugar de tu interior crees que tiene razón?

—Pues claro que tiene razón, eso ya lo he reconocido. —Rocío sonrió.

¿De qué se ríe esta ahora? Dios, me está poniendo de una mala hostia...

—Pues a lo mejor, Axel, se me ocurre, no quiere decir que sea lo que está pasando, pero a lo mejor sientes algo de culpa por no haber sabido gestionar tu orgullo delante de Loor, quizá sientas también un poco de vergüenza por dejar que el niño herido que todos tenemos dentro haya sobre reaccionado, quizá también haya un poco de rabia, tú tienes el listón profesional muy alto y quizá sientas que te has fallado y que has fallado a tu equipo. Pero Axel, no somos perfectos, hacemos lo que podemos. Todos tenemos derecho a enfadarnos, a reaccionar, a protestar y a fallar. Somos humanos. Y aunque te fastidie, tú también lo eres.

Uf, ¡qué asco, tío! ¡No soporto que esta mierda condescendiente funcione y que me esté haciendo sentir mejor! ¡Qué asco me doy, de verdad!

—Sí, puede ser. ¿Y qué hago? Es decir, ¿tú qué harías?

—No te puedo decir qué tienes que hacer, no tengo una varita mágica. Eso tienes que decidirlo tú.

—Ya, ya, pero seguro que tienes algo en mente. Siempre tienes respuesta para todo, no te pongas ahora exquisita. —Rocío se rio.

—Está bien, está bien. Pues, a ver..., se me ocurre... —Hizo un aspaviento con los brazos, como diciendo «puede ser buena idea, o no», para quitarle carga imperativa—. ¿Y si hablas con tu compañera, con Loor, y le pides perdón?

Yo creo que, o esta no entiende nada de lo que le digo, o no me sé explicar del todo bien. Que soy yo el que está herido, que la que me ha hablado como el culo ha sido ella.

—Eso no va a ser fácil, Rocío, ya te lo digo. ¿Alguna otra idea?

—Bueno, a lo mejor no hace falta que te disculpes y es suficiente con que hables con ella y le expliques lo que me has dicho a mí: que tiene razón.

Ahora fue Axel quien se rio.

—Ja. Creo que prefiero pedirle perdón.

—Ya verás qué bien te vas a sentir después.

—¿La verdad? Lo dudo mucho. —Axel se puso de pie y dejó el cojín sobre la butaca—. Es la hora.

La terapeuta miró el reloj de pared que presidía la consulta. Lo había colocado estratégicamente a la espalda de los pacientes, sobre la cabeza, para poder observar cuánto tiempo restaba sin necesidad de desviar la mirada.

El viejo truco. Todo eran trucos.

—En realidad, aún nos quedan cinco minutos.

—Guárdamelos para la siguiente o para otro día que me hagan más falta. Hay cosas que, o las hago al momento, o se quedan sin hacer para siempre.

Rocío se acercó a Axel y le cogió por los hombros.

—Entonces no hay más que hablar. Hasta la semana que viene.

Axel desbloqueó el móvil mientras caminaba hacia la salida. Loor no leería el mensaje hasta la mañana siguiente.

—¿No vas a responder? Parece urgente.

—Tú no te preocupes por eso y sigue comiendo, que lo estás haciendo muy bien.

Loor apretó la cabeza que tenía entre las piernas con más fuerza. La agarró del pelo y gimió. No estaba cerca de llegar al orgasmo, es más, sabía que no iba a ser capaz de correrse. Había bebido mucho y no era tan fácil. Y se conocía bien después de tanto tiempo probando cosas. Conocía bien su cuerpo, llevaba conviviendo con él más de treinta años y sabía lo que necesitaba para terminar. Pero claro, si a las dificultades que ya vienen de serie, le sumas que la tía a la que se había acercado sin miramientos en la frutería, a la que le sugirió las manzanas rojas, «que están más maduras», guiño, guiño, a la que invitó a tomar una copa por el barrio, una copa detrás de otra, y a la que convenció para ir a su piso en Embajadores, «que el mío está hecho un asco»; pues si le sumamos que esa tía de cuerpo trabajado en Bikram yoga y clínica estética no era su tipo, Loor podía darse por jodida.

Y luego estaba el puto Axel.

Que no se le iba de la cabeza.

Sabía que la había cagado y que debía disculparse, que no se puede tratar así a un compañero, que no se puede tratar así a nadie.

Pero el resto de la gente a Loor se la traía al pairo. El problema es que Axel era su único amigo, su único apoyo, y si ya tenía facilidad para despistarse, sin él estaba completamente perdida en un mundo en el que no se sabía manejar sin apuntar a la cabeza de la peña con un arma.

Un mundo que, desde que nació, le había dado la espalda.

Tantos años de mierda y por fin había encontrado a alguien que le decía la verdad, que la miraba a los ojos, que la trataba de tú a tú. Alguien a quien poder contarle todo lo que se le pasaba por la cabeza, sin filtros, sin miedos, sin sentirse juzgada. ¿Y qué había hecho ella?

Exacto. Precisamente eso.

Le había juzgado con la vara más dura que jamás había utilizado con nadie, salvo con ella misma. Tenía que arreglarlo, no sabía cómo, pero tenía que arreglarlo.

Pero no ahora. Ahora la cabeza le daba vueltas en todas las direcciones, el techo giraba y giraba, y la lengua áspera y dura que había besado unos minutos antes en el ascensor, resbalaba entre sus muslos.

Apretó con más fuerza. Ya está.

Loor empezó a gritar de placer.

AHHHH.

Un placer que apenas sentía.

Ahhhhh.

Estaba anestesiada por el alcohol y el remordimiento.

Ahhhhh Ahhhhh.

Gemidos desacompasados.

AAAAAAHHHH.

El cuerpo arqueado. El cuello hacia atrás.

Ohh oHHH.

Y un par de espasmos.

OOOOHHHHHH.

Un suspiro largo y tenue.

Y se acabó.

No era la primera vez que fingía uno.

Un cuerpo bronceado sin uniformidad, con polvos comprados en una tienda de cosméticos coreanos, se tumbó a su lado en una cama de dos metros. Una cama de matrimonio infeliz.

—¿Te ha gustado, chiqui?

—Mucho. —Loor se levantó y buscó un cigarro en el bolsillo de sus vaqueros, que estaban desperdigados por el suelo de la habitación —. ¿Te importa?

—Sí me importa, no dejo que nadie fume en mi cuarto. —Loor se encogió de hombros.

—Chica lista, haces muy bien.

En un solo movimiento, Lorena Galván recogió todas sus pertenencias, su ropa, su borrachera y se vistió.

—¿Qué haces? ¿Te vas ya? ¿Y yo? Que yo también quiero correrme, guapa.

Loor no respondió, se puso la camiseta negra, las bragas y el vaquero. Se calzó las Doc Martens sin atar y con la mano derecha giró la rueda del mechero.

—He visto que tienes el Satisfyer por ahí. No te lo pienses, chiqui, le va a poner más ganas que yo. —Le dio una calada al Marlboro rojo que tenía entre los labios.

—Oye, tú, no me jodas. Además, te he dicho que no se podía fumar.

—Por eso me piro. —Desde la puerta y sin girarse se despidió—. Ya nos veremos.

La subinspectora Lorena Galván salió al frío de la madrugada y comprobó lo que ya sabía: que no tenía batería en el móvil. Era un modelo antiguo y de tanto vibrar mientras dejaba que le comiesen el coño, se le había agotado.

Mierda.

Tenía que ir andando a casa. Gracias a Dios, no estaba lejos, pero las eses que dibujaba en la acera iban a aumentar la distancia. El viento no ayudaba. Le apagó el cigarro y Loor lo volvió a encender.

Bajando por la Ronda de Atocha se cruzó con una pareja que caminaban abrazados, el brazo de él rodeando el cuello de ella. Se miraban mientras hablaban y también sonreían.

El *whisky* le subió por la garganta. Le estaban dando ganas de vomitar.

No identificaba el motivo.

No era uno solo. Eran tres.

El puto amor.

El puto *whisky*.

El puto Axel.

21

La sala de reuniones improvisada en la sexta planta era la más lujosa en la que había estado el inspector Axel Nash. No había que ser muy listo para adivinar que el uso privativo de ese espacio era para reuniones más lucrativas, un lugar donde recalcular el índice de casos resueltos, un «te cambio este caso sin resolver de la unidad de crímenes violentos por este otro caso resuelto por la unidad de droga y crimen organizado, total los límites son difusos y en esta escena del crimen, además de un muerto apareció droga, no te preocupes ya ajustaremos cuentas más tarde, hoy por ti, mañana por mí, ahora vayamos a celebrar que un año más salen los números, arriba esas copas, es momento de repartir bonos, dividendos, y que tengáis un buen fin de semana».

Si las paredes hablasen... Pero las paredes nunca hablaban y cuando hablaban, nadie les hacía ni puñetero caso.

Tampoco decía mucho el bloque de madera fría al que la gente suele llamar mesa y donde Axel suele colocar los pies, donde se sentaban los asistentes según la jerarquía establecida y conocida por todos: en una esquina, Hugo y Marina, invitados de excepción. Ni ellos mismos sabían bien qué hacían allí. En frente, la subinspectora Lorena Galván, maquillada en exceso para tapar una noche de excesos. Estaba despeinada, como un perro salvaje perdido en la ciudad. No había abierto aún la boca, pero no hacía falta que lo hiciese para que Axel supiese que esa boca olía a alcohol.

A Beefeater, coño.

Junto a ella, estaba Axel. Llegó serio y concentrado. Tenía buen aspecto y pocas ganas de escuchar a nadie, como un príncipe en un país republicano. Sabía que se venía una mañana de marcar posiciones y colgar medallas preventivas, y que ninguna de esas

medallas sería para él ni para nadie de su equipo. Apareció recién duchado, directo del vestuario del gimnasio, donde se había detenido a primera hora para eliminar toxinas en la clase de pilates. Una sudadera gris sin manchas dibujaba una silueta que había adelgazado en las últimas semanas, y las zapas Nike del aspa roja en los pies, situados convenientemente, no encima, sino bajo la mesa.

Que sé distinguir, joder.

Por último, presidiendo la reunión, Abelardo Zamora, el gran jefe. Y a su lado alguien a quien Axel no había visto en su vida. Por su aspecto duro, rostro severo, pelo corto, piel brillante y traje hecho a medida, no parecía que fuese a desempeñar un papel secundario. Tenía pinta de haber prestado servicio en Vietnam, en Corea y en la guerra de Secesión, y todo ello sin haber siquiera nacido. Era uno de esos tipos que nacen después de que se desate la tormenta. O que la desatan al nacer.

Antes de hablar, Abelardo se atusó el bigote, como era costumbre en él, y carraspeó. Axel se dio cuenta de que la noche anterior no solo había sido larga para Loor, aunque supuso que la de Abelardo había seguido otros derroteros.

Más sensatos.

Más angustiosos.

—Buenos días a todos. Antes de comenzar, permítanme presentarles al compañero que tengo a mi lado: David Miller de la UCO, la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, el cuerpo de élite. —David inclinó la cabeza unos milímetros, un gesto casi inapreciable, al menos para un cerebro poco entrenado en gesto inapreciables. Axel lo apreció.

¡Qué cojones pinta aquí la UCO! ¡Joder, vaya embolado! Esto cada vez pinta peor.

Loor, más familiarizada con la Benemérita y todas sus formas, no necesitó ni observarlo. Sabía que Miller había inclinado la cabeza. Un recuerdo de su pasado en Toledo, cuando su padre fue enterrado, rodeado de decenas de David Miller, le atravesó la sien. Estaba empezando a marearse.

—La idea inicial —continuó Abelardo— es que el señor Miller nos acompañe desde hoy mismo en todo el proceso policial, en calidad de testigo, para comprobar que lo que hagamos se enmarca dentro de los cauces establecidos y que nos atenemos a las sugerencias de la UCO para enfocar este asesinato. ¿Alguien tiene alguna pregunta?

¿Alguna? Venga, anda, tira, que esta mierda ya me la sé. Nos vamos a tener que comer a un espía que vigile todos nuestros malditos movimientos. Justo lo que necesito ahora.

—Fantástico. Pues si no hay preguntas, prosigo. Como todos sabéis, ha aparecido en una zona forestal de la Sierra de Madrid el cuerpo sin vida de Bárbara Coll. Ahora mismo está trabajando el equipo forense para determinar las causas exactas de la muerte. Los primeros indicios apuntan a un crimen de carácter sexual. La víctima presenta varias heridas y hematomas de diversa índole en el área genital, la vagina y el ano. No descartamos todavía ninguna hipótesis, pero sugiero que arranquemos la investigación valorando la posibilidad de que se trate de un crimen pasional. Sin olvidar que, debido a la ocupación de la señorita Coll, «pasional» engloba un abanico muy amplio de opciones. —Abelardo, que no estaba leyendo, pasó una hoja en el informe que tenía delante—. Por desgracia, la noticia de este crimen ya ha trascendido. Los medios de comunicación se han hecho eco de la aparición del cuerpo y no hablan de otra cosa desde esta mañana. En la radio, en la Cadena 12 para ser más exactos, ya han señalado que puede tratarse de una violación grupal, según sus fuentes. No me quiero cabrear, pero es fácil imaginar que sus fuentes son las nuestras, es decir, nosotros mismos, así que esa sospecha está cogiendo forma y quiero que empecemos por aquí, aunque sea para descartarlo. —Abelardo hizo una pausa y paseó su mirada por el equipo, uno por uno, estableciendo contacto visual con todos los allí presentes menos con el representante de la UCO—. Una cosa más: no tengo ni idea de dónde han sacado esa información en la redacción de la Cadena 12, pero os sugiero que a partir de ahora llevemos mucho cuidado, no quiero ni la más mínima filtración, ¿me he expresado con claridad?

Todos asintieron. Abelardo posó la mirada en Axel, un detalle que al representante de la UCO no le pasó inadvertido.

—A continuación, David tomará la palabra. —El jefe se movió hacia su izquierda para dejarle el centro de la mesa al invitado. Él no se desplazó, tenía otros medios para captar la atención.

—Gracias, comisionado. Seré breve, compañeros. No me gusta alargarme innecesariamente. Desde nuestra unidad llevamos días trabajando en la sombra para encontrar a esta chica. Ha sido un golpe duro no haber sido capaces de impedir su muerte. No sabemos todavía cuándo fue asesinada, pero según el primer informe llevaba varios días sin vida. Nuestras pesquisas de momento, y estaremos todos de acuerdo, nos dicen que estamos buscando a un varón, joven o de mediana edad, y con un gran sentido de comunidad. —Axel levantó la mano.

Gran sentido de la comunidad, pero eso ¿qué mierda es?

—Inspector Nash, déjeme terminar, enseguida le doy la palabra si sigue teniendo algo que aportar.

Mira, sabe mi nombre, otra mala señal.

—Este es el principal sospechoso. —David extrajo de una carpeta de anillas una foto de carnet ampliada de un adolescente marroquí —. Su nombre es Abdel El-Abdellaoui. Forma parte de un grupo de marroquíes afincados en el barrio de Lavapiés. Los tenemos controlados desde hace meses. Hasta la fecha no habían cruzado la raya, solo delitos menores, algo de drogas, hachís principalmente, y algún robo sin intimidación. Desde luego, nada como esto. Nuestra principal sospecha es que Abdel no actuó solo, esta gente nunca lo hace, por lo que la teoría de la violación grupal, me temo que no iría muy desencaminada. De un tiempo a esta parte, este tipo de delitos, por desgracia, cada vez son más frecuente en nuestro país. —Axel y Loor intercambiaron una mirada fugaz. Su complicidad seguía intacta a pesar de todo—. Eso es todo lo que sabemos por ahora. — David guardó la foto en la carpeta y la cerró—. Yo he terminado.

Abelardo recuperó su posición inicial.

—Gracias por su colaboración. —Señaló a Axel—. Nash, querías decir algo.

Pues claro que quería decir algo jefe, no me joda: ¿se va a tragar esta sarta de comentarios racistas sin apenas pruebas solo porque el flipao este diga que la unidad, la unidad, la unidad. Me meto a la

unidad de élite por el culo si hace falta. Este tío es un racista de mierda. Por supuesto que seguiremos esa línea de investigación, pero no porque lo diga este mamarracho bronceado cara al sol.

—Nada, jefe. Se me ha olvidado lo que iba a decir.

El representante de la UCO entornó los ojos, no parecía muy conforme. Abelardo carraspeó.

—Está bien, pues si nadie quiere añadir nada más, damos por finalizada la reunión. A partir de ahora empieza una investigación a contrarreloj.

Como todas, jefe, no empecemos con gilipolleces.

—Quiero estar informado casi al instante de cualquier avance, que nadie se guarde nada. Y si necesitamos ayuda, nuestros compañeros de la UCO, aquí presente, nos la prestarán. Este caso no es ninguna coña, no quiero sustos. Tengan presente que, a veces, una vez muerto el perro es cuando comienza la rabia.

Axel se quedó un rato meditando sobre esto último, dándole vueltas. No era ninguna tontería. Entre las muchas cosas que lo incomodaban de Abelardo Zamora, una de ellas era su capacidad para ser brillante. A años luz de Ortiz o del viejo Cueto, ya jubilado. Eso lo desconcertaba.

El grupo se disolvió, Hugo y Marina enfilaron la escalera rumbo a la cuarta planta, la suya; Axel agarró a Loor por el hombro.

—¿Has visto mi mensaje?

—Sí, esta mañana. Ayer fue una noche larga.

—Pues como te decía, me gustaría que hablásemos. ¿Tomamos un café?

—Vale, me vendrá bien.

—Sí, he pensado lo mismo.

—¿Has pensado que me vendría bien un café?

—He pensado que a mí también me vendría bien un café, pero, siendo justos, creo que a ti también. Vamos.

El Starbucks, abarrotado a primera hora, se había despejado un poco. Axel pidió dos lattes grandes a 180 grados, para intentar no achicharrarse la lengua antes de hablar. Loor tomó asiento en un sillón al fondo del local y dejó el tabaco sobre otro asiento para guardarle el sitio a Axel, que apareció con dos vasos encajados en

su respectiva bandejita. Le entregó a su compañera en el que podía leerse *Lor*, el que llevaba polvo de cacao por encima. Retiró la cajetilla de Marlboro, la dejó sobre la mesa y se sentó.

—¿De qué quieres que hablemos primero?

—Me da igual.

Axel se mordía el labio. No se le daban bien esas cosas.

—¿Tuviste lío anoche, entonces?

—Se me complicó. —Loor perdió la paciencia, no se le daban bien los minutos de tanteo y fue directa al grano—. Axel, tío, lo siento. Lo siento mucho. Fui una imbécil, soy una imbécil. No tenía que haberte hablado de esa forma y decirte todas esas cosas.

—No, lo siento yo.

—Tú ¿por qué? —Loor parpadeó a toda velocidad.

—No me quites mi momento de gloria. Soy yo el que la ha cagado contigo, no al revés. Para mí es muy complicado reconocer que me he equivocado, como supongo que ya sabes —Axel forzó una sonrisa —, y me he dado cuenta de que tenías razón en todo lo que me dijiste. En todo. Estoy agilipollado y no he priorizado este caso en absoluto. Me siento regular si pienso que esa chica ha podido perder la vida por mi culpa, por mi falta de implicación en su búsqueda. Me creí lo primero que me dijeron por el mero hecho de que me venía bien, me convenía para poder seguir quedando con Raquel sin distracciones. Y eso no es propio de mí, creo. Ni de un buen policía. Y una vez que ha aparecido el cadáver, es todo demasiado evidente como para mirar hacia otro lado.

—En cualquier caso, no tenía que haberte hablado de esa manera. Eres mi jefe.

—Los cojones, Loor. No digas bobadas. Yo me paso la vida tocándole los huevos a todo el mundo, no hablo bien a nadie y me tomo todo a broma. Y tú eres como una hermana para mí, puedes hablarme como te salga del papo, solo faltaba que tuvieses que medir ahora tus palabras conmigo, precisamente tú. Ni de coña, vamos.

—Ya, puede ser. Sigue, haces que me sienta mejor.

—Oye, ¿qué más quieres? Te he dicho que lo siento y que tenías razón, las cuatro palabras prohibidas en mi vocabulario, vamos a

intentar no abusar, ¿vale?

Loor se rio y cogió un cigarro.

—Me parece bien. ¿Hablamos del caso?

—Una cosa más: no quiero que cambie nada entre nosotros por esto, ¿vale? Puedes seguir tocándome los huevos y diciéndome todo lo que pienses sin filtro, como tú eres. Créeme que yo haré lo mismo.

—Pues ¿sabes qué?

A ver, que le doy la mano y esta me coge el jodido brazo.

—¿Qué?

—Que mira que la he puesto a caldo, pero creo que me empieza a caer bien tu psicóloga.

—Eh, eh, eh, no vayas por ahí, que es mérito mío. Ella no tiene nada que ver. —Loor arqueó las cejas y lo miró a Axel como miraría a un humorista—. Está bien, está bien —admitió—. Fui a verla y quizá me haya dado un par de sugerencias.

Loor se encogió de hombros.

—¿Qué querías comentar del caso? —dijo sonriendo.

—Joder, todo. Empezando por la pantomima que acabamos de vivir en la sexta planta.

—Nada que pueda sorprendernos. Al *pringao* ese de Miller lo torearemos como siempre hacemos. Me preocupa cero.

—A mí no es eso lo que me preocupa, pero ¿qué coño pinta la UCO en este caso? Tiene que haber alguien con la mierda hasta el cuello para que metan las narices en este asunto.

—¿Algún guardia civil?

—Y yo qué sé. Puede ser cualquier cosa.

—No termino de ver la conexión entre esa gente y una prostituta del montón.

—Quizá no sea tan del montón. ¿Y qué me dices del marroquí? ¿Se puede ser más racista?

—No empecemos otra vez con el racismo, Axel. No es descabellado pensar que la hayan matado ellos.

—No, no lo es. Iremos a verlo más tarde, a ver si el miedo hace su trabajo y se le escapa alguna cosa interesante. Me piro, tengo cosas que hacer.

—No me gusta cuando te pones misterioso.

—Estás tú para hablar.

Loor sonrió. Las cosas volvían a estar en su sitio.

En pocos minutos, el cielo se oscureció, no por la hora, sino por la condensación de agua sucia que estaba a punto de descargar su rabia sobre el asfalto de la capital. Axel conducía su Peugeot tratando de organizar sus ideas y su agenda. Iba a tener que tomar alguna decisión dolorosa, aparcar sus ganas de pasar tiempo en la cama con Raquel y concentrar sus esfuerzos en descubrir quién mató a Bárbara y por qué.

Y por qué, de repente, había tanta gente interesada en ese caso. Y se dio cuenta sin solución de continuidad de que, probablemente, una cosa llevaría a la otra.

Necesitaba una ducha fría. Giró el volante y se metió en el carril de la derecha para tomar el primer desvío e incorporarse a la salida que desembocaba en la glorieta de Pirámides. Y también tomó aire. Después marcó el número de Raquel y esperó.

La subinspectora Lorena Galván había regresado a la comisaría para recoger sus cosas, es decir, para recoger su pistola, otra cajetilla de Marlboro y el mechero, y se despidió de Hugo y de Marina, que conversaban animosamente sobre la reunión. Estaban genuinamente impresionados.

Hugo comentaban la impostura, la ceremonia y los aires de grandeza que se dan algunos en las altas esferas. Aparentar no es exclusivo de la clase media, como siempre había pensado. Marina, más acostumbrada a tratar con gente «importante», le quitó hierro. «Cuanto más arriba estás, más inseguro te vuelves —le dijo—. Lo he visto mil veces».

Loor quiso interpretar que sus compañeros, de algún modo, se sentían agradecidos porque, a pesar de su fama, lidiar con dos jefes como Axel y como ella era más fácil de lo que se podía pensar.

Eran un puto cuadro, eso era innegable, pero aparentar no aparentaban nada. Axel era Axel y Loor era Loor. Lo tomabas o lo dejabas.

Y esos chavales parecían tomarlo.

Loor se sintió rara, jamás se habría imaginado que iba a ser responsable de nadie y menos como subinspectora de la Policía Nacional, y menos en Madrid. Pero la vida la estaba llevando por caminos extraños. Y si era honesta consigo misma, por mucho que siempre hubiese rechazado la idea y que de algún modo minase su independencia, lo único cierto era que el futuro profesional de esos dos dependía, al menos de momento, de las órdenes y decisiones que Axel y ella iban consensuando.

Al pensarlo le dio un escalofrío.

—¿Tenemos que hablar? —Raquel sonreía; una sonrisa que escondía más cosas: diversión y sorpresa, sí, pero mezcladas con una dosis razonable de nerviosismo—. Joder, tío. Me dejas de piedra. Creía que lo nuestro funcionaba.

Axel se arrepintió al instante de haber utilizado esas tres palabras.

Tenemos

Que

Hablar.

Dios, qué negado soy para estas cosas.

—A ver, no. O sea, sí. Es decir, me gustaría hablar contigo, y creo que es mejor que lo hagamos en persona.

—Axel, ¿me estás dejando? ¿Es eso? —La sonrisa de Raquel era cada vez más estrecha—. No quiero entrar en si hay algo que dejar o no, pero no sé si eres consciente de que estás sonando fatal.

—No, Raquel, ¿qué dices?

Mierda, mierda, mierda.

—Si quieres quedamos esta noche —dijo ella—, no hay ningún problema. Había quedado con unos amigos, pero ahora los llamo y les explico que me ha surgido otra cosa que no puede esperar.

—No, joder, no hace falta que hagas eso.

—Bueno, déjame que eso lo decida yo.

Toma, por parvo.

—Raquel, no es tan importante. Es solo que necesito ordenar un par de cosas y me gustaría comentarlo contigo.

—Eso suena mucho mejor. ¿Por qué no me das un titular y así terminas de tranquilizarme?

Joder, me estoy agobiando que flipas.

—A ver, no sé bien cómo decirlo sin decirlo.

—Pues simplemente dilo, Axel.

—Pues tía, han surgido cosas en el curro, cosas que, como sabes, no voy a poder compartir contigo, y necesito algo de tiempo para ordenar mis ideas y centrarme en... ¿Raquel? ¿Hola? ¿Estás ahí? No estaba.

Mierda, ¿se ha cortado? Mierda, ¿o me ha colgado? Mierda, ¿qué he dicho?

Axel repasó mentalmente sus últimas palabras

Necesito algo de tiempo... ¡Mierda, mierda, mierda!

Loor caminaba hacia la parada de autobús. Consultó la hora en el móvil y comprobó que debía de estar a punto de pasar. Sopesó si le daba tiempo a fumarse un cigarro o no. Y como siempre ante la duda, se encendió uno. Le dio dos caladas gruesas para avivar y calentar bien las brasas. El piti entró en combustión. Loor miraba al suelo y con las Doc Martens le daba vueltas a una lata arrugada de Coca-Cola que algún miserable incívico había lanzado al arcén.

Se sentía mejor. La conversación con Axel había ido bien. Muy bien incluso. Había sido breve, pero era imposible esperar otra cosa. Ninguno de los dos era un dechado de inteligencia emocional. Pensó en la terapia. En la de Axel que parecía estar funcionando, y en la terapia en general. Quizá debería probarlo otra vez. Quizá Axel podría preguntarle a su psicóloga si conocía a alguien que pudiese ayudarla a ser más... más... No encontraba la palabra... Bueno, a ser menos ella.

A ser capaz de controlar la llama que prendía en su interior y que ascendía a toda velocidad hasta llenarlo todo de ira.

No iba a ser fácil.

Ya lo había intentado muchas veces y, aunque había mejorado, vaya si había mejorado, para lo bueno y para lo malo, Loor era Loor y mucho se temía que siempre iba a seguir siendo Loor.

Pero por probar, por intentarlo, no perdía nada. Eso sí, sin medicación, sin pastillas que la anulasen, que suprimiesen su instinto, su capacidad para detectar cuándo algo iba mal, cuándo las piezas no encajaban, cuándo se la estaban intentando clavar.

O sea, casi siempre.

Como ahora.

Porque, aunque se sentía mejor, algo la incomodaba. Mientras el humo bajaba hacia sus pulmones, algo estaba subiendo por su garganta. No sabía bien qué era.

Hasta que lo vio.

Al fondo llegaba el autobús, semilleno o semivacío. Y a su derecha, en la acera de enfrente, estaban los dos. Charlando. Conspirando.

El padre de Bárbara parecía alterado.

Así que por eso la UCO.

A Axel le iba a encantar la noticia.

La música que sonaba por los cuatro altavoces del vehículo se cortó de golpe y Axel respondió a la llamada entrante. Soltó un suspiro de alivio.

Buena noticia: la llamada se había cortado, Raquel no se había esfumado para siempre por culpa de su incapacidad para hablar con claridad y mantener conversaciones difíciles.

—Menos mal, Raquel. Pensaba que no volvería a saber nada más de ti.

—¿Axel?

Al escuchar la voz se le cortó la respiración. La conocía bien. Mejor que nadie. Y esa voz: no era Raquel.

Mala noticia.

—¡Hola, Noa!

Noa Novoa, la madre de Marta, la mujer que tenía la llave de su corazón y que tiró esa llave al mar.

Por favor, que no pregunte quién es Raquel. Por favor, que no lo haga.

—Siento decepcionarte.

Casi prefería la pregunta.

—No digas tonterías. Estaba esperando una llamada del trabajo —mintió Axel.

— ...

El silencio se extendió por el Peugeot como una fuga de gas en una sala de tortura. Axel pulsó el elevalunas y bajó la ventanilla. Si entró algo de aire, sus pulmones no lo registraron. Se estaba asfixiando.

—¿Ha pasado algo, Noa?

—Sí, Axel, ha pasado algo.

El corazón del inspector comenzó a bombear a más velocidad, con más fuerza, con más potencia. El oxígeno entró finalmente en su organismo y su cerebro se despejó. Venía un golpe y tenía que prepararse.

—¿Y piensas decirme de qué se trata o vamos a jugar mucho más rato a las adivinanzas?

Axel esperó, conocía bien a Noa, mejor que nadie, y sabía que necesitaba tomarse su tiempo para ser capaz, para atreverse.

Unos segundos después, el golpe lo alcanzó.

—Es tu madre. Estoy en el hospital. Tienes que venir, Axel. Y pronto.

Edimburgo, lunes 1 de junio de 2026

Lo había dejado claro. Está todo bajo control, le dijo. Y fue todo lo tajante que tiene que ser un jefe que se dirige a un subordinado con la costumbre de no hacer ni puto caso. Y el niñato ese de Axel Nash era el maestro Muten Roshi de hacer lo contrario a lo que se le decía. Por eso le había dado poca información, pocas pistas.

A pesar de que por dentro estaba hirviendo, de que sabía que la presencia en Edimburgo de Axel y Loor podía poner todo en peligro, y todo no era solo la vida de su hermanastra, sino también la suya, el comisario Jorge Ortiz estaba convencido de que su actuación había sido un prodigio y de que había logrado convencerlo de que el viaje que tenían pensado iniciar no merecía la pena en caso alguno.

Bostezos.

Esa había sido la clave.

Había bostezado varias veces durante la breve conversación, tratando de aparentar que estaban en mitad de un coñazo, un viaje familiar sin pena ni gloria, un plan aburrido como un día de lluvia en un hotel con piscina.

Aburrimiento.

Ese era el punto débil de esos dos, no lo sabían gestionar, por eso le tocaban tanto las pelotas. Y por eso ahora lo iban a dejar en paz.

En el pecado está la penitencia, pensó. Y ahora era el quien volvería a pecar.

Ortiz entró en el *lobby* del hotel Balmoral, en el extremo norte de Princes Street esquina con North Bridge, el mejor hotel de la ciudad. Franqueó la noble puerta de madera custodiada por dos botones uniformados a la antigua usanza y sin titubear entró.

Y quedó impresionado.

Fue plenamente consciente de que nunca había estado en un lugar tan solemne, si descontamos aquella vez en la que profanó la catedral de Burgos con su novia de la universidad. Una sonrisa se le dibujó en el rostro al recordarlo. ¿Qué sería de aquella chica?

Al pensar en ella, Jorge Ortiz notó que se le activaba la circulación en la parte baja del cuerpo y la testosterona se le acumulaba en la zona del bajo vientre. Se metió la mano en el bolsillo izquierdo del vaquero y se recolocó el miembro, que chocaba a empellones con el móvil. Lo sacó y comprobó que lo tenía apagado. No volvería a encenderlo hasta que hubiese terminado. Marina, Axel: no volverían a llamar. Estaba seguro. Pero, de todos modos, no podía distraerse.

No ahora.

Aguzó la vista y encontró un lugar libre al fondo del *hall*, en una zona presidida por una vidriera repleta de botellas de *whisky* a media asta enjauladas en una estructura de metal que, por un lado, las alejaba de las manos largas de los turistas, y por otro les confería el anhelo de lo inalcanzable. El Balmoral Whisky Bar, un recinto acogedor, perfectamente iluminado con la luz natural que se filtraba a través de la espectacular cúpula de cristal que ennoblecía el vestíbulo y por la artificial, cálida y amarilla de una enorme lámpara de araña que colgaba del techo. Varias luces indirectas parecían indicarle el camino, como un pasadizo sin secretos.

Ortiz se sentó en un sillón de piel mostaza y, cuando fue atendido, pidió una copa: un *Scotch on the rocks*, un guía. Tenía que trazar un plan, el último plan: el definitivo. Aún le dolían los huesos del último encuentro con la gente de John Black y, por lo que le habían dicho, más le iban a doler después de enfrentarse a su último desafío: Frank Dux, un excombatiente experto en artes marciales mixtas.

Su vida azarosa lo había alejado del circuito oficial de combates. Había sido expulsado de la UFC (Ultimate Fighting Championship) por el mismísimo Dana White, su presidente.

«Mala praxis», este había sido el motivo público.

Miedo a que reventase con una silla, un cuchillo o una pipa a Connor McGregor, Ilia Topuria... Una por una a todas las estrellas de ese deporte y acabara así con un negocio multimillonario que llenaba

los bolsillos de luchadores, representantes, organizadores y algún que otro apostador con información privilegiada.

Para Ortiz solo un tipo enorme, que, según contaba la leyenda, y la leyenda circulaba a tal velocidad que el comisario la encontró tras un vistazo rápido en internet, era capaz de aplastar un cráneo con sus propias manos.

Solo un tipo enorme. No paraba de repetírselo.

Ortiz se rascó la calva: le gustaba su cráneo. Y aunque fuese un poco terco y cabezón, no las tenía todas consigo de que ese amasijo de malas ideas fuese a resistir a la leyenda, a la fuerza de los puños del tal Frank Dux.

Así que esta vez no habría atajos. Tendría que tomar el camino largo. Tendría que alcanzarlo sin que se diese cuenta y sin apenas contacto físico.

Combates ilegales. Allí podría encontrarlo. Allí podría abordarlo.

No pensaba subirse a un ring, no estaba tan desesperado todavía. Pero quizá podía hacerse pasar por un perdedor que iba a cobrarse una apuesta.

Tenía que pensarlo bien, darle forma. Ahí es donde estaba el quid de la cuestión.

Apuestas.

Ahí estaba la pasta, el mercado que había copado el enorme Frank Dux, y donde quería meter su negra mano el malnacido de John Black.

Le sirvieron el vaso de *whisky* y le dio un trago largo. El calor del destilado descendiendo por su cuerpo le hizo sentir mejor.

—*Are you alone?*

Una mujer joven, morena y vestida como si el verano fuese una forma de vida, lo miraba desde arriba. Estaba a su lado y señalaba la butaca que tenía a su derecha.

—*May I?*

La testosterona.

Ortiz dejó la copa encima de la mesa que tenía delante y asintió.

—*I'm sorry. No speak English*.

La chica se rio. Tenía los dientes uniformes y blancos, resaltaban el rojo de unos labios hidratados en una clínica cara.

—Me gusta tu acento, es gracioso.

Ortiz arqueó una ceja. Ella levantó un mano y el camarero comenzó a prepararle un cóctel.

—¿Hablas español?

—Hablo todos los idiomas —respondió con un acento extranjero que el comisario no fue capaz de identificar.

Jorge Ortiz se removió en su asiento. Estaba incómodo. Notaba cómo el móvil volvía a quedarse sin espacio en el pantalón.

Y cómo el calor del *whisky* ya había cruzado la frontera.

Cada vez que el comisario estaba a punto de correrse, ella frenaba sus embestidas. Estaba encima, montándolo, moviéndose en semicírculos. Sus tetas rebotaban en el aire dibujando formas geométricas que escapaban al conocimiento matemático de Ortiz.

Eran más naturales que sus labios.

El comisario sudaba, se agarraba a ella, a su cintura, como un *cowboy* se agarra a un caballo desbocado en un certamen de rodeo al oeste de Montana. Le faltaba el sombrero para redondear la función.

No escuchaba vítores, pero la escuchaba a ella: estaba disfrutando. Sus gemidos, los de ella, traspasaban las paredes de la *suite* 212, una habitación con recibidor, salón y baño: la mejor en la que había follado nunca el comisario.

Ella volvió a acelerar. Ortiz notaba cómo desde el abdomen bajaban sus ganas de terminar. Sus gemidos, los de él, iban en aumento y sabía, porque se conocía, que se iban a escuchar en los túneles secretos de la ciudad, como las notas perdidas del Lone Piper.

Estaba siendo un polvo legendario, le estaba sentando de puta madre. Si su vida de mierda iba a terminar aplastada por la fuerza del tal Frank Dux, al menos se estaba despidiendo por todo lo alto.

—*Oh fuck, I'm coming* —anunció ella.

Ortiz conocía la expresión, no porque el idioma estuviese penetrando en su cerebro, sino por las veces que la había escuchado en el ordenador, cuando en el buscador de Pornhub escribía *Milf*

cheating husband, y se la cascaba hasta que la *milf cheating husband* le avisaba de que se iba a correr. Porque siempre avisaban.

Eran buenas chicas.

Como aquella.

«¡Joder, qué buena está!», pensó Ortiz sin saber si lo había dicho en alto. Su mirada, la de él, seguía fija en la cara de la mujer, esa diosa que le estaba dando los mejores minutos de cama que era capaz de recordar: su movimiento, su cadencia, sus tetas, su voz, su cara... Se estaba congestionando.

Se iba a correr.

Ortiz no podía pensar en nada más, fijarse en nada más. Si no, quizá habría sido capaz de ver cómo una sombra se escurría en la habitación para colocarle una pistola en la sien.

El movimiento, la cadencia, las tetas... Todo había terminado... antes de acabar.

—*Thank you, honey*.

La voz de John Black no mostraba agradecimiento. Con la cabeza le indicó a la chica que se bajase y se fuese, y con la mano libre le entregó un fajo de billetes enrollados. Ella recogió el dinero y obedeció.

—*I'm sorry, babe. It's just business* —dijo al salir.

Negocios.

De eso se trataba.

Lo sabía.

No necesitaba hacer preguntas. No necesitaba respuestas: lo habían descubierto. Se habían enterado de que no estaba cumpliendo las órdenes, de que no estaba matando a nadie, de que él no obedecía como una prostituta cualquiera.

Y ahora al que iban a matar era a él. ¡Vaya mierda de final!

Sin acritud.

Sin ceremonias.

Sin pena ni gloria.

Negocios. Solo era eso.

Just business.

22

Vigo, lunes 1 de junio de 2026

El avión aterrizó en el aeropuerto de Vigo-Peinador a mediodía. Axel miró la hora en el Garmin Fenix 5 que llevaba en la muñeca izquierda: se había quedado sin batería. Con tanto ajetreo, se había olvidado de cargarlo y ahora no le serviría para nada. Y eso que ya no entrenaba, ya no lo necesitaba más que para saber con exactitud cuántos minutos tarde llegaba a los sitios.

Tenía que haberme puesto el Hamilton.

Ese era el menor de sus problemas. Aunque siempre tenía muchos.

Yo me lo busco también.

Ahora no solo eran muchos sino que, además, eran grandes.

Problemas grandes como el jodido cañón del Colorado.

El vuelo había sido tranquilo, sin turbulencias ni retrasos. Su ciudad natal lo recibía como esperaba, con los brazos abiertos, con una lluvia fina, silenciosa, de esas que te van empapando sin que te des cuenta, sin que puedas hacer nada por evitarlo.

Aceptación.

Ese era el único camino.

Axel se lo tomó como una señal: mucho mejor un calabobos gallego que la tormenta de emociones que se había desatado en su vida en los últimos días, con la irrupción de Raquel, el cabreo con Loor y la aparición del cuerpo sin vida de Bárbara Coll.

Tenía que parar, su madre lo necesitaba.

Y yo a ella, no te jode.

Y tenía que ser capaz de estar a la altura. Había dejado todo patas arriba en Madrid y, aunque había tratado de contener el desorden y atar cosas, sabía que era imposible, que la sensación de control es falsa, una fantasía.

Y a 650 kilómetros de distancia de los problemas, directamente, no pintas nada en tu propia vida.

Por partes.

Primero llamó a Raquel; no iba a ser la llamada más fácil, pero si la más breve. Tenía que separarse de ella cuando lo que le pedía su cuerpo era pegarse a ella. La buena noticia era que ella, por lo que la conocía, podía ser considerada una mujer discreta y comprensiva, y, según sus cálculos, eso significaba que no le haría preguntas incomodas.

¿Problemas?

Así fue.

La llamó en cuanto cerró el ordenador tras recibir la confirmación al correo por parte de Iberia de que el *check-in online* se había efectuado correctamente y le explicó la situación. Por encima, que no era el momento de entrar en detalles.

Los detalles están sobrevalorados, joder.

Raquel. Llamada número 1. Duración: 4 minutos y 57 segundos

— ... y es por eso que me tengo que ausentar unos días, no sé cuántos. Ojalá se solucione cuanto antes y mi madre se ponga bien superrápido, pero, según me han dicho, es imposible saberlo. Espero que no sean mucho tiempo, Raquel, pero es lo que hay. Es mi madre y me necesita, está en el hospital y siento que tengo que estar allí. Pillo ahora un vuelo a Vigo. Te iré informando cuando pueda, pero creo que voy a necesitar estar un poco a mi aire. Te agradezco mucho que lo entiendas.

Raquel se mostró conforme y empática. Una balsa de aceite.

¡Qué colocada está siempre esta chica, qué asco!

Axel colgó tranquilo y sereno.

La primera llamada había ido bien, pero el nivel de dificultad iba en aumento.

El siguiente en su lista era el gran jefe, Abelardo Zamora.

Axel esperaba otra conversación breve, pero le inquietaba su reacción. La de los dos. No era fácil comunicar que tenía que abandonar la investigación en un momento crucial, cuando más falta hacía y por un motivo personal cuestionable. Y tampoco era fácil de aceptar.

Problemas grandes.

Su madre era lo más importante ahora mismo, de eso no había ninguna duda, pero explícaselo tú a un tío que te ha pedido que encuentres con vida a la hija de un amigo suyo y no solo no lo has hecho, sino que no lo has hecho en parte por estar a por uvas centrado en otra cosa.

Profesionalidad.

Esta era la palabra que más temía escuchar.

Y la escuchó.

Abelardo Zamora. Llamada número 2. Duración: 9 minutos y 14 segundos.

—Dudo de la profesionalidad de la subinspectora Galván. No sé si está capacitada para liderar un asunto tan complejo sin tu supervisión, Axel.

Podía pasar. Axel defendió a su compañera argumentando que llevaba años viéndola trabajar en la sombra y que, aunque su carácter introvertido y esquivo podía llevar a equívocos, era la mejor policía que había visto en su vida, con un instinto fuera de lo normal, intuitiva y perspicaz en los interrogatorios, analítica y paciente con los indicios, tenaz en la recopilación de pruebas y evidencias, y, por último, valiente y resolutiva en el campo de acción.

Ante esta fuente inagotable de elogios, Abelardo se limitó a asentir. Axel lo interpretó como un «más vale por los dos que tengas razón», y aceptó que su puesto de trabajo estaba tendido en un alambre.

Estaba exhausto.

Y aún tenía que hacer una última llamada, la más complicada, la más larga, la más difícil:

Loor.

Problemas como el jodido cañón del Colorado.

Lorena Galván. Llamada número 3. Duración: 21 minutos y 43 segundos.

—No me puedes hacer esto, Axel. Sin ti no soy nada. Yo no sé dar órdenes ni tampoco quiero hacerlo, ¡quién me va a obedecer a mí! ¡Qué les voy a decir a esos dos chavales si los dos saben que estoy como las maracas y que día sí, día también, llego a la comisaría sin haber pegado ojo en toda la noche!

Axel le repitió todo lo que le había dicho antes al gran jefe. Punto por punto.

—Venga, coño. ¿Le has contado todas esas milongas a Castillitos? ¿Y no se ha descojonado en tu cara? Te lo agradezco mucho, de verdad que sí, pero los dos sabemos que eso que acabas de enumerar es lo que eres tú, como mucho lo que soy yo, pero contigo. Yo no sé ser jefa.

El inspector estaba esperando que Loor dijese exactamente eso y sacó el as de bastos.

—Ni yo, Loor, yo tampoco sé ser jefe y aquí estamos. Y no nos va tan mal.

El silencio que vino a continuación se prolongó lo suficiente para que la subinspectora masticase todo lo que estaba pasando, y no lo bastante para que Axel se impacientase y lo rompiese. Axel escuchó al otro lado de la línea cómo Loor soltaba un suspiro desalentador.

—Lo siento mucho, tío, parezco gilipollas, perdóname. Cuida de tu madre e intenta estar bien, es lo único importante ahora mismo. No me lo tengas en cuenta, ya sabes cómo soy. Me viene el fuego ese interno que me domina y no me controlo. Si te puedo ayudar en algo, llámame, da igual la hora. No creo que justo ahora empiece a dormir como un tronco. Haré lo que pueda e intentaré avanzar lo máximo posible en la investigación para que, cuando vuelvas, vayamos juntos a reventar un par de cabezas y a atrapar a ese cabrón.

Axel, como había hecho el gran jefe unos minutos antes, se limitó a asentir y colgó. Estaba cogiendo las llaves de casa y abriendo la puerta cuando sonó el móvil.

—Axel una cosa más... —Era Loor.

—¿Qué ocurre?

—No te prometo nada, pero haré lo posible para que estés orgulloso de mí.

—Lo sé, Loor —dijo él sonriendo.

—Pero, por el amor de Dios, no tardes —añadió.

Lo primero que hizo la subinspectora Lorena Galván nada más colgar el teléfono fue bajar al bar y pedirse un Beefeater con agua, sin hielo y con mucho miedo.

Jefa. Ella.

Se bebió la copa de un trago.

Estaba levantando la mano para pedir otra, pero cambió de idea. Pagó la cuenta y se fue.

Le estaba dando vueltas a lo que había dicho Axel cuando le contó lo que había visto: la reunión furtiva entre el pavo de la UCO y el padre de Bárbara.

—Pescado podrido —fue la expresión que utilizó—. Y Loor, no hay nada más asqueroso y que desprenda peor olor que el pescado podrido. —Pero lo que la dejó más desconcertada fue lo que dijo a continuación—. Tengo la sensación de que nos estamos metiendo sin darnos cuenta en algo muy chungo. Siento que todo en este caso está lleno de mierda y no va a ser sencillo salir indemnes.

La mierda no le daba miedo a Loor, conocía su olor desde la cuna. Su madre, su pobre madre, había sido la puta del pueblo y, según le habían dicho, se había dejado la vida en la mesa del paritorio al dar a luz a su única hija.

Ella.

Esa fue la historia que le contaron, la versión edulcorada.

Eso sí que es empezar llena de mierda.

Y teniendo en cuenta que a su difunta madre se la había follado todo el cuerpo de la Benemérita y parte de la población civil de Casalgordo, una pedanía invisible de la provincia de Toledo, su padre podía ser cualquiera. Entre los candidatos estaba el hombre que se

hizo cargo de ella, el que la llamó hija mientras crecía en la ciudad, un jefazo de la Guardia Civil, se llamaba Facundo y también había muerto: Loor perdió la cabeza en su funeral y se lío a tiros contra su tumba. Esto, en un funeral con todos los honores por los servicios prestados en los años ochenta, los años de sangre en la lucha antiterrorista contra ETA, fue lo que provocó que los huesos de su hija Lorena Galván, a la que Facundo siempre llamó Loor, acabasen desterrados y escondidos en la Policía Nacional de Madrid.

Pero todo había cambiado.

Junto a Axel se había hecho un nombre, labrado una reputación, que fuese buena ya era otra historia, pero una reputación, al fin y al cabo, y si la mierda la estaba esperando, la mierda se estaba equivocando de enemigo.

Tenía que ponerse en marcha, actuar.

Se reunió en comisaría con su equipo, porque ahora estaba a cargo de dos compañeros que esperaban instrucciones, y encogerse de hombros no era una opción.

Al verla entrar, Hugo y Marina dejaron lo que estaban haciendo y se pusieron de pie: querían respuestas.

—¿Qué coño está pasando, Loor? —preguntó Marina—. Porque es evidente que están pasando mogollón de cosas y nadie nos dice ni pío.

Loor los puso al corriente de la partida de Axel y les pidió su colaboración para seguir investigando la muerte de Bárbara Coll.

—¿Ahora eres tú nuestra jefa? —preguntó Hugo.

Loor se encogió de hombros, porque la cabra tira al monte y no se conquistó Zamora en una hora.

—Axel volverá en cualquier momento; mientras tanto, vamos a seguir trabajando como siempre hemos hecho, como un equipo. Nos repartiremos el trabajo y todo lo que descubráis me lo contáis a mí antes que a nadie. —Loor se detuvo y rebobinó—. Mejor dicho, me lo contáis a mí y solo a mí. ¿Entendido?

—Sí, señor. —Hugo se llevó la mano a la sien, hizo el saludo militar y se cuadró.

—Muy gracioso. Vamos allá. Marina, tu misión es sencilla pero muy difícil.

—Empezamos bien —dijo ella.

—Ahora lo entenderás. Necesito que investigues a Ortiz. Sé que te puteo encargándote esto precisamente a ti, pero ya almacenas mucha información sobre él y es terreno que tenemos ganado. No hay tiempo que perder. Intenta localizarlo. Está en Edimburgo, como nos dijo Axel, pero no sabemos bien qué hace allí, y tengo el presentimiento de que no es nada bueno: ¿está con su hermanastra, cuidando de ella, y está bien, y resulta que la hermanastra en cuestión está aquí y ahora muerta? ¿Tú sabías algo de alguna hermanastra? ¿Alguna vez te había dicho algo?

Marina la miraba nerviosa. No sabía hasta dónde hablar. La presencia de Hugo la tenía paralizada.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó Hugo—. Me estoy perdiendo, y si vamos a trabajar juntos como un equipo, no tiene mucho sentido que tengamos secretos entre nosotros. O sea, gordi, a mí me la suda en quién piensas cuando cierras los ojos y te tocas el coño, y más aún a quién se la chupes fuera del trabajo; si tuviese que contaros yo con cuántas y cuántos me enrollo cada semana, no haría otra cosa, pero si guarda algún tipo de relación con esta investigación, pues te jodes y te aguantas, pero es mejor que todos lo sepamos todo.

—Lo siento —dijo Loor mirando a Marina a los ojos—, pero tiene razón. —Marina bajó la vista y asintió.

—No sé nada de ninguna hermanastra, jamás la mencionó, pero intentare averiguarlo.

—De acuerdo. Investiga también a su padre. Y ya que estás, a toda su familia. Si tiene un primo escocés que despelleja ovejas en Aberdeen quiero saberlo.

—¿En dónde?

—En Aber... Es igual. Coteja lo que encuentres con lo que ya sabes y, si puede ser, mañana dime algo. Desde luego mañana mejor que pasado. Y ya que estás, intenta localizarlo. Tiene el teléfono apagado, Axel lo ha estado llamando y no da señal. Prueba tú también y déjale algún mensaje por si en algún momento lo enciende. Vamos a intentar que tenga la tentación de devolver las llamadas.

—De acuerdo. —Marina recogió el bolso de encima de la mesa y apagó el ordenador—. Si no necesitas nada más, me piro. Demasiadas emociones juntas. Necesito dar un paseo y que me dé el aire.

Loor la miró y no dijo nada. Se dirigió a Hugo.

—Tú

—Yo —dijo él.

—Estoy pensando.

Loor sacó un cigarro de la cajetilla de Marlboro y se lo colocó en los labios. Necesitaba una calada, una al menos. A la mierda. Cogió el mechero y lo encendió. Le dio tres tiros rápidos y lo apagó en el cenicero.

—Joder, esto es otra cosa —dijo—. Ya puedo pensar con más claridad.

—Gordi... Sí que te has tomado a pecho lo de ser jefa, pareces Axel.

—Calla, coño. Ya sé qué quiero que hagas. —Loor fingió una sonrisa, como un payaso castigado—. Huguito, como buen *potaxie*, quiero que vigiles a este tipo. —Loor sacó el móvil y le enseñó una publicación en X desde la cuenta del diario *Planeta*, en la que señalaban la aparición de un posible sospechoso, acompañada de una foto—. Es Abdel El-Abdellaoui. Axel y yo hemos hablado ya un par de veces con él. Ahora mismo es el principal sospechoso. Se mueve por Lavapiés con otros cuatro o cinco marroquíes. Si no lo han trincado aún es porque no tienen nada contra él; es posible que alguien quiera cargarle el muerto; en cualquier caso, ándate con ojo: no son la Camorra napolitana, pero esa gente puede ser peligrosa.

—¿Esa gente? —preguntó Hugo. Loor suspiró y se acordó de Axel.

—No empieces tú también con esa mierda del racismo, no tengo tiempo para sutilezas.

Loor no dijo nada más y se encaminó hacia el ascensor. Alguien quería verla.

La música no estaba demasiado alta, pero sí lo suficiente para filtrarse a través de la puerta. Antes de abrirla, la subinspectora

Lorena Galván y su pericia policial se activaron, sacó el móvil, buscó algo y esperó. Cuando consiguió la información que necesitaba, llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, entró.

Abelardo Zamora la estaba esperando en su despacho sentado en el sofá, descalzo, con los pies encima de la mesa, los ojos cerrados y concentrado en los giros imposibles de los dedos de Miles Davis en su trompeta en el histórico álbum *Kind of Blue*. A Loor no le gustaba demasiado el *jazz* y tampoco la gente obsesiva. Y aquí había un patrón, una obsesión. Si alguien era capaz de detectar algo así era ella.

—¡Qué faena lo de Axel! —fue lo segundo que dijo Abelardo después de indicarle a la subinspectora que podía pasar y ponerse cómoda.

A Loor le pareció que lo de cómoda iba con retranca, y Zamora no era gallego.

—Quería verme.

—Quería mostrarte mi confianza. No las tengo todas conmigo con que seas capaz de gestionar un caso tan complejo y lleves su resolución a buen puerto, pero con tu compañero me encontraba exactamente en la misma posición, así que la cosa no cambia mucho. No tienes de qué preocuparte.

—Muchas gracias, es un alivio.

—La cuestión es —Abelardo se incorporó— que, una vez que ha aparecido el cuerpo sin vida de Bárbara, ya no tenemos tanta urgencia ni tanta prisa. No quiero parecer insensible, pero la realidad es esta.

—Si alguien lo escuchara, podría pensar que no tiene demasiado interés en encerrar al culpable. —Loor trató de decirlo sin que pareciese un ataque y no sabía si lo había conseguido.

—Conozco bien tu expediente.

—¿Qué quiere decir?

—Que me preocupa resolver el caso y me preocupas tú. Veo que no lo has tenido fácil y que te cuesta mantener el control, pero también me han informado de que eres una persona muy capaz y con un instinto fuera de lo común. Lorena, eso no se enseña, se tiene o no se tiene y, según parece, tú lo tienes. No lo

desaproveches, ve con cautela, mantén la calma y entrégame en bandeja al asesino de Bárbara. Pero sin líos, sin bajas... No sé si me explico.

Loor necesitaba salir de allí cuanto antes. No se le daba bien recibir elogios, no se fiaba, no se lo creía. Y necesitaba un cigarro.

—Lo intentaré —respondió.

—Confía en ti y en tu equipo, en nadie más.

Loor se puso de pie. En su cabeza revoloteaban varios interrogantes: ¿a qué se refería? ¿De quién no se podía fiar? ¿Estaba tratando de decirle que dejase a David Miller, el de la UCO, al margen de sus avances? ¿Se refería a la prensa? ¿O era algo peor?

—Si no quiere nada más...

—Solo una cosa. Haz caso de lo que he dicho en la reunión y ve a por el marroquí. Ha sido él. Y si no ha sido él, ha sido uno como él, uno de los suyos, para el caso es lo mismo. Investígalo y tráemelo lo antes posible para ponerlo en manos de la justicia.

A Loor eso de «uno de los suyos» le sonó a «esa gente».

Quizá a fin de cuentas, Axel y Hugo tenían razón. En su caso, lo achacaba a falta de tacto y por atajar, pero en su jefe le pareció un comentario racista. Iba a tener que revisarse.

—Pensaba que no tenía prisa, o eso me pareció entender.

—Lo que no quiero es que pierdas el control y des un paso en falso, no quiero que te precipites, por eso te indico el camino. La opinión pública ya ha bajado el pulgar, ya tienen a su culpable, haz tu trabajo y hazlo bien, pero mira donde te digo.

Loor no dijo nada más, ni siquiera se encogió de hombros. Abelardo Zamora estaba empezando a provocar en ella un efecto parecido al que provocaba en Axel. No le gustaba estar junto a él en calidad de primer espada.

—Puedes irte.

Loor se dirigió hacia la puerta.

—Ah, Lorena...

Eso de «Lorena» estaba empezando a tocarle los ovarios.

—¿Sabes qué es esto que suena?

—*Jazz* —respondió Loor forzando una sonrisa.

—Es el histórico álbum *Kind of Blue*. Lo grabaron en el año...

—Mil novecientos cincuenta y nueve —dijo Loor—. Miles Davis y John Coltrane, entre otros. Historia de la música.

Abelardo no movió un músculo. Se limitó a decir:

—Me dejas impresionado. Y ya que lo sabes todo, ¿Sabes por qué lo he elegido para esta ocasión?

—Sí, claro: porque tiene un carácter obsesivo compulsivo como el mío y esa mierda le relaja —dijo señalando con la cabeza el giradiscos junto a la ventana, y se mordió el labio mientras esperaba una respuesta.

Abelardo Zamora soltó una carcajada.

—Me gusta, Lorena. Eres pura improvisación. Tu espontaneidad casa muy bien con esta música. Pero no, no es eso. He escogido esta pieza porque es la sesión que cambió la vida de John Coltrane. Su virtuosismo al saxofón era un secreto a voces, pero no fue hasta que se separó de Miles Davis y voló en solitario cuando logró convertirse en uno de los más grandes. Tenlo presente.

Loor, ahora sí, se encogió de hombros y salió, sintiendo que le picaba todo el cuerpo. Era alérgica a los despachos grandes.

Cogió el móvil para llamar a Hugo y decirle que se encargaría ella misma de los marroquíes. Entró en WhatsApp y, al empezar a escribir, cambió de idea. Decidió confiar en su compañero y que fuese allanando el camino. Además, su presencia en Lavapiés por tercera o cuarta vez en tan poco tiempo solo iba a generar más crispación entre los vecinos. Ahora necesitaba otra cosa, ella y el caso: la dirección del novio de Bárbara. Había llegado el momento de hacerle una visita.

Diez minutos después, Loor recibió un mensaje de vuelta con un nombre y una dirección: Nando Torrado, calle Donoso Cortes, 8.

Axel se habría vuelto loco de curiosidad y se habría puesto un poco celoso ante la eficiencia de Hugo para conseguir cosas. Ya lo echaba un poco de menos.

Cerró la ventana de WhatsApp y se le abrió Shazam: su última búsqueda antes de entrar al despacho, *Kind of Blue*, Miles Davis, 1959. ¿A cuento de qué iba a saber ella qué carajo era esa música improvisada del infierno? Bajó a la calle y se encendió un cigarro.

Soltó el humo como si llevase cien años sin fumar y con el humo expulsó también la tensión de lo que se le había venido encima.

Se dirigió al metro dándole vueltas a las últimas palabras del gran jefe. Sabía bien a qué se refería Castillitos, otra cosa es que estuviese de acuerdo: John Coltrane era un negro de Carolina del Norte pasado de peso y ella una zumbada de cuarenta y ochco kilos de Casalgordo. No veía demasiadas similitudes.

Y siendo justos, Axel molaba más que Miles Davis.

23

Si vivir es librar una batalla invisible contra la muerte, en el hospital Ribera Povisa de Vigo esa batalla era visible. Muy visible. En Oncología, Radiología, Urgencias y, sobre todo, en la Unidad de Cuidados Intensivos, la UCI, zona reservada para los pacientes con mayor riesgo de no sobrevivir y para aquellos que necesitaban una atención total y absoluta.

Cuando el Inspector Axel Nash llegó a la sala de espera, se encontró el miedo de frente. El suyo y el de familiares ávidos de información, esperando impacientes que llegase la hora de visita y se abriese la puerta que les permitía acompañar durante unos minutos a sus seres queridos.

La incertidumbre. Eso es lo peor, no saber si las ganas de vivir serían suficientes.

Sentada en uno de los asientos de plástico que formaban una fila en un lateral, Axel la vio. Con la cabeza entre las manos y un peso insoportable tirando de sus hombros hacia el suelo: el cansancio, ese rival invencible cuando pasas noches en vela dándole vueltas a todo. Se sentó a su lado y le tocó un hombro.

—Hola, Noa.

Ella se irguió y reveló su rostro limpio, higiénico, sin rastro de maquillaje. Poseía una belleza tranquila, libre de ornamentos. Llevaba una camiseta blanca de manga larga con un logo discreto, unos vaqueros negros desgastados con el bajo roto, unos calcetines de rayas azules y negras, unas Vans clásicas de bota y el pelo suelto, largo, limpio y sin cepillar.

—Perdona, Axel. No te he sentido llegar. —Su acento era suave, cantarín y meloso. Una trampa mortal.

—No pasa nada. ¿Qué tal está?

—No lo sabemos. Tu hermana está abajo en la cafetería. Me ha dicho que ahora sube, aunque tampoco sabe mucho más. Ahora nos dirán cómo ha pasado la noche.

En un gesto instintivo, Axel consultó el reloj de su muñeca, pero seguía apagado. Sacó el móvil, e ignorando todas las notificaciones, comprobó que eran las 12:55. Cinco minutos más y podría entrar a ver a su madre.

Axel y Noa se mantuvieron en silencio hasta que Gemma apareció con dos vasos de plástico humeantes y le tendió uno a Noa.

—¿Qué tal, hermano?

Sus rasgos, duros y marcados, ocultaban peor la preocupación.

—Pues no muy bien. ¿Cómo ha podido pasar, Gemma?

—No lo sabemos. Los médicos nos han dicho que a veces pasa y que estas primeras horas son cruciales.

—¿Cuándo tenía la prueba?

—Mañana. Ahora ya no va a querer hacérsela hasta el día que se muera. Ya la conoces.

Y esperemos que ese día esté lejos, porque ya te adelanto que no estoy preparado para que se abra esa puerta y me digan que mi madre se acabó.

Lo que le habían contado a Axel por teléfono era que había sufrido hiponatremia por dilución; Noa había memorizado el término médico. Cuando Axel le suplicó lo mismo que tantas veces le había suplicado a su amigo el forense Cristobal Rivas en escenas del crimen, es decir, que le hablase en cristiano, ella le detalló la situación.

Y la situación se resumía en que Adela, que estaba preparando su cuerpo para someterse a una colonoscopía, había ingerido demasiada cantidad de agua en muy poco tiempo y se había intoxicado, y eso había provocado que los niveles de sodio y potasio y otros electrolitos bajasen hasta niveles muy peligrosos.

Tan peligrosos que había entrado en coma.

Axel no pudo evitar pensar en aquella canción del grupo vigués Def con Dos titulada «Pánico a una muerte ridícula»:

Electrocutarse al cambiar una bombilla.

Suicidarse sin mirar La Primitiva.
Ahogarse en la piscina de un barco.
Desnucarse en la bañera fornicando...

Ni siquiera ellos, a pesar de dedicar horas a buscar formas ridículas de morir, contemplaron el exceso de agua. Cómo demonios se iba a morir su madre, que era inmortal, que era mala hierba, que estaba hasta arriba de vitalidad y que acompañaba las comidas con una generosa cantidad de vino y que acompañaba las cenas con otra generosa cantidad de vino, y que por el camino se metía entre pecho y espalda algún chupito de hierbas para alegrar la tarde. Cómo era posible que fuese a dejarle huérfano por beber demasiada agua...

La puerta se abrió y una enfermera ataviada con un uniforme verde, unos zuecos y una mascarilla colgando de la barbilla se acercó para pasar lista. Le indicaron a Axel que su madre descansaba en el box número 12. Antes de entrar, se giró y Gemma le devolvió un gesto de conformidad para que pasase primero.

—Aunque no esté consciente, le gustará saber que estás aquí.

Axel inspiró todo el aire que le cabía en los pulmones invocando una fuerza interna que sabía que tenía cuando se trataba de atrapar asesinos y criminales, pero que le faltaba para afrontar la visión de su madre entre la vida y la muerte, y entró.

Fue dejando atrás a los pacientes más próximos a la puerta, tratando de no mirar por respeto, y también por miedo. Tubos, cables, monitores, respiradores artificiales, oxígeno, pi, pi, pi... Se le erizó el pelo de la nuca.

Lo peor fue cruzar la zona de aislamiento. Allí vio a un chaval, que según pudo escuchar en la sala de espera, había sufrido un accidente de moto casi fatal. Luchaba tumbado, envuelto en vendas. Su cuerpo mostraba quemaduras de primer grado al sesenta por ciento. Lo tenía muy difícil.

Al fondo estaba su madre.

Está dormida...

La encontró guapísima. Serena. Sin rastro de la energía extraordinaria que la hacía tan especial y que a veces la llevaba a crisparse. Transmitía paz y eso podía tomarse como una buena señal.

—Hola, mamá.

Axel le acarició un pie por encima de la sábana y se sentó junto a ella. Comprobó que todos los monitores emitían señal, que los pitidos era intermitentes y que las líneas se curvaban arriba y abajo. No era capaz de descifrar nada, era un idioma ininteligible para él, pero había visto suficientes capítulos de *Urgencias*, *House*, *Anatomía de Grey*, *Hospital Central* y *The Pitt* para saber que no hay nada peor que una gráfica que no se mueve: solo podía significar que el capítulo llegaba a su fin.

—No te me vayas a morir ahora, ¿eh, viejiña? Con la de veces que he querido matarte yo, no me vayas a hacer este feo. Además, Martita te necesita, me lo ha dicho Noa. Están muy preocupadas, ¿sabes? Ya me he enterado de que ahora sois superamigas. Si es que tú, con tal de ponérmelo más difícil, cualquier cosa, ¿eh, bandida? ¿Sabes que he conocido a alguien? Como lo vas a saber si no te he dado ni media pista. Había pensado venir en unos días para contártelo, pero con el percal que tienes aquí montado y que estás todo el día con tu nieta y tu..., bueno, y con Noa, pues no sabía yo cómo te iba a sentar. ¿Ves como todavía te necesito? Deja de hacer el parvo y ponte buena, ¿vale?, que todavía...

—¿Es usted su hijo?

—Sí, doctor, su hijo mayor. —Axel se levantó y se sintió ridículo por darse una importancia en la jerarquía familiar que no venía a cuento—. ¿Cómo se encuentra? ¿Va a sobrevivir?

Más te vale decirme que sí, artista, porque me desmayo aquí mismo y no veo camas libres.

Los dos hombres se miraron a los ojos. El inspector de policía Axel Nash estaba habituado a tratar con criminales que escondían secretos inconfesables, que ocultaban la verdad para evitar la cárcel, ciudadanos acostumbrados a mentir desde la más tierna infancia, gente que no le decía la verdad ni al médico, y ahora era precisamente al médico al que Axel pretendía extraérsela. Se fijó en

su mirada, era lo único que tenía: la mascarilla le tapaba boca y nariz y el gorro desechable de polipropileno escondía el cabello. Y a pesar de su experiencia en este campo de separar el trigo de la paja y detectar la verdad, en la mirada marrón chocolate del doctor Borrás —eso decía la placa que colgaba de su bata—, Axel no fue capaz de leer nada.

—Todavía es pronto. Las primeras horas son fundamentales y lo ha hecho muy bien, es una campeona. Se nota que es una mujer muy fuerte... Tiene muchas ganas de vivir.

Si yo le contase... Muchas. Aunque ella diga siempre lo contrario y esté todo el día quejándose.

—Ha pasado la noche tranquila y está recuperándose. El comportamiento es bueno.

Axel experimentó la sensación de alivio en la garganta, el triple nudo se aflojó un poco.

—Muchas gracias, doctor.

—Pero entiéndame...

Viene la de arena.

—No pretendo curarme en salud ni nada por el estilo, pero en la UCI todos los pacientes están en riesgo. El caso de su madre es muy particular. Es una mujer mayor.

Ochenta y tres va a cumplir.

—Y eso complica la recuperación. En este tipo de cuadros médicos, que son tan rápidos, hay que intentar por todos los medios mantener la calma. Las próximas horas son definitivas y nos indicarán, sin lugar a duda, qué camino tomar.

¿Este qué me está queriendo decir? Porque no me está gustando nada.

—¿Me está intentando decir, doctor, que quizá mañana mi madre esté totalmente fuera de peligro o que quizá...? —Axel hizo una pausa, no sabía cómo decir lo que tenía que decir. Bajó la voz para que nadie lo oyese. No se fiaba del oído de su madre ni estando en coma—. O que quizá mañana... No me haga decirlo, doctor, usted ya me entiende.

—Haremos todo lo posible, se lo aseguro. —El doctor Borrás agarró a Axel del brazo, lo apretó con fuerza—. Y ahora si me

disculpa...

Madrid, mismo día, misma hora

—¿Perdona?

—Que si me puedes pasar más el beicon.

—¿Estás segura? Porque entonces ya no es la hamburguesa de la casa. En todo caso, será la hamburguesa de la casa con el beicon chamuscado.

Loor se encogió de hombros. Llevaba años sin detenerse en su hamburguesería favorita del mundo: Don Oso, un clásico sin paliativos, rotundo; un lugar modesto y tradicional donde tomabas un pan de toda la vida con un disco de carne de toda la vida, un queso en lonchas de toda la vida y un beicon en tiras de toda la vida, un tercio de Mahou bien frío, y una ración de patatas fritas de las de toda la vida. Un bocado inolvidable.

Dos hombres entrados en años, y en kilos, vestidos con el uniforme del local —un polo rojo fusionado con una capa de grasa que le daba un tono granate—, trabajaban a cuatro manos cocinando filas y filas de hamburguesas con la fiabilidad de una fábrica alemana de Volkswagen. Si algún día la inteligencia artificial tenía pensado conquistar el mundo y arrebatar al grueso de la humanidad sus puestos de trabajo, a estos dos escultores cárnicos no les iba a faltar trabajo.

Porque la IA puede replicar muchas cosas.

Pero la IA no tiene alma.

El local estaba a rebosar de estudiantes y nostálgicos, todos ellos portadores de un paladar exquisito y de una cartera ligera.

Uno de los dos cocineros, que no chefs, dejó la hamburguesa de Loor envuelta hasta la mitad en papel blanco sobre la barra. La dejó del revés, bocabajo, otro de los sellos distintivos del local. Y mientras abría la nevera para darle a la subinspectora la segunda cerveza, le

hizo un gesto para que se limpiase los restos de kétchup que asomaban en la comisura de sus labios.

Con la boca llena, Loor se disculpó.

—Joder, está que flipas.

Con el estómago también lleno y la dosis necesaria de alcohol en sangre para no sentirse rara, Loor caminó hacia Bravo Murillo hasta llegar a la esquina con la calle Magallanes.

Llamó al telefonillo y esperó. No había elaborado un plan, pero tampoco quería dejarlo todo a la improvisación. Había hecho eso cientos de veces, pero siempre desempeñando un papel secundario, siempre actuando como Terence Hill, como Robin, como Sancho Panza.

Ahora no estaba Bud Spencer para repartir mandobles con ella.

No estaba Batman para infundir miedo con susurros lijados.

No estaba don Quijote para...

—¿Quién es?

El edificio era antiguo y el interfono no llevaba cámara incorporada. Loor pensó rápido, tenía que actuar. Una pregunta le vino a la mente: ¿cómo lo haría Axel? Y la solución apareció sola.

—Soy yo.

Un segundo. Dos. Tres.

Y el zumbido de la puerta al abrirse: estaba dentro.

Subió por escaleras hasta el primer piso. La puerta estaba entornada y nadie esperaba para recibirla. Llamó con los nudillos y esperó.

Un segundo. Dos.

Volvió a llamar.

Tres.

—Pasa, coño.

Gracias, Axel.

La casa daba pena. Una pocilga de setenta metros cuadrados sin reformar, que podría funcionar para rodar series de época, de una época bañada en heroína y sida, aunque Loor en la mesa del salón solo vio un billete enrollado, un carnet y restos de coca.

Un tipo delgado y nervudo estaba tirado en el sofá. No tenía aspecto de estar pasando una buena racha. Olía como la casa, a

derrota. Se incorporó al ver que tenía visita.

—¿Tú quién coño eres?

—¿Qué pasa, Nandito? ¿Le abres la puerta a cualquiera o es que ya tienes otra novia? No han pasado ni dos semanas desde que estás soltero y ya te estas zumbando a otra. Joder, tronco, con el cadáver todavía caliente. ¡Qué puto asco das!

—Me cago en tu put... —Nando Torrado se puso de pie y tensó los músculos. No era mucho más alto que Loor, pero sus brazos no eran ninguna coña. Ella lo devolvió de un empujón al sofá.

—Tranquilo Nandito, no hagas ninguna tontería. Siéntate un momento, que solo quiero hablar contigo.

—Sal ahora mismo de mi casa o llamo a la policía. —Se volvió a poner de pie.

—A buenas horas. —Loor se sentó en el sofá—. Venga, no te pongas intenso. Te prometo que no voy a tardar.

Nando Torrado llevaba unos calcetines blancos de Artengo, un pantalón corto de la equipación suplente del Atlético de Madrid y una camiseta de tirantes blanca en la que se leía «Hoy follo». Loor no supo si sentir vergüenza ajena o pena, y afloraron las dos cosas. Decidió mirarlo directamente a los ojos, que eran oscuros y grandes y no escondían gran cosa: la droga había hecho su trabajo. Aunque la vista se le iba a la nariz, chata y roma, como si se la hubiesen roto más de una vez.

—Solo quiero hacerte unas preguntas. Te prometo que son fáciles.

Con un movimiento ágil, Nando se abalanzó sobre el sofá. El ataque pilló a Loor prevenida porque no hay nada más previsible que la estupidez. Dos segundos más tarde, la nariz del novio de Bárbara Coll se hacía hueco en el parqué. Su forma aplastada jugaba a su favor. La rodilla de la subinspectora descansaba sobre la nuca sin presionar demasiado. Tenía los brazos de él a la espalda, como si fuese a esposarlo. Loor pensó que quizá eso no lo hubiese hecho Axel, pero ella sí. Sonrió al ser consciente de que estaba desempeñando los dos papeles a la vez.

—Mira que te lo avisé, ¿eh? —Nando se revolvió y ella apretó con más fuerza—. A ver, tonto polla, tenemos dos opciones: te hago las preguntas y escupes las respuestas contra el suelo, o te tranquilizas,

te sientas y me contestas como una persona normal. Solo quiero hablar de tu novia.

—Exnovia.

—Bueno, lo que sea, me la suda. ¿Qué opción eliges?

—Suéltame.

—¿Eso es lo que eliges? Te voy a soltar, pero cómo habrás podido adivinar, llevo una pipa y estás acabando con mi paciencia. Y como también sabes sumar, sabes que dos más dos son cuatro, así que no tientes más a la suerte.

—¿Eres poli? —La saliva de Nando salpicaba el suelo. Loor se dio cuenta de que el tío que tenía aprisionado estaba deseando que le dijese que sí, y eso no hablaba muy bien de su futuro.

—Déjame que haga yo las preguntas. Y si me tranquilizas con un poco de información, no tienes de qué tener miedo.

Loor fue aflojando poco a poco la presión. Estaba en guardia como un felino, un puma que suelta a su presa sin quitar la vista de los peligros que acechan a su alrededor. La presa no reaccionó, se había amansado, y Loor le ofreció un cigarro de su cajetilla de Marlboro.

—No se puede fumar aquí.

Loor soltó una carcajada.

—Ves, ahora me has caído bien. —Se encendió un cigarro y soltó el humo apartando la cara—. Para ti ya no hay, por tonto.

La subinspectora plantó su culo en el brazo del sofá y le indicó a Nando Torrado que se sentase al otro lado. De esa forma guardaba la distancia de seguridad, por si volvía a intentar otro ataque, y al mismo tiempo le hablaba desde arriba, por si la jerarquía en la conversación no había quedado lo bastante clara. No le pareció que el muchacho fuese de los que entienden las cosas a la primera.

—Vamos a empezar por el principio. ¿Dónde estabas la noche del día veintiséis? Y no me contestes con una pregunta porque vas a terminar tocándome los cojones. Nada de... —Loor puso voz de imbécil— «¿estoy acusado de algo?» ni mierdas por el estilo.

Nando meditó bien la respuesta, y no porque estuviese eligiendo las palabras más adecuadas.

—Estuve con ella la noche que murió.

—No murió, la mataron.

—Yo no la maté.

—Convénceme, y como digas que quieres un abogado, vuelves a comer suelo.

—Estuvo aquí esa noche. Estuvimos cenando algo y después se fue, había quedado.

—¿Con quién?

—Bárbara quedaba con mucha gente. No le llevaba la agenda. Cuanto menos supiese, mejor para los dos.

—No me estás convenciendo mucho. Querrás decir mejor para ti, si no, suena a que se lo podías hacer pasar mal.

—A nadie le gusta que se follen a su novia y muchas veces explotaba, pero nunca le habría hecho daño. Fueron ellos.

—¿Quiénes son ellos?

—No lo sé con seguridad, pero los últimos meses, Bárbara andaba metida en alguna movida chunga. Cada vez nos veíamos menos. Y esa noche decidimos que se había acabado.

—Ya te he dicho que me la suda la salud de vuestra relación. Quiero saber quiénes son ellos.

—Otra vez, ¡que no lo sé! Gente importante.

—¿Cómo de importante?

—Importante como para matarla y que no les puedan hacer nada.

—¿Clientes VIP?

—Algo así.

—¿Y cómo coño accedió a ese mundo? No te ofendas, pero es un salto muy grande de un pringado como tú a gente tan, como tú dices, importante.

—Pregúntaselo a su padre, él sabe más que yo, aunque Bárbara tampoco le hacía puñetero caso. Pero cuando hables con él, pasa de decirle que has hablado conmigo. Ese tío no está bien de la cabeza y no me fío nada.

—¿Le tienes miedo?

—Yo no le tengo miedo a nadie, pero prefiero no tenerlo cerca. Y si fuese tú, tampoco me acercaría mucho.

—Vamos con la pregunta del principio, Nandito, que no me la has respondido y eso me deja intranquila: ¿qué hiciste la noche que la

mataron?

—¿Te refieres a cuando se fue de aquí? —Loor no contestó. Nunca le gustaron las preguntas retóricas—. Estuve aquí con una amiga. Bárbara y yo tuvimos una bronca, rompimos y necesitaba desahogarme.

—Con la tía a la que pensabas que le abrías la puerta hoy, ¿no?

—No sé cómo he podido confundirme, tú tienes la voz mucho más sexi.

Loor dio una calada al cigarro y expulsó el humo apuntando a la nariz de Torrado, desde tan cerca parecía aún más redonda, como una peonza inválida.

—No me toques los huevos, Nandito Ya te lo he dicho, la paciencia no es mi mayor virtud. ¿Ella lo corroborará si le preguntó?

—Supongo, aunque quizá quiera joderme. No está muy contenta conmigo en estos momentos.

Loor recogió los datos de Gabriela Borque, así se llamaba la amante de Nando Torrado, y se puso de pie.

—Me piro —anunció.

—Oye —El tono de voz de Nando lo delató, estaba asustado—, sé que en estos casos el principal sospechoso siempre es el novio. Y después va el amante. Pero este no es un caso normal. Yo no la maté. Y Bárbara tenía muchos amantes, cualquiera de ellos pudo hacerlo.

—Gracias por el consejo —dijo Loor desde la puerta—. Mira por donde, yo a ti te voy a dar dos. El primero: adopta un gato o ponte una camiseta de manga larga si no quieres que todo dios piense que eres un asesino.

Nando se tapó los brazos con las manos, pero los arañazos estaban por todas partes. Se ruborizó.

—Tuve movida en el bar el otro día.

—Te encanta contarme tu vida y no sabes lo que me la suda. Puedes meterte tus mentiras por el ojete. Si has matado a Bárbara, lo voy a descubrir y te voy a joder vivo.

—¿Cuál es el segundo consejo?

—Ah, sí: deja de ver tanta mierda de polis en Netflix y limpia un poco esta cuadra.

Loor salió pensando que tenía que ordenar, que no limpiar, su apartamento en la calle Atocha. No esperaba visitas, pero no quería que la tratasen así.

La tortilla, con cebolla, estaba líquida. No era de Betanzos, pero era un mito de la ciudad: el Carballo, el del centro de Vigo, junto a María Berdiales.

—¡Cuántos años hacía que no veníamos a este sitio! —Axel le dio un sorbo al tercio de Estrella Galicia.

—Pues tendríamos la edad de la niña, no mucho más. —Noa lo miraba fijamente a los ojos.

Su tenedor estaba intacto, no había probado bocado. —¡Qué dices! Pero si tiene quince años...

—Pues por eso.

—¿A qué hora te dijo que venía?

—Hace media hora que tenía que estar aquí, pero es como su padre, jamás llega puntual.

¡Su padre!

A Axel se le ensombreció el rostro. Una puñalada le cruzó la mente. Le agradecía a Noa que naturalizase el tratarle como al padre de Marta, pero, por un lado, se sentía presionado, y por otro le recordaba que eso no era cierto.

¡No hay dios que me aguante!

—¿Estás nervioso?

¿Quién yo? ¿Nervioso yo? Jajajá, nervioso dice.

—Pues a lo mejor un poco. Hace mucho que no nos vemos y que no pasamos tiempo juntos y nunca he tratado con una adolescente. No sé si voy a saber hacerlo.

—Nadie sabe.

—No me consuela.

—No pretendía consolarte. —Axel sonrió.

—¿Qué tal estás, Noa? Tenemos un rato hasta volver al hospital y hasta que llegue Marta. Me gustaría que me dijeses la verdad.

—Estoy bien. Depende del día. Pero estoy bien.

—¿Sigues teniendo pesadillas?

—¿Quieres que te diga la verdad?

—No lo sé.

—¿Por qué me lo preguntas entonces?

—Ya te lo he dicho. No sé tratar con adolescentes. —Noa se rió.

—Imbécil.

Su sonrisa seguía tan limpia como siempre, tan honesta. Un brote de felicidad repentino e imprevisible que llega sin avisar y destruye de un plumazo el muro de contención más robusto que el ser humano haya sido capaz de construir.

Mierda.

—¡Axeeel!

Dos brazos delgados como dos cables de alta tensión rodearon a inspector por la espalda, y una cara que conocía bien, pero que cambiaba cada minuto por culpa de las hormonas, se apoyó sobre su hombro.

—Pero bueno, ¿qué pasa, tía?

Marta deshizo el abrazo y se colocó delante del inspector, que en ese momento no tenía ni idea de a qué se dedicaba, cuál era su profesión ni en qué consistía su vida cuando estaba en Madrid.

—¿Qué tal está la abuela?

—¿Cuánto sabes?

Marta miró a su madre. Noa le indicó que cogiese una banqueta y se sentase con ellos en la mesa. Ella obedeció.

—La abuela está en el hospital —dijo Noa—. La están cuidando mucho.

Axel y Marta asintieron a la vez, conformes ambos.

Mírala, qué madre tan desenvuelta.

—Estás enorme, tía. Has crecido muchísimo desde la última vez.

—Es que cada vez vienes menos a vernos.

—Marta. —Noa miró a su hija abriendo mucho lo ojos y después a Axel con cara de «a mí no me mires».

—¡Qué! No pasa nada, es la verdad.

—Tienes razón, intentaré venir más —dijo Axel—. Pero tía, no es fácil ser un maldito héroe y salvar vidas a diario. —Marta sonrió.

—No te flipes, anda. —Le dio un puñetazo en el hombro—. Y otra cosa, no me llames tía. Pareces un padre así como viejo haciéndose

el moderno, ¿sabes?

—Bueno, es que soy un poco eso.

—¿Perdona? ¿Tú estás seguro de que quieres que volvamos a tener esa conversación sobre mi padre?

Axel, que estaba dando un trago, casi escupe la cerveza sobre la mesa. Miró a Marta y luego a Noa, que volvió a poner su cara de «a mí no me mires».

—Lo sentimos, ha heredado tu sentido del humor —dijo Noa.

Unos meses antes, más de doce, Axel y Noa le habían explicado a Marta la historia de su padre. Por encima. Sin entrar en detalles.

Sin entrar en los detalles que decían que su padre era un violador, que había agredido a Noa cuando tenía diecisiete años y que ahora estaba felizmente bajo tierra con un tiro en el pecho. Le habían contado que su padre había muerto antes de que ella naciese.

Mentira.

Que Axel la quería como a una hija.

Verdad.

Y que estaría a su lado siempre que ella lo necesitase.

Más o menos.

—Oye, basta ya de pullitas, eh. Ya veo que estáis muy compenetradas las dos, pero os recuerdo que aquí el que tiene una pistola cargada soy yo.

Los tres se rieron. Un zumbido sonó y distrajo su atención. Axel sacó su móvil, pero no había nada.

—¡Bueno, me piro! —dijo Marta contestando un whatsapp al mismo tiempo.

—¡Acabas de llegar! —dijo Axel.

—Lo siento, T-Í-O —dijo la niña mascando cada letra—. ¿Te quedas a dormir en casa?

Adiós.

—Eeeh..., bueno..., la verdad...

Coño, Noa, ayúdame, sácame de aquí.

Noa no movía un músculo y observaba la escena, divertida.

—Había pensado en pasar la noche en casa de mi madre.

—Por eso.

—¿Cómo que por eso?

—¿Ves como hace mucho que no vienes? —dijo Marta—. No te enteras de nada.

—Hace unos meses que nos mudamos a casa de tu madre —dijo Noa.

¿Perdona?

—A ella le encanta pasar tiempo con su nieta y a nosotras nos encanta cómo cocina.

—Pero...

—Ahora te lo explico bien.

—Uy, sí, explícaselo. Me voy. —Marta se acercó a Axel y le dio un beso fuerte en la mejilla.

—¡Hasta luego, papi!

Papi.

La niña se fue dejando sobre la mesa una bomba termonuclear de cincuenta megatones de trinitrotolueno que se llevó por delante la resistencia, la seguridad y la valentía de Axel.

La onda expansiva alcanzó su corazón.

Y lo hizo añicos.

—¿Qué tenéis para mí?

A Loor le estaba empezando a gustar eso de ser jefa. Utilizaba expresiones que le había escuchado a Axel en alguna ocasión. Por un lado, le daba seguridad, pero por otro temía que alguien se diese cuenta de que su modo de operar era por imitación.

Marina fue la primera en contestar, a pesar de que Loor se había dirigido a Hugo.

—Creo que tengo algo. —Un mechón rizado le cayó sobre la frente mientras consultaba unas anotaciones en una libreta.

—Gordi, que no eres Colombo. Usa las notas del móvil para apuntar movidas, que no tienes setenta años.

—Calla, coño, no me la distraigas —dijo Loor.

—Haré como que no te he escuchado —puntualizó Marina, y colocó un índice sobre una de las hojas—. Aquí está.

—¿Has sabido algo de Ortiz? —preguntó Loor, que se estaba impacientando. Marina negó con la cabeza.

—¿De su hermanastra? —añadió Hugo.

—¿Me vais a dejar hablar?

—Sí, sí, pero venga. ¿Qué has averiguado?

Marina se colocó el pelo detrás de la oreja.

—Ortiz no coge el teléfono, ni siquiera da señal, vaya. Lo tiene apagado. Pero tengo algo mejor: su padre tiene antecedentes.

—¡No jodas!

—Hace unos años fue acusado de maltrato, violencia de genero. No pisó la cárcel, la denuncia no prosperó.

—¿La madre de Ortiz?

—La madrastra: Bárbara y Ortiz comparten padre, pero no madre. La del comisario murió hace años.

—Vale, ¿y de qué murió?

—Cáncer.

—Vale, sigue.

—La denuncia fue retirada antes de que lo procesaran y le pusiesen una orden de alejamiento. Y ahora nadie sabe dónde está esa mujer, está desaparecida, aunque nadie ha denunciado su desaparición. Se supone que ha huido de las garras de ese desgraciado, pero quizá... —Marina dejó su hipótesis en el aire.

—Quizá esté enterrada en algún lugar de la Sierra —dijo Hugo.

—Es posible. Entonces ¿por qué ha permitido que encontrásemos el cuerpo de Bárbara? —dijo Marina.

Loor se encogió de hombros.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Muy bien, Marina. Buen trabajo. Intenta localizar a esa mujer. ¿Hace cuanto dices que desapareció?

—No lo sé con exactitud, pero años.

—Vale, sigue su rastro, a ver hasta dónde te lleva. Y confirma y asegúrate de que su primera esposa murió de cáncer. No demos nada por válido con lo turbio que se está poniendo todo. —Loor se giró hacia Hugo—. Tú, dale, que tienes el listón alto.

Hugo parecía confiado. Se rascó el bigote antes de empezar a hablar.

—Venga, gordi, no te hagas el interesante —dijo Marina.

—¿Y si os digo que he visto a ese tío?

—No me digas que te lo has zumbado también —dijo Loor.

—¡Hala, hala, hala! ¡Gordi! Cómo se nota que ahora eres jefa, pareces Axel.

Loor se rascó la cabeza avergonzada y se apartó el flequillo. Tenía que volver a cortárselo.

Sin excusarse, esperó a que Hugo siguiese hablando.

—La mala noticia es que no he podido localizar al chico magrebí. Debe de estar bien escondido. He preguntado por el barrio y esos chavales están acojonados. Su nombre ha salido ya en todas partes y si la gente antes no les tenía demasiado cariño, te puedes imaginar ahora.

—¿Entonces?

—Este pavo —Hugo señaló con la cabeza el móvil de Marina— estaba en Lavapiés esta mañana. Entré a tomar un café de especialidad al típico local de moderneo *take away* esperaba en la cola a que le sirviesen. Me llamó la atención porque no paraba de mirar en todas direcciones, como nervioso. Soy consciente de que puedo estar sugestionado y que, ahora que sabemos quién es, todo es una casualidad que flipas y quizá esté sobreinterpretando, pero de verdad que ese pavo estaba buscando algo o a alguien.

—¿O quizá había quedado y su cita llegaba tarde?

—Puede ser, no me quedé a comprobarlo.

—¿Estás seguro de que era él?

—Al ochenta por ciento.

—Me vale. Merece la pena intentarlo. Buen trabajo, chavales. Voy a decir lo que os diría Axel en mi situación. —Los dos esperaron—. Me piro.

—Eso lo dirías tú, no Axel. ¿A dónde vas?

—A Lavapiés. Me apetece un café de especialidad de moderneo... —Loor hizo una pausa y miró a Hugo.

—De moderneo *take away*, gordi.

—Hugo, hazme un favor: averigua todo lo que puedas sobre una tal Gabriela Borque.

Quiero hacerle una visita.

—Podemos ir a verla nosotros —dijo Marina.

Loor dudó, tenía sentido. Era una forma de ganar tiempo. Asintió, y les explicó que el objetivo era confirmar que la coartada de Nando Torrado era sólida.

—¡Qué guay! Por fin nos dejan interrogar a alguien. —Marina estaba eufórica.

Loor sacó un cigarro y lo dejó entre los labios.

—Chavales, es acojonante cómo estáis creciendo a mi lado.

Hugo y Marina se miraron.

Tenía razón.

Exactamente eso es lo que les habría dicho Axel

24

Axel colgó el teléfono tres minutos antes de que diesen las ocho de la tarde y cogió el ascensor que lo llevaba directo a la Unidad de Cuidados Intensivos. Allí lo esperaban Noa y su hermana Gemma.

Mientras esperaba, inspiraba y expiraba, intentando replicar lo aprendido en clase de pilates, y se dio cuenta de que no había aprendido una mierda.

Su madre, Adela.

¿Estaría bien? ¿Estaría despierta?

Lo que más le preocupaba en este mundo era que estuviese sufriendo. Le habían asegurado que no, pero cuántas veces había asegurado él cosas de las que no estaba seguro.

«Tranquilo, lo encontraremos».

«Atraparemos al que ha hecho esto».

«Seguro que pronto vuelve a casa, sano y salvo».

En ese momento se estaba arrepintiendo de todas ellas.

Axel sabía y entendía que su madre era ya una mujer mayor, muy mayor, y que es ley de vida y blablablá, si la teoría la tenía clara. Pero más le valía a esa vieja ponerse bien y estar despierta cuando él cruzase la puerta, porque de lo contrario..., no quería ni pensarlo.

Intentó apartar de su mente todo lo que acababa de contarle Loor por teléfono. La subinspectora lo estaba haciendo muy bien, estaban avanzando. Y lo del padre de Ortiz... Ahí había gato encerrado. En cuanto pudiese, iba a abrir esa trampilla y que ese gato saliese dando zarpazos.

La sala de espera no era más grande que una habitación de invitados. Noa estaba de pie. No tenía buena cara.

—¿Qué pasa? ¿Os han dicho algo? ¿Y Gemma?

Noa cogió a Axel de la mano.

—Está despierta.

Al inspector Nash se le iluminó el rostro.

—¿En serio? ¿Ya podemos entrar?

—Cuando salga tu hermana, está dentro con ella.

Axel apoyó la cabeza sobre el hombro de Noa. Una lágrima oscureció su camiseta blanca de manga larga. El inspector Nash estaba vertiendo la tensión de las últimas horas. La terapia le había desatado las emociones, y la presencia familiar de Noa había hecho el resto. Cuando se abrió la puerta, se sorbió los mocos sin hacer ruido y, sin que nadie lo viese, se secó los ojos con la mano.

—Te está esperando —dijo Gemma; por sus mejillas resbalaban lagrimones de alivio.

La noche estaba cayendo, espesa y silente, sobre Madrid, y Lorena Galván pidió el café con mucho hielo para aliviar el calor tormentoso que asolaba la ciudad. Se quitó el cortavientos negro de Uniqlo y se lo ató a la cintura, y apoyó la pierna derecha, el pie derecho y su Doc Martens en la pared. Se encendió un cigarrillo mientras esperaba a que le sirviesen. Una pareja de guiris atraídos por un Reel de Instagram se daba el lote junto a la puerta del local y un hombre de raza negra, con rastas hasta el culo y gafas de pasta amarillas, no les quitaba ojo, seguramente imaginando dónde y cómo se habían conocido y qué les había llevado hasta ese rincón del sur de Europa. Y recordando que su viaje, sin embargo, había sido en dirección contraria, hacia el norte desde el corazón de África, donde sus antepasados decidieron dejarlo todo y emigrar a España en busca de una vida mejor. Con muchos peros, mucha resiliencia y mucho tragar, la habían encontrado y ahora él se podía permitir un *flat white* de cuatro pavos.

En frente, en la plaza, un grupo de senegaleses tocaban los timbales y se movía al ritmo de los canutos de marihuana que iban rulando.

En los columpios no había nadie.

Ni rastro de los marroquíes.

Cero sorpresas.

Si Loor quería dar con Abdel El-Abdellaoui, iba a tener que adentrarse en las profundidades del barrio. Aunque no estaba allí para eso, su instinto le decía que no iba a lograr encontrar al chaval. Esos chicos estaban en boca de todos y sentían la necesidad de desaparecer. Por suerte o por desgracia, sabían cómo esconderse, eran muchos y estaban acostumbrados desde la cuna a tratar de pasar inadvertidos.

Colaboración. Eso lo tenían tatuado a fuego, como mosqueteros de Lavapiés. Todos para uno y uno para todos.

Abdul, Shariff, Munir, como Atos, Portos y Aramis.

Abdel, sin comerlo ni beberlo, se había convertido en D´Artagnan. Y no estaba ni mucho menos preparado para desempeñar ese papel.

Se tapaban los unos a los otros. Una comunidad de fugitivos que entraban y salían, que abrazaban la ley y la rehuían a su antojo. Era la única manera que conocían de poder sobrevivir.

Loor estaba allí por otra cosa: Manuel. Su objetivo era el padre de Bárbara, el padre de Ortiz. Ese cabrón estaba tramando algo. No sabía si con la UCO, si con el gran jefe o con quién, pero estaba en todas las salsas y eso solo podía significar una cosa: ese perejil no era un padre preocupado por su hija, por su desaparición y posterior muerte; no era un padre reclamando justicia, que igual también, sino un hombre involucrado de alguna forma en algo mucho más grande que una prostituta a la que la vida le había dado la espalda.

El café humeaba al contactar con el hielo.

Enfriar.

Esperar.

No tenía prisa. Ya había puesto la maquinaria en funcionamiento. Había llegado el momento de recolectar.

La subinspectora sacó el teléfono y llamó al laboratorio.

—Hola, ¿tienes eso? —Ante la reclamación de un saludo y un mínimo de cortesía profesional, Loor respondió—: Perdona, soy la subinspectora Lorena Galván, ¿tienes eso?

Ante la negativa, maldijo entre dientes un «mierda» que arrancó a su lado una sonrisa blanquísima que combinaba a la perfección con las rastas negras y las gafas de pasta amarillas.

—¿Cuándo crees que los tendrás?

Ante la falta de un día concreto, pero la promesa de que sería pronto, Loor colgó, no sin antes decir que volvería a llamar al día siguiente.

Presionar. Sin miedo.

Aunque le faltaba la gracia de Axel para pedir y conseguir favores, debía seguir presionando. En eso aún tenía mucho margen de mejora.

—¡Hostia!

Loor se puso de pie de un salto. La pareja de guiris se apartó y se pegaron a la pared para dejarle paso. Algo pasaba, lo había visto. En un gesto instintivo, echó la mano al cinturón para comprobar que llevaba el arma y comenzó a andar. Giró en la calle Sombrerete, estrecha y oscura.

Apretó el paso. No vio nada.

—Mierda.

Lo había perdido. ¿Era él? Era él, estaba segura.

De pronto una sombra cruzó delante de sus ojos y echó a correr a toda velocidad. Sabía que no le podía gritar que se detuviese si no quería que todo el barrio se enterase de su presencia y se montase otra vez la de San Quintín. Tiró el cigarro y tiró el café, y echó a correr detrás de él sin sacar la pistola.

Un baile de sombras entre portales.

Una persecución silenciosa.

Derecha, calle Mesón de Paredes; izquierda, calle de Caravaca; derecha... Loor no lo perdió de vista hasta el último giro. Se detuvo. No lo tenía a su alcance, no lo podía ver, pero lo sentía, ahí estaba, su respiración entrecortada, el miedo.

El sonido de las Doc Martens contra el suelo se sintonizaba como un aviso.

Conmigo o contra mí.

Loor apoyó la espalda en la pared antes de doblar la esquina de un callejón sin salida. Y esperó. Se encendió otro piti y soltó el humo haciendo ruido para que la oyese. Una *performance*, un mensaje.

Te tengo.

—¿Sales tú o te saco yo? —No hubo respuesta—. Vamos, Abdel, solo quiero hablar contigo. Si hubiese querido joderte, ya te habría

pegado un tiro en la pierna, habría pedido refuerzos y estarías desangrándote y detenido. —Silencio—. Sabes que tengo razón. —Loor volvió a expulsar el humo con energía, quería mostrarse relajada—. Escucha, sé que hay mucha gente que ahora mismo te quiere hacer daño. No te voy a contar la milonga de que estoy aquí para protegerte y de que si colaboras no te va a pasar nada. La verdad es que estás en una situación de mierda, pero si hablas conmigo y me dejas hacer mi trabajo, tal vez consiga trincar al que mató a Bárbara y demostrar que no fuiste tú. Es lo mejor que te puedo ofrecer.

Loor estaba tratando de ganarse la confianza del chaval. No iba a ser fácil. El mundo que los rodeaba les había enseñado que no se podían fiar de nadie.

Un trato. Eso necesitaba.

La subinspectora estaba convencida de que Abdel era inocente. Era su instinto quien hablaba y rara vez fallaba. Y si era culpable, estaba a una llamada telefónica al laboratorio y en veinticuatro horas podría demostrarlo.

—¿Qué quieres de mí? —El miedo se filtraba por cada cuerda vocal del marroquí.

—Ven, acércate. Asómate para que podamos hablar.

Silencio.

—Vete y déjame en paz. No quiero que nadie me vea. Esto es un puto infierno. No te imaginas, bro. Estamos sufriendo amenazas de muerte todos los días. Mis hermanos y yo, bro. Nos quieren matar y no hemos hecho nada.

—¿Dónde están los demás?

—Escondidos. Tenemos miedo. Alguno se ha ido de aquí.

—Acércate. Nadie tiene por qué saber que hemos hablado.

Una silueta que Loor reconoció como la de Abdel El-Abdellaoui se aproximó y le pidió a Loor un cigarro. Ella lo encendió y se lo pasó.

—Ahora mismo lo que menos me preocupa es que me vean hablando con la poli.

—Quiero que me digas si has visto por aquí a este hombre. —Loor le mostró una foto en el móvil, una imagen que le había pasado

Marina y en la que se veía al padre de Bárbara—. ¿Es uno de los que te ha amenazado?

—No me suena.

—Abdel, no me jodas y no me mientas.

El chaval le dio varios tiros rápidos al cigarro, la mecha estaba incandescente, el humo le salía por la nariz y la vista seguía pegada al suelo.

—Es un fijo del barrio desde hace tiempo. Ahora lo veo más, desde que pasó todo. Igual que a ti. Nunca me ha amenazado ni me ha dicho nada.

—Mírame. —Loor le agarró la cara y se la levantó—. ¿Estás seguro?

Él asintió. Iba a decir algo más cuando sus ojos se desorbitaron como los de un hombre ante su asesino instantes antes de su muerte, cuando es consciente de que todo ha acabado, que ya no hay esperanza. Algo había visto a la espalda de Loor. Ella se giró y no vio nada.

Silencio.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto, Abdel?

—Estaba ahí. Estaba ahí. Vienen a por mí.

—¿Quién, Abdel? ¿Quién estaba ahí? ¿Manuel? ¿El hombre de la foto que te he enseñado?

—Tengo que salir de aquí.

Abdel le dio un empujón a Loor y salió disparado en dirección contraria. Conocía el barrio como un cartógrafo, se movía por sus calles como Nemo en el océano, se escabullía como un shinobi en el Japón feudal del siglo xv.

Y Loor pensó que se le había escapado una oportunidad de oro.

—Estás aquí como una reina, sinvergüenza.

La cama en la que descansaba Adela parecía cómoda, llena de cojines y almohadas para que no le doliesen sus maltrechos huesos. Había adelgazado, tenía las mejillas descarnadas, los pómulos marcados, estaba pálida y despeinada.

Y aun así daba gusto verla.

—Te cambio cuando quieras, eh, listo. Te pones tú aquí y aguantas a todos estos viejos, que no veas cómo roncan y cómo se quejan por todo, y me voy yo a Madrid a hacerme la valiente con una pistola en el bolsillo. ¡No te fastidia este!

—Es verdad que tú no te quejas nada, mi amor. Nunca has sido tú de quejarte por todo.

—Nunca. Tienes razón. —Adela tenía la voz tomada, era un hilo que se arrastraba vagamente desde la garganta. Le faltaban fuerzas.

—Pero estás guapísima, eh.

—Vete a reírte de *teu pai*, anda.

—Te lo digo en serio. No sabes el susto que nos has dado. Mira que sabemos que mala hierba nunca muere, eh, pero así y todo hemos pensado que de esta no salías.

Adela amagó con sonreír. No tenía fuerzas para mucho más o las ahorraba para protestar.

—Mira a esos de ahí.

Axel se giró. En una cama contigua, detrás de una cortina mal cerrada, estaba postrado un hombre moribundo de la edad de su madre. A su lado varios familiares velaban su cuerpo inmóvil, inconsciente. Le daban una cariño silencioso y esperanzado, un calor que se transmitía sin certezas.

Eran tres, dos hombres y una mujer, y parecían hermanos.

—Llevan ahí todo el día.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Nada. Que yo me paso el día aquí sola y mira a esos. Están tres y no callan.

Axel no los había escuchado decir ni una palabra desde que había entrado en la Unidad de Cuidados Intensivos, pero su madre sabía cómo engordar una protesta.

—Hombre, mamá, a ver, yo no soy médico ni nada por el estilo, pero me atrevería a decir que tú estás bastante mejor que ese pobre hombre.

—Hombre, hijo, a ver, si te vas a poner sarcástico conmigo, llama a tu hermana y vete por donde has venido.

Ve a por otra, guapo.

—¿Ves como estás mucho mejor?

—Por lo que he oído deben de ser familia del alcalde. —Adela hizo una pausa para dramatizar y para que Axel discurriese un poco. Ante la falta de respuesta, tomó la iniciativa—. Por eso les dejan pasar.

Por lo que oído, dice. Vamos, esta lleva haciendo preguntas desde que se despertó. Vaya policía ha perdido este país.

—¿Y qué es lo que te molesta exactamente? ¿Que hagan tanto ruido... —Axel se llevó una mano al oído, el silencio era ensordecedor— o es que tienes envidia?

—Envidia yo de qué, hombre. Ya les gustaría a esos ser la mitad de buenos y de guapos de lo que sois tu hermana y tú.

Axel se rio y acarició la cara de su madre.

—Dicen los médicos que te vas a poner bien y que, si todo sigue igual, en unas horas te llevan a planta.

—Pues claro que me voy a poner bien. Me estás diciendo que te vas ya a Madrid, ¿no?

La madre que la parió. No da tregua ni en la UCI.

—Estoy con un caso muy jodido, bonita, pero hasta que estés bien del todo no me muevo de aquí. No sufras por eso.

—Por mí, vete, eh. No me tienes que hacer ningún favor. Ya me cuidan tu hermana y tu mujer.

Nada, es imposible acertar con esta persona.

—Venga, vamos a descansar un poco, mamaiña, que nos estamos alterando y no nos conviene nada.

Adela cerró los ojos. Axel aprovechó para sentarse un rato en la única butaca que había en el box. Se le amontonaban los pensamientos y las dudas. Por un lado, sentía la tranquilidad y el alivio de ver a su madre bastante recuperada, y por otro tenía que tomar la difícil decisión de regresar a Madrid antes de lo que le gustaría y mucho antes de lo que le gustaría a su madre. Y luego estaban Noa y Marta, que...

—Es el caso que sale por la tele, ¿verdad? El de la chica a la que mataron los marroquíes esos.

Boom.

—Es el caso de la chica que apareció en la Sierra y a la que no sabemos aún qué le ha pasado.

—Fueron esos, lo están diciendo en todos lados.

—No me digas. Lo descubriste tú. Pues nada, voy a avisar a mi jefe.

—Bah, mira que eres parvo.

—Ya te he dicho mil veces que no te puedes creer todo lo que dicen en la tele, mi amor. Más bien te diría que casi nada de lo que dicen en esos programas es verdad. Habla gente que no tiene ni la menor idea de lo que dice, pero que cobra por no estar callada, y cuanto más te mojes, más te llaman. Y así es imposible. Date cuenta que son siempre los mismos, y tan pronto te hablan de la última comparecencia del presidente del Gobierno, que del accidente de tren en Córdoba, que de la obra ganadora del Premio Planeta. Lo saben todo de todo y en realidad no saben nada.

—Pues tú salías en la tele antes.

¡Toma, por tonto!

—Pero yo soy más listo que nadie.

—Eso te crees tú. —Adela estiró una mano y Axel se la cogió—. Prométeme una cosa.

Se jodió.

—Dime, cariño. —Axel apretó sin fuerza, era un gesto de cariño y también de «a ver qué dices que te conozco y no me fío un pelo de tu cara de niña buena».

—¡Quédate esta noche!

—Claro, mami. Y mañana vengo a verte. No me voy a ir todavía.

—No, quédate solo esta noche. Si mañana ya estoy bien, me sacarán de aquí y por fin podré descansar. —Adela lanzó una mirada venenosa a la familia «enchufada»—. Vuelve a Madrid y resuelve ese asunto, sean los moros esos o quién haya sido, a mí me da igual, pero esa familia estará destrozada y merece poder descansar.

Axel pensó en Ortiz. Y en Manuel. Y no supo qué sentir. Ninguna opción se impuso más allá del desconcierto.

—Bueno, ya veremos...

—Prométemelo y calla la boca.

Axel se lo prometió. Sabía que ni en la UCI sería capaz de doblegar a su madre.

Una gota gorda y condensada cayó sobre el Marlboro encendido de la subinspectora Lorena Galván, que maldijo en voz alta y lo tiró a la acera. Caminaba rumbo al metro. Axel le había dejado las llaves de su Peugeot destartalado, pero bastante destartalada estaba ya la cabeza de Loor con tantas cosas en las que pensar como para contagiarse del caos de ese viejo cacharro azul. Había tomado la decisión de acudir personalmente al laboratorio para transmitir una urgencia mayor. Un arranque de culpabilidad se le estaba agarrando al pecho. Sentía que debía darse prisa. Ya habían matado a Bárbara y no podían permitirse más errores. Y la vida de Abdel corría peligro, lo vio en sus ojos, no era una impostura.

Era miedo.

Era real.

Deseaba con todas sus fuerzas que fuese culpable por su bien, que las pruebas de ADN diesen positivo en el cigarro que Loor envió a analizar unos días atrás. Entre rejas sus opciones de sobrevivir se multiplicaban, su porvenir en un país envuelto en prejuicios racistas incrustados en lo más profundo del cerebro era así de triste. Ella misma empezaba a sospechar que era parte del problema, ella que desde siempre había probado la amargura de pertenecer a una minoría: la desprotección, la desconfianza, el señalamiento porque sí... Mujer. Lesbiana. Desviada. Viciosa.

Ahora, y sin querer, como le había apuntado Axel, estaba haciendo lo mismo.

Racista.

¿Qué la guiaba? ¿La estadística, la experiencia o la inercia? Porque el racismo, como la felicidad, se esconde en la antesala, no en el insulto o la agresión, porque eso no duele, eso enfada.

Y el enfado es un sentimiento mucho más llevadero.

Un «moro de mierda» escupido con rabia inicia una pelea, no abre una grieta. Y en la pelea se expulsa el odio y la sangre no se infecta, no se queda.

El racismo es más estructural, inesperado, inconsciente y hasta momentáneo. Hay más racismo en no mirar, en no ver, en la invisibilidad de otro color de piel, por oscuro que sea.

El miedo a lo desconocido.

Loor se preguntaba a cuántas personas de otra raza se había dirigido de tú a tú a lo largo de su vida. La respuesta se le presentó desoladora: ninguna. Por incapacidad. O porque los mecanismos de esta sociedad lo impedían.

Lamentaba su comportamiento y lamentaba aún más no haber sido consciente.

La ignorancia.

Marroquí. Moro. Delincuente. Asesino.

La ecuación era delicada, un espejo incoherente de ella misma, de sus pulsiones, de sus experiencias, de sus miserias.

Loor descendía las escaleras de la parada de metro de Lavapiés y se dio de bruces con una cara conocida que subía en dirección contraria.

—Qué sorpresa volver a verte —dijo.

—Trabajo aquí, vivo aquí. No sé de qué te sorprendes.

Claudia, la compañera de piso de Bárbara tenía mejor aspecto que la primera vez que la vio. Vestía una falda de cuero negra que bajaba cuatro dedos desde la cintura, unas medias de rejilla y unas botas de cuero del mismo color. Un top blanco semitransparente bajaba otros cuatro dedos desde las tetas, que asomaban redondas por debajo. No llevaba sujetador.

—Parece que últimamente yo también trabajo aquí —bromeó Loor.

—Pues no es un sitio muy recomendable para visitar siendo poli. Yo tendría cuidado.

—No me digas... Los marroquíes.

Claudia entornó los ojos. Parecía cansada. Por su atuendo, era fácil deducir que venía de trabajar.

—¿Esos? Son los que menos me preocupan. Enredan y se mueven mucho, pero son como una panda de *pitbulls* perdidos en la sabana: sufren para sobrevivir. Los leones son bastante más fieros.

—Te gustan mucho los animales, por lo que veo.

—Me he acostumbrado a tratarlos.

Loor asintió. Hizo ademán de sacar la foto del padre de Bárbara para obtener alguna respuesta sobre la razón que la había llevado hasta allí, pero se lo pensó mejor. Esa chica necesitaba descansar.

—Siento lo de tu amiga —dijo.

—Ya. Yo también.

Loor se despidió y siguió caminando. En su profesión se jugaba la vida cada día. Era evidente que no era la única. Al menos ella tenía una pistola en el cinturón.

Axel pidió una Estrella Galicia bien fría, de barril, en vaso ancho. Había dejado a su madre dormida y relajada. Todo iba mejor de lo previsto, era una fiera y las fieras no se rinden porque los niveles de sodio se pongan tontos. Ahora bien, lo había dejado muy claro: a partir de ese momento solo iba a beber vino, ni una gota de agua más. Era evidente qué era lo que resultaba perjudicial para su salud. Y de la colonoscopia se podían ir olvidando. Prefería arriesgarse a tener algo en el colon que volver a pasar por el ridículo de bordear la muerte por exceso de agua.

Cogió el móvil. Llevaba un rato dándole vueltas a algo.

Tenía un mensaje de Noa preguntándole si finalmente iría a dormir a casa. Se habían despedido con un abrazo en la puerta del hospital de Povisa sin aclarar nada. La presencia de su hermana Gemma impidió cualquier movimiento, más por vergüenza que por otra cosa. Cualquiera con ojos en la cara podía ver que algo se estaba cociendo entre ellos.

Siempre. Desde siempre.

Y Gemma tonta no era. Era discreta.

Axel no respondió al mensaje y le dio un trago largo a la cerveza. Estaba helada. Penetró en su organismo como un manantial de tranquilizantes.

En la agenda encontró lo que buscaba y al quinto tono le respondió una voz con muchas eses arrastradas.

—Marina, ¿qué pasa? ¿Estás con Loor?

—No, lo siento, ha salido. ¿Cómo está tu madre?

—Eh, bien, bien. Parece que saldrá de esta.

—Qué bien, me alegro. ¿Quieres que le diga algo a Loor?

—No, en realidad quería hablar contigo. La he llamado y me da apagado. Luego hablo con ella y la pongo al día, pero necesito que me hagas tú un favor.

—¿De qué tipo?

Mira esta.

—Oye, conmigo no tontees, que yo no soy Ortiz, eh.

—Tú flipas —Marina hablaba sonriendo.

—Por cierto, ¿has sabido algo de él?

—Nada, no da señales de vida.

—Joder. Bueno, aparecerá. Escucha, hay algo que tengo en la cabeza, necesito que investigues a una gente.

—No sé por qué no suena bien. Bueno, en realidad sí lo sé. Supongo que me preocupa que me lo estés pidiendo a mí.

Esta es mucho más lista de lo que parece, siempre lo he dicho.

—No, no suena bien, no es ninguna tontería.

Axel había conectado algo que estaba flotando en su cerebro desde hacía unos días. La presencia de la UCO le había molestado, no porque fuesen a inmiscuirse en su trabajo o a fiscalizar sus movimientos, sino porque no pintaban nada. Cuando aparece la UCO, solo hay una explicación. Y había dado con ella.

—Escúchame con atención: empiezo a pensar que hay alguien del Gobierno metido hasta las trancas. Si no, de qué iba a estar aquí la UCO. Hay dos posibilidades: o bien algún miembro importante del partido tiene las manos machadas de sangre y están tratando de taparlo y deshacerse de las huellas, o bien es alguien de la oposición y están acelerando y metiendo recursos para destapar el escándalo. En cualquier caso, te necesito.

Axel esperó a que Marina estableciese ella sola el vínculo.

—Mi madre, ¿verdad?

—Si es necesario...

La madre de Marina había abandonado el cargo de alcaldesa pocos meses atrás. Era un terreno bastante pantanoso, pero a juicio de Axel merecía la pena explorarlo.

—No tenía que haberte cogido el teléfono.

—Lo sé.

—Y si descubro algo, ¿a quién se lo cuento, a Loor o a ti?

Buena pregunta.

Axel dudó y tardó en contestar más de lo que le hubiese gustado.

—A mí. Esto es cosa mía, no quiero marear a Loor con mis movidas. Fijo que estará siguiendo otra línea de investigación. Si descubrimos algo por este lado, ya veo cómo se lo digo para que no se sienta puenteada. Y si no hay nada, pues no hay nada que contar.

—De acuerdo, haré lo que pueda.

—Gracias, Marina, sabía que podía contar contigo.

—Ya estás flipando otra vez. ¡*Ciao*, Axel!

Axel colgó y bebió otro trago. Necesita ordenar sus ideas. La UCO, el padre de Bárbara y el gran jefe estaban unidos por un hilo invisible. Había sido su madre quien le había abierto los ojos al destacar los privilegios de los familiares del alcalde en el hospital. En una situación de vida o muerte se activan favores que ya se cobrarán más tarde. Y para movilizar a la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil debía de tratarse de un asunto de vida o muerte.

De muerte.

La muerte de Bárbara.

Y estaba claro que alguien se iba a cobrar ese favor.

Este era el rastro que tenía que seguir.

—¿Quién era?

—Metete en tus asuntos y aparca ahí. —Marina le señaló a Hugo un hueco entre dos coches, espacio suficiente para dejar el Peugeot azul de Axel.

—Joder, gordi, no sé quién te crees que eres, pero tienes que bajar esos humos, eh.

—Vale. Era Axel. ¿Quieres que lo llame y le diga que le has robado el coche?

—Yo no he robado nada, lo he cogido prestado, las llaves estaban encima de la mesa.

—Guay. Lo llamo, te lo paso y se lo explicas, ¿vale?

—Oye, me la suda. No me cuentes qué quería, es igual.

—Mucho mejor así —dijo Marina sonriendo.

—Pero no te olvides que estamos aquí por mí. Yo he conseguido, una vez más, el contacto.

—Y yo la convencí para que nos recibiese. Así que, a mi modo de ver, aquí hay un empate.

—Eres muy difícil. Paso de ti.

Se bajaron del coche en el paseo de la Habana, muy cerca del Santiago Bernabéu, y encontraron a la chica esperándoles con una copa de algo que llevaba también Coca-Cola en un garito que se llamaba Santiago.

—Son muy originales con los nombres en este barrio —señaló Hugo. Marina iba mirando el móvil y no le respondió.

Les abrió la puerta un empleado.

—¿Santiago? —preguntó Hugo.

—¿Perdona?

Marina le dio un codazo.

—Nada me habré equivocado. Nos están esperando en esa mesa de ahí. —Hugo señaló a la única clienta del bar.

—Adelante.

Sentada en un taburete alto, una mujer de unos veinticinco años utilizaba el móvil como espejo para recogerse el pelo. Llevaba ropa deportiva, como si siempre estuviese preparada para ir a clase de BodyPump. La ropa era de Oysho, la línea *Sport*. Encajaba y no encajaba en ese barrio, como un gato de Schrödinger encerrado en un vestuario.

—¿Gabriela Borque? —le pregunto Marina—. Venimos a hablar de Nando Torrado.

Ella miró a su alrededor.

—Sentaos. No tengo mucho tiempo.

En el laboratorio del Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses, la actividad se había reducido al mínimo. Apenas un par de luces alumbraban un edificio en el que cada día se revelaban secretos que cercenaban la libertad de aquellos que habían decidido llevárselos consigo al más allá.

Mientras avanzaba, Loor pensaba en los suyos, en los recovecos más opacos de su ser, donde no había ni rastro de luz, donde nadie miraba nunca. Y al recopilar emociones tan oscuras, se repitió

mentalmente aquello que tantas veces se había dicho: «¡Esto se viene conmigo a la tumba!».

Al entrar en la sala 2 y ver trabajar al coordinador de Laboratorio Criminalístico y jefe de los servicios forenses en un cadáver que yacía inerte sobre la mesa de operaciones, una respuesta la alcanzó de pronto: «¡Ya veremos si esos secretos llegan a la tumba!».

—Hola, Cristóbal.

El doctor Rivas, como era habitual en él, ni se inmutó.

—Hola, Loor. ¿Qué haces aquí? Estaba a punto de llamarte.

—He venido a presionarte. ¿Tienes eso?

—Cada vez te pareces más a Axel.

—¿Tú también? Es algo que no paran de repetirme.

Cristóbal se rio. Aunque Axel le caía muy bien y su relación trascendía lo profesional, comprendía que no debía ser agradable que te comparasen con él, sobre todo si estás desempeñando el mismo papel.

—¿Qué tal está, por cierto? He oído lo de su madre. Sé cuánto la quiere y no me ha parecido prudente molestarle.

—Está en ello. Hemos quedado en hablar esta noche.

—Entiendo. —Cristóbal se incorporó y dejó los utensilios que estaba utilizando en una bandeja de plata—. Tengo eso —añadió. Loor levantó las cejas.

—Dame buenas noticias, por favor.

—No sé si son buenas. Depende de para quien, supongo, pero son noticias.

—Pues mira, buenas noticias sería que me dijeses que ha aparecido el ADN del chaval marroquí en la colilla. De esa forma resolvemos el caso, detenemos al crío y de paso evitamos que alguien lo mate y que acabe como Bárbara. Aunque hay tantos cabos sueltos aún que... —Loor se dio cuenta de que estaba divagando y que ya volvía a encerrarse en un callejón sin salida—. Bueno, perdona, que me lío... Dime... ¿Culpable?

El doctor Rivas negó con la cabeza.

—Lo siento, es inocente.

Loor sintió por un lado desahogo, Abdel le caía bien y su instinto no le había fallado, y por otro angustia: tenía que proteger al chaval

y se quedaba sin su mejor baza para resolver pronto el crimen. Condensó esta receta de emociones en una sola palabra:

—Mierda.

Ding dong. Un sonido clásico, tradicional, que a Axel le transportaba a casa, a los años en los que aparecía sudado a cualquier hora para recoger un bocata y regresar de inmediato al campo de fútbol, improvisado con jerséis a modo de porterías en el patio interior del edificio.

Volvió a llamar, ding dong, por el simple placer de escuchar de nuevo cómo suenan los timbres en las películas del Hollywood clásico, en las comedias de Billy Wilder, en el apartamento en el que Jack Lemon termina de enamorar a Shirley McClane en una partida de cartas sin reglas ni compromisos. *Shut up and deal*, «cállate y reparte». Así templaba ella los nervios del protagonista al final de la película. Una manera de decirle que está todo bien, que no tiene de qué preocuparse, que cuando las puertas se abren y ante tus ojos aparece descalza la silueta de una promesa, solo puedes bajar la cabeza, aceptar el envite y entrar con miedo a perder.

La promesa se llamaba Noa Novoa.

Su pasado se hizo a un lado y le indicó el camino al salón, donde se estaba terminando una botella de vino tinto. Axel vio la etiqueta: Baloiro, cosecha de 2021, un mencía del Bierzo de primera calidad. Se extrañó.

—Hay mucho que celebrar —dijo Noa.

Axel se llevó la botella a la nariz y aspiró: un aroma a frambuesa, lavanda y toques minerales mezclado con las gotas de Narciso Rodríguez que emanaban del cuello de Noa le inundaron las fosas nasales.

¡Qué bien huele siempre esta chica!

—Oye..., ¿y Marta?

Noa cogió su copa y le dio un sorbo controlado.

—Se ha ido a casa de una amiga, me ha dicho que duerme allí.

—Eso no es lo que dijo antes mientras tomábamos la tortilla en el Carballo.

—Es una niña muy lista.

¿Qué coño quiere decir eso?

—Ya.

—Me dijo que volvería mañana temprano para despedirse de ti. —Noa había desplegado toda la baraja sobre la mesa. Sus cartas ya estaban bocarriba.

Axel regresó de la cocina con otra copa y, antes de sentarse en el sofá, se sirvió una cantidad generosa de vino. Ahora fue Noa quien se extrañó.

—Hay mucho que templar —dijo él.

—No muerdo, Axel, ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé.

Noa se acercó a él y le mostró la copa para iniciar un brindis. Chocaron sus copas.

—No voy a hacer nada que no quieras —dijo Noa.

Axel bebió un trago y dejó la copa sobre la mesa.

—Ese es precisamente el problema, Noa.

—¿Qué problema? —preguntó Loor. Estaba cruzando el umbral de la puerta de su pequeño apartamento en la calle Atocha, se quitó las Doc Martens y de una patada las lanzó contra el armario de la entrada. Estaba exhausta.

—La coartada de Nando Torrado es sólida —anunció Marina. Por el sonido, Loor dedujo que había activado el manos libres.

Otra vez la montaña rusa de emociones.

—Mierda.

Aunque en esta ocasión lo veía venir.

—Dadme los detalles.

Loor cerró los ojos para concentrar la poca energía que le quedaba en almacenar la información que estaba a punto de recibir. Fue Hugo quién tomó la palabra.

—Su versión coincide con la de Torrado. La llamó para que acudiese a su casa después de romper con Bárbara y se pasaron la noche follando. Adjuntó pruebas.

—Sí —intervino Marina—, no fue nada agradable.

—¿Qué clase de pruebas? —preguntó la subinspectora con frialdad.

—Al parecer se ponen cachondos grabándose mientras practican sexo oral —dijo Marina—. Nos enseñó varios vídeos en los que se la estaba chupando primero de rodillas en el suelo y después...

—Ahórrate los detalles, me dan cero morbo esas movidas.

—Pues yo me puse tontorrón, gordi. No te voy a engañar. Me habría metido en medio de esos dos encantado de la vida.

—El caso es que nos mostró la hora a la que fueron grabados los vídeos —apuntó Marina—. Coinciden: Nando Torrado y Gabriela Borque pasaron la noche juntos en el piso de él.

—Está bien. Buen trabajo, chicos.

Loor colgó sin decir nada más. Necesitaba pensar y tenía el cerebro en reserva, frito, apagado. La soliviantaba la angustiosa sensación de volver permanentemente a la casilla de salida.

Algo le decía que estaban avanzando, que iban por el buen camino, que se acercaban. Y, sin embargo, la realidad se empeñaba en aguarle la fiesta.

El móvil volvió a sonar. Lo cogió pensando que Marina y Hugo se habían olvidado de compartir algún detalle que, tras recapacitarlo, consideraron relevante.

No eran ellos.

Cuando contestó y escuchó una voz que llegaba desde otra vida, comprendió cuán equivocada estaba y entendió que ya nada volvería a ser igual.

Edimburgo, lunes 1 de junio de 2026

Llevaban horas torturándolo. No sabría decir cuántas, pero muchas.

Era noche cerrada y el comisario estaba helado, aterido por el frío en una nave abandonada de un polígono en la zona costera de la capital escocesa, donde los vientos del sur arreciaban con la fuerza de siete mares. Edimburgo podía ser una ciudad maravillosa, preciosa, encantadora y acogedora, pero si venían mal dadas también podía ser una auténtica zorra.

A lo lejos, varios camiones descargaban contenido sospechoso en las inmediaciones. Cajas y cajas cambiando de dueño, de vehículo, de distribuidor. Legales e ilegales. Pescado colocado con fardos de cocaína que entraba por el puerto desde el norte de España. La policía lo sabía y no hacía nada. Y si lo hacía, era para poner la mano.

Guantánamo. En eso pensó Jorge Ortiz.

Había leído mucho sobre los métodos de tortura que el Gobierno estadounidense empleaba para extraer información confidencial de posibles terroristas, combatientes o miembros de Al Qaeda. Eso al principio. Cuando no había información que sacar, el objetivo por el que se prolongaba la violación de los derechos humanos era, simplemente, enviar un mensaje.

Ortiz pronto fue consciente de que lo suyo era peor.

Ni mensaje ni hostias, se dijo. No era un yihadista ni se guardaba información útil. No querían nada de él y no se estaba resistiendo. Lo hacían por placer, por gusto. Por castigo.

Disfrutaban.

El comisario estaba maniatado a la espalda con una cuerda que le arañaba las muecas. Una venda repleta de mugre le cubría los ojos.

Y sus gritos cuando le golpeaban las piernas con bates de béisbol se veían amortiguados por una mordaza.

Eran tres. Y sabía quiénes eran.

El *waterboarding.*

Eso era lo peor.

John Black le quitaba la venda y amagaba con liberarlo. Se daba la vuelta y los otros dos le colocaban una bolsa de basura en la cabeza, la apretaban fuerte en el cuello y desde una altura de medio metro vertían agua helada sobre su rostro.

Aire. Agua. Respirar.

Era imposible respirar.

Una sensación de ahogamiento completa.

El pánico se apoderaba de cada rincón del organismo del comisario hasta casi hacerle perder la consciencia. Y cuando alcanzaba el límite..., un grito de Black: «Stop».

Descanso.

Y vuelta a empezar.

Querían mantenerlo con vida el máximo tiempo posible. O al menos un rato más. Sabían lo que hacían.

El agua.

Otra vez.

Los pulmones del comisario se contrajeron como un corazón enfermo, como un cojín sin plumas envasado al vacío. Ortiz no vio su vida ante sus ojos, no vio imágenes de su infancia ni de su adolescencia, ni los primeros besos, los primeros polvos, los éxitos, los fracasos.

Una muerte lenta que no le concedía despedirse.

Ortiz pensó en las personas a las que le gustaría decir adiós y no eran muchas. Había fallado de nuevo.

Descanso.

Le retiraron la bolsa y el aire entró como un huracán, invocando una capacidad pulmonar mermada por el pánico. El tórax se expandió como un lago congelado.

Pasaron los minutos, y entre el olor a salitre y pescado crudo, lo único que podía escuchar era el rumor del motor de arranque de los camiones de descarga a lo lejos. Ortiz contaba en voz baja, tratando

de calcular el paso del tiempo entre tortura y tortura. Para mantener cierto orden en su cabeza, para no dejarse ir.

—Come. —Una mano le bajó la mordaza y le retiró la venda de los ojos. Era Elliot, el traductor. Estaba solo.

—¡Matadme! —Los ojos de Ortiz llameaban de rabia, no quería alargarlo más—. ¡Mátame de una vez, hijo de puta!

—Sssh, ¿te quieres callar, imbécil? No digas ni una palabra más. —El traductor echó un vistazo a su espalda y se acercó al oído de Ortiz —. Escúchame con atención, soy policía. Te voy a sacar de aquí, pero tienes que hacer exactamente lo que te diga.

Ortiz enmudeció. No quería interrumpir el plan que suponía se había trazado en alguna parte lejos de allí; un plan que le abría un resquicio de esperanza.

—Tienes que irte de aquí, vete de esta ciudad, ya has hecho suficiente. Llevábamos meses detrás de esta gente y nos has jodido pero bien. No sé qué les has hecho pero te quieren matar. Y no puedo permitirlo. Ha sido todo una mala casualidad. Él no os estaba buscando, ni a ti ni a tu familia y de repente apareces de la nada. Como un caramelo. Joder, tú no deberías estar aquí. No sé qué te ha hecho venir a la boca del lobo, pero has desenterrado los peores fantasmas del pasado de ese loco.

El comisario lo miraba perplejo. Ávido de información.

—Black te encontró en Google, y cuando descubrió quién eras, perdió la cabeza. Algo muy jodido le pasa contigo y con tu familia. Le gusta joder a la gente, pero lo tuyo es personal. Vuelve y venga a tu hermana. —Ortiz lo miró sin comprender—. Tu hermana está muerta. En España.

—Pero qué coj...

Una llamarada de furia se instaló en las entrañas del comisario Jorge Ortiz y recorrió su cuerpo ascendiendo hasta la garganta. Se puso rojo como un tomate. La sangre comenzó a circular a toda velocidad y sus músculos se tensaron, inflamando las venas desde el cuello hasta las manos.

—Cálmate, no vas a arreglar nada y nos vas a joder a los dos.

Ortiz sabía que tenía razón, pero la razón no pintaba nada cuando matan a lo que más quieres. Una lucha se desató entre el corazón y

la cabeza: las ganas de permitir que la rabia acumulada en la última semana de derramase violenta sobre sus captores. Esto pesaba mucho, pero las ganas de sobrevivir y vengarse pesaban más.

—Escúchame con atención: te voy a aflojar la cuerda, pero no te sueltes. Tienes que resistir y aguantar con vida. Esto no tenía que suceder, están muy cabreados e improvisan. Yo solo no puedo hacerlo. Confían en mí, pero los he visto actuar. Tenemos que esperar a que lleguen refuerzos y nos ayuden a detenerlos, ya están avisados, es cuestión de tiempo. Cuando vuelvan, actúa con normalidad. Y come, necesitas recuperar algo de energía. Estás desarmado. Más nos vale que puedas correr si no sale bien.

Sin decir nada más, el traductor se dio la vuelta y se fue.

—*Again*.

La orden de John Black llegó nítida. Limpia. Clara. Un golpe de agua cayó de nuevo sobre la cara del comisario dificultando su respiración hasta el paroxismo.

El colapso.

Esperar. Aguantar.

Tenía que controlarse. Tenía que esperar a que llegasen los refuerzos.

—*Again*.

A continuación, todo lo que sucedido, sucedió muy rápido: Jorge Ortiz perdió el control y se soltó la cuerda, se intentó quitar la bolsa de la cabeza mientras Boston, el negro gigantón, tiraba al suelo el contenedor de líquido helado. Un torrente de agua se derramó sobre el cemento. El traductor sacó su arma y apuntó a John Black.

—*Freeze*.

«Quieto», también «congelado». Como estaba Ortiz por dentro.

Se retiró la bolsa de basura de la cabeza y comenzó a toser. El aire no encontraba conducto por el que acceder. Se estaba ahogando.

John Black seguía quieto. El traductor pidió ayuda a través del reloj de su muñeca, que escondía un dispositivo conectado con una furgoneta aparcada a quinientos metros.

A continuación, todo lo que sucedió, sucedió aún más rápido. El negro gigantón sacó su arma y, antes de que pudiese disparar al traductor, recibió el impacto de una bala 9 mm en toda la frente, cayó de espaldas, su corazón no dio ni un solo latido más.

Fuera de combate.

El comisario Ortiz salió disparado hacía unas cajas de pescado que había a su derecha, y antes de lograr ponerse a cubierto escuchó un segundo disparo. Y un tercero.

Dio un salto y aterrizó en un bloque de hormigón que le rasgó el hombro. Se palpó el cuerpo. Le daba miedo que la adrenalina estuviese bloqueando los receptores del dolor y no fuese capaz de sentir cómo la vida se le escapaba a borbotones por alguna arteria perforada.

Nada. Ni rastro de sangre.

Estaba bien. De momento.

Se lamentaba por no haber sido capaz de agarrar algún arma antes de ponerse a resguardo, pero enseguida su cabeza le dijo: «A toro pasado todos somos Manolete, no seas flipado y corre».

Necesitaba saber qué había pasado. Necesitaba saber con qué cartas contaba. Escuchó pasos y se escondió. Desde una rendija vio en el suelo las gafas de Elliot flotando en un reguero de sangre.

Malas cartas.

Un puto dos y un puto tres. Y no estaban jugando al mus.

—*Get out* —la voz ronca de John Black llegaba con menos fuerza. «Está herido», supuso. La tercera bala, con Elliot cayendo, le debió alcanzar en algún lugar blando del cuerpo, sin perforar órganos vitales. Estaba débil.

O debilitado, al menos.

—*Get ou*t —lo repitió más alto, casi gritando. Ortiz no movía un músculo. Si salía de su guarida era hombre muerto.

Otra vez.

En ese instante, el sonido de sirenas de policía acercándose lo volvió a envalentonar. Debían de estar a trescientos metros.

Ni no ni no... Doscientos metros.

—*Fuck*.

El sonido de los pasos acelerados de John Black le bajó las pulsaciones: se alejaba, huía. Ortiz se había salvado. Pero... él también tenía que huir. Le quedaba un minuto, quizá menos, antes de que lo detuviesen y le hiciesen preguntas que no podría responder. ¿Cómo iba a explicar qué coño hacía allí y por qué había dos tipos muertos en el suelo, uno de ellos, un policía infiltrado? No podría explicar ni una cuarta parte de lo que estaba pasando. No tenía nada atado. Y algo le decía que iba cruzar la última línea roja.

Como en *Los inmortales*, solo podía quedar uno y él era el maldito Connor Macleod.

Tenía que matar a John Black.

Su aspecto era deplorable, como el de un corresponsal de guerra al que ha alcanzado un misil de corto alcance en zona franca. Llevaba la camisa rasgada y llena de vómito, los pantalones empapados, una mezcla de orín y agua le entumecía los muslos. Consiguió subirse a un taxi después de tres intentos. Los dos primeros pasaron de largo, no querían comprometer la tapicería. Llegó al *bed and breakfast* y se metió directo en la ducha. Como suponía, ya no había ni rastro de Terry y del otro, ni siquiera era capaz de recordar su nombre. Ah sí, Johnny Divorce. A saber qué habían hecho con esos dos miserables cuando descubrieron que, aunque muy despacio, aún respiraban. Ya no era problema suyo.

O sí, vete a saber.

Pero tenía problemas mayores, eso seguro.

El agua le corría con fuerza desde la nuca y bajaba por la espalda. Se colaba por el sumidero bañada en sangre. Su sangre. Y la del negro gigantón.

Su cuerpo abrazaba el calor, la temperatura le devolvió la movilidad de las extremidades: los pies, las manos, los brazos, las piernas se estaban despertando. Los iba a necesitar a todos.

¿Y cuál era el plan?

Ahora que Bárbara ya no estaba. Ahora que está muerta.

Dos lágrimas brotaron de los ojos del comisario y se fundieron con el agua marrón de esa zona de la ciudad. Ortiz se mordió el brazo para ahogar un grito de dolor, de sufrimiento, de derrota.

¡Aaaaaaaaahhhhhhh!

Las ganas de vengarse lo apretaban, le cerraban el pecho. Lo llevaban a sentir algo que había dejado de sentir y que solo había sentido en una ocasión, la única vez que cruzó la línea. También por su hermanastra.

Madrid, 14 de septiembre de 2001

A los veintisiete años, cuando tienes aún toda la vida por delante y los errores se pueden subsanar, lo último que te preocupa es la caída de dos torres gemelas a más de tres mil quinientas millas de distancia. Lo de las millas, Jorge Ortiz se lo escuchó a un colega en el parque, cerca de casa, y aunque no tenía la menor idea de cuál era la equivalencia en kilómetros, tampoco lo preguntó.

Fundamentalmente, porque le importaba un carajo.

La luz diurna todavía se alargaba más allá de la jornada laboral, y cuando salió del gimnasio donde le echaba una mano a un colega como monitor de sala, pasó por el chino, se pilló un *pack* de seis birras frías y se fue a casa.

Por desgracia.

No tenía que estar allí y no tenía que haber visto lo que vio, pero una huelga de controladores aéreos había cancelado varios vuelos y el suyo, con destino a Barcelona, donde pensaba pasar el finde con su novia de entonces, era uno de los afectados.

No avisó a nadie. No tenía por qué hacerlo. Eso pensó. Y debió pensarlo mejor.

Desde ese fatídico día —o noche para ser más precisos—, siempre que llegaba a un sitio donde no se le esperaba, avisaba, bien llamando, bien escribiendo o haciendo ruido para advertir de su presencia. Dejaron de gustarle las sorpresas.

Pero ese día, ¿cómo iba a saberlo?

Su madre ya no estaba. Su hermanastra, la pequeña Bárbara, se pasaba los fines de semana jugando en casa de alguna amiguita del cole. Con trece años eran tantas cosas sobre chicos las que tenían

que comentar que no les bastaba con las horas lectivas. Estaba empezando a sentirse mayor y las respuestas a las preguntas que le iban surgiendo no las podía encontrar en una familia desestructurada como la suya.

Y su padre.

Su padre estaría en el bar, bebiendo como un cerdo. O jugando al bingo. O de putas. Había dejado de ser asunto suyo.

Pero no. No había dejado de ser asunto suyo.

Su error fue confiar en él.

Y no hacer ruido.

Ortiz entró en casa y dejó enfriando en la nevera las seis latas verdes de Mahou antes de tirarse en el sofá y encender la tele. Los viernes daban en el Plus una peli de estreno cojonuda. Era uno de los pocos lujos que se podían permitir y le gustaba aprovecharlo.

Al principio le pareció que el sonido fallaba, sonaba metálico, robótico. Codificado. Pero no tenía sentido, la imagen estaba bien. Cuando cogió el mando y pulsó el botón de «mute», salió de dudas: no era la tele, ese ruido que se le clavó en la memoria para siempre y que regresaba en el momento más insospechado sonaba dentro de casa. Se levantó con sigilo y fue a la habitación del fondo, la de su padre. Ese malnacido se había traído a casa a una de esas furcias que frecuentaba, aprovechando la ausencia de la niña y que se suponía que él pasaba el finde fuera.

Craso error.

En un primer momento se quedó paralizado.

En *shock*.

Como si el cerebro dejase de recibir información y no fuese capaz de registrar lo que le estaban diciendo los ojos.

Un hombre de pie, pelo cano, barriga, camisa abierta, calcetines altos, pantalones en los tobillos, calzoncillos en los tobillos, erecto. Detrás.

Una arcada le sobrevino y la ahogo con la mano.

Su hermana. Su hermanastra. Su pobre hermana. Desnuda. Impávida. Muda.

La reacción: un salto, un grito, una navaja.

La muerte.

Violenta.

Como él, también llegó sin avisar.

Cuando su padre apareció media hora más tarde, se lo encontró de rodillas limpiando los restos de sangre que todavía refulgían en el suelo caliente. La espuma enrojecida del detergente se mezclaba con el odio espeso que flotaba en el ambiente. Se agachó junto a su hijo y sin formular ninguna pregunta, sin mediar palabra, colaboró en las labores de limpieza de un crimen que jamás se mencionó entre ellos.

Bárbara esperaba sentada en el sofá del salón con la mirada perdida en un programa de la tele en el que varios grupos de amigos tenían que superar pruebas ridículas para defender el honor de su pueblo. El volumen estaba altísimo. La algarabía, los vítores, se fundían con el silencio interior de los tres miembros de una familia rota para siempre.

Del cuerpo se deshicieron de madrugada.

Los tres.

Tanto Jorge como su padre sabían cómo hacerlo. Ambos se vieron sorprendidos por la destreza del otro, pero, como durante toda la noche de tan fatídico día, ninguno hizo preguntas. Manuel Ortiz nunca supo qué fue lo que sucedió realmente, y su hijo Jorge nunca supo por qué sucedió. Le había pedido a su padre que cuidase de la niña porque él se iba de viaje y no fue capaz de cumplir ni en algo tan sencillo.

¿Fue por su adicción a la bebida? ¿O por algo más?

La quietud, la aceptación, la comprensión de su padre lo llevó durante años a preguntarse si el hombre al que le quitó la vida era solo un desconocido que allanó su hogar y violó a su hermana, o si formaba parte de un entramado más sofisticado. Más sucio. Más devastador. Si había contado con la connivencia y colaboración de su progenitor.

Un pacto de almas endiabladas.

Un negocio putrefacto.

Solo Bárbara tenía la repuesta y estaba muerta.

Jorge Ortiz se vistió despacio, de cara a la puerta, y con la pistola al alcance de la mano. Tenía que encontrar a John Black y matarlo, e iba a necesitar que todo saliese perfecto. Le había engañado, torturado... y lo peor de todo, le había impedido salvar a su hermanastra.

Necesitaba respuestas.

Sí.

Mataría a ese cabrón.

Sí.

Y volvería a España.

Sería un criminal. Para hacer justicia.

Colocó todo en una balanza. Merecía la pena.

Siempre y cuando John Black no lo encontrara antes a él.

Eso era.

Esperar.

No tenía ni la menor idea de dónde podría esconderse semejante espécimen, y sabía que sus opciones de salir con vida disminuían drásticamente si era él quien acudía a su encuentro. Jugaba en casa como local, en Edimburgo.

Y su casa era esa habitación.

John Black sabía dónde encontrarlo, ya había estado allí antes, por eso lo había descubierto. La próxima vez no se iría de allí tan satisfecho.

Ortiz se levantó la camiseta azul con un logo en el que se leía «Guess» a todo trapo en el pecho y se colocó la Glock semiautomática en la cinturilla del vaquero.

Encendió el móvil, seleccionó el número de Axel, y al sexto tono saltó el contestador. Ese capullo ni estaba ni se le esperaba.

Entonces llamó a Loor. Tenía que saber qué estaba pasando en Madrid, quién se la había clavado, quién estaba detrás de la muerte de su hermanastra.

Y esa respuesta sí pensaba obtenerla.

25

La vida es el bien más preciado que se nos es concedido por la gracia de Dios, dicen los religiosos. Y quienes se lo creen son los privilegiados. Algunos incluso son capaces de disfrutarla, por momentos.

Los que sufren, los que pasan hambre, los que tienen miedo, los que no tienen nada, esos se preguntan dónde está dios, qué hace, dónde coño está mirando y por qué no les hace ni puñetero caso. Y la vida, la vida es un calvario, un camino de piedras resquebrajadas que cortan, duelen y matan. Matan pronto. Matan antes de tiempo.

Y eso, morir pronto, va contra las leyes de la naturaleza, la ley de la vida.

«Es ley de vida», dicen cuando la palma un anciano cansado de que le duela el cuerpo. «Se veían venir», dicen cuando se va alguien más joven, cansado de que la cabeza vaya más rápido que el cuerpo. ¿Qué se dice cuándo se derrumban los designios del señor, cuando la violencia se desparrama y un igual, un ser misericordioso que juega a ser dios, cercena la existencia de otro ser humano inocente o no?

Nada.

En esos casos nadie dice nada.

Y todos piensan «menos mal, no he sido yo».

Y muchos sienten: «uno menos».

Y algunos luchan por no alegrarse, por amortiguar su mezquindad.

Y muy pocos buscan, husmean, investigan, para que la brutalidad no valga la pena y en cierta medida restablecer la ilusión de que existe un orden.

Una mañana de mayo como otra cualquiera, en la que había dormido mal por miedo a que las circunstancias se le siguieran

volviendo en contra, Abdel El-Abdellaoui se despertó sin saber que ya no volvería a hacerlo. Su amigo Shariff, el único que había permanecido junto a él en la casa de Lavapiés en la que se ocultaban, se había subido a un autobús la noche anterior rumbo al sur, para trabajar en los invernaderos de un pueblo de Almería, que, según le habían dicho, se llamaba, Nirja o Nijar o algo así.

Estaba previsto.

Estaba hablado.

Pero al verse solo, Abdel no pudo evitar sentir una punzada en el estómago que le impidió desayunar. Ni un té menta ni nada. Ni siquiera era capaz de rezar. Solo quería huir.

Pero no podía, tenía que esperar. Así se lo habían dicho. Debían respetar la jerarquía familiar y él ocupaba el último escalafón.

Lo hacían por su bien.

Sabría esconderse. Sabría sobrevivir.

Mientras, estarían allanándole el camino para que cuando se uniese al clan en Andalucía, todo fuese mucho más fácil.

Dudaba de si debía salir a la calle o era mejor quedarse agazapado hasta que anocheciese. Pero la noche también le daba miedo. Era cierto que le proporcionaba suculentas ventajas para mantenerse alejado del ojo humano, pero no era menos cierto que la mayoría de los delitos sucedían de noche. Él lo sabía mejor que nadie. Robos, hurtos...: su especialidad.

Pero ¿matar? De eso no sabía ni una palabra.

Hasta ahora.

El encargo no era una orden, era simplemente eso, un encargo: matar al moro, una vía de escape para que por fin los dejasen en paz y seguir con sus rutinarias vidas llenas de claroscuros.

Por la noche, eso también se lo habían dejado muy claro.

«Y que no parezca un accidente».

Después de barajar diferentes posibilidades, se había decidido por un arma blanca convencional, una navaja. Una pistola le venía grande y hacía demasiado ruido, y tampoco tenía contactos como para hacerse con un silenciador de los que salen en las películas de

espías. Bueno, había oído hablar de un tipo que quizá... Pero ¿para qué remover más la mierda si ya les llegaba hasta la barbilla? Sabía dónde asestar el golpe: en el callejón donde lo habían visto por última vez hablando con la poli del pelo rubio oxigenado y las Doc Martens, y en el cuello, en la carótida, en cualquiera de las dos, en la que estuviese más expuesta, la que le fuese más fácil.

Entrar y salir.

Rápido.

Lo dejaría tirado desangrándose, y antes de que nadie lo viese, estaría a buen recaudo, lejos de allí. A primera vista parecería un robo con violencia, una intimidación que fue demasiado lejos, pero, tal y como estaban las cosas, no tardarían en darse cuenta de que todo estaba milimétricamente planeado, que detrás de ese crimen se escondía un profesional.

Eso pensarían.

Igual que lo pensaron con Bárbara, aunque con ella fue distinto: con ella ya muerta tuvo que convivir hasta que pudo dejarla tirada en el bosque aquel.

¡Un trabajo bien hecho! Nadie se lo reconoció, pero él sabía que lo había bordado. Una ráfaga de orgullo le recorrió el sistema nervioso.

Se tomó un café en el lugar de siempre, de espaldas al parque, no quería levantar sospechas, no quería que lo confundiesen con la poli...

La poli. Soltó una carcajada. Podía parecer cualquier cosa, pero ¿poli? Quizá alguien de la secreta, pero muy secreta. Se partía con sus ocurrencias.

Alargó los sorbos de café lo máximo que pudo, no quería consumir más. Debía comportarse como un donnadie, un cliente cualquiera, invisible, difícil de recordar. Pasar desapercibido. Eso lo había aprendido todos aquellos años pateando las calles y protegiendo a sus seres queridos. Para eso lo contrataban, ¡qué coño!, y le pagaban bien. Mejor que bien.

Miró el reloj de su muñeca, una pieza falsificada de oro que le regalaron para que mantuviese la boca cerrada. Porque sabía mucho. Sabía demasiado. Y valía aún más por lo que callaba, como el reloj.

Se levantó y dio un paseo por el parque, y de ahí se fue deambulando despistado hasta el callejón. Tenía todo el tiempo del mundo, ya aparecería.

Estaba anocheciendo y le estaba entrando el hambre. Su estómago, cóncavo como un golfo, como la bahía del mar de Essaouira que lo había visto crecer, no paraba de rugir. Le quedaban pocas horas hasta que saliese el bus que lo conduciría hacia su nueva vida, hacia un futuro prometedor, diferente, rodeado de sus hermanos y alejado de los focos, los micrófonos y las cámaras que se paseaban por el barrio últimamente buscando que metiese la pata.

Y alejado de la policía. Eso también, porque, aunque la tía esa de las botas negras con punta de acero lo había invitado a un cigarro y parecía de fiar, las normas decían que nunca, jamás, bajo ningún concepto y pasase lo que pasase te podías fiar de un poli. Sus hermanos, escépticos en todo lo tocante a su capacidad de comprensión, se lo habían hecho repetir en alto cien veces. Que cien veces, ¡mil veces.!, hasta que lo memorizó, y más importante todavía, hasta que lo interiorizó.

Las tripas otra vez. Maldita sea.

Las reglas no escritas de la naturaleza dictaminan que el hambre vence al aburrimiento y el sueño vence al hambre, pero eso a Abdel le parecía una milonga: no recordaba ni un solo día de su vida en el que hubiese sido capaz de dormir con hambre. Y necesitaba descansar un rato antes de partir.

Se puso una sudadera con cremallera y capucha por si llovía y salió a la calle. No llovía; de todos modos se enfundó la capucha. La necesitaba para ser invisible. En un cálculo rápido determinó que desde donde estaba alojado hasta el chino de guardia veinticuatro horas tardaba aproximadamente un minuto de reloj, atajando por la calle Caravaca, eso sí. Menos de sesenta segundos si apretaba el paso. Cogería las galletas, un cartón de leche, soltaría el billete de cinco, pagaría —«quédate con el cambio, setenta y cinco céntimos —, y saldría cagando hostias. ¡Qué podía salir mal!

El corte lo sintió profundo.

Muy profundo.

Y una descarga de dolor lo estremeció cuando la hoja salió y se le abrió la piel. Empezó a temblar. Había sido un pinchazo, una punzada que casi le alcanza la nuez.

Instintivamente, Abdel salió corriendo en dirección contraria a su agresor, pero cambió de idea enseguida y se detuvo. Se llevó la mano a la garganta y al retirarla vio que la tenía cubierta de sangre. Volvió a agarrarse el cuello para detener la hemorragia, que brotaba como un grifo abierto a máxima potencia, como una cascada natural en las montañas Rocosas de Canadá, como un extintor de vino que no apaga ningún fuego.

Presionó con más y más fuerza y trató de pedir ayuda. Pero era inútil. Sabía que era inútil.

No había nadie cerca, y aunque se alineasen los astros y de la nada surgiese un médico equipado con un kit de emergencias dispuesto a atenderlo, no iba a ser capaz de detener el chorro por el que se le escapaba la vida. Se estaba quedando sin tiempo.

A Abdel le pareció escuchar una sirena de fondo, una ambulancia.

Una sirena en el mar.

Hasta allí lo llevó su último pensamiento antes de desmayarse: el mar de Essaouira, donde una vez de crío había surfeado con una chica holandesa que estaba allí de vacaciones. En su rostro sintió el rumor de la brisa, el viento acariciándole el pelo, el salitre, desperdigado y heterogéneo, bañando su piel bronceada por el sol.

Abdel El-Abdellaoui se calmó.

Dejó de temblar.

Y sin oponer resistencia se dejó ir, no sin antes evocar el sabor de esas galletas pendientes empapadas en un cuenco rebosante de leche bien fría.

26

Axel aterrizó en Madrid con un dolor de cabeza que no se lo deseaba a nadie, un martilleo pertinaz que se iniciaba en la sien y desembocaba entre los ojos y el puente de la nariz. Como una gota malaya, la culpa rebotaba en su cerebro.

El vino.

Pum.

El brindis

Pum. Pum.

La emoción, el desahogo, la vacilación.

Pum. Pum. Pum.

La memoria, los recuerdos.

Pum. Pum.

El hogar.

Pum.

Un hombre con pinta de haber madrugado mucho y haberse despertado de una cabezadita al volante le indicó que ese era su taxi. El primero libre de la larga fila que esperaba en la zona de llegadas de la terminal 4 del aeropuerto Adolfo Suárez-Madrid Barajas. Axel se subió y se dirigió sin demora a tratarse. Necesitaba ayuda.

Consuelo.

Orden.

Y comprensión.

Rocío Galán ya no se inmutaba ante el apremio y la urgencia del inspector, pero aun así le hizo un hueco. No era el único paciente de ese tipo, tenía un perfil muy marcado. Si Axel le hubiese preguntado, le habría confesado que pertenecía al arquetipo de hombre egocéntrico, narcisista e impulsivo. Pero él no pensaba preguntárselo

y ambos lo sabían. No tenía el coraje para hacerlo, algo característico también de los jetas de perfil marcado.

—Mi madre está bien. La he dejado ya en planta recuperándose, parece que de esta no va ser.

—No sabes cuánto me alegro, Axel.

—El que no está bien soy yo.

Rocío lo miraba fijamente a los ojos, verdes como el envoltorio de un chicle de clorofila. Se dio cuenta de que brillaban más de lo habitual.

—¿Qué te ocurre?

Axel se colocó el cojín, también verde, en el regazo, tapando su estómago, como siempre. Y se sirvió un vaso de agua de la jarra que estaba a su derecha en la mesilla auxiliar, como siempre.

—No tendrás un ibuprofeno...

La terapeuta sacó del bolso un blíster en el que quedaban tres pastillas.

—Ten, puedes quedártelo, tengo más en casa.

Axel comprobó la composición: 400 mg.

Mierda, estas medicinas para niños...

Mordió una de ellas y arrancó la mitad. Extrajo una segunda y se tragó ambas sin ayuda de líquido alguno, simplemente echando la cabeza hacia atrás. Después bebió un trago.

—Así son seiscientos —dijo fingiendo una sonrisa. Rocío asintió sin decir nada.

—¿Te duele algo o es solo malestar?

—Me duele todo.

—Mmm, ¿por algo en concreto?

—No lo sé, supongo que son varias cosas.

—Es muy probable. Un disgusto como el de tu madre, con un trabajo tan estresante... Igual necesitas parar. El descanso es fundamental para reponerse; entre las horas de hospital y tantas emociones seguidas...

—He dormido con Noa.

Hala, ahí lo tienes, haz con esto lo que puedas, lista.

Rocío observó a Axel sin inmutarse; seguramente por su cabeza desfilaban las respuestas adecuadas desde un punto de vista

profesional y terapéutico, de menos a más hirientes.

O al revés.

De más a menos.

En cualquier caso, se las tragó todas. Solo dijo:

—Mmm...

Ya empezamos con el mmm de los huevos.

—¿Eso qué significa? Mmm.

Rocío inclinó la cabeza hacia un lado y esperó. Axel se sentía un juguete en manos de una maestra de la manipulación emocional, de una mariscala del silencio. Igual tenía que ficharla para hacer hablar a sospechosos que necesitan un último empujón antes de confesar un crimen. Le daría una vuelta a la idea, no era ninguna tontería.

—Está bien, sigo. He pasado la noche con Noa.

—Entiendo. ¿Quieres hablar de ello?

No, no quiero. Solo quiero que me ayudes, me hagas sentir mejor y quiero que todo eso ocurra sin contarte la verdad de lo que ha pasado y mucho menos cómo me siento al respecto.

—No pasó nada, eh. Solo dormimos en la misma cama.

—Yo no te juzgo, Axel. Este es un espacio seguro, recuerda. Puedes contarme todo lo que tú quieras y callar lo que necesites. Cuanta más información tenga, más podré ayudarte, pero no estás obligado a contarme nada que no quieras, faltaría más. Aquí, entre estas cuatro paredes, lo único que importa eres tú.

Axel se calló. A pesar de la moralina, no estaba acostumbrado a que Rocío hablase tanto. Le gustaba escucharla.

—Hablemos de cómo te sientes. ¿Prefieres que te vaya preguntando yo?

¿Qué tengo, cuatro años?

—Está bien, probemos.

—¿Qué fue lo que os llevó a pasar la noche juntos?

Pues que nos gustamos, que siempre nos hemos gustado, que nos vemos y todo deja de tener importancia y que siempre nos vamos a gustar. No hay nada que hacer, Rocío, es imposible salir de este bucle.

—A ver, la niña y ella viven en casa de mi madre, fuimos a tomar algo para desconectar un poco de tanta UCI y tanta sala de espera y

me pidieron que me quedase con ellas. Yo pensaba dormir allí antes de saber que estaban ellas, así que acepté. Cuando llegué, descubrí que Marta se había ido a casa de una amiga y que estábamos los dos solos. Tomamos una botella de vino, bueno, la estaba tomando ella y yo me uní, y una cosa llevó a la otra. Pero quiero dejar algo claro. —Axel levantó el dedo índice hacia el cielo, como un abogado defensor en el alegato final, tratando de convencer al jurado. Rocío cruzó las piernas y esperó—. No nos acostamos —dijo muy serio—. Creo que es importante dejarlo claro.

—Mmm, ¿por qué te parece importante?

¿Le cuento que nos besamos, pero que decidimos pararlo y que solamente dormimos en la misma cama abrazados, como si el tiempo no hubiese pasado y el mañana no existiese y...?

—Porque sí.

Axel se acordó de Raquel y se dio cuenta de que llevaba días sin pensar en ella. Durante toda la noche con Noa notó una fuerza que lo agarraba y le impedía propagar sus ganas de acostarse con ella. Supuso que tenía que ver con el miedo a hacerse daño, a volver a hacerse daño. Pero acababa de caer en la cuenta de que tirando de esa cuerda que lo sujetaba estaba también Raquel Caleña.

—Porque he conocido a una persona y no me parecía bien —añadió.

Rocío cogió su libreta y la abrió por una página marcada con una doblez. Y solo dijo:

—Mmm.

¿Dice mmm cuando cree que miento?

—Hay más cosas, supongo.

—¿A qué cosas te refieres?

—Pues más cosas que me frenaron. Como que lo mío con Noa ya está, nuestro momento ya pasó. ¿No pudo ser? Pues no pudo ser. Estas cosas a veces simplemente son así y hay que aceptarlas. Lo intentamos, no se dio, punto.

Rocío apuntó algo en la libreta y la cerró. Miro a Axel antes de hablar.

—Eso suena muy bien, me parece una forma muy madura de afrontar el tema, y tengo la sensación de que este discurso es algo

que te repites mucho a ti mismo. ¿Puede ser?

Sí, puede ser.

—Sí, puede ser.

—Vale. Vamos a pensar en ese momento, cuando ya estabais en la habitación. ¿Qué es lo que sentías?

—Te refieres a si... —Axel hizo un movimiento con el cuerpo que ni él mismo fue capaz de descifrar. Rocío le echó una mano.

—Me refiero a cuando estabas con ella en la cama.

Joder, sentía paz por fin. Una paz que flipas, la paz que llevo años persiguiendo y que no hay forma de alcanzar.

—No lo sé. Paz, supongo. Algo parecido a la calma, creo.

—¿No estás seguro?

Vamos, más seguro que Dios estoy.

—Sí, era eso.

—Pues es muy interesante, Axel. —Rocío volvió a retirar la tapa del boli y de nuevo tomó algunas notas en su libreta.

—¿Por qué? ¿Qué lo hace tan interesante?

—Porque es difícil alcanzar ese estado con alguien, y más en una cama que no frecuentáis y después de haber consumido alcohol.

Si es que tiene que hablar más ella, está clarísimo.

—Sí, puede ser. Y entonces ¿qué hago?

—¿Tú qué quieres hacer?

—No lo sé, por eso te preguntó.

—Esa otra persona de la que me hablabas..., ¿qué sientes por ella? —Rocío sonrió. Su sonrisa era acogedora—. ¿También te da paz?

—Eso es... —Axel se tomó unos segundos para elegir la palabra adecuada—; eso es distinto. O sea, no tiene nada que ver. Entiéndeme, Raquel es una tía cojonuda, superalegre y divertida, no me complica la vida, no pide mucho, y cuando estoy con ella, mejora mis días.

—Te da alegría entonces.

—Sí, puede ser, pero no tiene el mismo peso.

—Hombre, eso es normal, Axel, ¿no? No puede tenerlo, os acabáis de conocer.

—Ya. —Axel se detuvo. Sintió que estaba diciendo la verdad, pero que al mismo tiempo se estaba mintiendo—. También es cierto que hasta que sucedió lo de mi madre me pasaba el día con ella o pensando en ella, estaba feliz y por fin me veía capaz de avanzar con alguien.

—¿Y cuál es el pero entonces?

Eso mismo me gustaría saber a mí.

—No lo sé, supongo —Axel levantó las dos manos como pidiendo comprensión—, y solo estoy suponiendo, que en estos días en Vigo me he olvidado un poco de ella y eso no me hace sentir bien.

—No has pensado mucho en ella.

Como si no existiese.

—No. La verdad es que no mucho. Y eso no me hace sentir bien.

—Pero, Axel, no elegimos aquello en lo que pensamos más y en lo que pensamos menos.

Simplemente sucede y no es malo que así sea. Yo creo que te estás hiperresponsabilizando.

Y lo de dormir juntos qué, ¿eh? ¿También me estoy hiperrespolabisi..., como sea?

—Supongo que mi comportamiento en Vigo no ayuda.

—A ver, no has hecho nada malo. Has hecho lo que has sentido y lo que te apetecía hacer.

—No, lo que me apetecía hacer, no lo he hecho.

—Vale, has controlado tus impulsos más primarios, pero si te hubieses acostado con Noa, seguiría estando bien.

—Mmmm —dijo Axel. Rocío sonrío.

—Hacemos lo que podemos con lo que nos sucede, y no eres mejor ni peor persona por haber dormido con Noa. Lo importante es cómo te hizo sentir y qué vas a hacer con eso, cómo te sientes ahora y qué pasos vas a dar a continuación con esa otra chica.

—Raquel.

—Eso es.

—¿Y qué debo hacer?

—Eso es en lo que tienes que pensar. Pero vamos a centrarnos en el presente, en cómo estás. A ver, cierra los ojos y déjate sentir. —

Rocío cerró los suyos para animar a Axel a hacer lo mismo y se llevó la mano al pecho—. ¿Qué estás sintiendo?

Ahora mismo lo que me gustaría es desaparecer y que nadie pudiese encontrarme, pero resulta que tengo que ayudar a mi equipo a resolver un crimen complicado de cojones.

Axel cerró los ojos y se recostó en el asiento.

—Ahora mismo tengo cierto agobio. No sé si es ansiedad o qué, pero estoy como revuelto.

—Mmm. Y esa sensación de malestar ¿dónde la notas?

Axel se llevó la mano a la garganta.

—En el cuello, y también un poco más abajo, como en el pecho. —El inspector Nash se golpeó con fuerza repetidas veces el tórax, como tratando de romper el esternón para dejar sitio—. Es como si tuviese una pelota aquí, como si no pasase bien el aire.

—Bueno, cierra los ojos y respira hondo. Percibe esa sensación, no huyas, aguanta ahí y déjate sentir.

Axel obedeció. Le daba vueltas la cabeza. Los pensamientos y las emociones se amontonaban, chocaban unos con otras como vehículos sin frenos en un atasco. Tenía que salir de ahí, olvidarse de todo y de todos. Aparcarlo y dejar que las cosas se calmasen y se fuesen colocando solas.

Procrastinar su corazón.

Y solo conocía una forma de lograrlo.

Un nombre. Cuatro letras.

Su salvación.

Tenía que llamar a Loor.

Quedaron en el Moloko, un garito mítico de Malasaña, situado en Conde Duque, donde históricamente se reunían músicos y *gruppies* de todo pelaje para continuar con la fiesta una vez finalizaban sus actuaciones.

Una barra alargada, un par de columnas y las paredes forradas de pósteres, *flyers* y y entradas de conciertos que han pasado a la historia de la ciudad: desde los Rolling Stones a Bob Dylan, pasando

por aquella vez que los Strokes tocaron en la Sala Sol para noventa personas.

La música no estaba muy alta. La voz melódica de Janis Joplin pidiéndole a Bobby McGee que se le uniese en un *blues* provocaba que las Doc Martens de Loor se balanceasen al ritmo de los dictados de Nueva Orleans.

La-da-da, la-da-da, la-da-da.
La-da-da, la-da-da, la-da-da.
Ain't no Bobby, no, ain´t no Bobby McGee, yeah.

Axel pidió dos tercios de Estrella Galicia para combatir la morriña y Loor no protestó. Le gustaba esa cerveza. Se pusieron al día sobre lo acontecido en el periodo de tiempo que habían permanecido separados: el estado de salud de Adela, el miedo de Abdel, el cigarro sin huellas ni ADN que lo exculpaba y los siguientes pasos a dar.

Axel no mencionó ni una palabra sobre Noa.

Sabía separar.

O eso quería pensar.

De camino desde la sesión de terapia con Rocío lo había llamado Marina.

Tenía algo, le dijo.

O eso quería pensar.

Y a Axel le pareció que algo tenía.

Le dio un trago a la birra, que estaba helada, y lo vomitó.

—Loor, me ha llamado Marina. El tema es que creo que ha averiguado algo. —Axel levantó una mano en señal de stop—. Antes de nada, te he puenteado, ha sido culpa mía. —Loor entornó los ojos, jugueteaba con la cajetilla de Marlboro entre los dedos—. Tuve una intuición, y ya sabes cómo me pongo cuando eso pasa: pierdo la paciencia y no espero. Le pedí que hablase con su madre, que la utilizase para enterarse de una posible conexión entre Bárbara y el Gobierno o la oposición. Ya conoces la mítica frase de mierda «ni de izquierdas ni de derechas», que en cuanto a contratar los servicios de prostitutas sí se cumple. Ahí están todos pringados hasta el tuétano.

Axel se detuvo y le puso la mano en la rodilla a Loor, que, mientras escuchaba a su compañero, no paraba de moverla. Estaba muy tensa.

—Joder, tía, para con la pierna. Me estás poniendo de los nervios.

—Pues no te digo cómo estoy yo. Sigue.

—¿Te estás mosqueando porque te haya puenteado?

—Qué va, coño, esperaba que lo hicieses. Te conozco mejor que tú a ti mismo. Me la suda eso, piensa que yo no tengo tu ego. A mí esto de ser jefa no me hace ni puñetera gracia. Un ratito igual lo salvo, pero ya. Lo que quiero es descubrir qué está pasando.

¡Cuánto me queda por aprender, la Virgen!

—La exalcaldesa le ha hablado a su hija de unas fiestas que se organizan en chalets y casas de campo en Madrid o cerca de Madrid. Según se rumorea, son bastante secretas, fiestas *swinger*, de intercambio de parejas. Se reúne en ellas lo más granado de la alta sociedad internacional: políticos, empresarios, jueces, cantantes y toda clase de famosos. La normativa obligar a vestirse de etiqueta; de esmokin ellos y con vestido de noche ellas. No puedes ir solo, y para acceder te tiene que llegar la invitación de alguno de los socios fundadores. Por supuesto, hay también gente contratada.

—Prostitutas.

—Sí, y me temo que en ese punto es donde encaja la historia con nuestra querida Bárbara.

—¿Y la madre de Marina ha asistido a alguna de esas fiestas?

—No. O sea, ella dice que no, que nunca la invitaron a ninguna. Ella responde a otro perfil dentro del partido y no les pareció prudente que viese lo que allí sucedía.

—Y entonces, Axel, ¿cómo sabe todo eso?

—Ni idea, pero tampoco me extraña que lo sepa. La gente que acude a fiestas secretas suele ser bastante bocazas. Gran parte de la gracia está en contarlo, como todo en esta vida.

—Como cuando Ava Gardner se acostaba con algún personaje de la noche y cuando los echaba de la habitación les recordaba que era mejor que no contasen nada, porque, total, nadie los iba a creer —dijo Loor.

—Sí, algo así, supongo. Ahora tenemos que enterarnos de quién las organiza y quiénes son los invitados y las que van contratadas. —Axel le dio un trago a la cerveza y pidió otra ronda—. Bueno, te toca: ¿qué tienes tú?

Loor soltó la bomba sin lubricar.

—Me ha llamado Ortiz.

—Joder, tenía una pérdida suya.

—Estaba muy alterado, hablaba en susurros y con la respiración entrecortada. Me preguntó por Bárbara y le conté lo que sabemos hasta ahora. Me dijo que le habían tendido una trampa. Unos días antes de la desaparición recibió un audio de su hermanastra en el que le decía que tenía miedo. No le dio demasiada importancia porque no era la primera vez, y la verdad no es de extrañar que una prostituta tenga miedo. Pero había algo diferente que lo preocupó: el lío tenía que ver con su padre.

—¿Qué clase de lío?

—No me dijo o no lo sabía. Pero, o bien Bárbara vio algo que no debía haber visto, o bien tenía algo que no debía tener, o bien sabía algo que no debía saber.

—Joder, qué trabalenguas, no sé si sería capaz de repetir esa frase. —Loor le guiñó un ojo—. Continúa.

—Entonces le pregunté qué coño hacía en Escocia. —Loor cogió un cigarro y se lo colocó entre los labios sin encenderlo, como siempre que tenía ganas de fumar en un sitio en el que estaba prohibido fumar—. Ahí está la trampa, Axel: su hermanastra le escribió la noche de la desaparición pidiéndole que se reuniese con ella en Edimburgo. Con ella y con un tal John Black. ¿Te dice algo ese nombre?

—Así a bote pronto no me viene nada.

Loor sacó el teléfono, lo desbloqueó y después de trastear unos segundos se lo pasó a Axel.

—He rastreado un poco en Google, una búsqueda rápida te dibuja al personaje sin mucho margen de error. Estuvo en prisión hace años, una buena pieza. Según Ortiz, Bárbara tenía intención de reunirse con él, pero nunca llegó a Edimburgo.

—Joder, Loor, las piezas empiezan a encajar, ¿no te parece? Un mafioso escocés, la intromisión de la UCO, fiestas privadas con prostitutas: lo tiene todo. Creo que voy a volverme a Vigo con mi madre.

Y con Noa y Marta.

—No va a ser fácil salir de esta sin heridas, Axel.

—No. —El inspector apuró la segunda birra mientras los Stone Roses confesaban que querían ser adorados—. Y cada vez tengo más claro que alguien muy arriba, en el Gobierno, está detrás de todo esto. —Axel pagó la cuenta y se puso de pie. Loor lo siguió—. Vamos a reunirnos con los chavales. Tenemos mucho que hacer.

Con naturalidad se habían recolocado; por inercia o por costumbre o por ambas cosas, habían recuperado sus roles. Y para los dos suponía un alivio.

Habían recuperado su lugar en el mundo.

Cuando llegaron a la comisaría estaban empapados, calados hasta los huesos. Se había desatado otra tormenta primaveral que descargó agua para llenar embalses, pantanos y eliminar la palabra *sequía* del Diccionario de la Real Academia Española de la lengua. Axel se había llevado la peor parte. No había elegido bien su atuendo: las Nike del aspa roja serían cojonudas para viajar en el tiempo, pero no valían una mierda cuando se metían en un charco. Loor se pasaba la mano por el pelo adelante y atrás, como un secador manual. Cientos de minúsculas gotas salían disparadas y rociaron la entrada. Algunas aterrizaron en la espalda de Axel.

—Anda, ¿está lloviendo? —La pregunta de Marina fue a hacer daño.

Axel y Loor se miraron. Ninguno respondió. Dejaron sus cosas en la mesa, Axel las llaves del coche y Loor la cajetilla de Marlboro abultada porque dentro había metido el encendedor.

—¿Empiezas tú o empiezo yo? —preguntó Axel.

—Dale, dale —dijo Loor.

Axel tomó aire.

—Vais a tener que hacer algo que igual no os apetece una mierda, pero forma parte del trabajo policial en este caso tan concreto. Estamos muy orgullosos de vosotros y queremos seguir estándolo.

—En realidad, es a ti a la que creemos que no le va a gustar, Marina —dijo Loor.

—Es verdad —apostilló Axel—. Huguito, tú vas a a estar como pez en el agua, por lo que te pedimos que cuides de ella.

—Esta condescendencia me está pareciendo lamentable —puntualizó Marina.

—Pues a mí me está encantando. —Hugo sonreía con las manos entrelazadas en la nuca.

Axel se sentó encima de la mesa.

—¿Te acuerdas de las fiestas en chalets de las que nos has hablado?

—O sea, que además me estáis tratando de esta forma apoyándoos en una información que he proporcionado con mi pericia, mi buen hacer y una gran labor policial. Es acojonante, de verdad —protestó Marina.

—¿Qué fiestas son esas? —preguntó Hugo—. No me estoy enterando.

—Ahora te cuenta, Marina —dijo Loor.

—Sí, ahora te cuento. —Agitó una mano como quitándole importancia, no quedó claro si a Hugo o a la información que tenía que compartir con él—. ¿Qué queréis ahora? No sé si me gusta lo que me estoy imaginando.

—Queremos que vayáis a una de esas fiestas y os perdáis un rato. —Axel se dio cuenta de que estaba utilizando el plural para explicar las órdenes. A Loor tampoco le pasó desapercibido. Su ausencia por la enfermedad de su madre los colocaba ahora en horizontal, jerárquicamente hablando—. Mezclaos con la gente, haced preguntas, no demasiadas, observad todo bien y volved con lo que hayáis averiguado.

—Pero, tío, ¿tú estás mal de la olla? —Marina se puso de pie—. Que a esas fiestas la gente va a ponerse las botas y a follar como animales. Es un todos contra todos, ahí vale todo. Y aún encima me estáis pidiendo que vaya con este degenerado.

—Oye, gordi, no te pases, que yo no me he metido contigo.

—Perdona, no te lo tomes a mal, pero tú y yo ahí no pintamos nada.

Loor no dijo nada, aunque con ese comentario Marina se había delatado: no es que no quisiera ir, es que no quería ir con Hugo.

—No tenéis que hacer nada que no queráis, obvio —dijo—. La idea es que os hagáis pasar por una pareja abierta. Estáis un rato y, antes de que se desmadre, os piráis.

—¿Y cómo se supone que vamos a entrar? Te recuerdo que se necesita la invitación de uno de los organizadores.

Axel y Loor miraron a Hugo.

—¿Qué? —preguntó él.

—Tú, Huguito, presumido, te toca impresionarnos otra vez —dijo Axel forzando una sonrisa sin dientes.

—Bufff...

—A ver. —Loor le puso una mano en el hombro—. Tú siempre consigues lo que te propones y lo que te pedimos, y no sé por qué me da que esto entra de lleno en tu radio de acción. Vas a estar como en casa con esta movida. No creo que tardes ni veinticuatro horas en conseguir esa invitación.

Hugo se ruborizó y miró a Marina.

—Por verte follar con un antifaz, gordi, consigo lo que sea.

—Tú eres imbécil. —A Marina se le estaba formando una rasta de lo mucho que jugueteaba con los rizos—. Está bien, si este consigue el pase, iremos. Pero no pienso ni drogarme ni follar con nadie.

—Tú déjame esa parte a mí, gordi —dijo Hugo.

—Está bien —intervino Loor—. Lo primero es enterarse de cuándo se celebra la próxima fiesta y después conseguir la invitación. Cuando la tengas, nos avisas y trazamos un plan. Vais a tener que concentraros mucho, no está permitido el uso de móviles, ni fotos ni vídeos. Está prohibidísimo grabar nada en ese tipo de reuniones, así que tendréis que almacenar todo en la memoria.

Axel y Loor salieron de la comisaría a la vez.

—Oye, se te da bien ser jefa, eh. Has espabilado a estos dos.

—Yo, sin embargo, me alegro de que hayas vuelto. Te he echado de menos. Si la cagamos, prefiero que la caguemos juntos.

—¿Tú crees que hacemos bien enviándoles ahí? Me da un poco de miedo —dijo Axel.

—No seas antiguo. Si no llaman la atención y no hacen nada raro, no tiene que pasarles nada. Esas fiestas son mucho más comunes en el norte de Europa de lo que te puedes imaginar.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo sabes tú eso?

—Porque no soy una vieja como tú.

Axel sacó las llaves del Peugeot.

—¿A dónde vamos? —preguntó Loor.

—Quería ver al chulo, el Turco, pero seguimos sin saber dónde para, ¿no?

—Ha desaparecido, no conseguimos localizarlo.

—Típico, surgen problemas y huyen como ratas. Pues vamos a ver al novio, a Nando Torrado. Esos cortes en los brazos de los que me hablaste son muy sospechosos. No me extrañaría que supiese más sobre esas fiestas que muchos de los que asisten habitualmente.

Loor, cómo no, se encogió de hombros.

—Me parece bien. Me apetece saber qué te parece ese tío. A mí me cayó como el culo, pero es cierto que su coartada es sólida.

Axel se subió al asiento del conductor y encendió el motor.

—Las coartadas son muy fáciles de construir, los dos lo sabemos. —Axel pulsó la palanca que había debajo del asiento y lo arrastró hacia atrás—. Veo que has cogido mi pequeño bólido. ¿Qué te ha parecido?

—¿Yo? —Loor bajó dos dedos su ventanilla—. Yo no lo he cogido.

—¿Qué quieres decir? Entonces, ¿quién ha sido?

—Arranca, anda. No te encabrones antes de tiempo.

27

El ambiente en la ciudad estaba enrarecido. Eran muchas las preocupaciones, las micro y las macro.

El niño que no duerme, el padre que enferma, el jefe que se limpia el culo con tu esfuerzo.

Esto por un lado.

El precio del alquiler, la cesta de la compra, el tiempo que se acaba.

Esto por el otro.

Y para colmo, la lluvia. La lluvia que no cesa.

Y el viento. El viento que te azota.

Se veía por todas partes: las últimas lluvias que habían anegado las calles de Madrid, habían dejado un poso de tristeza en una ciudadanía sedienta de sol. Y ese malestar se reflejaba a cada paso.

Desidia.

Las prisas por resguardarse de las primeras gotas habían dejado paso a la desidia. Y las ganas de vivir se estaban consumiendo como lágrimas en el mar.

El agua purifica.

El agua limpia.

Pero lejos de limpiar las calles, el agua caía sucia, envuelta en polución, y teñía de gris oscuro estados de ánimo y conciencias convalecientes.

La de Axel también. Tenía mucho en que pensar y un par de conversaciones difíciles por concretar, y como siempre que tenía conversaciones difíciles pendientes, se puso a trabajar como un loco. En algún rincón de su alma se sentía como un criminal de medio pelo, un delincuente de poca monta. No quería mentir y no se

atrevía a decir la verdad y en ese camino entre dos aguas se estaba ahogando.

Bueno, no era mentir.

Mentir es una palabra muy fea, joder.

Era más bien que se estaba dando cuenta de que la idea que siempre había tenido de sí mismo empezaba a resultarle más atractiva que cierta.

Loor no parecía mucho más animada. Tamborileaba con los dedos en la ventanilla, algo rondaba por su cabeza. No quería ser dueña de sus pensamientos, no estaba a gusto ahí, ella siempre había preferido ser esclava de sus palabras. Y desde que Axel había regresado, quizá desde antes, las palabras no le salían. Sentía una especie de bloqueo.

—Pon algo de música, este silencio me está matando.

Axel obedeció. Entró en Spotify y tras bucear un poco en su *playlist*, decidió que había dado con lo que necesitaban: «Television», *Marquee Moon*, 1977. Un canción histórica de un disco histórico del mismo nombre, que inauguró una nueva era punk en la deprimida ola neoyorquina de finales de los setenta. En esa época, la banda acababa de fichar a Fred Smith, bajista de Blondie, y juntos grabaron uno de los álbumes más influyentes de la década. Tom Verlain, el vocalista, empezó a cantar. Su voz deprecativa casi suplicaba que alguien escuchase con atención.

I was listening, listening to the rain.
I was hearing, hearing something else.

—¿Qué es esta mierda? —preguntó Loor, que empezó a mover los pies al ritmo del bajo—. Mola.

Esta mierda, dice.

—Esto que escuchas es el *Marquee Moon*, chavala. —Axel ajustó el espejo, un gesto muy cinematográfico, para darse importancia—. No puedes ir por la vida sin saber qué es.

—*Marquee Moon* —repitió ella para sí—, *Marquee Moon*. Me suena esa vaina.

—Pues claro que te suena —Axel chascó los dedos—: Amaral.

—¿Qué coño dices?

—Te suena de Amaral.

—Pero ¿qué dices?, ¡si a mí no me gusta Amaral!

Axel apartó la vista de la carretera un instante.

—Cariño, a todos nos gusta Amaral. Te puede gustar más, te puede gustar menos, pero esa mierda, como tú dices, la tenemos metida en el cerebro y grabada a fuego. Empieza a sonar y no puedes dejar de cantar.

—Que no, coño. Sabré yo lo que me gusta. Ya te digo que yo no escucho eso, tío. No me sé ni una de Amaral.

Los cojones.

Axel cogió el móvil y cambió de canción. Los acordes de una guitarra española se colaron dentro del Peugeot, y la voz dulce e inconfundible de Eva Amaral cambiaba las marchas.

Como Nicolas Cage en «Leaving Las Vegas»
veo caer la nieve en la hierba...

Axel se unió al dúo de músicos y empezó a cantar. A cantar mal. Se limitaba a soltar aire por la boca y que fuese lo que Dios quisiera. Ni una sola nota coincidió con lo que pedía la canción, ni graves, ni agudos...

¿La letra...? Eso era otra historia.

... no tengo planes más allá de esta cena,
es un misterio hacia dónde la noche nos lleva...

—Venga, coño, canta conmigo, que te la sabes de sobra. —Axel cogió la mano de Loor y la levantó al cielo como el árbitro de un combate boxeo alza el brazo del vencedor.

Y Loor empezó a cantar. A cantar regular.

Será tu voz, será el licor...

Axel cerraba los ojos. Se habían detenido en un semáforo. Los dos policías cantaban a voz en grito.

... serán las luces de esta habitación...

Axel abrió los ojos y señaló a los altavoces para que Loor prestase atención.

... será que suena «Marquee Moon»...

Loor sonrió y abrió los ojos sinceramente sorprendida, y juntos gritaron.

... pero esta noche...

Axel hizo un redoble con los dedos en el volante.

... moriría por vos.

El semáforo se puso en verde y los dos policías estallaron en una carcajada. La tensión entre ambos, y con los demás, se esfumó por el hueco de la ventanilla y se fusionó con el aire plomizo de la ciudad. Axel apretó el acelerador y miró a Loor.

—Y ahora, si te parece, vamos a hacer lo que mejor sabemos hacer.

Nando Torrado había tenido un día de mierda, como todos últimamente. No es que su vida fuese la panacea antes, pero desde que la había palmado Bárbara, bueno, desde el día que desapareció, todo lo que más o menos funcionaba se había ido al traste. Y, aun encima, la otra zorra de Gabriela también se había mosqueado con él sin motivo y le había dado esquinazo. Ni una visita, ni una llamada, ni un mísero mensaje.

Nada.

La muy asquerosa había desaparecido sin dejar rastro.

Seguro que ya estaría tirándose a otro por ahí; a otro con más dinero que él. Porque eso siempre lo supo, siempre lo tuvo claro desde el primer día que la vio: a esa lo único que le importaba era su cartera. Y su cartera llevaba años temblando.

Ahora no le quedaba otra que pasarse los días bebiendo birras, fumando canutos de hierba y enganchado a la basura esa de TikTok. ¡Vaya vicio era eso! Se podía pasar horas tirado en el sofá viendo vídeos y más vídeos.

El algoritmo le tenía pillado el rollo: bailes de tías, a poder ser latinas, a poder ser mulatas, a poder ser tetonas y con poca ropa. Y

vídeos de fútbol. Con eso iba sobrado.

Había un chaval..., ¿cómo se llamaba?

@Elefutbol.

Eso.

@Elefutbol.

Así se llamaba.

Ese condenado sí que sabía lo que hacía. El cabrón daba con la tecla. Te susurraba mirando a cámara, te decía tres tonterías del balón, el genio, la lámpara, los niños bailan, los hombres lloran y ya te tenía cogido por los huevos.

Vamos, que en más de una ocasión se le habían saltado las lágrimas. No le daba vergüenza reconocerlo. También era cierto que iba ciego hasta la bola de porros, pero a quién le importa eso.

Mientras pagaba el *pack* de veinticuatro latas de Mahou Cinco Estrellas en la caja de autoservicio del Carrefour Market de la plaza de Quevedo, una idea revoloteaba en su cabeza, y en esa cabeza había tanto espacio libre que la idea golpeaba y rebotaba contra las paredes del cráneo. La frase se la había escuchado a una mujer mayor, una mujer decente, vestida con una camisa de cuello alzado y el pelo recogido en una cola de caballo. Una mujer que, como el buen *spam*, se había colado entre un vídeo de electrolatino de un tal Juan Magán y otro de perreo extremo de Mike Towers:

«La culpa nos persigue, la culpa es nuestra amiga y a la culpa se la abraza desde el rezo».

Nando metió las cervezas en una bolsa blanca de plástico por la que le soplaron quince céntimos y echó a andar hacia la salida. Fuera, un grupo de peatones se amontonaba en el paso de cebra que cruzaba la calle Fuencarral esperando que el disco se pusiese en verde. Gotas de lluvia caían intermitentes sobre el asfalto y varios paraguas se desplegaron ante sus ojos. Aprovechó para resguardarse en un soportal y liarse un porro.

«La culpa nos persigue, la culpa es nuestra amiga...».

Esa voz pretendidamente dulce le estaba poniendo de mala hostia.

Él, que tenía el cerebro frito de tanto porro, de tanta birra y de tanto móvil, que tenía una memoria ridícula que ya no almacenaba ni medio recuerdo, entonces..., ¿por qué demonios tenía que

aguantar que ese mantra se le incrustase como arroz pegado al hipocampo, eh?

Porque eso también lo decía esa tipa:

«Tenemos que proteger el hipocampo de intromisiones»...

Él, que no tenía ni la más remota idea de dónde estaba y de qué narices era eso del hipocampo.

Le dio una calada al porro.

El humo entró en sus pulmones como un salvoconducto. Esa calada sí que lo abrazó de verdad y no la puñetera culpa.

Nando alzó la vista al cielo, las nubes chocaban bien arriba, la paleta grisácea lo entristeció.

Le dio otra calada al porro. Y otra más.

La marihuana provenía de Jamaica, le habían asegurado y se lo había creído a pies juntillas cuando comprobó que le estaba haciendo efecto a toda velocidad, que el bienestar circulaba por su organismo a grandes zancadas, como el jodido Usain Bolt al escuchar un pistoletazo.

De pronto las luces brillaban, la lluvia mojaba, los pájaros cantaban y el cannabis verde le abría una sonrisa. Empezó a reír. La risa floja era ya lo único por lo que merecía la pena vivir. Un estado de relajación, de alteración de los sentidos, que le hizo imaginar que la chica del pelo rubio oxigenado lo estaba mirando a él y solo a él. Y que el tipo de los ojos verdes y el pelo rapado a cepillo que iba con ella también lo miraba a él y solo a él.

Cuando los tuvo delante y lo agarraron con suavidad, cada uno por un brazo, y le orientaron el cuerpo hacia su casa, hacia Donoso Cortes, notó cómo todo se iba a la mierda, otra vez: el maldito Usain Bolt trastabillaba, levantaba un brazo pidiendo ayuda, se tiraba al suelo cojo, lesionado, sin llegar a cruzar nunca la línea de meta.

—¿Qué te ha pasado en los bracitos, bonito?

Axel le apretaba el bíceps. Varias costras le raspaban la yema de los dedos. Los arañazos, aún visibles, estaban cicatrizando. El tejido vascular palpitaba por debajo del hombro, notaba las fibras latiendo bajo la piel y la tinta de varios tatuajes entrelazados. La musculatura era vigorosa, recia, firme, pero no asustaba a simple vista. Estaba poniéndolo a prueba, quería ver hasta dónde podía tensar.

—Ya se lo conté todo a esta. Me peleé con Bárbara y la mandé a la mierda —respondió mirando a Loor con desdén.

Este es más tonto de lo que me dijo Loor, que ya es decir.

—A ver, anormal... Bárbara está muerta y tú eres la última persona, que sepamos, que la vio con vida, ¿entiendes? —Axel se tocaba la sien con el índice—, y vas y me cuentas que lo último que hiciste fue pelearte con ella, y no contento con eso, me enseñas las pruebas de que hubo agresión física. Macho, yo que tú no sería tan sincero, a no ser, claro...

Nando Torrado miró a Axel. Tenía los ojos vidriosos y en su expresión se leía un desconcierto animado por la maría.

Vamos, pregúntamelo.

—¿A no ser que qué? —preguntó Torrado.

Buen chico.

—A no ser que nos estés mintiendo —dijo Axel.

Nando Torrado sacó despacio y con cuidado, bajo la atenta mirada de los dos policías, la llave del portal y abrió la puerta. Entró por delante de Axel, que ni lo soltaba ni le quitaba ojo. Loor accedió al edificio en último lugar.

—Es el primero, Axel.

—Sube —le dijo el inspector a Nando abriendo la puerta del ascensor—. No me apetece que hagas ninguna tontería por las escaleras. Cuando pulsó el uno y se cerraron las puertas automáticas, Axel insistió—. ¿Me respondes de una vez?

—¡Por qué coño iba a mentiros! Yo lo que quiero es que lo comprobéis todo y me dejéis vivir en paz de una vez.

—Estás más cerca de morir en paz, créeme.

—Eh, tú. —Torrado miró a Loor por el espejo del ascensor. Estaban apretados, hombro con hombro—. ¿Comprobaste lo que te dije, lo de Gabriela?

Loor lo agarró de una oreja.

—A mí trátame con respeto, eh, ¿cómo que tú? ¿No ves que ahora soy jefa? —Loor le guiñó un ojo a Axel.

—Amigo, si fuese tú la trataría con respeto. Ahora es jefa. —Axel hacía los coros como nadie.

—Está bien, está bien. Jefa, ¿lo comprobaste o no?

Loor asintió.

—Gabriela no está demasiado contenta contigo, tío. Nos enseñó unos vídeos bastante repugnantes.

A Nando Torrado se le escapó una sonrisa.

—Los has visto, ¿no? Me alegro. La verdad es que follamos de puta madre. Es una putada que se haya jodido todo entre nosotros.

—Yo lo único que vi es que la tienes demasiado pequeña para esa tía. Y no es que ella sea demasiado grande, no sé si me explico. Pero no sufras, encontrarás a alguien de tu talla —dijo Loor.

¡A ver esa vena!

Axel, que sabía perfectamente lo que estaba haciendo su compañera, fijó la mirada en el rostro de Torrado. Una vena se hinchó en su frente, y su rostro enrojeció.

Bingo, habían pinchado en blando.

—Tú qué sabrás, zorra.

—Eh, eh, eh..., ¿a dónde vas? —Axel lo zarandeó, tirándole del brazo, y lo empujó fuera del ascensor—. Pasa, anda. Abre antes de que tengamos un disgusto.

El piso estaba exactamente igual, si acaso el aire un poco más cargado; algunas latas vacías habían sido sustituidas por otras, también vacías. Sobre la mesa seguía enrollado un billete de cinco euros, restos de polvo blanco y un cenicero rebosante de colillas y filtros de tabaco. Hebras de hierba se esparcían por los bordes de un *grinder* que se utilizaba para prensar, triturar y deshacer los cogollos con la marihuana más húmeda.

—Veo que te estás poniendo las botas, amigo —dijo Axel.

—¿Me vas a detener por fumar canutos?

—Se me ocurren cuarenta motivos por los que podríamos detenerte y veinte más por los que me gustaría hacerlo, pero te vas a portar bien, nos vas a contar muchas cosas sobre Bárbara y vas a conseguir librarte.

Axel lo lanzó contra el sofá.

—Ponte ahí y empieza a hablar.

—Pero si se lo conté todo a esta. —Nando se detuvo y tartamudeó. —O sea, a ella —añadió señalando a Loor.

—Me dijiste que Bárbara se relacionaba con gente importante.

—Eso.

—Pero puedes contarnos mucho más, ¿a que sí?

—¿Qué sabes de unas fiestas en un chalet a las afueras a las que iba invitada por esa gente importante? —preguntó Axel.

—No, mucho. Solo sé que iba, pero yo no fui a ninguna, no estaba invitado.

—¿Sabes si la acompañaba alguien, su chulo a lo mejor?

—A ese, con esa pinta, no lo habrían dejado pasar ni en sus mejores sueños.

Axel y Loor intercambiaron una mirada y repasaron la imagen que les devolvía Nando Torrado desde el sofá: calcetines blancos, chanclas negras de Artengo, un bañador negro y una camiseta de Caja Rural.

—Ves, nos acabas de convencer de que tú tampoco fuiste a ninguna: bien hecho —dijo Axel.

—¿Y entonces con quién coño iba a esas malditas fiestas? —preguntó Loor.

—Ya os digo que no lo sé, me mantuvo al margen de esa gente. En esos círculos es mejor tener la boca cerrada. Y, además, a mí no me hacía ni puta gracia que se moviese en esos ambientes.

—Pero si era prostituta, ¿qué me estás contando? —Loor estaba perdiendo la paciencia.

—¿Y qué? Una cosa es que se folle por dinero a la gentuza que le traía el Turco y otra muy distinta es que vaya en cochazos blindados acompañando a esos mamarrachos con sus trajes, sus zapatos y sus colonias de marca. Eso me ponía de mala hostia.

—Ya —dijo Axel—, es verdad. Yo sí que te entiendo. —Torrado le lanzó una mirada a Loor que decía «ves, aprende un poco de tu compañero. Si fueses hombre, lo entenderías»—. Viéndote —continuó el inspector Nash—, la verdad es que no nos puede extrañar que tuvieses miedo de que te abandonase por alguien mejor. Las probabilidades eran altísimas.

—Que te follen —escupió Torrado.

—Eh, eh, eh..., ¿a dónde vas? —dijo Loor.

Axel se rio. Seguían manejándose como pez en el agua en los interrogatorios improvisados y extraoficiales a dos voces. Un toma y

daca constante, intercambiando papeles, lanzando directos, golpes cortos, efectivos, para derribar poco a poco la guardia del contrincante. Axel se acordó del narrador del combate entre Rocky Balboa y Apollo Creed en la segunda entrega de la saga: «No sé lo que pretenden conseguir, el intercambio de golpes es continuo y sangriento, ahora Balboa, ahora Creed». En su cabeza existía una versión adaptada a sus vidas.

De pronto recordó la imagen de Bárbara desnuda y abandonada en la Sierra. Borró la sonrisa de su cara y continuó golpeando.

—La noche de los arañazos ¿venía Bárbara de una de esas fiestas?

—No.

Axel y Loor esperaron en silencio a que continuase, y al ver que Torrado se estaba acomodando en el sofá...

—Sigue hablando o te comes esta bota. —Loor señaló su Doc Martens derecha con la mirada.

—No, no venía de una de esas fiestas. Según me dijo, había ido la noche anterior a una, pero esa noche de marras no nos vimos. Yo me enteré la noche siguiente, la de los arañazos.

—¿Y por qué os peleasteis?

—Ella estaba muy nerviosa. No era una persona que se alterase con facilidad y, sin embargo, esa noche estaba fuera de sí: tenía la mirada perdida, hablaba conmigo, pero su mente estaba en otra parte, muy lejos de aquí. Y me contó que se piraba para siempre.

—¿Te refieres a que se piraba de tu vida o a que se piraba de Madrid?

—En realidad, las dos. Una cosa llevaba a la otra, pero me dijo que se piraba no solo de Madrid, sino de España.

—¿Te dijo a dónde pensaba ir?

—A alguna parte por Europa. Me dijo el nombre, pero no me acuerdo. Había fumado bastante hierba y cuando la mezclo con alcohol me deja agilipollado. Al día siguiente me cuesta recordar algunas cosas.

—Pues ya te puedes ir esforzando —dijo Axel.

—¿Edimburgo te dice algo? —preguntó Loor.

—¿Eso dónde está?

—En Escocia.

—No, no me dijo nada de Escocia, me dijo otro sitio, pero ya os digo que estaba fuera de mis cabales. No recuerdo dónde coño me dijo que pensaba ir.

—Está bien. Te voy a dejar mi teléfono. —Axel se lo apuntó en una esquina del billete de cinco euros que seguía enrollado encima de la mesa—. Si lo recuerdas o si recuerdas algo más sobre la fiesta o sobre lo que sea, llámame.

—Fijo que recupero la memoria cuando me meta un tiro con ese turulo.

—No te hagas el gracioso con nosotros, idiota —dijo Loor.

Axel se volvió antes de abandonar la casa de Torrado.

—Te voy a hacer una última pregunta, y te lo voy a preguntar solo una vez, y ni se te ocurra mentir porque como tengamos que venir una tercera vez la cosa se va a poner muy fea.

¡Vaya discurso de mafias barato me estoy pegando!

Axel miraba fijamente a los ojos de Nando Torrado.

—¿La mataste?

Él dejó pasar unos segundos antes de contestar. Quizá estaba valorando todas sus opciones y, entre confesar un crimen y la perspectiva de pasar el resto de su vida en la cárcel y mentir, decidió mentir. O quizá simplemente estaba colocado y su cerebro se movía como un crío con sobrepeso tratando de correr sobre una duna de arena seca.

—No, claro que no.

—¿Qué opinas? —preguntó Loor.

—Este pringado no ha sido. Es el típico que, puesto hasta las trancas de coca, le habrá soltado un par de guantazos en más de una ocasión, pero de ahí a matarla y preparar una escena como la de la Sierra... Me cuesta mucho creerlo.

—Ya, a mí también. Yo creo, Axel, que nuestro asesino se esconde en un chalet. Estuvo en esas fiestas y dudo mucho que haya actuado solo.

—Sí, yo creo lo mismo. Esa gente nunca hace nada sin compañía. No les gusta la soledad, no están acostumbrados. Organizan eventos

multitudinarios para impresionar a sus semejantes, dirigen equipos para alcanzar sus objetivos, y dan órdenes a sus empleados para conseguir lo que desean. Ese es su modo de vida, pero ¿sabes qué, Loor? Hay algo que no pueden controlar, que nadie puede controlar y que no se pueden hacer ni en compañía ni con ayuda.

—¿Y qué es?

—Enamorarse. Es posible que nuestro asesino se hubiera enamorado de Bárbara y ante su incapacidad para controlarla, se deshiciera de ella.

—O eres mía o no eres de nadie.

—Y ejerciendo esa profesión es muy muy complicado no ser de nadie.

Caminaban juntos bajando Bravo Murillo hacia el *parking* de la rotonda de Bilbao, donde Axel había metido el coche. Esta vez no lo había subido a ningún bordillo ni lo había tirado en doble fila impidiendo que algún honrado ciudadano llegase puntual a su próximo destino. No, nada de eso: se estaba civilizando. Loor no hizo ninguna pregunta al respecto, tenía su propia teoría, aunque equivocada: pensaba que la terapia estaba penetrando en Axel como un antibiótico. Si le hubiese preguntado y Axel hubiese tenido tiempo de reflexionar sobre ello, le habría confesado que era su manera de purgar los remordimientos que lo acompañaban desde que volvió de Vigo. A veces elevamos nuestro comportamiento y nos mostramos intachables para justificar nuestros pecados, nuestros errores.

Para compensar.

Pero respetar las normas de aparcamiento y los códigos básicos de la ciudadanía no equivalían a una traición.

En la balanza moral a Axel aún le salía a devolver.

Al llegar a los columpios de la calle Fuencarral, a Loor le sonó el teléfono. Lo tenía en el bolsillo del culo. La vibración le estimuló una nalga que llevaba tiempo adormecida.

Antes de responder le enseñó la pantalla a Axel: Abelardo Zamora, el gran jefe.

A Axel se le atragantó la saliva. Su ego había recibido un ligero impacto.

No es el ego, joder. Me parece de puta madre que la llame a ella y no a mí. Ella está al cargo de esta investigación, yo mismo se lo comuniqué. Y no sé por qué coño me estoy dando tantas explicaciones.

—¿Qué hago? —preguntó Loor.

—Cógelo, a ver qué quiere ahora.

—No me da buena espina, Axel.

—Sabe Dios. Cógelo, salgamos de dudas.

Loor presionó el botón verde y se llevó el auricular a la oreja derecha. Escuchó durante unos segundos, en los que por la mutación de su expresión, Axel supo sin ningún género de duda que no eran buenas noticias. De no ser buenas pasaron a ser malas, hasta que a la subinspectora Galván se le ensombreció tanto la mirada que Axel supo que las noticias eran una auténtica mierda.

Loor colgó. Una lágrima resbaló por su mejilla, por la izquierda, la que estaba más cerca de Axel.

—Han matado al marroquí —dijo—. Su cuerpo ha aparecido tirado cerca de su casa. Joder, Axel, le han rajado el cuello.

Edimburgo, madrugada del lunes 1 al martes 2 de junio de 2026

Faltaban pocas horas para el amanecer y el comisario Jorge Ortiz no podía dormir. Esperaba a su destino sentado en una cama de noventa. Y su destino tenía nombre y apellido, uno solo: Black.

A cada movimiento, los muelles oxidados por el calor de los cuerpos gruñían despertando a todos los huéspedes del pequeño, que no coqueto, *bed and breakfast* en el que el comisario había pasado más tiempo los últimos días del que le habría gustado.

Tiempo para pensar.

Y para divagar.

En su cabeza se repetía una y otra vez la misma frase, la misma pregunta: «¿Conoces a John Black?». Y la imagen de un joven Brad Pitt y un maduro Anthony Hopkins le parpadeaba en la memoria. La tía, ¿cómo se llamaba? La recordaba de haberla visto también en La Roca, pero el nombre, bua, no tenía ni puñetera idea.

A Ortiz no le gustaba esa película y esa imperfección lo traía por el camino de la amargura: ¿a quién coño se le ocurre llamarle John a un niño apellidado Black? Joseph, coño, para que le llamen Joe. Es como saber que tu apellido es Jones, tener una niña y llamarla Bridget. Y más tarde, cuando crezca, regalarle un diario para tocar los cojones. ¡La gente no tiene tocs o qué pasa!

Se reía de sus gilipolleces, buena falta le hacía.

Menos da una piedra, pensó, para no acordarse del dolor que le subía por todo el cuerpo, desde las uñas de los pies hasta la coronilla afeitada esa misma mañana.

Divagar.

Pensar.

El comisario cogió el teléfono y releyó. Lo había leído más de mil veces, el último mensaje de Bárbara, el que lo había llevado hasta allí*:* «Fettes College. Edinburgh, 1975. John Black».

Un lugar, una fecha, un nombre.

Un mensaje enigmático que había recibido, entre legañas, la noche de la desaparición a las 3:39. Y él a esas horas no estaba para acertijos.

Cuando lo leyó por primera vez, pensó que su hermanastra se había equivocado, que se trataba de un mensaje extraviado, dirigido a otra persona. Lo dejó en visto y siguió durmiendo.

Los dedos poco hábiles del comisario pulsaron el botón de «play» de Telegram, un poco más abajo. Menos mal que había desactivado la opción de que las conversaciones se autodestruyeran, pensó. Y volvió a escuchar el audio:

—Hermanito, ha pasado algo muy gordo. Tiene que ver con papá. Me están persiguiendo y amenazando. Es gente muy chunga. Si no me voy, no van a dudar en matarme. Me voy a Edimburgo en el primer vuelo. Necesito que tú también vengas. Es muy importante. De vida o muerte.

Divagar.

¿Por qué le hablaba así? A tirones. A empujones. A puñetazos. ¿Por miedo?

Pensar.

Recordaba su voz envuelta en un sopor oscuro, nocturno, en la niebla invisible del sueño cortado de cuajo, en un limbo entre un mundo onírico donde todo es posible y la cruda realidad.

Pero no era el sueño. No era él. Era ella.

Se puso de pie. Cogió la llave y, antes de irse, escribió una nota y la dejó encima de la mesa de escritorio que bailaba coja bajo la ventana: *«John. Meadows. Tonight».*

Había llegado el momento de preguntárselo a John Black y de llegar al final del asunto. Pero antes tenía que averiguar qué era lo que Bárbara quería decirle.

Las líneas de piedra manchada de recuerdos subían y bajaban y se retorcían recortando el cielo y dibujando la silueta de un castillo escocés en el que William Wallace podría haberse atrincherado para pedir a los cuatro vientos la libertad del pueblo escocés, siempre y cuando se hubiese vuelto un pijo.

Porque ese colegio era pijo de cojones.

En ese enorme edificio, que por su estilo evocaba a los grandes palacios franceses del valle del Loira, sería mucho más fácil hacerte amigo de Harry Potter o del joven Sherlock en *El secreto de la pirámide* que librar guerras de independencia de las islas británicas.

Una valla inmensa con una puerta metálica le impedía al comisario Jorge Ortiz la entrada al gran cauce central de asfalto que desembocaba en unas escaleras que daban al *parking* y a la entrada principal del edificio. A ambos lados, varios setos y una arboleda desarticulaban la homogeneidad de un césped impecablemente cortado. Las farolas estaban encendidas. La lluvia, que había estado amenazando durante toda la noche, se cansó de esperar y descargó con fuerza. Ortiz se refugió en el interior de un vehículo que no era suyo y que estaba aparcado en la calle colindante. Los años en el barrio le habían dejado grabado a fuego en su repertorio de habilidades un manual de instrucciones para forzar cerraduras y robar coches. Y aunque hacía muchos años que no ponía nada de esto en práctica, como andar en bici, hay cosas que nunca se olvidan.

La puerta por la que entraban los coches se abrió con las primeras luces del alba, por llamar luces a ese amasijo de nubes grises que no dejaba ver un pimiento. El amanecer en esa ciudad era un oxímoron.

Ortiz bajó del vehículo y entró caminando. Valiéndose de los recursos que tenía a su alcance, es decir, chapurreando palabras sueltas y haciendo gestos con los manos, trató de hacerse entender por el conserje, que lo miraba con cara de pocos amigos. Era un hombre enjuto, con el cabello entrecano y escaso, y dos cejas que cruzaban al norte como dos carreteras secundarias. Su olor corporal desprendía un aroma a pescado frito y *after shave*, ambos baratos. Ortiz pensó que no podía quedarle mucho tiempo antes de jubilarse.

—*Your boss?* —Ortiz se llevó la mano a la sien, intentando explicar que buscaba a alguien con mando en plaza.

No obtuvo respuesta más allá de un gruñido ininteligible. El idioma universal le estaba fallando.

Una mujer aún mayor que el conserje entró en escena.

—*Can I help you, sir?* —La mujer trató de sonreír, pero en su rostro lo único que se podía leer era incertidumbre

—*Yes. You are the boss?* —dijo Ortiz señalando a la mujer que acababa de llegar.

Al levantar el brazo, una oleada de dolor le recorrió la espalda y se llevó la mano instintivamente al lumbar. En ese instante fue consciente de por qué lo estaban tratando como a un bicho raro. No era el idioma o la falta de él, sino que tenía el cuerpo y la cara llena de magulladuras, moratones y arañazos.

—*I'm afraid, we cannot help you, sir. The headmaster is not here today*.

Ortiz levantó una ceja; si ya le costaba entender algo, el cerrado acento escocés de la mujer le estaba perforando los oídos. Buscaba en su disco duro algo que le resultase vagamente familiar, algo que le recordase al colegio, a las clases de inglés, a alguna canción de algún grupo británic... Una canción, eso es: «Help», Los Beatles.

—«Help», *yes*. —Ortiz se acompañó de la mímica para hacerse entender. Con las manos simuló que sujetaba un libro y que pasaba varias páginas—. *Album. Pictures*.

La mujer entornó los ojos.

—*Pictures?*

—*Yes. Teenage. Here. One thousand*... —Ortiz se lamentó de no haber atendido en clase el día que la profesora les enseñó los números más allá del cien. De repente tuvo una idea, sacó el móvil y escribió: «1975».

—*Pictures* —dijo mientras señalaba el año en la pantalla.

—Ok.

Sí, *yes*, le había entendido. La mujer se dirigió al conserje.

—*Walker, I take it from here. Thank you*.

Ella se encargaba.

«Si es que hablando se entiende la gente», pensó Ortiz.

La mujer, que según le pareció entender se llamaba Mildred... ¡Benditos Ropper!, resultó ser una auxiliar adjunta a dirección y resultó también que sabía lo que hacía.

Le podía ayudar si quería.

Y quiso.

Así que lo condujo por varios pasillos inmensos hasta llegar a la biblioteca. Poco a poco, el *college* se iba llenando de vida y los jóvenes estudiantes de entre quince y veintiún años iban poblando las largas mesas rectangulares de madera con lámparas verdes, y abriendo los portátiles para revisar, fundamentalmente, sus cuentas en las redes sociales.

Que por algo se empieza.

—*Wait here!* —le ordenó. Ortiz lo entendió a la primera. También porque la mujer acompañó el comentario con un inequívoco gesto de la mano que decía «quieto aquí».

El comisario la vio alejarse. Llevaba una falda de tubo gris y unos zapatos de antes de la guerra, de cualquier guerra en color. Una camisa blanca y un jersey verde custodiaban un collar de plata con una cruz sin cristo. A su alrededor, chicos uniformados con pantalones gris marengo y una elegante americana granate comentaban en susurros asuntos que él no alcanzaba a descifrar, pero que imaginaba relacionados con alcohol y tías. El uniforme de las chicas era muy sobrio: lo componían una falda de cuadros y un jersey gris. Alguna también llevaba la chaqueta granate, pero a ninguna le quedaba ajustada a los hombros.

Mildred no tardó en regresar.

—*Here you are*.

Con delicadeza, le hizo entrega de lo que parecía y resultó ser un álbum de fotos. Ortiz leyó en la cubierta: «1970-1999».

—*Many thank you* —dijo. Mildred sonrió y asintió. Si es que el idioma se le estaba metiendo dentro...

Al fondo de la biblioteca encontró una sección con asientos individuales y se alejó de las molestas mesas corridas que ya estaban a rebosar de alumnos. Se sentó y comenzó a hojear el anuario. Enseguida encontró lo que estaba buscando.

¿Cuántas veces se lo había repetido desde que puso un pie en tierras escocesas?

«Fettes College. Edinburgh, 1975. John Black».

Comenzó a deslizar el dedo por las fotos de carnet de los alumnos del colegio en ese año en particular y no encontró nada, ni una cara ni un nombre que le resultara familiar, ni rastro de John Black.

Su rostro se crispó reflejando una frustración con la que no contaba. Estaba seguro de que la respuesta iba a estar allí, de que había descubierto lo que su hermanastra quería decirle, de que estaba en el camino correcto.

Pasó las hojas con velocidad, con energía, con mala leche.

1995, 96, 97, 98, 99...

Y una nueva esperanza se abrió ante sus ojos: *Summer School*, la escuela verano. Tenía sentido: una formación extracurricular en la que jóvenes procedentes de diferentes partes de Europa, Italia, Francia, España, se juntaban antes de entrar en la veintena, durante uno o dos meses, para aprender inglés y completar su formación.

Avanzó con celeridad nuevamente hasta alcanzar el año 1975. Hizo el cálculo mental: en ese momento él aún no había nacido, aún no era ni una idea. Pensó en su madre, en cómo sería su vida en 1975. Se la imaginó hermosa y sonriente, sana todavía.

Viva todavía.

Ortiz se fue directamente a la B y lo encontró, allí estaba, un mocoso, pero con pelos en los huevos. «Pelos negros en sus huevos negros», pensó. Encuadró su edad en algún punto indeterminado entre los quince y los dieciocho.

El comisario frunció el ceño. Algo no encajaba.

Era él pero no era él.

En esa época, John Black tenía cara de buen chico. Llevaba el pelo a lo afro, no muy largo, y sonreía a la cámara. La vida aún no lo había golpeado, maleado y llevado por el mal camino. Ortiz lo sabía mejor que nadie, lo había visto mil veces en el barrio. En su infancia, chavales normales, alegres, divertidos, que caían en las fauces de las drogas, comenzaban a torcerse, a necesitar dinero para quitarse el mono, a cometer un delito menor, una tontería, una gilipollez —«si nadie nos va a pillar, si no se va a enterar ni dios»—, hasta que

daban con sus huesos en el calabozo y en la trena, en el mejor de los casos. Y esa sonrisa, esa alegría, esas ganas de vivir se esfumaban para siempre.

Un sentimiento parecido a la pena, a la lástima, a la empatía se apoderó del comisario, que tuvo que recordar que ese negro quería cercenarle el cuello para desayunar.

Le llamó la atención que era el único chaval negro de toda la promoción. No era habitual en esos años en Escocia que tuviesen acceso a una educación superior. Así que ese cabrón aun encima venía de buena familia, pensó Ortiz.

«¿Y ahora qué? ¿Bárbara? ¿Qué hago aquí? ¿Qué es lo que tengo que encontrar?». Su instinto lo llevó a enfocarse y detenerse en los chicos españoles que pasaron ese verano en el *college*.

Eran tres.

El primero tenía el pelo rizado negro, restos de acné en las mejillas y una sonrisa que no había conocido la ortodoncia. Se llamaba Salva, Salvador Cuenca.

El segundo parecía más bajito, chato, regordete y con cara de bonachón, como todo el que tiene los mofletes rubicundos y rellenos de grasa. Tenía el cabello lacio, ralo y peinado a raya. De izquierda a derecha. Se llamaba Sebas, Sebastián Durán.

—¡Coño! —Ortiz lo reconoció—. Este fue ministro hace nada.

Sacó el teléfono, busco en Google: Sebastián Durán político. Y en la primera entrada le explicaban que era el secretario de Organización del Partido.

Volvió al anuario y llegó al tercero.

La respuesta.

El tercero era la respuesta.

Ortiz se frotó los ojos, no se lo podía creer. Levantó la vista y miró en todas las direcciones, como un vigilante, como alguien que busca una cámara oculta.

Tenía que tratarse de algún tipo de broma. ¿Qué coño estaba haciendo él ahí?

La sorpresa inicial fue abriendo paso paulatinamente a la ira, esa ira heredada tan suya, que lo borra todo. El cerebro del comisario se llenó de oxígeno como un relámpago y los ojos se le salían de las

órbitas. La sensación de vértigo se apoderó de él. Todo le daba vueltas.

Era él. No tenía la menor duda.

Era él.

Y encajaba. Todo encajaba.

No podía imaginar cómo demonios había terminado en Escocia, matriculado en un colegio pijo a mediados de los setenta, pero un buscavidas es un buscavidas y su maldad no se detiene en la frontera. Leyó el nombre varias veces y pasó el índice por la fotografía.

Manuel Ortiz.

«Tiene que ver con papá».

Ese hijo de la gran puta estaba detrás de todo.

28

No le había pasado demasiadas veces. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había caído en la trampa.

Repasar.

Mirar atrás.

Y lo evitaba a toda costa porque, si repasaba su vida y se ceñía a ella como vara de medir, la subinspectora Lorena Galván llegaba siempre y enseguida a la misma conclusión.

Que la vida era una mierda.

Y aun así se agarraba a ella como todos: por inercia. Ella, tan libre, tan escéptica, tan pasota. Tan me la suda todo, todo el mundo, todo el rato era una víctima más del puto instinto de supervivencia. Y mira que había intentado anular a ese hijo de perra muchas veces. Pero no había forma.

Loor había buscado soluciones en libros, en internet, en foros... Hasta había pedido ayuda en Reddit: «¿Qué hacer cuando descubres que la vida es una mierda y que lo tuyo no tiene solución?». Un friki postadolescente, como ella, le había respondido. Con otro, hasta había intercambiado varios mensajes. Lo que buscaban casi todos era compañía, alguien con quien charlar para no sentirse tan solos en sus miserables vidas. Uno incluso quiso quedar, hasta que le espetó que lo suyo eran los coños y salió huyendo despavorido.

En fin, nada había dado resultado.

Muchas veces había deseado morir, suicidarse; pocas veces lo había intentado de verdad, eso de quitarse de en medio, y ahora volvía a estar cerca.

Le había dicho a Axel que la dejase en la plaza de Jacinto Benavente, que quería dar un paseo, ir andando a casa a pesar de la

lluvia. Habían discutido otra vez y ella había sido la culpable: la rabia y la vergüenza se ensamblaron, como era su costumbre, sin avisar.

No era la primera vez. No tenía un jodido cartel verde con una L pegado a la espalda en la autoescuela de perder los nervios.

Solo sentía unas ganas irrefrenables de hacer justicia.

Solo era eso.

Abdel El-Abdellaoui había sido asesinado. Acribillado por su culpa. Recordaba perfectamente sus palabras: «No te voy a contar la milonga de que estoy aquí para protegerte y de que, si colaboras, no te va a pasar nada». ¿Por qué? ¿Por qué tuvo que decirle eso?

Para limpiar su conciencia si le pasaba algo, ahora lo veía claro.

Para lavarse las manos como una suerte de Poncio Pilatos de mercadillo.

Para eso lo hizo.

«La verdad es que estás en una situación de mierda, Abdel, pero si hablas conmigo y me dejas hacer mi trabajo, tal vez consiga trincar al que mató a Bárbara y demostrar que no fuiste tú». Lo había utilizado, lo había chantajeado con la esperanza de atrapar a un criminal, haciéndole creer que estaba en su mano, que tenía que ayudarla; insinuando que ella era capaz, que era mejor policía de lo que realmente era, cuando en el fondo de su corazón lo único que quería era impresionar a Axel, demostrarle a todo el mundo que ella también podía liderar y resolver un crimen complejo en Madrid. Esa era la única verdad.

«Es lo mejor que te puedo ofrecer», le había dicho.

Eso le dijo para rematar.

Esa puta mierda le dijo.

Ofrecer eso y no ofrecer nada era exactamente lo mismo. ¿Qué diferencia había?

Pues claro que pudo haber ofrecido más. Pero muchísimo más. Podría haberlo detenido, podría haberle ofrecido protección real, podría haberlo sacado de allí, custodiarlo durante unos días esgrimiendo que tenían pruebas contra él, podría haber falseado los resultados del ADN del cigarro, o al menos podría haber retrasado el proceso, haber gestionado la información de otra forma.

Podría, podría, podría...

Estaba a punto de estallar.

Ni siquiera Axel había conseguido calmarla. Nadie iba a poder convencerla de que no era escoria, un despojo humano, un ser que no merecía seguir con vida. Tenía que hacer algo para salir de ese bucle y todo lo que se le ocurría terminaba con ella sin vida en una bañera helada.

El inspector Axel Nash condujo sin rumbo por los túneles de la M-30. No sabría decir cuánto tiempo, pero bastante. Estaba inquieto, necesitaba un asidero al que agarrarse para no dejarse arrastrar por su compañera.

Loor lo había dejado exhausto. Nunca la había visto así, tan fuera de sus cabales. Y mira que la había visto perder el control, disparar antes de tiempo, golpear, patear.

Aunque parezca una contradicción, todas estas meadas fuera del tiesto le parecían acciones controladas, enmarcadas en un contexto policial, entre la adrenalina y las vísceras, sí, pero con las pulsaciones a ciento ochenta y la vida en juego no es tan fácil mantener la calma y tomar decisiones.

Tomar buenas decisiones.

Su puntería era un don, un regalo que los dioses le habían brindado para justificar sus errores, su falta de juicio. Y siempre daba en el blanco.

Luego ya le darían forma a una excusa convincente, en eso eran los mejores.

Pero aquello era distinto. La forma en que se le contrajo el rostro, los labios apretados, finos, casi invisibles. La mirada perdida, los ojos húmedos, enrojecidos.

Y los gritos. Sobre todo los gritos.

Eso fue lo más difícil de aplacar.

Como un cerdo al que están despellejando con varios cuchillos.

Axel sabía que no iban dirigidos a él, que solo estaba soltando, descargando toda la tensión acumulada en las últimas semanas. Pero le habían alcanzado, sus palabras le habían alcanzado. Era inevitable.

«Las palabras se las lleva el viento».

Mis cojones.

Hay palabras que se quedan para siempre, inamovibles, y ni la fuerza de diez huracanes con nombre de mujer consiguen borrarlas.

«Me odio. Me quiero matar. No quiero seguir, Axel». Él la apretó contra su pecho con fuerza, y aunque ella al principio luchaba para apartarse, consiguió calmarla, que respirase acompasando la respiración con la suya. Le acaricio la cabeza, el pelo.

Silencio.

Loor quería ir a Lavapiés, al lugar donde habían matado a Abdel, pero Axel se lo desaconsejó primero y se lo prohibió después. No serían bien recibidos, nunca lo fueron, y ahora mismo ese lugar era un hervidero de malos augurios. Además, un equipo se había desplegado en la zona y el cadáver ya descansaba en el depósito esperando para ser examinado, aunque no había mucho que examinar: un corte limpio y rápido en el cuello: se había desangrado. «Exsanguinación», pondría el informe.

Ahora tenían que hacer su trabajo y averiguar quién lo hizo, pero a Loor, según pudo comprobar Axel, la pregunta que realmente la atormentaba era otra: por qué.

El apartamento estaba hecho un cristo. No estaba especialmente sucio, no era eso. Era el desorden, el caos, una metáfora de su estado mental. Una brisa fresca entraba por el hueco de la doble ventana abatida del salón. Movía los estores y penetraba entre sus pertenencias dejando un olor a calle mojada y desolación. Lorena Galván dejó las llaves en el mueble de la entrada y fue directa al cuarto de baño.

La bañera. Helada.

Se agachó para colocar el tapón y abrió el grifo rojo, el del agua caliente.

Hirviendo.

Dejó el teléfono apoyado en el borde de la bañera, que poco a poco se iba llenando, y vació el contenido de un bote de gel Sanex.

Piel sana.

Se bajó los pantalones y las bragas y se sentó en el inodoro. El sonido de la orina al caer se confundía con el del agua rebotando en el acrílico blanco de la bañera.

Empezó a salir vaho.

Y, tras lavarse las manos, Loor se encendió un cigarro, el humo se mezclaba con el vaho. Lejos de relajarla, la nicotina la activó. Las caladas se sucedían, rápidas, cortas, violentas. Se terminó el cigarro en pocos segundos, lo mojó en el lavabo y tiró la colilla al váter. No tiró de la cadena, cuyo mecanismo y sus ecos aún sonaban de fondo.

Se quitó la ropa sin cuidado, dejando varias prendas tiradas por el suelo del salón y encima del sofá. Un calcetín cayó dentro de una maceta sin agua, seca, como la planta sin vida que albergaba en su interior. Desnuda fue a la cocina y en el armario encontró lo que buscaba. Se sirvió medio vaso de Beefeater sin hielo y la redujo con un poco de agua.

Abrió un cajón y sacó un cuchillo de pelar, corto, violento.

El alcohol bajando por su garganta la quemó por dentro.

Metió un pie en el agua hirviendo. Se merecía ese dolor. Se tumbó y echó la cabeza hacia atrás, apoyó la nuca y se arqueó. Le dio otro trago largo a la ginebra. Sin hielo, se había calentado.

Cogió el cuchillo, cerró los ojos y contó hasta diez.

Axel puso el intermitente, cambió de carril y tomó la tercera salida, la de siempre, la que lo llevaba a casa dejando atrás la glorieta de Pirámides.

Algo en su interior le decía que igual no era mala idea pasar por la calle Atocha y hacer un par de comprobaciones, llevar si acaso una botella de Beefeater y, por qué no, quedarse a dormir en el sofá de la subinspectora.

En eso pensaba cuando sonó el teléfono. El Peugeot no activó el manos libres, así que descolgó y pulsó el altavoz acercándose el aparato a la boca.

El sonido del teléfono la arrancó de cuajo de un estado de ensoñación tibio. Se sobresaltó. El filo del cuchillo le rozó una vena y

le provocó un rasguño mínimo y profundo.

El agua se había enfriado. ¿Cuánto tiempo llevaba en ese estado? No sabía decirlo.

Al volver en sí, Loor lanzó el cuchillo lejos de ella y lo estampó contra el espejo del lavabo sin romperlo.

Miró la hora en la pantalla. Algo le decía que debía coger esa llamada.

Estaba a punto de amanecer.

—Sí, jefe, ¿qué ocurre?

—Axel, ¿estás solo?

¿Este quiere saber si estoy solo o si estoy con Loor?

—Sí, estaba volviendo a casa, ¿por? ¿Ha pasado algo?

—Lorena no me coge el teléfono. Mañana daremos una rueda de prensa. Manejamos cierta información que da solidez a la teoría que vamos a exponer ante los medios.

Esto no me gusta una mierda. ¿Qué me está queriendo decir? ¿Y qué coño quiere de mí?

—¿Nash? ¿Estás ahí?

—Aquí sigo sí.

—Es posible que sea necesario que refrendéis esta teoría en caso de que os pregunten, incluso aunque no os pregunten.

Teoría, qué asco de palabra. ¿Y me vas a decir esa teoría de una vez o qué pasa?

—Todos los indicios y evidencias apuntan a un crimen múltiple perpetrado por un grupo neonazi de ultraderecha.

¿Perdona?

—¿Y cuáles son esas evidencias, jefe, si se me permite preguntar?

—El contexto y el *modus operandi*.

Venga, no me jodas. A mí me vas a venir ahora con esas. Es lo mismo que no decir nada.

—Desafortunadamente, atravesamos un momento crítico y crucial en la política nacional, la sociedad está completamente polarizada y la incompetencia del Gobierno ha alimentado la desconfianza en la

parte más beligerante del electorado. En la parte, digamos, más propensa al conflicto no verbal.

¡Qué coño dice este tío! Un eufemismo más y estampó el coche contra esa marquesina, te lo juro.

—No sé si estoy entendiendo lo que me quiere decir, jefe.

—Yo creo que sí lo estás entendiendo, Axel: justicia popular, ley del Talión, ojo por ojo y...

—Sí, sí, conozco esa maldita ley, pero qué coño tiene que ver con que un chaval sospechoso de matar a una prostituta haya sido brutalmente asesinado casi en la puerta de su casa.

—Todo. En este momento tenemos que ser responsables. Quizá nos precipitamos al hacer pública su identidad, inspector.

¿Nos precipitamos? ¿En plural? ¡Tendrá cara este pavo!

—Viendo lo que está sucediendo en Estados Unidos con Trump y sus seguidores, los crímenes en las calles de Minnesota de civiles inocentes y desarmados que son acribillados a tiros por el mero hecho de ser migrantes, por el color de su piel. Es desolador. Y mucho me temo que ese discurso de odio se está comprando también aquí y que alguien se ha organizado para acabar con lo que consideraba un problema.

—¿A qué hora será la comparecencia?

—Pronto. A primera hora.

Axel colgó sin despedirse. Redujo la marcha y cambió de dirección. Ya había encontrado la excusa que necesitaba para presentarse en la puerta del apartamento de la calle Atocha.

—Ortiz, ¿qué pasa? —la voz de Loor no transmitía actividad.

—¿Te pillo bien?

Miró a su alrededor. El vaso vacío desprendía un olor a destilado rancio, a abandono. La herida en la parte anterior del antebrazo le escocía al contacto con el agua.

—Sí, supongo.

—Es importante, necesito que hagas algo por mí.

—Y yo necesito sentirme útil.

—¿Axel?

—No, yo. Él no tiene nada que ver.

—Si es que al final voy a empezar a creer en los milagros. —Un amago de sonrisa se intuyó al otro lado de la línea. El comisario parecía cansado. Ninguno de los dos estaba para muchas bromas—. Oye, no tengo mucho tiempo, ¿tienes donde apuntar?

Loor se incorporó y se levantó despacio apoyando las manos en el borde la bañera. Dejó el suelo encharcado y casi resbala al estirarse a por una toalla azul marino que descansaba colgada detrás de la puerta. Con ella envolvió su cuerpo. Estaba áspera.

De puntillas salió del baño. Intentaba moverse despacio para no hacer ruido. No quería despertar ninguna sospecha sobre sus últimos deseos. Se sintió ridícula al pensar de esa forma.

—Dame un segundo.

Llegó a la mesa del salón y sacó de una taza un boli Bic mordido. Se manchó los dedos de tinta. Y maldijo en voz baja.

—Mierda.

—¿Pasa algo?

—Nada. Ya estoy. Dime.

—Escúchame con atención, es importante: te voy a dar tres nombres, necesito que me consigas información sobre ellos. Apunta. —Ortiz esperó por inercia. Quería que la subinspectora se concentrase en sus palabras—. El primero se llama Salvador Cuenca. He mirado en LinkedIn y su última actividad es como consultor en varias corporaciones de gran tamaño. Me huele fatal.

—Sal... vador... —Loor repetía en voz alta al mismo ritmo que escribía—. Cuen... ca.

Vale. Más.

Ding Ding Ding.

El sonido del timbre se entrometió en la conversación.

Loor cerró los ojos para limpiar de interferencias su cerebro y apuntar correctamente.

—El otro se llama Sebastián Durán. —Ortiz permaneció unos segundos en silencio para dejar que ella tomase nota y para dejar que su cerebro juntase las piezas.

—Se... bas... tiaaan... Du... rán. —Loor terminó de apuntar y su cerebro hizo clic—. Pero... ¿este no es...?

Pum. Pum. Pum.

Alguien estaba aporreando la puerta. Ortiz siguió hablando. Loor sabía que no debía distraerse. Quien quiera que fuese podía esperar.

—Sí, el mismo. No sé qué es lo que quiero que encuentres, pero si me consigues algo contra él, podré averiguarlo cara a cara en cuanto regrese.

—¿Y cuándo va a ser eso?

—Pronto, en cualquier momento. —Ortiz sonó tajante. Loor se dio cuenta de que no quería hablar de eso. Y por si tenía alguna duda, las siguientes palabras del comisario lo dejaron claro—. Te tengo que dejar ya.

—Oye, espera, falta un nombre, me dijiste que eran tres.

Ding Ding Pum Pum.

El timbre, la puerta.

—Nada, olvídalo —dijo Ortiz—. Del tercero ya me encargo yo. Además, no vas a encontrar nada que no sepa. Te dejo. Y pon una reclamación en la próxima reunión de vecinos: vaya chochos se montan en tu edificio a estas horas.

Loor colgó. Y se fue directa a la puerta.

Y de camino se arrepintió de no haber cogido el cuchillo.

Axel dejó el Peugeot mordiendo la acera, junto a un vado permanente que daba a aun garaje particular.

Que esperen, que no son horas de sacar un coche.

Salió disparado al portal 91, el de la puerta de edifico antiguo, negra, pesada, forjada en hierro. Llamó al telefonillo varias veces, muchas veces. Dejó el dedo pulsado. Silencio. Aguzaba el oído para escuchar el clic que indicaba que alguien había descolgado el cacharro ese. Se impacientó. Volvió al coche y de la guantera extrajo una ganzúa: un viejo clip que estiró y manipuló a su antojo. Pegó la cabeza al cristal de la puerta y colocó la mano de visera para minimizar las sombras y ver qué o quién se escondía a esas horas en el interior del edificio.

Estaba despejado.

Miró en todas direcciones. Hacía la parada de metro de Antón Martín.

Despejado.

Hacía la plaza del Emperador Carlos V.

Despejado.

Y en cuestión de diez segundos estaba subiendo al galope las escaleras, de dos en dos. El felpudo del vecino de su compañera decía: «¡Qué horas son estas de llegar!».

¡Y pensar que esta gente también vota!

Aporreó la puerta del piso de Loor.

Y el timbre. Ding Ding Ding.

Y la puerta. Pum. Pum.

Me cago en mi vida, Loor, ¡qué has hecho!

Axel necesitaba una radiografía para poder abrir la puerta. Por el tipo de cerradura sabía que con la ganzúa no iba a ser suficiente, así que optó por el método ruso.

¡El método ruso, joder! ¿Es que no habéis visto «Armageddon»?

Cogió carrerilla y se dispuso a empujar la puerta con todo su peso, con todas sus fuerzas, como el ariete del ejército de Sauron llamando a las puertas de Minas Tirith.

Dio un paso, dos, y...

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Ver a Loor en toalla dejó a Axel paralizado.

—Qué bien que hayas pasado por la ducha. —Axel se acercó a Loor—. Déjame ver esas orejas. Te has quitado el cerumen, ¿verdad? Pasa bien por ahí el dedo con jabón porque es evidente que tienes un tapón. Estás sorda perdida: llevo una hora llamando al telefonillo.

—No funciona. Lo he desconectado. No suelo recibir visitas.

—Yo no soy una visita.

Se pusieron al día y se limitaron a hablar de la investigación. Axel le contó la llamada de Abelardo Zamora y Loor la de Ortiz. Los dos obviaron los detalles, las pruebas de que en esa vivienda se estaba tramando algo; los dos estaban habituados a convivir con la búsqueda permanente de pistas que indicasen que algo no iba bien,

que la entropía, el equilibrio del universo, se había salido del carril y había tomado otra dirección.

Una mucho más turbia.

A Axel le dio pudor, vergüenza, ser testigo. Y calló. Porque hay preguntas que son pertinentes en la imaginación y que al pronunciarlas no demuestran más que vileza. ¿Qué podía decir?: «¿Te estabas suicidando?». Estaba viva y trabajando, era lo único que importaba.

Para Loor, sin embargo, ya no es que fuera pertinente o impertinente, es que directamente no había nada de que hablar: la casa estaba desordenada, el suelo empapado, la bañera teñida de sangre, un cuchillo en el suelo del baño...

Menudencias.

Axel atajó cualquier atisbo de duda.

—¿Te crees esa teoría? La de la justicia popular. El gran jefe está convencido o eso nos quiere hacer creer. Y quiero saber qué piensas porque mañana vamos a tener que respaldarla y continuar la investigación como si fuese cierta.

—No es descabellado, Axel. La última vez que vi con vida a Abdel me dijo que estaba sufriendo todo tipo de amenazas, algunas de muerte. Quizá algún maníaco cumplió su palabra.

—Si eso es lo que pasó, me niego a pensar que fue cosa de un loco. En todo caso, habrá sido obra de un racista hijo de la gran puta. O de varios. Castillitos ha insinuado que podía ser un movimiento organizado de ultraderecha el que está detrás de todo.

—Pues si es así, va ser jodido demostrarlo. No es ETA o Al Qaeda o algún otro grupo terrorista. Nadie va a reivindicar la autoría del atentado.

—Sí, está claro, aunque a mí todo esto me da mala espina, Loor. Me parece muy interesado salir tan rápido diciendo eso. La gente lo va a comprar sin hacerse demasiadas preguntas. Los de un lado dirán que este es el rumbo que está tomando nuestra sociedad y que menudo asco. Que si el avance de la ultraderecha, que qué miedo todo, etcétera, etcétera. Y los del otro lado dirán que mientras no se endurezcan las políticas migratorias y se controle la entrada de extranjeros a nuestro país, estas cosas van a seguir

pasando e ir a más. Unos utilizarán la muerte de un marroquí para sus intereses políticos y los otros para justificar su racismo. Y tengo claro de qué lado estoy, pero mi trabajo no es gobernar, sino conseguir que se cumpla la ley y, sobre todo, que cuando no se cumpla, alguien pague por ello.

—O sea, que vas a tocarle los huevos a Castillitos.

—Ojalá no sea necesario, pero yo lo veo todo precipitadísimo. Y ya sabes que no creo en las casualidades. —Axel se dejó caer sobre el respaldo del sofá. Su espalda dio contra el vaquero negro de Loor. Dentro había unas bragas, también negras.

—¿Esto es tuyo?

—Trae. —Loor se lo quitó de las manos.

—Joder, tía, tienes que estar muy sexi con esas braguitas. —Axel le guiñó un ojo.

Loor se ruborizó. Sus mejillas se calentaron, entraron casi en combustión. Y como siempre que eso pasaba, que no eran muchas veces, no dio ni un paso atrás.

—¿Quieres que me las pruebe para ti?

—Uy, no juegues, anda, que a mí sí me gustan las tías.

Loor estalló en una carcajada.

—De verdad, tío, que eres tonto perdido.

Axel se contagió de la risa de su compañera. Se sentía bien cuando la hacía reír de esa forma, en alto. Lo tranquilizaba también con respecto a sus intenciones.

—Repíteme los nombres que te dijo Ortiz: Sebastián Durán y... ¿cuál era el otro?

Loor sacó la hoja donde lo había apuntado.

—Salvador Cuenca.

—No me suena de nada. —Axel se pasó la mano por el pelo, ya apenas pinchaba. Entre su madre, los viajes pa arriba, pa abajo, no había tenido tiempo de cuidar su imagen. Lo apuntó mentalmente.

—¿Serán ellos los de las fiestas?

—Encajan con el perfil que estamos buscando.

—¿Y no te parece acojonante que un exministro y secretario de Organización de partido que está ahora mismo en el Gobierno, como Sebastián Durán, se dedique en su tiempo libre a ser el anfitrión de

fiestas sexuales disfrazadas de etiqueta, en la que otros colgados como él, que lo único que quieren es dar rienda suelta a sus perversiones más oscuras, se dediquen a follar como macacos?

—Ortiz eso no lo sabía, pero no perdemos nada por tocar las narices un poco.

—¿Y el otro? ¿El Cuenca este? ¿Qué será lo que hace? ¿Encargarse de limpiar las huellas si a alguien se le va la mano?

—No lo sé, pero tuve la sensación de que a Ortiz era el que más le interesaba.

—Pues te digo una cosa: creo que sé quién puede ayudarnos. —Axel se tumbó en el sofá, entrelazó los brazos en la nuca y puso los pies encima de la mesa de centro—. Y ahora vamos a intentar echar una cabezada aunque sea. Ya es de día y mañana va a ser largo.

29

Madrid, martes 2 de junio de 2026

Una fiesta multitudinaria y privada en la que se van a cometer varios delitos, como tenencia y consumo de sustancias prohibidas, prostitución, alteración del orden público y otros de naturaleza más opaca que puedan ir surgiendo, y todo ello delante de funcionarios de los servicios públicos, jueces, políticos, policías... Una fiesta de ese calibre hay que prepararla con tiempo.

Y con mimo.

Sebastián Durán era el promotor, todos lo sabían y nadie lo podía asegurar, al menos bajo juramento. Era quién organizaba y ordenaba qué se compraba. Subcontrataba mano de obra que se encargaba del *catering*, las pastillas, el champán... Todo bajo un mismo lema: ¡Que no falte de nada!

Eran muchas patas y había que saber delegar. Lo aprendió desde muy joven, cuando pertenecía a los Boy Scouts y se iban de excursión los domingos por el monte para vivir aventurillas adaptadas a su temprana edad. Allí repartían los roles, distribuían las tareas y confiaban los unos en lo otros. Se comportaban como una cadena humana, todos bajo un mismo lema: ¡Hoy por ti, mañana por mí!

Ese espíritu nunca lo abandonó, seguía viviendo aventurillas al amparo del poder.

Aventurillas.

Pero de otro tipo.

La información circulaba bajo secreto sin sumario, a gran velocidad, y se expandía escondida por un juramento tácito que

convenía a todo el mundo.

Nadie quiere joder al poder.

Nadie quiere joder la diversión.

Pero cuando un secreto es compartido, cuando sale de la fuente madre, se propaga. Y como un fuego en un bosque con alto contenido en resinas, no se puede controlar. Porque solo hay algo más importante que disfrutar, que estar, que pertenecer.

Que se sepa.

Y siempre alguien baja la guardia, siempre alguien se relaja y habla donde no debe. Como en una cama deshecha de una *suite de luxe* de un cinco estrellas con nombre de santo y con nombre de vino.

—La fiesta es esta noche, puedo intentar que te dejen pasar.

Hugo Ramírez estaba arrodillado, mordisqueando los muslos de un antiguo ligue, un empresario del acero al que se había follado varias veces y que en alguna ocasión había presumido de lo bien que se lo pasaba en círculos inaccesibles para la mayoría. Nada en él había logrado despertar la envidia en el joven policía, que era capaz de pasárselo mejor que nadie en círculos la mar de accesibles. Pero sí había despertado su curiosidad.

No sabía mucho de él, solo lo que veía: un hombre más guapo que atractivo, «guapo de ciudad pequeña», como solía decirle Hugo, aparentemente rico por su liviandad a la hora de gastar, no por su ropa: llevaba botas de montaña Salomon, pantalones cargo de coronel Tapioca y camisetas de Patagonia. Un amante de la montaña.

Ahora toda esa ropa descansaba doblada sobre el respaldo de una silla de madera de caoba con tapizado camel.

Hugo se metió la polla en la boca.

«Acero», en eso pensaba siempre que llegaba ese momento.

¡Qué casualidad!

Su sector secundario se burlaba de él. Por su polla nadie habría adivinado su vínculo con la industria siderúrgica. Tampoco era muy

grande, pero no le importaba, lo que le interesaba que fuese grande era su boca.

Y tenía una boca enorme. Que no paraba de hablar. Y daba la casualidad de que Hugo sabía escuchar.

—Joder, sigue, amor, no pares. Dios, quiero que vengas conmigo a una de mis fiestas y me la chupes delante de todos. Te lo juro, ibas a ser la sensación con ese cuerpo decimonónico y blanquito. —Hugo casi se atraganta: «Hay que ser hortera para pensar en el siglo XIX en un momento así», pensó mientras respiraba por la nariz—. Me muero porque todos vean que eres mío. ¡Qué putada que no pueda ser!

Hugo no sabía si se estaba refiriendo a que no estaban permitidas las relaciones homosexuales o a que nadie sabía lo suyo. Se inclinó por la segunda opción. No dijo nada. La sangre concentrada en los genitales nunca anima al silencio.

—Tendremos que escondernos en alguno de los cuartos cerrados. Pero no importa, también me pone muy cerdo esa idea. El peligro de que nos encuentren. Transgredir las normas. Y, además, te quiero para mí. Todo para mí.

Hugo respondía con lengüetazos. Movía el músculo lingual por un lado y por el otro, blanda y ancha. Y cuando no podía respirar, se apartaba, se la sacaba de la boca y lo miraba a los ojos con cara de cerdo.

Lascivia.

Eso querían, eso tendrían.

—Pero no puedes venir solo ni con otro tío, es obligatorio asistir con una mujer. ¿Podrás encontrar a alguien que te acompañe? Una que esté a la altura, tú ya me entiendes.

Hugo escupió antes de volver a metérsela, aceleró y acompañó sus movimientos con la mano izquierda. Medio minuto después se estaba enjuagando la boca en el grifo del baño.

—Mándame la dirección por Telegram para que no quede constancia. Te veo allí esta noche. Estoy deseando repetir.

Marina colgó el teléfono con sentimientos encontrados. Hastiada pero contenta. Le encantaba sentirse útil en todo en la vida, pero especialmente en su trabajo. Y que Axel contase con ella cada vez más la llenaba de orgullo.

Pero empezaba a estar cansada de depender tanto de su madre, de su ayuda, siempre a la sombra de una mujer a la que admiraba, pero de la que deseaba despegarse.

No se lo estaban poniendo fácil. Sabía que ella la ayudaría. Otra vez.

Y que su reputación seguiría creciendo.

Y la confianza depositada en ella también.

Quizá hasta su rol en el grupo se vería fortalecido y en poco tiempo podrían llegar a ascenderla. Entonces, si todo eran ventajas, ¿por qué la invadía una sensación tan incómoda?

De dependencia. De incapacidad.

Entró en la comisaría con el pelo recién lavado, todavía mojado. Sus rizos caían con peso sobre sus hombros, ondulados e informes, como tirabuzones saltando de un trampolín. Caminaba erguida, satisfecha. Sus zapatillas Golden Goose con la estrellita gris de efecto manchado pisaban con más fuerza de lo normal. Se tomaría un café mientras esperaba a que llegasen los demás. Se dedicaría un momento a ella y llamaría a su madre.

Claro que llamaría a su madre.

Conseguiría lo que le pidió Axel.

—Hola, gordi. ¿Estás lista para esta noche? —La voz de Hugo la pilló desprevenida.

—¿Tú qué leches haces aquí tan pronto?

—Esperarte —dijo él con una sonrisa. Estaba sentado a su ordenador, la pantalla apagada.

—Llevas la ropa de ayer. —Marina inspiró con fuerza por la nariz—. Hueles a...

—¿A qué? ¿A qué huelo?

—No sé, tú sabrás, pero hueles fuerte.

—Huelo a diversión. —Hugo levantó un brazo y olisqueó debajo de la axila—. No me dio tiempo a ducharme después de...

—Déjalo, déjalo. —Marina agitó los brazos de forma disuasoria—. No quiero saberlo.

—Me da igual que no quieras. Huelo a diversión después de conseguir que nos inviten a LA FIESTA.

Marina abrió la boca. Su corazón se aceleró.

—No sé si alegrarme.

—Pues no vas a tener mucho tiempo para pensarlo, gordi: es esta noche.

Ahora la mandíbula: se tensó como un gato en el Niágara, y se acordó de que llevaba varias noches sin ponerse la férula de descarga para dormir. Ojalá fuese eso y no las ganas que tenía de salir corriendo.

—Hazme un favor. —Marina sacó un billete de diez euros de su cartera de Louis Vuitton—. ¿Por qué no vas hasta el Starbucks y traes un par de cafés? Yo invito.

—Pero, gordi, ¿me has visto cara de esclavo, te ha dado la sensación de que me llamo Elwood y que estamos en una plantación al oeste de Louisiana?

Marina no sonrió. Si estaba siendo sardónico, no acertaba con el público.

—Tengo que hacer una llamada, es importante, y me gustaría estar sola.

—Agradezco tu sinceridad, gordi, pero la respuesta es no. Si quieres vamos juntos, haces tu llamada mientras yo pido los cafés con tu dinero, y luego nos lo tomamos aquí o donde tú quieras.

Pero ni tienes la gracia de Axel para pedir este tipo de favores ni eres mi jefa.

Marina cogió el bolso y se adelantó sin esperar a que su compañero reaccionase.

—Hay que ver cómo eres. Vamos.

—Mamá, soy yo.

—Ya lo sé, cariño, me sale tu nombre en la pantalla, ¿recuerdas?

—Ya.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Claro que necesitaba algo, por eso la llamaba. Y como a una madre es muy difícil engañarla, salvo cuando no quiere enterarse de en qué anda metida su hija, ya la había descubierto. En dos respuestas: «Soy yo» y «Ya». Era un milagro que fuese policía, y más le valía seguir siéndolo, porque como espía su futuro era desolador.

—¿Me podrías ayudar a investigar a un tipo?

—Claro, cariño, ¿de quién se trata?

La condescendencia la estaba matando. Tenía que aceptarlo, seguía siendo una niña pequeña.

—Su nombre es Salvador Cuenca.

El silencio que siguió a continuación la inquietó, no contaba con él y limpió de su cuerpo el resto de emociones.

—¿Mamá, sigues ahí?

—¿Para qué lo necesitas, hija?

A su madre le había cambiado la voz, no quedaba ni rastro del paternalismo materno que tanto la afligía. Salvador Cuenca, ¿qué escondía ese nombre?

—Cariño —pasados unos segundos, la madre de Marina se recompuso—, estoy en mitad de una reunión. Te llamo más tarde y hablamos con calma.

Marina colgó el teléfono sabiendo que le devolvería la llamada y que no estaba en mitad de ninguna reunión. Quizá no era Jason Bourne, pero tonta tampoco era. Por mucho que a veces se esforzase en disimularlo.

Su madre estaba ganando tiempo. Quería pensar, meditar bien qué y cuánto le contaba sobre ese hombre. De algo estaba segura: no le iba a mentir, pero mediría hasta la última palabra para no comprometer el futuro de su niña pequeña.

Hugo Ramírez esperaba en la cola para ser atendido. Tenía dos personas delante: una mujer extranjera, nórdica, rubia, supuso que escandinava: sueca o noruega eran sus opciones, más que nada porque no había conocido en su vida a ningún finlandés. Estaba

pidiendo un *hot chocolate* en mayo. Tenía sus costumbres árticas demasiado arraigadas.

La antecedía una pareja española. Él escuchaba cabizbajo en el móvil los gritos de una voz femenina que, aunque no estaba allí, formaba parte de la cola y la volvía más ruidosa.

Cuando llegó su turno, apretó el auricular contra el pecho y pidió un *refresha cool lime*. Hugo pensó que si Axel estuviese allí con él, le habría susurrado al oído: «*Refresha cool lime*. Esos gritos son lo mínimo que merece». Sonrió ante esta anécdota ficticia. Le caía bien su jefe, los dos le caían bien. Hasta le estaba cogiendo cariño a la pija. No formaban parte de su mundo, pero de algún modo lo estaban expandiendo.

Le tocaba.

—Dos *ice lattes*, por favor. Con mucho hielo.

Le pidieron el nombre y cuando iba a entregar el billete de Marina, cambió de idea. Sacó el teléfono y pulsó dos veces el botón superior lateral: Apple Pay, invitaba él. Pasaba el sensor por el datáfono cuando lo vio.

Justo a tiempo: mensaje de Telegram.

Hugo memorizó las coordenadas por si acaso.

La fiesta acababa de comenzar.

—Ya estoy aquí.

Marina ocupó el asiento libre en la mesa que había elegido Hugo. Se preguntó por qué precisamente esa, que era pequeña y estaba en una esquina, si había sitio en una grande junto a la ventana. Pero no dijo nada.

—¿Ha ido bien tu llamada? —preguntó él, sorbiendo con una pajita de cartón.

—Bien, sí.

—Vale, no quieres hablar de eso. De acuerdo, hablaré yo: ya tengo toda la información para lo de esta noche. Lo vamos a pasar pirata.

—Mira que eres moderno a veces —Marina se retiró el pelo de la cara—, y otras, sin embargo, hablas como mi abuelo.

—Gordi, ya verás esta noche que poco que me parezco a tu abuelo.

—Oye, me estás poniendo nerviosa.

Hugo se echó hacia delante y bajó la voz. Por pura diversión y porque le daba coraje que lo mantuviese en la sombra sobre el contenido de la llamada.

—He pensado en llevar una cámara escondida en alguna parte. No están permitidos los móviles y si me drogo mi memoria se droga conmigo. Dependeríamos exclusivamente de la tuya. Porque tú no te vas a drogar, ¿no?

—Obvio.

—Pues entonces es mejor tener refuerzos. Una cámara así, chiquitita. —Hugo colocó el dedo índice y el pulgar a un par de centímetros de distancia—. Y he pensado que lo mejor es que la lleves tú.

Marina imitó a su compañero y se acercó a él.

—¿Qué parte de me estás poniendo nerviosa no has entendido, tío?

—A ver, no te vas a drogar, no vas a follar y por lo tanto no te vas a desnudar. Es pura lógica: la tienes que llevar tú.

Una oleada de ansiedad le nubló la vista. Tenía razón, los dictámenes de la lógica así lo determinaban. Pero quién en su sano juicio podía considerar la lógica como un compendio de principios básicos del razonamiento correcto cuando no era más que el camino más corto y libre de obstáculos para cometer un suicido profesional.

El suyo, concretamente.

Marina recordaba las clases de filosofía de aquella profesora que tan bien le caía y que llegaba todos los días a clase con gafas de sol negras homologadas por la Organización Nacional de Ciegos. Y también oliendo a tequila.

Una mujer que predicaba con el ejemplo. Que desafiaba la lógica. Que entendía mejor que nadie que la filosofía es conocimiento y empirismo. Y que esos dos tránsfugas se manifiestan en las calles y se les conquista exprimiendo la vida. Y que la vida no se puede encajonar en las horas de sol. Que hay más vida en una noche que en mil días.

Al poco tiempo la echaron del colegio. Pero ella, Marina, un puto diez había sacado en esa asignatura. Había aprendido lo suficiente para saber que la lógica, como la vida, tiene dos caras. Y que ella no estaba preparada, se pondría nerviosa y la descubrirían. Nunca había estado en una fiesta de ese tipo, vamos, es que nunca había visto follar a nadie que no fuese ella misma, salvo en alguna película porno que apartó de su memoria porque la llevaría a desviarse del tema en cuestión: Hugo tenía mucha más experiencia que ella en ese tipo de eventos, muchas más tablas en ese tipo de situaciones y la idea había sido suya.

Vamos, tenía que llevarla él. Era pura lógica. Entonces, ¿por qué estaba callada dejando que sus pensamientos circulasen a 190 kilómetros por hora, sin señales de tráfico, sin semáforos, sin pasos de cebra, y a punto de colisionar los unos con los otros?

¿Por qué no decía todo eso en voz alta?

Por su madre, maldita sea. No tenía que haber hecho esa llamada.

La condescendencia.

Esa bastarda estaba mutando como un virus y derrotando a sus defensas. Porque si Aristóteles era el padre de la lógica y Descartes su discípulo, Rosa Pérez, la anterior alcaldesa de Madrid, era la madre de sus remordimientos. Y ella, Marina, pensaba y pensaba y pensaba y le daba vueltas y quería empoderarse, ser al fin independiente, existir.

Pienso, luego existo.

Existir... por sí misma.

—Está bien, llevaré la cámara —dijo poderosa, casi altiva—. Y ahora, si me disculpas, me está llamando mi madre.

—¿Te acuerdas de las fiestas de las que te hablé?

—Claro, mami.

—Pues ese hombre, Salvador Cuenca, es quien las organiza.

—¿Como anfitrión?

—No, no exactamente. Es un conseguidor, un hombre de confianza del partido. Su nombre no ha trascendido a la prensa ni a la opinión pública, pero aunque nunca lo he tratado personalmente,

lo sitúo a la perfección. Le llaman «el Manitas». Te puedes imaginar por qué.

Marina no se lo podía imaginar; se le ocurrió que podía ser una metáfora sobre su capacidad para arreglar cosas, o podía significar que era un asesino, o que era un genio utilizando las manos cuando se acostaba con alguien. Se quedó con la duda. Su orgullo herido le impidió preguntar. Su madre interrumpió sus divagaciones.

—Esas personas alquilan un lugar, normalmente un chalet, no siempre el mismo. Y no todas las fiestas son en Madrid, van cambiando de localización por diferentes ciudades de España, a veces incluso en zonas rurales, en casas de campo. Históricamente, eran centros de reunión de hombres de negocios, allí cerraban acuerdos multimillonarios y de alguna forma movían los hilos macroeconómicos de nuestro país.

—Como un *lobby*, ¿no, mamá?

—Algo así. Sé que era habitual que a esos encuentros acudiesen sus mujeres y se extendiesen durante todo el fin de semana. Ellos invertían el tiempo en sesiones de caza y ellas paseaban con los niños. Con el tiempo, ellas dejaron de asistir, desconozco si por aburrimiento o porque elegantemente dejaron de invitarlas. Conozco miles de excusas que pudieron emplear para disuadirlas y que pareciese cosa suya, créeme, soy mujer en un mundo de hombres, sé de lo que hablo.

—Ya.

—Por lo que he oído, en los últimos tiempos esas reuniones han derivado en fiestas clandestinas en las que los negocios han pasado a un segundo plano y los invitados se entregan al placer.

—Vale, mamá. Yo creo que con esto es suficiente. —A Marina, como a cualquiera, le escandalizaba que su madre abriese, aunque fuese mínimamente, las puertas a una conversación de contenido sexual.

—Una cosa, hija. No hace falta que me digas por qué me preguntas estas cosas, ya eres mayorcita. —«Mayorcita». No mayor, ni una mujer: «mayorcita». Le estaban entrando unas ganas locas de ir a esa fiesta y follar como si no hubiese un mañana—. Pero esa gente es peligrosa —continuó la exalcaldesa—. Ya te dije que a mí

nunca me invitaron... —Marina recordó otra cita en latín de sus clases de filosofía*: Excusatio non petita, accusatio manifesta*, y siguió escuchando—, pero he oído cosas y no son nada agradables. Ten mucho cuidado y no te juntes con ellos.

—Vale, mamá. Oye, te tengo que dejar —mintió—. Me están esperando.

Marina colgó y regresó junto a Hugo.

—Bueno, ¿a qué hora quedamos esta noche?

30

La rueda de prensa fue breve y nauseabunda. Así lo expresó el inspector Axel Nash cuando le preguntaron su opinión sobre lo que acababa de presenciar. Cuando se lo preguntó Loor, porque cuando se lo preguntó la prensa, se limitó a decir que no tenía nada que comentar.

Sin comentarios.

Y que cada uno sacase sus propias conclusiones.

Estaban fuera, sentados en las escaleras del edificio de la Comisaría General de Policía Judicial, observando cómo el enjambre de periodistas que había asistido a la rueda de prensa grababa recursos, falsos directos y conexiones que más tarde emitirían a la hora que sus editores considerasen oportuna. La muerte de Bárbara había perdido fuerza como elemento captador de audiencia, pero sin duda el asesinato racista y politizado de un marroquí a manos de un grupo de justicieros ultraderechistas reavivaría las llamas.

Loor mantenía los ojos cerrados. Por fin el sol se había dignado a hacer acto de presencia y la subinspectora emprendió la ardua labor de recibir una más que recomendable dosis de serotonina y vitamina D. Con un cigarro, por supuesto, la nicotina y el alquitrán nivelaban el placer. Si no, la experiencia no era completa.

Caladas sonoras.

Como manda el manual del buen fumador del cigarro mañanero.

Degustando el tránsito del humo en sus pulmones, deleitándose al expulsarlo.

Buf, esta tiene una ansiedad de mil demonios.

—Mira, por ahí vienen estos dos. —El dedo de Axel señalaba hacia el Starbucks. Por su voz parecía alegrarse de aumentar la compañía.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Marina.

—Lo esperado —respondió Axel, que los miraba divertido—. Oye, vosotros dos no estaréis liados, ¿verdad?

Loor abrió los ojos, los miró mientras daba otra calada y volvió a cerrarlos.

—Axel, tío, últimamente no dices más que gilipolleces —comentó Marina.

—Bueno, bueno, no tan rápido —dijo Hugo—. Vamos a esperar a esta noche para sacar conclusiones.

—Tú eres tan tonto como él. —Marina se estaba relajando con las tonterías de sus compañeros, se encontraba cómoda en el terreno de las banalidades.

—¿Qué pasa esta noche?

—Tenemos buenas noticias: he conseguido que nos inviten a una de las fiestas clandestinas del chalet de la A-6.

Este cabrón es un genio.

—Joder, Huguito, eso es un notición.

—Pues tengo una noticia todavía mejor.

—Soy todo oídos.

—La fiesta se celebra esta noche.

Axel levantó un mano para que se la chocase. Sus palmas sonaron impulsivas, sincronizadas.

—No pares, muchacho, estás en racha. —Axel se arrepintió de no haber utilizado el anglicismo *on fire*. El *high five* era lo mínimo que merecía, pero bastante yanqui le estaba quedando la escena sin ser él nada de eso—. Tengo que reconocer que eres bueno en lo tuyo. No tengo claro aún si tienes vena policial, ojo clínico para la investigación, o huevos para jugarte la vida en una detención, pero una cosa es innegable: haces que las cosas avancen.

—Me lo tomaré como un piropo.

—Haces bien porque lo es.

Marina carraspeó.

—¿Habéis terminado ya? Porque yo también tengo cosas que contar.

—Te ha faltado decir: no nos chupemos las pollas todavía.

—¿Qué coño dices? —Marina se ruborizó.

—El señor Lobo, joder. —Axel extendía los brazos como presentando una obviedad—. *Pulp Fiction*. —Al ver que la brecha generacional se abría bajo sus pies y se los estaba tragando, lo dejo pasar—. Es igual. ¿Qué tienes que contarnos?

—Parece que las piezas empiezan a encajar: yo también tengo la información que me pediste.

Yo también, dice. Tengo que vigilar que no se me celen estos dos.

—Contigo también soy todo oídos.

Toma, luego dirán que no soy un maldito genio.

—Salvador Cuenca es el tío que organiza las fiestas, el que se encarga de todo, vaya.

—No jodas.

Loor abrió solo un ojo y miró por el rabillo. Habían despertado su atención.

Marina se extendió en su explicación y replicó casi punto por punto la información que había obtenido de su madre. Axel parecía entusiasmado, todo empezaba a coger forma.

Cuando le contaron el plan que habían desarrollado para grabar la fiesta, Axel los detuvo.

—¿Estamos seguros de eso? No sé si es buena idea, podríamos mandar toda la investigación a la mierda y poneros en peligro. No me gusta.

Marina y Hugo parecían chafados.

—No nos van a pillar —dijo él—. ¿Quién en su sano juicio va a sospechar de esta monada? —Marina lo miró con cara de asco—. Ella se mantendrá al margen de todo, conversará, dará juego y obtendrá pruebas para empujar a esa gente. Que luego consigamos endilgarles también el asesinato de Bárbara dependerá solo de nuestra capacidad para persuadirlos.

—No es tan fácil. Esa gentuza es caprichosa y suele flotar por encima de los límites de la ley. Están acostumbrados a hacer y deshacer sin rendir cuentas. Están en lo más alto de la escala social y son capaces de retorcer la justicia a su antojo. —Axel se estaba calentando—. Bueno, no sé si tanto. Pero me da miedo que se puedan encaprichar de Marina y que perdamos el control de la operación. Dudo mucho que se anden con remilgos.

—Quiero hacerlo. —La seguridad y contundencia de la agente provocaron que Loor abriera también el otro ojo. El sol le daba de lleno en la cara. Estaba muy pálida.

—Si quiere hacerlo, que lo haga —dijo.

Joder, la hemos resucitado justo a tiempo para dar una opinión de mierda.

—Pues yo no lo veo nada claro.

—Estás siendo paternalista.

—Bueno, prefiero eso que machista. Ya pensé que ibas a contraatacar otra vez con la misma cantinela.

—Es más o menos lo mismo, la misma familia.

—Pues si esa familia machista o paternalista o lo que te salga de los ovarios sigue estando formada por cuatro miembros, me daré por satisfecho.

—Creo de todos modos que es algo que debo decidir yo —apuntó Marina.

Axel sabía que tenía razón. Él podía ser el jefe, pero no eran menores de edad bajo su tutela.

Si era bueno para la investigación, debía hacerse.

—Está bien. Dejadme al menos que lo piense. —Loor se giró hacia él, parecía sorprendida —. No digo que no lo hagamos, ni tampoco que sí. Veamos antes si existe la forma de garantizar que salga bien.

—Co-co-co-co... —A Loor el cacareo de la gallina le salía francamente bien.

Axel se giró hacia ella y la cogió con cuidado de la pechera.

—Nadie... me llama... gallina.

Loor se rio y le soltó el humo en la cara. Porque, aunque no lo hemos dicho, se había encendido un piti, como siempre que estaba de muy mal humor o de muy buen humor. Axel fue incapaz de discernir cuál de los dos definía el momento actual.

—Es acojonante, tío. Años y años con la misma tontería y no te cansas. Vas a conseguir que odie *Regreso al futuro*.

—Al menos te has despertado.

—¿Te pasaba algo? —preguntó Marina.

Loor volvió a cerrar los ojos.

—Hemos tenido una noche muy larga —dijo Axel.

—Uy, vosotros dos no estaréis liados, ¿no? —contraatacó Marina.

—Nosotros no necesitamos esperar a esta noche para responderte. —Axel subió las escaleras hacia el interior de la comisaría, y al pasar al lado de Loor le dio una patada leve, cariñosa, en la bota—. Te pego un toque más tarde y organizamos bien lo de esta noche. Tengo que hacer una movida antes.

—Suerte —le respondió Loor.

¿Suerte? ¿Esta me lee la mente o qué hostias?

Sin volverse, siguió subiendo. No se le ocurrió nada ingenioso que contestar.

El Peugeot azul de Axel salió del *parking* pocos minutos más tarde. Había quedado en una hora y necesitaba los treinta minutos de trayecto para elaborar un discurso coherente y convincente.

Lo había trabajado mucho con Rocío: no mentir, como un testigo en un juicio con la mano derecha sobre la Biblia. Pero él no era creyente y ese chantaje, el del pecado y el infierno, lo sorteaba sin dificultad. ¿Hasta dónde quería contar? ¿Cuántos delitos sería razonable confesar? No se había portado bien con Raquel, eso era lo que le decía su cabeza, porque su corazón no le decía nada. Estaba callado como un perro.

Activó Spotify y se detuvo en un hueco que había entre dos coches bien estacionados. La elección musical para un momento así no era un asunto baladí.

Baladas.

Ni de coña, demasiado intenso. No era cuestión de llegar con los ojos húmedos y el corazón encogido.

Indie español.

Nah, mejor algo en inglés, que no se entienda demasiado, no me vaya a alcanzar la letra y llegue sangrando.

Rock de los noventa: el refugio.

Tampoco es eso. Menos ruido, algo que me deje pensar, no quiero llegar cantando.

La respuesta se le presentó ante los ojos como una aparición mariana: Radiohead.

Oh, yes*, la voz de Tom Yorke es infalible.*

Se debatió unos segundos entre dos álbumes. Sus dedos pasaban del noventero *OK Computer* al más actual *In Rainbows*. Se decantó por el primero, eliminó la pestaña de reproducción aleatoria y le dio a «play».

Pista 1. Las guitarras se colaron entre los asientos y lo abrazaron por la espalda: «Airbag».

Como un presagio, una premonición, Thom Yorke comenzó a cantar.

I'm born again...
I'm amazed that I survived.
An airbag saved my life.

Y el Peugeot, con un ritmo sedoso pero decidido, retomó la marcha.

Loor tenía las reservas de estamina bajo mínimos, en la última rayita y parpadeando. Necesitaba dormir o descansar o la tercera vía de recarga: follar, echar un buen polvo. Y a eso se dirigía.

Sabía dónde y con quién. Llamó a su contacto y fue a su casa. Sabía que tenías las mañanas libres porque no era la primera vez que se las ocupaba con orgasmos. Se llamaba Natalia y trabajaba como reponedora en un Día, en el turno de noche, y de tanto cargar cajas tenía la espalda destrozada y los brazos como dos mazorcas. Había nacido en Paraguay en el siglo XX y obtenido la doble nacionalidad en el XXI. Llevaba en España más de media vida y cumplía con todos los requisitos: latina, caliente, morbosa y llena de curvas. La subinspectora Lorena Galván disfrutaba de su cuerpo aceitunado como un piloto rezagado en el circuito de Sepang: con ansía.

Además, le podía decir cerdadas y apretarle el cuello hasta dejarla sin aire, y azotarla, y dejarle marcas en el culo y las piernas. Y arañarla.

Con ella tenía barra libre, por eso era su preferida.

Por eso y porque hablaba poco. Muy poco.

Joder, se estaba poniendo como una moto. Tenía que refrenarse. No había dormido una mierda y por la noche tenían fiesta, y no de cumpleaños precisamente. Quizá descubriría quién mató a Abdel, y como se le pusiese la oportunidad a tiro ni Axel iba a poder contenerla.

Así que necesitaba soltar, recargar, descargar.

Dejarse hacer.

Eso.

Se tumbaría en la cama y se dejaría hacer.

A ella también le gustaba que le diesen una buena paliza de vez en cuando.

Marina pidió a Hugo que fuesen a comer juntos. En realidad, le pidió que la acompañase a comer algo, pero él estaba hambriento y accedió encantado. Se sentaron en una Tagliatella, que aún no habían cobrado: nada de excesos, no en comida, al menos.

Y en esa cadena italiana tan visitada en San Valentín por parejas jóvenes y no tan jóvenes que deciden volcar su amor sobre unos *penne all' arrabbiata*, trazaron un plan compartiendo una *provoleta* y unos *pappardelle al ragú antico*. Nada de excesos, que las raciones son generosas y esa noche tenían fiesta, y no de cumpleaños precisamente.

—¿Tienes alguna idea de qué tipo de cámara vamos a llevar? —preguntó Marina mientras les servían la bebida: un agua con gas ella; un agua sin gas él.

—Claro, gordi. Tenemos que ir a La Tienda del Espía, tienen de todo.

—¿Estas de coña?

—Claro que no, lo digo en serio. Es un tiendón, eh. ¿No lo conoces?

—¡Estás de coña!

—Que no, idiota, hazme caso. Está por la calle Alcalá. De verdad que tienen de todo. Vamos, que yo me saqué toda la parte teórica de la Academia con una lenteja en el oído.

—¿Una qué?

—Una lenteja, como un pinganillo de los que usan en la tele. Lo asocias a un teléfono por Bluetooth y conectas la llamada. Es coser y cantar. Un colega desde casa me iba soplando todas las respuestas. Sin pasarse, eh: un ocho por aquí, un nueve por allá. Nada de excesos.... —Me dejas a cuadros, chico. Yo debo de ser tonta.

—No digas eso. No hace falta que seas tan dura contigo misma.

Marina cogió la carta y le preguntó a Hugo si le apetecía algo en concreto. Cuando le contestó que comía de todo, que le gustaba todo, a ella le quedó claro que tenía la cabeza en el chalet y no en los *antipasti*.

—En ese caso, pediré yo. —Marina dejó las cartas a un lado de la mesa y cruzó las piernas. Una bombilla invisible se iluminó entre la maraña de rizos castaños claro—. Cuéntame más cosas sobre esa lenteja.

—¿Por qué, gordi? ¿Estás haciendo un curso a distancia o algo así?

—No, nada de eso. Pero creo que acabo de tener una idea maravillosa, una idea que te va permitir ponerte las botas toda la noche sin tener que preocuparte por mí.

Hugo sonrió con la mirada.

—Suena muy maravillosa esa idea.

Axel llegó con tiempo, diez minutos antes de la hora acordada, que no era una cita. No tenía que hacerse de rogar con una pizca de impuntual elegancia.

Al contrario, tenía que bajar la cabeza, y la primera muestra de arrepentimiento podía ser esa.

Cambiar.

Mostrar un nuevo rostro.

Aceptar el error y subsanarlo.

Pidió una cerveza, un tercio de Estrella Galicia bien frío, y sin darse cuenta, mientras pensaba con la vista fija en algún punto del grifo blanco y azul de cerámica de Sargadelos, comenzó a arañar y a arrancar del vidrio las pegatinas con el logo.

Con ansia, como sus mentiras.

Disculparse con sinceridad. Eso era lo primero.

La había cagado.

Sí, se veía capaz de mostrarse sin disfraces. Eso era lo segundo.

Sus sentimientos hacia ella no habían cambiado, pero tampoco se habían consolidado.

Bueno, a ver cómo comento eso.

Injerencias. Terceras personas. Eso era lo principal.

Noa. Nombrarla. Que sepa que existe. Hacerla realidad.

Bueno, vamos a estar tranquilos, que estamos todos muy nerviosos.

Axel bajó la vista y recogió los restos de papel de la mesa. Estaban fríos. Una parte se le había incrustado debajo de las uñas. Lo juntó todo y lo dejó en el cenicero. Le dio otro trago a la birra y cambió de idea. Tiró los papeles al suelo, mejor ser un cerdo que un acojonado. No quería dejar pruebas de su nerviosismo.

La puerta se abrió y al fondo apareció Raquel.

Dios, no la recordaba tan guapa.

Las piernas de Loor viajaban solas, autónomas, sin conductor, como su vida. Las apretaba con fuerza contra la cabeza de su amante y con la mano derecha le tiraba del pelo, que estaba suelto y revuelto. Cada vez más revuelto. Ella cabeceaba sobre su sexo, la estaba empapando de saliva, que al mezclarse con los fluidos del coño, formaba un reguero sobre las sábanas.

Loor trataba de concentrarse en su respiración, agitada, enérgica.

No gemía.

Nunca lo hacía hasta que se corría.

Ahí sí.

Ahí gemía, gritaba, daba golpes con los brazos en el colchón y enroscaba las piernas como una serpiente sin veneno. En alguna ocasión se le habían quejado, protestas cariñosas, salvo una tía a la que casi desnuca con una torsión de cuello nada recomendable.

Los ojos cerrados cuando se acercaba al orgasmo. Le gustaba fantasear con otras personas, con antiguos polvos, con tíos, con

tríos, con... Estaba muy cerca, ya llegaba la oleada de placer, el tsunami que lo arrasaba todo. Se acordaba de Vanessa con dos eses, de aquella vez que quedaron en el centro comercial... Salvador Cuenca.

Mierda.

No quería distraerse y ese nombre la atormentaba.

Pensó en Jennifer con dos enes. En aquella vez que se enrollaron en el baño del polideportivo...

Sebastián Durán.

Loor lanzó un puñetazo al colchón, de placer, de frustración. Le iban a joder el orgasmo entre todos.

La mente la llevó a recordar a Mayka con ka, a cuando se la folló con un consolador con forma de banana en mitad del concierto de... Abdel El-Abdellaoui.

Mierda. Mierda. Mierda.

Loor agarró la cabeza de Natalia con las dos manos y la guio hasta el clítoris y comenzó a moverla con ritmo, con velocidad, arriba y abajo, en círculos. Ella lo entendió y acompasó la lengua. No la iba a soltar, estaba a punto. Natalia empezó a gemir y Lorena también. Los gritos de placer se entremezclaron, como dos acuarelas en la paleta de un cubista. Gritos de placer y gritos de...

—¡Hostia que me ahogo, puta!

Loor no escuchaba. Solo gritaba. Y con las piernas enroscaba a su rival como una judoka.

Osoto Gari.

Waza-ari.

Ippon.

Orgasmo.

Medalla.

La subinspectora Lorena Galván volvió en sí unos segundos después. Temblando. Sudando.

Había sido un buen combate. Ya estaba lista para el de esa noche.

Raquel estaba despampanante. Se deslizaba ágil y correosa con sus New Balance grises americanas, dejando tras de sí los ecos de un

perfume cítrico y sensual, juvenil y sofisticado, fresco y cálido. Las notas de salida alcanzaron al inspector Nash como la onda expansiva de una granada de mano lanzada a traición.

Llevaba un vaquero ancho y una camiseta blanca básica con un bolsillo también blanco en el pecho. No cabía ninguna duda: la primavera había llegado a la ciudad.

¡Y no sabes lo bien que te sienta, mamá!

—¡Benditos los ojos! Pensé que habías muerto.

Raquel le dio un beso afectuoso en la mejilla y se sentó al otro lado de la mesa alta del bar que Axel había elegido a conciencia, en la Cava Baja, al lado de casa por si tenía que salir huyendo.

—Perdóname. —Axel la miró a los ojos, pero en cuestión de segundos, y antes de poder articular un discurso, retiró la vista y la posó en la botella de cerveza—. No se me ocurre nada mejor que decir.

Raquel giró la cabeza y arrugó la nariz. Al hacerlo se le movió el pelo, suelto y limpio, no muy largo.

—No entiendo. —Se había dado en los pómulos un par de brochazos de colorete bienintencionado—. ¿Por qué necesitas que te perdone?

La madre que me parió. Esto no va a ser nada fácil

—Hombre, pues un poco por todo. Llevo muchos días sin dar señales de vida. Las circunstancias me han atropellado un poco y no he estado pendiente de nosotros.

—Ese plural es un buen sitio sobre el que disculparse. Me ha gustado. —Raquel sonrió con franqueza. Sus dientes, con su imperfección controlada en la palea izquierda, hablaban más que mil bocas.

No seas tan perfecta, eh. Te lo pido por favor.

—No sé muy bien qué decir sin que parezca que me estoy justificando. No quiero que pase eso ni que esta conversación suene a excusa gigante. Pero lo cierto es que solo se me ocurren frases exculpatorias.

—Oye, vamos a dejar clara una cosa: ni yo soy fiscal del distrito —Raquel se detuvo y sonrió—, ¿se dice así no? —Axel soltó una carcajada tenue. La miró a los ojos y asintió—. Pues ni soy fiscal del

distrito, ni estás acusado de nada, no has cometido ningún delito ni nada por el estilo. Tu madre te necesitaba y has ido a verla. Te has centrado en cuidarla y has descuidado un poco todo lo demás. Ni siquiera me parece mal. ¿Que me ha dolido un poco y me he sentido un poco decepcionada? Bueno, ni siquiera sé si decepcionada es la palabra, quizá ¿desconcertada? Bueno, pues mentiría si te dijese que no, pero eso tiene que ver conmigo y con mis expectativas. Tú no has hecho nada malo.

Tengo que pedirle el contacto de su terapeuta. Esta chica está trabajada de verdad.

—¿Quieres beber algo? ¿Te pido una birra? —la interrumpió Axel.

—Es muy temprano para una cerveza. Luego tengo que seguir currando. Supongo que tú la necesitas, jejejé. ¿Tienes que aliviar tu conciencia o necesitas despertar tu valentía?

—Puede que las dos.

—Iba pedirme un cortado, pero pediré una Coca-Cola con hielo; así la gente no pensará que somos nada raro.

El refresco no tardó en llegar. La conversación se fue desarrollando a trompicones, nunca llegó a encontrar la fluidez a la que estaban acostumbrados. Había un elefante en la habitación, un elefante enorme a su lado en el bar, un elefante más grande que Dumbo, Babar y el coronel Hathi juntos. Y, o Axel le echaba bemoles y se disfrazaba de Tarzán, se agarraba a la liana y empezaba a gritar verdades a pleno pulmón, o seguiría sintiéndose como la mona Chita.

Sobre quién era Jane había pocas dudas.

—Tengo algo que contarte.

¡Boom!

Las palabras salieron en cascada, como el vómito de un niño enfermo por primera vez.

—*Wow*. —Raquel se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el abdomen. Su instinto estaba hablando por ella—. Eso suena a «tenemos que hablar».

—Bueno, tengo que hablar yo, hay algo que debes saber.

La tienda del espía no era ni mucho menos una sucursal de una *start-up* estadounidense con sede en Silicon Valley.

Era una tienda española.

Muy española.

Un señor con bigote blanco, pelo blanco, patillas blancas y jersey camel atendía a la escasa clientela detrás del mostrador. A su lado un joven con bigote negro, pelo negro, patillas negras y jersey negro ordenaba unos papeles. Si no eran padre e hijo, alguien, en alguna parte, cobijado bajo el manto familiar de un hogar lleno de embustes, debería de estar muy preocupado.

—¡Vaya, menuda sorpresa de sitio! No parecen los accionistas mayoritarios de Nvidia, eh, perdona que te diga.

—Es impresionante lo tuyo y lo de tus quejas preventivas. Siempre ante la duda y antes de nada, te quejas.

—Eso no es verdad.

—Sí, sí, claro que es verdad.

—A ver, ponme un ejemplo.

—Toda tú eres un ejemplo.

Marina se quedó callada y pensativa. Si esa respuesta era alguna clase de referencia literaria o algo, no la había pillado.

—Solo digo que me imaginaba un local con algún vestigio de inteligencia artificial, algo de tecnología punta, no sé. Algo.

—Claro que sí, ahora nos atiende Blade Runner.

—¿Eso es otra referencia que debo conocer?

—Es igual, gordi. Déjame hablar a mí.

Cuando salieron de la tienda quince minutos después, tenían todo lo que necesitaban.

Marina se secó la frente. Estaba perlada con gotas invisibles de sudor frío.

—No hace falta que te disculpes, los ignorantes sois así.

—¿Así cómo? —A Marina le dio rabia haber respondido tan rápido. Con esa pregunta estaba reconociendo su ignorancia de manera implícita.

—Bocazas. —Hugo abrió la cremallera del bolso de su compañera y metió las compras—. Guárdalo ahí, a nadie le importa de dónde venimos. Bueno, qué, ¿estás más tranquila?

—Un poco, pero falta lo más complicado, y no me refiero a la fiesta.

—¿Entonces?

—Hay que convencer a Axel de nuestro plan. Solo espero que esté teniendo una mañana tranquila.

—Vale, te escucho —dijo Raquel. Las burbujas de su Coca-Cola se estaban apagando.

Axel llenó los pulmones de aire, una respiración larga y profunda, se armó de valor y empezó a hablar.

—Estos días en Vigo han sido muy intensos, he pasado mucho tiempo en el hospital, mucho tiempo de espera, mucho tiempo para pensar, y en un ambiente familiar, algo que muchas veces echo de menos cuando estoy aquí, y no sé si me dejé llevar por la nostalgia, por las circunstancias o por qué, pero hay algo de lo que nunca te he hablado y que creo que debes saber.

La cara de Raquel se contrajo y en su frente se dibujaron tres arrugas de expresión. Y las tres expresaban con claridad su disgusto.

—¿Estás casado o algo así? Porque si es eso solo tienes que decírmelo y me levanto y me voy.

Joder, necesito otra birra y no sé si puedo permitírmela. No puedo llegar borracho esta tarde.

Axel llamó al camarero y pidió una Coca-Cola Zero con hielo. Cero, como las ganas que tenía de seguir allí.

—No estoy casado, no es eso, pero en Vigo hay una persona, bueno, dos personas para ser exactos...

—¿Estás separado y tienes una hija?

El tono de voz de Raquel pasaba de un estado de ánimo al contrario en cuestión de segundos. No sabía cómo debía sentirse, no sabía si le estaba mintiendo, si le estaba diciendo la verdad, si debía de estar aliviada o molesta.

—Tampoco es eso. Es que es largo.

—Vale. A ver. —Raquel por fin le dio un sorbo al refresco. Se había quedado sin gas—. No sé si este es el mejor momento y el lugar para tener una conversación que así, a simple vista, no sé, llámame

loca, parece compleja e importante. ¿Por qué no me lo cuentas de un tirón? Como te salga, no pasa nada. Es algo que crees que debo saber y ahora yo también quiero saberlo, me has convencido de que debo saberlo. Así que dale y ya veremos qué pasa. Somos adultos y mejor o peor sabremos aceptar lo que venga después. Prometo dejar de interrumpirte con mis preguntas hasta que hayas terminado.

—No sé bien por dónde empezar.

—No me gusta tener que decir obviedades, pero ¿por qué no pruebas a empezar por el principio?

Y eso fue lo que hizo. Axel le contó su historia con Noa, como se conocieron hacía casi veinte años en un acantilado de la costa en las Rías Baixas. Y cómo su presencia allí, la de Axel, sin saberlo, le salvó la vida a Noa.

Le contó que ella estaba atravesando un proceso muy traumático sin entrar en demasiados detalles porque tampoco lo consideró necesario. Hay que intentar no insinuar cosas chungas y que no vuele la imaginación de la gente cuando no ha pasado nada muy grave. Pero en este caso, por mucho que volase la imaginación libremente, con bastante probabilidad se quedaría corta. Continuó explicándole que, tras ese encuentro, se enamoraron con fervor y decidieron huir juntos, él por aburrimiento y ella por temor. Le detalló su vida en Barcelona, cuando él ingresó en el Cuerpo de Policía y ella se quedó embarazada, y todas las dificultades que atravesaron juntos desde que ella decidió volver a casa, a Galicia, a Vigo, y él se mudó a Madrid, donde ahora la había conocido a ella, a Raquel. Y gracias a la terapia y a los consejos de Rocío estaba consiguiendo dar pasos hacia delante, a atreverse, y se había, al menos, ilusionado. Pero esto los último no lo dijo, porque mientras se debatía entre si era buena idea o no y cogía fuerzas para verbalizarlo, recibió la pregunta que quería evitar por todos los medios.

—No sé si lo he entendido bien, Axel. Pero la niña, Marta, ¿es tuya o no?

Axel se pasó la mano por el pelo, como un cepillo, como siempre que estaba incómodo. Entrecerró los ojos y puso la cara que pondría

un bebe después de chupar un limón.

—Es mi hija. A ver, vivió mucho tiempo conmigo, creció a mi lado, pero desde hace unos años vive con su madre y... —Axel se rascó la espalda aunque no le picaba—. O sea..., no lleva mis genes pero sí —Axel miró a Raquel a los ojos—, es mi hija.

—Entiendo. —Raquel le cogió las manos, estaban frías y ligeramente húmedas—. Perdona si te he incomodado, pero prefería no quedarme con la duda.

—No pasa nada, puedes preguntar lo que quieras.

Raquel Caleña resopló con fuerza, una enorme tensión se había evacuado sobre esa mesa.

Axel la había soltado y ella la había recibido. La tensión, digo.

—¿Vas a decir algo? Me gustaría saber qué piensas de todo lo que te he contado.

—Bueno, Axel, qué puedo decir. Imagino que estoy un poco en *shock*. Son muchas cosas, y supongo que voy a necesitar algo de tiempo para digerirlas. Lo que me pregunto es por qué has decidido contármelo ahora. Creo que eso es lo que más me preocupa.

Joder, esta sospecha algo de la noche que pasamos juntos en... Debería contárselo también o estaría cometiendo un... ¿Como dice Rocío? Ah, sí, un sincericidio. Ante la duda siempre hay que hacer caso a mi santa madre: vamos a estar quietiños.

—Pues no lo sé... En algún momento tenía que contártelo y llegué a la conclusión de que ningún momento me iba a parecer bueno. Que, o lo soltaba de golpe, o se me haría bola.

—Es igual, no tienes que darme explicaciones. —Raquel recogió el bolso, que descansaba sobre el respaldo de la silla, y se puso de pie —. Me voy a ir ya, ¿vale?

No joder, no te vayas ahora. No tan pronto.

—Vale. —La cara de Axel no decía «vale».

—Creo que tú también debes pensar qué quieres y si te ves capaz de comprometerte de nuevo con otra persona. Y no estoy hablando de mí ahora mismo.

—Bueno, un poco sí que estás hablando de ti.

—Sí, un poco sí. Pero creo que tiene mucho más que ver contigo. No soy nadie para darte consejos...

Pero vas a hacer una excepción y me vas a dar uno.

—Pero creo que tienes que soltar el recuerdo, Axel. Porque el recuerdo no se va a ir a ninguna parte.

Raquel se acercó y le dio un beso en la mejilla. El contacto de los labios en su piel le provocó un espasmo interno.

Le contrajo la garganta, en un nudo ocho, y el lagrimal se llenó sin rebosar.

La observó alejarse.

Ya no olía tan bien.

Edimburgo, martes 2 de junio de 2026

La noche cayó sobre la hierba húmeda de los Meadows sin avisar. También la niebla. Y sobre ella rebotaba la luz macilenta de las farolas ya encendidas.

«Visibilidad reducida» era el término meteorológico.

«No se ve un carajo», pensó Ortiz.

En una esquina, sobre un saco medio roto, tumbado en un banco astillado por mil llaves, alguien dormía sin molestar. Sin molestarse. Un carro de supermercado, aparcado a su lado, guardaba lo imprescindible: retales de su vida sin fotos a contraluz. Solo una manta, un cartón de vino abierto y media barra de pan duro.

El comisario no le quitaba ojo. Estaba a cincuenta metros y a esa distancia era imposible determinar si el sujeto era blanco o negro, si dormía o esperaba, o si la barra de pan estaba hueca y en lugar de miga escondía el cañón de una semiautomática.

El viento bajaba desde el castillo zigzagueando. Como el tipo que se acercaba desde la izquierda. Llevaba el cuello del abrigo levantado y las manos hundidas en los bolsillos. Ortiz se puso en guardia.

Era rubio, eso lo tranquilizó, y por su pose se debía de creer un rebelde sin causa. Eso lo apaciguó.

Cuando pasó a su lado y comprobó que se le había ido la mano con el *whisky*, simplemente se apartó y fue a sentarse en otro de los bancos del parque por dos razones fundamentales.

Primero, para demostrar con su actitud, pacífica y tranquila que solo quería hablar, aunque no fuese del todo cierto. Habría sido más ajustado a la realidad decir que primero, antes de matar, quería hablar. Y que en función de lo que allí se dijese la muerte de John Black sería más rápida o más lenta.

Y segundo, porque desde ahí podía vigilarlo todo. También al grupo de estudiantes que conversaban y fumaban junto a un árbol inútil, como todos en esa ciudad. En Edimburgo sus virtudes se veían reducidas: nadie buscaba, nunca, en ninguna estación del año, resguardarse del sol. A lo máximo a lo que podía aspirar ese árbol era a convertirse en fumador pasivo.

Ortiz se caló un gorro de lana negro no porque estuviese cogiendo el frío en su deteriorada calva, que también, sino para camuflarse, para resultar menos obvio, para pasar desapercibido.

Escuchó un ruido a su espalda y comprobó a través de la cámara del teléfono que había dejado apoyado en el metal del reposabrazos, con la lente selfie activada como un retrovisor, que un gato había cruzado despacio pisando las hojas secas y crujientes.

Amblando.

Le encantaba esa palabra.

La había escuchado en un documental de National Geographic que se había tragado una noche que no tenía nada mejor que hacer. Lo puso para sobarse rápido en el sofá y se había quedado alucinado. La vida en la sabana africana no parecía fácil, sobrevivir ante tantos peligros que acechaban en cualquier rincón: leones, lobos, leopardos, hienas.

Las hienas, traidoras y carroñeras eran las que más miedo le daban, las que más asco le daban. Se le ocurrió que tal vez podría grabar un documental sobre los Meadows, aunque allí solo acechaba un peligro traidor y carroñero, un hijo de una hiena, de una hiena negra.

John Black no se atrevería a un combate cuerpo a cuerpo, estaba convencido, aunque no estaba seguro de poder vencerlo en una pelea limpia. Su musculatura natural era sorprendente, seguía vigente a sus sesenta y pico. Al comisario le sorprendió su edad cuando la calculó ante el anuario escolar. Su cara aparentaba algún año menos y sus brazos, muchos menos.

Los reflejos.

Esa era su baza. A esos desgraciados no se les puede engañar, no hay forma de burlarlos. La vista, el tiempo de reacción. Pasados los sesenta están dañados por cojones.

El ataque lo pilló desprevenido. Ortiz se agachó y reptó como una sanguijuela al escuchar el silbido de la bala rozándole la oreja. No escuchó la detonación. El cabrón se había agenciado un silenciador.

¡Vaya guerra de mierda!

Ese cobarde no tenía lo que hay que tener para jugar en igualdad de condiciones. Era un profesional, maldita sea.

El comisario se resguardó detrás de un árbol. A la sombra.

Para que luego digan.

Y sacó el arma del cinturón. Se palpó los brazos, las piernas: no estaba herido.

Otra bala se incrustó en la corteza del tronco.

No estaba herido por poco tiempo.

Moverse.

Tenía que moverse. Eso era de primero de tiroteo, disparar y aprovechar la oscuridad para cambiar de posición. Se puso en marcha.

Ta. Ta.

Dos disparos procedentes de la zona desde donde intuía que provenía el ataque. Afortunadamente, el grupo de estudiantes se había dispersado antes de que se desatasen las hostilidades. El vagabundo, sin embargo, se había quedado. Ortiz no sabía cuántos años tendría, pero a tenor de sus reflejos unos doscientos cincuenta.

Era eso o que ya se la sudaba todo.

Había soltado un bufido, un alarido ronco y seco, una queja, pero permaneció impasible: no pensaba moverse. Quizá estaba esperando un poco de emoción, una oportunidad para morir.

Ortiz corrió con toda su alma hasta el siguiente árbol y en su huida escuchó otro disparo estrellarse contra el suelo. Desde el mismo ángulo.

Apoyó la espalda en la corteza. Este árbol era más grueso que el anterior. Estaba sudando.

Sentía los latidos partiéndole el pecho. Cargó el arma y se detuvo.

Algo no encajaba.

Black era un exconvicto, un profesional, sabía lo que hacía, o debería saberlo. Tenía que comprobarlo. El siguiente árbol estaba a unos quince metros. Salió de su guarida y corrió como un gamo.

Otro disparo que no le acertaba. Otra bala desperdiciada. Y él estaba cada vez más lejos.

Se puso a cubierto y pensó que no era normal. ¿Por qué no se movía?

Le había dado.

John Black estaba herido. Tenía que ser eso.

—John. —Ortiz hablaba tratando de controlar su miedo. El eco que reverberaba por el parque lo ayudaba—. John. —Ortiz no sabía cómo coño decirle que se rindiese, que sabía que le había dado y que tenía que hablar con él. Buscó en su diccionario mental inglés-español y solo encontró una palabra.

Y probó suerte.

—John, *finish*. —Cerró los ojos y esperó impaciente—. John, *this is finish*.

Un gruñido desde el banco ocupado se impuso en la noche.

—*Shut the fuck up*. —El vagabundo no era un sicario contratado por el mafioso. Podía estar seguro. Y tenía malas pulgas, eso también.

Ortiz salió de su escondrijo y caminó con sigilo y agachado, veloz. Se iba acercando, resguardándose, siempre a poca distancia del siguiente parapeto. Entonces lo vio semitumbado, con las piernas estiradas, con ambos manos sujetando el muslo derecho, y con los pulgares tratando de taponar la herida, de detener la hemorragia: la bala le había atravesado la arteria femoral.

John aún no lo sabía, pero ya estaba muerto.

Ortiz le dio una patada a la pistola de su enemigo y la envió fuera de su alcance, aunque supuso que no le quedaría munición.

Black se retorcía, Ortiz lo veía en sus ojos, y no era dolor, era miedo. El comisario le arrancó una tira de la camiseta. Black se revolvía y lo golpeaba sin entender. Ortiz lo abofeteó.

—*Stop. You die*, hostias.

Le levantó la pierna y la rodeó con el trozo de tela, haciendo un nudo fuerte y doble sobre la herida, un torniquete.

—Gracias —dijo John Black sin mirarlo.

—¡Coño, no me jodas que hablas español!

—Poquito, tu padre *teach me*.

El golpe hizo que el comisario se tambaleara. Un ligero mareo casi le hace perder pie y eso que estaba arrodillado junto al herido. Le agarró del cuello de la camiseta y tiró hacia él. Black soltó un quejido lastimoso que no le ablandó.

—Cuéntamelo todo, quiero saberlo todo. ¿Por qué coño estoy en esta ciudad? ¿Qué le habéis hecho a Bárbara y qué pinta mi padre en todo esto?

—Tu padre. —John Black escupió al suelo. Un hilo de saliva roja quedó colgando y se posó en su barbilla—. Tu padre *was a fucking son of a bitch*.

En un gesto instintivo, Ortiz le volvió a levantar la pierna y le apretó el torniquete. Sabía que no sobreviviría, ninguna ambulancia llegaría a tiempo y no estaba en sus planes llamar a una.

Lo iba a matar. Volvería a matar.

Y después se marcharía lejos, donde nadie pudiese encontrarlo.

Pero tenía que hacerle hablar.

Tenía que averiguar qué pasó en Edimburgo en 1975.

TERCERA PARTE

Edimburgo, lunes 25 de agosto de 1975

Los tres eran mayores de edad. Salva y Sebas habían llegado juntos a la ciudad. Eran amigos en Madrid. Sus familias se conocían de toda la vida y pasaban mucho tiempo juntas. Hacían planes los fines de semana en el campo, cazaban y esas cosas. Pertenecían, de un modo u otro, al régimen. Y eso les hacía poseedores de algún que otro privilegio. Como enviar a los niños fuera en verano para que aprendiesen inglés, que los tiempos estaban cambiando y había que ir tomando ventaja sobre el resto y estar preparados para cuando muriese el gran líder.

Salva era el líder porque era más alto y porque les gustaba a las chicas, que eso siempre tira mucho. Sus ojos, grandes y verdes, rezumaban pureza, inocencia, virginidad.

Sebas era más callado, no más tímido, ni mucho menos, pero sí más silencioso. Si te detenías a observar, daba la sensación de que en su interior había anidado cierta negritud. Como si almacenase un viejo secreto conservado en formol que ni lo atormentaba, ni lo atenazaba; simplemente, estaba ahí. Un oscurantismo imperceptible en el trato diario, pero a la vista del que quisiese mirar.

Manuel era distinto, no era como ellos. Lo supo desde el momento en que los vio por primera vez. ¿Quería ser como ellos? No tenía una respuesta: a veces sí y a veces no. Envidiaba su sana convivencia con la frivolidad, con la inconsciencia, como si todo lo que tenían se lo hubiesen ganado, como si lo mereciesen por decreto.

Así entendían ellos la vida.

Manuel venía de una familia humilde. Su padre trabajaba en una carnicería y su madre era ama de casa. Nunca le faltó un plato de comida en la mesa porque si lo necesitaban, su progenitor se

escondía una pieza de cerdo del mostrador de la tienda debajo del brazo, pero hambre su familia no iba a pasar.

Había cruzado la frontera en barco desde Santander.

Las cosas se habían puesto feas en el barrio. Discretos por naturaleza, los Ortiz Troncoso jamás hablaban de política ni dentro ni fuera de casa. Si hacía falta entonar un «Viva España», un *Cara al sol* o *El novio de la muerte*, se hacía.

¡Qué remedio!

Pero cuando tienes dieciocho años apetece menos.

No por convencimiento ni ideales, que también, sino porque a esa edad es difícil cerrar el pico cuando alguien te dice lo que tienes que hacer.

Así que se fue.

No necesitó convencer a sus padres de que su presencia allí era un peligro para todos. Les prometió que les escribiría una carta todos los meses, como quien se alista en el Ejército dejando atrás a su amada. Y como si le hubiesen derribado en la primera batalla, nunca lo hizo.

Había ahorrado algo de dinero para el billete de autobús a Santander y para el barco. Cuando desembarcó en el puerto de Edimburgo, tenía una idea clara en mente: quería prosperar, ser alguien. Y para eso necesitaba aprender el idioma.

Cómo logró matricularse en el Fettes College, una institución centenaria en la que se codeaba lo más granado de la *British society*, era una incógnita, nunca se supo. Pero no cabía ninguna duda de que el bote de gomina que robó en una gasolinera nada más llegar y con el que se embadurnó el cabello castaño para parecer una estrella del cine le allanó el camino.

Robert Redford.

Ese era su espejo.

Desde que unos meses antes se había colado en los cines Callao de la Gran Vía madrileña para ver *El golpe*, no podía pensar en otra cosa. Esa era la vida que quería vivir. Esa era la vida que merecía la pena.

Manuel no era un timador, era un pícaro —eso decía su madre—, pero podía aprender el oficio.

Maldita la hora en que se le ocurrió.

Se agenció un pantalón de raya diplomática, un jersey de cuello vuelto y una americana de *tweed* para ir a la moda, para ir abrigado. Para empezar su nueva vida.

Estaban los tres en la habitación de la *boarding house* a la que habían sido asignados. A pocos metros y desde la ventana podían intuir el edificio donde dormían ellas, las chicas: una fantasía sobre la que elevaban cantos de sirena.

—Eh, tú, ven aquí. Mira eso. —Salva estaba asomado a la ventana del cuarto de Sebas. Este se acercó a curiosear—. ¿Lo ves? Allí al fondo.

—¿Dónde, tío? Desde aquí no se ve nada.

—Alcánzame los prismáticos, rápido.

Manuel, que estaba liándose un cigarro tumbado en la cama los miraba sin mucho interés. Tenía otras cosas en la cabeza.

—Joder, mira, tú, es la rubia del comedor, la de las trenzas. Está como un tren. —Salva pegó los ojos a los prismáticos, los prismáticos al cristal y el cuerpo a la pared. Para evitar que notasen la erección que empezaba a abultar el pantalón.

—Trae, déjame a mí, ya has mirado mucho. —Sebas le quitó los prismáticos y comenzó a explorar.

—Está buena, está muy buena.

—¿Queréis fumar? —preguntó Manuel ofreciéndoles el cigarro.

—Oye, ¿a ti qué te pasa? No serás maricón. —Salva lo miraba con una sonrisa. Se tiró en la cama encima de él y comenzó a hacerle cosquillas.

—Quita de encima, idiota.

—Por eso llevas tanta gomina, ¿verdad? Y esos pantaloncitos de campana. A ti lo que te pasa es que te gustan los tíos, maricón.

—Déjalo en paz. —A Sebas no le gustaba quedarse fuera de las bromas.

—Vale, vale, tranquilos. Escuchad. —Manuel se levantó de la cama. Algo le decía que con esos dos sería mejor dejar claro pronto que él no era ningún maricón—. Tengo una idea de puta madre: ¿por qué no nos pillamos una botella de *whisky* esta noche y nos colamos en el edificio de las tías? Fijo que ellas tienen tantas ganas

como nosotros. ¿Has visto que cada vez se acortan más las faldas? Eso no puede ser casualidad, tíos. Esas tienen ganas de guerra, igual que nosotros.

—Muy bien. ¿Y cómo piensas conseguir que nos colemos, Sherlock?

—Eso déjamelo a mí, algo se me ocurrirá. —No lo dijo porque no lo sabían, pero si había conseguido infiltrarse y que lo admitiesen como estudiante en el Fettes College sin pagar la matrícula, colarse en la zona femenina no podía considerarlo un desafío.

—¿Por qué no se lo decimos al negro? —propuso Sebas.

Los otros dos lo miraron a la vez.

—Paso. No me apetece juntarme con esa chusma —dijo Salva—. Si se entera mi padre que he estado bebiendo alcohol con un negro me deshereda *ipso facto*.

—Ese no es chusma, tío, ¿no te has fijado? Es limpio y elegante, debe de tener mucha pasta. Según he oído decir, su padre es músico o algo así. Hizo mucha pasta tocando por ahí, en Londres y Manchester y por ahí. Y ahora vive como un blanco. No es como los negros que tenemos en España —dijo Sebas.

Manuel los observaba sin meter baza, no quería meter la pata. No comulgaba con la ideología de sus dos amigos, pero eran sus dos únicos amigos, lo pasaban bien, y la idea de pasar la noche con una chica y hacer el amor lo tenía totalmente embriagado. Antes de que pudiese decidir qué camino tomar, se le adelantaron

—¿Tú qué dices? El negro es amiguito tuyo.

Manuel hizo un aspaviento con la mano derecha para quitarse importancia.

—John y yo no somos amigos, somos colegas, que es distinto. Se lo podemos decir. No es mala idea. Así, además practicamos un poco de inglés. Quizá hasta nos venga bien como traductor. Y si nos pillan, él es todavía menor de edad. Eso puede que también nos venga bien.

Salva y Sebas se echaron a reír.

—Eres perverso, cabronazo —dijo el primero.

Se reunieron con John, al que llamaban Johnny, por Johnny Cash, en el comedor a la hora de la cena. Le explicaron el plan y no tardó

ni medio segundo en sumarse al grupo. Era más joven, acababa de cumplir quince años, pero por su educación y su corpulencia nadie habría adivinado que los otros le sacaban tres años. Y era muy guapo. Llevaba el pelo a lo afro, como un Jackson Five, y el cabronazo sabía moverse.

—Nos vemos a las ocho en mi habitación —dijo Manuel—; cuando estén recogiendo la cena y preparándose para el recuento, nos ponemos al final de la fila, rezagados. No podemos ser los primeros, llamaría demasiado la atención. Y cuando la supervisora doble la esquina, nos largamos. Uno a uno, por turnos.

—Yo primero —dijo John en un español macarrónico.

—Si nadie tiene inconveniente, a mí me parece bien. Sebas, tú después, luego tú, Salva, y yo el último.

—¿Por qué tienes que ser tú el último? —dijo Salva.

—Porque la idea ha sido mía. —Manuel puso los brazos en jarra—. De todas formas, es la peor posición. Si quieres te concedo el honor, panoli.

—Ve tú el último, pero como te pille mirándome el culo te enteras. —Salva le agarró un moflete con dos dedos haciendo pinza—. Marica.

El plan salió a pedir de boca. A las ocho en punto los tres estaban con las espaldas pegadas a la pared lateral de piedra del edificio de las chicas.

—Bien, ¿y ahora qué hacemos? —pregunto Sebas.

—Ahora poneos cómodos, en cinco minutos se apagan las luces. Necesitamos que nos abran. Podemos lanzar alguna piedrecita contra el cristal de la ventana, fijo que bajan a abrirnos y nos dejan pasar.

—¿Esa es tu brillante idea? —preguntó Salva.

—¿Tienes alguna mejor?

Todos callaron.

—John, a ti te adoran y pareces inofensivo. Nosotros lanzamos las piedras y tú das la cara y las convences. Hazles algún baile de los tuyos. —Manuel movía las caderas con la gracia de un avestruz con demencia.

—*Okey* —respondió John con una sonrisa impecable.

El impacto contra el vidrio rasgó ligeramente el cristal y surtió efecto: una cabeza amable con una coleta rubia se asomó curiosa.

—*What are you doing?* —susurró. De fondo se escuchaban risas ahogadas.

—Joder, nos vamos a poner las botas —dijo Salva.

Sebas no le quitaba el ojo de encima a John. Y John le brindó a la chica la mejor de sus sonrisas. No fue necesario emplear el recurso del baile. Estaba dispuesto, aunque algo le decía que se iban burlar de él si es que no lo estaban haciendo ya.

Esos dientes blancos funcionaron como un amo de llaves.

La habitación era más grande de lo que esperaban, más grande que las suyas.

Y lo que ocurrió allí dentro les iba a cambiar la vida a todos para siempre.

31

Madrid, martes 2 de junio de 2026

El mensaje decía: «Mantenme informado y no mates a nadie, por lo que más quieras». Axel lo envió y se guardó el móvil antes de bajar del coche y antes de que Loor pudiese verlo y responderle.

Llevaba un rato esperando y lo que esperaba acababa de llegar.

—Pero bueno, chavales, qué ven mis ojos. Estáis guapísimos, coño. Imponentes incluso.

Hugo vestía un esmoquin negro con pajarito negra, zapatos *loafers* negros, sin borlas.

—Soy el pingüino más sexi que han visto tus ojos, gordi.

Marina llevaba un vestido de encaje negro, escote relajado, espalda al aire, zapatos negros cerrados con una tira en el talón, sin medias.

—Pues yo estoy sudando como un cerdo —dijo.

Esta está cagada.

—Es normal, mujer. Aunque no haya sol, hace bastante calor.

—Pues yo no tengo calor, estoy de los nervios, eso es lo que me pasa. Tengo sofocos como una perimenopáusica.

—Bueno, basta de cháchara, ya nos hemos relajado un poco. ¿Tienes las invitaciones, Huguito? —preguntó Axel.

Hugo le enseñó la pantalla del móvil. Había recibido la citación por Telegram, una postal negra con letras doradas anunciaba la fiesta. Por el diseño, Axel dedujo que no habían invertido demasiado dinero en un grafista.

Se lo han gastado todo en droga y tías.

—Es el *save the date*. Con esto nos abrirán todas las puertas.

—Trae. Déjamelo ver. —Marina le quitó el móvil de las manos—. Pone aquí que el mensaje se autodestruirá esta misma noche. ¿No podemos hacer una captura o algo? Quizá nos valga como prueba.

—Nuestra palabra es suficiente como prueba —dijo Hugo—. Seremos testigos de lo que allí suceda. Pero respondiendo a tu pregunta, no, no podemos. Las capturas de pantalla están bloqueadas, evidentemente, y gracias a Dios.

—Sois un poco flipados en esa red social, ¿lo sabes, verdad? —Axel hizo una mueca burlesca—. El mensaje se autodestruirá esta misma noche. ¿Que os creéis, el inspector Gadget?

—¿Quién? —preguntó Marina mirando a Hugo. En su cara no halló ninguna respuesta.

—Es igual —Axel había ya perdido toda esperanza—, sois muy jóvenes o muy ignorantes. Da lo mismo.

—Y tú eres un *boomer* lamentable —dijo Marina.

—Genial. ¿Tenéis todo claro?

—Sí —respondió Hugo.

—Sí —contestó Marina—. Pero ¿podemos repasarlo todo una vez más?

Axel resopló y los mofletes le vibraron al soltar el aire. Les hizo un gesto con los brazos para que se acercasen.

Estaban reunidos junto al Peugeot de Axel, en lo alto de una colina desde la que se divisaba el tráfico de la A-6, nutrida de coches volviendo a casa a esa hora de la noche del martes, o saliendo a cenar. Los faros de los vehículos cruzándose arriba y abajo ofrecían un espectáculo pirotécnico. Iluminaban en ráfagas cortas los diferentes tonos naranja y rosa del sol que se ponía detrás de las montañas.

El horizonte.

Y en el horizonte tenían un plan.

—Ahora os llevo en coche hasta Las Rozas y desde allí pedís un taxi. Según indican en la invitación, nada de coches particulares en el chalet, así que no nos saltemos las normas a la primera. Yo me vuelvo aquí. Esta será mi posición toda la noche. O eso espero. Si pasa algo —Axel miró a Marina, que era incapaz de ocultar su nerviosismo—, algún imprevisto, digo..., en ese caso estoy ahí en

menos de diez minutos, nueve según Google Maps. Y a esa hora no habrá tráfico, así que pongamos siete. Siete minutos. Un suspiro.

—Vamos a repasar el plan como si los imprevistos fuesen imposibles, ¿vale?

—Como quieras. Decía que estaré aquí y que antes de que lleguéis al chalet, cuando todavía estéis dentro del taxi, estableceremos la conexión. Lo del reloj ha sido una genialidad, tengo que reconocéroslo. Los móviles están prohibidos, pero nadie ha dicho nada de los relojes. Y aunque allí sobre todo habrá Rolex, Patek Phillipe, Audemars Piget y fantochadas por el estilo, se ha instalado entre los ricos la idea de que el Apple Watch es una opción *cool*. —Axel tranquilizó a Marina, que se miraba la muñeca con angustia—. Ya sé, ya sé que el tuyo no es un Apple Watch, pero tú tira por este camino. Si te dicen algo, pones voz de pija...

—Esto te va a ser fácil —lo interrumpió Hugo—. Te lo están dando masticadito para que te luzcas.

—Tú preocúpate de lo tuyo.

—Venga, coño, que no tenemos toda la noche. Te decía que si alguien se fija en tu reloj, les respondas que no sean paletos y les aconsejes que se den una vuelta por Dubái, que ese modelo es tendencia entre los *old money*.

—A veces me dejas alucinada, Axel —dijo Marina.

A veces flipo hasta yo conmigo mismo.

—Insísteles en que parece mentira, con la pasta que tienen, que se pasen todo el día y toda la vida en el cortijo. ¿Está claro el tema reloj? —Marina asintió sin mirar a Hugo—. Pues ahora en un rato te llamo y me conecto a la lenteja y estamos en comunicación permanente. Me tendrás en tu oído toda la noche.

—Ten cuidado, no te vayas a poner cachonda. —Hugo se estaba ganando una bronca.

Marina lo fulminó con los ojos y sin volverse le preguntó a Axel:

—¿Seguro? ¿Y si hay inhibidores de señal y se corta la llamada?

Ya lo he pensado: en ese caso podemos darnos por jodidos.

—Joder, no te pongas en lo peor, tía. No va a pasar eso. —Axel trató de brindarle a su compañera una sonrisa reconfortante. No lo consiguió—. Sigamos. Huguito, vamos contigo.

—Ya era hora.

—Tú a lo tuyo, ¿de acuerdo? Haz lo que tengas que hacer para entrar en cuantas más habitaciones mejor. Intenta no ir demasiado colocado. No digo que no te drogues, porque sé que una vez allí vas a hacer lo que te salga de los huevos y me vas a decir que tuviste que hacerlo porque si no iban a sospechar que eras policía e iban a descubrir todo el tinglado y que ibas a poner en peligro a Marina... Si yo todo eso ya me lo sé, no vas a venir a robar a la cárcel, pero trata de estar consciente y de recordar los máximos detalles posibles. Tenemos claro lo que estamos buscando, ¿verdad? —Ninguno de los dos dijo nada. Parecía una pregunta retórica. Axel se comportó como si no lo fuese—. Buscamos algún delito sexual, algo con lo que poder empurarlos. Pensad que toda esa gente es muy poderosa y por tanto muy peligrosa. Necesitamos algo *heavy*, algo *heavy* de verdad para que la opinión pública nos respalde: algo que ataque a la sensibilidad de la peña.

—De acuerdo —respondió Hugo—. No prometo nada, pero haré todo lo posible.

—Oye, lo último que me apetece es ponerme en plan padre, no me pongas en esa situación, nos jugamos resolver un crimen muy relevante y nuestro enemigo no es ninguna coña. —Axel se giró hacia Marina—. Tu principal cometido, aunque suene feo así de primeras, es seducir a Sebastian Durán, el secretario de Organización. Tienes claro quién es, ¿verdad?

Como me diga que no la ahorco, te lo juro.

—Sí.

—El de las fotos que hemos estado viendo toda la tarde.

—Sé quién es. No me hagas recordar de qué mundo vengo, no ahora. Lo último que quiero es pensar en mi madre vestida así. —Axel sonrió.

—Pues ese es tu objetivo. No digo que tengas que hacer nada con él, pero yo qué sé, quizá puedas tontear un poco, dejarte querer, lo típico para hacerle hablar.

—Axel, no voy a follármelo ni a hacer nada que se parezca mínimamente a eso. Es un puto viejo.

Anda, ese es el motivo y no otro. Hay que darle una vuelta a esa respuesta.

—Eso es lo que digo, coño: nadie ha dicho nada de follar. Además, ya hemos convenido que no puedes desnudarte, llevas la lenteja en la oreja, no podemos correr riesgos. Y lo último que me apetece es escuchar gemidos seniles.

—Tío, qué puto asco. Calla. —Marina cruzó los brazos—. Me ha dado una arcada, te lo juro.

—Bueno, no te ponga quisquillosa tampoco, no antes de tiempo. Esta gente tiene mucha pasta y muchas tablas. Irá limpito, aseado, bien vestido, oliendo a colonia cara... —Axel se estaba divirtiendo.

Tengo que parar ya de tocarle los huevos.

—Ahora fuera coñas: habla con él, bebed champán, brindad. Déjale que se acerque, que te toque, dale bola, que se abra contigo. Te sorprendería lo que puede llegar a relajarse una lengua cuando está pensando con la polla.

—Ya está, Axel. Creo que tengo claro a lo que te refieres. Lo haré como considere.

—De acuerdo. Otra cosa: no le quitéis ojo tampoco a Salvador Cuenca. Sospecho que como organizador estará más pendiente de que la fiesta sea un éxito y de que la gente se lo pase bien que de otra cosa, pero me da a mí en la nariz —Axel se llevó el índice a la napia— que al llegar una determinada hora y como la cosa fluya...

—La cosa va a fluir, Axel. Hay droga, alcohol y viagra. Va a fluir —dijo Hugo.

—Pues cuando la gente se vaya calentando, algo me dice que el señor Cuenca no va a poder controlarse. —Axel dio una palmada y se encaminó al coche—. Pues ya está todo claro.

Pongámonos en marcha.

—Oye —a Marina le faltaba algo—, ¿sabes algo de Loor?

Axel sacó el móvil y desbloqueó la pantalla: no había ninguna notificación. El fondo de pantalla con la foto de Eddie Murphy sonriente haciendo el signo de *okey* con los dedos siempre le arrancaba una sonrisa, pero en ese momento habría preferido un whatsapp de la subinspectora.

—Está siguiendo una corazonada, no creo que tarde en aparecer.

Una corazonada. Lorena Galván no tenía muchas. Ella tenía impulsos, eso sí.

En eso tenía un máster, grado, doble grado y licenciatura completa con matrícula de honor. Pero corazonadas ni una.

La vida y sus malas decisiones la habían obligado a aprender a no hacerse caso. Lo que pasa es que le había funcionado tantas veces a Axel que decidió llevar lo de ser jefa hasta las últimas consecuencias. Axel siempre se lo decía: «La mayoría de los casos se resuelven por un golpe de suerte, pura chiripa». Así que si tu instinto te da buenas cartas, apuesta. Esto no lo decía Axel, lo decía ella.

Llamó al telefonillo cuando todavía no se habían encendido las farolas del barrio y le respondieron enseguida, como si la estuviesen esperando.

Claudia Pina, la compañera de piso de Bárbara Ortiz, estaba en chándal, zapatillas, y con una camiseta rota que le marcaba los pezones.

No esperaba visita.

Y bastante tenía con soportar los tacones, las medias de rejilla, los tangas que se le metían por el culo y los sujetadores con relleno durante largas noches de sexo, en las que se lo ponía y se lo quitaba todo mil veces, como para no poder permitirse estar cómoda en su casa.

—Pasa.

Claudia se hizo a un lado y Loor entró aguantando la respiración. Aun tenía en la memoria de su pituitaria el hedor que desprendía ese piso. Iba a tener que acostumbrarse poco a poco. No era nada recomendable tener prisa por salir de allí, no sin encontrar respuestas.

—¿Quieres tomar algo?

—¿Tienes Beefeater?

Claudia sonrió sin mostrar los dientes. Cualquier conato de entusiasmo la había abandonado hacía tiempo.

—No podría sobrevivir aquí dentro sin esa botella, cariño. —Claudia bajó la vista a su ombligo y se señaló el cuerpo—. Ni tampoco ahí fuera. ¿Con hielo?

—Con un poco de agua.

Loor se sentó en el sofá muy a su pesar, intentando apoyarse lo menos posible. Se alegró de haberse puesto una camiseta de manga larga negra para estirar la tela y cubrirse las manos. Y para no ver las machas que seguro ya tendría. Sin embargo, estaba cómoda. Veía a esa chica, la vida que le había tocado y se reconocía. Se preguntaba cómo había acabado allí, en un piso destartalado, entregando su cuerpo por dinero y con el sintonizador de las emociones sin calibrar.

Apagada.

En *stand by*.

Emitiendo al mínimo para que no duela.

Sin apenas conocerla, y sin tener ni idea de los engranajes que movían su día a día emocional, Loor sentía una comprensión especial hacia una mujer repudiada por los cánones establecidos, por una sociedad hipócrita que siempre miraba hacia otro lado.

Siempre que le convenía.

—Ten.

Claudia se sentó en un puf tirado en el suelo justo enfrente del sofá. Las separaba un metro y medio de distancia y una mesa sobre la que descansaban un mechero, virutas de tabaco, un librillo de papel OCB, un cenicero lleno de colillas y una vela.

—Me parece ridículo pedirte permiso. —Loor sacó un cigarro—. ¿Quieres uno?

Claudia negó con la cabeza.

—Tengo. Solo fumo tabaco de liar. Es más barato.

—Sí, y sacia más, lo sé. Pero el humo no entra tan a saco y a veces necesito quemarme por dentro.

Claudia la miraba con ojos inquisitivos. Cruzó las piernas como un indio. Estaba en posición de espera.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —preguntó Loor.

—Por Bárbara, supongo.

La subinspectora asintió, cogió prestado el mechero de la mesa y se encendió el cigarro.

—¿Por qué no me cuentas qué pasó?

—Ya os dije todo lo que sabía la otra vez. Cuando viniste con tu compañero.

—Me refiero a la verdad, Claudia. Sé que tienes miedo, sé que no te fías de nadie y menos de la poli, pero ya me ha pasado una vez y no voy a cometer el mismo error. Si hablas conmigo te puedo asegurar que no va a pasarte nada. Te protegeremos, tenemos recursos para hacerlo. Sabemos lo de las fiestas, el mundo en el que Bárbara se adentró. Y para poder hacer algo contra esa gente necesitamos pruebas, testimonios...

—Me matarán.

—¿Quién? ¿Quién, Claudia? ¿Quién te da miedo?

La mujer se echó a llorar. La resistencia que la mantenía a flote se había pinchado, silbando como un globo que pierde aire.

—Todos.

—La primera vez que vinimos nos hablaste del Turco. ¿Es vuestro chulo? ¿Es a él a quien temes o hay alguien más?

—Ese es el que menos me preocupa ahora mismo.

—¿Dónde está? No hemos conseguido localizarlo.

—Hace días que no lo veo. Se ha pirado, siempre lo hacen. Te exprimen hasta la última gota y cuando la cosa se pone fea salen por patas. No sé si volverá, no tengo ni idea.

—¿Entonces? Mira, creo que no debería contarte esto pero ahora mismo tenemos a dos agentes infiltrados en una de esas fiestas.

Claudia abrió mucho los ojos. Eran negros.

—No sabéis lo que estáis haciendo. Si los descubren, no vais a poder hacer nada para salvarlos.

Loor se inclinó hacia delante. Se lo había visto hacer a Axel muchas veces: acortar la distancia y presionar.

—Eso déjanoslo a nosotros. Ahora necesito que me cuentes qué se van a encontrar allí, qué fue lo que vio Bárbara, por qué la mataron.

Claudia se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y se fue a la cocina. Regresó con otro vaso y una bolsa de hielo. Rellenó el de Loor y se sirvió para ella otra copa de Beefeater.

—No sé cómo puedes beberte eso a palo seco. —Loor sonrió.

—Ya te lo he dicho, a veces necesito quemarme por dentro.

—¿Me escuchas?

—¿Axel?

—¿Marina? ¿Me escuchas o no?

—Tío, no sé si me oye, pero yo no oigo una mierda.

—Señorita, ¿habla conmigo?

—Trae, déjame a mí. —Hugo le metió dos dedos en la oreja y le quitó la lenteja, comprobó que estaba limpia, sin rastros de cerumen, y se la colocó en el oído derecho.

—Está limpia, imbécil.

Hugo se moría de risa.

—Oiga, ¿hablan ustedes conmigo, necesitan algo? —El conductor del taxi los observaba por el espejo retrovisor central. Marina y él hicieron contacto visual.

—Nada, nada. Está todo bien aquí atrás. No se preocupe. ¿A cuánto estamos?

—Dice el GPS que llegamos en dos minutos.

—Dos minutos, tú. ¿Escuchas algo?

—La verdad es que no se oye una mierda. —Hugo se partía de risa. Si era su manera de restarle importancia y tranquilizar a Marina no lo estaba consiguiendo.

—Tío, no sé por qué te hago caso. La Tienda del Espía, pero a quién coño se le ocurre comprar nada allí en el siglo XXI.

—Chis.

Hugo se llevó el dedo a la boca. Y con la cabeza señaló al volante. Marina bajó la voz, pero hablaba con energía, arrastrando las eses y las erres y ya prácticamente todas las consonantes.

—Tenía que estar en mi casa lavándome el pelo y viendo una peli con mi madre, no aquí contigo.

—¿Qué película ibais a ver?

—Axeeel. Te escucho. Te escucho. Sigue hablando, por favor.

—Te preguntaba qué película ibais a ver. porque, dadas las circunstancias, creo que debería ser *Eyes Wide Shut.*

—No sé cuál es.

—Mejor. ¿Qué tal, me escuchas bien?

—Bien, sí, bastante bien.

—Hemos llegado. La carrera está pagada desde la app. Que pasen buena noche —dijo el conductor.

—Me conformo con despertarme por la mañana —gruñó Marina entre dientes—. Hemos llegado, Axel.

—Ok. Pues voy a callarme hasta que te pongas en contacto conmigo. Cuando tengas un momento y estés sola, ve contándome lo que vas viendo.

Hugo se bajó del taxi y le ofreció la mano a su compañera para ayudarla a salir. Ella aceptó a regañadientes.

—¡Gracias!

Él se atusó el bigote, recortado para la ocasión, y caminó a su lado. En la puerta un grupo de tres azafatas los recibieron con una sonrisa y solicitaron la invitación.

—Adelante. Que disfruten.

Dejaron atrás un cuartito a su derecha en el que una joven custodiaba el guardarropa. Como no llevaban abrigos, pasaron de largo.

Otearon el interior del salón. Se masticaba una calma tensa, como dos equipos de fútbol en un partido importante, midiéndose, nadie quiere dar el primer golpe, nadie quiere desguarnecer la defensa.

Ellos tampoco.

Marina enhebró su brazo en el de Hugo y caminaron como un padre y una hija hacia el altar. Pero en lugar de la marcha nupcial, por los altavoces del chalet resonaban las notas en sol mayor de un piano inconfundible y la voz potente y vibrante de Elton John cantando *Bennie and the Jets*, reverberando las bes y arrastrando tanto las eses que casi lograba templar los nervios de Marina.

Les ofrecieron una copa de champán a cada uno y ambos aceptaron sin saber, pero intuyendo, que acababa de empezar la noche que cambiaría sus vidas para siempre.

32

Madrid, ocho días antes

—¿Qué te vas a poner, puta?

Ya le había dado tres vueltas al armario, como si por arte de magia fuese a encontrar un surtido de vestidos apropiados para la fiesta.

Solo tenía uno.

Así que tendría que ponérselo otra vez. Y eso no le hacía ninguna gracia.

—Pues estoy entre este de Loewe y este de Balenciaga. A ti ¿cuál te gusta más?

Bárbara sujetaba dos perchas, una en cada mano. De la izquierda colgaba un top minúsculo rojo de Stradivarius con un chinazo en un lado; de la derecha, una blusa de H&M blanca transparente.

Claudia se echó a reír.

—Damos puta pena.

—Eso tú, guapa. Yo voy a estar buenísima. —Bárbara sacó el vestido negro corto que se ponía para ese tipo de eventos.

No había asistido a demasiados, tres o cuatro... Tres, aquel sería el cuarto. Había entrado en la lista gracias a un cliente especial que le llevó el Turco. Era un depravado, un empresario al que le gustaba que lo atasen, le escupiesen, lo sometiesen. Decía que soportaba demasiada tensión en el curro y que estaba harto de dar órdenes y de tomar decisiones, cansado de hacer que la gente le obedeciese. Necesitaba un lugar seguro donde dejarse dominar.

Vamos, lo mismo que dicen todos.

Solía ver a la Puri, una prostituta veterana con la que Bárbara se saludaba de lejos moviendo la cabeza, pero aquel día no estaba disponible por no sé qué mierda que le habían pegado en el coño y el Turco le pidió el favor...a cambio de trescientos cincuenta pavos.

Bárbara miraba el vestido mientras recordaba: trescientos cincuenta pavos bien invertidos.

Durante un tiempo, ese tipo, que según le dijo se llamaba Xavi, le mandaba mensajes pidiéndole cerdadas. Pero no cerdadas tipo hazte un dedo y grábate, o tírate leche por las tetas y mándamelo. No, no, nada de eso: Xavi quería que utilizase la imaginación y lo pusiese a prueba dándole órdenes: eso era lo más importante.

Por eso, Claudia y ella se pasaron varias horas discurriendo y exprimiéndose el coco para que Xavi les mandase pasta. A Claudia se le daban mejor esas cosas, tenías más capacidad inventiva. La verdad, es que se le ocurrían unas movidas...

—Dile que se encierre ahora mismo en el baño y que se haga una paja delante del espejo. Y que lo queremos en menos de cinco minutos.

—Que no, qué dices, puta. Que me ha dicho que está en una reunión importante. Y además, puede entrar cualquiera y verle.

—Mándaselo, joder. Hazme caso, que se va a poner cachondo como un perro.

—¿Estás segura?

—Segura. Y dile que ha subido la tarifa; nada de cien, quieres un Bizum de ciento cincuenta euros.

Bárbara se mordía las uñas, se mordía el labio y tecleaba. Sonó la ráfaga de mensaje enviado.

—Ya está. —Las dos se abrazaron y gritaron. —Como están las cabezas —comentaron.

Ocho minutos y veinticuatro segundos después recibieron el vídeo provisional, con la opción de un solo visionado. Y un texto que decía: «Perdón, perdón, perdón. He tardado porque estábamos en mitad de un comité de dirección. No volverá a pasar».

Lo descargaron y lo vieron juntas. Solo se le veía de nariz para abajo, la boca con un rictus animal, primitivo. Peligroso. La mano moviéndose a toda velocidad. La polla dura. Antes de que

terminasen de verlo, una notificación le avisaba de que había recibido un ingreso en su cuenta de doscientos euros como compensación por el retraso. Se fueron a celebrarlo sin ver el final.

A la primera de las fiestas acudió Bárbara sola. Había pedido permiso para ir acompañada de una «amiga», pero cortésmente su petición fue denegada. La reunión clandestina se celebró en una casa rural a las afueras de Ávila. Varias hectáreas de terreno, caballos, perros de caza, piscina y unas vistas despampanantes de la sierra de Gredos.

Y aire puro.

El aire más limpio y reconfortante que Bárbara había respirado en su vida.

Allí conoció a mucha gente. Le presentaron a hombres importantes, y a mujeres menos importantes. Solo tenía que portarse bien y divertirse, le dijeron. Y guardar silencio: de lo que allí viese o hiciese no podía decirle ni una palabra a nadie. Y nada de móviles, claro. Todo ello a cambio de una cuantiosa suma de dinero y la promesa de entrar en un círculo que la sacaría de la calle.

Allí conoció a Sebastián Durán. La engatusó. Y ella a él. Si le llegan a decir que un hombre tan mayor podía resistir tanto y resultar tan animal y tan atractivo al mismo tiempo, no se lo habría creído. La pastilla azul ayudaba, evidentemente, tonta no era. Pero había algo más, algo distinto.

No supo lo que era hasta que lo experimentó en sus carnes.

Bárbara estaba más que acostumbrada a relacionarse carnalmente con hombres mayores.

A follar con ellos, vaya.

Y sabía cómo tratarlos: despacio, sin prisa, haciendo que se sintieran guapos y jóvenes de nuevo, alabando su experiencia y su veteranía. Y, sobre todo, haciendo que se sintieran deseados.

Lo que sus esposas ya no hacían.

Aquella vieja sensación que hasta que la volvían a sentir no sabían que añoraban.

Sebastián Durán era diferente. El carnet de su cuerpo mostraba que había superado la edad de jubilación, pero dentro latía un

corazón fuerte, un espíritu batallador, vital, en continua lucha con el paso del tiempo, que para él se manifestaba en la falta de deseo.

Displicencia.

Esa era la palabra que utilizaba. Bárbara necesitó escuchársela varias veces para hacerse con ella. Y tenía que pronunciarla despacio, sílaba a sílaba, para no trabarse.

Dis-pli-cen-cia.

Ese era el gran enemigo. Para todo y para todos.

También para las mujeres.

La primera vez que lo vio, Durán llevaba un traje de tres piezas y su piel olía a *after shave*. Estaba entrado en kilos, pero en forma. Era bajito, pero tenía presencia y sabía cómo seducir. A cualquiera, hombres y mujeres. Todos lo miraban con atención, era el centro del universo, el anfitrión. Y siempre tenía a mano la palabra justa, el comentario acertado. Se paseaba regalando sonrisas y despertándolas.

Bárbara no sentía la pulsión de acostarse con él, pero algo la empujaba a querer poseerlo, como si eso la recolocase dentro y fuera de la fiesta. Quería demostrarle al mundo de lo que era capaz. Quería demostrarse a sí misma que lo que todos querían podía ser suyo.

En esa primera fiesta no se acostaron.

Simplemente, no se dio.

En un momento de la noche apareció Xavi y se la llevó a un cuarto oscuro en el primer piso, en el que no estuvieron solos. Y ya no la soltó.

Fue en la segunda.

Simplemente, se dio.

Sucedió muy rápido: estaban hablando animosamente en el vestíbulo con un grupo de invitados, hombres y mujeres, y, sin darse cuenta, al poco tiempo, se quedaron solos.

Sin darse cuenta Bárbara. Durán lo tenía todo previsto.

De repente a él se le activó algo, como un chispazo. Bárbara no sabría decir si era el efecto de alguna droga sintética de última generación —ella solo había tenido acceso a drogas de baja calidad y de primera generación: marihuana y cocaína, algo de eme, algo de

speed y poco más—, o si era algo intrínseco a su personalidad, algo que venía de serie, incorporado.

Le puso la mano en la espalda por encima del culo y la invitó a subir las escaleras. La llevó a la habitación principal, le arrancó el vestido y la embistió como un toro viejo en celo. Nunca olvidaría lo que sintió. Primero fue miedo, después, placer. Y con el paso de las horas lo que se le impregnó en la memoria, el recuerdo destilado, fue la mezcla de ambos.

Fue también en la segunda fiesta cuando le presentaron al Manitas, Salvador Cuenca, el hombre que se encargaba de que todo saliese bien, que sabía al dedillo lo que pasaba en esa casa y lo que iba a pasar.

Fue a él a quien le habló de Claudia en la tercera fiesta.

Una amiga que está deseando conocerlos.

—Sabes que no puedes decir nada a nadie de lo que hacemos aquí, ¿verdad?

—Claudia no es nadie. Y además tampoco me cree, por eso quiero que venga y que lo paséis bien con ella. Os va a encantar, y vosotros a ella.

Y por eso ahora Bárbara y Claudia estaban probándose vestidos para la cuarta fiesta.

Claudia se sirvió otra copa y comenzó a liarse un cigarro.

—¿Qué pasó en la cuarta fiesta? —preguntó Loor—. ¿La acompañaste?

—Sí, fuimos juntas. Y mira que he tomado malas decisiones en mi vida —miró a Loor buscando sororidad; en los ojos de la subinspectora encontró más bien lástima—, pero esa puede que se lleve la palma. Si lo llego a saber... —Claudia estiró el brazo—. ¿Quieres otra? —preguntó ofreciéndole más ginebra. —Loor asintió y le acercó el vaso—. Me moría de ganas de entrar en ese mundo, ¿sabes? Bárbara me hablaba maravillas de la gente, decía que eran como animales, bueno, no solo eso: decía que al principio se comportaban como estrellas de cine y te trataban como a una diosa, pero que según avanzaba la noche...

Loor sabía bien de qué le hablaba.

No porque hubiese asistido a ninguna de esas fiestas, sino porque sabía cómo se las gastaban los hombres antes de meterla. Antes de salir del armario estuvo con varios. El simple recuerdo le daba asco. Solía bromear con Axel sobre eso, le decía que se volvió lesbiana radical por culpa de los tíos y sus complejos. Sus mentiras. Ella misma comprobó en sus carnes cómo, antes de follar, todo eran elogios y promesas, y en cuanto lo conseguían, dejaban atrás cualquier norma de cortesía y se despojaban de su armadura, de su coraza para mostrar su verdadera naturaleza, bastarda. Primigenia.

—¿Y no te daba miedo?

Claudia se rio y encendió el cigarro de liar.

—Miedo paso en un callejón cuando notó la navaja de un yonqui rozándome el cuello y me obliga a que me arrodille para chupársela. Cuando noto que no se les levanta haga lo que haga y me pregunto si van a ser capaces de soportar la vergüenza o si me van a culpar a mí. Ahí paso miedo, no en una casa de campo rodeada de mármol.

—Ya, puede ser. ¿Qué pasó en la fiesta? ¿Qué salió mal?

—Pues que somos lo que somos, eso salió mal. Por mucho que nos disfracemos y juguemos a ser famosas, tenemos la calle dentro, y antes o después acaba apareciendo.

—Bárbara, ven, deja que te presente a unos amigos.

Sebastián Durán acompañada su petición con el brazo en la espalda de Bárbara. Ese gesto tan suyo, tan característico: sutil, decidido. Claudia agarró del brazo a su amiga y caminó a su lado.

—Ni se te ocurra dejarme sola tan pronto, puta —masculló entre dientes.

El político no era como se había imaginado, como Bárbara se lo había descrito. Esperaba encontrarse con un ser sobrenatural que muta de piel con el paso de las horas, como un reptil con ictiosis y lo que encontró fue a un hombre bajito.

Ni embrujo ni influjo.

Un viejo bajito.

Hasta que la miró y notó cómo ese reptil mordía sin previo aviso.

Bárbara la presentó con maestría, limitando su acento y su jerga urbana. En lugar de acabar las frases con un «puta», las acaba con un «amore». Lo hacía más por divertirse ella que por otra cosa. Si rascabas allí dentro, no quedaba ni una careta en pie.

Claudia saludó y sonrió. Y permaneció callada. Necesitaba una copa.

Se fijó en un hombre que no paraba de moverse de aquí para allá. Hablaba con todo el mundo, con amabilidad, y estaba pendiente de que se cumpliesen los horarios con rigurosidad. A su señal, a las doce, como en cenicienta, todo el mundo tenía que perder al menos un zapato. Así que se abrió una puerta doble de madera y entraron varias camareras a las que no habrían dejado pasar en un club de *striptease* por llevar poca ropa. Portaban bandejas de champán Bolinger en copas de cristalería fina y alargada, mezcladas con metilendioximetanfetamina, como supo luego. Lo que fuera de allí, gracias al *marketing* del pueblo, se conocía como eme.

La fiesta acababa de empezar.

—Tú debes de ser Claudia. —El hombre que no paraba de moverse se detuvo a su lado. Era un hombre mayor, supuso que de la quinta de Durán, calvo, afeitado, con los ojos verdes como dos aceitunas sin madurar escondidos tras unas gafas de pasta negras. Le sonreía con todo el cuerpo.

—Salvador Cuenca —dijo dándole dos besos, uno en cada mejilla. Olía a alcohol mezclado con madera, como una copa de vino derramada sobre una mesa de roble—. Espero que te hayan hablado de mí.

—Me han hablado mucho de ti. —Claudia le sonrió fingiendo una timidez que no sentía.

—Entonces espero que te hayan hablado bien.

—Me han hablado tan bien de ti que lo tienes difícil para estar a la altura. —Salvador se rio.

—Bueno, aún es pronto. La noche acaba de empezar, el listón irá subiendo. Ya lo verás.

Se separaron y se volvieron a encontrar varias veces. Se gustaron como se gusta la gente puesta hasta las cejas en una fiesta de

intercambio con orgías a la vista detrás de cualquier puerta entornada. No más. No menos.

También había puertas cerradas. En una de ellas, trató de entrar Bárbara pasadas las dos de la mañana. Se meaba después de que Sebastián Durán se la hubiese follado durante más de una hora.

—¡A dónde vas! Vuelve aquí.

—Me meo.

—Pues mea.

Bárbara se rio.

—Eres un cerdo.

—Y tú una puta.

A ella no le gustó el tono, pero no lo dijo.

—Ahora vuelvo y te demuestro lo puta que soy.

Salió de la habitación y cruzó un largo pasillo en penumbra, hasta el fondo. Quería hacer pis para evitar tener después una infección. No había garantías de que funcionase, pero quería poner de su parte. Caminaba apresurada y encogida, guiada por la vejiga que le explotaba y por la curiosidad, que estaba a punto de explotarle en la cara. Giró el pomo de la última puerta y no se abrió. Estaba cerrada con llave y pestillo por dentro. Esperó sin llamar.

Cuando esa puerta se abrió, se le cayó el mundo a los pies. Del interior del baño salió una niña pequeña, no tendría más de doce años, quizá trece. Estaba pálida, asustada, no por lo que estaba presenciando, no por lo que estaba viendo, sino porque la habían visto a ella, la habían descubierto.

—Lo siento —dijo—. Por favor, no le digas a nadie que me has visto, por lo que más quieras. Se supone que nadie debe vernos. —La niña salió corriendo sin mirar atrás hacia una puerta que cerró a su paso.

Bárbara regresó a la habitación en la que la esperaba Durán.

Ya no era la de siempre.

La estancia principal, supuso, y supuso bien, debía de estar ocupada por alguna orgía multitudinaria y Sebastián era generoso con sus cosas. La esperaba tumbado sobre las sábanas arrugadas, medio dormido.

Ella se arrodilló a los pies de la cama, por donde le colgaban las piernas. Y se metió la polla flácida en la boca. Con una mano le acariciaba la barriga y con la otra acompañaba sus movimientos, arriba y abajo.

Nada.

No reaccionaba.

¡Qué extraño! Se incorporó un poco y comprobó que sus sospechas se habían hecho realidad: dormía como un tronco.

Bárbara se puso en pie, se recolocó el vestido sin medias y con una mano recogió los zapatos de tacón de aguja. Se disponía a salir de la habitación para buscar a Claudia, que estaba en un sofá mordisqueándole el cuello a Salvador Cuenca. Fue entonces, al girarse, con los ronquidos del político como única compañía, cuando lo vio.

Y cometió el error que le costaría la vida.

Edimburgo, lunes 25 de agosto de 1975

Era una habitación doble. El doble de grande que la suya. El doble de limpia, de ordenada, de acogedora. En ella vivían dos chicas estadounidenses recién llegadas desde el Big Sur, donde surfeaban olas de modernidad. Dos amigas de California, una rubia y una morena.

—*Cindy, nice to meet you*.

—*Sarah, nice to meet you*.

Cindy era la rubia, más alta y más guapa. Su cabeza era la que se había asomado a la ventana y sus dedos los que giraron la llave para dejarlos pasar. Llevaba una camiseta de Los Angeles Lakers, púrpura y oro talla XXL, como si fuera un vestido. Debajo, sus piernas desnudas prometían un ventanal a la edad adulta.

John fue el primero en entrar, el maestro de ceremonias. Era un asunto idiomático. Pura logística, pragmatismo. Todos estuvieron de acuerdo.

Manuel se sentó al lado de Sarah, chapurreaba algo de inglés. La chica morena tenía la cara llena de pecas y los labios finos. Llevaba un vestido desgarbado que insinuaba unos pechos puntiagudos. Estaba descalza, sin calcetines, sin esmalte y lucía una flor detrás de la oreja, parcialmente tapada por un mechón de pelo liso.

Salva se sentó al otro lado. Había leído maravillas en *newspapers* y en *magazines* sobre el advenimiento del movimiento *hippy* y su extensión desde San Francisco por todos los States hasta desembarcar en Europa. Y aunque había florecido casi una década antes, a ellos les había alcanzado en su apogeo.

Peace and Love.

Eso querían ellos.

Paz y amor.

Hacer la paz. Y hacer el amor.

El espíritu *flower power* se había apoderado de sus almas.

Esa flor en el pelo solo podía significar una cosa.

Sebas permanecía de pie, más cerca de la puerta no porque tuviese ganas de salir o para hacerlo rápido si la cosa se ponía fea. Nada de eso, era justo lo contrario: se estaba asegurando de que nadie jodía la fiesta. John sacó la botella de *whisky* que le habían escondido en los pantalones y todos lanzaron varios vítores. Sebas sacó otra: dos botellas para seis personas.

—Lo que os decía, nos vamos a poner las botas —dijo Salva.

—*English, please* —dijo la rubia.

—*Sorry, sorry*.

Manuel se moría de risa. Empezaron a beber en unos vasos de plástico blanco de cumpleaños de niño pequeño que sacaron las chicas de la parte de arriba de un armario. Estaban en el salón, desde el que se divisaban dos puertas, dos habitaciones.

La de la derecha era de Cindy, la rubia.

La de la izquierda era de Sarah, la morena.

Una bandera morada con una mano de Fátima bordada en negro colgaba de la pared. En el suelo, debajo de la ventana, una guitarra. Sobre una estantería, Manuel vio una cámara de fotos, una Polaroid SX-70. Le volvían loco. Se había aficionado a la fotografía en el barrio con una Kodak de su padre, que le dejaba trastear y sacar instantáneas dentro de casa. Y, aunque había oído hablar de ellas, nunca había visto una como aquella.

La cogió después de decirle a John que les pidiera permiso a las chicas y empezó a hacer fotos. Reveladas al instante. Estaba extasiado. Sebas se la pidió prestada.

—Poneos guapos y sonreíd.

Los cinco se agruparon y obedecieron.

Salva cogió la guitarra. Manuel, la botella, John a Cindy. Y Sarah se tiró en el suelo.

—*Say cheeeeeese*.

El *flash* casi los deja ciegos. Sebas colocó la foto encima de la mesa.

—Bocabajo —le dijo Manuel—, para que no se estropee.

Salva empezó a tocar las seis cuerdas y a cantar bajito un tema en inglés inventado de un tipo que había conocido a su llegada a las islas británicas. De nombre compuesto: un tal Elton John.

Be be be bennie and the jetsssssssssssssssss.

La canción, hablaba de una tal Candie y un tal Ronnie. Pero Salva, vivaz, la adaptó.

Oh Cindy and Sarah, have you seem them yet?
Oh, but they're so spaced out Bennie and the Jets.

Todo sazonado con pronunciación casera, de Chamberí, como le gustaba decir a él.

Mientras cantaba, sus ojos verdes conectaron con los de Sarah. Era una señal. Cindy se levantó y empezó a bailar. Movía los brazos como aspas al viento, si la hubiese visto don Quijote se habría enfrentado a ella. Sonriente, se metió en su habitación y regresó con una cajita entre las manos. La abrió, se agachó y repartió un cartoncito minúsculo a cada uno de sus invitados.

—*What is that?* —preguntó Manuel.

—*A piece of joy* —respondió Cindy.

La traducción al castellano habría sido LSD, ácido LSD.

En la caja también había un sobre de marihuana. Cindy sacó un cogollo y un papel y comenzó a liar.

Salva miraba a Sebas, que a su vez miraba su trocito de cartón. Sarah fue la primera. Se puso en pie, se colocó el tripi en la punta de la lengua, se lo mostró a los cuatro chicos y se lo pasó a Cindy. De lengua a lengua.

John estaba boquiabierto; Salva, estupefacto; Manuel, extasiado, y Sebas, impasible. Cuando las americanas se separaron, Sarah volvió a sacar la lengua: no había ni rastro del cartón.

Le dio un trago a la botella de *whisky* y siguió bailando.

Llegó el turno de Cindy. Sacó la lengua y le dio un beso en la boca a Manuel.

Salva se retorcía en el sofa.

—*Come on. Come on. More. More*.

Llegó su turno. El beso se lo dio Cindy. Y a John, Sarah.

Solo faltaba Sebas.
Pero Sebas no quería cartón, no quería LSD.
En su cabeza bullían otros planes.

33

—Axel, tío, estoy en el baño. Me he encerrado aquí un rato. Necesitaba respirar.

Marina descansaba sentada sobre la tapa del váter en uno de los baños de la planta baja del chalet. La planta de arriba, según les habían informado, no abría hasta las doce.

—Bien, Marina, va todo muy bien. Échate un poco de agua en la cara, refréscate. Tómate el tiempo que necesites. Lo estás haciendo muy bien.

—Pero, tío, ¿tú lo has oído? ¿Has visto qué puto cerdo? Las cosas que me decía.

Axel intentaba no reírse.

—¿Era guapo al menos?

—Era un puto viejo. Ese guarro podía ser mi abuelo.

—Hala, hala, no te pases.

—Buf. Me siento supersucia, tío. Y aún no he dejado que me toque nadie ni un pelo.

—Es normal. Es normal. —Axel trataba de calmarla—. Ha sido repugnante, tienes razón. Pero no puede sorprendernos demasiado, Marina, sabemos dónde estás. Es una fiesta en la que la gente queda para follar. No te obligan, pero en general, esa es la idea.

—Hombre, no te jode. Es que si me obligan me estarían violando.

—Ya estás otra vez dejando que vuele tu imaginación por sitios chungos. Eres poli, sabes defenderte y no te va a pasar nada. Tienes que darle la vuelta a tu manera de pensar. Joder, son ellos los que deberían estar preocupados contigo y no al revés. Aunque no lo sepan, les puedes meter en la cárcel los próximos quince años.

—Me gustaría verte a ti aquí, aguantando a viejos verdes que te dicen guarradas mientras babean mirándote las tetas.

—Con mis tetas no creo que babeasen demasiado. ¿Has visto ya a Durán?

—¿Sebastián? Sí, estaba en mitad de un grupito cerca de la barra. Parecía que lo pasaba bien.

—Pues no lo interrumpas, que lo pase bien, que se relaje, pero en cuanto tengas oportunidad, fuerzas un encontronazo. Lo típico de las comedias americanas, ¿sabes? Haces como que tropiezas y le tiras un poco de champán encima.

Marina recordó la última película que había visto con su madre, las dos en el sofá de casa, Ella tumbada, con las piernas sobre el regazo de la exalcaldesa. Una *rom com* en la que, precisamente, nada más arrancar, la protagonista, apresurada, chocaba con el ejecutivo más guapo de todo Manhattan poniéndole la camisa perdida de café. Y así, de esa forma tan tonta, encontraba al amor de su vida. Le entraron ganas de salir corriendo.

—Oye, ¿y Hugo? ¿Qué sabes de él? —preguntó Axel.

—Pues hace un buen rato que no lo veo, pero que yo sepa la gente aún está tranquila, no ha empezado el desfase. Oye, salgo ya, que llevo aquí metida un buen rato. Luego hablamos.

—Vale, guay.

Marina pulsó el botón de la cisterna como un acto reflejo, y pensó que no se le daba tan mal actuar. Aceptó el consejo de Axel y se refresco con cuidado el cuello y las axilas con agua bien fría.

La cara no.

Cómo se notaba que el inspector no se había maquillado en su vida.

—¿Y cómo dices que te llamas? Tienes pinta de ser uno de los importantes aquí dentro.

Hugo no paraba de atusarse el bigote. Apenas era consciente de la cantidad de veces que lo hacía cuando estaba tonteando. Se había convertido en un tic molesto cuando lo que necesitas es pasar desapercibido.

—Oye, chaval, tú no te estarás quedando conmigo, ¿no? —Los ojos verdes de Salvador Cuenca lo traspasaron, como un escáner

médico con malas noticias.

Hugo palideció.

—No, por Dios, en absoluto. Solo quiero empezar a divertirme.

—No te preocupes por eso, la diversión está a punto de comenzar.

Salvador se colocó el puente de las gafas. Observaba sin descanso, en todas direcciones. No quería que se le escapase ni el más mínimo detalle.

Hacía bien su trabajo. Eran muchos años, muchos años organizando y limpiando. Era un currante, y se lo había currado para vivir bien, pero no era un vividor.

Él no era como su compadre, Sebastián Durán jugaba en otra liga. Siempre hacía la misma broma: «Con estas. —Y mostraba las palmas de las manos—. Con estas lo he conseguido todo. Por eso me llaman como me llaman».

El Manitas.

No era por eso y él lo sabía mejor que nadie, pero la broma funcionaba, las cosas como son.

Si le llamaban de esa forma era porque hacía arreglos, remiendos.

Y, aunque no aportaba nada a su apodo, también hacía preguntas.

—Oye, ¿tú por quién has venido? —No iba con segundas, pero no era una pregunta cualquiera. Una mala respuesta y a tomar por el culo todo.

—Por Antonio, mi amigo Antonio. Me dijo que montabais las mejores fiestas del sur de Europa y he venido a comprobarlo. —Hugo le guiñó un ojo, quería ganarse su confianza, metérselo en el bolsillo acariciando su ego.

—A ver, chaval..., vamos a dejar una cosa clara. —Salva se le acercó y le habló muy cerca del oído—. Tú no serás maricón, ¿verdad?

Hugo se quedó paralizado. Si hubiese tenido un espejo delante, habría comprobado que la piel de su rostro había perdido varias tonalidades, como Andrés Iniesta en Halloween. Tenía que acertar con la respuesta y no podía demorarse en exceso. No sabía si había sido el nombre de Antonio el que le había llevado a Salvador Cuenca a sopesar esa hipótesis, o si el problema estaba siendo su actitud.

Una mano le tocó el hombro por detrás.

—Estás aquí. Llevo un rato buscándote. —Marina lo rodeó con un brazo y le agarró la cintura—. ¿No me vas a presentar? —dijo mordiéndose el labio y enredando un mechón de pelo en sus dedos. Lo llevaba suelto y cada poco tiempo comprobaba que le tapaba las orejas.

—Oh, sí, claro. Perdona, cariño. Este es Salvador. Me estaba diciendo que no vamos a olvidar esta fiesta. Salvador, ella es Estíbaliz, mi... —Hugo no sabía qué palabra emplear, bastante que había sido rapaz de recordar el nombre falso previamente estipulado — acompañante —dijo.

Ella se rio.

—Cariño, yo diría que soy algo más que eso. —Marina aplastó su cuerpo contra el de su compañero y le dio un breve mordisco en el cuello.

La mirada verde de Salvador Cuenca se relajó. Se acercó para darle dos besos a Marina.

—Encantado, Estíbaliz. —A Marina le dio la sensación de que olía raro, como a vino, un reserva—. No dude ni un segundo de que la espera merecerá la pena, señorita. Luego le presentaré a unos amigos. Estoy convencido de que van a hacer buenas migas.

Salvador se despidió con una sonrisa ignífuga.

—Joder, gracias, me has salvado el culo —dijo Hugo cuando lo vio alejarse.

—Ya lo sé. ¿Qué coño le pasaba? Te estaba mirando como si quisiese matarte.

—Yo qué sé. Ese tío, además de un homófono de cojones, no está nada bien de la cabeza. Conozco a los de su especie, me he follado a varios como él. Están como regaderas y lo disimulan y lo rechazan, pero les gusta más una polla joven que a un tonto un lápiz.

—Ten cuidado porque nos está mirando. Este no se fía de que no seas gay.

—Maricón dijo, pero sí.

—Pues me debes una, cariño. —Marina se acercó a Hugo y le comió la boca, un beso lento, suave, ni corto ni largo; un beso exacto.

Cuando volvieron a mirar, Salvador Cuenca ya no estaba. Los había visto y se había calmado. De él emanaba una energía extraña, omnipresente. Y deambulaba de un lado a otro del salón, tan servicial como interrogante, como si considerase todo el rato que para que todo saliese bien tenía que contar con que todo podía salir mal.

Era un corrector implacable.

—Es un tío raro ese Salvador Cuenca. —Hugo cogió dos copas de champán de una bandeja que ya se alejaba. Marina tomó la suya y dio un sorbo escuálido, el único que pensaba darle.

Necesitaba tener los cinco sentidos conectados.

—Joder, no sé si es cosa mía, tío, pero este pavo, Cuenca, ¿no se te parece a alguien?

—Sí —respondió Hugo—. Yo también lo he pensado. Son los ojos.

—Justo. Los ojos. Aunque lleve esas gafas, son los ojos. Así tan verdes, tan... Axel.

¿Qué coño han dicho estos dos?

Axel veía como la investigación pasaba delante de sus ojos como un carrete de fotogramas sin revelar. Estaba apoyado en el capó del Peugeot observando cómo la noche ya había descendido sobre la capital y las estrellas se fugaban en dirección contraria, arremolinadas lejos de la contaminación del centro.

Rebuscaba en su memoria como un buzo al que se le empañan las gafas en un mar turbio, revuelto, agitado por las olas. Se le estaba resistiendo, pero lo alcanzaría. Ese pensamiento fugaz se había cruzado delante de los ojos y se le había escapado. Un destello.

Axel se golpeó la cabeza con los puños.

Vamos, piensa, piensa.

Hacía semanas que tenía el cerebro atrofiado. Se lo había notado un día que se le acabó la pasta de dientes, bajó al supermercado y regresó con una caja de cereales, una barra de pan y seis rollos de papel higiénico.

Lo peor es que no se dio cuenta hasta que fue al baño por la noche antes de acostarse.

Muchas emociones consecutivas, se decía.

Mucho viaje: Raquel, Noa, su madre.

Y el móvil. El puto móvil.

El *scroll* infinito le había freído el cerebro. Llevaba tiempo pensando en eliminar las redes sociales, instagram, X y esas mierdas. Pero sin avisar, eh. Que él no era de esos que avisan de que se van porque no aguantan más, de esos que se van mendigando casito, cariño, atención; rezando para que alguien mordiese el cebo: «Por favor, tío, no te vayas, no dejes que ganen los *haters*».

Le daban ganas de vomitar.

No era eso. Era la memoria, recordar.

Se concentró.

¿Dónde lo había escuchado antes?

«Se parece a ti».

¿Fue Raquel quien se lo dijo? ¿Que conocía a alguien que se parecía a él?

Podría ser Raquel, sí. Pero ¿cuándo?

¿O tal vez Noa?

No, Noa no fue, no me diría eso, no es capaz de reconocerme en nadie más y, si esa idea se le pasa por la cabeza, nunca me lo diría.

¿Su madre quizá?

Mi madre no. Para mi madre soy único, su único e incomparable hijo. Y, además, quién le podría haber recordado a él, ¿el médico? Imposible.

Loor.

Quizá Loor tuviese la respuesta.

Le encantaría llamarla y preguntárselo, pero lo descartó enseguida. Primero, porque estaba siguiendo una intuición y él era el primero que cuando perseguía una corazonada no quería que nadie lo molestase. Y segundo porque desde el covid la memoria de Loor estaba aún peor que la suya.

No. Conocía la sensación. Tenía que seguir esforzándose, seguir trabajando, seguir escarbando. Hace unos años la respuesta se la habría aparecido delante de las narices en cuestión de segundos, de

pocos segundos. Como una CPU recién comprada, un procesador de datos a máxima potencia.

Pero ya no. Ahora debía insistir, confiar. La respuesta llegaría en cualquier momento, como una revelación, pero había que buscarla y encontrarla entre todos los archivos que saturaban la base de datos. Demasiadas vivencias, demasiadas experiencias.

Y la edad, el paso del tiempo, que tanto deteriora, que todo lo jode.

Debía concentrarse. Borrar fotos, imágenes. Crear espacio.

No era posible hacer una copia de seguridad: almacenamiento lleno.

Cerró los ojos, acompasó la respiración. En su cabeza escuchaba la música relajante de la clase de pilates.

Y apareció sin avisar, como un destello, una ráfaga de lucidez.

Cóctel. Savas. Lavapiés.

El barman. «Ahora que lo pienso ese tipo se parecía a ti».

La *maître*. «Sí, se parecía mucho a ti».

Y la pieza central, tantas veces aparcada, se colocó en el corazón del puzle.

Salvador Cuenca era la persona que acompañaba a Bárbara en la coctelería la noche que desapareció. Salvador Cuenca fue la última persona que la vio con vida.

Loor se estaba meando, pero Claudia seguía hablando.

—«Tenemos que irnos», eso fue lo que me dijo Bárbara. —A Claudia Pina empezaban a resbalarle algunas letras. La ginebra se estaba convirtiendo en una pista de hielo y su lengua eran los patines. Loor la escuchaba con atención, pero se meaba—. Bárbara estaba nerviosa. Yo estaba hablando con Salva, Salvador Cuenca. Ella apareció de la nada. La vi bajando, disimuladamente, pero a toda hostia, por las escaleras, con los zapatos en la mano, y al llegar a mi altura arrasó con todo. Lo hizo con elegancia, me cogió del brazo, se disculpó con una sonrisa y dijo: «Necesito a mi amiga, ya sabes, cosas de chicas», como si le hubiese bajado la regla y necesitase un Támpax para no convertir la fiesta en la matanza de

Texas. Y diría que funcionó, porque Cuenca nos sonrió y se piró a otra zona del salón. Fue entonces cuando me lo dijo.

Loor empezaba a estar mareada. Le pasaba siempre que bebía con el estómago vacío, pero no quería interrumpir a Claudia, y menos en ese punto de la narración. Pero se meaba. Y eso la estaba poniendo de mala hostia. ¿Qué era ella, un tío? ¿Acaso tenía cincuenta años y problemas de próstata?

Tenía que tomar una decisión, estaba perdiendo poder de concentración, ya no podía pensar en otra cosa. Como un intruso, la molestia en la vejiga, cada movimiento, la descentraba, igual que en el cine cuando sabes que aún queda media hora para que termine la película, pero te meas.

Sabes que falta lo mejor, pero te meas.

Y no quieres pasarte los mejor de la historia deseando que acabe para poder mear.

Así que te disculpas y te vas a mear. Y disfrutas del final de la peli.

Loor se disculpó un segundo y fue al baño. También a espabilarse. Se sentó en la taza del váter con la cabeza entre las manos, intentando ordenar sus ideas, la información, colocando cada rincón en un puzle de mil piezas que iban y venían, que parecía que encajaban y dejaban de encajar. Intentando apartar también ese pensamiento tan molesto, esa voz que le decía que a cada minuto que pasaba Claudia estaba más buena.

Eso también le pasaba siempre que bebía. Con el estómago vacío y con el estómago lleno.

Claudia tenía los pechos más grandes que hace una hora.

Los pechos más bonitos que hace media hora.

Y más firmes que hace un cuarto de hora.

Loor había calculado que serían más o menos de la misma edad, año arriba, año abajo, aunque es cierto que la vida no castiga a todos por igual.

El dinero.

Eso era lo que marcaba la diferencia, no los hábitos saludables, la rutina del sueño y los superalimentos.

Era el dinero.

Como decía el dicho: no hay gente fea, hay gente sin suficiente dinero. Otro dicho decía: no eres fea, es que me faltan copas. Y a Loor ya no le faltaba ninguna.

Regresó al salón aliviada y con ganas de escuchar, con el sonido de la cisterna como telón de fondo de una historia que, como el *show*, debía continuar.

—Tú, tenemos que irnos —dijo Bárbara. Había premura en su voz.

—¿Ya?

—Ya. Vamos.

—No me jodas, puta, que no tenemos ninguna prisa. Ahora que me lo estaba empezando a pasar de puta madre. Tenía a este en el bote —dijo Claudia mirando a Salvador—. Ya le había hecho esa broma que tanta gracia nos hace, la de que le voy a dejar que me ponga mirando a Cuenca. Y funcionó, joder, le hizo gracia. Estaba a punto de ganarme su confianza para convertirme en una invitada habitual de estos saraos.

—Bueno, yo me voy ya. La cosa se puede poner fea en cualquier momento y no quiero que me pille aquí. Tú haz lo que quieras.

Claudia soltó un resoplido grave y fue tras ella.

Se subieron en uno de los vehículos contratados por la organización, que formaban en fila a la salida, y se mantuvieron en silencio durante todo el trayecto. Fue idea de Bárbara: «No digas ni una palabra durante el viaje. Te explico todo al llegar a casa». Aunque suponía que, en caso de necesitarlo, esa gente daría con su dirección en cuestión de segundos, le indicó al conductor que las dejase en el intercambiador de Moncloa para despistar. Al llegar, se apearon del coche y esperaron a que arrancase, retomase la marcha y se perdiese de vista. Después cogieron un taxi libre hasta Lavapiés.

Al cerrar la puerta de casa, Bárbara empezó a contar.

Al ver que se abría la puerta que tenía delante, la subinspectora Lorena Galván se sobresaltó. Se tuvo que asomar, echando el cuerpo

hacia un lado, para poder ver la silueta de un metro de altura que se colaba entre la mesa, la silla y las piernas de Claudia.

—¿Qué pasa, enano? ¿Te hemos despertado?

Un niño de unos cuatro años, según los cálculos de Loor, que no era mala para las matemáticas, pero sí para los críos, se incorporó a la conversación.

—El ruido —dijo el niño. La cisterna, pensó Loor. No iba sentirse mal por tirar de la cisterna, y menos en un piso que estaba lleno de mierda.

—No sabía que tenías un hijo.

—Pues ya ves. —Claudia lo acunaba, tumbado sobre su regazo. El niño metió una mano dentro de la camiseta de su madre—. Con él empezó todo.

—¿Cómo se llama?

—Íñigo. Es vasco. El nombre, no el niño.

En el amplio abanico de posibilidades que existen a la hora de elegir un hombre de varón, Íñigo, según Loor, no era la opción más acertada. Pero no lo dijo. Se preguntó si a Claudia simplemente le sonaba bien o si la elección escondía otro motivo, uno de más peso. Se imaginó que no sería el nombre del padre.

—Hola, Íñigo —dijo.

El crío escondió la cabeza en el pecho de su madre. Ese pecho a Loor ya no le parecía en absoluto apetecible. No quería meter la boca en el mismo sitio que esa criatura.

—Venga, vamos a la cama. Mamá está hablando con su amiga.

Claudia se incorporó con el pequeño en brazos. Él protestó, pero aceptó la decisión.

—¿Me pones los dibujos? —La voz era angelical, Íñigo sabía jugar sus cartas.

—Vale, pero solo un ratito. Después tienes que dormir.

Claudia, demostrando una destreza entrenada en la necesidad, se acercó al escritorio que estaba junto a la ventana y mientras sostenía al crío con un brazo, con el otro agarraba un ordenador portátil. Loor imaginó que, seguramente, había preferido gastarse el dinero que costaba el ordenador en alguna otra cosa, pero si se

trata de serenar a un hijo que duerme mal, no puede ni considerarse un sacrificio, es más bien una inversión en tranquilidad.

A los pocos minutos, Claudia regresó al salón con una explicación.

—No me juzgues tan rápido.

—Dios me libre de juzgar a nadie.

—Te veo la cara, te lo he notado desde que has entrado. Ya sé que este no es sitio para criar a un niño pequeño. Normalmente se queda con mi madre, pero hoy tengo la noche libre. Esto ocurre una vez a la semana e Íñigo agradece pasar tiempo conmigo.

—No sé si preguntarte por su padre.

—Pasó lo que te imaginas. Bueno, no lo sé, igual te estás imaginando otra cosa. Ese cabrón nos abandonó antes de que naciese. El día que le di la noticia dijo que no quería saber nada, que era imposible que fuese suyo, ya sabes, toda esa mierda. No soy original ni siquiera para eso. Después me quedé sin curro y... te puedes imaginar cómo sigue la historia.

Loor no dijo nada. Se limitó a sacar otro cigarro, pero se detuvo antes de encenderlo.

—Ahora sí que debo pedirte permiso.

—Puedes fumar, Íñigo está acostumbrado. La única diferencia es tu conciencia.

—Regresemos a la historia: ¿qué pasó cuando llegasteis a casa?

—Ah, sí. El dinero. Falta el dinero.

—¿Qué coño has hecho? ¿De dónde has sacado toda esa pasta? ¿Estás loca? ¿Lo has robado? Nos van a matar.

—Nadie nos va a matar. Nadie tiene por qué saber que lo hemos cogido nosotras.

—Yo no he cogido nada, lo has cogido tú, puta.

Bárbara se subió la falda y sacó fajos de billetes de la cinturilla del tanga. El vestido negro con vuelo disimulaba los cuatro bultos, dos delante y dos detrás.

Y un quinto. Y un sexto. Uno en cada teta.

—Vamos a contarlo. Aquí hay más de cien mil pavos.

Era cierto. Había ciento veinte mil.

—Son billetes de doscientos. —Claudia pasaba los dedos sobre el fajo, como un crupier que baraja antes de repartir—. Joder, creo que es la primera vez que veo uno de estos.

—Pues aquí tienes un huevo de ellos.

Claudia se tumbó sobre la cama de Bárbara, una cama de uno treinta y cinco. Estaban en su habitación, que era más pequeña.

—¿Qué vamos a hacer con toda esta pasta, puta? No podemos gastárnoslo de repente como si fuésemos ricas. Y como se entere el Turco, primero nos lo roba y luego nos mata.

—Nadie se tiene que enterar de que tenemos el dinero. Tú mantén la boca cerrada y ya está.

—¿De dónde lo has sacado?

—Estaba en una caja fuerte en una de las habitaciones.

Claudia puso cara de circunstancia.

—En una caja fuerte. ¿Y cómo la abriste? ¿Eres ladrona de bancos y dejas que cuatro viejos te la metan doblada? Invéntate algo mejor, puta, porque no me lo creo.

—Estaba abierta. Estaba con Durán en la cama y se quedó frito. Lo vi y no me pude controlar. Con esto podemos empezar una nueva vida, tía, lo tengo todo pensado. Mañana voy a quedar con el Nando, voy a provocar una pelea, sé cómo hacer que pierda los papeles, lo dejaremos y me piro de aquí. Lejos.

—¿Adónde?

—No lo sé, tengo que pensarlo aún, pero lejos de aquí, fuera de España. Quiero dejar atrás todo esto, no quiero que nadie sepa que soy puta. Y tú, tía, con la mitad de esta pasta —Bárbara sostenía dos fajos. Uno en cada mano—, puedes irte a un sitio mejor y mudarte con el peque, pagarle un colegio y esas cosas.

Pero Claudia hacia rato que había dejado de escuchar.

—Se te va la olla, tía. No te das cuenta de que cuando Durán se despierte y vea que le falta dinero, va a venir a por nosotras.

—Había mucho más, solo he cogido unos pocos fajos. Es imposible que se dé cuenta.

—No, puta, no es imposible. Y yo tengo un hijo que depende de que su madre siga viva para seguir vivo él, no puedo permitirme que me peguen un tiro en la chota.

—Tranquila, joder. —Bárbara metió dos dedos en el escote del vestido, en el canalillo entre sus pechos, y sacó un *pendrive*—. He cogido también esto. Arreglaste el ordenador, ¿no? ¿Ya funciona?

Claudia asintió y fue a por él.

—Esto cada vez me gusta menos. Como sea algo chungo...

—Como sea algo chungo les tendremos cogidos por los huevos. Si vienen a por nosotras, se van a comer un chantaje de puta madre.

Claudia encendió el ordenador portátil e introdujo el *pendrive* por la ranura de la izquierda. Dirigió el puntero del ratón hasta el icono de almacenamiento externo y lo abrió.

Ante sus ojos se desplegaron varias carpetas, fueron abriéndolas una por una y lo que encontraron superaba sus mejores pronósticos.

O los peores.

Varios nombres: Madrid, Ávila, Cáceres, Edimburgo.

—Edimburgo —susurró Bárbara.

Pinchó ahí. El contenido era escaso: dos instantáneas, dos polaroids escaneadas, dos pies de foto.

En una leyó un nombre que no reconoció, que no le dijo nada: John Black.

Fue la otra la que llamó su atención. El título proporcionaba más información: un lugar, una ciudad, una fecha.

Fettes College. Edinburgh, 1975.

Tres hombres y dos mujeres posaban sonrientes con una botella de *whisky*.

Lo reconoció al instante. No tenía sentido. No podía ser.

Pero era él.

El pelo castaño, la gomina, el jersey de cuello vuelto. Cada detalle la confundía más.

Pero esa sonrisa era inconfundible.

Y más para una hija que apenas la ha disfrutado.

Edimburgo, martes 26 de agosto de 1975

—¿Qué ha pasado? ¿Qué pasa? —Manuel estaba confundido. Trataba de orientarse. No sabía dónde estaba.

—Vámonos, rápido, tenemos que salir de aquí. —Salva le daba bofetadas, golpes cortos, no muy fuertes, para que volviera en sí.

—¿Dónde están los demás?

—Están abajo esperándonos. Vamos.

Manuel se puso de pie y salió detrás de Salva.

Ah, vale. La fiesta, las chicas. Ya se orientaba.

Su amigo le tiraba del brazo, tenía prisa. Manuel obedecía sin protestar, sin entender del todo y se dejaba hacer. Pero al enfocar la vista hacia la salida, vio de reojo la foto bocabajo sobre la mesa, la foto que había sacado Sebas.

—Espera.

Fue un acto reflejo, una idiotez. Cogió la foto y se la guardó en el bolsillo. No por mucho tiempo.

—Dámela, será mejor que la tenga yo. —La voz de Salva no admitía contemplaciones. Manuel obedeció y se la entregó.

Bajaron las escaleras de dos en dos, amortiguando la caída en cada salto para no hacer ruido, para no despertar a nadie. Salva iba delante, Sebas, al fondo, sujetaba la puerta de salida.

—Rápido, rápido, tenemos que irnos ya. —Sebas los animaba con la mano a apretar el paso, como un guardia de tráfico que quiere que los curiosos dejen de mirar el accidente y aceleren para descongestionar la carretera.

—¿Dónde está John? —preguntó Manuel.

Sebas y Salva cruzaron una mirada rápida. Fue más que suficiente para todos.

Los tres se pusieron en marcha y cruzaron la puerta. Pegados a la pared, de puntillas, se dirigieron a su *boarding house*, a sus habitaciones. Al llegar, no se despidieron, no se dijeron nada.

Simplemente cerraron sus puertas y esperaron.

Ninguno consiguió pegar ojo.

El eco lejano de las sirenas de policía los alcanzó un par de horas más tarde. Manuel se asomó a la ventana con el corazón encogido sin entender por qué. Un abismo se abría en su estómago. La incertidumbre. El desconocimiento. La posibilidad.

La mentira.

¡Qué había pasado! ¡Qué habían hecho!

Dos vehículos de la policía de la Central Scotland Police aparcaron en el edificio femenino.

Más sirenas.

Una ambulancia.

Una camilla.

Dos hombres vestidos de blanco avanzaron presurosos hacia la entrada con maletines de supervivencia con máscaras de oxígeno.

Manuel no entendía nada.

Todo le daba vueltas.

Recordaba los bailes, las risas, el alcohol, las caricias, los besos, la lengua pasándole el cartón. Pura diversión, la mejor fiesta de su corta vida.

A partir de ahí todo estaba espeso, nublado, como si se hubiese adentrado en otro planeta, en otro mundo, uno irreal en el que todos se movían como seres invertebrados, como animales que se enroscan y se retuercen y dan vueltas. Sí, vueltas de colores, muchos colores. Sarah, su perfume, la flor en el pelo, la música, la guitarra. Cindy y John y sus bailes. Su forma de moverse, retorcidos, enroscados, como dioses persas que danzan con el vientre.

Y la oscuridad. De pronto la oscuridad.

La nada.

Y ahí estaba, John, desdibujado por el reflejo del cristal de la ventana. Esposado, manos atrás, cabizbajo, escoltado de malas maneras por dos uniformados que le doblaban la edad, obligado a entrar a la fuerza en un coche patrulla.

Arrestado.

Llamaron a la puerta.

—*Downstairs, now*. —La voz firme de la supervisora, una pelirroja con manchas en la cara y malas pulgas.

Los reunieron a todos en una sala angosta forrada de madera, solemne, silenciosa. Sebas y Salva esperaban sentados cada uno en una silla de madera solemne, silenciosa. Les dijeron que se había cometido un asesinato, que dos chicas habían aparecido muertas en su habitación.

Nadie abrió la boca.

Junto a ellas estaba el joven John. «Mr. John Black», dijo el director, el *headmaster*. La policía se lo había llevado como principal sospechoso del doble crimen. Cuando llegaron los agentes, John dormía al lado de una de las dos chicas, que tenía el cuerpo lleno de sangre. Los dos tenían el cuerpo lleno de sangre. La segunda chica estaba en la otra habitación. No respiraba, tenía marcas en el cuello. La habían asfixiado.

Nadie abrió la boca.

—John ha dado sus nombres, ha dicho que estaba con vosotros. Yo les he dicho que era imposible, que estabais en vuestras habitaciones, que somos muy rigurosos con el recuento de alumnos y con la vigilancia nocturna, que somos una institución seria y confiable y que ponemos todos los medios para impedir que se produzcan este tipo de escapadas.

Nadie abrió la boca.

—De momento, hablarán con él, pero luego vais vosotros. Mejor si tenéis una buena coartada.

Así ocurrió.

La policía volvió al día siguiente.

Primero llamaron a Sebas. Su familia había aterrizado esa misma mañana, su padre vestido con el uniforme militar verde, con la bandera de España bordada en una manga, y junto a él otro hombre con traje gris, corbata negra y un maletín de cuero marrón oscuro: un abogado. Después llamaron a Salva. Su familia no había ido, pero los Durán le prestaron el abogado. Por último llamaron a Manuel y junto a él, para su sorpresa, entró también el abogado.

—Tú estate callado y déjame hablar a mí —fue lo único que le dijo antes, durante y después. Ocho palabras, que, aunque estaba convencido de que no había hecho nada malo ni mucho menos matado a nadie, le salvaron la vida.

Dos días después, los tres estaban de vuelta en España. Aterrizaron en Baraja a mediodía y se despidieron, se separaron para siempre.

Pero se volvieron a encontrar.

Por supuesto que se volvieron a encontrar.

34

Madrid, martes 2 de junio de 2026

Manuel Ortiz se arrepentía de un montón de cosas, de otras no.

Pero empecemos por las que sí.

Y por el principio.

Para empezar, se arrepentía de haber movido la cabeza de arriba abajo en aquella habitación del Fettes College de Edimburgo en 1975.

Asentir. Decir que sí. Confirmar. Y callar.

También se arrepentía de haber callado. Habían pasado ya muchos años, más de cincuenta años, ¡qué barbaridad!

600 meses, ¡qué barbaridad!!

18.250 días, ¡qué barbaridad!

438.288 horas.

Y en esas 438.288, cada día de esos 18.250, Manuel Ortiz, a sus casi setenta años, siempre encontraba un momento para recordar lo que pasó, lo que hizo, y arrepentirse.

Ese martes del mes de junio de 2026 lo estaba haciendo sentado en su coche de noche, conduciendo en silencio con las luces cortas puestas y tomando la salida que le indicaba el GPS.

No necesita cerrar los ojos para evocar el momento: el abogado mostrando la foto, deslizándola encima de la mesa, mirándolo a él y a los policías que estaban al frente de la investigación alternativamente. Ahora a ellos; ahora a él. Y diciendo muy claramente en un inglés de clases particulares.

—*Is he John?*

Y era John, por eso asintió.

Y por miedo, por eso también.

Por miedo a meter la pata, a que le declarasen culpable de un asesinato que no había cometido, a acabar en una cárcel de máxima seguridad entre delincuentes poco comunes del norte de las islas británicas. No estaba preparado para eso, para sobrevivir a eso.

La foto estaba borrosa, mal revelada, se acordaba perfectamente. La había hecho él. En ella se veía a un chico negro, una sombra oscura, moviendo los brazos en el aire, sujetando el cuello de una chica rubia. Era el momento de la agresión retratado, inmortalizado. El momento en que John Black perdió la cabeza, se abalanzó sobre ella y la mató.

Solo que no era ese momento, un pequeño detalle que todos dejaron pasar por alto.

Era un baile.

Bailando, estaban bailando.

Manuel detuvo el coche en un descampado. Se recordaba en el sofá, fumando marihuana junto a la otra chica, la morena. Se habían dado algunos besos, lo estaban pasando bien, y recordaba haber cogido la cámara para capturar el momento: el baile.

La foto del baile.

Nunca volvió a ser el mismo.

Después vino todo lo demás: la boda, los hijos... De eso también se arrepentía, claro estaba. De la boda no, fue un día bonito. Había conocido a su mujer semanas después de regresar a España y en poco más de un año la llevó al altar. Le salvó la vida, ella a él.

Nunca la hizo feliz, no fue capaz, no supo cómo. Vivía con una carga que no lo dejaba avanzar y el peso del silencio se solidificó en su espíritu.

El niño nació a los dos años.

De eso sí se arrepentía: del alcohol y las palizas. Y mira que a veces se las merecía, por chulo. Cuando se hizo mayor y corpulento, lo retaba, lo desafiaba, hasta que le hacía perder los nervios y descargaba en él y en su espalda la carga de sus mentiras.

Pero era su hijo, no podía olvidarse de eso, y nunca supo hacer que lo respetase. De la muerte de su mujer prefería no acordarse; ni

se arrepiente ni deja de arrepentirse, simplemente, no se pudo hacer nada.

Se tuvo que ir, no podía seguir con su vida como si nada hubiese pasado y el alcohol ya no lograba aplacarlo. Y Jorge ya sabía defenderse.

Pero se volvió a enamorar, se volvió a engañar, y después vino la niña, Bárbara. La trajeron al mundo y la rociaron de mal fario. Y el destino, tan cruel, tan irónico, los tuvo que cruzar a todos de nuevo.

Manuel sacó una pistola de la guantera, abrió el cargador, comprobó que estaba lleno y lo volvió a cerrar.

Seis balas, le sobraban tres.

Salvador Cuenca movía el pie, la punta del pie arriba y abajo al ritmo de la música. Sonaba un clásico de la Creedence Clearwater Revival: «Travellin' Band», uno de los temas a los que más cariño le tenía. Recordaba con añoranza los años en los que tocaba subido a un escenario junto a un grupo de amigos de la universidad, algo modesto.

Los Mocos, se hacían llamar.

Él era el *frontman*, el letrista, y también tocaba la guitarra. Actuaban en salas pequeñas del centro, Malasaña, Chueca..., en garitos míticos como La Vía Láctea o el Penta durante los años de la Movida. Lo más lejos que llegaron fue hasta Granada.

Buenos, eso la banda. Él llegó a ser internacional, conquistando el mundo *british* y haciendo las delicias del público norteamericano.

¡Qué noche aquella!

Pelos de punta.

No era una metáfora, era literal. Se le erizaba el pelo de los brazos y de la nuca cuando revivía su verano en Escocia. Ahí descubrió de qué pasta estaba hecho, y, sobre todo, de qué pasta estaba hecho su «hermano» Sebastián Durán.

Sus vidas quedaron ligadas para siempre.

Dicen que nada une más que compartir un secreto, y ellos no es que tuviesen un secreto, tenían EL secreto.

Fue todo más fácil de lo que habrían imaginado.

Echar un polvo, perder la virginidad: ese era el objetivo. Con las prisas y la urgencia de las primeras veces, y con dos yanquis, guapas y drogadas, que les daban mil vueltas.

¡Qué más se podía pedir!

Que se dejasen. Eso para empezar. Esas dos sabían latín, latín de California. Salva ya se había imaginado regresando a España cargado con maletas de sabiduría y experiencia, y un montón de anécdotas. Qué mejor sitio para aprender. Todos sus miedos, que no eran más que los miedos típicos de un niñato español de dieciocho años que todavía no ha visto más tetas que las de Bárbara Rey en una cinta erótica que le había cogido «prestada» a su padre del último cajón del último armario de su habitación; todos sus miedos, decía, se quedarían allí, en esa habitación del *college*. Si fallaba, si terminaba demasiado pronto, si no estaba a la altura, nadie se enteraría jamás. Pero podría practicar, ganar confianza y, al regresar a Madrid, sería el Capone de la mafia.

Pero se torció.

Fue Sebastián.

En mitad del beso le hizo un gesto, lo recuerda, para que escupiese el cartón. Fingió que tosía y lo escupió en la mano. Nadie se enteró, estaban todos embriagados de felicidad y destilados. Hasta que fueron cayendo, uno a uno.

Sebas había echado en las botellas de *whisky* unas pastillas para dormir, somníferos o no sé qué sustancia. El muy capullo no le había dicho nada y a él le costó Dios y ayuda mantenerse despierto. Pero el muy canalla lo tenía todo controlado: sabía que, si estaba tocando la guitarra, bebería menos y más despacio. Lo conocía mejor que nadie.

Y luego estaba el negro. Si se hubiese estado quietecito...

Al final estuvo quietecito, quietecito: treinta años le cayeron.

Por no hablar del mierda de Manuel. Se lo habían dicho bien clarito: desaparece. No vuelvas a pensar en esto, no es asunto tuyo. Tú no has hecho nada, no has visto nada. Desaparece y esto también desaparecerá.

Pero fue incapaz.

Aparecía periódicamente, como una alarma olvidada, con su tristeza y su pesar. Se plantaba en algún evento del partido, en algún mitin y ¿para qué? Para que no nos olvidásemos, decía. Que le habíamos jodido la vida, decía. Ese capullo no había entendido nada.

Una voz con muchas eses lo devolvió al presente.

—¿Qué es esto que suena?

Esta chica otra vez.

—Es de mi época, tiene muchos años. Puro *rock and roll.*

—Me gusta.

—¿Estíbaliz, verdad?

—Tienes buena memoria.

—Es atención.

—Pues tienes buena atención.

Cierto, era su gran fortaleza: estar atento a todo, a los detalles. No se le escapaba una. Por eso no entendía lo que acababa de ver al fondo del salón, abriéndose paso entre la gente.

No podía ser.

No era... No, no podía ser.

—¿Ocurre algo? Parece que hayas visto un fantasma.

Salva volvió en sí.

—¿Cómo dices?

—Un fantasma. ¿Crees en los fantasmas?

—En los del pasado sí.

La chica sonrió, y su sonrisa milimétrica logró traerle de vuelta al mundo de los vivos.

—¿Dónde está tu amigo? —le preguntó.

—No lo sé, hace rato que no lo veo. —Marina jugueteaba con un mechón de pelo que le caía por la oreja libre, la que no tenía lenteja —. Se habrá perdido, tiene facilidad para perderse.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿También tienes facilidad para perderte?

—Depende.

—¿De qué?

—De las ganas que tenga. —Marina se estaba dando cuenta de que estaba acelerando y sin frenos hacia un callejón sin salida—. Y

también depende de la hora. Aún es pronto —añadió.

—¿Qué bebes?

—Champán.

—Amén a eso.

Salvador le puso una mano en la espalda, donde terminan las vértebras, un gesto que le había visto hacer mil veces a su «hermano», y que había incorporado a su colección. «Dios los cría y nosotros nos juntamos», solían bromear.

Ella trató de mostrarse inmutable, pero por la garganta le subían unas ganas locas de dar un respingo y darle un manotazo en la muñeca. Se contuvo.

Salva levantó su copa de cristal.

—¿Por qué brindamos?

Era una pregunta trampa, la chica era muy joven, demasiado para él, y él no era como Sebastián: había perdido apetito, garra. Pero le encantaba jugar. Al ver que la chica no respondía acercó su copa a la de ella hasta que chocaron y sonó chinchín.

—Por el tiempo que no vuelve —dijo.

—¡Oh, qué poético!

Bebieron a la vez. Salva se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta del esmoquin. Ahí estaba desde la última fiesta, la del robo, la que salió regular: una pastilla azul. ¿Y si había llegado la hora de tomarla?

—Más tarde, si te apetece —Salva observaba los ojos de la chica, tan pulcros. Le devolvía una mirada inocente, mucho menos verde que la suya—, tal vez podamos subir a la planta de arriba. Hay un par de sitios muy interesantes que me gustaría enseñarte. Creo que te podrían gustar. —Deslizó un dedo por el antebrazo de Marina, desde el codo hacia abajo. Ella no se apartó—. Tengo la impresión de que tú y yo podríamos pasarlo muy bien esta noche.

Marina empezó a notar una gota de sudor que le resbalaba por la frente. Tenía la espalda empapada desde hacía un rato. La simple idea de imaginarse desnuda con ese viejo encima la estaba poniendo enferma. No era una metáfora, era literal: tenía el estómago revuelto. Y si hubiese tenido un termómetro a mano habría podido comprobar que, efectivamente, le estaba subiendo la

fiebre. Se pasaba la mano por la nuca con disimulo, para limpiarse, para secarse. Una gota le caía por la patilla, empezaba a tener los rizos húmedos.

—Cuéntame algo más de ti, Estíbaliz. ¿A qué te dedicas?

Mierda, no lo había pensado. Axel y ella habían repasado mil veces el plan y no habían inventado una vida paralela.

«Piensa, vamos, rápido, piensa».

El silencio se estaba prolongando demasiado. No era una pregunta tan difícil. Tenía que decir algo ya.

La lenteja le habló: «No rompamos la magia».

—No rompamos la magia —respondió Marina casi gritando.

Se había precipitado. Salva soltó una carcajada.

—Pero ¿qué clase de respuesta es esa? La magia, dice.

—Es mejor que no sepamos demasiado el uno del otro. —Marina trató de recuperar su tono más seductor—. Es mucho más divertido, ¿no te parece?

—Es posible. Oye, ¿qué tienes ahí?

Marina notó que su corazón se secaba como un lago en Mercurio.

Dejó de bombear.

Dimitió en su cometido de enviar latido y sangre al resto del cuerpo. Desde luego a su cerebro no estaba llegando nada.

Podía sentir cómo, desde lo alto de la loma, apoyado en la puerta de su Peugeot azul, Axel contenía la respiración.

—¿Ahí dónde? —Fue lo mejor que se le ocurrió tratando de ganar algo de tiempo.

—Ahí. —A Salvador Cuenca le cambió la cara. Estiró el brazo hacia el rostro de Marina.

Hacia un lateral del rostro de Marina. Hacia la oreja derecha del rostro de Marina.

—Esto.

Se cortó la señal.

Mierda.

Axel se montó en el coche y encendió el motor, pisó el acelerador a fondo y el Peugeot salió derrapando con las ruedas traseras,

dejando tras de sí una nube de humo y gravilla.

La habían descubierto.

Por su cabeza desfilaban escenas catastróficas: Marina violada, Marina secuestrada, Marina acribillada a tiros, Marina asesinada, Marina muerta...

Mierda, mierda, mierda.

Tomaba las curvas como si fuese por raíles. A pesar de los neumáticos sin huella y las marchas sin engrasar, las prestaciones de su viejo cacharro azul seguían intactas cuando las exprimían las manos adecuadas: las suyas.

Cinco minutos.

Solo esperaba que Hugo estuviese cerca, que hubiera sido testigo, aunque fuese en la distancia, del peligro que acechaba a su compañera. Que hubiese percibido la amenaza que suponía un tipo sin escrúpulos como Salvador Cuenca con ojos de policía y no de tunante.

Tres minutos.

El teléfono. Lo comprobó. La llamada seguía activa, pero el auricular no devolvía más que ruido, el del transistor mal sintonizado, el del canal codificado. El ruido de «se jodió el plan».

Un minuto.

Axel giró en el último cruce y enfiló un camino de tierra lleno de baches. Se movía al ritmo del coche, como en una atracción de feria mal calibrada. Cruzó la verja de entrada, estaba abierta y a esa hora ya no había nadie en la puerta, tenía que colarse. Se bajó del coche asegurándose de que llevaba el arma en el pantalón, a la espalda, y el seguro puesto. Andando. Se pegó a una pared y trató de ver algo a través de las ventanas. Nada, allí no había nadie.

Mierda.

Decidió rodear la construcción de piedra, acceder por la puerta trasera.

¿Y si cortaba la llamada y volvía a intentar establecer la conexión? Igual simplemente se trataba de un fallo de cobertura, de bluetooth, de wifi...

Yo qué coño sé.

No, no era buena idea.

Si lo descubrían, igual dejaba a Marina en una posición aún más delicada.

Huguito.

Eso, necesitaba a Hugo. Tenía que encontrar a Hugo.

Hugo hablaba muy bajito, pero con el corazón en la mano. En la otra tenía la polla de Antonio.

—Gordi, me está empezando a subir el éxtasis, voy por las nubes.

Estaba arrodillado. Frente a él, el hombre que lo había llevado hasta allí sentado en el sofá de una habitación en la que se habían colado sin que nadie los viese. No necesitaban esconderse para follar, siempre y cuando hubiera mujeres en la habitación. Las reglas no admitían ningún género de dudas: podías besar y tocar a otro hombre siempre que fuese para poner cachonda a una mujer, o porque ella lo había pedido. Las fantasías eran libres, pero las mariconadas no.

Nada de mariconadas.

Eso lo había dejado muy clarito Salvador el primer día.

Antonio lo sabía y lo tenía presente, pero es que, joder, esas manos hacían maravillas. ¿Cómo le decía que no a esas manos de pianista pervertido? Y, además, estaban en la *suite* de Durán. Nadie los buscaría allí, nadie les iba a encontrar allí.

—¿Quieres follarme? —preguntó Hugo

—No, no, mejor no. Sigue comiéndome. —Antonio le cogió la cabeza y la acercó a su entrepierna—. Si entra alguien y ve que te estoy dando por el culo estamos muertos.

—Eso tú, gordi, muerto estarás tú, a mí ni dios me conoce. —Hugo lo miraba desde abajo, con reservas, con lascivia. Le escupió en el glande—. Uf, la tienes más grande y más dura que nunca, joder. Me flipa. ¿Te has tomado algo, eh, cabronazo? —Antonio comprimió una sonrisa.

—Calla, joder, que nos van a oír.

—Nadie nos va a oír, relájate.

—Shhhhhh. ¿qué ha sido eso, lo has oído?

Pasos. Eran pasos. Cada vez más cerca.

Tap tap tap tap.

El sonido de los tacones aproximándose provocó que Antonio se incorporase a trompicones, subiéndose el pantalón con ambas manos mientras buscaba un lugar donde esconderse. Odiaba ese juego, el escondite, desde niño. No se le daba nada bien.

—Será una tía. —Hugo intentaba calmarlo.

—No, no son tacones de mujer, es la suela de unos castellanos, reconozco el sonido, es un tío. Corre, aquí.

Antonio agarró a Hugo de una manga y lo metió en el baño. Solo les dio tiempo a entornar la puerta.

Pero no a cerrarla.

Sebastián Durán estaba satisfecho, anegado por el dulzor de las cosas bien hechas. Brindaba por ello. Pero algo no iba bien: la pajarita. Se colocaba la pajarita del esmoquin una y otra vez. Se le caía por el lado derecho, la levantaba y se le volvía a caer.

No era un tic nervioso, aunque pudiese parecerlo.

Torcida. Estaba torcida.

Y mira que se le habían torcido cosas en los últimos días. Pero ahora, mientras levantaba su copa de champán rodeado de amigos para inaugurar una nueva noche de carne y placer, en su fuero interno brindaba también porque había logrado enderezarlo todo.

Todo menos esa maldita pajarita.

Alivio. Sobre todas las cosas eso era lo que sentía.

Expiraba, soltaba el aire de los pulmones y con el aire se iba el peso. Ya no pesaban una tonelada cada uno. Ya no. Inspiraba, y al volver a llenarlos, por fin entraba oxígeno molecular y no placas de osmio cargadas de miedo.

Sebastián Durán jugueteaba con algo en el bolsillo del pantalón. Lo movía, lo toqueteaba, no lo dejaba en paz: el objeto del deseo, el *pendrive*, lo que tanto le había preocupado. Por fin estaba otra vez entre sus manos, a buen recaudo. Lo había recuperado y no había sido fácil ni barato.

Y no hablaba de dinero precisamente.

Estaba tranquilo, sus manos estaban limpias. Él no había matado a nadie, solo había tenido la idea, eso sí, y había puesto el mecanismo en marcha, el mecanismo de la muerte, eso también. Pero era necesario. Tenía que recuperar el *pendrive* o todo se habría acabado: las fiestas, las chicas, el sexo.

La libertad.

El partido, el dinero, los votos.

El poder.

Subió los peldaños de las escaleras con calma. Con el brazo acariciando el mármol del pasamanos, sin prisas, no como aquella vez, en la que salieron escopeteados escaleras abajo en el College de Edimburgo.

¡Qué noche aquella!

Fue la primera vez, la que cortó la cinta, la que dio paso a todas las demás. Él sospechaba que lo llevaba dentro, muy dentro. Que lo tienes o no lo tienes, pero hasta que lo dejó salir no supo con seguridad quién era: una vez que pruebas las mieles de la posesión, no hay marcha atrás. Esto lo descubriría con el tiempo.

Cruzó el largo pasillo del primer piso y entró en la *suite* principal, la suya. Era preciosa. Varios cuadros, qué digo cuadros, obras de arte originales colgaban de las paredes: un Miró, un Dalí. El chalet había pertenecido a su familia, era una joya, un lujo. Ya no se hacían viviendas así. A la gente le faltaba clase y dinero. Pero a él no: le sobraban las dos.

Abrió la caja fuerte y dejó el *pendrive* al fondo, detrás de los fajos de billetes de doscientos. No había logrado recuperar lo que esa zorra le había robado, pero ya daba igual. Tampoco iba a poder gastárselo

Un sonido lo asustó. Le pareció que provenía del baño, detrás de la puerta que estaba entornada. ¡Qué extraño! Había sonado como si alguien se hubiera caído dentro de la bañera, y el susurro después, mandando callar.

Serían dos.

A saber qué clase de practica sexual estaban poniendo en práctica. Supuso que sería Salva, pero por si acaso iría a

comprobarlo: no más sorpresas, no desde la última vez. No tenía ningún interés en poner más mecanismos en marcha.

—No te muevas, Sebas.

En la oscuridad de la habitación el cañón de una pistola lo estaba apuntado. No tenía la menor duda.

La voz estaba a su espalda, eso también lo tenía claro.

Y no necesitó girarse para reconocerla.

Llevaba mucho tiempo esperándola.

35

—Bárbara se quedó en *shock*. Estuvo ida un rato. Lo último que esperaba era ver allí a su padre.

Claudia empezaba a tener la voz ronca, roma, sin filo. Loor no sabía si era sueño, alcohol o un poco de todo. Y no fue indulgente: aún tenía más preguntas.

—¿Lo conoces?

—¿A Manuel? Claro, pasa mucho tiempo en el barrio.

—¿Y eso por qué? ¿Vive por aquí?

—No, no es eso. Viene a vigilar.

—No entiendo. ¿Viene a cuidar de su hija en la distancia? ¿Como un ángel de la guarda? No es lo que tenemos entendido.

Loor se arrepintió de haber condicionado a su interlocutora, era de primero de Axel: déjalos que hablen, vayan por donde vayan. Tomó nota mental para no volver a cometer el mismo error.

—Bueno, yo no diría tanto, pero le gustaba controlar dónde se metía Bárbara y con qué gente se juntaba. Algo le debió de pasar cuando era pequeña...

—¿Algo como qué?

—No lo sé, Bárbara nunca hablaba de eso. Un día se le escapó un comentario borracha, como si la hubiesen violado o algo así, pero yo no pregunté, porque, además, ¿cuántas pueden decir que no han abusado de ellas, eh? —Loor no contestó—. Bueno, pues Manuel la vigilaba. Vigilaba que no le pasase nada. No podía obligarla a dejar la prostitución, aunque lo intentó, así que se limitaba a cuidarla a su manera.

Tenía sentido. Loor recordó la foto en la que Bárbara estaba tomando algo en Savas, la última foto de ella con vida, y comprendió que la había sacado Manuel, que esa noche la estaba vigilando y al

verla con un hombre tan mayor tomando algo decidió sacarles una foto, quizá para estudiarla luego y ver si descubría quién era ese tipo. O quizá sospechaba el peligro que corría su hija. Ahora le preguntaría por ello.

Claudia sacó a Loor de sus elucubraciones.

—Este es un barrio mucho más seguro y tranquilo de lo que pueda parecer. Pero es eso. Que no lo parece.

—No creo que vosotras, con vuestra vida, estéis seguras en ninguna parte.

—De alguna forma, en eso nos parecemos.

—Solo que yo llevo un arma. ¿Qué pasó después?

—¿Te refieres a después del *shock*? —Loor asintió—. Yo me fui a dormir, y cuando me desperté por la mañana, ella ya se había ido. Bárbara es... — Claudia se detuvo. Una nube negra se posó sobre su mirada—. Era una chica con muchísima energía, y cuando se le metía algo entre ceja y ceja, no paraba hasta conseguirlo.

—¿Y ya no la volviste a ver con vida?

—Sí, esa noche. Se pasó el día fuera, ya me había advertido de que tenía muchas cosas que hacer. Quería dejarlo todo bien atado. Empezó por lo más sencillo y se fue a ver al Nando. No sé qué se inventaría, pero me contó que habían tenido movida y que había saltado chispas. Que el otro perdió la cabeza y se puso violento. Vamos, que salió todo a pedir de boca.

—¿No le tenía miedo?

—¿A ese? Cero. Ese es un perdedor, se le va la fuerza por la boca. O sea, alguna hostia también suelta, pero más a la pared y esas cosas. Él estaba enamorado de Bárbara hasta las trancas, pero cuando se enteró de que su novia pasaba ya más tiempo pensando en la siguiente fiesta que en la calle, supo que la había perdido. Se frustraría igualmente, pero no le pudo pillar por sorpresa. No me contó más detalles, pero conociéndola, lo habrá manipulado para que fuese él quien tomase la decisión. Le habrá puesto celoso, le habrá calentado la cabeza, y él le diría que no quería volver a verla nunca más. No hay nada más típico. Es increíble lo tontos que pueden llegar a ser los hombres.

Loor no le puso ni un pero a esa afirmación.

—¿A qué hora regresó?

—De madrugada. No sé exactamente, sobre las dos o las tres.

—¿Te dijo qué más había estado haciendo?

Había llegado el momento de preguntar por la foto. Loor sabía que Bárbara había estado tomando algo en Savas, pero no sabía si la víctima había compartido esa información con su compañera de piso.

—Venía de tomar algo aquí al lado, en un garito donde sirven cócteles. Es curioso, la había citado Salvador Cuenca, y fue. Yo no sé si habría tenido ovarios suficientes para aparecer con una sonrisa y mentirle a la cara. Pero ella mentía mucho mejor que yo, era muy buena.

Así que el último en ver a Bárbara con vida había sido Cuenca. Quizá entonces Manuel lo había reconocido e hizo la foto para poder involucrar a la UCO. Sí, eso también tenía sentido.

—¿Te contó de qué hablaron?

—Pues de lo que te puedes imaginar. Me dijo que la había amenazado, pero con mucha elegancia y con muchas indirectas, como es él. Ese tío es un seductor, da igual la edad que tenga, o quizá precisamente por eso se nota que tiene muchos tiros pegados. Te está diciendo que tengas cuidado y da la sensación de que quiere acostarse contigo. Según le dijo, sabían que había cogido el dinero, aunque me parece evidente que lo que más les preocupaba era lo otro. Le dijo: «Sabemos que tienes algo que nos pertenece y queremos recuperarlo. Dinos qué quieres a cambio».

—Desde luego, es una bonita forma de amenazar a alguien, muy clásica —dijo Loor—. Se nota que son mayores y que son políticos.

—Bárbara lo negó todo, claro. No era imbécil. Le dijo que no sabía de qué le hablaba y que ella no tenía nada.

—Y no la creyó.

Claudia torció el morro.

—Va a ser que no. Con lo que sigo flipando es con que Bárbara no estuviese nerviosa cuando apareció por casa, pero es que ni un poco. Parecía que lo tenía todo controlado. Entró, dejó las llaves en la entrada, nos fumamos un piti, recogió sus cosas..., como un día cualquiera. Luego me insistió, por última vez, en que me fuese con ella. —Hubo un silencio. Loor lo respetó. La miraba a los ojos,

desprendían una tristeza endógena—. Me lo pensé, no te voy a engañar, y durante medio segundo me imaginé siendo feliz lejos de aquí. Pero era imposible. Como has podido ver, tengo otras obligaciones. —Claudia trató de sonreír—. Así que hizo una bolsa, metió algo de ropa, sus cosas, cogió la pasta, el *pendrive* y se fue.

—¿Te dijo a dónde iba?

—Sí, a Edimburgo. Mientras preparaba todo, le escribió a su hermano, bueno, hermanastro. Es poli, como tú.

—Sí, lo conozco bien.

—Iban a verse allí. Supongo que seguía dándole vueltas a lo del padre y quería saber más, no lo sé. El caso es que nunca llegó. Esos cabrones debían de estar esperándola escondidos en alguna parte. Y cuando vieron que se piraba con una bolsa, lo tuvieron claro.

—¿Quién crees que la mató? —Loor estuvo tentada de dar algún nombre como opción, pero había aprendido la lección: primero de Axel, no condicionar.

—Si te refieres a quién apretó el gatillo o lo que fuese, no lo sé. Supongo que Cuenca, ya estaba por el barrio, aunque igual contrataron a alguien. Pero Durán está metido en el ajo. A mí me pareció que era el jefe.

—¿Y Manuel? Si salía en la foto con ellos, igual eran amigos. O algo peor, socios.

—Imposible.

—¿Por qué? ¿Qué relación tenían Bárbara y él? ¿Se veían a menudo?

—Nunca. O casi nunca. Es decir, él la veía a ella y ella hacía como que no se daba cuenta. Pero quedar, no quedaban.

—Ya.

Claudia se puso de pie.

—Espera aquí. Ahora vuelvo.

Se metió en su habitación con sigilo, de puntillas, abriendo la puerta con suma delicadeza. De fondo se escuchaba el rumor de las voces dobladas de una serie de animación. Loor aprovechó para volver a encender un pitillo que había dejado a medias en el cenicero. Era un mazacote de cristal, muy pesado.

—Ten.

Claudia portaba una bolsa de deporte negra, llevaba escrita en gris la palabra Kipsta. Loor no conocía esa marca. No parecía muy cara. Con esa bolsa no dormías al niño.

—¿Qué es?

Claudia no contestó. Loor tiró de la cremallera y se asomó para comprobar que allí descansaban desordenados varios fajos de billetes de doscientos euros enrollados con una goma.

—Es mi parte, unos sesenta mil euros. Llévatelos, no los quiero.

—¿Te da miedo que vengan a buscarlos y que hagan contigo lo mismo que con tu amiga?

—No, ya no. De haber querido, ya lo habrían hecho. No vivo aquí encerrada, sigo yendo a trabajar con normalidad, bajo al súper... Yo creo que lo que querían recuperar ya lo tienen. Pero quiero vivir tranquila, no quiero tener que mirar atrás cada vez que baje al parque con el crío. —El llanto brotó de repente—. Y ese dinero me recuerda a lo que pasó. Me pone muy triste.

Loor no reaccionó. Como ella, Claudia no parecía la típica persona que dejase escapar sus emociones con facilidad. Y pensó que, como a ella, no le gustaría demasiado que la tocasen. Le mostró una empatía silente y se puso de pie.

—No puedo llevarme eso, forma parte de la investigación, puede considerarse una prueba. El procedimiento indica que tienes que llevarlo a la comisaría más cercana y hacer una entrega voluntaria.

—No pienso salir de esta casa con el dinero. Como bien has dicho, la principal diferencia entre tú y yo es que tú vas armada.

Loor se acordó de Abdel, de su reticencia a ofrecerle una protección que no podía garantizar. Pero esto era distinto: a Claudia se lo había prometido, no quería acarrear con más víctimas inocentes.

Y, además, tenía razón: era peligroso.

—De acuerdo, avisaré a mis superiores y enviarán a alguien a recogerlo.

Claudia la miró como Sonny Liston a Muhammad Ali la noche del 25 de mayo de 1965 en el cuadrilátero del Central Maine Youth Centre de Lewiston.

Derrotada.

Loor se subió al primer taxi libre que encontró. Tenía la dirección del chalet y, para mayor seguridad, Axel le había enviado su ubicación en tiempo real por WhatsApp. Sabría donde estaría exactamente durante las próximas ocho horas, y no habían consumido más de tres.

Se sentó y se ajustó el cinturón. Miró a un lado, al asiento. Allí, pero sin cinturón, viajaba la bolsa del dinero. Axel no se iba a alegrar ni a poner contento, ni la iba a felicitar, pero qué narices, él habría hecho lo mismo. Ahora mismo podrían acusarla de robo, hurto, apropiación indebida. Pensó en meter la mano y guardarse uno solo de los fajos, unos veinte mil euros. O quizá no le hiciese falta tanto, podía sustraer unos cuantos billetes, cinco mil euros para tapar unos agujeros.

No. No iba a coger nada, pero si alguien la acusaba y decía que en esa bolsa había más dinero, que era una ladrona, tampoco podría demostrarlo. Era su palabra contra la palabra de otro. Ella era poli, su palabra valía más. Pero la sombra de sospecha que recaería sobre ella no le apetecía nada. No era precisamente la persona más popular de la oficina ni la que gozaba de mejor reputación.

—Tengo algo de prisa. ¿Podría apurar un poco si no es molestia?

—Señorita, hago lo que puedo, son calles de un carril. Le sugiero que se compre una moto si no quiere sufrir los atascos del centro.

Menudo anormal. Siempre le tocaban a ella los tíos más tontos de la ciudad, era un hecho.

Aunque prisa prisa, no tenía.

Había seguido su corazonada y no había ido como esperaba. Tampoco mal, no era eso. Se había imaginado saliendo de esa casa corriendo, poseedora de una información tan sensible que quemase, que no pudiese esperar, llegando al chalet y modificando el curso de los acontecimientos con la llave que encerrara a los culpables para siempre entre las cuatro paredes de una celda estrecha: «Soltadlo, no ha sido él. Yo sé quien mató a Bárbara Ortiz». Según su película, se quedarían todos boquiabiertos y ella por fin habría resuelto un caso a gran escala, de relevancia nacional, con gente muy poderosa implicada.

Pero no. Eso no iba a pasar.

No estaba decepcionada, eso tampoco.

Había obtenido mucha información útil para desenredar el caso y poder elaborar una acusación firme. Si todo iba según lo previsto, a esa hora Marina y Hugo ya habría logrado recabar alguna prueba, algo sólido sobre lo que construir un informe. Y ella tenía más que de sobra para apretar las tuercas en un interrogatorio. Lo compartiría antes con Axel, seguro que él sabría cómo hacerlos saltar.

—Salga de aquí, anda. Vayamos por los túneles, aunque sea más largo. No soporto estar parada con este calor.

—Puedo subir el aire acondicionado si lo desea.

—Me conformo con el aire de los túneles, gracias.

Quería llegar ya y vomitarlo todo. Seguro que Axel se alegraba de verla. Tantas horas quieto, escuchando en la distancia, sin poder actuar, sin ser protagonista... Debía de estar muerto de aburrimiento.

Al fin encontró una puerta. Estaba cerrada. Axel se debatía entre llamar y esperar que alguien le abriese y después ver qué se le ocurría, porque siempre se le ocurría algo.

Hasta el día que me quede en blanco y a tomar por el culo todo.

O esperar a que alguien saliese y entrar con confianza, como si fuese un trabajador más.

Con estas pintas, ¡tú te has visto!

Se había visto. Ese era el problema.

Ni esmoquin, ni pajarita, ni una mísera camisa. No lo había pensado bien. Se maldecía por no haber previsto ese escenario de emergencia con la suficiente convicción. El maldito optimismo, casi enfermizo, que lo acompañaba siempre. Sin Loor para poner el contrapunto cenizo se había relajado. Se miró las zapas blancas con el aspa roja, los vaqueros gastados, la camiseta gris humo que le quedaba grande.

Joder, la verdad es que voy de cojones.

Pero no para brindar en una fiesta de gala con la alta alcurnia madrileña. Eso lo tenía claro.

No podía esperar más tiempo. Levantó el brazo y cogió impulso para golpear la madera con los nudillos. Pero antes de que que contactase su mano con la puerta... Milagro, la puerta se abrió.

Un cincuentón, casi sesentón, se asustó.

—¿Usted quién es y qué hace aquí?

—Gracias a Dios, soy el repartidor de hielo. He salido un segundo para...

Para qué si no tienes hielo, burro.

—Es igual..., no quiero aburrirle. El caso es que la puerta se ha cerrado y me he quedado encerrado aquí fuera...si es que eso tiene sentido, jeje. —Axel soltó una risa nerviosa.

¿A qué espera este tío para interrumpirme?

—No se preocupe, los fumadores siempre encontramos alguna puerta trasera por la que colarnos para darle al vicio. ¿Quiere un cigarro?

Los fumadores, qué gente tan oportuna.

—Me encantaría. —Axel colocó un pie entre la puerta y el marco —. No se preocupe, yo la sujeto. No volveré a cometer el mismo error. Usted fume tranquilo.

—Gracias.

El hombre sacó un mechero del bolsillo de la chaqueta y encendió el cigarrillo. No era demasiado corpulento, uno setenta y cinco o setenta y seis como mucho. Ochenta kilos. Chaqueta ajustada.

Es perfecto.

—Es perfecto.

—¿Cómo dice?

Mierda, lo he dicho en alto, soy gilipollas.

—Este momento, de noche, al aire libre, cuando das la primera calada. Es el momento perfecto.

El hombre empezaba a mirarlo con desconfianza. Axel supuso que estaba en duda su sexualidad o algo peor, su puesto de trabajo.

Axel, con el pitillo entre los labios, se acercó a la llama. Cuando hizo el gesto de la cortina con las manos para proteger el fuego del viento, le agarró las manos.

Dio una calada. Tosió. Y con un movimiento aprendido en las clases de defensa personal a las que se había apuntado en la

Academia, lo inmovilizó, lo golpeó, lo dejó inconsciente y lo agarró por las axilas. Tiró de su cuerpo arrastrando las piernas por el suelo y lo metió en el cuartucho por el que había salido.

No estaba orgulloso.

Pensó en Maquiavelo y abrazo su discurso.

—Lo siento, amigo —susurró—. Vas a ser un héroe aunque aún no lo sepas, pero no envidio el dolor de cabeza que tendrás al despertarte.

Marina no quitaba la vista del suelo, como un rastreador de metales en el desierto, pero sin rastreador. No sabía dónde se había caído, con eso no habían contado. Se preocuparon tanto de sus nervios, de que se le notase, de que no se le notase, de que no supiese disimular si le hacían alguna pregunta incómoda o alguna proposición indecente, y mira por dónde todo eso lo estaba controlando a las mil maravillas.

El sudor.

Ella sudaba. Sudaba mucho. Y no siempre con motivo.

Sudaba en la cama, sudaba durmiendo, sudaba follando, sudaba en la bici de *spinning*, sudaba en yoga.

Sudaba.

Y no le gustaba sudar.

No por la sensación, sino porque le daba vergüenza. Para ella el sudor era algo desagradable, antihigiénico. Y aunque su sudor no olía mal, no quería que nadie lo supiese. Quería ceñirlo a lo estrictamente necesario.

Por eso no lo dijo.

Y cuando estaba nerviosa, madre mía..., sudaba como un pollo: por las patillas, la nuca, el pelo, las orejas.

¿Y dónde llevaba la lenteja? En la oreja.

«Muy bien, Marina —se dijo a sí misma—. Lo estás haciendo de maravilla. Estás sudada que das asco, has desactivado a tu jefe y no tienes ni la menor idea de donde está el aparatejo ese».

—¿Estás bien, Estíbaliz? Pareces preocupada por algo. —Salvador Cuenca se mostraba cada vez más amable. Ya le había retirado un

mechón de pelo sudado sin su permiso.

Marina de amable tenía poco ya. Se había apartado de él unos centímetros, la distancia de seguridad, no le fuese a coger la mano otra vez y tuviera que ver cómo se iba al baño de inmediato a lavársela con detergente. O peor, cómo se las secaba en el pantalón disimuladamente.

—Estoy bien, gracias, pero me falta alcohol. ¿Por qué no vas a por una copita de champán?

Salvador la miró con un inevitable aire de superioridad, con cara de «tú no sabes aún con quien estás hablando».

—Será mejor que el alcohol venga a nosotros, querida.

Salvador le hizo un gesto a uno de los chicos que portaban bandejas para que se acercase. Marina aprovechó para pasarse la mano por la espalda y desaguar la capa de líquido que seguían produciendo sus glándulas sudoríparas. Esas malnacidas estaban trabajando a todo tren. Cuando levantó la vista para recoger su copa, no se podía creer la imagen que le devolvieron sus ojos: el camarero, con un traje que le quedaba corto y grande, un desastre.

Un milagro.

—¡Axel!

Cuando le preguntaron, no sabía con certeza si solo lo pensó o si lo dijo en alto.

Axel.

Allí estaba sujetando una bandeja con champán. No tenía el más mínimo sentido.

No importó.

Fue en ese momento cuando sonó el primer disparo.

—Te salvamos la vida, imbécil, ¿es que no lo ves?

Sebastián Durán intentaba parecer calmado, con la situación bajo control, pero el que llevaba un arma no era él, y a quien estaban apuntando, sin embargo, si era a él.

—Me la jodisteis, me jodisteis la vida. Fuisteis vosotros quienes matasteis a aquellas dos chiquillas y quiero saber por qué.

—Estás desvariando, Manuel. Anda, baja el arma y hablemos como dos adultos.

—¿Como hablamos cuando nos preguntaron qué había pasado, igual de adultos? Callamos como putas, Sebas, como putas y le jodimos la vida a aquel niño.

—¿Y qué querías que hiciéramos? Estábamos en Edimburgo, lejos de casa, más solos que la una. ¿Qué querías, que confesáramos y pasáramos media vida en la cárcel? No habríamos sobrevivido. Y si lo hubiésemos conseguido, nuestra vida habría sido una mierda. Seríamos delincuentes. Mira al negro, busca en Google. Salió de la cárcel y se convirtió en uno de los líderes de una organización de crimen organizado, un puto gángster. Eso te pasa cuando vas a la cárcel. Ese ambiente te transforma. Y nosotros no valemos para eso, Manuel.

—No te creas mejor que él. —Manuel estaba rojo de ira—. Mírate. Te crees un hombre de éxito, un tipo al que le ha ido bien en la vida y no eres más que un criminal.

—Pero qué me estás contando, Manuel, qué me estás contando. Por supuesto que soy mejor que ese negro. Y para tu tranquilidad, aunque hubiésemos confesado, John se habría venido al trullo con nosotros. O te crees que iban a salvarle el culo a un negro de mierda. Estaba sentenciado. Les dejamos creer lo que querían creer y te salvamos la vida, pero no quieres verlo.

—¿Por qué las matasteis? Quiero saberlo. Le he dado muchas vueltas y no consigo entenderlo. Se suponía que lo estábamos pasando bien.

—Manuel, ha pasado mucho tiempo. Si te digo la verdad, no me acuerdo.

—¿Fuiste tú?

—O Salva, ¡qué más da!

—¿Y a Bárbara? —Manuel agarró la pistola con las dos manos—. ¿Qué os hizo que fuese tan grave para que la mataseis y de esa forma?

Sebastián levantó las cejas. Su sorpresa parecía genuina.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Era mi hija, Sebas, matasteis a mi hija.

Durán hizo una mueca fugaz. Sus facciones se endurecieron.

—¿Esa era tu hija? ¿Esa puta?

Manuel cerró los ojos y respiró hondo. Le hervía la sangre, solo quería acabar de una vez, pero aún no había conseguido toda la información.

—Yo ahí no tuve nada que ver, habla con Cuenca. Ninguno de los dos sabíamos que se trataba de tu hija. Pero vamos, sin ánimo de molestar, te digo que ella solita se lo buscó, por puta y por ladrona.

—Cuidado, Sebas, ten cuidado.

—Es la verdad.

—¿Me estás diciendo que la matasteis por dinero, hijo de puta? No me lo creo. Os conozco, sé cómo de podrida tenéis el alma, no os arriesgáis por un puñado de euros.

—Tienes razón, no fue por dinero. —Sebas desvió la vista hacia la caja fuerte. Seguía abierta—. ¿Por qué no dejas ya este cuento? Yo también conozco tu alma, Manuel, y te faltan agallas para disparar.

Manuel se acercó a la caja fuerte y miró el *pendrive*.

—¿Qué hay en ese chisme? —Sebastián lo cogió—. Déjalo ahí.

No le hizo caso.

—Aquí hay más putas como tu hija, muchísimas. Y algunas incluso más tiernas que aquellas dos yanquis. ¿Te acuerdas? ¿Cómo se llamaban? Tú te querías follar a la rubia,¿verdad? Estaba buena, estaba muy buena. Pero resulta que al final, me la foll...

El disparo retumbó en toda la casa. La bala atravesó la piel, se hundió en la carne, perforó dos costillas y se alojó muy cerca del corazón, varios centímetros más abajo de donde Manuel creía estar apuntando.

El inspector Nash lanzó la bandeja al aire y salió como una centella escaleras arriba, donde aún retumbaban los ecos de la detonación. El murmullo inicial en la planta de abajo dio paso al caos. Se sucedían los gritos y los invitados chocaban mientras buscaban la puerta de salida con desesperación. Salvador Cuenca intentó arrancar detrás del camarero, pero trastabilló accidentalmente con el zapato de Marina, un zapato que estratégicamente estaba colocado

delante de él. Como haría un central canchero con el delantero rival, que inicia un desmarque antes de que se lance el córner, el anfitrión cayó al suelo y a la agente de policía no le resultó complicado subirse a horcajadas encima de él e inmovilizarlo.

—No te muevas, guapo.

Si en algún momento se había imaginado cabalgado por aquella chica tan joven, su deseo se había cumplido.

«Ten cuidado con lo que deseas» era su gran frase, la que empleaba siempre para amenazar. Debió aplicarse el cuento.

Axel no estaba para cuentos. Llegó a la habitación del fondo sin resuello, con las pulsaciones percutiendo en todos los puntos de latido.

—Baja ahora mismo el arma. —La pistola le apuntaba directamente a la cabeza; Axel apuntó al pecho—. Manuel, baja el arma, no hagas ninguna tontería.

—Vete de aquí, aún no he terminado.

Manuel buscaba algo detrás del inspector Nash. Su mirada lo traspasaba, como si su presencia no fuese más que una incomodidad.

—¿Dónde está el otro?

—¿Qué otro? ¿A quién buscas?

—Al otro. —Había desesperación en su voz—. El que no pinta nada aquí eres tú. ¿Por qué no bajas las escaleras y me dejas terminar lo que he venido a hacer?

—No, Manuel, esto se ha terminado, no me obligues a disparar.

Manuel se llevó la pistola a la sien.

—¿Quieres hacerlo tú? Adelante.

Joder, ¡Vaya jaque mate!

A un lado, junto a la caja fuerte, el cuerpo sin vida de Sebastián Durán yacía tirado en el suelo con un brazo estirado sobre el parqué. El otro quedó aprisionado por su propio cuerpo en la caída. Un charco rojo, casi negro, de sangre espesa ampliaba su sombra. Axel se fijó en que Manuel se había salpicado los zapatos.

—Suelta el arma, Manuel. No voy a volver a repetírtelo.

—Me voy a pegar un tiro.

No te lo vas a pegar. Si no, ya te lo habrías pegado en lugar de advertirme.

—Déjalo, Manuel, no merece la pena. Ya has hecho justicia, a tu manera, pero has conseguido lo que querías. Ahora baja el arma y vamos a hablar. Cuéntanos qué le pasó a tu hija. Si tú también te vas, nunca sabremos qué es lo que realmente ocurrió.

—Me lo quitaron todo. Todo. Yo era un chaval feliz. Primero me quitaron la alegría de vivir y después lo que más quería. Qué he hecho, Dios, qué he hecho...

Axel no sabía si se refería a su desgracia como padre o al asesinato que acababa de cometer, si eran remordimientos o lamentaciones.

—¿Qué he hecho para merecer esto?

Ya decía yo.

—¿Sabes?, cuando tuve mi primer hijo, pensé que saldría adelante, que por fin tenía un motivo para volver a ser feliz. Pero ese niñato me las hizo pasar canutas. Tan listo, tan fuerte, siempre lo sabía todo, siempre lo hacía todo bien, siempre llevándome al límite.

El puto Bruce Willis, qué me vas a contar a mí.

—Pero cuando nació Bárbara todo fue diferente: era un ángel.

Bueno, a ver...

—Y también me quitaron eso.

Axel iba dando pasos muy pequeños en dirección a Manuel, avanzando como un leopardo entre la vegetación en época de lluvias. Con sigilo. Con cuidado. Muy despacio.

—No des un paso más. ¿Crees que no me he dado cuenta?

Axel bajó las manos, con las palmas mirando hacia el suelo, sin soltar el arma.

—Vale, vale, vale. Vamos a estar tranquilos. —Desvió la mirada hacia el cadáver del político—. ¿Por qué no me hablas de Durán?

Manuel escupió sobre el cuerpo inerte. La flema se adhirió como una babosa a una manga del esmoquin.

—Escoria —fue lo único que dijo. Siete letras que salieron de su boca rasgando las cuerdas vocales. Áridas. Inhóspitas—. Estamos mejor sin él. Era un violador. Un asesino de mujeres.

—¿Mujeres? ¿En plural?

—Haz tu trabajo. Yo ya he hecho el mío.

El disparo pilló a Axel desprevenido. No reaccionó, se quedó petrificado como una estatua de sal.

Nada de gritos, de abalanzarse sobre el arma.

Nada de gritar «¡Nooo!», ni siquiera «¡Manueeel!».

No hubo heroicidad. No hubo épica.

Manuel se voló la tapa de los sesos a dos metros de él.

No pudo hacer nada.

Y ya no había nada que hacer.

36

Axel seguía apoyado en el marco de la puerta, cabizbajo, maldiciendo la tormenta que se había desatado y dándole vueltas a cómo coño salir de esa situación. De todas las leyes habidas y por haber, solo habían respetado una.

Puto Murphy.

Y es que todo lo que pudo salir mal, salió mal.

Vaya chocho, la Virgen.

Una voz amiga, eso necesitaba, y acababa de llegar.

—Hostia, ¿y ese traje? Te queda raro.

Loor paseaba la vista por los charcos de sangre, de uno a otro. Primero vio al padre de Bárbara en el suelo, sujetando una pistola en la mano derecha, y después a Durán, sin pistola en la mano derecha ni en la izquierda, pero igual de muerto.

—Llegas justo a tiempo, Loor.

—Se ha liado pero bien liada, ¿no?

—Algo así.

—¿A cuántos te has cargado tú?

—A los dos, me tenían hasta la polla.

—Ya era hora, estaba un poco harta de ser siempre yo la que apretaba el gatillo. ¿Cómo ha sido? ¿Se pudo evitar?

Sí, claro que se pudo evitar, siempre se puede evitar. Si estás quietiño se puede evitar, pero otra vez tuve que tener una idea.

—El padre de Bárbara se ha cargado al político y luego se ha pegado un tiro. Cuando he llegado, Durán ya estaba muñeco y el otro no me ha hecho ni puto caso.

—Pues ya está. ¿Hay testigos?

—Más o menos.

—¿Hugo puesto hasta las cejas o Marina acojonada?

—Hugo. Está fuera, tomando el aire. Será mejor que ningún jefe lo vea así.

—Nunca miran para nosotros, no sé por qué va a ser diferente.

—Se me ocurren un par de razones como tu cabeza de grandes. —Axel miró a los dos cuerpos tendidos en el suelo.

—Por eso solo van a ir a por ti, puedes estar tranquilo.

—Siempre tan reconfortante. —Loor se encogió de hombros.

—Vamos fuera —dijo la subinspectora—. He visto tu coche ahí tirado. Tengo mucho que contarte, y cuanto más sepas, mejor va a ser tu coartada.

Entre sirenas, luces, ambulancias y altos cargos de la policía, con el perímetro acordonado y la prensa amontonada tras una cinta amarilla, Axel y Loor estaban de pie a cincuenta metros del Peugeot y mantenían una conversación de altura.

—En el baño encerrado con un fulano, ¿te lo puedes creer? Dice que lo escuchó todo y que Durán confesó el crimen de Bárbara. Al parecer, lo hizo Cuenca. No la mataron por celos ni por amor, ni se les fue la mano en una violación grupal: se la cargaron por ladrona.

—Eso mismo dice su compañera de piso.

—Es bueno que coincidan las versiones. ¿Se llevó bastante pasta?

—Sí —afirmó Loor—, aunque el dinero, al parecer, es lo de menos. Les había birlado un *pendrive*, una memoria USB con fotos y vídeos de prostitutas y niñas pequeñas. Se grababan abusando de ellas.

—¡No jodas, qué puto asco, Dios! ¿Quiénes?

—Durán y Cuenca sobre todo, aunque imagino que habrá más gente implicada.

—¿Y Manuel qué pinta en todo esto?

—Edimburgo.

—¿Qué pasó en Edimburgo? Hugo me dijo que Durán y Manuel estuvieron hablando de Edimburgo, de un negro y no sé qué más. Pero no entendió bien y yo directamente no entendí nada.

—Está todo en el *pendrive*. El problema es que cuando mataron a Bárbara lo recuperaron con parte del dinero.

—¿Y la otra parte?

Loor forzó una sonrisa y se encogió de hombros.

—Vamos al coche. Tengo algo que enseñarte y me parece que te vas a cabrear.

—No me veo capacitado para enfadarme, no tengo tantas fuerzas.

Cuando llegaron, Loor pegó la frente a la ventanilla y animó a su compañero a hacer lo mismo.

—¿Ves esa bolsa? —Estaba semioculta en el suelo, detrás del asiento del copiloto.

—¿Eso qué coño es y qué hace ahí?

—Te dejaste el coche abierto por las prisas, supongo.

—De las dos respuesas que tienes que darme, esa es la que menos me interesa.

—Hay sesenta mil pavos. Es parte del dinero que se llevó Bárbara.

Pues sí que me quedan fuerzas para cabrearme, fíjate tú.

—¡Qué buena noticia, subinspectora! Esto solo mejora las cosas. Pero algo me dice que ese dinero no es para mí y que no me lo puedo quedar, así que supongo, supongo, eh, que tiene que haber alguna explicación.

Loor se lo explicó. A cada frase que salía de su boca, Axel parecía más preocupado.

—A ver si lo he entendido bien: has sustraído un montón de dinero robado de la vivienda de una persona asesinada y te lo has llevado sin haber entrado con una orden de registro, lo has traído hasta aquí y por arte de magia ahora ese dinero está en mi coche esperando para que asuntos internos lo encuentre y nos expediente, nos quiten la placa y la pistola y nos abran una investigación que sabe Dios dónde puede acabar, pero quizá con nuestros hermosos culos en un lujoso calabozo.

—Hay que ver cómo eres cuando te pones tremendista. Y, además, yo no he «sustraído» nada. Ese dinero me lo ha dado Claudia, no lo quería y la podían matar. ¿Qué debía hacer, dejarlo allí?

—Eeeeh, ¿sí? —Los aspavientos de Axel animaban a pensar que estaban discutiendo. El inspector caminaba en círculos pequeños.

Me quiero ir a mi puta casa, es lo único que quiero, meterme en la cama y no despertar jamás. Pero quién me mandó a mi meterme a

poli, con la cantidad de profesiones tan bonitas que hay ahí fuera. Joder, joder, joder.

—A ver, repíteme lo del *pendrive*. ¿Qué dices que había en él? —Loor se lo volvió a contar —. O sea, que si lo encontramos y lo metemos en un ordenador y lo abrimos aparecerá material para que arda Troya durante semanas.

—Durante años.

Axel sacó algo del bolsillo.

—¿Te suena que sea este?

Loor le dio un abrazo. Si alguien estaba siguiendo la escena, pensaría que esos dos polis estaban como maracas.

—¿De dónde lo has sacado?

—Hugo. Al salir del baño me dijo que lo buscase, que ahí estaba todo. Me costó encontrarlo. Lo tenía Durán en una mano atrapada debajo del cuerpo.

—Ese chaval es un genio. ¿Dónde está?

—Ya te lo he dicho, va por las nubes, lo he mandado a tomar el aire. —Axel señaló con la cabeza el maletero del Peugeot.

Loor bajó la voz.

—¿Lo tienes ahí dentro?

—Qué iba a hacer, si lo ven así se va todo a la mierda.

—Madre de Dios, somos un cuadro.

—Pero un puto cuadro —sentenció Axel.

Habían vuelto a sonreír.

37

Madrid, miércoles 3 de junio de 2026

La reunión con Abelardo Zamora, el gran jefe, estaba fijada a las diez de la mañana. En su despacho, por supuesto, en la sexta. En ese momento, en la cuarta planta ataban los últimos cabos sueltos.

—¿Se puede saber qué cojones hacías encerrado en el baño?

—¿Tú qué crees, gordi? No me estaba retocando los labios.

—Era una pregunta retórica, anormal. Ya sé lo que estabas haciendo. ¿Quieres que vuelva a encerrarte en el maletero? Si te lo pregunta, di que algo te sentó mal y que te estabas cagando, ¿de acuerdo?

—¿Y Antonio?

—Te estaba limpiando el culo, yo qué sé. Invéntate algo. No se me puede ocurrir a mí todo.

—Diré que estaba sobando en la bañera y que no lo vi cuando entré. Su esposa está deseando escuchar mi versión de los hechos. Ese prefiere mentir delante de un juez antes que reconocer que le encanta abofetearme.

—¿Y serás capaz de articular un discurso coherente delante del gran jefe? ¿Te acuerdas bien de todo lo que escuchaste?

—A ver, estaba acojonado, y el otro no paraba de hacer ruido. Pensé que no salíamos de allí con vida, pero creo que sí.

—Sé que no es momento para reírse, tío, pero me descojono al recordar al notas saliendo del baño agachado y temblando como una rata de cloaca. Te buscas a cada uno, gordi.

Axel y Hugo estallaron en una carcajada contenida, poco ruidosa. No querían ser el centro de todas las miradas, no era fácil explicar su

actitud en mitad de una tragedia como esa.

Marina apareció en ese momento.

—Ya se lo llevan.

—¿A Cuenca?

Marina asintió y se sentó encima de la mesa, en medio de sus dos compañeros.

—Ya ha terminado el interrogatorio. Los de la UCO lo han acompañado fuera y lo han metido en una furgoneta. Ya tienen lo que buscaban.

—Ese miserable va a pasar una temporadita encerrado.

—Siento que se haya ido todo al garete por mi culpa, Axel.

—Qué dices, en realidad lo único que puedo hacer es felicitarte.

—No entiendo.

—El plan no ha salido como esperábamos, todo se ha precipitado, ha sido una chapuza. Y hay dos muertos, no sé si por nuestra culpa. Pero si no llega a ser por ti, podría haber sido mucho peor.

—¿Qué hay peor que dos muertos en una operación policial encubierta de la que no hemos informado a nadie? Y con gente implicada que tiene acceso a los mejores abogados del Estado. No pinta demasiado bien.

—Eso déjamelo a mí. Tu labor ha sido impecable. Nos ha costado... —Axel hizo una pausa— SUDOR y lágrimas convertirte en una gran policía.

—Eres imbécil —Marina se rio y se rizó el pelo con los dedos—, pero gracias.

—¿Y a mí no me felicitas, jefe?

Hugo le dio a Axel un empujón con su hombro. Su mandíbula se movía como un tentetieso epiléptico, simulando que aún seguía bajos los efectos de la pastilla de éxtasis, lo que por otro lado no era del todo descartable.

—A ti me dan ganas de enviarte a un centro de desintoxación. Pero sí, te felicito, aunque haya sido un golpe de suerte, en realidad eres tú quien ha resuelto el caso.

—Y no solo eso, gordi.

—Es verdad, y no solo eso.

Axel se metió la mano en el bolsillo y agarró el lápiz de memoria USB como si fuese una tabla de salvación, en la que no solo tendría que subirse Jack, que sí cabía en la tabla, si no Hugo, Marina Loor y él.

Hablando de la reina de Roma, Loor asoma.

—¿Qué te han dicho? ¿Están muy mosqueados?

—Contentos no es la palabra. El Miller ese no sabe bien dónde meterse, y sus amigos de la UCO tienen mucho trabajo por delante. Les hemos robado el protagonismo, querían para ellos todas las medallas.

—Con dos muertos a nuestras espaldas no sé yo si nos van a condecorar. ¿Le han sacado a Cuenca cómo lo hicieron?

—Ni una palabra. Su abogado no le deja decir ni Pamplona. ¿Cuál es tu teoría, Axel? Porque siempre tienes una.

El inspector Nash puso los pies encima de la mesa.

—La esperaron en el aeropuerto y la convencieron para que subiese a una furgoneta con ellos. Salvador se dio cuenta en la coctelería de que Bárbara se iba a fugar y la esperó allí. Había contratado a alguien, fijo que tiene donde elegir, los tenía sobre aviso y los citó en Barajas para que hiciesen el trabajo sucio. A partir de ahí hay mil opciones. Eran muy profesionales y las conclusiones de la autopsia no han sido de mucha ayuda. Yo apuesto por que primero la mataron y después la agredieron sexualmente para fingir que se trataba de una violación grupal. Y cuando Castillitos filtró que el marroquí y sus amigos eran los principales sospechosos, matan a El Abdellaoui y se encargan de que la prensa diga que ha sido un crimen racista, lo que hablamos, justicia popular. Y caso cerrado, están limpios.

Los tres miraron a Axel convencidos. No se le podían poner muchos peros a esa explicación.

Pero ellos no se llamaban Abelardo y no eran jefes.

Axel se levantó.

—Son menos cinco, ¿subimos ya?

No era una pregunta, tampoco una orden, era la manera que tenía el inspector Nash de liderar a su equipo. Y todos le siguieron conformes.

Entraron en fila india. Axel no sujetó la puerta y les dejó pasar: abrió y entró el primero, que para algo era el mayor. Luego Loor, Hugo y por último Marina. Ordenados, como los hermanos Dalton. A Axel le tocaba ser Lucky Luke. Y desenfundó nada más entrar.

—Ya estamos aquí, jefe. Sanos y salvos, como nos pidió.

Abelardo Zamorano los esperaba en la zona de los sofás, sino de pie, de espaldas a la entrada, observando la gran ciudad que tenía enfrente. Desde allí se veían magnificas las Cuatro Torres, las torres Kio y todos los rascacielos de la ciudad. La mañana estaba despejada.

—Sentaos ahí. —Señaló los sofás vacíos—. Tenemos mucho de qué hablar.

Axel les hizo a todos un gesto con la cabeza para que fuesen tomando asiento. No había ni rastro de los naipes, de castillitos o de *jazz*.

El clima había cambiado.

Abelardo había cambiado.

Axel esperó de pie el siguiente movimiento del gran jefe.

—¿Queréis tomar algo?

Joder, son las diez de la mañana, espero que se refiera a un café.

Axel los miró a todos, uno a uno.

No se os ocurra pedir nada.

Con cara de pocos amigos, de concentración, de «quieto todo el mundo, me cago en mis muelas». Marina miraba al suelo, era la única que no le preocupaba, pero los otros dos.

—¿Se puede fumar aquí? —preguntó Loor.

Ya empezamos.

—No, no se puede —respondió Abelardo.

Hugo se mantuvo en silencio. Axel nunca sabría si Loor quería fumar de verdad, que sí quería, o si lo había dicho para adelantarse a Hugo, que era capaz de pedir un *whisky*.

—Pues si nadie quiere nada, yo voy a servirme un vasito de *whisky* —dijo Abelardo—. Para aclarar las ideas. —Cogió su vaso con hielo, echó dos dedos de alcohol y se sentó—. Soy todo oídos. Necesito que alguien me explique con claridad y como si fuese un niño de cinco años qué hacíais en una fiesta de intercambio, sin

cobertura, sin permiso, y por qué han muerto dos personas por herida de bala, una de ellas mi amigo Manuel.

Joder, visto así, suena de culo, jefe. Hay que darle una vuelta a ese argumentario.

Axel fijó su mirada en Abelardo y tomó la palabra.

—Verá, jefe.

—¿Tú no estabas con tu madre? Tenía entendido que la subinspectora había tomado el mando. —Loor levantó la vista.

—Yo no estaba en la fiesta.

—¿Y dónde estabas?

—Recabando información complementaria.

—¿Qué demonios significa eso?

—¿Por qué no dejas que el inspector Nash te dé su versión de los hechos? Ya hemos puesto todo en común, somos cuatro y entre los cuatro hemos resuelto el caso. Nos pediste que lo hiciésemos y lo hemos hecho. A veces hay bajas durante una investigación, es parte del proceso, del trabajo policial y de la vida. ¿Que no te gusta? Créeme, a nosotros tampoco. Pero lo aceptamos. Si no eres capaz, dedícate a otra cosa.

Pues nada. Ni cinco minutos hemos aguantado con trabajo.

—¿Me vas a dar lecciones a mí a estas alturas, niñata? ¿Quieres que hablemos de tu expediente? ¿De tus múltiples faltas, de las veces que ha llamado asuntos internos a esta puerta preguntando por balas perdidas que habían salido de tu revólver; quieres que comentemos por qué fuiste destinada a esta comisaría en primera instancia?

—Jefe, por qué no se calma.

Mierda, qué mal ha sonado eso.

Abelardo iba a decir algo, pero Axel lo interrumpió.

—Quiero decir, es evidente que estamos todos muy afectados por lo sucedido, nosotros por la presión a la que nos hemos visto sometidos y usted por la carga personal que tiene perder a un amigo. Si nos deja se lo explicaremos. Yo me centraré en la fiesta y la subinspectora intervendrá siempre que lo considere oportuno para completar la información. —Abelardo no dijo nada. Le dio un trago a

la copa y cruzó las piernas—. Empezaré por el final. A Bárbara la mató Salvador Cuenca.

—Él no dice eso —lo interrumpió Abelardo.

—Él no dice nada —dijo Loor—. He presenciado el interrogatorio, precisamente por estar a cargo de la investigación, y lo único que ha dicho por recomendación explicita de su abogado es: «Sin comentarios». Así que no nos confundamos.

Loor, por Dios, vamos a frenar un poco, anda. Solo un poco.

—No estoy entendiendo nada. ¿De qué va esto?

Todos se giraron. ¿De quién era esa voz? ¿Marina?

Esto se está saliendo de madre.

Marina empezó a sudar, pero siguió hablando.

—Se supone que estamos todos en el mismo equipo, que somos un equipo. Cuando tomé la decisión de entrar en la policía y formar parte de esta división fue precisamente para resolver casos como este, casos complejos, difíciles, en los que hay que trabajar codo con codo, remando todos juntos en la misma dirección. Y creo que eso hemos hecho. A pesar del coste y del escándalo, debería ser un día feliz.

—Ah, sí, ¿eso crees? —Abelardo se acarició el bigote. Estaba más espeso y poblado que nunca—. Pues vamos a hacer una cosa e-qui-po. Tú —señaló a Marina, todos pensaron que no se sabía el nombre —, ¿por qué no me cuentas, ya que trabajasteis tan codo con codo, qué ha pasado? Quiero tu versión de los hechos, nada más. Y no quiero que nadie la interrumpa.

Joder.

Axel se mordió el labio. Loor cruzó los brazos para no estampar la copa del jefe contra el cristal. Hugo llevaba tiempo moviendo la cabeza como una *celebrity* en una pista de tenis. Y Marina estaba chorreando sudor helado.

Carraspeó, se aclaró la voz y trató de vocalizar para que las eses no le resbalasen.

—Empezaré por el final —dijo mirando a Axel—. Como ha dicho el inspector Nash, a Bárbara la mató Salvador Cuenca.

Buen arranque.

—La investigación nos ha llevado por distinto caminos, y como siempre pasa, algunos han sido erróneos. Hemos seguido pistas falsas o que directamente no llevaban a ningún sitio, pero era necesario seguirlas para descartarlas. El inspector Nash al principio, y más tarde en su ausencia la subinspectora Galván, nos han coordinado para avanzar y abarcar quizá el caso más complicado al que, y hablo por mí, me he enfrentado en mi corta trayectoria, y creo que hablo por todos al decir que el más duro y exigente al que nos hemos enfrentado como equipo.

No te jode, es el primero en el que trabajamos juntos.

—Lo primero que intentamos fue localizar a Bárbara con vida. Para ello visitamos su casa, a su pareja, interrogamos a vecinos del barrio, alguno de ellos llegó a convertirse en un potencial sospechoso. Pero, lamentablemente, no fue posible salvarla. ¿Y sabe por qué? Porque el día que nos avisaron de su desaparición, Bárbara ya estaba muerta.

Marina hizo una pausa. Había aprendido en clases de teatro que el público necesita microdescansos para respirar y paladear una buena actuación. Abelardo no parpadeaba.

Sigue Marinita que lo estás bordando y la fiera se está amansando.

—Por el camino, y cuando gracias a la inteligencia y a la encomiable labor de la subinspectora Galván ya habíamos descartado al principal sospechoso, el chico marroquí asesinado, Abdel El-Abdellaoui, seguro que lo recuerda.

Claro que lo recuerda, si murió por su culpa.

Abelardo asintió con un gruñido.

—Bien, pues decía que por el camino este joven ciudadano perdió la vida. Según tengo entendido, y es que no me he encargado de esa parte de la investigación, ha podido tratarse de un crimen racista a cargo de un grupo violento de ultraderecha. Tal vez, y creo que cito sus propias palabras, no se debió filtrar el nombre a la prensa tan rápido.

¡Toma hostia, Castillitos!

—Pero como decía, somos un equipo, acertamos y fallamos juntos, no es culpa de nadie. Lo último que queremos es que se

produzcan bajas de civiles inocentes, pero el trabajo policial no siempre es grato. Fue entonces cuando sucedió algo que cambió por completo el curso de los acontecimientos.

Abelardo echó su cuerpo hacia delante. Tenía toda su atención. Marina se detuvo, no pensaba hablar hasta que le preguntase. No solo quería su atención, quería que todos viesen que tenía su atención.

Esta tía es la polla, pero la polla.

—¿Piensa continuar?

Marina asintió.

—Es muy difícil de explicar. De hecho, no soy capaz de explicarlo bien del todo porque a mí nunca me ha pasado.

Todos la miraban estupefactos. Nadie tenía ni la menor idea de hacia dónde se dirigía. Se puso de pie y empezó a pasear por el despacho.

Se ha venido arriba, jajaja.

—Dicen que se llama instinto policial. Seguro que usted sabe de lo que le hablo. Dicen que es algo sobrenatural, un nivel de intuición que solo unos pocos alcanzan. —Marina miró a Axel—. De la nada y estando en Vigo, con su madre moribunda en el hospital, recibí una llamada del inspector Nash. Me pidió que investigase una posible conexión de la víctima con altos cargos de la política nacional.

Abelardo también miró a Axel.

—¿Le gustaría explicarme, inspector, ese golpe de suerte o como ha dicho ella, ese «instinto policial al alcance de unos pocos»?

Axel se cerró la boca con una cremallera invisible.

—No quiere que la interrumpamos, señor. Lo dejó muy claro.

—Insisto —Abelardo levantó la voz—, y no me haga repetírselo.

—Fue gracias a usted, señor. —Abelardo lo miraba con cara de cabreo, pero no decía nada. No sabía si le estaban vacilando. Estaba muy cerca de montar en cólera, pero demostró que él también sabía esperar—. Cuando permitió que la UCO se inmiscuyese en el caso, lo vi claro. No sé cuál fue el detonante para que entrasen, no sé si fue una petición de su amigo Manuel, que según descubrió la subinspectora Galván, pasaba muchas horas merodeando por Lavapiés, donde vivía su hija, y debió de descubrir que su hija

alternaba con políticos de alto nivel. No sé si, por algún contacto *random* dentro del grupo de élite, les pidió que acelerasen la investigación y usted lo aceptó. No sé si tuvieron conocimiento de forma anónima y se pusieron directamente en contacto con usted y usted lo permitió. De verdad que no lo sé. Pero cuando entra la UCO, solo hay dos opciones, y no es necesario que le diga cuáles son.

—Ya te lo digo yo —dijo Loor, que no aguantaba más rato callada —: o presiones del Gobierno para que caiga alguien de la oposición, o presiones de la oposición para que caiga alguien del Gobierno. Tú sabrás.

—Pensamos que eso nos podría complicar la vida, a nadie le gusta que le metan espías en su casa, pero, mire por dónde, nos vino de perlas —dijo Axel—. Nos colocó en el carril correcto.

—¿Veis como somos un equipo y casi sin darnos cuenta hemos trabajado los cinco codo con codo?

Marinita, ya está con lo de codo con codo, no hace falta que lo digas más veces.

—¿Tienes la conciencia tranquila, jefe? —Loor seguía apretando.

Tenías que haberle permitido fumar, Castillitos, tú solito te lo has buscado.

—Por supuesto que tengo la conciencia tranquila. ¿Qué estás insinuando?

—Nada, nosotros también la tenemos tranquila.

—Venga, mejor para todos —intervino Axel—. ¿Por qué no dejamos que Marina termine su exposición?

—Ya me falta poco. A partir de ahí contacté con una fuente cuya identidad no puedo revelar —Marina jugaba con sus rizos, ya húmedos por el sudor, confiando en que no la colocasen en la tesitura de tener que vender a su madre— y esa fuente me confirmó lo de las fiestas. Ya sabe, que se celebran fiestas en chalets y casas de campo en las que participan altos cargos, empresarios, políticos y, cómo no, prostitutas. Ahí es cuando entra en acción el agente Ramírez.

Abelardo lo miró de reojo. Era la primera vez que le ponía un ojo encima, su presencia le había pasado completamente inadvertida.

Hugo sonrió enseñando los dientes, y le pareció que su bigote era anoréxico.

—Hugo, a través de un contacto y bajo la máxima discreción, logró que nos invitaran a una de esas fiestas, por supuesto como agentes encubiertos, trabajando de incógnito. Mediante un dispositivo especial de tecnología punta, estábamos en permanente comunicación con el inspector Nash, que nos mantenía vigilados, nos guiaba y de alguna manera velaba por nuestra integridad. El objetivo era observar, valorar y si acaso cosechar alguna prueba que apuntase que se estaba cometiendo algún delito. No fue difícil, se cometieron varios. Pero no contamos con que Manuel Ortiz apareciese de repente, se colase en la habitación de Sebastián Durán con un arma y se desatase el caos. Nadie podía prever ese escenario. O mejor dicho, casi nadie.

—Explícate, y, por favor, no más instinto policial al alcance de unos pocos.

—El agente Ramírez detectó movimientos extraños en la planta de arriba, y cuando vio que Durán, que jamás está solo en estos eventos, como anfitrión se pasa la noche en compañía de sus invitados, se ausentaba y se metía solo en su habitación, decidió seguirle y colarse en el cuarto de baño. Puede parecer un movimiento arriesgado, pero, si era descubierto, podía alegar una descomposición, una gastroenteritis. A todo el mundo le puede sentar algo mal durante la cena, es razonable, a todos nos ha pasado alguna vez y, desde luego, nadie se atrevería a entrar en un baño presuntamente ocupado por heces tóxicas, para comprobar que el motivo de su presencia allí era cierto: una jugada maestra.

Hugo seguía sonriendo. Cada vez abría más la boca. Le estaba empezando a doler la mandíbula.

—Ya ve, jefe. Soy un genio.

—Desde su posición, con la oreja pegada a la puerta —continuó Marina—, pudo escuchar la última conversación entre Durán y Manuel Ortiz. En ella, el primero confesó su colaboración en el asesinato de Bárbara, a cargo, en última instancia, de su socio y cómplice Salvador Cuenca. ¿Cuáles fueron las palabras textuales, Hugo? Recuérdamelas.

—Si la memoria no me falla, y casi nunca me falla cuando estoy trabajando, dijo lo siguiente: «Habla con Cuenca. Ninguno de los dos sabíamos que se trataba de tu hija. Pero vamos, ella solita se lo buscó, por puta y por ladrona».

—Por eso, y volviendo al inicio de esta reunión, como le decíamos, a Bárbara la mató Salvador Cuenca. Después de escuchar esto y cuando ya tenía lo que quería, Manuel le pegó un tiro en el pecho al político, que acabó con su vida. Ahí fue cuando intervino el inspector Nash, que no pudo hacer nada para impedir que su amigo se quitase la vida.

Dios, qué puta exhibición, Marinita. Me pongo de pie y te aplaudo hasta que me duelan las manos.

Abelardo terminó su *whisky*.

—Está bien, tengo dos preguntas más.

Mierda.

—La primera, ¿por qué dijo Durán que Bárbara era una ladrona? Me estáis diciendo que esos dos tipos cometieron un asesinato que podía poner en riesgo sus exitosas carreras políticas por un puñado de euros.

—No fue por un...

—Y segunda —interrumpió Abelardo a Marina y miró a Loor—. ¿Tú dónde demonios estabas y qué hacías mientras tus compañeros estaban arriesgando sus vidas?

Qué puta suerte tienes Loor, te la ha dejado botando para que te luzcas.

—Tocándome el coñ...

—LA SUBINSPECTORA —dijo Axel interrumpiendo a voz en grito—, por orden mía, estaba siguiendo otra línea de investigación complementaria. No la necesitábamos en el chalet, entre los tres estábamos más que cubiertos y capacitados. Y gracias a esta decisión, y a la habilidad de Lorena para persuadir a la compañera de piso, y de profesión, de Bárbara, en una conversación tan aparentemente informal como clave, conocemos el móvil del crimen, sabemos qué robó Bárbara y por qué la mataron. Y no fue por dinero, o no solo por eso.

Nadie hablaba, nadie decía nada. Loor movía las piernas furiosa, golpeando con el tacón de las Doc Martens en el fino parqué del despacho. Marina estaba fría, con la camisa pegada a la espalda por el sudor, agotada. Y Hugo no le quitaba ojo a Abelardo.

Axel continuó.

—Además de dinero, Bárbara, como medida de protección y chantaje por si iban a por ella, extrajo de la caja fuerte de Durán un *pendrive* —Axel se explicó por si acaso—, ya sabe, una memoria USB donde se guardan datos, fotos, vídeos, como un disco duro portátil y en miniatura. — Abelardo ni se inmutó—. Pues según pudo saber la subinspectora, en ese *pendrive* habían guardado cientos de archivos en los que se cometían abusos y agresiones sexuales de todo tipo, también a menores, en los que aparecían no solo Durán y Cuenca, sino otras personalidades muy conocidas y relevantes de este país. Por eso la mataron, para recuperar el dinero y sobre todo los archivos digitales. Desafortunadamente para todos, consiguieron su propósito.

Abelardo Zamora recogió el vaso y se puso de pie. No se sirvió más *whisky*. Paseó muy despacio. Se acercó a su colección de vinilos y puso uno de Miles Davis en solitario, un concierto en Viena. Los cuatro policías entendieron que la reunión se había acabado y se encaminaron a la puerta. El gran jefe tenía mucha información que asimilar.

Pero la reunión no se había acabado.

—Ah, por cierto, inspector, se me olvidaba. —Axel se volvió—. Han venido un par de agentes de asuntos internos preguntando por ti. Se ha presentado el CEO de una importante empresa tecnológica asegurando que había sido agredido por un tipo de pelo corto y ojos verdes que lo dejó inconsciente. Dice también que, cuando recobró el sentido, se despertó semidesnudo y en compañía de un vaquero, una camiseta gris y unas Nike blancas y rojas. No hace falta que te inventes nada ahora. Dice que quiere presentar una denuncia. Te citarán en las próximas horas para hablar contigo.

Axel asintió y se dio la vuelta. Su carrera se había acabado.

Marina y Hugo lo miraban desconsolados.

Loor se lo ahorró.

Lo conocía más, lo conocía mejor. Sabía que podía parecer el final.

Pero no se había acabado.

—Ah. —Axel sacó un pequeño objeto del bolsillo del pantalón y se lo mostró a Abelardo—. No recuerdo cómo acabó en mis manos, pero *voilá*, aquí está. Supongo que se le caería a Durán en la escena del crimen y lo cogí por error pensando que era mío. Cualquiera sabe. —El inspector Nash se acercó a su jefe e hizo ademán de entregárselo. Abelardo estiró el brazo, y cuando sus dedos entraron en contacto con el metal del lápiz de memoria, Axel no lo soltó—. Aquí encontrará material ultrasensible, con muchas personalidades implicadas. Estoy seguro de que sabrá qué hacer y qué hará lo mejor para este país. —Axel soltó el *pendrive*—. Dos cosas más, jefe: la primera, cuando nos informó de la desaparición de Bárbara recuerdo que nos dijo que le había llamado el hombre de confianza de un político muy influyente que al parecer tenía algún tipo de relación clandestina con la desaparecida y necesitaba que apareciese. ¿Se acuerda? Porque yo sí. Mi memoria es muy caprichosa y muy hija de puta cuando quiere. Supongo que ese hombre de confianza era Salvador Cuenca. Y supongo que eso lo deja a usted en una posición cuando menos extraña. Pero, bueno, a mí no me pagan por suponer. — Axel avanzó hasta la puerta y desde allí, dijo—: Y la segunda, que no se me olvida, dígale a los de asuntos internos que he perdido el teléfono, que ya los llamaré yo. A usted lo tomarán más en serio que a mí. Pero vamos, que no hay nada más pasado de moda que unas Nike con el aspa roja. Ni que fuera yo Marty McFly.

El inspector Nash cerró la puerta a su espalda. Los cuatro bajaron a la cuarta planta por escaleras en el mismo orden en que habían subido.

—Muy bien, Marina, has estado imperial. —Axel le pasó el brazo por el hombro.

Hugo y Loor la miraron y asintieron. Nadie dijo nada más.

Paladeaban un regusto extraño.

El sabor que deja un empate.

38

Axel y Loor llamaron a la puerta, llamaron al telefonillo, llamaron a un vecino. Llamaron al primero, al segundo, al tercero.

Nada. Nadie les abría.

Tenían preparado el truco de siempre.

«Carterooo comerciaaaal».

Pero no les dieron la oportunidad de ponerlo en práctica.

—Joder, sí que se toman en serio el descanso en este barrio.

Lavapiés se había despertado sin resaca, con la luz clara y diáfana del verano aproximándose, previa al calor infernal, cuando todavía se puede disfrutar de un paseo al sol, una tostada en la terraza o una mañana sentado en un banco.

—Ven, creo que sé dónde podemos encontrarla.

Axel seguía a Loor, como tantas veces en las últimas horas. Su crecimiento profesional y personal había sido abrumador, inesperado. Gozaba de una confianza en sí misma que él siempre había intuido, pero que no había llegado a cuajar.

Hasta ahora.

Se había despojado de un letargo invisible. Su confianza ya no estaba domesticada. Algo había cambiado en ella para bien: capaz, Loor se sentía capaz. Aunque habría que medirla periódicamente para que no descarrilase, como a una hija que coloca el cuerpo contra la pared de la cocina para que hagas una marca de tiza justo sobre su cabeza. Había dado el estirón, metafóricamente hablando.

Y ahora Axel la veía capaz de todo. También de encararse con el gran jefe y jugarse el despedido.

De eso la veía capaz porque acababa de verlo.

Aunque, pensándolo bien, de eso ya era capaz antes.

Llegaron al parque y Loor escudriñó a las señoras que leían en los bancos.

Nada.

A las madres apoyadas en las vallas.

Nada.

A las que vigilaban los columpios.

Nada.

El tobogán

Ahí estaba: un niño rubio, con el pelo liso y peinado hacia delante, se deslizaba hacia abajo por la rampa de acero inoxidable con los brazos arriba, abrazando el aire, y una sonrisa de oreja a oreja. Al tocar la arena con el salto de rigor, se dirigió raudo y veloz a retomar su lugar en la cola y volver a lanzarse.

—Es aquí —anunció Loor—, pero no la veo.

—¿Quieres que esperemos?

La subinspectora no contestó. Seguía observando con detenimiento. El niño se volvió a lanzar por el tobogán y esta vez salió corriendo hacia un banco donde una mujer leía una novela de portada verde y título en letras rojas.

—Abuela, tengo hambre.

La mujer mondó un plátano y se lo ofreció.

—Vamos.

Axel y Loor se adentraron en el parque, hacía muchos años que ninguno de los dos pisaba uno con tan buenas intenciones.

—¡Hola, Íñigo!

El niño miró a Loor con los ojos efervescentes y la boca llena, y se abrazó a su abuela en un acto casi reflejo.

—¿Quiénes son ustedes?

—No se asuste, soy amiga de su hija. Me presentó al niño la otra noche. ¿Sabe dónde podemos encontrarla? Me gustaría devolverle algo.

La mujer negó con la cabeza. Loor imaginó que era el instinto de protección maternal quien negaba por ella.

—Somos inspectores de policía, no tiene nada que temer. En realidad, traemos buenas noticias.

La mujer cerró el libro y lo dejó a un lado, apoyado junto al bolso, sobre la madera del banco. Y dejó caer sobre su pecho las gafas de leer, sujetas por una cuerda granate. Tenía el pelo grisáceo y luminoso, como la ceniza de un cigarro encendido.

—Mi hija se ha marchado. Si son ustedes policías y la conocen, sabrán por qué. Tenía miedo de que le pasase algo a ella y también al niño. No me ha dicho dónde ha ido.

La voz de la mujer era fría, robótica, y su mensaje muy claro, no animaba a hacer preguntas.

—Entiendo. Si la ve o si se pone en contacto con usted, dígale que la estamos buscando, que tenemos algo que le pertenece. No la molestamos más. Hasta luego, Íñigo.

El niño sacó una mano por detrás del brazo de su abuela y la levantó con timidez, sin apenas moverla.

Axel y Loor se fueron por donde habían venido. El inspector dejó la bolsa de deporte negra en el asiento de atrás del Peugeot.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó.

—¿Quieres que nos corramos una buena juerga?

—Con billetes de doscientos. Me parece una gran idea.

—Conozco un sitio donde al parecer montan unas fiestas del demonio, un chalet a las afueras. Un sitio muy serio, muy conservador, seguro que te gusta.

Axel se miró la camiseta blanca, el vaquero oscuro y las Adidas blancas con las tres rayas azules.

Las de Axel Foley en «Superdetective en Hollywood», joder.

—¿Tú crees que me dejarán ir así vestido?

El Peugeot 207 azul vagaba sin rumbo.

—Oye, Axel..., ¿y si le dejamos la pasta a la vieja? Si es verdad que Claudia se ha pirado y la ha dejado con el marrón del niño, le va a venir de puta madre. Se lo gastará en plátanos, no creo que vaya a gastarlo en coca.

—Lo que tú digas, es tu dinero. Tú lo cogiste, tú decides qué se hace con él. Yo solo conduzco. —Axel buscaba algo en el móvil. Una canción. Un disco—. Con este día que hace, vamos a animarnos un poco.

—Como pongas *jazz* me bajo del coche, ya te lo digo.

Axel se rio.

The Strokes, *Is this it*, pista 7: «Last Night».

La Fender de Albert Hammond Jr empezó a tronar y Julian Casablancas, con esa pose tan suya de inapetencia, también en la voz, empezó a cantar.

Last Night, she said,
«Oh, baby, I feel so down»...

—¿Y bien? —preguntó Axel—. ¿Has tomado alguna decisión?

—Venga, se lo enviamos a la vieja. Hay que conseguir la dirección. Llama a tu colega, al que te consigue estas cosas.

Axel marcó en la agenda un teléfono que tenía en favoritos y la llamada se activó con el manos libres. Se cortó la canción y al segundo tono contestó una voz anhelante.

—Merluzas. ¡Qué rápido, coño!

Emilio Navarro, un ser anacrónico, cabreado y con mala fortuna en el reparto de belleza. Tenía una cabeza enorme, un cuerpo menudo y una artrosis dolorosa y desagradable que se iniciaba en los dedos de las manos y se extendía como la peste por todo su tren superior. Odiaba trabajar, aunque era bueno en lo suyo, y odiaba aún más que le tocasen las pelotas.

—Estaba esperando una llamada. No te imaginas el disgusto que me produce escuchar tu voz.

—No seas así, anda. Hazme un favor.

—Otro favor.

—Sí, otro favor. Venga, apunta: Claudia Pina, vive en la calle Mesón de Paredes 3, en Lavapiés. Busca tú el código postal. Necesito que averigües quién es su madre y su dirección postal.

—¿Algo más? Es pronto, por pedir, yo qué sé, ¿quieres saber donde hace la compra o qué tipo de pasta dental usa?

—No te pongas sarcástico conmigo, que no te pega nada. —Axel le guiñó un ojo a Loor—. ¡Ah!, y es urgente.

Navarro cortó la llamada.

—No lo digas, no lo digas —dijo Loor—. Esa fue para encabronar.

Axel estalló en una carcajada.

—Lo que estás aprendiendo conmigo.

Pasaron un rato en silencio, simplemente disfrutando de la música. Axel tamborileaba con las manos en el volante, como siempre. Y Loor apoyaba la cabeza en la ventanilla, por la que circulaban dos dedos de aire fresco, como siempre. Transitaban por calles de un carril, sin mucho tráfico. Dejaron atrás el mercado de Antón Martín y vieron cómo en uno de sus callejones, chicos y chicas jóvenes disfrutaban del sol y de la cerveza bien fría. Y comían gildas, cómo no.

—Es casi la hora del aperitivo. ¿Nos tomamos una birra?

Loor no contestó. Iba pensando en sus cosas. Sonreía, sonreía mucho.

No preguntes, Axel, ni se te ocurra, sigue conduciendo.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

Mierda. Mierda.

—Nada, una gilipollez. Estaba pensando en mis cosas.

Ya está, son sus cosas, Axel. No es de tu incumbencia, déjalo pasar.

—¿Y por qué no me lo cuentas, hombre, y así nos descojonamos los dos?

—¿Estás seguro?

No, no estás seguro, déjalo estar. Para.

—Sí, sí, quiero saber de qué coño te ríes.

—La mató Claudia.

—¿Qué dices? —Axel bajo del todo el volumen.

—Que la mató Claudia.

—A Bárbara la mató Claudia —repitió Axel.

—Eso es.

—¿Y cuál es la parte graciosa?

—Nada, que de repente lo he visto clarísimo por algo que siempre me dices tú. Así que es culpa tuya.

—Culpa mía.

—Sí.

—¿Y qué es eso que te digo siempre?, si se puede saber.

—¿Estás seguro de que quieres que abramos este melón?

—Venga, coño. —Axel sonreía sin tener ni la menor idea de por qué.

—Siempre me dices que cuando se comete un asesinato hay varias personas con motivos más que justificados para hacerlo. Siempre. Y varias reconstrucciones que encajan.

—Y es verdad, pero igual te olvidas de que tenemos una confesión y detenido al tío que ha confesado.

—No ha confesado.

—Bueno, confesó Durán por él. A efectos prácticos es lo mismo.

—No es verdad. Durán dijo, según un tío que iba puesto hasta las cejas, que le preguntásemos a Cuenca y que Bárbara lo merecía y se lo había buscado. Cuenca todavía no ha dicho esta boca es mía. El único que habla es su abogado.

—Ya, ya, pero Cuenca fue la última persona que la vio con vida, tenía motivos sobrados para matarla y la mató. Recuperó el *pen*, parte de la pasta y se olvidó del asunto. No hay que darle más vueltas. Pareces yo.

—Escucha mi teoría. —Loor seguía hablando entre risas.

—No sé si quiero. Estoy seguro de que va a ser coherente y plausible, pero eso no la convertirá en correcta.

—La mató Claudia.

—Que dejes de decir eso. —A Axel se le estaba contagiando la risa.

—Bueno, tú escucha.

Pasaban las tres de la mañana cuando Bárbara regresó a casa. Lo sabía porque se fijó en el reloj redondo de pared que se habían comprado juntas en el chino de la esquina y las agujas formaban un ángulo agudo. Las tres y cinco.

—Joder, puta, ¿de dónde vienes? Me tenías preocupada.

—Perdona, ha sido un día muy largo. — Bárbara se tiró en el sofá —. ¿Me lías un piti? No tengo fuerzas ni para eso.

Claudia se sentó en su silla frente a ella.

—Claro.

Y empezó a liar.

—He tenido una bronca de la hostia con el Nando. Se ha puesto todo loco y me ha mandado a la mierda.

—Sus putos celos, ¿no?

—Lo de siempre. Es un puto loco. Que le follen, estoy mejor sin él.

—Toma. —Claudia le pasó el cigarro ya encendido.

—Me piro de aquí, tía. Voy a hacer una bolsa y me piro.

—¿A dónde? ¿Qué dices? ¿A dónde vas a ir tú sola?

—No lo sé, ya veré. Lejos, fuera de España. Ahora tengo pasta, tenemos pasta. Vente conmigo. —Bárbara dio una calada y dejó el piti en el cenicero—. Aquí no estamos seguras. Acabo de estar con Cuenca, sabe que fuimos nosotras. —Claudia no decía nada. Tenía la mirada perdida en algún punto de la pared—. Bueno, que fui yo.

—¿Y qué le has dicho?

—Pues que no fui yo, qué le voy a decir. Que yo no tengo nada, que no hay más que verme, que si les hubiese mangado tanta pasta me la habría gastado en ropa y cosas caras.

—Lo que les preocupa no es la pasta, lo sabes igual que yo.

—Ya, tía, ¡qué querías que le dijese!

—¿Y se lo ha tragado?

—Y yo qué sé, por eso me piro. Esta noche. Voy a echar una cabezada y me pillo un taxi a Barajas. Miraré los paneles y a ver dónde me lleva el destino. Es la hostia poder pagar el billete en el mostrador con efectivo. Esa es la vida que merecemos, puta. No te lo pienses, vente conmigo.

—Sabes que me encantaría, pero no puedo. Tengo al niño.

—Déjalo con tu madre. Ella lo cuida mejor que nosotras. Allí está bien, y cuando crezca un poco y nos hayamos establecido, te lo traes.

—Para ti es todo facilísimo, eh. Todo. Maldito el momento en que cogiste la pasta y el cacharro ese. Nos has puesto en peligro a las dos —Claudia levantó la voz. Bárbara se vio sin fuerzas para otra pelea.

—Bueno, tía, no te pongas chunga, solo van a por mí y yo me voy a pirar, deja de hacerte la importante.

—Lo teníamos todo, puta. Ya habíamos entrado en ese círculo, íbamos a dejar la calle y a llevar una vida más cómoda. Quizá con

esa gente hasta podríamos haber tenido algún lujo. Y lo jodiste todo como siempre, y ahora pretendes dejarme aquí sola, tirada. Estamos juntas en esto desde el principio, Bárbara. Una mierda te vas a ir ahora y dejarme aquí.

—¿Quieres apostar algo?

Bárbara se puso de pie, cogió el cigarro, se lo colocó entre los labios y se dirigió hacia la habitación. Sin pensarlo, Claudia asió el cenicero de cristal y se lo estampó en la cabeza. Un golpe seco, furibundo.

Mortal.

Bárbara cayó a plomo en el suelo. La sangre manaba desde el lateral de su cabeza, pringándole el pelo y dejándole un surco rojo que descendía por la patilla y el cuello.

—A ver, a ver, a ver. —Axel disminuyó la velocidad sin darse cuenta —. Se calentó porque no quería quedarse tirada y la mató con el cenicero. ¿Te estás oyendo?

—No recuerdas el cenicero, es un mazacote enorme. Un buen golpe con eso te manda directa al otro barrio.

—Me muero de ganas de saber cómo la sacó del apartamento, cómo se corrió encima de ella, con semen, eh, y cómo la trasladó a la Sierra.

—Bueno, no es tan difícil de imaginar.

Claudia se llevó las manos a la cara y se tapó la boca. No ahogó un grito ni nada de eso. No articulaba palabra. No emitía sonido alguno. El silencio era tan desgarrador que casi se podían escuchar sus pensamientos, sus cavilaciones, circulando a toda velocidad, golpeando las paredes del cráneo como los coches del Scalextric cuando se aprieta el mando con demasiada intensidad.

Le tomó el pulso en el cuello.

Nada.

No hay pulso. Está muerta.

Claudia cogió su teléfono y llamó a la única persona en la que podía confiar en un momento así. No lo cogió a la primera, pero le devolvió la llamada en menos de treinta segundos.

—Espero que estés ganando mucha pasta para mí esta noche, cielo. Te recuerdo que me debes tres de los grandes.

Al Turco le gustaba hablar como si en lugar de en la calle Ballesta, trabajase en Hollywood Boulevard. Era un hortera de bolera.

—Ven a mi casa. Necesito tu ayuda. Es urgente.

—Ahora no puedo, cielo. Estoy en mitad de algo. —Se escuchaban voces femeninas de fondo y sorbidos bastante desagradables.

—Tengo tu pasta, ven rápido.

Claudia colgó, sabía que iría. El Turco era el jefe de las dos, su chulo, pero cuando olía el rastro del dinero, perdía el culo.

Apareció en menos de quince minutos.

—¿Qué coj...?

Imitando sin saberlo el gesto de Claudia, también se llevó las manos a la cara, pero él sí emitía sonidos, se mordía los dedos, aullaba como un lobo acorralado. Agarró a Claudia del cuello y la empotró contra la pared.

—¿Qué coño es esto? —Le hablaba tan cerca que le escupía gotas de saliva en la cara.

—Suéltame y ayúdame, imbécil. Se iba a ir sin decirte nada, y con mucha más pasta de la que has visto en tu vida. —El Turco fue aflojando la presión en el cuello de Claudia, que siguió hablando—. En su habitación hay una bolsa negra. Dentro hay ciento veinte de los grandes, como te gusta decir a ti. Puedes coger tus tres mil y la mitad de lo que hay si me ayudas a esconder el cuerpo. Ya te has visto en alguna de estas antes, has estado en la cárcel. Sabrás cómo arreglarlo. Y esta vez la recompensa no es solo salvar el pellejo. Hay mucha pasta en juego.

El Turco la soltó.

—Sigue hablando —dijo.

—¿Tienes el coche abajo? —Él asintió—. Ve a por él y tráelo al portal, yo la bajó. Si nos ve alguien, parecerá que está ciega o magullada, no sería la primera vez. Nadie hará preguntas, somos putas, nadie quiere conocer nuestras penurias. Son —volvió mirar el

reloj de pared— las tres y pico de la mañana. Si lo hacemos rápido, no tiene por qué vernos nadie.

El Turco, con ayuda de Claudia, tumbó el cuerpo en el asiento de atrás y se lo llevó a un lugar seguro. Conoce gente. Hace un par de llamadas. Y el que está despierto es Toni Tres Piernas.

—Venga, coño. Toni Tres Piernas. —Axel se moría de risa—. ¿Ese quién coño es? Te estás descojonando de mí. Te has contagiado del rollito Hollywood Boulevard tú también.

—Joder, tío, te quedas con lo menos importante, era para darle un poco de épica. El apodo mola, funciona y no necesita explicación. Si quieres me invento otro nombre, te digo que llamó a Toni Rodríguez o a Toni Pérez, pero pierde toda la gracia.

—Como tengas razón, verás tú la gracia que va a tener esto. —Axel apretaba el volante con las dos manos—. A ver, ¿crees que Claudia sola puede con el peso muerto del cuerpo de Bárbara?

—Le pasa un brazo por la nuca y arrastra los pies. No es tan difícil.

—En la autopsia no vieron nada en las uñas de los pies de Bárbara. Las tendría rozadas o magulladas.

—No si iba calzada.

—El cadáver apareció desnudo.

—Te estás adelantando.

—Turco, ¡qué pasa!

—Tú querías emociones fuertes, ¿no?

—Estoy hasta los huevos de lo de siempre. Sí, ¿qué tienes?

—Reúnete conmigo en el Goloso, en la carretera de Tres Cantos. Hay un desvió a la derecha con un pequeño descampado donde paran los globeros con sus bicis los fines de semana. Te veo allí.

—Voy ya para allá.

Y allí se vieron.

—Espero que no me hayas hecho venir para echar un polvo guarro con una furcia de tres al cuarto.

—Me debes pasta de la última vez, pero te la voy a perdonar. Sigue sin ficharte la pasma, ¿verdad?

—Estoy limpio como mi polla.

—¿Y sigues teniendo la nave de pescado?

—La nave no es mía.

—¿Sigues teniendo la llave?

Toni Tres Piernas tenía la llave. El Turco le explicó que necesitaba que lo acompañara a la nave y que hiciera algo por él.

—Con condón. Te la follas por el culo también si quieres y te corres encima de ella.

—Joder, se te va la puta olla. Sí que tenías algo fuerte para mí. ¿Cuánto?

—Nada, es gratis, pero tienes que cerrar la boca.

—Será mi lefa la que esté en el cadáver. Tú tienes que cerrar la boca.

Así que se la llevaron, y Toni le metió una de las tres piernas. Saldó su deuda, satisfizo su fantasía y se piró. El Turco metió a Bárbara en un congelador gigante, entre gambas y langostinos, y la mantuvo allí unos días.

Mientras, Claudia limpió el apartamento, lo dejó como los chorros del oro. Ni sangre, ni tabaco, ni coca.

—¡Da asco entrar ahí! Y he visto tu cara sentada en ese sofá, estabas al borde de la arcada. Cambia esta parte de la historia, en serio. No funciona.

—Es al contrario, Axel. Es una genialidad si lo piensas. Limpia el apartamento de cualquier tipo de huella, ADN, sangre, y desde ese día lo llena de mierda a más no poder. Miel sobre hojuelas, nadie sospechará que han limpiado el piso para eliminar huellas, cualquiera pensaría lo que pensamos nosotros: que ese piso no se ha limpiado en la puñetera vida.

Axel resopló.

—Venga, va, tira.

Después de limpiar, Claudia Pina se dio una ducha, y le dio forma a todo lo que viene a continuación. Se secó a fondo y se puso unos vaqueros y una sudadera con capucha que era de Bárbara. Eran de la misma estatura, y aunque Claudia pesaba cuatro o cinco kilos más, depende de la época del año, tenían una complexión similar. No lo hacían porque tienen estilos distintos, pero podrían haber vestido la misma ropa. La sudadera le quedaba bien.

Claudia necesitaba ganar tiempo, conocía bien a la familia de Bárbara, y había un problema: su hermanastro, Jorge.

El poli.

Comisario de policía nada más y nada menos.

Y un hombre masculino y protector. Antiguo, con un lema: la familia es la familia.

Un tipo que, si se enteraba que le había pasado algo a su «hermana» pequeña no solo iba a montar en cólera, sino que se implicaría personalmente en resolver el asesinato y se aseguraría de que el castigo fuera lo más severo posible.

Tenía que alejarlo.

Cogió el teléfono de Bárbara, y se acordó de las fotos del *pendrive*.

Su padre, el de los dos.

Jorge y Bárbara.

La familia es la familia.

Le envió un mensaje.

Fettes College. Edinburgh. 1975. John Black.

Y le envía un audio. Para que se encuentren allí.

En Edimburgo.

—¡Hala! Ha sido bonito mientras duró, pero hasta aquí hemos llegado. Porque, a no ser que Claudia sea como el humorista ese que clava todas las voces, como se llama, el que es de León...

—No sé quién dices.

—Sí, coño, el de los corchopanes. Dani Martin.

—Ese es el cantante.

—Martínez, Dani Martínez. Pues a no ser que sea el puto Dani Martínez, ya me dirás tú cómo cojones va a mandarle un audio a Ortiz haciéndose pasar por su hermanastra.

—Bueno, son las tres y media de la mañana, si lo escucha medio dormido...

—Pero es un audio, coño, lo puede escuchar cuando quiera.

—Se lo mandó con el uno activado, solo lo pudo escuchar una vez y lo hizo medio dormido. O por Telegram. Lo que nos dijo Huguito. Los mensajes se autodestruyen. Por la mañana, cuando se despertó, intentó llamarla para confirmar que no lo había soñado, pero Claudia ya se había deshecho del teléfono.

—Nah, no cuela.

—Llama a Marina. Estos cerdeaban por teléfono fijo. Pregúntale.

—Se llama *sexting*. Parece increíble que lo sepa yo y no tú.

—Yo también lo sabía. Llámala, va.

Axel la llamó.

—Dime, Axel.

—Marina, esta pregunta te va a extrañar. Por cierto, ¿sabes algo de Ortiz?

—Nada.

—Vale, a ver, ¿vosotros hacíais *sexting*?

—Tienes razón, me ha extrañado la pregunta, creo que no es asunto tuyo.

—Es importante, Marina —intervino Loor—. En circunstancias normales nos la sudaría, pero no son circunstancias normales. Escucha, antes de responder, la pregunta está mal formulada. La pregunta no es esa. Ya sabemos que hacíais *sexting*. Todo dios lo hace, menos con su pareja, todo dios lo hace. La pregunta es cómo lo hacíais.

—No pienso darte detalles. ¿Estás enferma?

—No, coño. Que por dónde, por qué aplicación lo hacíais.

—Ah. —Marina estaba cediendo—. Si lo hubiésemos hecho, que no digo que sí ni que no, habríamos utilizado Telegram como la gente normal. Yo flipo con la peña que lo hace por WhatsApp o por Instagram.

—Gracias, Marina. Ya puedes colgar, Axel.

Se despidieron. Axel colgó.

—No significa nada.

—Un poco sí.

—Vamos a hacer la prueba. Mándame un audio imitando a Marina a ver si cuela. Y mira que Marina es imitable, eh.

Loor obedeció, grabó un audio de treinta y siete segundos replicando la conversación sobre *sexting* y Telegram que acababan de tener, arrastrando eses y tropezando en alguna erre. Lo escucharon juntos.

Axel estalló primero y Loor después. Una carcajada sincera. No había por donde cogerlo.

—No puedo negar que ha sido divertido. ¿Vamos a tomar algo?

—Espera, espera. Lo tengo.

—¿Por qué no te rindes ya?

—Es la última oportunidad, te lo juro.

—Dime.

—IA.

—¿Qué dices?

—IA, inteligencia artificial.

—Sé qué es la IA, gracias.

—Con un par de herramientas medianamente avanzadas puedes imitar la voz de quien tú quieras y que diga lo que tú quieras. Se puso muy de moda hace unos meses. Vídeos de futbolistas animando al equipo rival, de actores felicitándote el cumpleaños, del presidente del Gobierno insultando en el congreso de los diputados. Hasta hay uno de Donald Trump diciendo que los inmigrantes iban a empezar a comer perros y gatos.

—Mascotas, sí. Solo que ese no era IA, era real.

—Y te crees que el presidente de los Estados Unidos diga semejante subnormalidad y sin embargo pones en duda mi historia, que es bastante más verosímil.

—Los subnormales dicen subnormalidades, es fácil de creer.

—Okey, sigo, porque hay un detalle que no conoces y que lo cambia todo.

—Sorpréndeme.

—Mientras tú te divertías en la fiesta, vi que Claudia tenía un ordenador de la polla en su casa. Un pepino, que dirías tú. Lo utilizó para entretener al niño, para que se durmiese y nos dejase hablar tranquilas. Con ese aparato seguro que pudo hacerlo sin mucha dificultad.

—¿Me estás intentando convencer de que después de matar a su amiga y con una presión del copón se pone a hacer tonterías con voces en el ordenador? Es impensable, Loor, por el amor de Dios. Y no creo que sea tan fácil. Yo no sabría por dónde empezar.

—Tú no, pero otra gente sí. El Merluzas, por ejemplo: no tardaría más que unos minutos. Claudia tendría su móvil lleno de audios con la voz de Bárbara. Es meter un texto en una app, subir los audios con la voz original, y lo genera en un periquete.

»Mira, si (y voy con un condicional como tu cabeza de grande) Claudia no fuese prostituta y se dedicase a otra cosa, yo qué sé, informática o algo así, te lo compraría. Pero joder, Loor, que estamos hablando de una tía que se dedica a vender su cuerpo para sobrevivir y darle de comer a su hijo.

—Claudia me dijo que hace unos años la echaron del curro, que por eso empezó a follar por dinero. A lo mejor...

En ese momento entró una llamada por los altavoces del coche.

—Merluzas, qué pasa. Dame buenas noticias.

Emilio Navarro les dio la dirección de Marisol Téllez, así se llamaba la abuela de Íñigo.

—Pregúntale —dijo Loor.

—Voy a colgar —dijo Emilio Navarro.

—Merluzas, una cosa más —dijo Axel—. Claudia Pina. La echaron del curro hace unos años.

—Tres o cuatro —apuntó Loor.

—Tres o cuatro —repitió Axel—. Consíguenos el nombre de la empresa y el sector y te dejamos que apagues el teléfono, que es martes y no todo va a ser trabajar, Merluzas.

La llamada se cortó sin despedida de ningún tipo.

—Vive amargado este tipo.

—Y tú no tienes nada que ver... ¿Puedo seguir con mi narración de los hechos?

—Con tu fantasía, querrás decir.

—Lo que sea.

—Continúa. —Axel dio un volantazo—. ¡Eh, tú, imbécil, mira por donde vas y deja el puto móvil cuando conduces!

—Coño, bienvenido.

—No hay nada que celebrar, significa que me estás poniendo nervioso.

—Después de enviarle el audio al hermanastro de Bárbara, Claudia esperó al alba, al amanecer, a las primeras luces del día. La hora a la que tantas veces había regresado a casa después de una larga jornada en asientos traseros de coches estrechos y sobre muelles ruidosos de hostales del centro, a esa hora a la que los marroquíes bajaban a estirar las piernas. A esa hora siempre había alguno merodeando, alguno que la podría reconocer en caso de ser preguntado.

Fue Abdel.

Claudia se enfundó la sudadera gris con capucha de Bárbara y salió a la calle con una maleta pequeña. Se aseguró de gritar para que la viesen cuando el VTC que había solicitado previamente se paró delante de ella y se subió rumbo al aeropuerto.

—Esto de hacerse pasar por otro con su ropa y una gorra o una capucha ya nos ha pasado en otros casos, Axel. No es descabellado. La gente ve lo que quiere ver. Acuérdate del periodista deportivo.

—No he dicho nada.

—Y antes de que mataran a Abdel, estuve con él. Vio algo o a alguien a mi espalda y salió huyendo despavorido. Poco después me encontré con Claudia saliendo del metro.

—No he dicho nada.

—Vale, perdona. Sigo.

Una vez en el taxi, Claudia se aseguró de que el conductor la recordara. Se quitó la sudadera y le enseñó las tetas... El escote, no las tetas. Mucha carne, en cualquier caso, hasta el borde del pezón.

Bien arriba, levantadas. Memorables. Y entabló una conversación breve, pero fácil de retener.

—¿Ha estado usted en Edimburgo, en Escocia?

—No, señorita, nunca, pero he oído que es precioso.

—Me muero de ganas de conocerlo. Pero dicen que allí hace mal tiempo todo el año. ¿Usted cree que voy bien abrigada para ese clima tan nórdico?

El conductor se vio obligado a desviar la vista de la carretera y a mirar a Claudia y a su escote a través del espejo retrovisor.

—Yo creo que va perfecta para cualquier clima, señorita.

—Ahí lo tienes, Axel. Por eso el conductor se acordaba de Bárbara. Que no era Bárbara, era Claudia. Después se quedó un rato en la terminal del aeropuerto, se pidió una café en el Starbucks o en el Sibarium ese que te clavan medio hígado... Mira, ahora que lo pienso es buen sitio para cambiar un billete de doscientos... Un rato después, la recogió el Turco en su coche y volvieron a Madrid.

—Esto empezó como una broma, Loor, y está perdiendo ya toda la gracia. Si tienes razón, es una buena cagada todo.

—Bueno, Durán merece estar muerto, Manuel sin su hija no tenía muchas ganas de seguir viviendo y Cuenca es un miserable que va a estar encerrado hasta el día que se muera, que, sin duda, será un día feliz para mucha gente. Así que, pase lo que pase, ya hemos ganado.

—Yo ya firmo el empate.

—¿No quieres escuchar el final de mi historia?

—La verdad es que no.

—Pues te jodes porque la vas a escuchar.

Claudia esperó dos días, los dos que marca la ley para buscar a personas desaparecidas, masticó mucho su discurso y se puso en contacto con la policía. Así quedaba fuera del foco. Nadie iba a sospechar de ella. El Turco, la noche siguiente a esa llamada, dejó el cuerpo de Bárbara, desnudo y con signos evidentes de violación, en

la Sierra, donde sabía que era cuestión de tiempo que alguien lo encontrara. Y también que no sería algo inmediato, que tenía tiempo para huir de la ciudad. Y huyó, nadie fue capaz de localizarlo.

En ese *impasse*, Claudia envió de manera anónima el *pendrive* a Cuenca. Era fácil dar con su dirección, era de dominio público. Cuenca lo guardó, pero siguió buscando a Bárbara, quería eliminarla de todos modos, no podía dejar ese cabo suelto. Cuando apareció el cadáver se relajó, le entregó el *pen* a Durán y se apuntó el tanto. Aunque ya tenía el respeto del secretario de organización, una muestra de fuerza nunca estaba de más. Y una vez cumplida su parte del trato, el material incautado y el objetivo eliminado, ya podía reanudar sus actividades ludicofestivas.

—Por eso, Durán dijo: «Habla con Cuenca» cuando Manuel le preguntó por qué había matado a su hija.

—Joder, Loor. ¿Por qué he tenido que preguntar y por qué has tenido que meterme esta neura ahora en la cabeza?

Otra vez entró una llamada. Emilio Navarro de nuevo.

—Es Merluzas.

—Cógelo, va, vamos a salir de dudas.

Axel contuvo la respiración y pulsó el botón verde.

—¿Y bien?

—¿Qué te pasa, no vas a hacer ninguna broma ni a faltarme al respeto?

—Venga, Merluzas, que no estoy para hostias ahora mismo.

—Y yo sí, no te jode. Yo siempre estoy disponible y con buena cara para aguantar tus gilipolleces.

—Merluzas —dijo Loor. —Danos la puta respuesta de una vez y vete a tomar por el culo, anda.

La tensión se mascaba a través de la línea. Axel bajó la ventanilla, le faltaba aire. Loor subió las botas al salpicadero y se colocó un cigarro apagado entre los labios.

—Claudia Pina me dijisteis, ¿no?

—SÍ, JODER —gritaron los dos a la vez.

—Trabajaba en un Mercadona, cajera en un Mercadona por la Ronda de Atocha, para ser más precisos. Al parecer se llevaba comida escondida en el bolso y la pillaron.

—Okey —dijo Axel—. Gracias, Emilio. ¡Buen trabajo!

—¿Cómo me acabas de llam...

Axel colgó, detuvo el Peugeot junto a la acera. Llevaba muchos minutos conduciendo sin rumbo. Sin darse cuenta, habían llegado al Retiro. Miró a Loor. Y Loor lo miró a él.

—¡Naaaaah!

Y sus carcajadas se fundieron con el alivio que brotaba vigoroso de lo más profundo de sus almas.

—Me lo había tragado, perra. Tengo que reconocer que tu invento de Toni Tres Piernas y toda la vaina funcionaba.

—Pues claro que funcionaba. Y sabes tan bien como yo que va a seguir funcionando, al menos unos días.

—No le demos más vueltas. Venga, vamos a tomar esa birra —dijo Axel.

—Pago yo —dijo Loor.

39

El escándalo era monumental, traspasaba cualquier frontera, también cualquier frontera moral. Salvador Cuenca había confesado su participación en las grabaciones con menores que aparecieron en el *pendrive.*

Eso sí.

Y le había colocado el asesinato de Bárbara, por sugerencia de su abogado, a Sebastián Durán.

Eso también.

De esa forma buscaban rebajar su condena.

Colaboración.

Porque total, a su compadre asesinado... ¡qué más le daba! Bajo tierra no le podrían juzgar. Y bajo tierra se lleva todo bastante mejor que entre rejas.

Axel sabía que Cuenca mentía, y Loor también. Hasta Hugo y Marina lo tenían claro. Incluso Abelardo Zamora lo admitía. Pero todos estaban conformes. Gracias al material incautado, Salvador Cuenca pasaría el resto de su vida a la sombra. Y desde ya empezarían a tirar de esa manta para que no fuese el único.

En eso pensaba Axel cuando salió de su consulta semanal con Rocío Galán. En eso y en que estaba loca. Le había dado el alta, un poco, no toda. Pero el alta, al fin y al cabo.

—Hasta dentro de dos semanas —le dijo.

Empezarían a espaciar las visitas. Nada de aparecer por allí todos los jueves.

¿A quién se le ocurre?

Al principio Axel se negó. No le hizo ninguna gracia. Una cosa es que no necesitar ir y otra muy distinta que se lo prohibiesen.

—Es parte del proceso. Ya tienes las herramientas para gestionarte y has empezado a saber utilizarlas.

Eso también se lo dijo. Era una buena noticia. Entonces, ¿por qué se sentía como si lo hubiesen despedido?

Caminaba rumbo a casa, a La Latina. El sol iba y venía, pero cuando venía, calentaba con fuerza, animando a levantar el rostro y a respirar profundo para afrontar lo que tenía por delante.

Raquel Caleña.

Tomar una decisión.

Apostar. Invertir. Ir con todo. *All in*.

O retirarse, vender, no hacerle perder más tiempo.

Y lo más difícil: decírselo, fuese cual fuese la decisión. Decírselo a la cara mirándola a los ojos.

Axel cogió el teléfono e hizo acopió de valor para afrontar otra llamada que lo iba a desestabilizar.

—Hombre, se acordó. El hijo pródigo se acordó de que tiene una familia.

—Hola, mamaiña, ¿cómo van esas fuerzas?

—Mamaiña, dice. Tú debes pensar que soy tonta, que me chupo el dedo. A mis años, ahora me vienes con mamaiña. ¿No tuviste tiempo de acordarte de tu madre hasta ahora?

—Perdóname, cariño. Al final tuve un poco de lío. Pero nada, eh, una cosita de nada, una gilipollez: una red de prostitución y abuso de menores que desmantelamos en un chalet. La verdad es que soy un desalmado por entretenerme con estas tonterías en vez de llamar a mi madre, que está sola y abandonada en una ciudad horrible como Vigo, en la que se vive fatal.

—¿Has terminado ya? ¿Para eso me has llamado? ¿Para dártelas de salvador de la patria?

—¡Me quieres decir qué tal estás, por el amor de Dios!

—¡Pues no lo ves! Estoy bien, si no estuviese bien, ahora estaríamos de buen humor diciéndonos cosas bonitas.

—Bueno, tampoco te pases. —Axel se rio.

—¿Cuándo vas a venir?

Dios, que no empiece con el chantaje emocional. Que si me echan de menos, que si la niña, que si la otra. Es lo último que necesito

ahora mismo.

—Pronto, mi amor. En cuanto pueda me escapo a verte.

—A ver si esta vez es verdad.

—Siempre es verdad.

—¿Tú estás bien, hijo? ¿Te falta algo?

Ja. No quieras saber la respuesta a eso, mamá.

—Estoy bien. Salgo ahora de ver a mi psicóloga y voy para casa.

—¿A qué vas a eso? A que te coman la cabeza vas.

—Bueno mujer, que a ti no te fuese bien con tu psicóloga no quiere decir que a los demás no nos funcione.

—Chssss chssss chssss, que yo estoy perfecta de la cabeza, eh. Que yo no soy ninguna loca. Que yo no he necesitado ir al loquero en la vida.

Quién lo diría con todo lo que sabes.

—Ya lo sé, cariño. Me metía contigo.

—Pues vas a reírte de *teu pai*.

—Muy bien. Bueno, bonita, te voy a dejar, que ya llego a casa y tengo cosas que hacer.

—Claro que sí, hijo, disfruta de la vida ahora que eres joven, que ya verás qué coñazo es hacerse viejo.

—Eso espero.

—Te quiero mucho, Axeliño. Y acuérdate de que aquí tienes una madre...

Sola y abandonada.

— ... sola y abandonada que te echa de menos.

—Yo también te quiero, mamaíña.

Axel cortó la llamada, siempre lo tenía que hacer él. A su madre le costaba un mundo encontrar el botón correcto en el teléfono y pulsarlo. Su cerebro había perdido coordinación y sus dedos se habían deformado con la edad.

Te quiero. Lo había dicho.

Decir te quiero era uno de los grandes avances que había experimentado gracias a su terapeuta: mostrar las emociones, sentirse vulnerable y soportarlo.

Sostener la vulnerabilidad.

Había empezado con su madre, y por el momento no había pasado de ahí.

Por el momento.

En la empresa de paquetería habían sido amables con ella. Les entregó la caja de zapatos envuelta en celofán de doble cara y pagó los gastos de envío con uno de los billetes de doscientos euros.

No iba a hacerse ella cargo de todo.

No le pusieron problemas. Observaron el billete a contraluz, lo pasaron por una máquina que detectaba falsificaciones y salió igual que entró: limpio.

La subinspectora Lorena Galván cruzaba por la majestuosa plaza de Neptuno camino de casa. El sol iba y venía, y en ese instante se había marchado. No hacía frío, ni mucho menos, pero quería entrar en calor. Por eso llamó a Natalia, que a esa hora ya debía de haber terminado de reponer cajas.

Natalia. Siempre Natalia.

—¿Te vienes a casa?

—Hola

—Hola, ¿te vienes a casa?

—¿A la tuya?

—La he limpiado a fondo.

—Qué detallazo. Me das miedo. ¿Tú no te estarás pillando, ¿eh?

—Tú preocúpate de ti, anda, que bastante tienes. Que veo tu sonrisa cuando nos despedimos.

—¿A qué hora?

—Cuanto antes. Llego a casa en diez minutos.

—Vale, dame algo de tiempo para ponerme guapa.

—Me gustas fea.

—No tardo.

Fue lo último que dijo Natalia antes de colgar.

¿Se estaba pillando? Creía que no. O sea, no.

Era algo fácil y sin complicaciones, aunque igual eso era pillarse, no lo sabía. Loor no recordaba la última vez que había sentido mariposas en el estómago, arañas en el pecho y mierdas de esas. La

última vez que se volvió gilipollas, como le había pasado a Axel en las últimas semanas. Pero tampoco recordaba la última vez que se sintió tranquila con alguien y le dijo ven a mi casa cuanto antes.

Igual era eso estar pillada a partir de los treinta y cinco. ¡Vete tú a saber!

¿Y a quién le importa?

La risa floja.

A Loor le volvió a entrar la risa floja.

Se meaba al recordar el viaje en coche con Axel.

Sus cavilaciones.

Seguía sin estar del todo convencida.

Y se reía aún más al imaginar a la tal Marisol Téllez recibiendo cajas anónimas con billetes grandes, primero una de su hija Claudia, que habría tenido el detalle antes de irse. Y después la que acababa de enviar ella.

La de plátanos que iba a poder comprar. Íñigo corría el riesgo de sufrir una sobredosis de potasio.

Porque eso lo tenía más o menos claro.

El dinero.

Los ciento veinte mil.

Por eso, Claudia le había entregado su parte íntegra. Sus sesenta mil euros. Porque si fue ella quién mató a Bárbara, se había quedado con el resto, es decir, con todo. Que luego había que pagar al Turco por los servicios prestados y... Tenía que parar.

Parar de inventar. Y parar de reír.

No sabía por qué le hacía tanta gracia todo aquello.

Dejó las llaves en el recibidor después de cerrar la puerta. Estaba fatigado, con sensación de asfixia, tras subir los cuatro pisos por las escaleras. Se tiró en el sofá y se quitó las Adidas para colocar los pies encima de la mesa. Encendió la tele y la dejó de fondo, casi sin volumen. No le interesaba. Era lo de siempre: una mesa redonda de sabelotodos hablando del tema del día, fuese cual fuese.

Siempre lo mismo. Uno de ellos, habitualmente un señoro, cogía el móvil y decía: «Según me cuentan, se está poniendo la cosa muy

fea en...». Y otro respondía: «Hace mucho tiempo que en este programa venimos avisando de...».

Y así todo. Todo el rato. Todos los días.

Axel miró sus zapas y cogió el móvil. Se metió en una página especializada en *sneakers* de los ochenta y noventa y pujó por unas Nike blancas con el aspa roja. No lo decían en la descripción del artículo, pero él sabía de sobra que eran las de Marty McFly en *Regreso al futuro*.

Panda de inútiles.

Si no las iba a recuperar, que no las iba a recuperar, se compraría otras. Porque su estilo era innegociable. Y su comodidad.

Esas zapas eran marca de la casa.

No podía perder su identidad.

Una cosa era dejar de insultar conduciendo y decir te quiero y otra ponerse cualquier trapo para salir a la calle, o convertirse en un pijo de camisa azul y chino beis, o peor aún, en un pijo moderno con una calavera en el pecho.

Eso sí que no

Por ahí no pasaba.

Hablando de cambiar...

Axel entró en WhatsApp, en la conversación con Raquel:

¿Estás?

Raquel Caleña escribiendo...
Estoy.

Te llamo.

¡Qué! ¡Cómo te quedas, eh! Con dos cojones. Si es que soy un valiente.

La llamada empezó bien.

—¡Qué sorpresa tú llamando! —dijo Raquel a modo de saludo.

—Ya ves, aquí me tienes.

—Hoy tenías psicóloga, además. Ya entiendo. Habéis hablado y te ha dicho que tienes que ser valiente, me vas a dar la patada y

quieres hacerlo cuanto antes para quitártelo de en medio. Es eso, ¿verdad?

—¿Has pinchado la consulta con dispositivos de escucha ilegales o qué pasa?

—No, pero ya te voy conociendo. —Raquel se rio.

—Pues no me conozcas tanto. He estado pensando.

—Hombre, eso es noticia.

—¡Qué graciosa!

—No era un chiste.

—Me gustaría que lo intentásemos en serio.

—Eso también es noticia.

—Una de las buenas, espero.

—Yo también lo espero. Siento tener que preguntarlo, pero ¿qué significa para ti intentarlo en serio?

—Pues no lo sé. Supongo que dejar de tener miedo y ver dónde nos lleva esto. Me gustas, me gustas mucho, y creo que yo a ti también, al menos es lo que me transmites y me haces sentir. No te estoy pidiendo que nos casemos ni que nos vayamos a vivir juntos, pero me gustaría que hiciésemos planes y que de alguna forma compartamos nuestra vida.

O sea, espectacular. Acabo de estar espectacular. Esto no lo mejora ni Will Smith en «Hitch».

—No suena mal.

—¿Llega incluso a sonar bien?

—Incluso.

—Me alegra oír eso. ¿Qué te parece si empezamos esta noche?

—¿Esta noche?

—¿No puedes?

—Sí puedo. Solo estaba haciéndote sufrir un poco.

—Pues no empieces tan pronto.

—¿Me paso por tu casa y vemos?

—No se me ocurre un plan mejor.

Axel colgó complacido. Había doblegado sus reticencias iniciales y sus temores. Su «que no, joder, que no soy capaz de hacer eso». Y no había ido mal. Pero que nada mal.

Notaba en su cuerpo la ligereza, la satisfacción, el alivio. Y una oleada de orgullo de la que se avergonzó como el adolescente que explora con éxito el cuerpo de una mujer por vez primera.

Pues así, pero con el cerebro de una mujer y con sus miedos.

Fue hasta la habitación y se dejó caer en la cama como un bulto. Un bulto feliz.

Y se quedó traspuesto.

Loor se guardó las llaves en el bolsillo del pantalón y se fue directa a la cocina a ordenar el cristo que tenía de cacharros, vasos, tazas, platos, como si en ese apartamento viviese una comunidad entera de niños huérfanos hambrientos que lo había usado todo y no había fregado nada.

Que el piso no estaba sucio, eh.

Estaba desordenado; parece lo mismo, pero no tiene nada que ver.

Si su madre lo hubiese visto se habría escandalizado, pero Loor no tenía madre, nunca la tuvo. Murió al nacer ella. No tenía que preocuparse de eso, solo tenía que preocuparse de Natalia, de su bienestar. Y de que no se le fuesen las ganas de follar. No pedía que quisiese quedarse toda la noche. No pedía tanto. Le valía con un rato. Lo bastante como para descargar.

Se enfundó los guantes de látex, para tener después las manos suaves y no ásperas y secas del maldito Fairy, y se puso a fregar todo.

Lo dejó como los chorros del oro.

Impecable.

Fue al baño, se dio una ducha rápida y comprobó que estaba medianamente depilada. Y lo estaba, muy medianamente, pero lo estaba.

Y se tiró en la cama a esperar. Envuelta en el grosor cálido de una toalla portuguesa.

Y se quedó traspuesta.

Tocaron a la puerta. Axel se sobresaltó.

¡Qué coño!

Comprobó en el teléfono que no le habían estado llamando. Era una medida de precaución, para adelantarse, para tener toda la información y preparar una respuesta.

O una excusa.

Nada. Lo último era su conversación con Raquel.

Será ella. Que no aguantaba hasta esta noche. Si es que cuando me pongo, puedo llegar a ser jodidamente irresistible.

—Ya va.

Fue al baño a echarse agua fría en la cara y desperezarse.

Volvieron a llamar con los nudillos, tres golpes.

Toc toc toc.

—Voy, voy.

Axel sonreía de camino a la puerta. Estaba preparado.

Giró la llave hacia la izquierda y deshizo el doble cierre. Podía haber echado un ojo por la mirilla, pero no lo hizo, no lo necesitaba: ya no era esa persona.

Ahora soy un valiente, joder.

O no tanto.

La puerta se abrió. La abrió él.

Y su vida tal y como la conocía hasta ese momento se deshizo como un azucarillo cayendo en una taza de ácido sulfúrico.

—¡Hola, Axel!

—¡Noa!

—¡Hola, papá!

—Marta, ¡qué sorpresa! ¿Qué hacéis aquí?

—Hemos venido a verte, ahora que vamos a ser vecinos.

—No entiendo.

—Pues está bastante claro —dijo Noa—. Nos venimos a Madrid.

Tocaron a la puerta. Loor se despertó. ¡Qué rápido!

Comprobó en el teléfono que no la habían estado llamando.

Y sí.

La habían estado llamando.

Tenía una llamada perdida de Natalia. Había dejado el móvil en silencio y no se había enterado.

Pero era una chica lista y apañada y había conseguido que le abriesen la puerta del portal.

Algún vecino considerado. O confiado.

—¡Vooooy!

Loor pasó por el baño y metió la cabeza en la ducha, debajo de un chorro de agua helada, para espabilar. Se enrolló la cabeza con una toalla, para sacarse el pelo.

Volvieron a llamar con todo el puño, tres golpes, tres golpes muy fuertes.

Pum pum pum.

—Voy, voy.

Loor se estaba poniendo de mala hostia.

Tantas prisas.

Giró la llave hacia la izquierda y deshizo el doble cierre.

Podía haber echado un ojo por la mirilla, pero no lo hizo. Nunca lo hacía, no tenía nada que temer. Si alguien quería entrar en su casa y en su vida, allá ella.

La puerta se abrió. La abrió Loor.

Y su vida tal y como la conocía hasta ese momento se deshizo como un recuerdo dulce atrapado entre las llamas de un incendio.

—¡Loor, necesito ayuda!

Las cinco letras salieron de su boca sin permiso, como un proyectil.

—¡Ortiz!

Chantaje
Luis García-Rey

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta: © Pete Lloyd

© Luis García-Rey, 2026
© Editorial Planeta, S. A., 2026

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

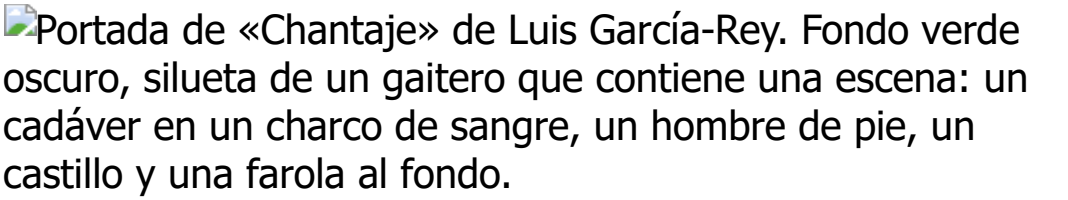
Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los
lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-670-8189-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Carmate Ediciones


Portada de «Chantaje» de Luis García-Rey. Fondo verde oscuro, silueta de un gaitero que contiene una escena: un cadáver en un charco de sangre, un hombre de pie, un castillo y una farola al fondo.